

LIAN HEARN

FLORES *y*
SOMBRA S

*Una arrebatadora historia de amor y de guerra, de mujeres y hombres,
del nacimiento del Japón moderno*

SUMA
de lecturas

FLORES Y SOMBRAS

Un absorbente relato de amor y guerra, de mujeres y hombres, sobre el nacimiento del Japón moderno

Japón, 1857 Durante siglos Japón se ha valido por su cuenta, aislado voluntariamente del resto del mundo. Pero las potencias occidentales se plantan ahora en sus costas demandando entrar, el gobierno se desmorona y la revolución se empieza a gestar. La época de los samuráis está a punto de terminar y es el momento de que un nuevo Japón renazca.

Una joven se aventura en este revuelo. Tsuru cuenta con casarse con un hombre elegido por sus padres, y, con un poco de suerte, poder trabajar ayudando a su padre, médico. Sin embargo su vida se ve trastocada por las creencias de una nueva era, por los extremistas de su entorno –cuyo eslogan es sonnôjôï (venera al emperador, echa al extranjero) y su método para convencer a la gente es la violencia– y por un amor prohibido.

Traductor: Jeannine Emery

Autor: Lian Hearn

ISBN: 9788483652749

L I A N H E A R N

F L O R E S *y*

S O M B R A S



«En particular a los médicos se les confían vidas humanas, ven el cuerpo desnudo, hablan sobre secretos bien guardados y escuchan confesiones humillantes. Siempre mantienen un sentimiento de calidez y generosidad en su interior y hablan con moderación. Se esfuerzan por permanecer en silencio».

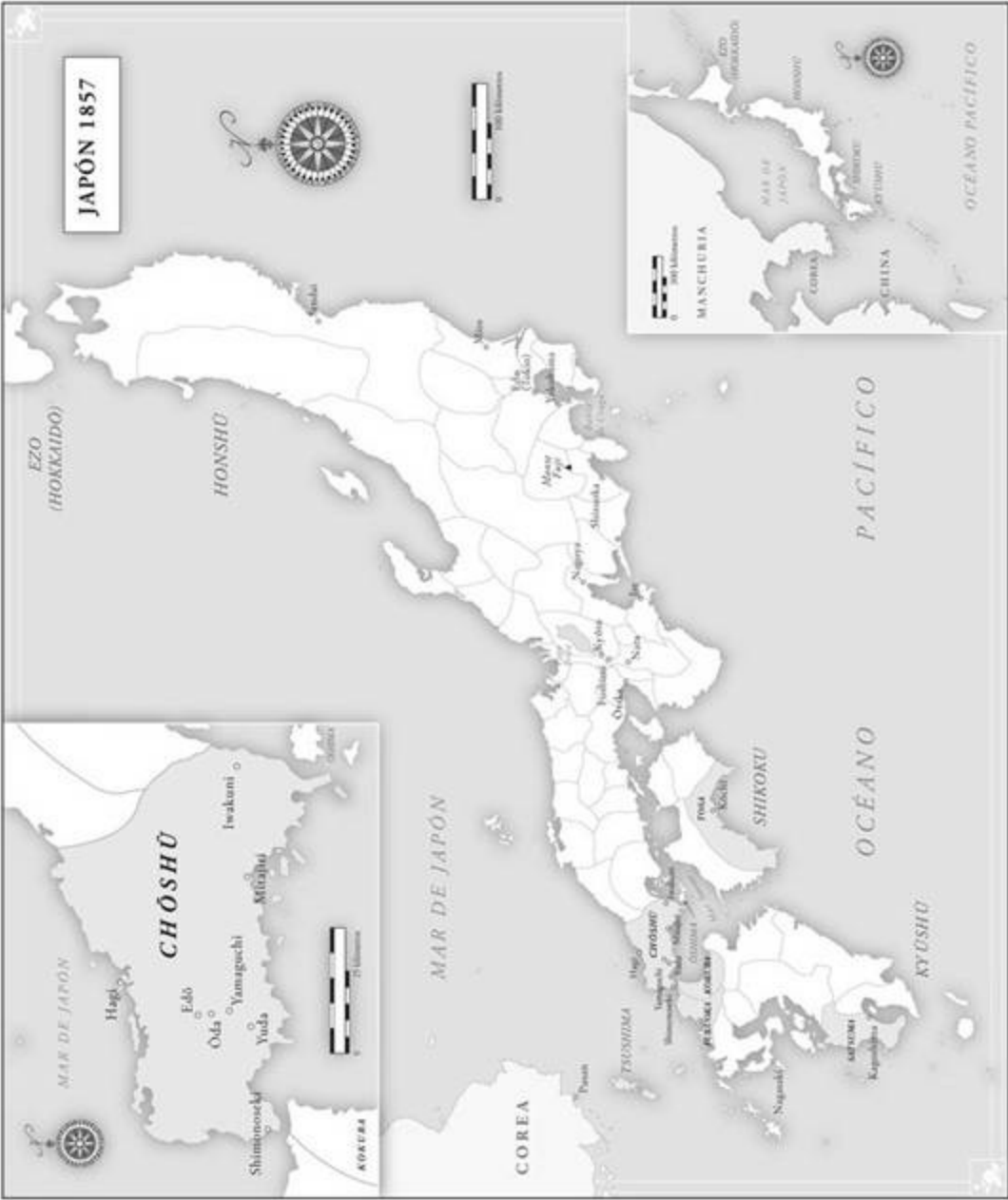
De *Mr. Fús Advice to Physicians (Enchividion Medicum*, de Christoph W. Hufeland, citado por Ogata Kōan)

DURANTE la Restauración Meiji de 1868, una alianza entre los jóvenes samuráis y los nobles de la corte derrocó al gobierno semifeudal del *shōgunato* Tokugawa, dando lugar a la transformación radical del Japón.

Cuando el comandante norteamericano Matthew Perry llegó en 1853 y exigió que Japón acabara con su aislamiento, provocó una convulsión en esas remotas islas pobladas por cerca de treinta millones de personas, divididas en más de doscientos sesenta dominios, cada uno gobernado por su propio *daimyō*, que quedaron sumidas en una guerra civil. El gobierno central era incompetente; los dominios se hallaban fuertemente endeudados; los cometas, los terremotos, las hambrunas y las epidemias se sucedían uno tras otro; los samuráis luchaban por la reforma; el pueblo, por la modernización. Entre los partidarios del régimen surgió un movimiento para restaurar el poder del emperador y resistir ante los extranjeros y, más que nada, para evitar la colonización de Occidente. Su eslogan fue *sonnōjōi*: «Reverenciar al emperador, expulsar al extranjero»; su método preferido: la violencia.

Chōshū, un feudo poderoso en el suroeste y viejo enemigo del Tokugawa, se transformó en uno de los más férreos impulsores del cambio. Esta es la historia de un puñado de hombres y mujeres jóvenes que dedicaron su vida a reformar su dominio y a la modernización de su país, cambiando así la historia del mundo.

Da comienzo en 1857.



LISTA DE PERSONAJES

PERSONAJES DE FICCIÓN

Itasaki Yūnosuke: médico del dominio Chōshū.

Chie: su esposa.

Tetsuya: su hijo.

Mitsue: su hija mayor.

Tsuru: su hija menor, narradora de la historia.

Itasaki Shinsai: hermano menor de Yūnosuke.

Kuriya Jizaemon: farmacéutico de Hagi.

Misako: su esposa.

Heibei: su hijo, esposo de Mitsue.

Michi: hija de Mitsue, adoptada por Tsuru.

Makino Keizō: empleado en la farmacia de los Kuriya.

O-Kiyo: geisha en el Hanamatsutei.

O-Kane: criada de la familia Itasaki.

Hachirō: criado de la familia Itasaki.

Nakajima Noboru / Hayashi Daisuke: estudiantes del doctor Itasaki.

Imaike Eikaku: artista.

Seiko: su hermana.

Señora Minami: comerciante de productos de segunda mano en Kyōto.

Yoshio Gongorō: médico en Nagasaki.

O-Kimi: hija del anterior.

Kitaoika Jundō: estudiante del doctor Yoshio.

PERSONAJES HISTÓRICOS

Sufu Masanosuke: burócrata de Chōshū y líder gubernamental.

Yoshitomi Tōbei: jefe de aldea y amigo de Sufu.

Shiraishi Seiichirō: rico comerciante y simpatizante de los revolucionarios de Chōshū.

Yoshida Shōin: maestro y reformista; entre sus alumnos se encuentran Itō Shunsuke y Katsura Kogorō.

Itō Shunsuke / Hirobumi: revolucionario; después primer ministro de Japón.

Katsura Kogorō / Kido Takayoshi: revolucionario; más tarde ministro en el gobierno Meiji.

Takasugi Shinsaku: revolucionario, reformista militar.

Kusaka Genzui: revolucionario; cuñado de Shōin.

Yamagata Kyōsuke / Aritomo: revolucionario, reformista militar.

Yoshida Toshimaro: revolucionario.

Fumi: hermana de Shōin, casada con Genzui.

Shiji Monta / Inoue Kaoru: revolucionario; más tarde ministro en el gobierno Meiji.

Towa: guardiana de un santuario, admirada por Shōin.

Masa: esposa de Takasugi.

O-Uno: amante de Takasugi.

Mōri Takachika: *daimyō* de Chōshū.

Mōri Sadahiro: hijo adoptado y heredero.

Nagai Uta: funcionario del gobierno de Chōshū.

Mukunashi Tōta: líder del partido conservador en Chōshū.

Tokoro Ikutarō: médico.

Ōmura Masujirō / Murata Zōroku: médico del dominio; más tarde reformista militar.

Maki Izumi: revolucionario.

Miyabe Teizō: revolucionario.
Kijima Matabei: revolucionario.
Akane Taketo: líder del Kiheitai.
Sanjō Sanetomi: noble; apoyaba al emperador.
Nishikinokōji Yorinori: noble; apoyaba al emperador.
Ii Naosuke: oficial del gobierno del *bakufu* y *tairō*.
Tokugawa Kemochi: decimocuarto *shōgun*.
Hitotsubashi Keiki/ Tokugawa Yoshinobu: decimoquinto y último *shōgun*.
Shimazu Hisamitsu: padre del *daimyō* de Satsuma.
Saigō Kichinosuke (llamado después Takamori): oficial del gobierno de Satsuma y comandante.
Sakamoto Ryōma: revolucionario del dominio de Tosa.
Nakaoka Shintarō: revolucionario del dominio de Tosa.
Thomas Glover: mercader escocés y comerciante de armas.
Nomura Bōtōni: poetisa y monja, a favor de la Restauración Meiji.

PRIMERA PARTE

DEL AÑO 4 DE LA ERA ANSEI

AL AÑO 1 DE LA ERA BUNKYŪ

1857—1861

LA PRIMERA BODA

ERA el día agridulce de la boda de mi hermana y todo el mundo sollozaba, incluso yo misma, aunque no soy precisamente de las que lloran por cualquier motivo. El cielo derramaba sus lágrimas, acompañando el intermitente goteo del ciruelo. Estábamos en el cuarto año de la era Ansei, en el quinto mes del año bisiesto; habían pasado cuatro desde que los barcos negros entraran en la bahía de Uraga. Tiempos extraños en los que parecía como si esperáramos a que rompiese el hervor dentro de un gran caldero: los ingredientes están mezclados, el fuego es intenso, pero, aparentemente, no sucede nada. Cuanto más se observa, más tarda en hervir.

Organizamos una gran fiesta con los vecinos y parientes de Yuda y Yamaguchi, colegas médicos de mi padre, maestros de las escuelas a las que había asistido mi hermano antes de marcharse a Nagasaki y de la academia privada donde mi tío Shinsai había sido, hasta hacía muy poco, el principal alumno y maestro. También vinieron varios amigos de Shinsai: jóvenes que habían estudiado y competido con él en los torneos de espadas, haciendo alarde de sus proezas y manifestando a voz en grito su apoyo al emperador, su desprecio a los extranjeros y su irritación hacia el *bakufu*, el gobierno del *shōgun*.

Las mujeres de la familia Itasaki —mi madre, mi hermana Mitsue y yo, Tsuru, junto con nuestra criada, O-Kane, y la amante de mi padre, O-Kiyo— habíamos estado preparando un banquete desde hacía días: arroz con habas rojas, *chirazushi*, *mochi*, tofu aderezado de maneras diversas y un enorme besugo entero. Los invitados trajeron regalos: pescado sobre capas de hojas de roble, tortas de maíz dulce, *umeboshi* y otros manjares salados, abulones y chipirones, y toneles de sake enfundados en alegres envoltorios de paja, de los

cuales servían una copa tras otra.

También vinieron otras geishas de la casa de O-Kiyo, que tocaron el *shamisen* y cantaron, pero O-Kiyo, como solía decir mi madre, no había sido agraciada ni con talento ni con belleza. Cualquiera diría que lo decía por rencor, pero nada más lejos de la realidad. Mi madre sentía lástima por O-Kiyo, que no había podido atraer a un hombre más influyente o rico que mi padre. Cuidaba de O-Kiyo y la trataba como a una pariente mayor pero de posición más precaria, respetándola al mismo tiempo que ejercía su autoridad sobre ella.

No sabíamos de qué forma había conseguido mi padre a O-Kiyo. Tal vez la hubiese heredado de un paciente agradecido o la hubiese ganado en una apuesta. Él mismo no sabía muy bien qué hacer con ella, y si mi madre no lo hubiera presionado para que la fuera a visitar, es posible que no hubiera ido nunca. Tenía que sacarlo prácticamente a empujones de casa.

—¿No deberías ir a visitar el Hanamatsutei?

—Supongo que sí —decía mi padre sin mucho entusiasmo.

Regresaba después de haber bebido demasiado, lo cual le provocaba un malestar de hígado y un terrible dolor de cabeza al día siguiente, haciendo que se arrepintiera, pues a menudo ofrecía gratuitamente a alguien una consulta o remedios chinos, y ya estaba sobrepasado de trabajo.

A mi hermana y a mí nos gustaba O-Kiyo, sobre todo porque el Hanamatsutei era una famosa casa de té y O-Kiyo nos contaba todos los chismes locales. Siempre nos alegrábamos cuando llamaba a la puerta; una de las dos le preparaba el té, mientras que la otra se sentaba junto a ella en el porche exterior y la observaba sacar su caja de tabaco, preparar su pipa y encenderla. Daba una profunda calada y se lanzaba a hablar con la voz cargada de humo.

Nuestra casa tenía dos entradas: una por la calle principal, por donde accedían los pacientes samuráis, y otra por la calle lateral para los lugareños y campesinos. Todos sabíamos que eran estos los que sostenían la casa y todo lo que había en ella, incluyendo a O-Kiyo, pero a pesar de ello tenían que usar la entrada de la calle lateral y estar dispuestos a esperar mientras mi padre atendía a sus pacientes samuráis, que no pagaban nada si podían evitarlo. Mi padre, para su gran sorpresa, pues no estábamos emparentados con ninguna de las grandes familias de médicos —los Wada, los Auki o los Ogata—, había

sido nombrado médico del dominio unos años atrás. Tenía un sueldo de veintidós *koku* por año y el derecho a llevar dos espadas, aunque llevaba el cabello corto como los médicos. Nuestra familia tenía el estatus impreciso de los médicos dentro de la jerarquía del dominio. Le daba mucho menos importancia a la jerarquía social que el resto de las personas: veía al amado hijo de un señor del dominio morir de sarampión o viruela tan rápido como el hijo de un campesino. Sus habilidades eran tan limitadas para tratar al anciano respetado que sucumbía de tuberculosis como al *sottsū* más humilde. Veía a hombres y mujeres en situaciones límite y, generalmente, cuando eran más agradecidos.

Mi padre provenía de una familia de médicos rurales. Su padre había sentido gran admiración por lo que conocía de *ranpō* —estudios médicos holandeses— y envió a su hijo a Nagasaki, donde mi padre estudió Medicina con hombres que habían conocido y trabajado con los médicos Dejima, Siebold y Mohnike. Posiblemente fuera este vínculo, o la impresionante colección de instrumentos holandeses de mi padre o las hierbas y plantas medicinales que cultivaba en su jardín, lo que posibilitó su promoción. O tal vez fuera la pasión por el sake, que compartía con Sufu Masanosuke, una de las figuras más importantes del gobierno del dominio, que a menudo se alojaba en Yuda con nuestro vecino, Yoshitomi Tōbei, y lo acompañaba al Hanamatsutei de O-Kiyo. Este también era un motivo por el cual nos alegrábamos de que O-Kiyo formara parte de nuestra familia, pues el noble Sufu, un hombre que admirábamos sin reservas, se convirtió en patrono y protector de nuestro padre.

El señor Yoshitomi vino a la boda, y también Shiji Monta, otro vecino. Su familia eran los Inoue, que vivían cerca de nosotros, y lo conocí primero como Yūkichi, pero había sido adoptado por la familia Shiji en Hagi, donde había estudiado en la escuela del dominio, el Meirinkan, y el mismo Mōri Takachika le había otorgado el nombre de Monta. Trajo a otro joven consigo, Takasugi Shinsaku. Mi madre y yo estábamos extasiadas por el gran honor. Takasugi pertenecía a una familia de alto rango de Hagi y ya tenía fama en todo el dominio de ser intelectualmente brillante.

—Brillante como bebedor —dijo mi tío Shinsai más tarde.

Tenía la misma edad que estos jóvenes, tal vez un poco menos, y su actitud fluctuaba entre la admiración y la envidia. Takasugi ya había ido a Edo a

entrenarse en el combate de espadas con Saitō Yakurō y no tendría ningún problema en encontrar un puesto en el gobierno del dominio. Monta planeaba ir el año siguiente: era un paje del noble Mōri. Tenían oportunidades para ascender que mi tío jamás tendría.

Shinsai tenía la misma edad que mi hermana, era dos años mayor que yo y dos menos que nuestro hermano Tetsuya; mi abuela se quedó embarazada de su último hijo al mismo tiempo que mi madre del segundo. Debilitada por el embarazo a su edad, mi abuela no resistió demasiado tiempo tras el nacimiento. Dejó al bebé al cuidado de mi madre y, de esta forma, mi tío se crio en nuestra familia, como un hermano sin ser hermano, y en realidad tampoco un tío.

El día de la boda lo observé mientras acarreaba las bandejas de comida y servía las copas de sake. Al principio escuchaba respetuosamente a los otros hombres, que hablaban de la situación política actual, la inercia en la que parecía estar sumido todo el país desde la llegada de los extranjeros con sus duras exigencias, la necesidad de levantarse en armas si el *bakufu* no lo hacía para proteger nuestro dominio de Chōshū y defender al clan Mōri. Pero a medida que el sake hacía efecto, Shinsai comenzó a discutir con más vehemencia, opinando sobre las noticias que Tetsuya enviaba desde Nagasaki, las guerras Ahen contra China, la posibilidad de otra guerra en torno a un barco llamado *Arrow*. Lo que decía no parecía muy razonable. China era un gigante colosal, invulnerable, el ombligo del mundo. ¿Cómo podía caer en manos de un puñado de ingleses o de americanos? ¿Cómo era posible que fuera colonizada? No entendía bien la diferencia entre los ingleses y los americanos ni lo que significaba la colonización. De cualquier modo, el gobierno del *shōgunato* de Tokugawa aseguraría la paz, como lo venía haciendo durante los últimos doscientos cincuenta años.

Advertí la expresión de mi padre: hablar de política siempre le causaba desazón; y vi también la mirada que cruzaron Monta y Shinsaku. Tal vez no expresaran sus opiniones con la atolondrada vehemencia de Shinsai, pero me pareció que estaban de acuerdo con él.

Estos son los hombres que protagonizan mi historia. Fueron ellos quienes, con sus sueños y delirios, su valor y estupidez, sus inesperados triunfos y penosas derrotas, rompieron con los viejos modelos y reformaron la nación en la que hoy vivo. Ahora, aquellos que sobrevivieron son personas famosas, y

leo acerca de ellos en los nuevos periódicos y los veo en las fotografías enfundados en sus vestimentas occidentales, con el cabello corto o el pecho cubierto de medallas colgadas en sus uniformes. A veces, en los periódicos aparecen fotografías más antiguas, como las que vería en Nagasaki, de nuestros líderes en su juventud, posando con sus mejores galas, con las manos puestas sobre las espadas y los rostros serios o inexpresivos, preparándose para enfrentarse al mundo moderno con todas sus exigencias y absurdos desafíos.

En aquel momento no se nos hubiera pasado por la cabeza que serían futuros líderes. Monta era un hombre menudo, apenas más alto que un niño, con aspecto infantil, lo cual resultaba engañoso, ya que era mucho más audaz y agresivo que la mayoría de los adultos. Tenía una mente rápida y un agudo sentido del humor. Shinsaku era un poco más alto, delgado, con ojos profundamente sesgados en un rostro alargado, equino, picado de viruela. Parecía introvertido, reservado por naturaleza o quizá por timidez, hasta que el sake también le soltaba la lengua. A medida que transcurrió el día, se volvió más bullicioso y, finalmente, a instancias de Monta, tomó el *shamisen* de la geisha —todas ellas lo conocían bien— y comenzó a cantar una de sus propias canciones.

El suave goteo de la lluvia, la voz del joven —aún no tenía veinte años—, las notas lastimeras del instrumento pusieron en evidencia todo el dolor que sabíamos que no había forma de eludir. Mitsue, *oneechan*, hermana mayor, la amada primogénita, nos abandonaba. Mi padre, mi madre y yo lloramos desconsolados.

* * *

—No había necesidad de llorar de esa manera —dijo Shinsai horas más tarde, cuando se habían marchado los caballos, llevando a la novia a su nuevo hogar. El rostro de Mitsue, enmarcado por el tocado blanco, estaba pálido por los nervios y la angustia. Se aferraba a su caja con tapa de concha y a la muñeca que le habían dado para protegerla durante el viaje. Tenía los labios pintados con colorete de alazor que le había traído O-Kiyo como regalo de boda, y la nariz roja de tanto llorar.

Las antorchas en la verja relumbraban a través de la lluvia, y las hogueras

de despedida, como las que arden durante los funerales, lanzaban sombras parpadeantes sobre los invitados que partían.

—Hacen una buena pareja —prosiguió Shinsai—, y solo se va a Hagi.

Hagi quedaba a un día de viaje, si se partía al amanecer. Como Mitsue no salió hasta la tarde, su nueva familia había dispuesto encontrarse con ella en una posada en Sasanami, donde todos pasarían la noche. Me imaginé a mi hermana encontrándose allí con él, realizando el ritual del intercambio de copas de sake en una de las habitaciones de la posada y luego quedándose a solas con su esposo la primera noche de casada. Sentí alivio de no casarme con el joven Kuriya, pero no podía evitar sentir curiosidad...

—Puedes visitarla cuando yo vaya a Hagi —me dijo mi tío, con la frialdad que solía emplear cuando daba noticias importantes.

—¿Y cómo irás a Hagi? —preguntó mi padre, sorbiéndose las lágrimas y enjugándose los ojos.

Shinsai no respondió de inmediato, pero siguió mirándome como si me pudiera leer la mente. Me ponía muy incómoda. El casamiento, el sake, la música, los jóvenes y el aire húmedo me habían sumido en una extraña sensación, lánguida e irritante a la vez, una sensualidad exacerbada que estaba segura de que mi tío percibía. Toda mi piel ardía con una repentina sensación de calor.

—Tsu-chan ha bebido demasiado —bromeó.

—Ve afuera y toma un poco de aire —ordenó mi madre—, o tendrás jaqueca.

La lluvia irradiaba una suave luminosidad verdosa sobre el jardín. Oí el gorjeo de los polluelos de golondrina en los nidos debajo de los aleros. Los padres ascendían y descendían en picado una y otra vez para alimentar a las crías hasta que estas eran capaces de abandonar el nido y salir al mundo para aparear y criar sus propios polluelos.

Mis lágrimas caían como la lluvia. ¡Qué insoportablemente triste! Aunque, por otro lado, ¡qué hermoso ser yo misma y sentir tan deliciosamente la melancolía de las cosas!

Nuestro gato salió de entre la bruma, ronroneando con placer al verme. Le rasqué la cabeza y las orejas. Estaba empapado, pero a diferencia de la mayoría de los gatos, no parecía importarle la lluvia. Se sentó un momento conmigo y luego parpadeó con sus enormes ojos y miró fijamente al frente,

aguzó las orejas al tiempo que la punta de su cola temblaba. Saltó sin hacer ruido, internándose en el húmedo jardín.

Aún podía oírlos hablando en el interior. Mi padre repitió su pregunta y esta vez mi tío le contestó:

—Quiero estudiar con el maestro Yoshida. Quiero escribirle una carta y pedir que me acepte en su escuela.

—Pero Yoshida está bajo arresto domiciliario —replicó mi padre.

—Sin embargo, sigue enseñando; se le ha permitido tener alumnos. Kusaka Genzui ya ha ido a verlo, y Takasugi dice que se unirá al grupo, aunque su padre no lo apruebe y se vea obligado a salir a hurtadillas de noche, y aquel amigo de Monta, Itō Shunsuke...

—¿Qué puedes aprender de Yoshida Shōin que no sepas ya? —preguntó mi madre. Creía que mi tío debía estudiar menos y trabajar más, ayudar más a mi padre, o quizá convertirse en farmacéutico como mi flamante cuñado y abrir una farmacia. Yoshida Shōin era un personaje controvertido en Chōshū. Nadie podía negar el brillo de su intelecto, la originalidad de su pensamiento ni la profundidad de sus enseñanzas. Tanto el noble Mōri Takachika como Sufu Masanosuke lo admiraban profundamente, pero, como señalaba mi padre, estrictamente hablando, era un delincuente. Había intentando embarcarse en un barco americano en la bahía de Shimoda. La gente decía que estaba desesperado por conocer mejor los países que nos estaban amenazando. Quería ver las mágicas tecnologías que habían estado desarrollando mientras nuestro país había estado aislado bajo el dominio de Tokugawa..., barcos que navegaban propulsados por máquinas de vapor como si fueran teteras, coches que se deslizaban sobre carriles transportando personas y mercancías a gran velocidad y recorriendo grandes distancias y, por supuesto, las escopetas, los cañones y todos los inventos militares que daban poder y autoridad a quien los tuviera.

Habíamos estado escuchando a Shinsai y a sus amigos hablar de estas cosas durante los últimos cuatro años, así que sabía también que, en Edo, el *bakufu* había encarcelado al maestro Yoshida y, luego, al año siguiente, lo había enviado de nuevo a Hagi, a Noyama, la prisión samurái. Allí organizó cursos para sus compañeros de prisión sobre las enseñanzas de Mencius, su mentor espiritual, en las cuales intercalaba sus propias ideas sobre la protección y el desarrollo de nuestra nación.

Los jóvenes hablaban de la pasión y de la claridad de su pensamiento, de su voluntad y determinación. Las personas mayores lo llamaban terquedad y criticaban su desprecio por las formalidades de la jerarquía y del rango. E incluso ponían en duda su salud mental. Pero la gente comentaba su amabilidad, los cuidados que prodigaba a otros prisioneros, su singular habilidad de acercarse al corazón y al alma de cada individuo para discernir lo que este necesitaba en el camino de la madurez espiritual e intelectual.

Escribí «él» y «su» sin pensar, pues lógicamente casi todos los alumnos de Shōin eran hombres jóvenes, aunque mi tío me contó que también las mujeres asistían a sus clases y que en la prisión había al menos una mujer que no solo había aprendido de él, sino que había compartido sus propios conocimientos. Por ello me interesaba especialmente.

Shōin fue liberado de la prisión en el invierno del segundo año de la era Ansei, y enviado de regreso a la casa de su tío, al lado este del río Matsumoto. Se le dio permiso para enseñar a los hijos de su tío, luego a los de los vecinos, y así nació la escuela: el Shōkasonjuku, la Escuela de la Aldea bajo los Pinos.

Allí quería estudiar mi tío.

—Pero te necesitamos aquí —dijo mi madre—. No podemos perderos a ti y a Mitsue al mismo tiempo. ¿Quién ayudará entonces al médico? No parece que Tetsuya vaya a volver pronto.

Esperaba que mi padre dijera que no lo permitiría, pero guardó silencio.

Las golondrinas salieron volando y regresaron. Los polluelos piaron, enmudecieron y volvieron a piar.

—Tsuru es más útil que yo —dijo Shinsai.

—No me cabe la menor duda —replicó mi padre—. Pero Tsuru ya trabaja incansablemente; no podemos pedirle que se haga cargo de tus responsabilidades y de las de Mitsue.

Percibí el tono de aprobación. Mi piel, templada por el aire húmedo, estuvo a punto de arder de nuevo. No estaba acostumbrada a los elogios. Se esperaba que las niñas trabajaran sin aplausos ni agradecimientos; nuestro deber era servir en todo a nuestros padres. ¿Por qué habrían de agradecerémoslo? Pero las palabras de mi padre me reconfortaron e hicieron que me sonrojara.

—No falta mucho para que Tsuru también nos abandone —dijo mi madre

—. Qué terrible es tener hijas. Tanto trabajo criándolas para que sea otra familia la que se lleva todo el beneficio. —Semejante injusticia le provocó un sollozo.

—Pues yo sugiero algo —dijo Shinsai con tono decidido; obviamente estaba harto de las lágrimas— que resolverá ambos problemas. Traed a un novio a casa para Tsuru; buscad al hijo de un médico y adoptadlo. De ese modo, me reemplazaréis a mí y conservaréis a Tsuru. —Ante el silencio de mi padre, añadió—: Sería realmente un desperdicio si la enviarais a otro lugar.

Desde luego, mi padre no accedió inmediatamente. Shinsai era veinte años más joven que él; no sería correcto seguir sus consejos, por muy sensatos que fueran. Por lo general, mi madre rechazaba todo lo que sugería Shinsai por principio; no lo tenía en gran estima. Así que no le resultó fácil ahora acceder a lo que deseaba en lo más profundo. Luego estaba la cuestión de la opinión de la gente. Los Itasaki no éramos una familia importante, ni tampoco éramos ricos, aunque mi padre tenía muy buena reputación y más pacientes de los que podía atender. Era normal adoptar a un yerno, pero en este caso ya existían dos posibles herederos en la familia, aunque uno de ellos no diera señales de volver de Nagasaki y el otro no demostrara ningún interés en la medicina. El nombramiento reciente de mi padre y su amistad con el noble Sufu habían elevado el rango de nuestra familia a una posición más encumbrada de la que merecíamos dentro de la jerarquía del dominio. No queríamos hacer peligrar esa posición con conductas excéntricas o inadecuadas.

Sin embargo, no vivíamos en la Hagi conservadora, sino en Yuda, donde las aguas termales, según decían, aplacaban los ánimos. En las semanas que siguieron a la boda de mi hermana, se decidió tácitamente que la familia Itasaki me retendría en el hogar y comenzaría a buscarme un esposo, y que mi tío solicitaría su ingreso en el Shōkasonjuku, a fin de estudiar con el maestro Yoshida.

EL ÁRBOL DE LAS APUESTAS

MI padre no soportaba que murieran sus pacientes, lo cual es un impedimento para un médico por la cantidad de personas que suelen morir. En cambio, yo estaba profundamente interesada en el tema de la muerte y en su proceso, por lo que resultaba una ayudante ideal. A causa de su benevolencia, mi padre sufría, y ello provocaba, a su vez, sufrimiento en sus pacientes. Cuando estaba apenado, tenía la costumbre de acariciarse los brazos y de darse palmaditas. Estos gestos se transformaron en signos que anticipaban lo que estaba a punto de suceder: la exhalación irregular de los moribundos y las suaves palmadas de las manos de mi padre sobre las mangas de su chaqueta. Al cabo de un tiempo, llegué a la conclusión de que mi temperamento frío resultaba más sedante que su agitación y ayudaba a los que estaban en proceso de morir a aceptar lo inevitable.

Cultivé esta actitud desapasionada de tal manera que fui capaz de ver lo que realmente sucedía dentro del cuerpo del paciente. Algunas veces sentía que mis ojos eran como un microscopio; a mi padre le habían regalado uno cuando era estudiante en Nagasaki, y uno de los recuerdos más vivos de mi niñez fue la primera vez que me enseñaron a mirar a través de él. Esta experiencia me convenció de que yo también sería médica, aunque no tuviera relación directa con los pacientes, salvo en los casos de parto y de muerte cuando mi padre me permitía que le ayudara. La medicina seguía siendo territorio de hombres. Pero algunas veces una mujer de los *bushi* se mostraba reticente a ser examinada por un hombre debido a un exceso de pudor o a la susceptibilidad extrema de su marido. Se quedaba oculta detrás de un biombo, mientras esperaba a que mi padre diagnosticara los síntomas y sugiriera la cura sin poder tomarle el pulso, mirarle la lengua ni la piel.

—¡Es imposible decir qué va mal si no puedo ver ni tocar! —exclamaba exasperado, y entonces me enviaba a mí al otro lado del biombo o a la habitación contigua para ser sus ojos y manos. Así aprendí a tomar los diferentes tipos de pulso, cómo distinguir entre la energía vital libre de obstáculos y la que estaba obstruida, cómo averiguar a partir de la superficie de la lengua o del blanco del ojo lo que podía estar enfermo en los órganos internos. Cuando cumplí quince años, había aprendido los ocho patrones principales, las cinco fases, las seis influencias perniciosas y las siete emociones que formaban la base de la *kanpō*, la antigua tradición que provenía de la China, así como también las enseñanzas más modernas, que llamábamos *ranpō* o medicina holandesa. Mi padre comenzó a tomar en serio mis opiniones y a consultarme para ver qué tratamiento emplear en cada caso. Yo le ayudaba a preparar y a despachar medicamentos, midiendo y pesando raíz china, sen, anís, regaliz, ginseng, raíz de peonía, polvo de piel de lagartija y lombriz, y todos los demás ingredientes que conservaba en frascos y cajas sobre los estantes que se alineaban en la sala de estar de nuestra casa, donde mi padre, sentado sobre un área elevada cubierta de tatamis, realizaba sus consultas. Se hallaba rodeado de libros, la mayoría de los cuales yo había leído: tratados de anatomía y cirugía, farmacología y hierbas medicinales, el embarazo y el parto, los problemas oculares, la locura, las enfermedades de la piel y la sífilis, la moxa, la acupuntura y los beneficios de las aguas termales para la salud. Algunos estaban escritos por autores japoneses; otros, traducidos del chino o del holandés. Además de libros, mi padre tenía un estante reservado para sus instrumentos de cirugía, que en su gran mayoría estaban ocultos bajo telas de seda para protegerlos del polvo; sus dos baúles médicos para viajar y algunos frascos de vidrio que había conseguido en Nagasaki, con especímenes conservados en vinagre que los niños del barrio estaban convencidos de que eran dragones o sirenas.

Los pacientes aguardaban fuera, en el porche: los samuráis, en el más elegante que daba al jardín principal, y los vecinos de la zona, en la estrecha galería lateral, la que daba al seto y a las estacas donde se realizaba el secado, que estaba cubiertas de trapos de algodón, apósitos y vendas. Por lo general, servíamos el té a los samuráis, pero no a la gente común. Ellos traían sus propias viandas y se sentaban fuera alegremente, intercambiándolas, junto con los síntomas, los remedios y su opinión sobre todos los médicos locales.

A menudo hacían mucho ruido, y mi padre, irritado, tenía que pedirles a gritos que guardaran silencio.

En el interior, la habitación olía a cáscara seca de naranja, moxa, alcanfor, aceite de terebinto y hojas de laurel, al igual que al incienso que quemábamos delante del altar de Shinnō, que se alzaba entre los ingredientes, sobre uno de los estantes.

Nuestra casa estaba a cierta distancia del centro de Yuda, un pueblo que se había originado a partir de las aguas termales. Dentro de nuestro jardín había un manantial, que usábamos para el aseo de la familia y para preparar remedios y bálsamos. Entre el camino de Yuda y las montañas, que surgían abruptamente a un kilómetro, se extendían prados secos y húmedos; directamente encima del camino que conducía a nuestra casa había un campo seco donde cultivábamos nuestras verduras. Más allá, un arroyo al que llamábamos el Karasugawa dividía los huertos de los arrozales. En todos los rincones se habían plantado frutales, melocotoneros, moreras, albaricoqueros, caquis. Había un caqui particularmente grande que marcaba el límite de nuestro terreno con el de la familia Inoue, cuyos hijos, incluyendo a Monta, habíamos frecuentado toda la vida.

Las montañas no eran muy altas, pero tenían el aspecto irregular que resulta tan encantador en las montañas de los paisajes chinos y a menudo estaban cubiertas de neblina. Los bambúes, con sus delgados tallos y espeso follaje, crecían en las laderas más bajas; más arriba, estaban mezclados castaños dulces, alcornoques, robles y cedros, y la flor blanca del cerezo cubría la montaña de una blancura infinita en primavera, mientras que los rojos profundos del arce la teñían en otoño.

Al pie de nuestra verja se levantaba uno de aquellos enormes árboles conocidos como los árboles de las apuestas, porque la corteza se desprende como las vestimentas de un jugador. Por ese motivo, a menudo la gente se refería al consultorio de mi padre como el Paraje del Árbol de las Apuestas, una fuente de permanentes bromas y dobles sentidos. El árbol albergaba a muchos pájaros, especialmente a un par de búhos que ululaban suavemente de noche, un sonido que, junto con el susurro de la corteza que caía al suelo, siempre asocio con aquellos años previos a la tormenta.

* * *

A causa de su carácter afable y bondadoso, mi padre detestaba cualquier tipo de conflicto. Solíamos bromear llamándolo Sōseiko (Señor Estoy de Acuerdo), el nombre que se le había dado, sin mala intención, al *daimyō* de Chōshū, Mōri Takachika. En esa época, jamás había visto al noble Mōri, aunque a veces íbamos a pie al Hagi ō-Kan, el camino que conducía desde Hagi hasta el puerto de Mitajiri, al sur, para verlo partir en su viaje hacia su otra residencia en Edo, la lejana capital. Todo *daimyō* de un dominio tenía que pasar años alternos en Edo, donde vivía su familia de forma permanente, como rehén, y las procesiones de ida y vuelta a la capital eran espectáculos maravillosos, con el desfile de cientos de hombres, caballos, banderas y blasones del dominio, mientras el *daimyō* y sus siervos más antiguos iban en palanquines.

El noble Mōri estaba obligado a gastar pródigamente en su séquito y en los *honjin*, los lugares de descanso en el camino, pues era uno de los más importantes (sin duda el más importante, según los hombres de Chōshū) entre los *tozama* o señores externos. Se trataba de las familias que se habían sometido al Tokugawa Ieyasu tras la batalla de Sekigahara, en el quinto año de la era Keichō, hacía más de doscientos cincuenta años. Parecía mucho tiempo, pero no lo suficiente como para que los hombres de Chōshū olvidaran las injusticias que habían infligido los Tokugawa a la familia Mōri: el clan Mōri, que desde entonces había estado encerrado en la ciudadela de Hagi, separado de las rutas comerciales y lejos de Edo, meditando acerca de la injusticia perpetrada y planeando la venganza.

No eran del todo ciertos esos relatos narrados a los niños, a quienes les gustaba dormir con los pies apuntando hacia el este como una manera de insultar al Tokugawa; nuestro hermano Tetsuya insistía en ello. Se decía que los ancianos de Hagi saludaban a su señor en Año Nuevo con la pregunta: «¿Ha llegado el momento de derrocar al *bakufu*?», y hasta ahora siempre había respondido: «No, aún no».

¿Y llegaría el momento alguna vez? El clan Mōri seguía en pie, y sus procesiones seguían siendo de un fasto maravilloso. Se nos podía obligar a representar la batalla de Sekigahara y recordarla en sueños, pero nuestro señor era el *sōseiko*, el que accedía a todo, igual que nuestro padre. Era difícil imaginarlo con la energía necesaria para derrocar al *shōgunato*.

Sin embargo, el noble Mōri y mi padre poseían otras cualidades en común: una capacidad de motivar a los jóvenes y valorar lo mejor que tenían, la habilidad de distinguir a los hombres con aptitudes especiales de los samuráis de rango inferior y la férrea convicción de que no había mejor inversión que establecer escuelas modernas con los mejores profesores. El noble Mōri no era un hombre inteligente y lo sabía, pero se rodeaba de buenos asesores, y de ese modo lograba resultados inteligentes.

Veinte años antes, durante el periodo Tenpō, nuestro dominio, como tantos otros, había sufrido varios años de tiempo inclemente y de pérdida de cosechas. Durante la época de siembra, la lluvia escaseó y, mientras los cultivos maduraban, arrieron las heladas. No solo el arroz resultó perjudicado, también el mijo, la cebada y las habas.

Hubo intensas revueltas que afectaron a cientos de aldeas. La gente se moría de hambre y la situación financiera del dominio era tan precaria que casi no se podía hacer nada para ayudarles o reprimirles. Los ingresos del feudo, que sumaban más de seiscientos mil *koku*, ya habían sido otorgados como garantía a los comerciantes de Ōsaka, a cambio de dinero para cubrir gastos, y según mi padre, la deuda total del dominio superaba con creces sus ingresos, y eso teniendo en cuenta la cancelación del pago de los intereses.

Las autoridades decidieron que la manera de resolver la mayoría de los problemas financieros sería recortando el estipendio de los samuráis y convenciendo a todos los demás, en especial a los comerciantes, de ser más modestos. Crecí convencida de que todo el mundo, en todos lados, era pobre, salvo el noble Mōri, por supuesto. Nosotros estábamos en mejor posición que la mayoría de las personas: mi padre al menos tenía una profesión. Tal vez sus pacientes no pudieran pagarle todas las consultas, pero lo compensaban con regalos de comida u objetos que fabricaban, como sandalias de paja tejida, mantos para la lluvia, paraguas, cestos. Teníamos tierras suficientes para abastecernos, y luego nos sorprendió el cargo oficial de mi padre, que hizo posible enviar a Tetsuya a Nagasaki para recibir una mejor formación.

El trabajo era interminable y nada se desperdiciaba. Mi madre trabajaba tan duro como cualquiera, pero tenía dos formas de evadirse de las tareas cotidianas. Al fondo de nuestro jardín, bajo los viejos ciruelos, había una serie de tumbas familiares: mis abuelos habían sido enterrados allí, al igual que mi hermano y mi hermana pequeños, muertos a los cuatro y los dos años

respectivamente, a causa del brote de viruela durante el primer año de Kaei (1848). Yo tuve viruela al mismo tiempo, pero no tan fuerte, y sobreviví con unas pocas cicatrices, que se convirtieron en algunos hoyuelos más en las mejillas.

Al año siguiente, el dominio tomó la decisión de comenzar a vacunar. Kusaka Genki, el hermano mayor del amigo de mi tío, Genzui, acababa de llegar de Hagi, después de haber estudiado con Ogata Kōan en Ōsaka, donde se había iniciado aquella práctica traída de Nagasaki; Genki tuvo un papel decisivo en obtener la vacuna elaborada con microbios vivos y en convencer a las familias de que se la inocularan a sus hijos.

Mi padre adoptó la vacuna de inmediato. Admiraba a Genki, y tal vez se identificara con él por tener casi su misma edad y un hermano mucho menor. La mortalidad de tantos niños a causa de la viruela siempre había afligido a mi padre y el hecho de no haber podido evitar la muerte a sus propios hijos había sido especialmente doloroso. Mi madre suspiraba a menudo y decía: «Si hubieran descubierto la vacuna un año antes, tendrías un hermanito y una hermanita». Pero a mí me parecía interesante que se hubieran muerto antes que yo, y sabía que, a raíz de su muerte, me había vuelto más valiosa para mis padres. Por otro lado, sentía que debía hacer lo que fuera para aliviar su dolor y que jamás tuvieran que lamentar que había sido yo la elegida para vivir. Así que cuando mi madre desaparecía todas las tardes para pasar un rato con los muertos, descansando el cuerpo y sosegando el espíritu, me hacía cargo con alegría de su trabajo y del mío.

El otro gran consuelo de mi madre era la literatura. Sabía de memoria todas las historias de *El cantar de Heike* o *Crónica de la gran paz*. Héroe como Yoshitsune o Kusunoki Masashige cobraban vida en los relatos que nos contaba de noche, mientras realizábamos las tareas vespertinas de zurcir y coser. También poseía unos cuantos libros muy preciados: *El relato de Genji*, *Espejo de aprendizaje* y otros. Su favorito era *Un país Genji*, una nueva versión del relato de Genji sobre Mitsuuji, un apuesto joven que fingía ser un seductor, pero en realidad era un gran guerrero.

Se trataba de un libro antiguo —en varios volúmenes— deteriorado por las polillas y la humedad, pero para nosotros tenía el aura de una reliquia sagrada. Había sido prohibido por el *shōgun*: sus moldes de imprenta habían sido destruidos. El simple hecho de poseer un ejemplar era un acto

subversivo. Solo se mostraba al círculo de familiares más íntimo. Mi madre lo colocaba de noche cerca de su almohada para poder rescatarlo si se incendiaba la casa. Era un relato maravilloso de amor y de valor en un mundo completamente alejado de nuestra austera realidad cotidiana.

El otro libro que le gustaba a mi madre era *La historia del galante Shidōken*. Cuando cumplí once años, me dio un abanico de plumas blancas y me dijo que era mágico como el de Asanoshin: me ayudaría a ver lugares lejanos y a observar lo que sucedía en otras ciudades, otros países. Yo la creí y a menudo acercaba el abanico a mis labios y fingía ver lo que sucedía en el mundo lejano.

Mi padre me enseñó a usar un microscopio y me animó a ser médica. Mi madre me regaló un abanico mágico y le dio alas a mi imaginación.

DECEPCIÓN

MI tío se concentró inmediatamente en las gestiones para contactar con el maestro Yoshida. Consiguió recomendaciones de sus profesores en la escuela privada de Shirane en Yamaguchi; de sus amigos, como Kusaka Genzui, que ya estaban dentro del círculo de Yoshida Shōin; e incluso de Sufu Masanosuke, que acababa de asumir el gobierno de Hagi. Shinsai pasaba los días escribiendo cartas y esperando ansioso las respuestas. La composición de las cartas requería muchas consultas en Yamaguchi y en Yuda, e incluso cuando estaba en casa, se encontraba distraído y despistado.

Una tarde, durante el séptimo mes, un mensajero de Hagi que se dirigía a casa de nuestro vecino Yoshitomi llegó a nuestra puerta y anunció a voz en grito: «Itasaki Shinsai-sama, tengo una carta para ti».

Mi tío, que debía de estar preparando un mejunje de pimentón machacado y hojas de artemisia —lo advertí por la fragancia—, se levantó de un salto, echando a rodar el cuenco y derramando todo el contenido.

—¡Tsu-chan, trae una taza de té!

Acababa de preparar una tetera para el paciente de mi padre que esperaba ser atendido, así que, tras barrer el estropicio que había dejado mi tío, serví otra taza y se la llevé al mensajero que aguardaba fuera. Estaba enjugándose el sudor de la frente con un pequeño pañuelo.

—¡Oh! —exclamó cuando vio el té—. Mi más sincero agradecimiento, señorita. —Se inclinó profundamente antes de tomar la taza.

Hice un esfuerzo por no reírme, pues hablaba con un lenguaje tan pomposo y anticuado que parecía ser el mismísimo Mitsuuji. Ahora que me estaban buscando marido, no podía evitar pasar revista a todos los jóvenes que

conocía. No cabía duda de que este era apuesto. La piel bronceada libre de marcas brillaba con un tinte cobrizo. Las piernas, descubiertas para caminar con facilidad, eran largas y musculosas. No presentaba ningún tipo de señal de enfermedad a mi ojo clínico. Me imaginé cómo sería estar casada con un mensajero: siempre estaría corriendo como el viento, atravesando el dominio con cartas y documentos urgentes. Tal vez fuera ascendido y correría a Kyōto y luego a Edo... No, no funcionaría. Me dejaría en casa con mis padres, y no lo vería nunca. Además, no aliviaría a mi padre con la carga de sus pacientes.

Agarré la taza de té de sus manos extendidas y corrí adentro para volver a llenarla.

Cuando regresé, mi amante despechado estaba diciendo sin aparente rencor:

—Si Itasaki-sama desea responder, regresaré a Hagi por la mañana.

«Ah, tiene el corazón roto —reflexioné, satisfecha—. Qué bien lo oculta».

—Sí, por favor, vuelve —dijo mi tío, observando la hoja de papel en la mano con ojos azorados.

El mensajero se bebió el té de un trago, dio las gracias con suma elocuencia y salió corriendo por el sendero, envuelto en una nube de polvo dorada.

Nos dirigimos hacia la sombra del Árbol de las Apuestas.

—Es del maestro Yoshida —dijo mi tío respetuoso.

—Leámosla. —Lo conduje con rapidez hacia el porche. Podíamos oír la voz de mi padre explicando el tratamiento a un paciente.

—Ni sake ni tabaco; evite cualquier comida que sobrecaliente el cuerpo. Por ningún motivo, liebre o jabalí. —Mi padre solía pensar que la moderación y el ejercicio podían curar la mayoría de las dolencias.

—Qué hermosa caligrafía —dijo Shinsai, desenvolviendo el pequeño rollo de pergamino y mirándolo fijamente.

Miré por encima de su hombro.

—Oh, te ha rechazado.

—Así es. Pero ¡qué hermosa manera de escribir!

Shinsai siguió mirando fijamente la carta, acariciando las pinceladas con las puntas de los dedos. Era como si solo tuviera sitio en la mente para una emoción a la vez. Tenía que sobreponerse al asombro de tener entre las manos

una carta de Yoshida Shōin antes de poder lidiar con el contenido en sí.

* * *

—Es porque no somos samuráis —se lamentó Shinsai más tarde, mientras cenábamos—. No tenemos estatus. Ese es el motivo por el que el maestro Yoshida no me puede aceptar. La escuela debe tener las mismas reglas estrictas que todo lo demás en Hagi.

A pesar del estímulo que el noble Mōri daba a los jóvenes con talento, seguía habiendo pocas oportunidades para ascender dentro de la burocracia del dominio, incluso para los samuráis de menor jerarquía, los *sottsū*. Solo les aumentaban la remuneración en casos excepcionales y, dado que el honor y el escrutinio permanente les impedían a la mayoría aceptar sobornos, era imposible superar la pobreza y las deudas. Muchos de ellos jamás se podrían permitir una boda y una familia. Pero aunque todo el mundo vivía con apuros económicos, no era el problema de fondo: el hecho de que hubiera tantos jóvenes vitales e inteligentes a quienes se les tenía prohibido ocupar algún cargo relevante dentro del dominio era el principal motivo de indignación. Y Shinsai tenía razón, su situación era aún peor, dado que nuestra familia estaba incluso por debajo de los *sottsū* en cuanto a jerarquía.

—Imaginad una casa que se incendia —dijo—. Sabes que puedes salvar a los ocupantes, pero te lo impiden diciendo: «No te metas; deja a los bomberos». Pero los bomberos ni siquiera han llegado al incendio, y cuando lo hacen, el equipo que tienen no sirve de nada y se encuentran abrumados por las llamas.

—No hay nada que se incendie, Shinsai-san —dijo mi madre para tranquilizarlo.

—Dentro de poco, todo el país se estará incendiando. Y yo seguiré machacando plantas y mezclando remedios. Sé luchar con la espada. Conozco las armas y técnicas militares occidentales. El cerebro me funciona tan bien como a cualquiera. Y, sin embargo, ¡estoy condenado a pasar mis días aquí, en el Paraje del Árbol de las Apuestas, en Yuda!

—No es tan terrible —dijo mi padre, que parecía ofendido. Después de todo, él había ascendido en la escala social: tenía mejor posición y mayores ingresos que su propio padre, y le iba estupendamente bien con su consulta.

—Para ti está bien —replicó mi tío—. Pero tú ya tienes tus años y yo aún no he cumplido los veinte.

—Si realmente quieres ir a Hagi, te aceptarían en la Escuela de Medicina —sugirió mi padre.

La sensatez de la propuesta pareció irritar todavía más a mi tío. Se puso de pie, dijo que iba a dar un paseo y se marchó. Mi padre se quedó sentado con el ceño fruncido, palmeándose los brazos, y luego también se fue; nos dijo que iría caminando a Yuda, y que no lo esperaríamos. Lo acompañé hasta la verja, pensando que si iba a ver a O-Kiyo, debía de estar realmente disgustado.

Era una noche espléndida: el aire, suave y quieto; las estrellas, dilatadas por la humedad. Faltaba poco para la luna llena y esta teñía el cielo del este de color plateado. Los grillos cantaban y las ranas de lluvia croaban desde el arroyo. Me sentía inquieta. No tenía sueño, y cuando mi madre se fue a acostar, le dije a O-Kane que se fuera a dormir. Llevé una vela a la sala de estar, encendí la lámpara que había allí y me senté a coser.

Mi hermana se había llevado trajes nuevos a la casa de su esposo, y yo había descosido los viejos y los había lavado. Parecía un buen momento para volver a coserlos para mí o para O-Kane. Me gustaba coser y siempre había sido habilidosa, un talento de gran utilidad para un médico, pensé. De hecho, podía coser una herida más hábilmente que mi padre y provocando menos dolor en el paciente. Algunas veces, cuando remendaba ropa, practicaba, imaginándome que estaba uniendo los bordes de una herida de guerra. La realidad era que la mayoría de los cortes profundos que curábamos eran causados por cuchillos de cocina o herramientas del campo. Jamás había suturado una herida de espada: nadie peleaba en serio con espadas, aunque los hombres de la clase samurái las llevaran y supieran todas las técnicas del combate con estas armas. Mi padre solía decir que el cuidado con que yo daba los puntos achicaba la cicatriz y disimulaba su fealdad, pero no creo que esto le preocupara demasiado a un guerrero, que de todos modos no accedería a ser cosido por una muchacha.

Al parecer, en Kyōto y en Edo existían batallas reales entre los samuráis que pertenecían a dominios rivales, o los *rōnin* que no tenían amo, emboscadas y reyertas después de borracheras o insultos. Y, por supuesto, incluso en Chōshū había asesinatos por parte de ladrones o esposos celosos que usaban cuchillos o espadas. Entre los samuráis de Chōshū, sin duda había

rufianes y matones como los que poblaban los libros que leíamos de Edo y Ōsaka, pero no se cruzaban en nuestro camino, en Yuda.

Me encontraba pensando ociosamente en todas estas cuestiones, mientras disfrutaba realmente de las diminutas puntadas de mi aguja, cuando regresó mi tío.

—Me alegro de que estés de vuelta —dije con voz queda y comencé a doblar la tela. Pensaba prepararle un té.

—No te detengas —dijo, subiendo a la superficie cubierta por la estera. Se sentó con las piernas cruzadas a mi lado. Desprendía un olor a noche de verano mezclado con tabaco.

—¿No quieres un té?

Sacudió la cabeza.

—¿Ves algo? —dijo, entornando los ojos hacia mi trabajo. La tela oscura ocultaba las puntadas por completo—. No fuerces la vista.

Algunas veces, Shinsai parecía mucho mayor que yo, más cerca de la edad que se suponía que debía tener un tío; otras, en cambio, ni siquiera parecía tener mi edad. A menudo me tomaba el pelo como un hermano menor, y luego se volvía inesperadamente atento, como ahora, y recordaba lo unidos que estábamos y lo bien que nos conocíamos. Siempre había estado en esta casa, en mi vida. Aunque se hallaba sentado fuera del círculo de luz, imaginé cada centímetro de su rostro: los pómulos altos y la frente ancha, el cabello espeso, tan brillante como el ala de un cuervo, la mirada seria y las cejas juntas, el modo en que su atrevida sonrisa le iluminaba los ojos.

Ahora no sonreía. Tenía todo el aspecto de un hombre abatido. Intenté decir algo que lo animara.

—Tal vez deberías presentarte para el Kōseikan.

La Escuela de Medicina era uno de los proyectos favoritos del *daimyō* y había sido modernizada y ampliada dos años antes.

—Lo he pensado —admitió—. Al menos, iría a Hagi. Pero, para serte franco, no me interesa tanto la medicina, aunque me gustaría aprender más acerca de la ciencia de Occidente, su tecnología, cómo combaten en sus guerras.

Guardó silencio durante unos instantes. Recogí la tela pensando que era mejor empezar con el vuelo de la falda.

—En realidad, eres tú quien debe asistir a la Escuela de Medicina.

Ambos sonreímos; sabíamos que era cierto, sabíamos que era imposible.

—Tenías que haber nacido hombre, Tsu-chan.

Suspiré, sin querer admitir que hacía poco yo también lo había pensado. Mi mente aguda, mis manos y pies grandes, mi fuerza física, todo ello parecía pertenecer a un muchacho cuyo lugar en el mundo había sido usurpado por una mujer.

—En cualquier caso —dijo Shinsai—, serás una gran mujer. Envidio al hombre que se case contigo.

De repente, la habitación se volvió demasiado estrecha para los dos. Estábamos sentados muy cerca. Volví a poner la tela en la cesta y me detuve de inmediato. Sentí que se me encendía el rostro y el corazón me latía con fuerza.

—Primero hay que encontrar a alguien —dije, intentando aparentar tranquilidad.

EL JOVEN SEÑOR

A la mañana siguiente, muy temprano, oí voces fuera. Pensé que sería el mensajero iniciando el regreso a Hagi y salí a toda prisa para pedirle que aguardara unos instantes mientras iba a buscar a Shinsai.

Pero vi a Hachirō, que vivía con nuestra familia y se ocupaba del jardín y de los campos, hablando con Shiji Monta y otro joven cuyo nombre desconocía.

—O-Tsuru-san —llamó a voces Hachirō—, el joven señor ha venido a ver al doctor.

«El joven señor» era el nombre que siempre le había asignado la gente de nuestra pequeña aldea a Monta.

—Iré a llamar a mi padre —dije—. Lo siento, es un poco temprano. ¿Por qué no entráis y os preparo un té?

—Tal vez puedas darnos algo de comer —dijo Monta, al tiempo que ambos se acercaban y se sentaban sobre el borde del porche.

Lógicamente, salí corriendo a la cocina para ver qué se podía rescatar de nuestro propio desayuno, pensando que era típico del joven señor. Se comportaba como si todas las casas fueran suyas y no tuviéramos nada mejor que hacer que esperarle para satisfacer sus necesidades. Mi padre seguía acostado; había llegado a casa muy tarde, pero no sabía si había sido por atender a alguien enfermo o por buscar un poco de diversión. Le dije a O-Kane que trajera sopa de miso, arroz, pepinillos y un poco de berenjena frita, y regresé para ver si la dolencia era lo suficientemente grave como para despertarle.

Hachirō había llamado a mi tío, y Shinsai estaba ahora sentado en el

porche, hablándole excitado a Monta.

—Shinsai-san —le llamé, y susurré—: Averigua cuál es el problema. ¿Debo despertar a papá?

—Hablábamos del maestro Yoshida —replicó—. Según parece, al principio siempre rechaza a todo el mundo. Incluso a Kusaka. Itō dice que es porque el maestro no puede dejar que lo vean enseñando a los jóvenes mientras lo consideren un delincuente. —Habló en voz lo suficientemente alta como para que lo escucharan los demás.

—Así es —dijo el muchacho a quien llamaban Itō—. Simplemente debes ir a Hagi... No te echará una vez que estés allí. Es lo que pienso hacer yo. Yoshida Shōin es el único que comprende los tiempos que corren; el único que nos puede enseñar a lidiar con lo que nos depara el futuro.

Sus ojos brillaban de entusiasmo; a mí me pareció ridículamente joven, aún más que Monta, aunque era un poco más alto. Ambos parecían haberse esmerado en vestirse con cierto decoro: llevaban un kimono azul y un *hakama* gris. Me pregunté si lo habrían hecho por el doctor.

—Shinsai-san —volví a decir en voz baja—, ¿se encuentra enfermo alguno de los dos? ¿Lo podemos resolver nosotros o debo despertar a papá?

En ese momento O-Kane apareció con dos bandejas, que apoyó con cuidado; los dos jóvenes se lanzaron sobre la comida como si no hubieran probado bocado en una semana. Estaban empezando a irritarme cada vez más. Ninguno de los dos parecía mostrar el más mínimo síntoma de estar enfermo; seguramente solo querían hacer un alto en el camino hacia donde se dirigieran para comer algo.

—Es Itō el que quiere ver al médico —dijo Monta, con la boca llena de arroz y berenjena.

—¿Qué tipo de problema tiene? —pregunté directamente, ya que mi tío seguía únicamente preocupado con nuevos planes respecto a Yoshida Shōin.

—¡A ti no te lo dirá! —exclamó Monta, limpiándose la boca con la mano.

—Iré a despertar a mi padre —dije pudorosamente, pues había reconocido a esas alturas la naturaleza del problema de Itō. Los dejé intentando ahogar las risas.

Mi padre se había despertado, y seguía vistiendo la túnica ligera con la que había dormido. Se hallaba bostezando, con el rostro ceniciento por el cansancio. Mi madre le había traído té, que bebió a grandes sorbos mientras se

vestía. Le hablé sobre el joven que esperaba para verlo. Debió de advertir un tono de desaprobación en mi voz, ya que me dirigió una mirada penetrante al tiempo que se ataba la faja, pero no dijo nada. Cuando terminó de vestirse, se encogió de hombros para enfundarse la corta chaqueta que siempre llevaba, incluso en los días más calurosos.

—Dile que suba —dijo—. Y será mejor que esperes fuera; no le hagamos pasar vergüenza.

Cuando le hube indicado a Itō adónde debía dirigirse, regresé al porche. Shinsai se había sentado al lado de Monta. Le pregunté a Monta si quería algo más de comer, y cuando sacudió la cabeza, comencé a colocar los cuencos vacíos sobre las bandejas. Lo hice más despacio que de costumbre. Ya me había retrasado con el trabajo de la mañana por las interrupciones, pero quería escuchar la conversación entre Monta y Shinsai. Su entusiasmo me irritaba, pero también me excitaba; me conmovía su preocupación por el destino de nuestro país; los desprecios y reveses a los que se enfrentaban despertaban en mí un deseo de justicia y de un nuevo orden mundial.

—Trae un poco de tabaco, Tsu-chan —me ordenó Shinsai.

Tuve que volver adentro. Podía oír a mi padre hablando y a Itō respondiendo con monosílabos, como si se hubiera apagado su entusiasmo. Me sentí presa de la ansiedad. Estos jóvenes me resultaban molestos, pero no podía dejar de sentir admiración por ellos, y además no le hubiera deseado ni a mi peor enemigo lo que sospechaba que padecía Itō.

Llevé la caja de tabaco y dos pipas al porche, y fui a encender una mecha de bambú en el fuego de la cocina, aprovechando para llevar las bandejas. Hachirō estaba con O-Kane en la cocina, sentado en cuclillas en el escalón que daba al jardín trasero, tomando el desayuno. Las cigarras causaban un ruido ensordecedor, y había un tenue olor a tormenta en el aire.

Montones de berenjenas, pepinillos y judías que había recogido muy temprano yacían en cestas en el suelo. Suspiré interiormente. O-Kane necesitaría que la ayudara a cortar y a encurtir las verduras. Era una de las tareas que Mitsue y yo solíamos hacer juntas. La echaba muchísimo de menos, no solo por la falta de ayuda, y añoraba volver a verla.

Cuando regresé al porche, los jóvenes habían preparado las pipas. Me ocupé de sostener la mecha mientras aspiraban y soplaban. El tabaco ardió y añadió su fragancia al aire matinal. El problema de fumar era que evitaba que

hablaran y, en realidad, no había motivo para permanecer junto a ellos. Afortunadamente, Monta tenía ganas de conversar.

—Entonces, O-Tsuru-san, por lo que Shinsai me cuenta, estás buscando marido.

Este no era un tema del que quisiera hablar con el joven señor.

—Tengo entendido que mis padres han hablado con una casamentera — dije. No podía creer lo remilgadas que sonaban mis palabras, pero era el efecto que tenía Monta sobre mí, como si no pudiera cometer el más mínimo error. Su presencia sugería peligro; seguramente era uno de aquellos muchachos que le prendían fuego a las cosas únicamente para verlas arder; no era un aspecto malicioso o cruel, solo irreverente y salvaje.

—A mí me han adoptado como novio —dijo—. Es una lástima; de lo contrario, podría haber aspirado a ese puesto.

Sabía que estaba bromeando. Su familia pertenecía a un rango de samuráis bastante elevado; no le permitirían de ninguna manera casarse con un miembro de una familia como la nuestra.

—Mi padre busca un médico joven —repliqué—. No creo que Shiji-san cumpla con los requisitos.

Aquello le provocó una carcajada.

—Tu tío dice que eres muy lista. Y que sabes más de medicina que la mayoría de los médicos.

—Es cierto —admití—. Por ese motivo mis padres me retienen en casa.

—Conozco a varios hijos de médicos —dijo Monta—. Kusaka Genzui, Katsura Kogorō..., pero ninguno de nosotros quiere pasar el resto de su vida en Chōshū mientras nuestro país sucumbe a las ruinas. Un *shishi* no tiene tiempo para una esposa y una familia. Necesita estar libre de ataduras, dispuesto a responder a la llamada de su patria en cualquier momento para actuar con decisión y firmeza.

Mi tío utilizaba algunas veces esa palabra, *shishi*: hombre de excelsos ideales. La repetí en voz baja, pensando en su hermoso sonido. Tal vez pudiese casarme con un *shishi*. Pensé en Kusaka Genzui, con quien mi padre había trabado amistad después de las muertes en menos de un año de su padre, de su hermano, Genki, y de su madre. Solo era un año mayor que yo; se trataba de un joven corpulento, inteligente, de excelentes virtudes. Pero casarse con un *shishi* sería, al fin y al cabo, como estar casada con un mensajero. Estaría

permanentemente trasladándose a otros dominios, llevando mensajes de vital importancia a otros *shishi*, ocultándose en Kyōto o en Edo, eludiendo a la policía secreta del *bakufu*. Me pregunté con qué frecuencia veía su esposa a Monta. Rara vez hablaba de ella.

De todas formas, incluso Kusaka pertenecía a una familia de rango mucho más elevado que la nuestra.

—Te lo diré si me entero de alguien —dijo Monta, poniéndose de pie mientras Itō salía de la casa. Me pregunté qué le habría recetado mi padre. Según la medicina *ranpō*, la sífilis se trataba con mercurio, algo que era casi tan peligroso como la enfermedad, o con calomel o con un compuesto de potasio, ambos escasos y costosos. Itō hizo un gesto avergonzado y, según me pareció, de alivio. Se metió un pequeño paquete de papel dentro de la parte delantera del kimono. «No debe de ser tan grave», pensé.

—Vamos de camino a Hagi —dijo Monta, después de saludar a mi padre—. Itō comenzará a estudiar con el maestro Yoshida. Intercederá en favor de Shinsai.

—¿Y tú? —preguntó mi padre.

—El dominio me envía a Edo en Año Nuevo —replicó Monta—. He de realizar estudios sobre Occidente y el idioma inglés.

—Ah, ¿el inglés? —preguntó mi padre interesado—. Tetsuya ha estado estudiando holandés y ha progresado bastante, pero al parecer hubiera sido mejor dedicarse a estudiar inglés. ¿Existen muchas escuelas inglesas en Edo?

—Cada vez proliferan más, pero ¿quién sabe si son buenas? —dijo Monta—. ¿Cómo se supone que hemos de juzgar a los maestros? No sabemos nada sobre el mundo exterior. El *bakufu* nos ha mantenido aislados, como párvulos.

—Nos ha decepcionado profundamente —asintió Itō.

—¿Tenemos que modernizarnos! —exclamó Monta—. Llevamos años, tal vez siglos, de atraso.

—¿Deberíamos estar matando a los extranjeros, no aprendiendo de ellos! —gritó Itō, al parecer arrastrado por un renovado placer de vivir.

—Primero, aprendemos de ellos; luego, los matamos —dijo Monta, golpeando la palma de la mano contra la empuñadura de su espada.

Shinsai los observaba con una mezcla de admiración y de envidia.

—¿Vendrás a Hagi con nosotros? —le preguntó Itō.

Una sombra de confusión cruzó el rostro de mi tío. No había nada en el mundo que le hubiera gustado más, pero no podía salir por la puerta, sin más, con aquellos jóvenes despreocupados.

Mi padre parecía contemplar a los tres con la misma mezcla de irritación, admiración y lástima que yo misma sentía.

—Si Shinsai os siguiera dentro de un mes o dos, podría llevarte un poco más de unguento y algunas pastillas —dijo—. Tsuru también podría ir; tenemos algunas cosas para Mitsue y los Kuriya.

—¿Lo dices en serio? —Shinsai estaba prácticamente estupefacto a causa de la sorpresa y la gratitud. Yo estaba casi tan emocionada como él: ir a Hagi, estar con Mitsue y conocer a su familia...

—Entonces te veremos en Hagi —dijo Monta, impaciente por comenzar el viaje.

—Mantente alejado de las casas de té —le dijo mi padre a Itō.

Shinsai dijo que los acompañaría al camino principal de Yuda. Después de que se marcharan, mi padre estiró los brazos y bostezó.

—¿Era sífilis? —pregunté.

—No lo creo. Parecía un eczema más localizado. Ni siquiera había rastros de chancro y no tenía síntomas secundarios. Pero podría haberlo sido. Abunda en Mitajiri y en Shimonoseki. Y, según dicen, ese joven adora a las geishas. —Frunció el ceño—. Supongo que los jóvenes se comportan como jóvenes, pero corren el riesgo de firmar su sentencia de muerte.

La sífilis era especialmente virulenta en el puerto de Nagasaki. Sabía que mi padre estaba preocupado por Tetsuya; ahora yo estaba empezando a preocuparme por mi futuro esposo. Intentaría por todos los medios que no frecuentara las casas de geishas. Pero ¿lo lograría? Me estaba dando cuenta de que no me convenía saber tanto sobre las enfermedades, su tratamiento y, con frecuencia, el hecho de que no tuvieran cura.

TAKASUGI SHINSAKU

Año 4 de la era Ansei (1857),

noveno mes, dieciocho años

Cae la tarde cuando Shinsaku sale sin ser visto de la casa de sus padres. No es que sea fácil salir de incógnito: todo el mundo está pendiente de lo que hace en cualquier momento de la noche y del día. La casa no es grande. Su familia, los Takasugi, tal vez tengan un alto rango con un estipendio de ciento sesenta *koku*, pero su padre es un *bushi* de la vieja escuela que detesta el lujo y los excesos, y tiene tres hermanas menores con ojos de lince y una madre que lo idolatra. Como es el único hijo varón, ha sido el centro de atención familiar durante toda su vida.

No da explicación alguna por marcharse, pero tampoco miente. Ha sido criado según leyes estrictas y tradicionales, y mentirle a su padre es impensable. En cambio, se recluye en un hosco silencio que, según ha aprendido, mantiene a la familia a raya. Últimamente pasa más tiempo encerrado tras esta máscara de silencio, pero la verdad es que ya no se trata de una máscara que pueda adoptar a voluntad, sino que se impone sin advertencia alguna o aparece ya de mañana al despertar. Aún no la teme, pero le desconcierta. Es como si suplantara al verdadero Shinsaku, el que está destinado a grandes cosas, el muchacho temerario que se ha peleado con todos los niños de la vecindad, sobreponiéndose física y mentalmente, el que una vez amenazó a un viejo samurái que pisó su cometa, y en su lugar dejara una

réplica: un Shinsaku paralizado por la duda y el temor.

No tiene miedo en este momento, mientras camina rápidamente a través de las estrechas calles de la ciudad-fortaleza, pasando por delante de las residencias de los samuráis, con sus largos muros blancos y ventanas enrejadas con barrotes, pero se siente inquieto, pues está desobedeciendo los deseos de su padre por primera vez desde que era niño y robara la pasta dulce de habas de la cocina. Su padre es un hombre temible, orgulloso de su propia integridad y capaz de ser un torbellino de ira cuando sus hijos no cumplen con sus estrictas exigencias. Shinsaku lo quiere y se ha esforzado toda su vida por complacerle, estudiando con diligencia y destacando tanto en los estudios clásicos como en las artes marciales. Todos sus maestros lo alaban. Pero últimamente está insatisfecho: las asignaturas parecen fútiles y sus profesores, rígidos y anacrónicos. Ninguno de ellos tiene una solución para los acuciantes problemas actuales: cómo enfrentarse a los occidentales, que navegan en sus modernas naves, parapetados por sus modernas armas, exigiendo comercio y tratados; qué hacer con el endeble *bakufu*, cuyo gobierno se ha transformado en una burocracia laberíntica que tarda semanas para tomar decisiones incongruentes; ¿quién será el próximo *shōgun*, después del decrepito Iseada?; ¿cómo se defenderán los dominios del suroeste, que parecen más inseguros? Estos son los temas que les obsesionan a él y a sus amigos y que discuten sin cesar en las casas de té. Pero no es allí adonde se dirige ahora, aunque se detiene un instante ante una casa donde oye música y a una joven que canta. De pronto se siente mejor. Le gustan las canciones populares de la ciudad y, mientras camina, tararea una en voz baja: «Matemos a los cuervos de los diez mil mundos para que pueda acostarme contigo hasta tarde, mi amor».

Se refiere a los compromisos de una geisha, los contratos guardados en el tabernáculo, custodiados por los cuervos del templo. Apenas unas pocas palabras recrean una imagen detrás de la cual se encuentra la vida entera de dos personas. Qué hermosa es la poesía. A menudo es el único modo de expresar las complejas contradicciones de lo que siente. Se imagina a los amantes mirándose fijamente, mientras la quietud los rodea en el instante antes de entregarse a la intimidad. Tiembla al recordar su propio placer, pero no es ese su propósito esta noche.

Varias personas lo miran cuando pasan junto a él. Incluso a la luz crepuscular es posible reconocerlo por el rostro anguloso, «más parecido al

de un caballo que al de un jinete», y sus estrechos ojos rasgados. Nadie lo consideraría un joven apuesto. Él mismo desearía ser más alto, desearía que la viruela que casi lo mata hace diez años no le hubiera dejado cicatrices en el rostro... Pero nadie olvida su rostro. Todo el mundo lo conoce en Hagi. ¡Todo el mundo conoce a todo el mundo! Mientras llama al empleado que se ocupa de la barca para que lo lleve al otro lado del río, mira hacia el estuario y el mar abierto, y anhela escapar. Las luces de las barcas pesqueras parpadean entre la oscuridad conjunta de la noche y el cielo. Por encima, los cielos están tachonados de estrellas. Luego una inmensa luna del noveno mes comienza a aparecer por el este.

Se abre paso con su luz por el estrecho camino. El aire huele a pino, a deutzia y al repentino olor putrefacto de las nueces de ginkgo. Al acercarse a su destino, se vuelve y echa una mirada hacia atrás. La luna ilumina la bahía y las islas. Los muros del castillo y las rocas acariciadas por las olas relucen con un frágil blanco. Shinsaku abre los brazos como si fuera a abrazarlo todo. ¡Qué enorme es el mundo! Quiere conocerlo todo, saborearlo todo. Luego, cuando oye pasos, deja caer los brazos, y se siente como un tonto.

—¿Shinsaku?

—Genzui —responde, sabiendo quién es incluso antes de que hable. Lo reconocería en cualquier lugar: Kusaka Genzui, que fue a la misma escuela que él y luego al Meirinkan. De niños jugaron juntos, pero no son amigos; tampoco enemigos. Tienen la relación más íntima de todas: son rivales, siempre conscientes del otro, como perro y mono o, más poéticamente, como tigre y dragón. Shinsaku envidia a Genzui porque es guapo y fuerte, pero cree que él es más inteligente, y Genzui no puede igualar su talento musical y poético. En la lucha de espadas son, en términos generales, iguales. Genzui es más fuerte, pero Shinsaku es más veloz en reflejos y estrategia. Sin embargo, tiene la incómoda sospecha de que Genzui es más valiente, mental y físicamente.

Genzui vuelve a hablar:

—Vas a casa de Yoshida. —No es una pregunta. No puede haber otro motivo por el cual Shinsaku se encuentre en ese camino—. Vengo de allí. Te esperaré y podemos regresar a Hagi juntos.

Shinsaku está irritado por esta sugerencia y se siente decepcionado de que Genzui se le haya adelantado y ya forme parte de la escuela de Yoshida Shōin. Pues es allí adonde se dirige, a la Escuela de la Aldea bajo los Pinos, donde

Shōin, que se encuentra bajo arresto domiciliario, continúa enseñando con la misma pasión de siempre, en el hogar de su familia de origen, los Sugi.

Permanece callado mientras suben a pie la colina. Como es habitual, Genzui habla sin parar, emanando una exaltada seguridad en sí mismo que resulta atractiva y molesta a la vez. Su exceso de confianza también le resulta irritante a Shinsaku. Genzui pertenece a una familia de médicos; sus padres y sus hermanos han muerto. Está solo en el mundo desde los catorce años. Shinsaku se encuentra socialmente por encima de él, pero Genzui lo trata como a un igual. No es que Shinsaku desee que se humille ante él, pero sí algún tipo de reconocimiento de la importancia de la ocasión, algún reconocimiento de que está desafiando a su padre.

En este estado de confusión mental lo hacen pasar. Se da cuenta de que Genzui es tratado como si fuera de la familia por la madre y las hermanas de Shōin. No le dan ninguna importancia a las disculpas de Shinsaku por llegar tarde y lo invitan a pasar al despacho del maestro, donde Shōin está de rodillas junto a un escritorio, absorto en un libro. Levanta la mirada cuando Shinsaku se arrodilla frente a él.

—¡Takasugi! —exclama, y su severo rostro delgado se ilumina con el calor de su sonrisa.

Se conocen ya: Shōin enseñó en el Meirinkan cuando Shinsaku era estudiante allí, pero ahora todo es diferente. El mundo en el que viven sufre un desequilibrio aún peor; los cataclismos del futuro se encuentran más cerca. La habitación desvencijada, la tenue luz, los libros ajados: en este ambiente imposible sucede algo entre ambos. Se enciende una chispa que se avivará hasta transformarse en una relación pura y llena de pasión. El maestro continúa sonriendo y el alumno cae completamente bajo su hechizo. Se trata de uno de esos ajustes imperceptibles entre los seres humanos y la historia en el que la vida de ambos hombres cambia de rumbo.

VIAJE A HAGI

PASARON los calurosos días de verano. Celebramos O-Bon, el festival de los muertos. Los tifones se precipitaron sobre la costa y pasaron por encima de nosotros con su estela habitual de lluvias torrenciales y de inundaciones. Luego llegó el otoño, las noches en que observábamos la luna, la caída de las castañas y la neblina sobre el Karasugawa al amanecer. Los insectos cambiaron de melodía y comenzaron a entonar su canción de otoño, y bandadas de pájaros que emigraban cruzaron los cielos hacia el sur.

A menudo recibíamos cartas o paquetes de la nueva familia de Mitsue, los Kuriya, y las contestábamos intercambiando novedades, cajas de pastillas, información sobre nuevos tratamientos y cosas por el estilo. La farmacia de los Kuriya era muy conocida. Tenían varias marcas propias de píldoras y ungüentos, y sus criados, que vestían una especie de uniforme con el distintivo de la botica, a menudo nos visitaban cuando emprendían sus viajes por el dominio. Mi hermana incluía cartas para mis padres, pero no decían nada especial; se limitaban a hablar del tiempo y manifestar su agradecimiento hacia su esposo Heibei y su nueva familia por su amabilidad. Mis padres estaban preocupados por ella; la vida de una nuera dentro de una familia nueva podía ser muy dura, especialmente si la madre del esposo era egoísta o desagradable. Por ello, les alegró enviarme a Hagi para que pudiera comprobar por mí misma la situación real de Mitsue.

Mi tío y yo nos pusimos en marcha en la mitad del noveno mes, la mejor estación para realizar un viaje. Alquilamos un caballo de carga en Yuda, pues llevábamos con nosotros un montón de suministros médicos y regalos para Mitsue y la familia, además de nuestras propias vestimentas y pertenencias. Todo fue guardado en cestos que colgaban a ambos lados del lomo del

caballo. El mozo lo guiaba con un cabestro.

—Si la dama se cansa, puede sentarse sobre el caballo —dijo, dando una palmada sobre la tabla que formaba una especie de asiento entre los cestos.

Yo me resistía a hacerlo, ya que jamás había montado en un caballo, pero el camino a Hagi era empinado y sinuoso. Al mediodía hicimos un alto en la pequeña aldea de Ōda para comer. Cuando llegamos a la siguiente aldea, Edō, me dolían las piernas y tenía los pies cubiertos de ampollas. Me parecía imposible cruzar otro desfiladero más. Me dejé convencer por mi tío, que me levantó sobre el lomo del caballo, donde me senté, nerviosa, aferrándome a los bordes de los cestos colocados a ambos lados.

Los bosques de la montaña comenzaban a adquirir sus tonalidades otoñales escarlata y dorada, y el cielo era de un diáfano y sereno azul. Al cruzar el último desfiladero, extendiéndose en la bruma, apareció el mar, salpicado de islas ribeteadas de blanco.

Nos detuvimos un instante bajo un bosquecillo de pinos, y mi tío señaló el más antiguo.

—Lo llaman el Pino Llorón. Lloras de pesar cuando te marchas de Hagi y lloras de alegría cuando regresas —explicó.

El muchacho que se ocupaba del caballo se rio como si lo hubiera oído muchas veces.

El caballo apresuró el paso sobre la ladera de descenso, y aunque no lloró de alegría, parecía contento de que la travesía estuviera a punto de terminar.

La ciudad se extendía sobre una isla. Tenía una forma irregular de tres ángulos, donde el Abugawa se dividía en los ríos Hashimoto y Matsumoto, cuyas desembocaduras separadas se abrían al mar. En el lado occidental se levantaban los techos y paredes blancas de la fortaleza, nítida a la luz de la tarde contra el follaje de la montaña que tenía detrás. Las casas se apiñaban alrededor del puerto; el sol poniente resplandecía sobre las tejas. Cientos de barcos surcaban los ríos: ferris, embarcaciones pesqueras, barcazas de transporte. El aire salado y fresco me animó aún más.

Cruzamos un puente de madera en la parte más estrecha del río hacia el oeste. Creí, por un grupo de casas que apareció ante mi vista, que se trataba de la ciudad misma, pero pocos minutos después estábamos otra vez rodeados de arrozales. El arroz ya había sido cosechado y estaba secándose sobre caballetes dispuestos en las orillas y junto a las granjas. Aunque el sol ya

había descendido, los hombres seguían trabajando, extendiendo hojas fermentadas y estiércol sobre los campos vacíos.

Un pequeño riachuelo separaba los campos de arroz del centro del pueblo. Después supe que se llamaba el canal de Aiba, por el color índigo que se empleaba para teñir las telas. A nuestra izquierda, había un enorme complejo con varios edificios de carácter imponente.

—Esa es la escuela del dominio —dijo Shinsai—. El Meirinkan.

—¿Su señoría estudió allí? —preguntó el muchacho.

—No, es solo para los hijos de samuráis. Dicen que aceptan a cualquier joven que tenga condiciones, pero entre el dicho y el hecho hay un gran trecho. Por otro lado, el maestro Yoshida acepta a personas de cualquier rango. Cree que hay que aplicar los estudios a la realidad y es coherente con lo que enseña.

—¿Sabe adónde nos dirigimos? —preguntó el muchacho, que parecía totalmente ajeno a los comentarios de mi tío.

—Por supuesto —replicó Shinsai—. El fondo de la casa da a este canal y está justo sobre la siguiente calle, a mano izquierda.

El caballo, fatigado, no quería torcer y se resistió, cabeceando con fuerza.

—Déjame ayudarte a bajar —dijo Shinsai, extendiendo los brazos, y descendí medio deslizándome, medio a tumbos del lomo del caballo hasta el suelo. Tenía los huesos entumecidos y me dolía todo el cuerpo.

Aliviado, el caballo bufó y resopló, y luego dejó que lo guiaran el resto del camino hasta llegar a la casa de los Kuriya. Era el edificio más grande de la manzana. El frente tenía celosías, con tablas que anunciaban el nombre de la farmacia en grandes caracteres blancos sobre las ventanas. El olor me recordaba a mi hogar: medicinas, pociones, aceites, hierbas. Mi tío llamó a la puerta y comenzaron a descargar cestas del lomo del caballo.

Alguien respondió desde el interior, y después se escuchó ruido de pisadas.

—¡Ah, son Itasaki-san y la joven dama! —Un hombre rollizo de mediana edad salió—. ¡Bienvenidos! ¡Bienvenidos!

Mi tío apoyó la cesta en el suelo e hizo una profunda reverencia. Yo hice lo mismo, suponiendo que se trataba del señor Kuriya en persona, el suegro de mi hermana. Hicimos los saludos de rigor, pidiendo su protección, agradeciendo su generosidad. Respondió gentilmente, aunque de modo un tanto

pomposo, y llamó a su criado para que viniera a recoger los cestos.

Nos hicieron pasar a la sala donde se encontraba el establecimiento comercial. Generalmente, los postigos se abrían a la calle, pero a esa hora de la tarde habían sido cerrados. En las paredes se alineaban estantes que llegaban hasta el techo, llenos de cajas con ingredientes y medicamentos, etiquetados con letras rojas. Contra una pared había un banco de trabajo con cuchillos, serruchos, tablas de madera, mazos, molinillos, majas, morteros y alambiques. Al fondo había una chimenea donde ardía un fuego, con varias ollas y cacerolas dispuestas en hilera en un lado. En el otro extremo había un sitio cubierto por un tatami donde se hallaba un joven sentado frente a un escritorio bajo. Empleaba un ábaco y escribía en una larga libreta. A su lado había una pila de cajitas y de sobres de papel. Dejó lo que estaba haciendo cuando pasamos junto a él, y se inclinó respetuosamente. Al principio creí que se trataba del esposo de Mitsue, pero el señor Kuriya no se molestó en hablarle ni en presentárnoslo, por lo que supuse que era un ayudante.

Seguimos al señor Kuriya, que se dirigió hasta el fondo de la tienda y subió hacia la zona destinada a la vivienda.

—¡Mujer —llamó a voces—, han llegado nuestros invitados!

Su esposa y Mitsue aparecieron en la habitación como si hubieran estado escondidas al otro lado de la pared, esperándonos todo el día. Me incliné profundamente ante la señora Kuriya, mientras intentaba no sonreír demasiado abiertamente a mi hermana. Ella me vio y bajó la mirada rápidamente, sonrojándose de felicidad.

La señora Kuriya era muy delgada y tenía un aire de languidez que me sorprendió. No sé por qué, pero me había imaginado que sería enérgica y trabajadora. Pensé que contribuía, al menos en parte, al próspero negocio de los Kuriya. No tardé mucho en descubrir, por los comentarios de Mitsue y por mis propias observaciones, que cuanto más prosperaba el negocio, más indolente se volvía la señora Kuriya. Cuanto más trabajaban las personas a su alrededor, menos hacía ella. Ahora que tenía una nuera capaz y eficiente, casi no hacía nada.

No era poco amable con Mitsue; de hecho, parecía tenerle cariño. Durante la cena, la elogió constantemente. «Mitsue-san ha hecho los pepinillos... Qué delicia, ¿verdad?». «El arroz de Mitsue es perfecto; ahora la dejo a cargo de toda la cocina». «Mitsue-san ha limpiado toda la casa para recibirte. Me gusta

tanto el olor de una casa limpia...».

Mitsue parecía avergonzarse con los elogios, pero su esposo, que se sentó con nosotros para comer, se sentía evidentemente satisfecho. Cuando Mitsue se sentó finalmente, después de servir a todo el mundo, la señora Kuriya dijo:

—No debes cansarte en tu estado. —Se volvió hacia mí—: Tu hermana está esperando un hijo. Por supuesto, el embarazo no es motivo para flojear. Lo mejor es moverse todo lo posible. Así se asegura un buen parto. Toma, querida. —Elegió un pequeño trozo de pescado de su propio cuenco y lo puso en el de Mitsue—. Come y dame un magnífico nieto.

—Es tan amable conmigo... —dijo Mitsue, cuando por fin pudimos estar a solas—. Soy tan afortunada...

No quise señalar que pensaba que la afortunada era la señora Kuriya y que sospechaba que se estaba aprovechando de la bondad y de la buena voluntad de mi hermana. No me atrevía a decir nada que sugiriera que Mitsue no era dichosa. Le gustaba trabajar, ya estaba embarazada, había suficiente comida en la casa: mis padres no tenían que preocuparse por ella, y yo tampoco.

El esposo de Mitsue era hijo único. Llegué a la conclusión de que la crianza de su hijo había agotado a la señora Kuriya. Era demasiado perezosa como para pasar por todo ello una vez más. La respuesta del señor Kuriya a la situación era tratar a su esposa como a un niño, consintiéndola y mimándola, al tiempo que se iba a las casas de las geishas varias noches por semana, y cuando no era así, se entretenía con las criadas. Él era el motor que movía el negocio. Era casi palpable, como el fuego que destilaba las medicinas.

El esposo de Mitsue tenía el mismo aspecto y físico que su padre. Era locuaz y le gustaba discutir, especialmente después de beber unas copas, pero estaba tan seguro de sus propias opiniones que mi tío no insistía en expresar las propias. Pronto fue evidente que la familia Kuriya no tenía una muy buena opinión del maestro Yoshida Shōin. A decir verdad, consideraban que las autoridades del dominio habían sido demasiado benévolas al haberlo puesto en libertad al cuidado de su tío, y desaprobaban su escuela y sus alumnos.

—Mi esposo cree que Shinsai es un joven exaltado —susurró Mitsue—. No cree que deba estudiar con el maestro Yoshida. Cree que perjudicará a toda la familia.

Los Kuriya eran solo comerciantes, pero se encontraban entre los más ricos y prósperos de Hagi. Les gustaba la vida refinada y siempre buscaban

formas ingeniosas de gastar su dinero y exhibir su buen gusto sin romper las estrictas leyes suntuarias establecidas por el dominio.

—Enséñale a tu hermana nuestros suelos de ciprés —le dijo la señora Kuriya a Mitsue la mañana de mi primer día.

Mi hermana se encontraba fuera, arreglando el jardín según las indicaciones de la señora Kuriya. Me hizo una señal, y la ayudé a levantar un sector de tablones del porche. Debajo había otro suelo de hermoso ciprés recién colocado. La mayoría de los invitados jamás lo veían, pero los Kuriya sentían una gran satisfacción sabiendo que estaba allí, pagado con el fruto de su duro trabajo y de su excelente criterio comercial.

—O-Tsuru-san, mira mi túnica. —La señora Kuriya extendió su delgado brazo y le dio la vuelta a la manga con la otra mano. La prenda exterior era de algodón simple, teñido de color índigo; el forro, de fina seda de un pálido rosado—. Tengo la piel delicada —explicó la señora Kuriya—. Las telas ásperas me irritan la piel. Solo puedo llevar telas delicadas.

Shinsai no fue el único que recibió críticas por parte de los Kuriya. También estaban ofendidos por la decisión que habían tomado mis padres con respecto a buscarme un novio que incorporar a la familia para que yo pudiera permanecer en casa. La señora Kuriya expresó su desaprobación en varias ocasiones sin dar mayores explicaciones, salvo el hecho de que la gente lo encontraría raro.

—No es un arreglo inusual entre los médicos —intentó explicarles Shinsai—. Mi hermano mayor es un médico respetado. Cualquier joven estaría encantado de ser su aprendiz; ya hemos tenido otros estudiantes en casa.

—Pues lo tendremos en cuenta —dijo el señor Kuriya—. Tenemos muchos amigos en Hagi y estoy seguro de que la relación con nuestra familia os ayudará a encontrar a alguien.

La señora Kuriya suspiró y bajó la mirada apretando los labios.

* * *

Ahora que mi hermana era una mujer casada, se teñía los dientes de negro cada cierto tiempo. Había preparado una mezcla de hierro para ella y su suegra y en ese momento sostenía el espejo ante la señora Kuriya. No me gustaba nada esta práctica. Me hubiera gustado ser como la dama de la historia

que mi madre solía leernos, que se negó a teñirse los dientes y a depilarse las cejas, y que estaba mucho más interesada en las orugas que en las mariposas. Siempre creí que me parecía a ella, y meditaba en eso, observando a mi hermana una mañana, cuando el joven ayudante de la botica se acercó a la escalinata y dijo con suavidad:

—Discúlpeme, señora Kuriya, pero ¿se encuentra el señor Itasaki en la casa?

—No lo sé. O-Tusuru-san, ¿dónde está tu tío?

Sabía que Shinsai había salido, seguramente para ir a la casa de Sugi, donde el maestro Yoshida tenía su escuela. Había llevado las pastillas y los ungüentos para el joven Itō. Quería ir con él y ver al famoso maestro, pero Mitsue me pidió que la ayudara a ordenar la ropa de invierno y guardara la de verano, y antes de que hubiésemos acabado, Shinsai perdió la paciencia y se marchó.

—Creo que iba a Tōkōji —dije, tergiversando ligeramente la realidad. Tōkōji era un templo en las colinas orientales, no demasiado lejos de la Escuela de la Aldea bajo los Pinos, y mi tío había manifestado el deseo de visitarlo—. ¿Para qué querías verlo?

—Hay algunos artículos en la última remesa... que no están bien marcados. Necesito hacer el inventario. —Hablaba con timidez, pero me gustó el tono serio de su voz.

—Yo te podría ayudar, si la señora Kuriya está de acuerdo.

—Si no es mucha molestia, señorita.

—Ninguna. —Deseaba saber cómo funcionaba la farmacia; después de varios días de ayudar a Mitsue solamente con las tareas domésticas, echaba de menos el trabajo mucho más interesante que hacía en casa. Dejé a las demás mujeres tiñéndose los dientes de negro y seguí al joven a la botica.

Sabía que se llamaba Keizō, pues había oído al señor Kuriya llamarlo de ese modo, pero no estaba segura de cómo debía dirigirme a él. «Keizō» me pareció que implicaba demasiada confianza, y no conocía el nombre de su familia. Nadie me había contado nada acerca de él; no se le consideraba lo suficientemente importante. Para mí era el Contador, porque se sentaba ante su escritorio como Enma, el señor de los infiernos, pesando y midiendo, calculando y registrando.

Me di cuenta enseguida de que su prontitud y diligencia apuntaban la

energía y el sentido comercial de la botica del señor Kuriya y hacían que el negocio marchara sobre ruedas. El Contador tenía una memoria extraordinaria y un conocimiento intuitivo de las propiedades de las hierbas y de los minerales. Era capaz de hacer difíciles cálculos mentalmente; apenas necesitaba el ábaco, aunque lo usaba como escudo detrás del cual se escondía para pensar. Podía hacer mezclas de medicinas y pociones de memoria con precisión exacta, aunque, también en ese caso, empleaba balanzas e instrumentos de medición como armas de defensa.

Luego me diría: «La gente le tiene miedo a la inteligencia pura, no le gusta. Pero cree que cualquiera puede usar un instrumento y eso la tranquiliza».

No tardé mucho en explicarle los ingredientes que habíamos traído. Se me ocurrió que, en realidad, el Contador no precisaba mi ayuda. Tal vez sabía que Shinsai no estaba y me había buscado a propósito.

Una vez que se me ocurrió esa posibilidad, ya no pude sacármela de la cabeza. Como ya señalé, no podía dejar de evaluar a cada hombre que conocía como esposo potencial. No dejaba de echarle miraditas al hombre que tenía al lado, mientras él anotaba velozmente los nombres que le dictaba. Su letra era vigorosa e inusualmente clara. Tenía bonitas manos, con dedos largos y uñas cuadradas. Los ojos eran interesantes y brillaban con inteligencia y humor. Aparte de eso, tenía un aspecto bastante normal; era extremadamente delgado y sus huesos se destacaban bajo la piel, especialmente en la zona de las muñecas; su frente era alta y redondeada, y ya tenía entradas en el pelo.

Finalmente me pilló mirándolo y ambos nos avergonzamos al mismo tiempo.

—Creo que eso es todo —dijo, apoyando el pincel.

Me puse de pie y comencé a examinar los estantes con sumo interés.

—Veo que tienes una gran cantidad de lombrices secas —dijo. Fue la primera caja que vi—. ¿Te resultan eficaces?

—Son uno de los ingredientes del famoso remedio universal de Kuriya —contestó, poniéndose de pie también y señalando un montón de cajas amontonadas en la parte delantera de la botica, todas selladas con caracteres que decían: «Remedio universal de Kuriya procedente de Hagi». También había una cesta llena de paquetes de papel, con el mismo nombre, para los clientes que no disponían de dinero para pagar una caja entera.

—¿Qué más contiene?

—¡Oh, no te lo puedo decir! Es un secreto bien guardado. Te diré que pasa de generación en generación.

—¿En serio?

—Bueno, tal vez no de tantas generaciones, ya que fui yo su inventor. Pero no cabe duda de que se lo pasaría a mi hijo si me casara alguna vez, algo muy improbable en este momento, y por supuesto, desde cierto punto de vista, se puede decir que el señor Kuriya se lo ha pasado a su hijo.

Pronunció estas palabras rápidamente en voz baja, riéndose de sí mismo.

—¿Funciona? —pregunté.

—Si estás enferma, puede hacer que te sientas mejor, y si estás sana, te mantiene en ese estado. ¿Qué más se puede pedir? ¿Acaso tu padre no tiene su propio remedio universal?

—Prefiere los tratamientos especializados —respondí.

—El remedio universal de Kuriya es muy popular —dijo el Contador con voz seria—. Así que imagino que la gente cree que funciona.

Tuve la oportunidad de ver por mí misma lo popular que era el remedio universal. La gente venía a la farmacia por muy diversas dolencias: dolor de ojos, malestar estomacal, toses, forúnculos y otros problemas dermatológicos, almorranas, rozaduras, ampollas. Solo esa mañana, casi tres cuartas partes de los que vinieron se marcharon con un unguento específico y con el remedio universal.

El señor Kuriya y su hijo tenían un discurso bien preparado que utilizaban una y otra vez para venderlo. Hubo un momento en que había tanta gente que el señor Kuriya me lanzó una mirada de súplica y tuve que ponerme a pesar el polvo para meterlo en los sobres de papel.

—Tómelo en el té o con agua caliente —aconsejé a mis clientes, tal y como había oído decir al señor Kuriya.

Seguía en la botica cuando regresó Shinsai.

—Vaya, vaya, Tsu-chan, te han hecho trabajar —dijo.

—Aprende rápido —dijo el señor Kuriya, y luego me dio permiso para ir a ayudar a su esposa a preparar la comida del mediodía.

—¿Qué hacías ahí? —preguntó Shinsai, siguiéndome a la sala.

—Como no sabía dónde estabas, me pidió que le ayudara.

—¿Quién? ¿El jefe? ¿El señor Kuriya?

—No, el otro hombre, el empleado.

—¡Sabía muy bien dónde estaba! —exclamó Shinsai—. Hablamos de eso antes de irme. ¡Qué zorro! No te fíes de él, Tsu-chan. Y no quiero que pases más tiempo con él.

Parecía muy enfadado, y eso, a su vez, hizo que yo también me enfadara. A menudo, mi tío parecía creer que era mi dueño.

—He estado ayudando en la botica —dije—. Es bueno aprender también sobre las medicinas que utilizan. Tal vez pueda preparar un remedio universal cuando llegue a casa.

—¡Qué charlatanes!

Quería que bajara la voz. Me preocupaba que la señora Kuriya nos oyera. Por el bien de Mitsue, no debíamos insultar a nuestros parientes políticos. No volvimos a hablar, pero Shinsai se quedó callado e irritable durante el resto del día. Pensaba que la treta del Contador había sido un truco artero, mientras que yo tendía más a pensar en ello como una broma, y bastante halagadora.

LA ESCUELA DE LA ALDEA BAJO LOS PINOS

ME encantó ayudar en la botica, y quería seguir haciéndolo. Pero, a la mañana siguiente, mi tío anunció que iría con él.

—Supongo que a visitar otra vez Tōkōji —señaló la señora Kuriya—. La verdad que es muy hermoso en esta época del año.

Era imposible saber si estaba siendo irónica. Shinsai carraspeó y dijo:

—Quiero que O-Tsuru vea el templo antes de regresar a casa..., y a partir de mañana ya no me quedaré aquí.

Mitsue me lanzó una mirada inquisitiva, pero yo tampoco entendía nada. Sin embargo, me fijé en que Shinsai llevaba sus pertenencias en un hatillo.

Los hombres se hallaban reunidos en la botica cuando pasamos por allí, y el Contador estaba en su puesto habitual, inclinado sobre el ábaco. El chasquido de las cuentas no dejó de sonar, y no pude ver si me siguió con los ojos o no.

—¡Que os vaya bien! —gritaron los tres, al tiempo que salíamos a la calle.

Aparte de ir a los baños públicos una o dos veces, aún no había visitado la ciudad. Pero a pesar de lo mucho que deseaba explorar las estrechas callejuelas y los mercados, especialmente el puesto de pescado en el puerto, no fuimos en esa dirección, sino que cruzamos el puente sobre el canal y caminamos a través de los arrozales hacia el este. Era una mañana fresca y una neblina blanca se hallaba suspendida sobre las montañas. Alrededor de los arrozales resplandecían los últimos lirios araña rojos y las borlas de las cortaderas bajo los débiles rayos del sol. Había muchas personas en los alrededores: granjeros que llevaban sus productos al mercado, mozos con

pesadas cargas e incluso samuráis que caminaban resueltamente hacia la ciudad en grupos de dos o tres, vestidos sobriamente, con los rostros serios y las espadas en la cadera. La gente los eludía bruscamente; si no podía evitarlos, se inclinaba mecánicamente. La mayoría de los samuráis de Hagi trabajaba para la burocracia, cada vez más extendida, y andaba tan corta de dinero como el resto de la población; excepto la familia Kuriya, por supuesto.

La marea estaba bajando, dejando al descubierto relucientes marismas; las aves marinas caminaban chapoteando hacia ellas o descendían en picado al agua, al tiempo que sus gritos se mezclaban con el golpeteo del oleaje contra las barcas amarradas. El puente que cruzaba el Matsumoto era mitad puente, mitad trampa para peces; hombres con taparrabos estaban con el agua a la cintura sacando las redes donde la marea había atrapado a los peces, y arrojaban las brillantes criaturas, que se agitaban frenéticamente, en baldes y cestos. El olor a pescado, barro y sal lo inundaba todo. Todo el mundo gritaba y empujaba, tanto aquellos que hacían el trabajo de todo un día en el breve lapso que permitía la marea como los que solo deseaban cruzar el río.

Los tablones estaban resbaladizos y eran estrechos. La mayoría de las personas iba cargada de cestas que llevaban en los extremos de un palo apoyado sobre el hombro o sobre recipientes de madera en la espalda. Mi tío se desplazaba con destreza entre ellas, y yo lo seguía como podía. Pensé que no tardaría en caerme al agua; de hecho, no entendía cómo las personas permanecían sobre los tablones, pero así era, y logré cruzar al otro lado con torpes malabarismos.

Allí, en la orilla del río poco profundo, se había construido un dique y los barqueros esperaban con sus barcos de fondo plano.

—Teníamos que haber contratado una barca —dije, alcanzando a Shinsai.

—No me llega el dinero —dijo, escueto.

—No son más que unos pocos *mon*.

—Aun así, para mí es mucho.

—¿De qué vivirás si te quedas en Hagi? —Nuestra familia ya enviaba todo el dinero sobrante a Nagasaki para pagar los estudios de Tetsuya, los libros que necesitaba y sus instrumentos quirúrgicos.

—Itō me ha ofrecido un sitio para dormir —replicó—. Puedo comer en la escuela y pagar lo que consumo ayudando con el trabajo. Tal vez pueda conseguir otro empleo para arreglármelas o empeñar algo. —Aminoró su paso

y se volvió para mirarme directamente a los ojos—. Lo importante es que el maestro Yoshida ha permitido que participe en sus clases. Es una oportunidad, un privilegio único. No puedo dejar que nada me impida aprovecharlo al máximo.

Jamás había escuchado a Shinsai hablar tan seriamente acerca de algo. Por primera vez, lo vi como un adulto, inspirado en algo que no era la lealtad a la familia y al hogar, que siempre había sido nuestra principal obligación. De pronto, lo vi alejándose de nosotros, hacia el futuro, hacia un nuevo Japón. Me embargó un sentimiento de temor y de asombro a la vez.

—Espera a conocer al maestro Yoshida —dijo Shinsai—. Entonces lo entenderás. Debes explicarle a tu padre por qué es tan importante. Él respeta tu opinión.

Habíamos dejado atrás las casuchas de los pescadores, y el camino estrecho se volvió más empinado a medida que serpenteaba entre los arrozales. Los campos que no estaban cultivados estaban cubiertos con la especie de roble llamado *shi*, junto con pinos y cedros. Cuando hicimos una pausa para recobrar el aliento, miré hacia atrás.

—¡Nunca había visto algo tan hermoso!

La bahía se extendía por debajo de nosotros, el mar de un lapislázuli transparente mutaba a un color índigo en el horizonte. De vez en cuando, sobresalían pequeños islotes, algunos apenas rocas, cada uno bordeado de blanco; muchos, salpicados de rojo escarlata por las hojas de otoño.

—Allí están el reino de Corea y el imperio de China —dijo Shinsai—. Y todo el ancho mundo. Imagina crecer aquí y ver esto todos los días, sabiendo que todo está allá, pero que tienes prohibido explorarlo.

No pude evitar pensar en lo grande que era el mundo y en lo pequeño e indefenso que era nuestro país. Pensé en todos los cambios que ya había visto: algunos maravillosos, como las vacunas traídas por los holandeses desde Batavia; otros más inquietantes, como las nuevas enfermedades, armas, ideas.

Seguimos andando y, a medio camino de la cuesta, llegamos a un pequeño grupo de edificios con tejados de paja y muros de madera. Alrededor de los escalones de piedra crecían sombrereras y bambúes sagrados con bayas rojas.

—Aquí vive la familia Sugi —dijo Shinsai—. El edificio de la escuela está allí.

Pude oír las voces que provenían de la casa principal y de la escuela. El

viento murmuraba entre las ramas de los pinos y los milanos chillaban en el valle. Una joven se dirigió hasta el borde del porche y nos dio los buenos días.

Shinsai se acercó para presentarse.

—Me llamo Itasaki Shinsai. He venido a asistir a las clases con el maestro Yoshida. Ella es mi sobrina, Tsuru. Quería que conociera al *sensei* en persona; espero que no le moleste.

Parecía un poco incómodo al decirlo, pero la joven sonrió, irradiando felicidad.

—Todo el mundo tendría que poder hacerlo. Por favor, diríjase directamente al aula de clases, señor Itasaki. Traeré a su sobrina después de la comida del mediodía. Mientras tanto, si a O-Tsuru no le molesta ayudarme...

—Por supuesto que no —dije, y la seguí a la casa.

—Me llamo Fumi —me dijo—. Soy la hermana menor del *sensei*. —Su rostro se iluminó aún más al decirlo. Era menuda y delgada, y tan amable que al instante me relajé. Parecía tener mi edad.

—Debes de estar tremendamente orgullosa de tu hermano —dije.

—Shōin es un genio —replicó con seriedad—. Pero no podemos evitar preocuparnos por lo que le sucederá. No es como las demás personas, ¿sabes?

—¡No creerás que alguien puede hacerle daño! Su reputación y su valor para el dominio deberían protegerlo. Tiene el favor del noble Mōri y de Sufu Masanosuke.

—Es cierto. Y gracias al noble Sufu ha salido de la cárcel y se le permite enseñar. En realidad, es lo único que le importa: poder continuar con sus estudios y transmitirles el conocimiento a otros. Incluso cuando estaba en Noyama, leía todo el tiempo, les enseñaba a los demás prisioneros y consiguió que ellos también enseñaran lo que sabían.

—¿Lo fuiste a visitar allí? ¿Cómo es?

Su rostro se ensombreció.

—Noyama es un lugar terrible. Oscuro, superpoblado. Tiene un pasado sombrío; ha muerto mucha gente allí. Estoy segura de que está frecuentada por espíritus. Pero mi hermano estaba tan contento allí como en su propia casa; siempre alegre, siempre pensando en los demás e intentando evitarles el dolor. —Me sonrió—. ¿Tienes hermanos?

—Sí, en Nagasaki.

—¿En serio? Shōin también estuvo allí. Ha viajado por todo Japón. ¿Qué hace tu hermano allí? ¿Estudios médicos?

Le hablé de Tetsuya y de la práctica médica de mi padre. Era tan fácil conversar con ella que incluso le conté que mi familia me estaba buscando marido. Ella sonrió aún más, acercó la boca a mi oído y dijo:

—Mi hermano y mi tío también me están buscando marido.

—¿Ya han elegido alguno? —pregunté, pues me atreví a hacerlo después de aquella muestra de confianza.

—¿Conoces a Kusaka? —susurró—. Creo que será él.

Sentí una punzada de envidia. Por supuesto que sabía que Kusaka Genzui jamás podría ser para mí, pero me había permitido ilusionarme con él.

Si hubiera sabido lo que sucedería, no habría envidiado a O-Fumi. Pero, por supuesto, no podía predecir el futuro. Éramos solo dos jóvenes que soñaban con casarse y tener hijos, esperando ser buenas esposas y madres sabias. Al menos, así imaginé que era O-Fumi, y preferí no compartir mis sueños con ella.

Estábamos lavando y picando verduras cuando apareció en la cocina una señora de unos sesenta años, con una leve cojera.

—Towa-san —saludó Fumi con cortesía—, por favor, no te molestes. O-Tsuru puede ayudarme en lo que necesite.

—Déjame echarte una mano —dijo Towa—. Ya poco puedo hacer para pagar al *sensei* su amabilidad. No me gusta estar sin hacer nada.

Sentí curiosidad por saber quién sería aquella anciana. Por la vestimenta y el modo de hablar resultaba evidente que pertenecía a una casta baja, pero había sido recibida dentro del hogar de Sugi. Fumi la trataba como a una invitada, y ella irradiaba una dignidad y serenidad que contrastaban notablemente con su apariencia externa. Quería preguntarle quién era, pero no me atreví.

—¿Cómo están tus piernas esta mañana? —preguntó Fumi—. ¿Por qué no te sientas y te froto un poco de unguento sobre ellas?

El ofrecimiento pareció avergonzar a Towa.

—No, no, ¡una joven fina como tú! No sería correcto.

—Lo haré yo —dije, secándome las manos mojadas con un trapo—. Soy

hija y ayudante de un médico, así que no tiene nada de malo que yo lo haga. O-Fumi, ¿qué ungüentos tienes?

Trajo un bote de ungüento. Acerqué la nariz para intentar adivinar lo que era: una base suave de aceite, posiblemente mezclado con jabón. Olía a cáscara de naranja y a anís, con un toque de azufre.

Dejamos la preparación de la comida por unos instantes y salimos fuera con Towa. Se sentó en el porche, en un rectángulo que dibujaba el sol; apoyándose contra un poste y estirando las piernas, dejó escapar un leve suspiro.

—Qué amable por su parte, señorita. He estado de viaje durante mucho tiempo y tengo las piernas y los pies deshechos. Pensé que no viajaría más y me quedaría en casa el resto de mis días, pero me dijeron que el *sensei* quería verme y escuchar mi historia, así que vine hasta Hagi.

Tenía los tobillos hinchados y estaban calientes al tacto. Las rodillas también estaban inflamadas y rojas. Los pies estaban torcidos y los dedos se curvaban hacia abajo. Froté el ungüento y comencé a masajear con firmeza, intentando relajar y estirar los músculos.

—¿Le han aplicado acupuntura?

Ella sacudió la cabeza.

—De vez en cuando me hacen un masaje. Y voy al *onsen* cuando puedo.

—Las fuentes termales de Yuda, donde yo vivo, le sentarían bien —dije—. Mi padre y yo también le podríamos hacer un tratamiento de acupuntura. ¿Hay alguna posibilidad de que pueda viajar un poco más para venir a vernos?

Ella soltó una carcajada.

—Este ha sido mi último viaje —dijo—, para ver al *sensei* y contarle mi historia. Ahora que he terminado, puedo volver a mi hogar en Uemura. Al menos sé que no me olvidarán. El noble Sufu y el maestro Yoshida se encargarán de que no suceda.

No pude contener mi curiosidad.

—¿El noble Sufu?

—Cuando era funcionario del gobierno en Ōtsu, escuchó mi historia y pidió al *sensei* la inscripción para la columna de piedra conmemorativa.

Desde los motines de Tenpō, se había convertido en una costumbre erigir piedras conmemorativas para aquellos aldeanos con vidas dignas de

mencionar o que hubieran realizado obras excepcionales. Pero jamás había oído de una mujer honrada de este modo. Towa tenía que haber hecho algo realmente extraordinario.

Moví los dedos sobre sus pantorrillas. Sentí que se relajaba como un gato al sol.

—No podía soportar que nadie se encargara —dijo—. Murieron todos, asesinados por ese malvado *rōnin*, y a nadie pareció importarle nada, solo por lo que somos: humildes guardianes del santuario. Y luego el magistrado sugirió que había sido culpa nuestra, que lo habíamos provocado. Mató a tres personas, bueno, en realidad a cuatro, pues mi pobre esposo nunca se recuperó de la gravedad de su herida, y ahora él ha desaparecido y nadie sabe qué le pasó... Pasar por todo eso, y luego ¡que nos digan que fue culpa nuestra!

—¿A quién mató el *rōnin*? —pregunté.

—A su propia esposa...; era la hermana de mi marido. Y a su padre y su hermano cuando intentaron salvarla.

El *rōnin*, el samurái sin amo, Kareki Ryūnoshin, había ido a discutir su divorcio con su exesposa y su familia. Estalló una discusión..., era un hombre difícil y violento; finalmente, desenvainó la espada y los atacó. A causa del retraso en la investigación, Kareki pudo huir del dominio. El marido de Towa, Kokichi, tardó años en recuperarse de las heridas, y durante ese tiempo ella lo cuidó, se hizo cargo de su trabajo en el santuario y esperó a que se hiciera justicia. Cuando quedó claro que nadie se encargaría del asunto —al fin y al cabo, Kareki era un samurái y las víctimas, simples guardianes del santuario—, Towa decidió perseguir ella misma al asesino. Se marchó de Uemura y siguió su rastro durante diez años, llegando hasta Edo y Mito, incluso a Tōhoku, y lo encontró finalmente en Kyūshū. Dio aviso a las autoridades y en el duodécimo año de la era Tenpō, el año de mi nacimiento, arrestaron a Kareki. Intentó suicidarse y murió a causa de sus heridas una semana después. Su cuerpo fue enviado a Hagi, donde le cortaron la cabeza y la clavaron en la picota. Cuando Towa regresó a casa, se encontró con que su esposo había salido a buscarla y no se había sabido nada de él desde entonces. Debía de haber muerto en el camino.

Fumi ya había escuchado la historia antes, pero sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Alguien tenía que hacer algo —dijo Towa—. Todos somos seres

humanos, ¿no? ¿Por qué se les habría de permitir a los *bushi* que maten sin ser sometidos a la justicia? Trabajamos duro, servimos al santuario, ¿merecemos ser asesinados por ello?

—Cuando mi hermano estuvo en Noyama —me dijo rápidamente Fumi—, conoció a una mujer llamada Takasu Hisako. Es música y era integrante de un grupo *shamisen*. La encarcelaron porque algunos miembros de su grupo no pertenecían a la clase de los *bushi*: no debía haberse vinculado con ellos. Lo peor fue que se oyó que había dicho que pensaba que tales restricciones eran una tontería, y que la doctrina de las cuatro castas era anticuada y restrictiva. Mi hermano dice que sus ideas reflejan el pensamiento de Mencius, pues el sabio enseñó que la virtud se puede encontrar en cualquier clase, y que los hombres deberían ser educados según su capacidad y no su rango, y que ella le abrió los ojos respecto al modo en que se debían aplicar hoy las enseñanzas de Mencius, ya que el hombre es bueno por naturaleza y la sociedad debe ser organizada para que el bien florezca. —Fumi sonrió a la anciana y dijo con voz suave—: Esto lo vemos en Towa-san.

Continué masajeando las piernas de Towa, mientras pensaba en el extraordinario viaje que había emprendido y veía por mí misma el precio que habían pagado por conseguir venganza. Towa no había asestado ella misma el golpe con la espada, pero había perseguido a un criminal y lo había llevado ante la justicia. Intenté expresarle mi admiración y gratitud con mis manos.

—Sabe usar bien las manos, señorita —dijo cuando terminé.

—Gracias por contarme su historia —murmuré, levantándome. Regresé a la cocina con Fumi y terminamos de preparar la comida.

Algunos de los estudiantes tenían sus propios paquetes de comida, con cuencos y palillos envueltos cuidadosamente dentro de ellos. Estos eran guardados en la pequeña cocina de la escuela. Ayudé a Fumi a llevar las otras bandejas y utensilios, y los colocamos en el porche. La sopa estaba caliente, así que también la llevamos fuera, con grandes cuencos de bambú repletos de arroz, mezclados con mijo y verduras, calabaza y cebolla en rodajas, y cuencos de tofu fresco. Frascos de pepinillos completaban la comida. No pude evitar preguntarme cómo se arreglaba la familia para alimentar a tantos estudiantes, además de a sí mismos.

—¿Puedes ir a decirles que ya está listo? —preguntó Fumi.

Me dirigí por el porche hasta la sala principal. Las puertas correderas

shōji estaban abiertas y me detuve un instante, asomándome por el marco. La habitación estaba abarrotada de pupitres pequeños, tras los cuales se sentaban estudiantes inmóviles, intensamente concentrados. Entre ellos vi a mi tío, Itō, Kusaka y Takasugi. A los demás no los reconocí. El maestro era muy delgado y tenía un rostro anguloso y severo. Los dedos largos y huesudos seguían el texto del libro que tenía delante. Tenía un aspecto frágil, como si una ráfaga de viento repentina pudiera llevárselo como a una brizna de paja. Pero poseía una voz fuerte y clara, y tan firme que resultaba difícil de creer que fuese suya. Su método parecía consistir en hacer preguntas y luego en extraer con cuidado las respuestas para alcanzar la comprensión total. Las respuestas de los estudiantes eran valiosas; sus voces, respetuosas. Se advertía cuánto deseaban complacerle. Era estricto y afectuoso a la vez.

Me arrodillé en la entrada y entré arrastrando las rodillas. Tras inclinarme hasta el suelo, dije:

—*Sensei*, vuestra hermana me pidió que os dijera que el almuerzo está servido.

Justo entonces la campana del mediodía sonó desde un templo cercano.

El maestro Yoshida concluyó su lección diciendo:

—Recordad, la base de todo es fijarse metas en la vida. Dedicad vuestro talento a la sociedad, ayudaos siempre entre vosotros. Elegid bien a los amigos, y nunca dejéis de leer las obras de los maestros y sabios. —Luego se volvió hacia mí y dijo—: ¿Y quién es la nueva huésped de la casa?

Me miró directamente a los ojos, y me estremecí. Su mirada pareció penetrar hasta lo más hondo de mi ser. Sentí que veía todos mis sueños e ilusiones.

—Soy la hija de Itasaki Yūnosuke, Tsuru, de Yuda. Para mí es un honor conoceros.

—¿Eres pariente de Shinsai-san?

—*Sensei*, ella es mi sobrina —intervino Shinsai.

—Muy bien, muy bien. —El maestro Yoshida hizo un gesto con la mano a los estudiantes, indicando que podían retirarse—. Tu tío vendrá a nuestras clases. Estoy ansioso por discutir asuntos militares occidentales con él. Parece que le interesa.

—Si pudiésemos viajar al extranjero y verlo por nosotros mismos... —dijo mi tío.

Itō Shunsuke había permanecido en la sala.

—Algún día lo haremos —dijo.

—Shunsuke, creo que lo harás —señaló el maestro Yoshida, sonriéndole.

Cuando salí, Itō me siguió.

—El otro día —dijo en voz baja—, su padre y usted me hicieron un gran favor...

—No tiene por qué agradecerémoslo —dije.

—De todos modos, gracias. —Sonrió, mortificado, y se frotó la oreja—. Por favor, dele las gracias a su padre también.

—¡Me alegro de que todo haya salido bien! —Intentaba ocultar mi sonrisa, y también él—. ¡Por favor, cuídese! —dije, deseando poder hablar con él sin tapujos de sus síntomas y de la medicina de mi padre, anhelando ser un hombre entre estos jóvenes.

Ayudé a Fumi a servir a los estudiantes y luego cogí un cuenco para mí. Takasugi y Kusaka me saludaron y me preguntaron por mi padre, pero no volvieron a hablar ni conmigo ni con nadie más. Takasugi se encontraba particularmente sumido en sí mismo. Me di cuenta de que su humor oscilaba violentamente de un extremo al otro. En la boda había estado silencioso al principio, luego animado y extrovertido, y ahora parecía estar dominado por la melancolía. Echaba frecuentes miradas a Towa, como si quisiera decirle algo pero no supiera cómo abordarla. Para un samurái de alto rango como él, la presencia de una mujer de casta baja podría haberlo perturbado. Las enseñanzas de Yoshida Shōin también resultaban inquietantes. El sentido de identidad de todos estos jóvenes estaba siendo cuestionado; me daba cuenta de lo aterrador que podía resultar, pero también podía ser liberador.

Creí ver a Kusaka siguiendo con la mirada a Fumi mientras iba y venía. El maestro Yoshida debía de tenerlo en gran estima si deseaba que se casara con su hermana. Más tarde, Shinsai me contaría que estos dos jóvenes, Kusaka y Takasugi, eran considerados los alumnos más destacados de la escuela.

Towa cruzó desde la casa principal con otra mujer, la madre de Yoshida Shōin. Las mujeres recogimos la mesa, mientras los hombres fumaban y conversaban al sol. Antes de volver a los estudios, logré hablar con mi tío y decirle que debía iniciar el regreso a casa de los Kuriya.

—Sí —dijo vagamente—. ¿Crees que podrás arreglártelas sola?

—Vaya, Shinsai-san, ¡no creo que sea buena idea que vuelva caminando

sola a Hagi!

—No quiero perderme ni un minuto de las lecciones del *sensei* —dijo con fervor.

—Se ha cumplido tu deseo, estudiarás en su escuela durante meses. —De pronto, me sentí indignada con él; tal vez fueran celos por la oportunidad que tenía, o quizá fuese porque ya me había dado cuenta de cuánto iba a echarle de menos—. Por lo menos, me podrías acompañar a casa.

Towa estaba de pie cerca de nosotros.

—Yo regreso hoy a Hagi. Puedo acompañar a la joven.

—Vaya, eso es perfecto —dijo Shinsai.

—Entonces, ¿cuándo te veré? —pregunté bruscamente antes de que desapareciera dentro del aula.

—No lo sé. Dile a tu padre que escribiré. Y estaré agradecido si alguien me envía dinero.

—Ni un solo *mon* —dije en voz baja—. Espero que te mueras de hambre. Te lo mereces. —Luego, intenté recobrar la calma para darle las gracias a Towa por su amable ofrecimiento y despedirme de Fumi y de la señora Sugi.

Me marché con sentimientos encontrados: estaba eufórica por la oportunidad de haber conocido al famoso *sensei*, frustrada por no poder estudiar con él. Aunque estuviéramos en prisión al mismo tiempo, él estaría en Noyama y yo en la prisión para el vulgo, Iwakura. Estaba furiosa con Shinsai por abandonarme, y me inquietaba que estuviera rodeado de todos esos genios jóvenes y arrogantes; temía que pudieran despreciarlo e intimidarlo. Luego comencé a preocuparme por Towa, que cojeaba lentamente a mi lado. ¿Cómo lograría cruzar el puente, por no hablar de recorrer todo el camino de regreso a su hogar en Uemura?

Sin embargo, cuando llegamos al pie de la colina, Towa se abrió paso hasta las barcas, en donde uno de los barqueros la saludó calidamente, la llamó abuela y la ayudó a subir al bote.

—Ven, O-Tsuru-san —dijo, sentándose en la proa.

Me metí de un salto y me senté en cuclillas sobre uno de los asientos de tablones en el medio, mientras el barquero remaba en la popa. Era aún más aterrador que montar a caballo. La marea estaba alta y el viento soplaba fuerte desde el mar. Una masa de embarcaciones se balanceaba por doquier en el estuario, impulsadas por velámenes en diferentes tonos de marrón, ocre y

arena o, como la nuestra, de remos, sacudidos por hombres semidesnudos que gritaban y se maldecían entre sí jocosamente.

Las mareas imponían las condiciones de vida en esta ciudad: todos dependían de su flujo y reflujo. ¿Por eso resultaban tan oportunistas sus habitantes, tan veloces para aprovechar la marea de la historia?

Llegamos a la orilla opuesta y desembarcamos, ligeramente húmedas por el rocío. El aire se volvía más fresco; las sombras se iban alargando.

—Towa-san, ¿dónde dormiré esta noche? —pregunté cuando comenzábamos a caminar a través de los arrozales, con las palabras de despedida y las expresiones de buenos deseos que resonaban aún en nuestros oídos. Quería pedirle que se quedara, pero temía la reacción de la familia Kuriya.

—No se preocupe por mí, señorita —replicó—. Hay muchas personas en Hagi dispuestas a alojarme.

—Para muchos, debe de ser una heroína —dije.

—Tal vez para algunos —dijo con discreto orgullo—. Aunque los demás no lo vean así.

—¿Como Takasugi? —pregunté, avergonzada por la grosera frialdad del joven.

—Cambiaré. Es demasiado joven. Ha sido criado así. Pero entenderá un día que todo el mundo merece una oportunidad en la vida, y tal vez las personas como yo puedan ayudar a las personas como él. Después de los grandes disturbios en la era de Tenpō, todos presenciamos la energía y la fuerza de la gente común. Cuando los granjeros se unan con los *bushi*, entonces habrá cambios, una renovación del mundo. Takasugi-sama también lo entenderá algún día.

No me podía creer la suerte que había tenido de conocer a dos personas tan dignas de admiración en un solo día. Cuando llegamos a la botica de Kuriya, le pedí a Towa que aguardara unos minutos.

—¡He vuelto! —grité al entrar.

—¡Bienvenida a casa! —El Contador estaba sentado en el mismo sitio, como si no se hubiera movido en todo el día.

—Disculpe, ¿puedo coger una caja del remedio universal? La pagaré más tarde. Necesito dársela a una amiga.

—Por supuesto —dijo.

Tomé una caja y corrí de regreso junto a Towa.

—Tenga —dije—, bébala con té. Es para darle las gracias... por todo.

Me lo agradeció mucho, se metió la caja entre los pliegues de la túnica y se marchó lentamente por la calle.

Jamás la volví a ver y nunca logré enterarme de si el remedio universal le había funcionado o no.

ESTUDIANTES

ALGUNOS días después, regresé a casa acompañada por uno de los criados de los Kuriya, que estaba entregando pedidos en Yamaguchi. Llegué a última hora de la tarde. Ya era el décimo mes, y hacía bastante frío. Caminé sola desde la posada Matsudaya en Yuda, llevando mi hatillo envuelto en un *furoshiki* en una mano y un farol con el nombre de la posada en la otra. Los perfiles familiares de las montañas y el fuerte aroma a otoño, el humo de leña mezclado con cebada tostada y aceite de sésamo me alegraron el alma. Desde el interior de mi casa, brillaba la luz de las lámparas, y sentí el crujido conocido de un trozo de corteza que se desprendía del Árbol de las Apuestas.

El gato estaba sentado junto a la verja con aspecto disgustado. Maulló cuando me vio, como quejándose. Había olor a tabaco y se veía el brillo de pipas encendidas. Dos desconocidos estaban sentados en el porche.

—Buenas noches —los saludé.

—Bienvenida a casa —respondieron. Uno intentó inclinarse, olvidándose de que seguía con la pipa entre los labios, y casi se la mete en el ojo. El otro, tomándose libertades, dijo:

—Debes de estar cansada después de un viaje tan largo.

Asentí con la cabeza y luego entré. El salón estaba vacío. Oí el sonido de pasos y apareció Hachirō, caminando afanosamente por la pasarela que conducía al área destinada a la vivienda.

—¡Bienvenida a casa! ¡Bienvenida a casa! —Tomó el farol de mis manos, al tiempo que me decía que lo devolvería al Matsudaya a la mañana siguiente.

—Hachirō-san, ¿quiénes son esos dos hombres? ¿Pacientes? ¿Dónde está mi padre?

—El doctor y su madre están en la sala principal —replicó—. Y los dos jóvenes son los estudiantes nuevos.

—¿Estudiantes?

Sin esperar a que dijera una palabra más, corrí para buscar a mis padres. Deslicé el *shoji* con fuerza y, sin saludarlos siquiera, pregunté bruscamente:

—¿Qué hacen esos hombres aquí?

Mi madre le estaba leyendo en voz alta a mi padre a la tenue luz de la lámpara. No reconocí el libro; debía de ser nuevo. Solo me había ausentado dos semanas y todo había cambiado. Miré furiosa la tapa, mientras que mi madre bajaba el libro.

Su rostro se iluminó.

—Tsu-chan, ¡has vuelto!

—Te hemos echado de menos —dijo mi padre.

—¡Parece que ya me habéis reemplazado! —Me arrodillé sobre el tatami y comencé a desatar mi hatillo, sacando la pasta dulce de habas y el pescado seco que había traído de regalo de Hagi.

—Hummm, mis preferidos —dijo mi padre con avidez.

—Prepararé un té. —Mientras se ponía de pie, mi madre se inclinó y me tocó la frente con la mano, como si fuera una niña. Pensé que estaban tratando de evitar responder mi pregunta. Ambos parecían incómodos.

—*Neechan* está embarazada —dije, y mi madre estalló en llanto. No sé por qué lloraba. Era yo quien debía estar llorando, disgustada por la presencia de desconocidos en la casa. Me fui a preparar el té, mientras mi madre me tranquilizaba, y los tres bebimos y comimos trocitos de *yōkan* de Hagi. Sin embargo, no me iría a dormir sin obtener un par de respuestas.

—¿Y por qué decidiste aceptar discípulos de un día para otro? —le pregunté a mi padre.

—De pronto empezaron a presentarse —dijo él. No me miró directamente a los ojos—. En realidad, desde que tú y Shinsai os marchasteis. Hay una lista de espera; estos fueron los dos primeros. Solo están a prueba.

Tardé un rato en comprender. Estaba cansada y no podía pensar con mi acostumbrada claridad mental.

—¿Son también candidatos para ser yernos? —No me animaba a decir la palabra *esposo*.

—Es bueno tener estudiantes —dijo mi padre, como convenciéndose a sí mismo—. Pagarán una cuota, y con Shinsai en Hagi, necesito más ayuda.

—Tal vez te guste alguno —dijo mi madre.

—Puede ser, pero vivir con ellos, trabajar con ellos..., me dará un poco de vergüenza.

—Lo siento —dijo mi padre—, no podía rechazarlos. Llegaron muy recomendados por personas que me han hecho favores en el pasado. —Me percaté de que mi padre no podía evitar estar orgulloso—. No me había dado cuenta de la cantidad de jóvenes que desean ser yernos míos. ¡Imagínate, hay una lista de espera!

—Sí, es un gran honor —dijo mi madre—. Tal vez se los podamos presentar a Tsu-chan ahora.

Al menos alguien se acordaba de que yo también estaba implicada en el asunto.

—¡No! —exclamé. Me sentía sucia después del viaje, y tenía el cabello revuelto—. Dejémoslo para mañana.

—No hay ninguna prisa para tomar una decisión —me aseguró mi padre—. Después de todo, tenemos que asegurarnos de que sea la persona correcta, inteligente, con pasta de buen médico, alguien con quien me lleve bien...

Me fui a la cama sintiéndome contrariada. No me gustaba que hubiera desconocidos en la casa: el olor extraño, los ruidos que hacían, los ronquidos, las flatulencias y las toses. La casa parecía demasiado llena de gente y, sin embargo, también vacía, pues Shinsai ya no estaba en ella.

* * *

Los estudiantes se llamaban Nakajima Noboru y Hayashi Daisuke. Nakajima era el mayor; Hayashi, el más alto. Los dos eran hijos menores de la clase *sottsū*, el rango más bajo de samurái, que buscaban en la medicina una carrera alternativa. Nakajima había aprendido la lucha de espadas en Kokura, en una escuela de poca monta, y aquella experiencia lo había puesto en contacto con la sangre. Cuanto más truculento el caso, más le interesaba. Le gustaba la idea de intervenir quirúrgicamente a alguien y anhelaba amputar, mientras practicaba con los enormes rábanos blancos que Hachirō había amontonado contra el muro de la casa. Sentía curiosidad por los miembros o

testículos inflamados, los tumores y la hidropesía. De hecho, le fascinaba cualquier cosa que fuera grotesca o deforme, y hablaba sobre esos casos sin parar, al igual que de las peleas en las que había estado implicado, los hombres a los que había matado, los crímenes que había visto, y así sucesivamente. Era bajo y fornido, beligerante y polemista, pero debajo de todo ese histrionismo tenía una inteligencia innata.

Hayashi también hablaba sin parar, pero jamás entendí ni una palabra de lo que decía. Bueno, en realidad entendía cada palabra por separado, pero cuando las unía en frases, se volvían incomprensibles. Estaba interesado en antiguos tabúes que afectaban a la salud, y le gustaba citar a filósofos y doctores ignotos en chino clásico. Los pacientes lo preferían a él antes que a Nakajima; a decir verdad, le suplicaban a mi padre que no permitiera que Nakajima se les acercara, no fuera a ser que les cortara una pierna en un arrebato de entusiasmo, pero les gustaba escuchar los complicados diagnósticos de Hayashi, incluso aunque no los comprendiesen.

—¿Acaso no tiene un hermoso discurso? —preguntaban, y algunos se recuperaban de manera espontánea.

Ambos jóvenes estaban empeñados en causar una buena impresión a mi padre, pero ninguno parecía darse cuenta de que era más lógico intentar impresionarme a mí favorablemente. Ninguno pareció darse cuenta jamás de que yo sabía tanto sobre diagnósticos y tratamientos como mi padre, y nunca me pidieron consejo, aunque no tenían problema en darme instrucciones para mezclar pócimas o fabricar pastillas.

Estaban desesperados por ser aceptados en nuestra familia. Casarse conmigo y ser adoptado por mi padre, ser socio en su consulta, tal vez, incluso, su heredero, les permitiría salir de la pobreza y la soledad a las que estaban destinados la mayoría de los hijos menores. Cuando no me sentía irritada por ellos, me daban pena. Solo deseaban lo que querían todos los demás dentro de nuestra sociedad retrógrada y limitada: una manera de ascender o una manera de huir.

Me sentía como la hija del leñador de bambú. Estaba segura de que no soportaría estar casada con ninguno de los dos, pero no quería ofender a mis padres rechazándolos. Algunas veces observaba la luna mientras se elevaba por encima del Árbol de las Apuestas y miraba a los búhos deslizándose en silencio con sus alas de plumaje blanco. Anhelaba que también desde el cielo

vinieran volando a mí seres celestiales y me envolvieran en un manto de plumas para no sentir ya emociones humanas.

Como la niña de la historia, deseaba fijar metas imposibles a mis pretendientes: no la rama del árbol de plata y oro o la túnica hecha con el pelo de la rata de fuego, sino tal vez algo como las cáscaras de los huevos de golondrina recién rotos o, mejor aún, una cura para la sífilis o un remedio universal verdadero que pudiera combatir todas las infecciones.

Las golondrinas se habían marchado a tierras más cálidas. Cuando regresaran, Mitsue ya habría dado a luz a su bebé. Todos estábamos preocupados por ella. Mi padre había tenido una serie de pacientes con partos difíciles, dos bebés habían nacido muertos, otro, gravemente deformado. La ansiedad de mi madre la llevó a visitar un santuario en Yamaguchi el día del Perro, durante el duodécimo mes. Trajo de vuelta amuletos y *o-mamori*, que enviamos a Hagi, junto con cartas y oraciones.

Mis días transcurrían ocupándome de todo el trabajo doméstico y de las consultas, mientras que mentalmente pensaba en cuál de los estudiantes sería el mal menor.

Hayashi sería seguramente más fácil de manejar. Ya había encontrado formas de ponerlo nervioso, incluso de intimidarlo. Pero me aburría soberanamente después de solo unas semanas. Tras un año de matrimonio, seguramente querría degollarlo. Además, no estaba segura de si estaba verdaderamente interesado en las mujeres. No tenía el espíritu desenfrenado y libidinoso de los amigos de Shinsai.

Por otro lado, era imposible intimidar a Nakajima: era insensible a todo. Al menos él, por lo que relataba, había tenido cierto éxito con las mujeres, y tuve que admitir que también me interesaban la muerte y el proceso de morir, aunque esperaba que nuestros motivos fueran diferentes.

Cuando preparábamos los cadáveres de los bebés para el entierro, los observaba con ternura.

—¿No deberíamos abrirlos para ver qué hay dentro?

Yo también me moría de ganas de hacerlo, pero Hayashi se opuso terminantemente, diciendo que no había nada que los muertos pudieran enseñarles a los vivos. Y nos advirtió que se nos aparecerían los fantasmas de los bebés si profanábamos sus cuerpos. Mi padre puso fin a la discusión recordándonos que la disección de cualquier cadáver era ilegal y que no había

mejor manera de alarmar a nuestros pacientes y de que se pasaran a nuestros competidores.

—Si vamos a hacer cirugía, tenemos que practicar —sostuvo Nakajima, pero ni los vivos ni los muertos parecían dispuestos a ofrecerse para poder practicar las técnicas de cirugía.

Algunas veces un cazador traía una nutria —se creía que las nutrias tenía una fisiología parecida a la de los seres humanos— y Nakajima y yo la diseccionábamos con cuidado, pero, por lo general, tenía que conformarse con hortalizas de invierno. El golpe de los trozos de calabaza que se desmoronaban resonaba a través del aire glacial, hasta que O-Kane adoptó la costumbre de esconder todas las verduras.

—Jamás sobreviviremos hasta la primavera si sigue asesinando a las pobres hortalizas —farfulló.

* * *

En Año Nuevo, Shinsai regresó durante unos días en compañía de Shiji Monta, que había venido a ver a su familia, de camino a Edo. Trajeron novedades de Yoshida Shōin y de la escuela y los alumnos; la más interesante para mí fue el hecho de que la hermana del *sensei*, Fumi, se había casado con Kusaka Genzui el mes anterior. Volví a sentir una punzada de envidia. Se había casado con el brillante y apuesto Kusaka, mientras que yo tenía que elegir entre un charlatán o un destroza-calabazas.

—Kusaka también vendrá a Edo dentro de poco —dijo Monta.

—¡Cómo me gustaría ir contigo! —exclamó Shinsai.

—Tienes la oportunidad de estudiar con el maestro Yoshida —dijo Monta—. Aprovechala. Te escribiré desde Edo, y me tendrás al tanto de lo que sucede en Hagi.

Dado que trabajaba para el *daimyō*, Monta se enteraba de todas las noticias de Edo antes que nosotros. Nos contó que el enviado americano, Harris, había sido recibido por el *shōgun*, y que se habían iniciado las negociaciones para firmar un tratado.

El agua puesta sobre el fuego durante tanto tiempo comenzaba por fin a hervir, y las primeras burbujas ascendían a la superficie.

—¡Extranjeros en nuestra tierra! ¡En presencia del *shōgun*! —exclamó Shinsai furioso.

—Somos tan vulnerables en Chōshū... —dijo Monta—. Todo barco extranjero tiene que pasar por el estrecho de Shimonoseki. Si deciden invadirnos e instalarse aquí, como lo hicieron en China, no hay nada que podamos hacer para impedirlo. —Se volvió hacia mí—: ¿Aún no estás casada, O-Tsuru? —preguntó—. Cuando te vuelva a ver, lo estarás.

El entusiasmo que transmitía por ir a la capital hizo que pareciera más joven que nunca.

—Cuídate —dije, y en voz baja añadí—: Y no te acerques a las geishas infestadas de sífilis en Yoshiwara.

* * *

Las semanas junto al maestro Yoshida habían cambiado a Shinsai. Parecía más disciplinado, más distante, mucho mayor que nuestros dos estudiantes, a quienes trataba con cierto desdén.

—No puedes casarte con ninguno de los dos —me dijo la mañana que se marchó para regresar a Hagi. Le di un paquete más con regalos para Mitsue: perros de papel y otros amuletos para asegurar un buen parto, preparados con amor por mamá y O-Kane, algunas de sus comidas favoritas, cartas y libros de mi parte. Hizo un gesto fingiendo horrorizarse y simuló trastabillar bajo su peso.

—Debo hacer aquello que decidan mis padres —dije—. Dejo la decisión en manos de mi padre.

—Me extraña oírte hablar así —replicó—. ¿Qué prisa hay? Aún eres muy joven.

—Tengo diecisiete años, los suficientes como para casarme.

Había cumplido diecisiete con el Año Nuevo —era ahora el quinto año de Ansei, 1858 según el calendario occidental—, pero como había nacido en el duodécimo mes, cumplí dos años enseguida después de nacer, así que de hecho era menor de lo que aparentaba.

Shinsai pareció suavizar su mirada. ¿O me lo había imaginado? Me sentía tan unida a él en ese momento bajo el Árbol de las Apuestas... No pude evitar

sentir un estremecimiento.

—Tienes frío —dijo—. Ve adentro.

Sentí de pronto que me ardían los ojos como si estuviera a punto de llorar.

—¿Cuándo te volveré a ver? —pregunté, como en Hagi.

Replicó del mismo modo:

—No lo sé. Te escribiré. —Luego añadió—: No tomes ninguna decisión apresurada.

Hacía un frío helado; apenas sentía los dedos de mis pies y de mis manos, pero me quedé parada junto a la verja, observándolo hasta que desapareció por el camino.

EL CÓLERA Y OTROS PRODUCTOS IMPORTADOS

A comienzos de ese mismo año, llegó la noticia de que había estallado un brote de cólera en Nagasaki: provocó gran cantidad de muertes y comenzó a propagarse por los caminos y por los puertos a todo el país. Se trataba de una enfermedad aterradora: la gente normal la llamaba *korori*, tigre, lobo, *tanuki*, pues parecía como esos animales: salvaje, astuta e impredecible. El estado de shock podía afectar a una persona sana en apenas unas horas a causa de una temible diarrea, y generalmente provocaba la muerte en tres días, reduciendo a la persona a una cáscara marchita, deshidratada de todos sus fluidos. No teníamos ningún tratamiento para ella, aunque había varias sugerencias: el supuesto remedio Ōsaka, que suponía ingentes cantidades de alcohol, o el uso de opio o de quinina.

Se acusaba a los barcos de los extranjeros de traer la enfermedad, y se decía que su presencia en nuestro país había ofendido a los dioses. La gente creía que otros desastres —terremotos, tormentas e inundaciones— también estaban sucediendo por el mismo motivo. El divino país estaba siendo contaminado. Barcas de paja con efigies de extranjeros fueron enviadas por el río, intentando en vano que los dioses se deshicieran de los intrusos.

Fuese cual fuese la causa, el cólera era un motivo más de ansiedad para la época, y estábamos especialmente preocupados por mi hermano Tetsuya. Mi padre se preguntaba si debía enviarle un mensaje para que regresara a casa durante una temporada, pero antes de que pudiera tomar una decisión, Tetsuya apareció en persona, un día frío con el cielo encapotado que amenazaba nieve, aunque faltaba poco para la primavera. Estaba cansada del invierno. Tenía el

rostro agrietado por el frío, y los sabañones me picaban y dolían de noche. Cualquier cosa me irritaba y todo el mundo me ponía de mal humor.

—Necesitas un marido, O-Tsuru —me dijo O-Kane, crispándome aún más. Todo el mundo pensaba en mi matrimonio, pero nadie se atrevía a hablar de ello. La llegada de Tetsuya hizo que olvidaran el asunto durante un tiempo.

Mi hermano había decidido regresar a casa casi cuando se enteró de los primeros casos en Nagasaki. La dedicación de mi padre por sus pacientes en Tetsuya se transformó en obsesión por su propia salud y seguridad. En muchos aspectos, era el más tímido de la familia, aunque lo ocultaba tras una fachada de confianza en sí mismo. Desde su marcha, había adoptado un modo preciso, un tanto grandilocuente, de hablar, como si hubiera estado demasiado tiempo dedicado a traducir de un idioma extranjero. De vez en cuando, dejaba escapar palabras holandesas en su discurso, *thee drinken* y *dank je wel*, e incluso había traído consigo algunas vestimentas occidentales, un sombrero de tres picos, una chaqueta de lana azul y botas de cuero altas.

—¿Qué puede haber más práctico? —preguntaba, mostrándonos las botas—. Abrigan, son impermeables y duran años.

—Es bastante difícil ponérselas y quitárselas —señaló mi madre.

—Los extranjeros no se descalzan como nosotros. Se ponen las botas por la mañana y no se las quitan hasta que se acuestan por la noche.

—¿Dentro de casa? —O-Kane no se lo podía creer—. ¡Qué sucios!

Tetsuya nos trajo regalos a todos: un reloj europeo para nuestro padre, unos platos azules y blancos de Holanda para nuestra madre, botellas de cristal para el consultorio y el famoso bizcocho conocido por los japoneses como *kasutera*, un poco rancio y quebradizo tras el viaje. El reloj solo marcaba la hora europea, dividiendo el día y la noche en dos series de doce partes iguales, pero era un hermoso adorno y mi padre estaba muy orgulloso de él. Lo miraba y escuchaba el tictac varias veces al día. Decía que lo tranquilizaba.

Yo estaba fascinada con el reloj, que parecía contener la extraordinaria precisión del pensamiento holandés, y con la chaqueta de lana que Tetsuya llamaba su *jekker*. Tenía un tenue olor a animal, y el tejido era cerrado y denso. Pesaba más que cualquier prenda que lleváramos nosotros —incluso nuestra ropa de abrigo forrada— y, al igual que las botas, parecía una especie de chaleco de fuerza que se ponía sobre el cuerpo para mantenerlo a raya. En

cambio, nuestra ropa, pensé, nos dejaba más expuestos al tiempo y al mundo. No nos protegía. A causa de las azadas, las hachas y los cuchillos, granjeros, constructores y artesanos a menudo se lastimaban los pies y las manos con tajos profundos que rápidamente se infectaban a pesar de todo lo que hacíamos por mantener limpias las heridas. Muchos pacientes se nos murieron a causa del tétanos o por la gangrena. Mi padre empleaba agua hervida, sake caliente, jabón, infusiones de hierbas con supuestas propiedades medicinales, pero la supervivencia del paciente parecía depender más del capricho del destino que de lo que nosotros pudiéramos hacer.

Pero por prácticas que fueran las botas de cuero, pensaba que nuestros granjeros no las usarían jamás. Los disturbios de Tenpō seguían frescos en la memoria de la gente. Los peores disturbios en Chōshū se habían desencadenado por la violación de un tabú contra el transporte de pieles de animales durante el tiempo de cosecha. El cuero tenía un aura de peligro y de blasfemia; era una ofensa para los dioses. Quienes dependían de los dioses para todo no podían correr el riesgo de ofenderlos.

Tetsuya era un poco mayor que nuestros dos estudiantes y rápidamente se convirtió en su líder. Estaban impresionados por sus estudios en Nagasaki, y fascinados y alarmados por sus historias de la gran cantidad de extranjeros que llegaba, no solo holandeses y chinos, colonos desde siempre, sino ingleses, americanos y rusos.

Ahora que había tres hombres más en casa, tenía más trabajo doméstico y menos en el consultorio. Mi padre raras veces me pedía que lo ayudara con un diagnóstico difícil o que le aconsejara sobre un tratamiento nuevo: habría sido un insulto para su hijo y sus estudiantes. Sin embargo, seguía a cargo de la farmacia, ocupándome del jardín con la llegada de la primavera y sembrando las semillas que había recogido en el otoño.

Cultivábamos muchas plantas por sus propiedades medicinales, como *hakka* y *daiō*, *shiso*, malvarrosa, peonías y ajenojo. Otras, como la raíz china, el regaliz y el sen, debían ser importadas, pero se podían encontrar muchas plantas valiosas que crecían salvajes sobre las laderas de las montañas si uno sabía buscarlas. Una tarde, en el quinto mes, salí con un cuchillo, una paleta y un capazo, con la esperanza de obtener una buena provisión de corteza y flores de saúco, raíz de zanahoria salvaje y ramas del árbol de *katsura*. Las lluvias de la ciruela habían comenzado, pero ese año fueron escasas e intermitentes.

También los extranjeros tenían la culpa de ello, y muchos días eran como este: calurosos, húmedos, sin lluvia.

Logré llenar el capazo que llevaba en la espalda y me dirigía caminando de regreso a casa, delante de la casa de los Inoue, cuando una de las criadas me llamó a gritos, como si me hubiera estado esperando.

—¡Señorita Itasaki, mi señora desea hablar con usted!

Subí al porche y eché un vistazo a la sala. Dentro, la esposa del hermano mayor de Monta estaba amamantando a un bebé. Me quité el capazo de la espalda y la saludé con respeto. No la conocía de nada: el hermano de Monta era mayor que nosotros y jamás había participado demasiado en nuestros juegos infantiles.

—Espero que toda la familia se encuentre bien —dije—. ¿Tiene noticias de Edo?

—Por eso necesitaba hablar contigo —dijo. Sacó con cuidado el pezón de la boca del niño, que inmediatamente protestó a gritos y sacudió las manos en el aire, con el rostro contorsionado de furia.

—Toma, sostenlo un momento. —Me tendió a la criatura bruscamente, que se sacudió y pateó aún más fuerte.

—¡Cielos! ¡Qué fuerte es!

—¡No cabe duda de que es un pequeño *bushi*! —No pudo ocultar el orgullo que dejaba traslucir su voz—. Pero ¡qué carácter!

Desapareció dentro de la casa, mientras el bebé continuaba gritando, y regresó unos minutos después con una carta. Echó un vistazo a su alrededor como para asegurarse de que no hubiera nadie espiando ni escuchando y luego susurró:

—El hermano de mi esposo, Shiji-san, escribe de vez en cuando de Edo. En su última carta, llegó esto. Nos pide que te la demos a ti para que se la entregues a tu tío. No quería enviarla directamente a la escuela, por la situación un tanto irregular del maestro Yoshida.

—Me aseguraré de que mi tío la reciba —dijo. Le pasé el bebé de nuevo, cogí la carta y la guardé dentro de la túnica. Esto era lo más interesante que me había sucedido desde el regreso de Tetsuya de Nagasaki. Me pregunté si Monta había pedido específicamente que yo lo ayudara porque recordaba mi sentido común y mi valor.

—¡Yo le aconsejé a mi esposo que la quemara! —dijo la señora Inoue—.

Monta es muy influenciable; se rodea de personas poco fiables. Nada bueno puede resultar de su relación con Yoshida Shōin. Yo lo guardaría en secreto si fuera tú. Y espero que no volvamos a hablar de ello nunca más.

Echó una mirada furtiva a su alrededor, como si los funcionarios del dominio y los espías del *bakufu* estuvieran acechando en medio de la exuberante vegetación, pero nada alteró la tranquilidad del estío, salvo el llanto de la criatura.

Sus gritos se detuvieron de inmediato cuando su madre lo volvió a poner al pecho. Succionaba como un pequeño demonio. No pude evitar advertir el gesto que hizo de dolor y las tenues estrías rojas que surcaban su pecho.

—*Okusama*, podría traerte una cataplasma... —sugerí.

—Oh, no es nada —respondió con rapidez—. Es solo mi pequeño guerrero, que me ataca con mucha fuerza.

Los buenos modales y el instinto de curar luchaban dentro de mí. Sentí que mi rostro se encendía.

—La fiebre de la lactancia es muy peligrosa —dije, y las palabras sonaron más fuertes de lo que hubiese querido—. El pequeño señor necesita una madre sana.

—Si necesito tus consejos, no dudaré en pedírtelos. —Se puso de pie, inclinándose sobre el bebé, y entró en la casa, apretándolo contra el pecho.

El rostro y el cuello me ardieron aún más. Me sentí como una idiota, repudiada tan bruscamente, y me arrepentí de haberme expuesto a su desdén. Me lo tenía merecido por suponer que tenía algo que enseñar a la esposa de un *bushi*. Volví a cargar el capazo sobre la espalda y regresé a casa, farfullando enfurecida en voz baja.

Tardé un tiempo en poner en orden mis emociones y el contenido de mi cosecha. Intenté tranquilizarme y pensar racionalmente sobre la carta de Monta. Decidí que debía leerla antes de enviarla. Me dije que era para verificar el contenido —la quemaría si había algo que pudiera incriminar a mi familia, a Shinsai o al maestro Yoshida—, pero, incluso sin esa excusa, sentía tanta curiosidad que la hubiera leído de todas formas.

Antes de que oscureciera, salí al jardín sin que nadie se diera cuenta, y me dirigí a las tumbas de la familia. Había cortado temprano un manojito de *yukinoshita* —usábamos las hojas para fabricar medicinas o para darle sabor al *tempura*— y había separado las delicadas flores blancas y rosadas. Ahora

las coloqué al pie de la lápida y recé rápidamente en voz baja por mis hermanos pequeños. Luego extraje la carta de Monta y la desenrollé.

Estaba fechada el primer día del quinto mes y comenzaba repentinamente:

El noble Ii Naosuke de Hikone es el nuevo jefe del bakufu y fue elegido tairō. Es el fin de cualquier esperanza de reforma dentro del gobierno, e Ii decidirá por sí mismo el problema de la sucesión del shōgunato. Peor aún, se firmará un tratado con los americanos. Todo Edo está alborotado. Todo el mundo cree que no se debe permitir el acceso de los extranjeros a nuestras tierras, pero pocos se atreven a decirlo directamente. Estoy aprendiendo inglés, pero paso más tiempo practicando el combate con la espada con Katsura. Espero poder aprovecharlo más.

Estoy preocupado por la seguridad del sensei. Se está volviendo cada vez más peligroso expresar abiertamente el tipo de opinión que él defiende. Se está arrestando a gente en Edo por asuntos mucho menos importantes. Por favor, haced lo que podáis para persuadirle de que sea discreto. Cuidalo y cuídate.

La carta terminaba con los habituales saludos para la familia. Me inquietó su franqueza. Imaginé que Monta escribiría de un modo más sutil. Pero al volver a leerla, me pareció más inofensiva; sin embargo, al ocultarla entre mi ropa, me sentí como una conspiradora. Tenía intención de enseñársela a mis padres y de preguntarles si debíamos enviársela a Shinsai, pero al alejarme de las tumbas, oí el sonido de un alboroto repentino en el camino detrás de la casa, alguien que corría y gritos. Reconocí la voz de Tetsuya. No entendí las palabras, pero el tono de urgencia me alarmó. Debía de haber habido un accidente y me apresuré a ir a ayudar a mi padre.

Tetsuya irrumpió por la puerta delantera, pálido, descalzo, con el cabello alborotado. Estaba agitado, como si hubiera corrido todo el camino desde Yuda.

—¡Ha habido una pelea! Han herido a Nakajima.

Mi padre apareció corriendo por el porche. Llevaba un *yukata* liviano de algodón, seguramente venía del *onsen*.

—¿Y tú? —dijo, tartamudeando—. ¿Te han hecho daño?

—No, no, he corrido todo el camino. No estaba armado. Quería que

Nakajima también huyera, pero insistió en pelear. Lo estaban esperando fuera de la posada. Una de las muchachas vino a advertirle y nos sacó de allí por la puerta trasera, pero Nakajima había estado bebiendo: se puso de pie de un salto, salió fuera con la espada desenvainada y cayeron sobre él.

—Pero ¿quién? ¿Por qué? —preguntó mi padre—. ¿Por qué haría alguien semejante cosa?

La verdad es que no había tiempo para indagaciones.

—*Oniisan* —le dije a mi hermano—, llévate a Hachirō y traed a Nakajima. ¡Date prisa! Si solo está herido, podremos salvarlo.

—No me atrevo a regresar —dijo Tetsuya. Estaba temblando. Se arrancó la chaqueta de lana, la enrolló y miró a su alrededor como si estuviera buscando un lugar donde esconderla—. Era a mí a quien buscaban. Ha sido todo culpa mía.

Me quedé pensando por qué diablos llevaba una chaqueta en una noche tan cálida: la conmoción hace que grabemos estos detalles sin importancia en la mente.

—Iré con nuestro padre —dije—. Nadie nos atacará. Pero ¿dónde está Hayashi-san? Podría venir con nosotros para ayudarnos a traer a Nakajima a casa.

—No sé —soltó Tetsuya—. También huyó. Debe de estar escondido en el campo.

No pude evitar sentirme exasperada. Uno había sido un bravucón irresponsable; los otros dos, unos cobardes.

Hachirō volvió a aparecer con un farol; parecía entusiasmado y decidido, como si rescatar a un samurái herido fuera algo que hiciese todos los días.

—Debo vestirme —dijo mi padre, dándole una palmada a su *yukata* nervioso.

Me puse a suplicar que no había tiempo, pero en ese momento se oyó un traqueteo de ruedas en el exterior y voces masculinas que pedían ver a un médico.

Corrí fuera y vi a dos hombres del Hanamatsutei con una pequeña carretilla en la cual yacía Nakajima, encogido incómodamente, como si hubiera sido arrojado en esa posición y se fuese a quedar así para siempre. Pensé que ya estaba muerto, pero cuando me acerqué, vi que tenía los ojos bien abiertos y los dientes apretados. No emitió sonido alguno.

Hachirō me había seguido con el farol, y derramó su luz sobre la sangre. Nakajima se hallaba empapado en ella, que manaba de dos profundas heridas en el cuello y en la cintura, y de los cortes superficiales en las manos y los brazos.

—Llévalo al interior —ordené. Me di cuenta de que se iba a morir en cualquier momento por el shock y la pérdida de sangre. Solo había sobrevivido gracias a su enorme fuerza física. Pero si lográbamos detener la hemorragia, quizá pudiéramos salvarlo.

Los hombres lo levantaron y entonces empezó a gritar.

—Matadme, matadme —rogó—. Terminad de una vez con este suplicio.

Arrastraba las palabras; me di cuenta de que había bebido demasiado; de hecho, seguía borracho. Resultaba una bendición: no se daría cuenta de su gravedad y sufriría menos.

—No se preocupe, señor —intentó calmarlo uno de los hombres—. Ahora se encuentra en casa del médico. Él cuidará de usted.

Al igual que la chaqueta de lana, aquellas torpes palabras de consuelo permanecerían en mi mente durante mucho tiempo.

Mi madre había dejado libre la mesa de trabajo y les dijo a los hombres que pusieran a Nakajima encima. Hachirō lo sujetó con fuerza por los hombros, mientras yo aferraba unas tijeras y cortaba las prendas para quitárselas.

Mi padre encontró el pulso en una de las venas del cuello y presionó sobre ella, deteniendo el flujo de sangre desde esa herida. El tajo de la cintura era largo y profundo. Temí que la espada hubiera traspasado el estómago o el hígado. Había que cerrar la herida lo más rápido posible, pero primero había que limpiarla.

—Matadme, matadme —volvió a suplicar Nakajima. Pero yo no quería que lo mataran. Quería intentar salvarlo.

Mi madre volvió con un cuenco y tiras de tela limpias, y lavamos juntas las heridas con agua fría. Nakajima jadeaba, mientras Hachirō lo sostenía más firme aún.

—Déjalo descansar un momento —dijo mi padre—. Hachirō, ve y trae agua caliente y todo el alcohol que tengamos. *Okusan*, prepara las agujas y el hilo. Tsuru lo suturará, mientras el resto de nosotros lo sujetamos. ¿Dónde está Tetsuya?

—Aquí —replicó mi hermano desde la puerta.

—Sostenle las pantorrillas.

Hachirō volvió con una gran garrafa de sake y una tetera de la cual salía vapor. Mi padre, apretando todavía el punto de presión en el cuello, tomó el sake con la otra mano y lo vertió en la herida. Me lo pasó e hice lo mismo con la herida profunda de la cintura. Luego rocié los demás cortes, esperando que el ardor distrajera ligeramente a nuestro paciente. Agarré la tetera de Hachirō y vertí el agua caliente directamente dentro de las heridas.

Nakajima soltó un terrible aullido animal.

—Que alguien vaya a buscar algo para que muerda —ordenó mi padre.

Mi madre apareció con un pequeño palo de madera y lo metió entre los dientes de Nakajima.

Abrió los ojos, parpadeando, y su mirada se encontró con la mía.

—Sé valiente —dije—. Estate quieto y trabajaré lo más rápido que pueda.

Mi madre me entregó la aguja enhebrada y luego sostuvo la lámpara para que pudiera ver. No resultó mi obra más cuidadosa. Los bordes de la herida y la piel estaban escurridizos a causa de la sangre y del sake. La luz de la lámpara era tenue e inestable. Nakajima tembló y se estremeció bajo mis manos. Parecía una escena sacada de una pintura del infierno: el pecador en las garras de los demonios, y yo, la principal torturadora. Las enormes heridas parecían no tener fin. Tuve que perforar la piel, unirla y rematar con nudos cincuenta veces. En un momento, afortunadamente, se desvaneció. Me hubiera gustado tener una pastilla para dormir que le aliviara el dolor y me facilitara la tarea, y me hallé recordando al doctor Hanaoka y su medicamento con extracto de datura, y aquella droga llamada éter sobre la cual había leído en textos extranjeros.

Era la medianoche pasada cuando terminamos. Mi madre había preparado emplastos remojados en yema de huevo y aceite de rosa, y cubrimos las heridas, vendándolas luego con tiras de algodón. Había hecho todo lo posible, pero había tantas cosas que desconocía... ¿Pararía de sangrar ahora que la piel estaba cerrada o seguiría manando sangre dentro del cuerpo? Si los órganos estaban perforados, ¿significaría eso una infección inevitable? Había trabajado con habilidad y pulso firme toda la noche, pero ahora todo mi cuerpo comenzó a temblar. Los objetos se desdibujaron ante mis ojos, y en su lugar las sombras adquirieron formas extrañas.

Mi madre me rogó que me acostara, pero no podía soportar dejar a Nakajima. Pensaba que si dejaba de mirarlo un instante, se desvanecería. Los hombres lo trasladaron a la habitación del fondo, que daba al jardín, y lo acostaron sobre un montón de ropa vieja. Traje un cuenco de agua y té de cebada fresco. Le enjuagué el sudor del rostro y le humedecí los labios con té.

Hacía calor aquella noche. Los mosquitos zumbaban monótonamente a nuestro alrededor, y alcancé a oír a los búhos ululando desde el Árbol de las Apuestas. Los aromas estivales del jardín entraban por las puertas abiertas, y la luna proyectaba las sombras de las hojas y de las ramas sobre las esteras.

El resto de la familia se fue a descansar, pero no creo que nadie durmiera. La luna se había puesto y faltaba poco para el amanecer, cuando Tetsuya se deslizó dentro de la habitación y se arrodilló delante de mí.

—¿Cómo está? —susurró.

—Sigue vivo.

La respiración de Nakajima era agitada; sus miembros se movían nerviosamente.

—¿Nos puede oír?

—Creo que sí —dije.

—Nakajima-kun, aguanta un poco más. Saldrás adelante. No te des por vencido.

Nakajima movió ligeramente la cabeza, como si estuviera de acuerdo. Sentí esperanzas. «Si vive, me casaré con él —prometí a los dioses, al destino o a quienquiera que escuchara nuestras plegarias y eligiera responder a ellas o ignorarlas—. Seré una buena esposa. No me burlaré de él ni discutiré; lo abrazaré de noche y le daré hijos».

—Lo siento —dijo Tetsuya en voz baja—. Todo ha sido culpa mía. Pero ¿por qué te quedaste a pelear, Nakajima-kun? Si hubieras huido conmigo...

—*Oniisan*, ¿qué sucedió?

—Fuimos a la posada para beber un par de copas y conversar con las muchachas. No pensé. Me olvidé de que no estamos en Nagasaki. Tenía puesta mi vestimenta occidental y las botas. Estábamos en un salón privado al fondo. Había un grupo de samuráis en el cuarto contiguo. Los vi cuando salí al excusado. No los conocía; seguramente habían venido de Hagi por algún motivo. Tal vez iban de camino a Mitajiri o Shimonoseki. Habían escuchado las noticias de Edo sobre la firma de un tratado con los americanos, y que

luego seguiría otro con Inglaterra. Comenzaron a hablar cada vez más fuerte sobre matar a los extranjeros, haciendo apuestas sobre quién sería el primero en derribar a un occidental. Y yo estaba hablando sobre medicina occidental con Nakajima y Hayashi. Creo que me las estaba dando de importante, hablando en holandés y describiendo las disecciones que había visto y todo lo demás. De pronto, O-Kiyo entró corriendo y dijo:

»—¡Itasaki-san, esos hombres con espadas están destrozando tus botas y dicen que el dueño de las botas será el siguiente!

»Las muchachas se pusieron de pie rápidamente y dijeron que no nos preocupáramos, que nos llevarían por la parte de atrás y regresaríamos corriendo a casa. Hayashi huyó como una liebre; yo estaba a punto de seguirle, pero Nakajima se enfureció al instante. Salió corriendo del salón, blandiendo su espada y gritando:

»—¿Sabéis a quién pertenecen estas botas? Son las botas del hijo del doctor Itasaki. El doctor Itasaki, el mejor médico del dominio. Habéis insultado estas botas. ¡Habéis insultado a mi maestro!

—Nakajima es muy valiente —dije, mientras pensaba en silencio: «¡Qué idiota!».

—Estaba muy borracho —explicó Tetsuya.

—¿Alguien llamó a las autoridades de la ciudad? —Pensé en todas las posibles complicaciones que podían derivar del asunto; cualquiera de las partes implicadas podía ser considerada culpable y sancionada duramente: los samuráis, que seguramente habían desaparecido a esas alturas; Nakajima, si lograba sobrevivir; Tetsuya; el dueño de la posada; incluso mi padre, por no ejercer el debido control sobre sus discípulos.

—No lo sé —admitió Tetsuya—. Yo también hui entonces. Soy un cobarde.

—Me alegro de que lo hicieras —dije, pensando en lo terrible que hubiera sido para mis padres si fuera Tetsuya quien estuviera tendido allí, luchando por su vida.

—No fuimos criados como los samuráis —dijo Tetsuya, cada vez más abatido—. No sé luchar con la espada. Jamás quise aprender como Shinsai.

—Nakajima es diferente —dije—. Él sí fue criado como samurái. Reaccionó como un samurái. —Tal vez fuera una idiotez, pero no pude dejar de admirarlo. Los hombres como Tetsuya y mi padre eran cautos: querían terminar sus días tendidos sobre una estera a una edad avanzada. Pero

Nakajima y Shinsai preferían morir antes que ser considerados cobardes.

Advertí que la noche se apagaba y el cielo se tornaba gris.

Tetsuya suspiró.

—Odio las espadas —susurró—. Odio pelear.

MUERTE Y NACIMIENTO

CUANDO ya era completamente de día, mi madre me trajo un té. Aparte de eso, no comí ni bebí nada en todo el día, y permanecí sentada al lado de Nakajima. Por momentos parecía dormir, y me hacía ilusiones, pero luego se agitaba y su piel comenzaba a arder. Perdió el control de esfínteres y mojó la ropa sobre la cual estaba recostado. Un chorro de sangre oscura se filtró del ano junto con las heces. Supe entonces que se estaba muriendo.

Me sentí insultada. No quería que muriera. Era mi paciente; posiblemente, mi futuro esposo. Pero mis habilidades no habían servido. Nada de lo que hiciera le ayudaría. Lo único que podía hacer era ver cómo moría.

Las tareas cotidianas continuaron a nuestro alrededor. Los pacientes llegaron y se fueron, las comidas fueron preparadas, se recogieron los platos. Cuando tenían un momento libre, los miembros de la familia venían a sentarse al lado del moribundo. O-Kane trajo flores y encendió virutas de sándalo para disimular el hedor.

Hacia el final de la tarde, comenzó a llover. Disminuyó el pesado bochorno y la habitación se impregnó del aroma a tierra húmeda. Nakajima abrió los ojos y habló con inesperada lucidez, llamándome por mi apodo, hasta entonces jamás usado por él.

—Tsu-chan, nos llegamos a casar, ¿no es cierto? Juntos hemos tenido una vida muy feliz, ¿no es cierto?

—Sí. —No me sentía con ánimos de contradecirlo.

—Siempre supe que serías una gran mujercita. —Sonrió satisfecho y no volvió a pronunciar palabra. En el momento de morir, una mirada de perplejidad cruzó su rostro, como si de repente se diera cuenta de lo que le

estaba sucediendo, pero sin comprender por qué, por qué en aquel instante; luego, la muerte puso fin a sus preguntas, relajando su frente.

Pronuncié el nombre de Amida de parte de él y rogué por el viaje de su alma. Cuando me levanté, me dolían las piernas.

Mi madre me había acompañado durante la última hora. También se levantó, se me acercó y me rodeó con los brazos.

—Ve y come algo. Dile a O-Kane que traiga agua y me ayude a preparar el cuerpo.

Asentí muda y caminé lentamente hacia la parte delantera de la casa. Mi padre acababa de despedir a un paciente. Hayashi, que obviamente había salido de su escondite, estaba haciendo anotaciones en una mesa. Tetsuya estaba sentado ante un banco de trabajo, pulverizando algo. Todos se dieron la vuelta para mirarme. Hice un gesto: no había necesidad de decir nada. Mi padre comenzó a darse palmaditas sobre los brazos. Tetsuya miró el molinillo con tristeza. Hayashi se quedó sentado con la boca abierta y el pincel suspendido.

—Estaré fuera un rato —dije.

Seguía lloviznando, pero apenas se trataba de una neblina. Recordé la agradable sensación de tristeza que había sentido el día de la boda de mi hermana. Ahora notaba algo completamente diferente. No había nada agradable en ello. No me detuve a pensar en la fugacidad de la existencia humana ni lamenté que la vida de una persona joven se hubiera interrumpido tan bruscamente. Estaba furiosa por la estupidez de todo aquello —una reyerta de borrachos sobre un par de botas— y asqueada por el desagradable proceso de la muerte. Tenía la túnica manchada de sangre, tendría que tirarla a la basura. Y estaba furiosa por mi propio fracaso, decepcionada conmigo misma por no haber logrado salvar a mi paciente. ¿Por qué era tan frágil el cuerpo humano? ¿Por qué tan fácil de desgarrar y de abrir? Repasé una y otra vez todo el proceso. ¿Qué habíamos hecho mal? ¿Qué dejamos de hacer?

Al mismo tiempo, no podía dejar de pensar en todo lo que había que organizar, informar a la familia Nakajima y al magistrado, organizar el funeral.

Mi familia me conocía lo suficiente como para dejarme sola, pero al cabo de unos instantes Hayashi salió apresuradamente de la casa con un paraguas.

—Te mojarás, O-Tsuru-san. Has pasado por una experiencia terrible. Debes cuidarte.

Se detuvo a mi lado y levantó el paraguas tapándonos a ambos. Si se hubiera detenido ahí, habría tomado su formalidad por amabilidad, pero cometió el error de seguir:

—Estaba dispuesto a ceder ante el colega fallecido en la cuestión de un acuerdo matrimonial, pero ahora que ha sido eliminado tan súbita y poco gloriosamente de nuestro plano existencial, espero poder ser considerado; no inmediatamente, por supuesto, sino cuando sea conveniente, con el tiempo.

Por fin me di cuenta de lo que intentaba decir y estallé:

—¡Nunca podría casarme contigo! —grité—. Eres un imbécil. Te desprecio. ¡Eres un cobarde!

Temblaba de ira. Salí corriendo al camino, tratando de huir de su lado.

¡Qué verde relucía todo bajo la lluvia! Era la hora del día en que llegaban los viajeros que venían de Hagi. La costumbre me hizo echar un vistazo en aquella dirección y me pareció reconocer una figura en la lejanía.

«Es Shinsai». El corazón comenzó a latirme con fuerza. Solo en ese momento recordé la carta de Monta. Ahora se la podría entregar yo misma. Comencé a caminar hacia él, pero al acercarme advertí que aquel hombre era más alto que mi tío y tenía un modo de andar diferente. Temblaba cada vez con mayor fuerza, y mis ojos se nublaron como si estuvieran llenos de lágrimas. Parpadeé y sacudí la cabeza, y al reconocer al hombre que trabajaba para los Kuriya, el hombre a quien yo llamaba el Contador, vi con absoluta claridad que tenía el cráneo partido. Era como si lo viera a través de un microscopio: vi la muerte justo debajo de su piel. Mis ojos lo diseccionaron. Vi el hueso del cráneo hundido, la sangre que se filtraba dentro del cerebro.

«Ha habido otro accidente», pensé, pero al continuar mirándolo la visión desapareció. Por supuesto que no tenía el cráneo partido; ni siquiera estaba herido. Estaba completamente sano. Seguramente era la conmoción. Me percaté de cada detalle de su aspecto exterior. Llevaba una túnica teñida de color índigo oscuro con un estampado de pequeñas flechas blancas enganchada en la cintura para permitirle caminar. Tenía las piernas desnudas y calzaba sandalias de paja tejida. Había estado caminando bajo la lluvia: el cabello estaba empapado, y su vestimenta, oscura por la humedad. Llevaba un pequeño baúl que bajó del hombro cuando me acerqué.

Nos miramos, y fue como si volara un anzuelo de su alma a la mía. No me quedaban fuerzas. El dolor, el sentimiento de fracaso, el cansancio me habían

dejado completamente vulnerable. Era como un personaje de un relato fantástico, a punto de ser embrujado. Seguramente me habría enamorado de un *tanuki* o de un *tengu* si se me hubiera cruzado en el camino en ese instante. Pero los dioses me enviaron al Contador.

No entendí inmediatamente por qué había venido. Seguramente él no comprendía por qué estaba parada en medio del camino, bañada en sangre, mirándolo como una mujer salvaje.

—¿Qué ha pasado? —preguntó. Apoyó la mano en mi brazo y me giró lentamente—. ¿Vives aquí? Tu hermana me lo describió, el Paraje del Árbol de las Apuestas. —Habló lenta y pausadamente, como si de verdad creyera que yo había perdido la razón—. Me recuerdas, ¿verdad? Makino Keizō, de Hagi.

«¡Mitsue!». Por supuesto, ya era hora de que naciera el bebé. Por eso debía de estar aquí. Traía noticias de Hagi.

—¿Se encuentra bien mi hermana?

—Sí, tuvo un varón hace una semana. El bebé está sano. Ambos se encuentran bien. Pero ¿qué ha pasado aquí?

—Ha habido una muerte —dije—. Atacaron a uno de los discípulos de mi padre.

El Árbol de las Apuestas tembló con una brisa repentina, arrojando una lluvia de grandes gotas al pasar debajo de él. Llamé delante de la puerta, y mi padre se acercó a la entrada. Parecía débil y viejo.

—Mitsue ha tenido un varón —dije—. Te presento al señor Makino —«así que ese era su nombre»—, de Hagi.

Mi padre parecía impresionado por la coincidencia entre una muerte y un nacimiento, y completamente incapaz de atender a un huésped. Realizó un gesto curioso, como si hubiera olvidado lo que se esperaba de él.

—Siento haber venido en un momento tan poco oportuno —dijo Makino con torpeza—. Si puedo ayudar en algo, me quedaré; de otro modo, regresaré a Yuda para pasar la noche.

Insistí en que se quedara. El único sentimiento claro era que no debía dejarlo marchar. Lo necesitaba a mi lado.

—Sube —dije—. Traeré agua para lavarte los pies. Y un poco de té...

—Creo que todos necesitamos un trago —dijo mi padre, y salió a buscar

el sake.

* * *

La profunda emoción había agudizado terriblemente mis sentidos, como si las miserias de la vida cotidiana se hubieran eliminado y hubiera quedado expuesta la realidad de nuestra breve existencia humana con toda su alegría e inutilidad. No había podido comer en todo el día, pero ahora tenía un hambre voraz y bebí también grandes cantidades de sake. Todos lo hicimos. Acabábamos de comer cuando alguien llamó a la puerta. Era O-Kiyo; llegaba del Hanamatsutei acompañada por uno de los criados que había traído a Nakajima a casa.

—Supongo que ha muerto el pobre joven —dijo al entrar—. Ya parecía estar muerto incluso antes de ponerlo en la carretilla. He venido a deciros que el juez municipal iniciará una investigación y tal vez quiera interrogar a Tetsuya-san y al otro...

—Hayashi —dije, mirando a mi alrededor—. Pero ¿dónde está? —Supuse que estaba tratando de evitarme desde mi desplante, pero nadie lo había visto. O-Kane fue a buscarlo, y volvió sacudiendo la cabeza.

—Se ha marchado.

O-Kiyo hizo un gesto desdeñoso.

—Dadas las circunstancias, ha hecho lo correcto. Como decía, tanto él como tú, Tetsuya-san, seréis convocados mañana para relatar los hechos. —Tendió la copa y mi padre la volvió a llenar—. También debes irte. Vuelve a Nagasaki.

—¿No debería cooperar con las autoridades? —preguntó mi madre nerviosa.

—Los samuráis huyeron; ¿por qué no habría de hacerlo él? —replicó O-Kiyo.

Tetsuya suspiró.

—Hui del cólera para acabar en una situación todavía peor. Pero ¿no será mejor para mi padre que diga lo que realmente sucedió?

—Lo haré yo. Diré que el hombre que murió estaba borracho, al igual que los otros. Ambas partes tienen la culpa y nadie más estuvo involucrado. No te

preocupes, lo arreglaremos. El juez sabe que tenemos contactos importantes en el Hanamatsutei. Debes regresar a Nagasaki por tus estudios. Es lo que tu padre desea que hagas y es para servir al dominio. Tu padre es amigo del noble Sufu, pero será mucho más fácil aprovechar esa amistad si no estás aquí cuando vengan a buscarte.

Tetsuya partió antes del amanecer y se dirigió caminando a Shimonoseki para evitar el camino principal. Ese mismo día, algo más tarde, el padre de Nakajima y sus hermanos mayores vinieron a llevarse el cadáver. Pidieron perdón a mi padre por los problemas que había causado al implicarse en una pelea callejera, y mi padre les pidió perdón por no evitarla. Luego, todos hablaron de las virtudes del difunto, alabando lo bueno y deplorando lo malo, y las palabras, junto al sake que bebimos y las flores y el incienso, suturaron la muerte de tal modo que ya no fue una pavorosa rasgadura en la trama de nuestras vidas, sino algo completamente natural. Mi dolor y mi ira dejaron paso a otro sentimiento que se asemejaba más a una cálida melancolía, mezclada con la conciencia de mi propia vitalidad y, me apena decirlo, alivio al saber que no me casaría ni con Nakajima ni con Hayashi.

Finalmente, cuando se llevaron el cadáver, nos pusimos a limpiar la casa, y luego celebramos el nacimiento del primer nieto de mis padres.

El Contador estuvo presente todo el tiempo. Parecía no tener prisa por volver a casa de los Kuriya. Se puso a trabajar: preparó medicinas, explicó a los pacientes por qué el doctor no podía verlos inmediatamente, ayudó a Hachirō en la huerta y distrajo a mi padre con juegos de mesa.

—Supongo que regresarás a Hagi pronto, Makino-san—dijo mi madre una tarde—. Espero que puedas llevarle algunas cosas al bebé. —Estábamos todos en la sala de estar: mi madre y yo estábamos clasificando hierbas y preparándolas para secarlas, quitando las hojas de los tallos. Mi padre y el Contador estaban jugando al *shōgi*. Makino jugaba mucho mejor y generalmente le daba a mi padre una pieza o dos, al menos el carro de incienso izquierdo, algunas veces incluso el alfil que se mueve en ángulo o el carro volador.

Se quedó callado un instante. Miró fijamente el tablero como si estuviera calculando la siguiente jugada. Lo observé, como venía haciendo desde su llegada. Sentí que estaba a punto de tomar una decisión y hacer una petición. No sabía mucho sobre él y, sin embargo, me dio la sensación de que lo

conocía de toda la vida. Era evidente que no le gustaba pedir favores. Era consciente de su propia inteligencia y estaba orgulloso de ella.

—Me pregunto si puedo quedarme aquí con usted, doctor Itasaki. La verdad es que siempre quise estudiar medicina, me refiero a la medicina de verdad. Ahora que ha perdido a sus discípulos y que su hijo no está aquí, se me ocurrió que podría necesitar mi ayuda. Sé algo sobre farmacia..., bueno, en realidad, bastante.

—¡Eso es imposible! —Mi padre manifestó su asombro—. Trabajas para los Kuriya. ¿Qué harían sin ti?

—Le debo mucho al señor Kuriya —dijo el Contador—. Pero lo he sopesado todo. Mi deseo..., mi vocación de ser médico es, creo yo, mayor que la obligación que tengo hacia mi patrón. —Hizo una pausa y luego continuó—: No debería vanagloriarme, pero he contribuido en gran parte al éxito de la empresa.

Tomó uno de los peones que ya había capturado a mi padre y lo dejó caer sobre el tablero. Mi padre lo miró con recelo.

—No podemos hacer nada que ofenda a la familia de nuestra hija, Makino-san —observó mi madre—. Tienes que entenderlo.

—En realidad, no dejaré de ser su empleado, sencillamente ampliaré mis funciones. —El Contador dejó caer otra pieza sobre el tablero: el carro volador de mi padre—. Podría vender sus productos aquí y en Yamaguchi. Soy muy trabajador. Casi no duermo. Como poco y no bebo.

Mi padre miró el tablero y a su rey asediado, que ahora se hallaba rodeado por las piezas de Makino. Luego me miró a mí.

—Tsu-chan, ¿qué opinas?

Me estaban pidiendo que eligiera a mi esposo. Casi me falta el valor. Me vinieron a la mente las advertencias que había escuchado durante toda mi vida con respecto a consentir a las hijas y dejar que se saliesen con la suya. Quería decirle a mi padre que haría lo que me ordenara. Quería que él asumiera la responsabilidad. Pero luego miré las manos del Contador, sus largos dedos. Recordé el anzuelo. Supe que, si no lo elegía ahora, me arrepentiría el resto de mi vida.

—Creo que Makino-san debería quedarse aquí —me oí decir.

Él me sonrió y movió el caballo del árbol de laurel a la derecha. En la siguiente jugada atraparía al rey.

—Parece que has dado jaque mate —dijo mi padre.

TRANSACCIONES

MI padre puso condiciones. Nadie habló de matrimonio durante mucho tiempo. Se trataba solo de un aprendiz; estaría a prueba seis meses, y la familia Kuriya tenía que estar de acuerdo. Durante las siguientes semanas, mi dulce padre se volvió inesperadamente estricto y duro. Estableció numerosas pruebas para el Contador y le asignó tareas casi imposibles, tal vez no la rama del árbol de plata y oro ni la túnica hecha con el pelo de la rata de fuego, pero igual de difíciles. Exigía mucho más a su nuevo discípulo que a los otros. Ellos habían sido samuráis, aunque de bajo rango, pero el Contador ni siquiera era eso. Su padre había muerto cuando era niño y su madre, pocos años después. Había sido criado por un tío, un comerciante de poca monta, que convenció al señor Kuriya para que le diera una oportunidad a su sobrino. Durante toda su vida había dependido de la buena voluntad de los otros: su tío, el señor Kuriya y, ahora, mi padre.

Lo soportaba todo con paciencia, sin quejarse nunca. Siempre era el primero en levantarse por la mañana y el último en irse a dormir por la noche. Cuando no trabajaba, estudiaba. Devoraba los libros de mi padre. Apenas parecía dormir, y se quedó aún más demacrado; sus ojos estaban hundidos y brillantes.

Él y yo estudiábamos juntos. Teníamos la misma sed de conocimiento, y lo ponía a prueba respecto del contenido de los libros. No hablábamos de otra cosa durante estas sesiones, y jamás estábamos solos. Mi padre merodeaba a nuestro alrededor, y cuando no podía evitar salir de casa, se aseguraba de que uno u otro le acompañáramos.

Seguí recogiendo hierbas y otros ingredientes. El paisaje estival se volvió cada vez más fértil y frondoso. Los granos de arroz se hincharon y maduraron;

las frutas se tornaron rojas y naranjas. Me despertaba cada mañana con una sensación de excitación e ilusión. No tenía ninguna prisa, pero sabía que tenía el matrimonio por delante.

Cuando le mostré al Contador mi cosecha, le mencioné los nombres y le expliqué las propiedades, las plantas adquirieron una connotación erótica. Los rizomas del *shiran*, las cabezas de totora a la cual les frotaba el polen; los granos de los melocotones y las gallaritas del mismo árbol comenzaron a parecer órganos humanos, y cuando le explicaba sus usos —«esto reduce la hinchazón y disminuye el sangrado, este alivia el estancamiento de sangre, este controla las emisiones seminales»—, mi rostro y mi cuello se teñían de rojo con el calor de mi propia sangre.

El Contador cogió las plantas con suavidad entre sus manos y prestó atención a mis explicaciones. Lo recordaba todo, no solo lo referente a las hierbas y a sus propiedades, las diferentes enseñanzas de *kanpō* y *ranpō*, la anatomía y la fisiología humanas, sino también los nombres y la historia clínica de todos nuestros pacientes.

Ese verano, estuvimos más ocupados que nunca. La incertidumbre general de la época enfermaba a las personas. Muchas dolencias se referían a desórdenes causados por la ansiedad: dolores de estómago, incapacidad de dormir, irritabilidad, y parecía haber más bebés que de costumbre que sufrían de *kan no mushi*.

Llegaron los festivales de mediados de verano y encendimos antorchas alrededor de la casa para O-Bon. Sentados al lado de las tumbas en una cálida noche, no completamente solos, sino un poco apartados del resto de la familia, el Contador y yo hablamos por primera vez sobre la muerte de Nakajima.

—Parecía estar predestinada —dije—. Si no se hubiera metido en esa reyerta, seguramente ahora estaría casada con él.

—Y tu padre no me habría aceptado como discípulo. Me habría mandado de vuelta a casa de los Kuriya.

Juntó las manos e inclinó la cabeza en un gesto de gratitud. Yo hice lo mismo. ¡Pobre Nakajima-san! Lamenté que estuviera muerto, aunque no pudiese lamentar el desenlace.

A medida que transcurría el año, se hizo evidente que ninguno de nosotros podía prescindir de Makino. Comenzó a adquirir cada vez más responsabilidad en el consultorio. Controlaba mejor que mi padre los detalles

administrativos: no solo confiaban en él los pacientes, sino que les presentaba las facturas de tal modo que ninguno podía eludir el pago. De hecho, mi padre comenzó a ganar más dinero.

Me di cuenta de que se le planteaba un dilema, pero no lo mencioné hasta que una tarde, durante el comienzo del invierno, me dijo al pasar:

—He decidido que debes casarte con Makino-san.

Aunque yo misma había decidido lo mismo a principios del verano, sentí que me faltaba el aire.

Mi padre me examinó, interpretando erróneamente mi silencio.

—No te importa, ¿verdad? Creo que será una valiosa aportación para nuestro hogar y nuestra familia, y ahora que se está haciendo más conocido, no quiero que aparezca alguien y se lo lleve.

—Padre, sabes que haré cualquier cosa que tú y madre ordenéis para mí —dije, sumisa. El corazón me latía con fuerza, y sentí mariposas en el estómago.

Mi padre me miró con atención y extendió la mano para tomarme el pulso. Lanzó un resoplido como si se hubieran confirmado sus sospechas, pero se limitó a decir:

—Entonces hablaré con Makino-san y concertaremos la boda. A tu madre también le parece una buena idea.

Debió de hablarle esa misma noche, pues a la mañana siguiente Makino — jamás pude pensar en él más que como Makino o el Contador, o llamarlo por su nombre de pila— parecía otro. No podía dejar de sonreír.

—Bueno, aunque no haya hecho otra cosa en la vida, al menos hice feliz a un joven —dijo mi padre, cuando se acercó a comer al mediodía—. Creo que incluso ha gastado una o dos bromas hoy.

—También a mí me has hecho feliz —dije con discreción.

—Eso espero. —Estábamos solos en la habitación—. Desearía que alguno de mis hijos fuese tan feliz en el matrimonio como lo somos tu madre y yo. — Resopló ruidosamente y dirigió su atención al cuenco de arroz—. Me resultó mucho más difícil de lo que imaginé... despedirme de tu hermana. Aún me sigo preocupando por ella, y me pregunto si tomamos la decisión correcta.

—*Neechan* no es infeliz —dije—. Y ahora tiene un hijo...

Mi padre asintió. Si tenía dudas sobre la familia Kuriya, no las iba a

expresar en voz alta. Había escrito al señor Kuriya pidiéndole que permitiera a Makino ser su discípulo, y aunque la familia Kuriya había terminado por acceder —bajo la condición de que los componentes del remedio universal no fueran divulgados jamás—, las relaciones entre ambas familias se habían enfriado. Ninguno de nosotros había acudido a Hagi desde el nacimiento del bebé, y aunque Mitsue estaba planeando una visita a casa —aún no había realizado la tradicional visita que se hacía por primera vez a su casa de origen —, se posponía una y otra vez por un motivo u otro, como si sus suegros estuvieran impidiéndolo a propósito.

—No sé cómo reaccionarán ante esta noticia —dijo mi padre.

—¡No esperes que la aplaudan con entusiasmo! —Recordé la reacción de sorpresa de la señora Kuriya al enterarse de que mis padres habían decidido que me quedara en casa y adoptar a un novio. Nunca imaginó que llegaría a ser el empleado de su marido. Cuanto más pensaba en ello, menos convencional me parecía toda la situación. Pero no quería decirlo delante de mi padre, por si cambiaba de opinión.

—No espero que lo aprueben, ni siquiera que lo comprendan —dijo mi padre—. Pero estoy pensando en el futuro. Nuestro país necesita jóvenes capaces e inteligentes. Debemos buscarlos en todos los campos y apoyarlos en todo lo que necesiten.

* * *

Aquel otoño apareció un enorme cometa en los cielos, caldeando todavía más los ánimos. Mi padre acudía a menudo a la casa del jefe de la aldea, Yoshitomi Tōbei, para reunirse con hombres como él, intelectuales, médicos, poetas. Intercambiaban libros, panfletos, novedades e ideas, y hablaban sobre cómo cambiarían el mundo. En todo Chōshū se discutían estas ideas hacia los últimos años de la era Ansei. Mucha gente desaprobaba a Yoshida Shōin, pero no podían impedir que sus enseñanzas se propagaran como el polen que se disemina en el viento. Y una de las enseñanzas más vitales de Shōin era: «Dad oportunidades a los que tienen talento». Con razón, los conservadores de Hagi rechazaban estas ideas con gran vehemencia. Seguramente creían que se enfrentaban a un resurgimiento de las rebeliones del periodo de los estados en guerra o una epidemia como el cólera. Por ello, la decisión de mi padre de

darle a Makino Keizō esta oportunidad era un pequeño ejemplo de una tendencia que se estaba extendiendo por todo el dominio y, de hecho, por todo el país.

—No tiene sentido posponerlo —declaró mi padre.

Tal vez no quería darle a nadie la oportunidad de expresar su desacuerdo y que eso le hiciera desistir. Me alegré, pues desde el momento de la decisión Makino y yo nos habíamos quedado paralizados por la timidez. Apenas podíamos intercambiar miradas, mucho menos una conversación inteligente. Había muchas cosas que quería preguntarle, y lo que más me preocupaba era si había tenido alguna experiencia con mujeres. ¿Qué pasaba si había acudido a las casas de geishas en Hagi? Sabía que se suponía que las esposas debían aguantar este tipo de cosas, pero el asunto me preocupaba. Sentía celos. Y sabía demasiado sobre las enfermedades. Pero si ni siquiera le podía preguntar lo que estaba leyendo, ¿cómo iba a abordar temas tan delicados?

Mi matrimonio ya distaba mucho de ser convencional —no había contrato matrimonial, el novio no tenía familia, no tenía adónde ir, sino que me quedaría en el hogar de mis padres—, así que mi padre decidió celebrarlo poco después del Año Nuevo, y anunció su intención de organizar una gran fiesta, casi como si estuviera desafiando a nuestros vecinos.

—¿No sería más prudente una ceremonia sencilla? —sugirió mi madre.

—¿Y que parezca que estamos avergonzados? ¿Como si no pudiéramos encontrar a nadie mejor para Tsu-chan? No, tenemos que mostrarle al mundo que creemos en el futuro.

Makino no se inmutó con los preparativos. No se mostró arrogante ni presuntuoso, aunque era plenamente consciente de lo que valía. Creía que había realizado una transacción justa con mis padres. Imaginé que sentía que había realizado una transacción similar conmigo, aunque estábamos lejos de discutirlo. Pero no dejaba de fluir una comunicación secreta entre nosotros. Mi cuerpo huesudo, al que siempre había ignorado, pareció suavizarse e hincharse como consecuencia de todo ello. Por primera vez en la vida, me preocupó mi apariencia física. Era un invierno frío y ya había nevado varias veces. Estaba obsesionada con que me salieran sabañones, pero no como en años anteriores por el escozor, sino porque pensaba que le darían un aspecto horrible a mis manos y a mis pies. Fuimos muchas veces a los baños públicos en el *onsen*, donde mi madre y O-Kane se ocupaban especialmente de mi cabello y de mi

piel, frotándome con bolsas de salvado de arroz o con piedra volcánica, enjuagándome el cabello con extractos de rosa y hamamelis.

Las otras mujeres que se encontraban allí exclamaban:

—¿Así que O-Tsuru-san se casa? Con un hombre que es un genio, según cuentan.

Si creían que era algo insólito, no lo manifestaron. Sin duda, muchas chismorreaban a nuestras espaldas. Era fácil imaginar el cotilleo, pero la opinión de la gente jamás me había perturbado. Estaba obedeciendo el mandato de mis padres y mi futuro esposo era un hombre que aportaría enormes beneficios a la práctica médica de mi padre. Que dijeran lo que quisiesen: no me importaba lo más mínimo.

Tan pronto como se tomó la decisión con respecto a mi matrimonio, mi padre le escribió al señor Kuriya para notificárselo, y yo les escribí a Mitsue y a mi tío. Les había enseñado la carta de Monta a mis padres, y ellos habían decidido que era lo suficientemente inofensiva como para enviarla. Pero no había recibido respuesta entonces, ni tampoco en ese momento supe nada de mi tío.

Tampoco recibimos respuesta de la familia Kuriya, pero el día antes de la boda, en la segunda semana del año, Shinsai llegó a última hora de la tarde con el hijo del señor Kuriya. El día había sido frío y luminoso, soleado, pero el calor no había sido suficiente para derretir la nieve que había caído durante la noche. Mi padre había comentado aquella mañana que no creía que viniera nadie de Hagi. Mi madre y yo estábamos en la cocina. O-Kane acababa de llevar los trapos a secar sobre las estacas. Oyó sus voces en la verja.

—¡Shinsai-san está aquí! —gritó.

Mi madre soltó el cuchillo y yo el mazo y corrimos por el porche lateral para saludarlo.

Cuando Shinsai cruzó la verja, el sol destelló sobre su ropa húmeda, y durante un instante creí verla salpicada de sangre. Tenía el rostro pálido como si lo hubieran herido de muerte. Di un paso hacia delante y lancé un gemido sordo, llevándome la mano a la boca. Volví a verlo con toda claridad, como si lo estuviera examinando desde una gran altura, como un ángel con un microscopio. Jirones de piel se despegaban de las heridas, tan profundas que dejaban el hueso expuesto. Ambos viajeros estaban empapados, tenían frío y estaban irritables después de pasar juntos todo el día. Tuve de pronto la

imagen ante mí de ambos abriéndose paso con dificultad entre la nieve, mientras discutían sobre las ideas de Yoshida Shōin, en tanto Kuriya arrastraba a Shinsai, que se había quedado atascado en un ventisquero de nieve, cuando en realidad hubiera preferido enterrarlo en él. En circunstancias normales, esto me hubiera provocado risa, pero la visión anterior de la sangre me heló los huesos.

Kuriya se acordó de sus modales y saludó a mi madre con cortesía, asegurándole que Mitsue y el bebé gozaban de buena salud y que sus padres enviaban saludos cordiales. Shinsai no dijo nada.

La casa estaba ya patas arriba por los preparativos para la boda y habían venido varios pacientes con toses fuertes y resfriados. Mi padre y Makino estaban completamente dedicados a atenderlos y a prepararles medicamentos. Me pareció que era mejor que los visitantes no se encontraran todavía con Makino, e intenté desviarlos por el lateral de la casa, pero la nieve se había acumulado en el porche, y de todas formas Shinsai se me adelantó en el vestíbulo, y Kuriya lo siguió.

Mi padre estaba en la sala de consulta, detrás de un biombo, y dos pacientes esperaban los medicamentos que Makino mezclaba en la mesa de trabajo. Profundamente concentrado, con el ceño fruncido, se volvió para ver quién entraba, con una sonrisa resignada, como si aguardara a más pacientes. Al ver a Kuriya, se quedó paralizado por un instante.

—¡Supongo que estás repartiendo nuestro remedio universal! —dijo Kuriya con voz potente—. ¡Eres un sinvergüenza ingrato! ¡Después de todo lo que mi padre hizo por ti!

—Kuriya-san. —Makino se inclinó con cortesía, terminó de repartir la medicina en pequeñas cajas y me dijo—: O-Tsuru-san, ¿podrías envolverme estas, por favor? —Me acerqué a él, contenta de poder colocarme a su lado—. Prometí no revelar los secretos del remedio universal de la familia Kuriya —continuó Makino—, y he cumplido con mi promesa. Tu padre me dio permiso para estudiar con el doctor Itasaki...

—¡Pero no para casarte con su hija! ¡Y quedarte aquí para siempre! Una cosa es el estudio, pero el matrimonio es algo completamente diferente. —Kuriya golpeó con fuerza la mesa de trabajo con la mano abierta, sacudiendo las cajas y las balanzas.

Makino les entregó las cajas de medicamentos a los pacientes, que no

tenían ninguna prisa por marcharse; a decir verdad, esperaban con curiosidad el resultado de aquella conversación.

—Por favor, vuelvan dentro de un par de días; podrán pagarle al doctor Itasaki entonces.

Mi madre los acompañó a la puerta, y al mismo tiempo mi padre salió de detrás del biombo.

—¡Guardad un poco de silencio! No puedo tomarle el pulso a este hombre... —Sus palabras quedaron en suspenso hasta que dijo—: ¡Shinsai!

Mi tío ni siquiera se preocupó de saludar a mi padre, sino que exclamó de inmediato:

—*Oniisan*, ¿te has vuelto loco? ¡No puedes estar pensando en serio en casar a Tsu-chan con este..., este...!

—Este ladrón de remedios universales —interpuso Kuriya.

—¡Este don nadie! Ella es demasiado buena para él. Podríamos haberle encontrado a cualquiera..., incluso al hijo de un samurái. De todas formas, es demasiado joven. ¿Qué prisa hay en casarla?

—Lo siento, Shinsai —replicó mi padre—. Ya está todo dispuesto. La boda se celebrará mañana por la tarde. Espero que te quedes para asistir a ella; estamos todos muy contentos de verte. —Shinsai comenzó a decir algo, pero mi padre lo interrumpió—: Francamente, la decisión no tiene nada que ver contigo.

—La tiene si me preocupa la posición social de nuestra familia.

—Sí, claro —interrumpió Kuriya—. Ha provocado un escándalo en Hagi. Nuestra familia ha quedado deshonrada.

—No creo que sea cierto —dijo mi padre bruscamente.

—Pero ha robado el secreto del remedio universal.

—Tonterías —dijo Makino—. La receta está escrita. Se encuentra en el cajón del medio de mi antiguo escritorio. De todos modos, ¿cómo podría haberla robado si ha sido transmitida dentro de la familia Kuriya de generación en generación?

—Ya no funciona. La gente se está quejando. Dicen que ya no sabe igual.

—Eso no tiene nada que ver conmigo.

Kuriya guardó silencio; su rostro rollizo reflejaba toda su decepción. Como un niño al que se le ha reñido, hizo un mohín.

—Lo único que hay que hacer es prepararla correctamente —dijo Makino, intentando ser conciliador—. Estoy seguro de que tu esposa lo puede hacer; debe de contar con la misma instrucción especializada que O-Tsuru-san.

—Me imagino que no habrás venido hasta aquí en medio de la nieve solo para darme este consejo innecesario —dijo mi padre, dirigiéndose a Shinsai—. ¿Y tus estudios?

—¿Acaso no te has enterado? El maestro Yoshida ha sido enviado de vuelta a la prisión de Noyama. Todo Hagi está alterado. Sin nuestro maestro, no hay estudios ni hay escuela.

—Cualquiera podría decir que se lo tenía merecido —dijo Kuriya. Shinsai lo ignoró.

—Su tío, Tamaki Bunnoshin, ha dimitido en señal de protesta y ocho estudiantes han sido arrestados. Me dijeron que lo prudente era marcharme de Hagi.

—¿Significa eso que has vuelto a casa para quedarte durante un tiempo? —preguntó mi padre.

—Aún no lo he decidido —replicó Shinsai.

La noticia me conmovió. Desde la carta de Monta, apenas me había parado a pensar en lo que podía estar sucediendo en Hagi, en Edo o en Kyōto. Había estado absorta en mis propios sentimientos y distraída de todo lo demás por la presencia del Contador en nuestra casa. Ahora, mi tío había despertado una vez más todos los sentimientos encontrados que sentía por él. Estaba encantada de verlo, pero también furiosa por aparecer para mi boda, por traer tan malas noticias, echando un manto de mala suerte sobre mi futuro y perturbando mi felicidad con visiones de sangre.

Mi madre se hizo cargo de la situación; le dijo al paciente de mi padre que regresara al cabo de dos días, envió a los visitantes al *onsen* con mi padre para impedir que se estrangularan mutuamente, sacó más ropa seca y sábanas, ordenó a Hachirō que trajera otro brasero y a O-Kane que preparara más comida. E incluso encontró tiempo para decirle a Makino que no se preocupara.

—Shinsai-san nunca se acuerda de pensar antes de hablar. No le hagas caso.

Pero, como el resto de nosotros, estaba ansiosa por escuchar los detalles de las noticias que traía. Durante la cena nos moríamos por hacerle preguntas.

Shinsai las respondía brevemente: expresó su propia ira y sufrimiento, señaló que teníamos suerte de no estar entre los arrestados, y luego guardó silencio. Fue una cena incómoda con un trasfondo de emociones y, cuando finalizó, todos nos sentimos aliviados al oír que Kuriya decía que estaba agotado y se iba a dormir. Se marchó a compartir la habitación con Hachirō... Hachirō siempre se iba a dormir temprano. Makino dijo que tenía trabajo que hacer.

—¡Me imagino que ninguno de nosotros trabajará mañana! —añadió, en un tono en el que pude vislumbrar su entusiasmo y felicidad.

O-Kane recogió los platos y trajo el tabaco y las pipas antes de irse a la cama, y los cuatro nos sentamos sobre las piernas bajo el *kotatsu* y fumamos. Poco a poco, nos fuimos sintiendo a gusto una vez más.

—Ahora puedo hablar con mayor libertad —dijo Shinsai—. No confío nada en Kuriya. Repetirá a su padre todo lo que diga, y tiene contactos con todos los conservadores en Hagi. Podría ponerle las cosas difíciles a todo el mundo, especialmente a nuestro maestro.

Describió el trasfondo del arresto. Desde que el noble Ii Naosuke de Hikone había sido nombrado *tairō*, el *bakufu* había encarcelado y ejecutado a muchos de sus críticos. Grandes señores como Matsudaira de Echizen, Tokugawa Nariaki de Mito y su hijo, Hitotsubashi Keiki, estaban bajo arresto domiciliario. Estas severas medidas provocaron una resistencia feroz, y surgió una conspiración entre los *shishi* de Echizen y de Mito para asesinar tanto a Ii como al representante del *bakufu* en Kyōto, Manabe Akikatsu.

—Shōin-sensei cree que es hora de actuar —dijo Shinsai—. Pero Genzui y Shinsaku están en contra. Lo mismo que Katsura. Dicen que es demasiado pronto.

—¿Dónde está Genzui ahora? —preguntó mi padre. Parecía preocupado por el hijo de su viejo amigo, por cuyos asuntos siempre se había interesado—. ¿Acaso ha sido arrestado también?

—No, está en Kyōto. También Itō y otro estudiante de Shōin, Yamagata; creo que lo conoces. Shinsaku ha estado en Edo desde el quinto mes y, por supuesto, Katsura también está allí, y Shiji Monta. Ninguno quiere intentar nada. Buscan distanciarse de nuestro maestro. Es lamentable.

—Tal vez tengan una idea más cabal de los riesgos que implica —dijo mi padre en voz baja—. Son mucho más vulnerables fuera del dominio.

—Tarde o temprano tendremos que responder con violencia —dijo

Shinsai.

—¿Responder a qué? —La voz de mi madre sonó irritada—. Francamente, Shinsai, nadie te está amenazando.

—Puede ser que aún no —replicó Shinsai—. Pero no falta mucho para que eso ocurra. Y estoy preparado para actuar. Muchos lo estamos. No pueden tratar así al hombre más importante de Chōshū.

* * *

Me costó dormirme aquella noche. Es probable que no hubiera dormido de todas formas; estaba nerviosa y pensaba que era mi última noche de soltera. También me preocupaba el maestro Yoshida en Noyama. ¿Cómo podría aguantar aquel frágil cuerpo la mala alimentación, la falta de sueño y de ejercicio, la pérdida de su círculo de amigos? La última vez, *Shōin-sensei* había logrado aprovechar su confinamiento continuando con sus estudios y sus clases. Pero ¿sería capaz de reunir la energía y la determinación para volver a hacerlo? ¿O sería vencido por la ansiedad y la fatiga, y quedaría reducido a la desesperación como sucedía con todo el mundo? Temí que muriera en prisión. Cómo debía de sentirse su familia en aquel momento..., y O-Fumi ni siquiera tenía a su esposo para consolarla. Estaba echada al lado de mi madre. Mis padres dormían, podía oír su suave respiración. Al menos no me marcharía al día siguiente. Consolada un poco por este pensamiento, finalmente me quedé dormida.

Me desperté con un ruido de voces fuertes. Mi madre había puesto mi caja de nácar al lado de la almohada y la miré unos instantes. Seguramente era lo más valioso que tenía y había sido incorporado a la familia por una de mis bisabuelas. Mitsue tenía una parecida que se había llevado a Hagi. Me alegré de que esta se quedara aquí; era tan hermosa... Tenía ocho lados y estaba lacada en negro con pinturas doradas de grullas, iris, hierba elefante y mariposas. En su interior tenía pares de conchas con poemas escritos con letras diminutas para emparejar los poemas.

Kuriya estaba intentando convencer una vez más a mi prometido de que regresara a Hagi, sin mí, pero con su conocimiento secreto del remedio universal. Oía los intentos de mi madre por calmarlo, mientras que mi padre renunciaba con vehemencia a dejar que Makino se marchara.

Era un día *senbu*...: mala suerte antes del mediodía, buena suerte por la tarde. Generalmente no era supersticiosa, pero tuve miedo a que esta pelea fuera un mal presagio. Quería que Kuriya se fuera y se llevara toda la mala suerte con él. Casi rompo a llorar mirando la caja de nácar, deseando que mi hermana estuviera conmigo, y no tan lejos, en Hagi y sobre todo que no estuviera casada con él.

La discusión tuvo un brusco final. Poco después, mi madre entró en la habitación y se arrodilló a mi lado. Se secó las lágrimas con la manga. Agarré su mano y nos quedamos sentadas unos instantes sin hablar.

—Se ha ido —dijo mi madre finalmente.

—Supongo que debemos sentirnos insultados.

—Para serte franca, estoy aliviada. No tenía ningún deseo de que estuviera por aquí todo el día murmurando y con cara larga. Pero espero que esto no cause resentimiento entre nuestras familias, por el bien de tu hermana.

—¿Por eso lloras?

—Por eso y por todo lo demás. El maestro Yoshida, tu tío, el hecho de que te cases...

Quería que estuviera feliz el día de mi boda.

—Anímate —dije—. Makino-san y yo inventaremos otro remedio universal, uno que funcione de verdad. Nos hará ricos.

LA SEGUNDA BODA

FUESEN cuales fuesen las murmuraciones, nadie dejó de asistir a la fiesta que mi padre ofreció por mi boda. Los invitados empezaron a llegar antes del mediodía. Palanquines y caballos permanecían bajo el Árbol de las Apuestas, mientras los portadores y mozos de cuadra se reunían bajo los aleros. Nevaba ligeramente y Hachirō encendió antorchas en la verja y hogueras en el jardín. Las llamas brillaban iluminando la luz grisácea del invierno, y los copos de nieve siseaban al derretirse dentro de ellas. O-Kiyo y una gran multitud de geishas vinieron del Hanamatsutei, con los regalos acostumbrados y otros muchos. Como no había tenido un compromiso formal, trajeron regalos también por ese motivo, polvos blancos para el rostro y lápiz de labios de pétalos aplastados de cártamo, bolsitas fragantes para coser dentro de mis vestidos y varios amuletos de diferentes santuarios, algunos tan lejanos como Kyōto, para garantizar una relación de felicidad con mi esposo y mi propia fertilidad.

O-Kiyo ya me había regalado un kimono rojo y blanco que me pondría después, y me había estado ayudando durante varios días, limpiando la casa por dentro y por fuera y preparando la comida. Otros invitados trajeron ofrendas festivas, el besugo de ojos saltones o *tai* (cuyo nombre significa *omedetai*: felicidades), kelp, bonito seco y sepia, y muchos barriles de sake envueltos en paja.

Mi padre presentó a Makino con nuevas vestimentas formales para la ocasión: el *hakama*, el kimono y el *haōri*. Mi timidez me impedía todavía mirar directamente al novio, pero por el rabillo del ojo pude comprobar que estaba muy guapo.

Yo llevaba un kimono blanco, pues las hijas se visten como los muertos

para simbolizar su partida de la familia de origen.

—Pero no os estoy dejando —le dije a mi madre mientras me vestía—. No debería llevar el blanco.

Sin embargo, todos sabíamos que el matrimonio es una especie de muerte: el final de la niñez.

La mayoría de los invitados estaban congregados en la sala principal y ya habían comenzado a brindar y a hablar en voz alta cuando oímos el ruido de caballos en el exterior. Todo el mundo guardó silencio. Mi padre acudió corriendo para darles la bienvenida al cacique de la aldea, Yoshitomi Tōbei, y a su acompañante, evidentemente un hombre de cierta importancia, a quien no reconocí de inmediato.

—Es el noble Sufu —me susurró O-Kiyo en el oído—. Qué honor para ti y para tu esposo. Pero ¡a quién se le ocurre venir a caballo en un día como este!

Eché un vistazo a Makino y vi que había empalidecido aún más de la emoción. Él y yo inclinamos la cabeza hacia el suelo cuando el noble Sufu Masanosuke fue invitado a pasar al lugar de honor, delante de la hornacina. Allí mi padre tenía colgado su cuadro más valioso, una obra de Tanomura Chikuden llamada *Flores fragantes de ciruelo, sombra desconocida*, que le habían regalado hacía unos años cuando trabajaba en Kyūshū.

El noble Sufu se detuvo un rato ante la pintura, y luego hizo un gesto de aprobación. Después de aceptar una copa de sake y de beber largamente, dijo:

—Un cuadro hermoso. Y muy acertado, pues tu flor de ciruelo está verdaderamente bajo la sombra de un futuro desconocido. —Tendió su copa para que O-Kiyo la volviera a llenar (ella lo conocía bien del Hanamatsutei), y volvió a beber; luego dijo como para sí—: Como lo estamos todos.

Mantuve los ojos hacia abajo, pero intenté observarlo con disimulo. Estaba cansada y un poco mareada. Al volver a levantar la copa otra vez y beber, vi que su garganta tenía un tajo. Mis ojos habían adquirido la precisión microscópica que había experimentado otras veces. Casi lanzo un grito. Era una visión funesta para el día de mi boda. Luego el noble Sufu se rio de algo que dijo Yoshitomi y la sangre desapareció. Estaba ante un hombre que tal vez no gozara de una salud perfecta, pero no se estaba muriendo. Intenté calmarme haciéndole un diagnóstico.

Sabía que tenía menos de cuarenta años, pero se había convertido en uno de los hombres más poderosos del gobierno del dominio. Hacía unos años

había formado un grupo de estudio llamado Aumeisha (la Sociedad de los Pájaros Cantores) con compañeros de estudio del Meirinkan, la escuela del dominio. Este grupo había influido enormemente en el gobierno y mantenido vínculos estrechos con los discípulos de Yoshida Shōin. Sufu creía en la reforma y en alentar a los jóvenes con talento para que superaran a quienes eran mayores que ellos pero que resultaban incompetentes. Ello le había acarreado críticas entre los samuráis conservadores de rango más alto. Sufu era de rango medio.

Bebía copiosamente y me imaginé que tendría una mala digestión. Bajo su aspecto seguro y su autocontrol, sospeché que era de naturaleza nerviosa y sufría frecuentes depresiones que con el alcohol solo empeorarían. Me di cuenta de que era un hombre complicado, atormentado por muchos conflictos internos.

O-Kiyo volvió a llenar su copa dos o tres veces más.

—El noble Sufu ha podido al fin tomar un descanso —dijo ella entonces—. Eso es bueno después de tanto trabajo.

Sufu volvió sus ojos una vez más hacia la pintura.

—Verdaderamente es una obra de arte —dijo en voz baja. Luego vació su copa una vez más y se dirigió a O-Kiyo—: Necesitaba alejarme durante un tiempo. No me he sentido bien, nada grave, y... digamos que las cosas están un poco difíciles en Hagi.

Sentí que estaba a punto de decir algo más, y con una copa más de sake sobrepasaría el límite del decoro y se volvería imprudente.

Eché una mirada a Shinsai y advertí que mi padre hacía lo mismo. Mi tío estaba mirando a Sufu como un hombre que acababa de encontrar una serpiente. No le quitó los ojos de encima, mientras bebía una copa de sake tras otra. Sabía que tarde o temprano iba a mencionar el asunto del encarcelamiento de Yoshida.

Mi padre le estaba haciendo una señal a mi madre con los ojos para que se diera prisa con los ritos antes de que Shinsai abriera la boca.

Normalmente, la ceremonia nupcial se divide en dos partes: la despedida de la novia en casa de sus padres y la bienvenida que la nueva familia da en casa de su novio. Dado que no me iba a ningún lado, mi madre y O-Kiyo habían pensado en un plan alternativo. Nuestra propia casa haría las veces de la casa de la novia y del novio, y haríamos un recorrido simbólico de un lugar

a otro. Me condujeron a una de las habitaciones laterales —la que sería mi cámara nupcial—, donde me cambié el kimono blanco y me puse el rojo y blanco de O-Kiyo. Con un tocado blanco de novia sobre la cabeza, me subí a altos *geta* de madera y, abrazando la caja de nácar, salí a la nieve. Caía más abundante en aquel momento, y O-Kane me acompañó, cubriéndome la cabeza con un paraguas rojo.

Al mismo tiempo, mi padre y otros hombres estaban despidiendo a Makino por la puerta principal, gritando, cantando y golpeando tambores.

Nuestros caminos se cruzaron en el jardín. Nos detuvimos y nos miramos, mientras las antorchas llameaban en la penumbra, arrojando sombras sobre la cabeza desnuda de Makino y sus prendas oscuras. Por un instante, solo nosotros existíamos en aquel lugar; la música y los gritos se apagaron lentamente, y el tiempo mismo pareció disolverse como los copos de nieve en las llamas de las antorchas. Sentí el gran misterio que habita en la unión entre un hombre y una mujer. Estábamos a punto de entrar en él, como nuestros padres, sus padres y todos nuestros antepasados hasta Izanami e Izanagi, y como lo harían nuestros hijos, y sus hijos.

O-Kane me apremió para que continuara, y Makino y yo entramos en la casa por separado. Las cajas y baúles que simbolizaban mi dote estaban colocadas con cuidado en las esquinas de la habitación, y Makino y yo nos sentamos en lados opuestos de la alcoba. Ahora nos tocaba a nosotros beber, los tres sorbos rituales de tres tazas que nos intercambiábamos para simbolizar que nos habíamos comprometido a casarnos y nos obligábamos a todo aquello que conlleva el matrimonio. Yo tenía las manos bastante firmes, pero vi que las de Makino temblaban.

O-Kiyo había traído mariposas de papel plegado para decorar los frascos de sake e identificar el recipiente masculino y el femenino. Makino bebió del femenino y yo del masculino con las mariposas delante de nosotros, la femenina hacia arriba y la masculina hacia abajo. Makino bebió primero y luego yo, pues si una mujer bebe primero es como si Izanami hablara antes que Izanagi, un error que dio como resultado el nacimiento de un ser deforme.

Entonces el sake comenzó a correr de verdad. Makino jamás tomaba demasiado alcohol e intentó beber lo menos posible, pero cuando sirvieron las bandejas de comida para el banquete, tenía el rostro tan encendido como los demás.

Apenas probé bocado. La excitación y la bebida me habían encogido el estómago. El parloteo de las conversaciones me rodeó. Oí al noble Sufu hablando a voz en grito, y luego la voz de Shinsai interrumpiéndolo y provocando una calma repentina.

—Tal vez el noble Sufu pueda explicarnos los motivos de las medidas recientes que se han tomado contra Yoshida-*sensei*.

—No creo que sea el momento adecuado —comenzó a decir mi padre nervioso, pero el propio Sufu lo interrumpió.

—¡Lo explicaré! ¡Con mucho gusto! Estoy tratando de proteger a Shōin de sí mismo. Es mejor estar en Hagi en Noyama que en Edo en Denmachō. Pero es aquí adonde iré a parar si continúa criticando al *bakufu*.

—Ha hecho algo terrible —dijo Shinsai, envalentonado por el sake para enfrentarse directamente a Sufu.

—Le he salvado la vida —rebatía Sufu—. Sé que eras uno de sus estudiantes. Admiro la lealtad que todos manifiestan hacia su maestro. Pero no podemos permitir que ni él ni tú interfiráis en la política del dominio en este momento crucial. —Se inclinó hacia delante y habló en tono confidencial—: Chōshū y el clan Mōri deben desempeñar un papel aún más importante en los asuntos de nuestro país. Tanto la corte como el *bakufu* se pueden ver beneficiados por nuestros buenos servicios. Mi colega, el noble Nagai Uta, está haciendo lo posible en la sombra para actuar como mediador, con todo mi apoyo y el de mi partido. —Sufu bebió otra copa de sake y, después de limpiarse la boca, continuó—: Por eso me tuve que ir de Hagi. Dicho sea de paso, si alguien pregunta por mí, me estoy recuperando de una súbita dolencia. Se están llevando a cabo negociaciones delicadas, ¡y Shōin comienza a conspirar asesinatos! Manda a sus discípulos a Kyōto de espías y habla de formar un ejército para atacar Edo. Ii Naosuke no es un hombre provocador. No queremos ver a nuestros señores, a nuestro *daimyō* y a su heredero, bajo arresto domiciliario, o en una situación peor, por la temeridad de Shōin.

—¡Tarde o temprano vamos a tener que enfrentarnos al *bakufu*! —exclamó Shinsai.

—Por el bien de tu hermano, haré como si no hubiese oído lo que acabas de decir —replicó Sufu—. La política de nuestro dominio será la de siempre: «Fe en el Tokugawa». Mantendré a tu maestro en prisión todo lo que pueda. Todo el mundo sabe cómo lo aprecio. Pero te diré lo siguiente: si el noble Ii

exige que se lo envíe a Edo, Nagai estará de acuerdo y luego no habrá nada que podamos hacer. Shōin tenía que haber guardado silencio este año y haberse comportado con discreción. En cambio, ha hecho lo imposible por provocar a las autoridades y alarmar a los funcionarios del *bakufu*.

—Está loco... Original, brillante, pero no es como la gente normal —dijo Yoshitomi.

—Ninguno de nosotros puede ser normal en los tiempos que corren —replicó Shinsai—. Al igual que todo el mundo se emborracha en las bodas, también debemos volvernos todos locos ahora.

Él mismo estaba verdaderamente borracho, pero antes de que la discusión pudiera avanzar, una de las geishas sugirió un poco de música y sacó su *shamisen*. Entonó una canción popular que todos conocían, y Sufu dejó la política a un lado y comenzó a cantar con ella. Luego, un joven que acababa de regresar de Ōsaka declamó algunos fragmentos del teatro kabuki: *La lista de suscripción* y *La historia del fantasma de Yotsuya*, al estilo de Nakamura Tomijūrō.

Cuando finalizó, el noble Sufu se puso de pie tambaleante y anunció que se marchaba. Salió acompañado por la mayoría de las geishas, que fueron junto a su palanquín hasta el Hanamatsutei. Su mozo de cuadra tuvo que seguirle, guiando su caballo; era algo habitual. Al noble Sufu le gustaba montar a caballo, pero a menudo estaba demasiado ebrio para regresar a casa subido en él.

El resto de los invitados nos acompañaron a Makino y a mí a la habitación nupcial, que no quedaba a más de tres pasos de distancia, y allí todo el mundo bebió todavía más sake, gastaron bromas y se rieron, mientras mi madre desataba mi faja, aflojando mis prendas. Finalmente salieron de la habitación. Mi padre cerró el *shōji*, y nos quedamos a solas.

Ya había oscurecido. Nos habían puesto sábanas limpias y las lámparas ardían con aceite perfumado. Oí a mi padre despidiéndose de los invitados, que se marchaban. Me quité el pesado kimono y me acosté, cubriéndome con la colcha. El futón había sido dispuesto de tal modo que mi cabeza estaba orientada hacia el norte; por regla general, solo los difuntos yacen así, y de hecho tuve la sensación de que había muerto. Me sentía helada como un cadáver. Me quedé echada de espaldas como la mariposa hembra. Aunque las mariposas a menudo revolotean juguetonamente y aquello era lo que menos

quería hacer. No había escapatoria. Desde el momento en que nací, era esto lo que me estaba destinado. Era mujer. Sería desposada, un hombre me penetraría a través de la hendidura con forma de almeja destinada para él, y yo traería niños al mundo.

Makino apartó la colcha y se deslizó a mi lado. Nos quedamos acostados el uno junto al otro durante un rato; luego él se dio la vuelta y me atrajo aún más, apartando las vestiduras interiores y poniendo una pierna entre las mías. Poco a poco comenzamos a sentir calor, y alcancé a percibir algo que se movía en él a medida que aumentaba su deseo.

Ninguno de los dos pronunció palabra. Éramos demasiado tímidos para hablarnos, pero nuestros cuerpos, más sabios que nosotros, supieron lo que debían hacer. Sentí que me relajaba y me abría como si deseara acoger a mi esposo dentro de mí. Extendí la mano y lo toqué, sorprendida del placer que me causaba. Él gimió de placer, provocándome el deseo de gemir también, pero recordé las delgadas puertas y me sonrojé al pensar que lo que estaba haciendo podía ser oído por mis padres y mi tío. Intenté no hacer ruido, pero Makino rozó su boca contra mi pezón. Un ramalazo de placer me sacudió y no pude evitar un grito.

De pronto se oyó un tremendo estrépito, como un trueno. Nos apartamos — se considera un terrible infortunio tener relaciones sexuales durante una tormenta—, y luego recordé que era a mediados del invierno y estaba nevando. Después se me ocurrió que estábamos siendo atacados por los *wakamonogumi* locales, que los jóvenes de la aldea condenaban mi boda. El trueno volvió a estallar reverberando en todo el jardín. Me di cuenta de que alguien estaba batiendo un tambor fuera. Luego gritaron:

—¡Fuego! ¡Fuego!

Reconocí la voz de Shinsai y oí el ruido de pasos que corrían, y Hachirō que gritaba:

—¿Dónde está el fuego?

Makino estaba a punto de levantarse, pero lo volví a atraer hacia mí.

—No hay ningún incendio. Es solo mi tío haciendo el tonto.

¡Y yo que pensaba que esta vez había aprendido algo de Yoshida! Autodisciplina, por ejemplo. ¡Qué borracho estúpido!

—Debería salir y darle un buen coscorrón —dijo Makino, sorprendiéndome con su beligerancia. Hizo que me empeñara aún más en

evitar que Shinsai nos arruinara la noche de bodas.

Después dormimos durante un rato y, cuando nos despertamos, nos miramos como sorprendidos.

—No sabía... —traté de explicar.

—Tú... —comenzó a decir, y luego nos rendimos y dejamos que nuestros cuerpos hablaran por nosotros otra vez.

Pasaron semanas antes de que pudiéramos entablar cualquier tipo de conversación. Pasábamos los días torturados por el deseo mutuo. Seguimos trabajando juntos, atendíamos a los pacientes, preparábamos medicinas, discutíamos los diagnósticos y tratamientos, pero por debajo de nuestro comportamiento racional bullía la impaciencia por volver a nuestra habitación y a nuestro futón matrimonial.

Mi tío se marchó poco después de la boda. Dijo que volvería a Hagi para apoyar a Yoshida Shōin, visitarlo en la prisión y otras medidas. Por muchos motivos, era más fácil para él, que no tenía el estatus de samurái. Como él mismo decía, tenía menos que perder.

Fue un alivio. Sabía que estaba angustiado por el arresto de su maestro y por mi boda, pero no me conmovía en lo más mínimo. Él y Makino se acechaban como perros en busca de pelea. Ahora que estaba casada, entendía mejor cómo me sentía. Había estado un poco enamorada de mi tío, supongo que era inevitable: nos habíamos criado juntos, nuestras edades eran tan similares y éramos tan parecidos... Pero era mejor para todos si no andaba cerca.

Si hubiera sabido cuánto tiempo pasaría hasta volver a verlo, no me habría despedido tan despreocupadamente.

Cuando llegó la primavera y se derritió la nieve, comencé a salir de nuevo para recoger hojas frescas, pimpollos y tubérculos.

—Debes mostrarme dónde crece todo esto —dijo Makino.

Así que me acompañó. Nos acostamos en el bosque bajo los castaños, mientras la vida estallaba a nuestro alrededor y los pájaros trinaban incesantemente, movidos por el mismo deseo de copular y reproducirse.

—¿Sabes? Había un ingrediente secreto en el remedio universal —me confesó Makino una tarde—. Le añadí algo que no estaba escrito. Le daba un sabor especial al polvo, algo muy sutil. No afecta para nada a su eficacia. La gente ni siquiera se da cuenta del sabor, aunque si no está, lo nota.

—¿Por qué lo hiciste? ¿Sabías que te marcharías de Kuriya algún día?

—Me dio la sensación de que no me valoraban —dijo Makino con su habitual franqueza—. Sentí que no era una transacción justa, así que intenté igualar los puntos.

Me quedé callada. Me percaté del alcance de sus maquinaciones: cómo había organizado su vida. No me escandalizó. En cierto modo, me parecía bien. Sabía que era ambicioso y que lo sopesaba todo. Me pregunté adónde lo llevaría su ambición, y a mí, ahora que nuestras vidas estaban inextricablemente unidas.

* * *

En el quinto mes de ese año, el sexto de la era Ansei o 1859, Yoshida Shōin fue enviado a Edo tal como temía el noble Sufu. Mi padre se enteró de la noticia por uno de sus pacientes, y vino a decírmelo. No me sentía bien ese día: había comenzado mi sangrado mensual. Sentía calambres dolorosos en el útero y cierta pesadez de ánimo. Era extraño que no hubiera concebido después de tanta actividad, y en aquella época seguía sintiendo decepción. Más adelante me sentiría aliviada. Me dije que el motivo era que no quería traer niños a un mundo tan incierto, pero la verdad es que no deseaba ser madre. Quería ser médica. Había reconocido la ambición de mi esposo, pero en realidad la mía era mucho más intensa: comprender las enfermedades y heridas, curar y sanar.

Estaba ordenando algunas de mis antiguas cosas y supongo que estaba pensando en los niños sin darme cuenta realmente. Cuando mi padre entró en la habitación, yo tenía entre las manos el pequeño abanico de plumas que mi madre me había dicho que se asemejaba al de Asanoshin. Me trajo recuerdos agridulces de mi niñez, cuando realmente creía que me mostraría lugares lejanos y acontecimientos extraordinarios. Rocé el labio superior con las plumas y volví a tener diez años.

Vi al maestro, su cuerpo frágil atado dentro de una jaula de bambú, llevado sobre palos, comenzando su último viaje hacia Edo. Vi el Pino Llorón, donde su familia se congregaba para verlo por última vez. Los porteadores eran más compasivos que el noble Nagai y le permitieron intercambiar algunas palabras de despedida. O-Fumi estaba allí, y su madre y su tío, con los rostros pálidos

a causa del dolor y la desesperación, y vi a aquellos estudiantes que no lo habían abandonado, abrazándose después de su partida y sollozando.

No vi a Shinsai entre ellos. Desde que se había marchado en el primer mes, no supimos nada de él; no teníamos ni idea de dónde estaba.

TAKASUGI SHINSAKU

Año 6 de la era Ansei (1859),

veinte años

Shinsaku anhelaba regresar a Edo, pero ahora está aquí y lo detesta por completo. La mansión del dominio donde se aloja, la «mansión superior», llamada así porque es la que está más cerca del castillo de Edo, está abarrotada de gente y es ruidosa. Odia el castillo de Edo con una intensidad que le sorprende: el símbolo más claro del poder de los Tokugawa, con sus interminables ceremonias, sus enormes cortejos de funcionarios, criados, concubinas, sus lujos arrogantes y sus secretos obsesivos. El simple hecho de contemplar sus largos muros blancos y las torres de vigilancia le provocan una ira ciega. Esta ira se cuela en la academia del *bakufu*, donde se supone que está estudiando (como le recuerdan sus profesores, es un gran honor ser aceptado). Es tan anticuada que sería graciosa si no fuera por el tedio insoportable. Sus compañeros de estudio le resultan frívolos e inmaduros; su único interés es encontrar el modo de acceder a las casas de las geishas o jactarse en competiciones con jóvenes de otros dominios cuyas mansiones rodean el castillo de Edo.

De vez en cuando, estas confrontaciones verbales se convierten en peleas y entonces los participantes, hombres que apenas han dejado de ser muchachos, reciben la orden de realizar el *seppuku* como castigo. Sus muertes sin sentido provocan horror a Shinsaku y lo llevan a preguntarse si no será básicamente un

cobarde. En las academias de lucha de espadas se enseña a no aferrarse a la vida, a estar dispuestos a morir en cualquier momento, encarando la muerte con despreocupada serenidad. Pero los propios maestros han envejecido sin desperdiciar sus vidas, y Shinsaku ha decidido que no morirá antes de lograr sus objetivos o, si lo hace, será por un error de cálculo o por una equivocación. Aunque evitar la muerte así sea una forma de cobardía. No lo comenta con nadie, pero se lo ha preguntado a su maestro de manera indirecta.

Y esto es lo peor en Edo, la verdadera causa de su rabia y desesperación: Yoshida Shōin está encarcelado aquí, en Denmachō.

Los maravillosos días de la Escuela de la Aldea bajo los Pinos, el maestro venerado, los estudiantes deseosos de aprender, parecen ahora un sueño lejano. A medida que Shōin se volvía más radical, sus estudiantes se hicieron más cautos. Uno por uno lo fueron abandonando. Shinsaku no puede perdonarse haber estado entre ellos, aunque ¿qué otra cosa podía hacer? Tuvo que obedecer la orden de su padre y del dominio de ir a Edo. No sabía que su maestro lo seguiría hasta allí, atado y enjaulado.

Ahora lo visita siempre que puede, llevando comida, libros y material para escribir. Cuando Shōin estaba en la prisión de Noyamna, en Hagi, adquirió fama por continuar con sus enseñanzas, organizando a los demás prisioneros en grupos de lectura y de estudio, descubriendo expertos entre ellos que podían dar clases sobre poesía china o astronomía, pero ahora las privaciones de su vida y la muerte temprana, que parece inevitable, le han quitado toda la energía. Una languidez se ha apoderado de él, como una depresión, aunque sigue tratando a Shinsaku con su habitual calidez y afecto. Se obliga a hablar con entusiasmo sobre alguna nueva apreciación en las enseñanzas de Mencius, y cuando oyen la campana de la tarde del templo cercano de Ekōin, Shōin guarda silencio y luego dice con melancolía:

—Es la misma nota musical que la campana de Tōkōji. —Y ambos son transportados a Hagi, atravesados por la añoranza de su tierra. Shōin, debilitado por su estado, no puede evitar las lágrimas de nostalgia.

Hay muchos temas que no pueden discutir y, sobre todo, no pueden hablar del *tairō* que acaba de ascender al poder, la figura más poderosa del gobierno del *bakufu*: Ii Naosuke, *daimyō* de Hikone. Los resultados de las duras medidas tomadas por Ii contra toda la oposición se dejan sentir en Edo y especialmente en Denmachō, donde los prisioneros son interrogados y

ejecutados, y en Ekōin, donde son enterrados.

Denmachō es un lugar terrible, pero incluso aquí los otros prisioneros, el jefe y los carceleros son compasivos. A Shōin le han asignado su propio lugar sobre el tatami, que está justo debajo de donde se sienta el jefe. Los demás se dirigen a él usando el término *sensei* y le piden consejos sobre cómo reformar su vida, si deben vengarse del informante que los ha conducido hasta la situación en la que se encuentran, si Eibsu o Benten son más eficaces en responder a las oraciones. Todo el mundo, desde los guardias hasta los compañeros de celda, sabe que Shōin no debería estar en Denmachō, y todo el mundo sabe que no saldrá vivo.

Shinsaku no se lamenta de estar a solas con él durante sus visitas. Genzui y los otros alumnos han tenido que regresar a Hagi, sin duda para que no puedan realizar alguna protesta inútil que solo podría terminar con sus propias vidas. Shinsaku no le ha pedido permiso a nadie; está seguro de que no se lo concederían, pero los oficiales de Chōshū, como los del resto de los dominios, saben cuándo hacer la vista gorda. Seguramente cuenta con el apoyo de todos ellos. Así que continúa caminando abiertamente cada tantos días desde Sakurada hasta Denmachō con papel y libros, comprando tortas de arroz o buñuelos en el camino, reuniendo retazos de información que oye y ve, lo que estudia, noticias de Hagi, y todo eso se lo ofrece a su maestro.

No puede seguir así. Cuando comienza el décimo mes, Katsura Kogorō, que ocupa un puesto de alto rango en la mansión de Sakurada, viene a su habitación con una carta del padre de Shinsaku. El propio Katsura se sienta con aire serio, mientras Shinsaku lee la orden de su padre de volver a casa.

—Debo regresar a Hagi.

—Sí, debes irte. Te has vuelto demasiado conocido. Corres peligro de que te arresten y no podemos permitirnos el lujo de perderte —dice Katsura con su habitual encanto. Es imposible no sentir simpatía por él. Es unos años mayor que Shinsaku y, como la mayoría de los jóvenes de Chōshū que estudian en Edo, Shinsaku lo considera un hermano mayor.

—Dispondremos un pasaje a Ōsaka.

—Debo ir una vez más a despedirme.

Katsura asiente.

—Después yo mismo me haré cargo de todo. Te lo prometo.

«¿De todo?». Ambos saben que la única promesa que Katsura podrá

cumplir es la de hacerse cargo del entierro.

YOSHIDA SHŌIN

Año 6 de la era Ansei (1859),

otoño, veintinueve años

Yoshida se queda despierto toda la noche. Es la última de su vida y no tiene sentido dormir. Lo han trasladado desde el pabellón principal a una celda individual, y el carcelero le ha dado un viejo futón y un balde y, antes de marcharse, un té tibio de cebada. Yoshida se siente conmovido por estos gestos de amabilidad. No necesita el balde. Es como si su cuerpo supiera que está a punto de morir y ya hubiera cesado sus funciones habituales, los procesos de digestión y excreción que lo han mantenido vivo durante los veintinueve años de actividad. Ahora apenas tiene energía para respirar..., tal vez sencillamente deje de respirar durante la noche, pero no es lo que realmente desea. Quiere que lo ejecuten, pues de ese modo su muerte tendrá un efecto mayor. Tiene que morir bajo la espada.

Echa de menos la compañía de los otros reclusos. Resulta curioso que siempre se haya sentido a gusto en la prisión. Hay verdad en una prisión. Es una expresión concreta del estado del país entero bajo el gobierno del Tokugawa. En otros países, las personas son libres para viajar al extranjero, libres para asistir a las universidades y estudiar lo que deseen, libres para creer en lo que quieren y criar a sus hijos como les parece. Esto lo sabe a partir de los libros que ha leído y las conversaciones que ha entablado durante sus viajes por el país. Recuerda a los marineros holandeses que conoció en

Nagasaki, cómo lo acogieron y le enseñaron su barco, haciéndose entender con lenguaje de señas, su entusiasmo por comunicarse con él y darle información. Hasta los americanos que se negaron a llevarlo con ellos a su legendaria república, qué directos y francos habían sido. Su barco, tan poderoso; ellos, ¡tan seguros de sí mismos! Incluso admiró el modo decidido con que lo enviaron a los guardias del *bakufu* para su primera estancia en prisión.

Toda su vida parece haber sido dirigida por este impulso de soltarse, de huir. Criado en una aldea de montaña que se asomaba sobre Hagi, contemplar cada mañana aquella vista incomparable del otro lado del mar, sentir los vientos que soplaban desde el continente tan cerca que podía olerlo, tenía que haberle enseñado a mirar no hacia Edo, el centro del poder del *bakufu*, sino hacia fuera, hacia el oeste y el resto del mundo.

Al nacer, su futuro ya estaba decidido. El segundo hijo de la familia Sugi siempre era adoptado por los Yoshida, los maestros hereditarios de la escuela Yamagaryū de artes marciales. Ello permitía que las dos familias sobrevivieran la una al lado de la otra en las duras condiciones económicas de la época. Los Sugi pertenecían a una casta superior y ocupaban puestos importantes dentro de la burocracia del dominio, pero su estipendio solo alcanzaba para mantener a un matrimonio con hijos en cada generación. Los Yoshida adoptaban niños, pero no tenían hijos propios.

Piensa en eso ahora, recordando el momento en que se dio cuenta de todo ello. ¿Cuántos años tenía? Posiblemente no más de ocho o nueve, y ya era considerado una especie de genio y su vida, una rutina continua de disciplina y estudio. Fue a visitar a su familia de origen, saludó a su hermano mayor y a sus hermanas, se dio cuenta de que lo trataban con respetuosa deferencia, excluyéndolo de su círculo. Ellos estaban creciendo dentro de una familia; él no; por otra parte, jamás tendría hijos propios.

Aún le duele, pero se reprende a sí mismo. Es mejor no tener hijos; no tendrán que sufrir la humillación por la ejecución de su padre. Dada la dureza de los tiempos actuales, es posible que también fueran sentenciados a compartir sus padecimientos. Aquello sería mucho más doloroso.

Ama profundamente a su familia. Ha sido como una nave para él, y lo que más lamenta es el dolor que provocará en ella. Los padres no deberían sobrevivir a sus hijos. ¿Cómo lo sobrellevará su madre? ¿Cómo había acabado en este lugar? ¿Por qué no siguió el camino planeado para él, enseñar

las artes del Yamaga y, con el tiempo, adoptar a uno de los hijos de su hermano? Pudo haber aceptado las restricciones que lo limitaban, pero, en cambio, eligió romper con todo, y eso lo ha conducido hasta aquí..., a su encierro final del cual solo la espada lo liberará.

Jamás le ha temido a la muerte. Desde muy pequeño se dio cuenta de que el temor es una de las herramientas que usan los poderosos para controlar a los más débiles. Los castigos crueles y llamativos tienen por objetivo demostrar el poder e intimidar a la gente. Pero sabe por el estudio de la historia que esta política tiende a provocar revancha: aquellos que son castigados y ejecutados siguen viviendo. Sus vidas heroicas y sus penosas muertes son inmortalizadas en leyendas y obras de teatro, eslabones de una larga cadena de subversión que jamás logra ser completamente reprimida. Solo espera que su muerte alcance a ser una victoria semejante.

Durante tres semanas no ha tenido visitantes, desde la angustiada despedida de Shinsaku la misma semana en que Hashimoto Sanai de Fukui fue ejecutado. Fue la muerte de Sanai lo que le hizo caer en la cuenta de que la suya era inevitable. Sanai era un educador, culpable simplemente de exigir reformas, mientras que él, Yoshida, ha estado conspirando activamente para matar a un oficial del *bakufu*.

Sanai, el racional; él, el irracional: ambos han terminado del mismo modo. Al pensarlo sonrío con ironía. Cuando los gobiernos corruptos no responden a exigencias razonables, tienen que enfrentarse a actos repentinos de violencia. Tienen que ser provocados, si no para oír, entonces para responder de la forma que sea. Si todo lo que pueden hacer es reprimir y ejecutar, eso es una prueba de su pobreza de pensamiento, de la debilidad de su mandato. Está convencido de ello y se lo ha enseñado a sus discípulos. Muchos lo han abandonado, incapaces de resistir el doble poder del gobierno del dominio y del *bakufu*, pero cree que recordarán sus enseñanzas cuando llegue la hora.

Se acuerda de ellos ahora, de aquellos discípulos a quienes tanto amó. Podrían ser como hijos, si no fuera porque apenas es diez años mayor que la mayoría. Evoca el placer casi físico que siente ante su rapidez mental y su receptividad, la fuerza del vínculo entre el maestro y el alumno, la calidez de la admiración y el afecto que sienten por él. Se detiene en el ímpetu de los días transcurridos en la Escuela de la Aldea bajo los Pinos, cuando día tras día aparecían más estudiantes que suplicaban ser aceptados, la atmósfera cada

vez más enrarecida, como si todos estuvieran ascendiendo a un plano más elevado donde no hubiera necesidad de ningún otro sustento que el de las ideas en toda su pureza. Vuelve a percibir el idealismo y el entusiasmo de sus alumnos; sus rostros pasan como un relámpago delante de los ojos: los hermanos Irie, Maebara, Itō, Yamagata, Genzui. Los conoce tan bien a todos, conoce su gran talento y sus ínfimas flaquezas. Se despide de cada uno, confiándoles el futuro.

Finalmente llega a Shinsaku. Ahora se permite admitir, aunque siempre se ha esmerado en evitar favoritismos, que Shinsaku ha sido su preferido. Recuerda con perfecta nitidez la noche que el joven llegó a la casa, el placer de capturar semejante ejemplar cuando ni siquiera se dedicaba a la pesca, como si una carpa dorada hubiera saltado desde un profundo estanque y hubiera aterrizado en su regazo; Shinsaku, tan sagaz, tan dotado, con una inteligencia tan sofisticada y, al mismo tiempo, con la claridad de emoción de un poeta. Recuerda cada palabra de sus cartas. Han tenido desacuerdos, han discutido y debatido, hubo un momento en que estuvieron casi distanciados, pero, al final, Shinsaku siempre regresaba. Cuando las cosas realmente importaban, cuando no había nadie más, Shinsaku regresaba.

Es la hora más oscura de la noche. A su alrededor la prisión está completamente silenciosa. Algunas veces los prisioneros gritan o maldicen, no se sabe si despiertos o dormidos, pero esta noche todos guardan silencio. En la oscuridad se acerca peligrosamente al precipicio de la desesperación. Podría arrojarse allí ahora; no cambiará nada; nadie se dará cuenta. Por un instante, una sensación de congoja se apodera de él como si fuera a llorar. Lo invade una profunda tristeza al sentir que todo ha acabado. Pero su cuerpo está tan marchito como una hoja de otoño, se resiste a generar humedad, a lamentarse o a añorar. Se niega a llorar; ni siquiera derrama una lágrima.

Advierte que no hay nada más que pueda hacer. La muerte lo aguarda. Hasta lo acompañarán a su encuentro. No se perderá en ese camino hacia lo inevitable ni se equivocará de ropa ni hará un gesto fuera de lugar. No se olvidará de lo que debe decir ni se le trabará la lengua. El férreo autocontrol que lo gobierna desde la niñez cede un poco. Se siente tan mustio como un árbol marchito y tiene la misma paz.

Cuando vienen a buscarle, los saluda con calma. Tranquiliza al verdugo y le agradece el servicio que presta. Observa la fosa dentro de la cual caerá su

cabeza y admira el eficaz diseño. Hace frío y le tiemblan las piernas un poco al arrodillarse, pero no importa: es solo el aire fresco de la madrugada. Carece por completo de temor. Siente el corazón henchido de gratitud, por el aire matinal, por la ausencia de miedo, por el carácter decisivo de este momento final. Este momento. Siente la ráfaga de viento como el ala de un pájaro, ve los milanos que caen en picado en los alrededores de Matsumoto, oye su penoso chillido y se ríe de sus propias ocurrencias mientras percibe que es la espada que desciende.

LA SUGERENCIA DEL NOBLE SUFU

EL Año Nuevo que siguió a la muerte de Shōin fue un año *kōshin*, un año extraordinario en el ciclo sexagenario. Era el único año en que se les permitía a las mujeres subir el monte Fuji, por ejemplo, y había otras manifestaciones que daban cuenta de los cambios en la jerarquía social. Algunos vecinos nuestros hicieron un peregrinaje de Yuda a Ise y volvieron con historias de amuletos que caían del cielo, visiones de *bodhisattvas*, hombres y mujeres que se cambiaban la ropa, vistiendo prendas elegantes y comportándose de extrañas maneras mientras recorrían el camino. Mi madre y yo nos prometimos que algún día iríamos juntas a Ise.

—¡Así tendremos cosas de qué hablar cuando bebamos nuestro té! —dijo mi madre, citando la popular novela *La yegua de Shank*.

En realidad, no practicábamos el *kōshinmachi* —mi padre desaprobaba estas creencias—, pero nuestra criada O-Kane había sido creyente de niña, y cuando éramos pequeñas, Mitsue y yo solíamos quedarnos despiertas toda la noche con ella el día del Mono. Había que permanecer despierto hasta el amanecer, pues si uno se quedaba dormido aquella noche, las tres lombrices que vivían dentro de cada persona podían escapar y contarle las fechorías que esa persona había cometido a Taishakuten, que la castigaría con alguna enfermedad. O-Kane decía que gozaba de buena salud gracias al doctor, de otro modo hubiera sido un mal ejemplo para sus pacientes. Resultaba emocionante quedarse despierto toda la noche escuchando las historias de las mujeres sobre lo que pasaba si se comía la comida equivocada o se practicaba el sexo durante una noche *kōshin*. Seguramente se daría a luz a un niño que terminaría siendo un delincuente. Y aunque no existían fundamentos reales para todas estas creencias, la salud de nuestros pacientes se veía afectada por

ellas, por lo que teníamos que tenerlas en cuenta.

El gran cometa y la epidemia de cólera del quinto año de la era Ansei (1858) fueron considerados por muchos como signos de la ira de los dioses ante la presencia de extranjeros en nuestras tierras. Sin embargo, al año siguiente, Yokohama se abrió como puerto comercial y, a pesar de las masacres, lejos de desanimarse, los extranjeros acudieron en un número cada vez mayor.

Tras la muerte de Yoshida Shōin, se les prohibió a los samuráis de Chōshū que se vengaran. Pero el dominio de Mito estaba mucho más cerca de Edo, y los samuráis de Mito también querían vengarse del noble Ii, por la ejecución y el encarcelamiento de muchos miembros de su clan durante la misma Gran Purga de Ansei, el *Ansei Taigoku*, que se cobró la vida de Yoshida. En aquel extraño año *kōshin* del séptimo año de la era Ansei (1869), sucedió que, en el tercer mes, un grupo de samuráis de Mito, que abandonó su dominio y se declaró *rōnin*, aguardó al acecho en las afueras de la puerta de Sakurada del castillo de Edo, atacó el palanquín del noble Ii y mató al odiado *tairō*.

El nombre de la era cambió a Man'en, pero ello no trajo un cambio en la suerte, y con el Año Nuevo siguiente lo volvieron a cambiar a Bunkyū. Mi hermana tenía ahora dos niños, tras dos embarazos muy próximos entre sí que le impidieron venir a casa, y el segundo parto fue, curiosamente, más difícil que el primero. Makino y yo ya llevábamos dos años de casados y aún no teníamos niños.

Nuestra vida matrimonial se había tranquilizado. Makino ya no venía conmigo a recoger hierbas, y a menudo estábamos demasiado cansados al acostarnos después de un arduo día de trabajo y estudio como para pasar las horas de la noche haciendo el amor hasta que cantara el gallo. Mi incapacidad para concebir arrojaba una sombra de duda sobre nuestro matrimonio: ¿cuál era el sentido aparte de engendrar hijos? Por la misma causa, la posición de Makino en nuestro hogar también era incierta. Mi padre intentó en un momento adoptarlo y hacerlo su heredero, dejando la consulta en sus manos y en las mías. Pero todavía no sabíamos si Tetsuya se quedaría en Nagasaki, y aunque mi padre no lo comentaba, yo era consciente de que era reacio a tomar una decisión hasta saber qué haría Tetsuya o hasta que yo tuviera un hijo.

Al final, no tuvo que tomar ninguna decisión, pues los acontecimientos nos superaron. Sabía que mi esposo era ambicioso: por esa ambición buscó a mi

padre y se casó conmigo. Durante aquel primer año de Bunkyū, se hizo evidente que Makino no se conformaría con ser un médico rural en Yuda; mi padre comenzaba a decir que no tenía nada más que enseñarle. Pensé que me quedaría en casa de mis padres para siempre, pero, a finales de año, mi esposo y yo nos fuimos a Shimonoseki, o Bakan, como lo llamaba todo el mundo en esos días.

Sucedió por mediación del noble Sufu. En los años transcurridos desde mi boda se había vuelto aún más poderoso, dedicado a implicarse cada vez más en la política nacional, y el resultado fue que Chōshū estaba emergiendo como el mediador clave entre el emperador y su corte en Kyōto y el *bakufu* en Edo. A Sufu le gustaba tenerlo todo bajo su control y siempre estaba viajando entre Hagi, Yamaguchi, Kyōto y Edo. No era un hombre extremista por naturaleza, pero los jóvenes samuráis que eran sus favoritos se volvieron más radicales, y no los dejó de lado. Compartía su idealismo y quedó embriagado por sus ilusiones.

Todo el mundo sabía que se avecinaban cambios, pero nadie imaginaba qué forma adoptarían ni cómo sería el mundo cuando sucedieran. Después de que los *rōnin* de Mito asesinaran al noble Ii, los actos violentos aumentaron tanto contra los extranjeros como entre facciones, especialmente en Kyōto, donde los *shishi* intentaron influir sobre el emperador Kōmei, quien, como se sabía, odiaba a los extranjeros. Los grandes *daimyō* fueron a Kyōto y a Edo, se reunieron, discutieron y regresaron a sus propios dominios, mientras que el gobierno del *bakufu* parecía paralizado y no lograba ni tranquilizar a los extranjeros ni controlar a los *shishi*. Ii Naosuke se dio cuenta de que era imposible hacer ambas cosas. Optó por ceder a las exigencias de los extranjeros y evitar la guerra con ellos, una decisión que los *shishi* le hicieron pagar con la vida.

Algunas veces, cuando iba a Yoshitomi, o de camino a Yamaguchi, el noble Sufu visitaba nuestra casa. Parecía haberse encariñado con mi padre y mi esposo, y algunas veces consultaba a mi padre sobre su salud.

—Pase lo que pase, el derramamiento de sangre es inevitable —dijo Sufu en una de aquellas visitas, después de que mi padre le mirara la lengua y le tomara el pulso y le aconsejara, como siempre, que intentara beber menos—. Quisiera que se pudiera evitar..., pero ¿cómo? Hay fuerzas irreconciliables que alcanzan cada vez mayor velocidad; tarde o temprano chocarán.

—Han criado una generación de guerreros que, como sus padres y sus abuelos, jamás han tenido adversarios contra los cuales poder luchar —señaló mi padre—. Les han enseñado el arte de la guerra; ahora están buscando pelea.

—Mejor contra los extranjeros que entre sí —dijo Sufu.

—Pero luchar porque sí contra los extranjeros es una locura —replicó mi padre.

Makino asintió con la cabeza. Sufu lo miró por encima de su copa de sake.

—Makino-san, ¿qué sabes de armas y de balística?

—No lo suficiente —replicó Makino—. Y muy poco sobre el tipo de heridas que se podrían esperar en el dominio si desafiamos a los americanos o a los británicos.

Sufu sonrió como si le agradara la respuesta.

—Tal vez deberías aprender más. Si el doctor Itasaki puede prescindir de ti, creo que deberías ir a Bakan. Es allí donde puede haber un ataque. Necesitaremos médicos de campaña.

Viniendo del noble Sufu, se trataba más de una orden que de una sugerencia. Makino se mostró encantado. Ya había empezado a pensar en la medicina del campo de batalla como la mejor manera de progresar profesionalmente, y ahora le daban la oportunidad de acudir a un lugar en donde adquiriría conocimientos prácticos, y estaba siendo reconocido por el hombre más poderoso del dominio.

Me inquietaba nuestro traslado. No quería irme de mi hogar; me gustaba trabajar con mi padre. Mientras viviera en el Paraje del Árbol de las Apuestas, era algo más que la simple esposa de Makino; tenía mi propio sitio dentro de la familia y de la práctica médica. Y mi propio poder. Sabía que, si nos marchábamos juntos, debería renunciar a parte de ese poder en beneficio de mi esposo. No estaba segura de querer limitarme al simple papel de esposa que se esperaba de mí en el mundo exterior.

Mi padre también estaba preocupado. En realidad, no quería perdernos a ninguno de los dos, pero no podía negarse a una exigencia del noble Sufu.

¡Si hubiéramos retrasado nuestra partida un poco! Al acabar el año, Sufu había caído en desgracia con Nagai Uta y fue puesto bajo arresto domiciliario, pero nosotros ya estábamos en Bakan.

SEGUNDA PARTE

DEL AÑO 2 AL AÑO 3

DE LA ERA BUNKYŪ

1862—1863

SHIRAISHI SEIICHIRŌ

Año 2 de la era Bunkyū (1862),

primavera, cincuenta años

Shiraishi Seiichirō está escribiendo en su diario. Hace cuatro años que lo lleva, desde que empezó a notar que había adquirido importancia, aunque no como se entiende habitualmente que lo hace un comerciante próspero, lo cual no significa que no sea uno de los más prósperos en Bakan, sino como algo más. Su residencia, en parte almacén, en parte hogar familiar, en parte posada, se ha transformado en un centro de información y en un refugio. Los hombres llegan bien entrada la noche, con los rostros cubiertos, hablando en voz baja. Traen cartas de presentación de Hagi o Mitajiri y zarpan en barcos que pertenecen a sus contactos comerciales con fondos de Shiraishi bien ocultos entre sus vestimentas.

Kazuko, su esposa, no está de acuerdo con todo eso, aunque Shiraishi no atiende sus protestas. Le tiene cariño y es muy trabajadora, pero a ella jamás le ha gustado que le impongan nuevas ideas. Sabe leer y escribir y emplear el ábaco lo suficientemente bien para ayudar en el negocio, pero no le gusta leer como a él. Él es capaz de zambullirse en la lectura de Hirata Atsutane o de Suzuki Shigetane durante horas por las tardes, mientras ella se queja por el derroche de aceite de la lámpara y de la necesidad de despertarse al alba. No le hace caso. Para empezar, cree que está pasando por la etapa de la vida que vuelve irritables a todas las mujeres, y además, ha trabajado con empeño

como importador y exportador durante treinta años y ha ganado una fortuna. Es astuto y honrado, y no resulta fácil de engañar. Tiene tratos comerciales con la mayoría de los dominios del suroeste que se encuentran en Kyūshū y Shikoku, especialmente con Satsuma y Nagasaki, y abastece a los barcos que navegan el *kitamaesen* y el mar interior. Se ha ganado el derecho de emplear su tiempo y su dinero como le dé la gana.

Conoció a Suzuki y descubrió los libros que tanto lo inspiraron cuando este se alojó en la posada, el mismo año que él comenzó su diario. Suzuki tiene su misma edad, es estudiante de Hirata, un vínculo directo con el gran erudito. Shiraishi comenzó ofreciendo alojamiento por casualidad cuando los clientes se quedaban varados por las tormentas. Sociable y curioso, disfruta conversando con los viajeros; sabe escuchar e inspira confianza. Desde el episodio de los barcos negros, los extranjeros son el tema principal: sus exigencias, sus naves, sus armas. Shiraishi es considerado una especie de experto, sabe bastante sobre el mundo exterior. Por primera vez en su vida, los jóvenes de la clase samurái le piden su opinión, lo escuchan. Lo necesitan..., el hospedaje que ofrece, el dinero que tan generosamente presta. No lo tratan con el desdén habitual que sus padres manifiestan por la clase a la que él pertenece. Parecen respetarlo y les cae bien. Resulta tan embriagador como las ideas que comparten con él. Se empapa de sus sueños e ilusiones. Como ellos, comienza a venerar al emperador y a considerar ilegítimo al *bakufu* Tokugawa, lo cual ha quedado demostrado por su incompetencia e ineficacia. Sus lecturas confirman la supremacía del emperador y la necesidad de restaurar su gobierno para que la nación esté en sintonía con los dioses, quienes, a cambio, la harán próspera e invencible.

No le convencen tanto las exigencias para expulsar a los extranjeros. Cree que el comercio es una actividad natural en el hombre, civilizadora al tiempo que rentable, y le gustaría aumentar la cantidad de tratos comerciales con las naciones occidentales. Además, conoce mejor que cualquiera la fuerza militar de América, Inglaterra, Francia y Rusia, que se han acercado para husmear alrededor de Japón. Como todos en Bakan, está sumamente interesado en las nuevas fortificaciones que se han construido a lo largo de la costa norte del estrecho. No le impresionan demasiado el calibre ni la cantidad de armas, pero no lo dice en voz alta.

Su familia proviene del lado sur del estrecho, de Kokura; de hecho, su

empresa se llama Kokuraya. Kokura le ha decepcionado, ya que ha rechazado la solicitud de Chōshū de fortificar su lado del estrecho y sigue considerando a Chōshū peor enemigo que los extranjeros. Ahora su lealtad es hacia Chōshū, aunque el puerto de Bakan pertenece a Chōfu, una rama del dominio. Las relaciones con Hagi no siempre son armoniosas, pero en Kokuraya los samuráis de ambos dominios pueden encontrarse y discutir ideas, y descubrir que tienen más cosas en común que diferencias si comparten su devoción por el emperador.

Algunas veces, Shiraishi concierta estas reuniones y las preside él mismo. Luego las registra en su diario. Cree que algún día los jóvenes que pasen por esta posada, intercambiando ideas y recibiendo ayuda, serán los impulsores de un nuevo orden mundial. De vez en cuando, se permite soñar en su propio futuro, en los honores que le darán, en el prestigio del que gozará. Tal vez le den algún cargo en el gobierno, tal vez el emperador oiga hablar de él y de su Kokuraya, y se maraville de que todo haya comenzado aquí.

Hoy está escribiendo sobre un samurái de Satsuma, Saigō Kichinosuke, que llegó anoche. No es la primera vez que se hospeda aquí. Dice que Kokuraya está convenientemente situada, justo sobre el agua; le gusta la comida, y la esposa de Shiraishi —una mujer fornida, como las que suele admirar— consigue que se sienta cómodo. Shiraishi y todos los demás en la posada adoran a Saigō. Es un hombre de proporciones épicas, cordial, desbordante de vida y, sin embargo, inteligente y, sin lugar a dudas, implacable cuando la situación lo merece. A Shiraishi le encanta sacar el mejor sake y llenar una y otra vez las copas mientras que Saigō relata los éxitos y calamidades de su vida, que son mejores que una novela o una obra de teatro kabuki. Ha experimentado los peores flagelos del exilio y de la cárcel, pero ha logrado recuperarse simplemente gracias a su habilidad. Ahora, la vida le vuelve a sonreír. No lo ha confesado, pero, al ser de Kagoshima, está interesado en asegurar una posición sobre la isla principal de Honshū. Habla del comercio, de comprar arroz y otras mercancías, pero Shiraishi sospecha que también está estudiando la logística del desplazamiento de tropas. Saigō será una de las estrellas del nuevo orden mundial y es amigo de Shiraishi.

Ha terminado de apuntar en el diario y aprieta los dedos contra las sienas, con los ojos cerrados, cuando oye que su hermano menor se dirige a él. Abre los ojos rápidamente.

—¿Qué pasa?

—Te he preguntado si te encontrabas bien. —Rensaku lo mira preocupado—. Estás un poco pálido.

—Estoy bien, estoy bien. —Shiraishi jamás admite una enfermedad ni ninguna otra dolencia. Espera que su cuerpo le responda con un perfecto estado de salud, y no se conformará con menos que eso.

—¿Acaso bebiste demasiado sake con Saigō-sama?

—Ya me conoces —replica Shiraishi—. Puedo pasarme toda la noche bebiendo y jamás me emborracho. Tú debes ser más cuidadoso, ya que no tienes el estómago fuerte.

Rensaku es más menudo y delgado que su hermano mayor. Es muy hábil con las cuentas e indispensable para el negocio, pero se preocupa por su estado de salud y es un tanto hipocondriaco. Como Shiraishi, se ha contagiado del espíritu de reverencia por el emperador, pero, al no ser un gran bebedor, está en desventaja, y las sesiones en las que brilla su hermano mayor lo dejan con dolor de cabeza.

—¿Querías algo? —pregunta Shiraishi.

—He tenido una idea durante la noche. Quería ver qué te parecía.

Shiraishi levanta las cejas. A menudo a Rensaku se le ocurren ideas sorprendentemente buenas que Shiraishi desprecia en voz alta, pero de las que luego se apropia.

—Saigō es un hombre asombroso. ¿No crees que a los hombres de Chōshū les gustaría conocerlo? A Katsura Kogorō, por ejemplo, o a Kusaka Genzui.

Ambos hombres se alojan a menudo en la posada y los dos aparecen en las páginas del diario de Shiraishi.

—Creo que tendrían mucho en común —prosigue Rensaku—. ¿Quién sabe lo que puede salir de todo ello?

—Satsuma y Chōshū se odian —dice Shiraishi con desdén—. Son feroces rivales. ¿Pretendes que el tigre coopere con el dragón?

—Kusaka debería llegar en cualquier momento, y mientras Saigō esté aquí...

—No, no funcionaría.

—Era solo una idea —se disculpa Rensaku.

Shiraishi sabe que es bastante buena. Tarde o temprano la aplicará, pero

no se lo dice a Rensaku en ese instante.

BAKAN

AKAMAGASEKI, Shimonoseki, Bakan: el puerto sobre el estrecho angosto que separaba Honshū de Kyūshū tenía múltiples nombres. Era el lugar de la gran batalla naval de Dannoura, hacía cientos de años, la culminación de la guerra de Genpei en la que los Taira fueron derrotados por los Minamoto, y el niño emperador Antoku se ahogó junto con la mayoría de sus guerreros. Ahora era el puerto más activo de Chōshū, donde se congregaban los viajeros, intercambiando mercancías e información, siempre a la espera de algo: un viento favorable o la marea precisa, un navío con un cargamento precioso o un barco de guerra repleto de armas extranjeras. Fue testigo del ascenso al poder del clan guerrero y sería decisivo en darle fin.

Nos hospedamos, por recomendación del noble Sufu y a cuenta del dominio, en Kokuraya, un negocio de importación y exportación a cargo del comerciante Shiraishi Seiichirō. Shiraishi tenía alrededor de cincuenta años en ese momento. Era un hombre emprendedor y enérgico, a quien estas cualidades lo habían hecho rico. A medida que el movimiento *sonnōjōi* crecía en Chōshū, comenzó a ayudar a los *shishi* ofreciéndoles hospedaje, dinero y regalos. Nuestro objetivo era ampliar esa ayuda para que incluyera asistencia médica, usando los contactos de Shiraishi para importar los suministros que íbamos a necesitar.

A lo largo de los últimos años, mientras Sufu reformaba el ejército, se habían comprado barcos de guerra a los americanos y reforzado las fortificaciones de defensa costera del dominio: alrededor de Bakan había muchas baterías de cañones. La población estaba extremadamente orgullosa de ellas —muchas personas habían donado cacerolas o las campanas de los templos para su construcción— y esperaban ansiosamente ser convocados

para el inicio de la guerra (aunque solo fuera para comprobar si funcionaban o no). Makino y yo fuimos varias veces a Maeda y Dannoura a inspeccionarlas. Oí palabras que jamás había escuchado antes: *Dahlgren*, *Armstrong*, y aprendí mucho sobre el tamaño de los fusiles, descritos en relación al número de libras y de pulgadas, palabras extranjeras nuevas, tan fascinantes y siniestras como las armas en sí mismas.

Admiramos las baterías y el espíritu de los soldados y sus curiosos uniformes, pero, para ser francos, no podíamos compararlas con nada. No sabíamos casi nada sobre armas occidentales, excepto que eran lo suficientemente poderosas para haber abatido el imperio de China. Los soldados nos aseguraron que sus cañones eran superiores, ya que eran sumamente leales al emperador; sus fusiles debían funcionar mejor porque el nuestro era un país divino, pero esto me sonó a pensamiento mágico. Algunos de los cañones eran réplicas de madera, solo para aparentar, y se hablaba mucho sobre las fortificaciones defensivas que estaban detrás de Bakan, unas defensas que sabíamos que eran puramente imaginarias.

Ni Makino ni yo habíamos visto jamás una herida de bala. Nos preocupaban los cañones de los buques de guerra, su alcance, el daño que podían infligir y el tratamiento que habría que aplicar.

Con la ayuda de Shiraishi, Makino encargó libros de Nagasaki. Unos años atrás, el famoso médico Ōtsuku Shunsai había publicado dos traducciones de libros occidentales acerca de heridas de bala, y una vez que los conseguimos, los estudiamos detenidamente. Soldar roturas de huesos, limpiar heridas, extraer balas, vendar, amputar: las descripciones y las escasas ilustraciones eran aterradoras, pero fascinantes.

Los libros provenían de otro país occidental: Alemania. No sabía exactamente dónde estaba. No sabía nada acerca del mundo que se hallaba más allá de nuestras tierras. Cuando pensaba en ello, me imaginaba que estábamos en el centro, y todo lo demás nos rodeaba en círculos: los ingleses, los rusos, los holandeses, los americanos y ahora los alemanes..., todos formaban parte de un mundo exótico que incluía las tierras de los gigantes, los piernas largas y los enanos, como en *La historia del galante Shidōken*. Pero entre su colección de libros Shiraishi tenía mapas y, cuando los examinaba, me daba cuenta de lo enorme que era el mundo y las distancias que habían recorrido los barcos extranjeros que navegaban a través del estrecho.

El Kokuraya estaba justo en el muelle y los barcos cargaban y descargaban allí todo el día. Me gustaba observarlos, oyendo a los marineros, oliendo las extrañas fragancias de especias de Batavia y de China. Más allá del bullicio constante del puerto, los barcos extranjeros pasaban tan cerca que casi era posible tocarlos. Haciendo ondear sus extrañas banderas, avanzaban a través del mar picado, aparentemente indiferentes a cualquier peligro en la costa. Había algunos barcos de vapor, cuyas negras chimeneas lanzaban humo, pero en aquella época la mayoría seguían siendo barcos de vela, con dos y tres velas. Aprendí a diferenciar sus nombres: barca, bergantín y goleta.

La posada de Shiraishi era un polo de atracción para viajeros de todo tipo, que nos mantenían al tanto de las últimas novedades. El primer mes del segundo año de Bunkyū (1862), el sucesor de Ii, Andō Nobumasa, fue atacado y gravemente herido en la puerta Sakashita, en Edo. El *bakufu* se debilitaba ante nuestros ojos, pero a pesar de los apasionados debates que escuchábamos noche tras noche, nadie tenía muy claro todavía cómo acabarían de eliminarlo o con qué lo reemplazarían. El padre de Hitotsubashi Keiki, Nariaki, murió seis meses después del asesinato de Ii, y posteriormente Keiki y otros grandes señores que luchaban por la reforma, Matsudaira de Echizen y Yamauchi de Tosa, fueron perdonados y comenzaron a participar una vez más en los asuntos políticos. El candidato de Ii, Iemochi, fue nombrado *shōgun*, pero Keiki sería su tutor. Intentando apuntalar al tambaleante *bakufu* con prestigio imperial, se concertó un matrimonio entre la hermana del emperador Kōmei, Kazunomiya, y el joven Iemochi, pero eso no hizo más que enfurecer aún más a los *shishi* de Kyōto, donde día a día aumentaban sus violentos ataques.

Un día en el tercer mes, cuando el aroma a flores comenzaba a mezclarse con todos los olores del puerto, regresaba a la posada cuando creí oír una voz conocida. Eché un vistazo hacia el patio interior y vi a Kusaka Genzui. Estaba sentado en el borde del porche, fumando y hablando con Shiraishi.

—Ah, estás aquí —dijo Shiraishi, haciendo un gesto con la mano para que me acercara, pero apenas le presté atención, pues me quedé mirando fijamente a Genzui. La sangre le manaba de la garganta y del pecho a borbotones, tenía la ropa empapada en ella y chamuscada por el fuego. El humo se arremolinó a nuestro alrededor y oí el crepitar de las llamas. Con la agudeza de mi visión, vi a Genzui muriéndose.

Retrocedí tras un pilar, cerré los ojos y apoyé la cabeza sobre la madera

lisa y fría.

—¡Señora Makino! —exclamó Shiraishi—. Kusaka-san desea hablar contigo.

Me encaminé hacia ellos. Genzui estaba sonriendo. Era difícil imaginar a alguien con un aspecto más vital que él. Su presencia me impactó; siempre había sido un hombre inteligente y enérgico; ahora, el dolor lo había endurecido y refinado.

Intentó sonreír también al intercambiar saludos conmigo, y le pregunté por la familia Sugi y por su esposa, O-Fumi. Me aseguró que estaban todos bien, aunque aún lloraban a Shōin.

Saber que pronto lo llorarían a él tenía que haberme entristecido, pero junto con la visión microscópica venía una cierta frialdad. Quizá Genzui muriese así, pero ¿podía hacer o decir algo para prevenirlo? Y de todas formas, me dije a mí misma, estos episodios seguramente no eran visiones reales del futuro, sino simples alucinaciones, un efecto tardío del shock por la muerte de Nakajima.

—Tengo un mensaje para ti —dijo Genzui.

—Entrad —dijo Shinraishi, poniéndose de pie—. Ordenaré que os traigan algo para beber.

Lo vi marcharse, afectuoso. Yo había estado ayudando a su esposa con un tratamiento y masajes para la menopausia; ambos se habían encariñado conmigo y me trataban como a una de sus hijas.

Nos trasladamos a una habitación del fondo que daba al patio interior. La tarde caía y la brisa del mar se volvía más fresca, haciendo temblar el *shōji* y metiéndose por todos los resquicios. Lluvias de pétalos caían del cerezo en medio del patio. Me sentí a gusto con el té caliente que trajo la criada. Genzui estaba bebiendo sake.

—He estado con tu tío en Kyōto —dijo en voz baja—. Me pidió que, si te veía, te dijera que se encuentra bien.

—¿Está en Kyōto? —Tenía que haber previsto que se dirigiría a la capital, donde tantos *shishi* se estaban congregando—. ¿Dónde vive?

—Donde puede —replicó Genzui con una pequeña sonrisa—. Algunas veces le encontramos alojamiento en la mansión en Kawaramachi o en Fushimi, y tiene sus propios escondrijos, que nadie conoce. Nos es muy útil. Sabe protegerse a sí mismo y mantiene los ojos y los oídos abiertos.

—Debe de estar en peligro.

—Todos estamos en peligro —replicó—. Incluso dentro de nuestro dominio y entre nuestra propia gente.

Sentí que se refería a la muerte de Shōin y quise darle el pésame.

—Tú eras muy querido por el maestro Yoshida; su discípulo preferido, su cuñado.

Casi no me dejó terminar, me interrumpió.

—Tengo dos objetivos: el primero, asegurarme de que su muerte no ha sido en vano, y segundo, vengarla. —Bajando la voz, prosiguió—: Quisiera haber estado con los hombres de Mito que le dieron su merecido a Ii Naosuke y Andō. Pero Nagai es mío y se las haré pagar.

En ese momento no dudé de que lo haría, pero ni siquiera en Bakan, en la casa de Shiraishi, era prudente hablar de tales asuntos.

—¿Acabas de llegar de Hagi? —pregunté.

—Sí, he estado allí todo el invierno. Me ordenaron regresar el año pasado. Nagai no sabe exactamente lo que estoy haciendo, pero sospecha algo y está nervioso.

—¿Y qué estás haciendo?

—El año pasado realicé muchos viajes, estableciendo nuevos contactos, fortaleciendo los antiguos. Pasé bastante tiempo con Sakuma Shōzan en Nagano. Es un viejo amigo de mi cuñado y otro gran maestro, increíblemente sabio y experto en las costumbres occidentales. Ahora me han dado permiso para ir a Hyōgo. Por supuesto, eso significa que puedo regresar a Kyōto.

Esbozó una sonrisa, como cuando había estado hablando de Shinsai; el peligro le excitaba. Por un instante creí imaginarlos a ambos involucrados en las intrigas y en las conspiraciones de la capital. Vi callejones estrechos, casas de té desvencijadas donde se reunían...

Se oyó un sonido de pisadas fuera, y mi esposo corrió el *shōji* y entró en la habitación. Se arrodilló e inclinó la cabeza ante Genzui.

—Doctor Makino, el noble Sufu me dijo que te había enviado aquí —dijo Genzui—. Si se termina desatando la guerra contra los extranjeros, serás de gran utilidad en Bakan. Pero en algún momento puede que sea una buena idea que lleves tus conocimientos a Kyōto.

—¿Crees que habrá enfrentamientos allí? —preguntó Makino.

—Sí, pero no contra los extranjeros —dijo Genzui, riéndose—. Ya hemos tenido algunas heridas de espada. Seguramente habrá otras, y también de armas de fuego, ya que todo el mundo está comprando rifles y cañones en este momento.

Se inclinó hacia delante para servirle sake a mi esposo.

—¿Cuántas ceremonias conmemorativas debo presentar? ¿Cuántas peticiones más cuidadosamente escritas pidiendo justicia y reforma? Si viéramos algún signo concreto de cambio, no tendríamos que recurrir a la amenaza de la violencia. Pero la gente no escucha hasta que no los asustas.

—¿Eso lo aprendiste del maestro Yoshida? —pregunté.

—Él me enseñó que las personas crueles y arrogantes deben ser castigadas —replicó—. Aquellos que cometen crímenes contra el emperador y su divina nación deben rendir cuentas ante la justicia.

—Pero ¿qué te da derecho a erigirte como juez? —preguntó Makino. De pronto vi cuánto había cambiado desde la primera vez que lo vi como ayudante de farmacia. Se dirigía a Genzui como un par, y Genzui no se lo tomaba como una ofensa.

—Nuestra claridad de miras, nuestra determinación para actuar, para morir si es necesario, y nuestra lealtad al emperador. —Era imposible no sentirse conmovido por él. Ni Makino ni yo podíamos quitarle los ojos de encima. Hizo un gesto que nos atrajo aún más hacia él y susurró—: No estamos solos; no solamente en Chōshū está cambiando la tendencia. A comienzos de este año, un samurái de Tosa vino a verme a Hagi. Traía una carta de Takechi Hanpeita, uno de los líderes del movimiento de rebelión contra el *bakufu* Tokugawa. Es un hombre asombroso; se llama Sakamoto, Sakamoto Ryōma. Los *shishi* de todo el país debemos estar unidos. No podemos confiar en los grandes señores para enfrentarnos a los extranjeros o al *bakufu*. Todos los dominios se están dividiendo de esta forma. Hombres de grandes aspiraciones, como tu tío, como yo, Takechi, Sakamoto, sabemos que debe haber un cambio, pero los samuráis de alto rango son pusilánimes y solo les importan sus intereses mezquinos. Quieren mantener las cosas como están y no dudarán en sacrificarnos a cualquiera de nosotros, como Nagai sacrificó a Shōin.

—Has mencionado a Tosa —dije—. ¿Y Satsuma? Shiraishi realiza muchos negocios con comerciantes de Satsuma y muchos huéspedes de Satsuma pernoctan aquí. No solo comerciantes, también samuráis.

—El hombre forzado —dijo Makino—. Saigō Kichinosuke. Está aquí en este momento.

—Satsuma —dijo Genzui, sacudiendo la cabeza—. ¿Cómo podrá Chōshū confiar en Satsuma alguna vez? Y, sin embargo, solo podremos alcanzar nuestros objetivos si nuestros dominios trabajan hermanados.

Kusaka Genzui tenía deseos de conocer a Saigō, pero dudo de que en esa ocasión lo hiciera, aunque en algún momento tan solo un fino *shōji* los separaba. La mutua envidia y el recelo de los samuráis de los dos grandes dominios lo impidieron.

No volvimos a hablar con Genzui y lo vimos apenas unos instantes antes de que se marchara a Kyōto. Quería enviarle un mensaje para Shinsai, pero no creía que le agradara a mi esposo, así que no dije nada. Makino me prometió que iría a la capital si podía, pero al final fui yo quien terminó yendo a Kyōto, y no con él.

* * *

Saigō Kichinosuke, luego conocido como Takamori, era uno de los hombres más fornidos que había visto en mi vida. Mi esposo era más alto que la media, pero ni siquiera él lo alcanzaba. Cuando Saigō llegó a la posada, las criadas se pusieron en fila para echarle un vistazo, y todas encontraron una excusa para atenderlo. Ellas no eran las únicas que deseaban ver al gran Saigō; mucha gente se acercó para conocerle.

La señora Shiraishi, y todo el mundo, cotilleaba sobre su vida, por lo que pude reconstruir su historia. Había trabajado con el *daimyō* de Satsuma, Shimazu Nariakira, para reformar y fortalecer el dominio. El noble Nariakira murió repentinamente en el quinto año de la era Ansei (1858), y muchos creían que había sido envenenado por su madrastra o por encargo de Ii Naosuke. El hijo de su hermanastro fue nombrado *daimyō*, pero el poder real dentro del dominio lo tenía su padre, Hisamitsu, de quien se decía que jamás perdonaba un desaire ni perdía la oportunidad de realizar un acto de maldad. Después de la muerte de su señor, Saigō comenzó a verse amenazado por el *bakufu* y las autoridades del dominio e intentó suicidarse con el monje Gesshō. Ambos se arrojaron al mar. Gesshō murió, pero Saigō fue salvado, aunque luego fuera enviado al exilio en una isla remota. Pero su talento era tan formidable que el

dominio no podía prescindir de él y fue convocado para que se pusiera a su servicio.

Llegué a verlo brevemente. ¿Atisbé su muerte después de ser derrotado en combate cuando se clavó su propia espada y su camarada lo decapitó? Tal vez vi el baño de sangre, la desesperación y el alivio de la muerte. Me estaba acostumbrando a esas visiones frecuentes. Aprendí a no dejar que mis ojos se detuvieran demasiado tiempo sobre el ser desafortunado que tenía delante de mí. Todas las personas vamos a morir, algunas más violentamente que otras. Yo tenía visiones de muertes violentas. No comprendía por qué. A menudo me turbaban, como cuando vi la sangre manando del hermano menor de mi anfitrión, Rensaku, pero no podía decírselo a nadie.

De todos modos, estaba más interesada en la salud de la cual gozaba la persona en el presente. En el caso de Saigō, estaba segura de que el tamaño de sus miembros no era algo completamente natural, y sospeché que se debía al tipo de edema que se conoce como elefantiasis. Su intento de suicidio, la inmersión en agua fría con la subsiguiente caída de la temperatura corporal, también le había afectado gravemente. Tenía los pies lacerados por la mala circulación. Le habían pedido a Makino que lo curara, y recomendó masajes en las piernas y la moxibustión, y le dio una infusión de longan, ginseng y angélica para caldear la sangre.

Luego desapareció tan rápido como había aparecido, pero en el cuarto mes el propio Shimazu Hisamitsu pasó por Bakan camino a Kyōto. Acudí al *honjin* para contemplar su comitiva. Quería ver por mí misma al hombre que todos decían que jugaría un papel decisivo en la política nacional. Jamás llegó a satisfacer semejantes expectativas. A pesar de su innegable grado de inteligencia, era pendenciero y arrogante, incapaz de lograr nada duradero porque no podía llevarse bien con nadie.

De todas formas, lo único que pude ver fue su palanquín y su séquito.

Pero en Kyōto actuó enérgicamente para controlar a los *shishi* de su dominio. Esperaban que los apoyara y expulsara a los extranjeros. En realidad, envió soldados para aplacarlos en el Teradaya de Fushimi; muchos fueron asesinados. Me enteré después por mi tío de que él, Genzui y otros partidarios del emperador habían querido unirse a los *shishi* de Satsuma. Habían escapado por muy poco.

De pronto la posición de Chōshū con respecto a la corte, que durante un

tiempo pareció tan prometedora, se vio amenazada por el ascenso de Satsuma. Las novedades que nos llegaban eran como un juego de *sugoroku*, escaleras y serpientes: uno ascendía, el otro caía. En el séptimo mes, Nagai Uta cayó en desgracia; Genzui amenazó abiertamente con asesinarlo en el camino. No pasó mucho tiempo antes de que el propio Genzui fuera convocado de vuelta a Hagi.

* * *

—O-Fumi-san debe de sentirse feliz de que su esposo se encuentre tan a menudo bajo arresto domiciliario —le comenté a mi marido—. ¡De lo contrario no lo vería nunca!

Era ya entrada la noche, alrededor de la época de escarcha del otoño, en el noveno mes. Shiraishi nos había contado las novedades de Genzui ese mismo día, y desde ese momento pensaba en él con frecuencia. En la posada también se comentaba febrilmente la noticia del ataque efectuado por samuráis de Satsuma contra un grupo de extranjeros en una aldea en el camino de Tōkaidō llamada Namamugi. Por algún motivo, Hisamitsu se había sentido insultado, y habían matado a uno de ellos y herido al resto. Eran ingleses, y los funcionarios ingleses estaban indignados y amenazaban con tomar represalias. Hisamitsu se había replegado a Kagoshima para considerar sus opciones, y seguramente para fortalecer su sistema de defensa. La gente reaccionó ante la noticia con una mezcla de admiración y de envidia. Satsuma había golpeado a los odiados extranjeros. Chōshū no debía quedarse atrás. Me pregunté cómo estaría reaccionando Genzui ante la noticia. Y Shinsai.

—¿Crees que es posible que las personas predigan el futuro? —le pregunté a Makino.

Él bostezó y se desperezó. Parecía estar tan cansado como yo. Había estado estudiando toda la tarde mientras yo visitaba a una familia en el pueblo. Sus dos hijos menores habían muerto de sarampión cuando yo me encontraba allí. Tenían cinco y tres años. Dicen que un niño pertenece a Buda hasta que cumple los siete años, pero no pude evitar sentir el dolor de los padres. Estaba deprimida por la cantidad de niños que tenía que ver pasando al otro mundo, cuando apenas habían comenzado a disfrutar de la vida en este.

—Todo el mundo cree que se puede —replicó Makino, tras reflexionar

sobre mi pregunta durante unos instantes—. ¿Por qué otro motivo habría adivinaciones y videncias, días afortunados y orientaciones favorables?

—Pero no crees en ello. —En una época había sido un componente esencial de la instrucción de un médico: comprender las causas sobrenaturales de la enfermedad y saber contrarrestarlas.

—No, pero si nuestros pacientes tienen supersticiones, y muchos aún las tienen, tenemos que entender lo que creen y al mismo tiempo intentar educarlos para que vean el mundo de otra manera. ¿Por qué me lo preguntas ahora? Si pensabas que los niños iban a morir, se trata de un diagnóstico médico. El sarampión suele ser fatal. No hemos encontrado todavía una cura.

Me acordé de los patéticos esfuerzos de los padres, las imágenes de perros y monos (*perro* significa «aquí no», *mono* significa «vete»), los amuletos de los templos, los retratos de guerreros nobles que se sobreponían al demonio del sarampión, y recordé el dicho: «El sarampión te quita la vida; la viruela te quita la belleza». Intenté apartar de mi mente la imagen de los niños muertos.

—No es eso. Hablar con Genzui me hizo recordar algo que sucedió cuando lo vi aquí. Una visión de que moría. Es un poco como estar mirando desde un lugar elevado y ver a través de un microscopio, advertir hasta la más mínima partícula viviente imposible de registrar con los propios ojos. Pero no es vida lo que veo, sino muerte, la sangre que mana, el cuerpo que se disuelve.

—Lees demasiados libros truculentos. —A Makino jamás le pareció bien que leyera novelas. Sin embargo, me miró con mayor detenimiento—. ¿Es solo Genzui?

—Ha habido otras. —No quería decirle cuántas ni que él mismo había estado entre ellas. Pensaría que había perdido la cordura.

—Hummm. —Se frotó los ojos—. ¿Has anotado alguna?

—No he escrito nada, pero no las puedo olvidar.

—Pues anótalas cada vez que aparecen. Seguramente es solo tu imaginación. ¡No hay que ser vidente para saber que Genzui no morirá sobre un tatami!

El enfoque racional de mi esposo me consoló y sentí que me inundaba una oleada de afecto hacia él.

—Déjame frotarte los hombros —dije, arrodillándome detrás de él. Mientras mis manos trabajaban sobre sus músculos llenos de nudos, se reclinó

contra mí, y nos sacudió una especie de corriente eléctrica, el regreso de la pasión. No nos molestamos en acostarnos sobre el futón o siquiera desnudarnos, sino que nos aferramos el uno al otro, uniendo nuestros cuerpos con un deseo urgente y repentino.

—Quisiera saber por qué no tenemos hijos —le dije cuando finalizamos.

—¿Te preocupa?

—En realidad, no. He visto morir a demasiados niños. Y el parto en sí me asusta; pueden salir mal tantas cosas... Me siento afortunada de poder disfrutar de lo que hacemos juntos sin temor al resultado. Pero no me gusta pensar que hay algo que no funciona dentro de mí. —Mi sangrado mensual siempre había sido irregular y escaso. Sospechaba que tenía un problema en el útero.

Makino se rio.

—Puede que sea yo quien tenga un problema. Muchas mujeres divorciadas o repudiadas por ser estériles conciben con otro hombre.

—Lo podría intentar si estoy desesperada.

—Los dos podríamos experimentar —dijo a modo de ofrecimiento.

Ambos dijimos «¡No!» a la vez.

—Creo que se supone que debo apartarme y tolerar que tomes a otra esposa o, al menos, a una concubina. —Me pareció recordar que había leído algo sobre eso en *Grandes aprendizajes para las mujeres*, o algún otro texto de Confucio, escrito por un hombre, naturalmente.

—El matrimonio tiene que ver con el deseo además de con los hijos —dijo Makino—. Canaliza la pasión entre los hombres y las mujeres, algo que siempre he sentido por ti.

—¿En serio? —fingí sorprenderme—. Pensaba que tu único objetivo era estudiar con mi padre.

—Fue al revés: deseaba que fueras mi esposa.

Makino era un hombre poco expresivo, y aquello era lo más afectuoso que me había dicho jamás.

—No me interesan los niños —dijo—. Como tú, no soportaría verlos morir, ni verte correr el peligro de dar a luz. En este momento, el trabajo que hacemos por el dominio es más importante. Sin una familia, podemos trabajar codo con codo e ir a donde nos necesiten.

La casa se encontraba en completo silencio en ese breve espacio de tiempo antes del amanecer. Oí el suave golpeteo de las olas contra el dique de piedra y el chirrido de las barcas chocando unas contra otras con el oleaje. Faltaba poco para que los primeros gallos empezaran a cantar. Sabía que debía extender el futón y la colcha y dormir de una vez. El aire de la habitación estaba helado. Pero me agradaba estar reclinada sobre mi esposo, con los brazos a su alrededor. Eran tan raros estos encuentros que quería aprovechar el instante.

No volvimos a hablar aquella noche sobre visiones de muerte ni de ninguna otra cosa, y cuando estuvimos listos para meternos en la cama ya era hora de levantarse.

LOCURA

DURANTE todo el invierno, el nerviosismo fue en aumento en la ciudad portuaria. Fuertes tormentas evitaron que estallara la guerra propiamente dicha, pero también impidieron la llegada de los suministros médicos que habíamos encargado a Nagasaki. En el segundo mes del año siguiente llegaron noticias de que Nagai Uta, que había ascendido a las más altas esferas políticas del dominio, había sido forzado a suicidarse en su hogar de Hagi por orden del gobierno. Tenía cuarenta y cuatro años; era aún más joven que mi padre. Muchos se alegraron de su muerte, y, sin duda, Genzui se contaba entre ellos. Jamás se le había perdonado a Nagai su papel en la ejecución de Shōin, y ahora había sido castigado por la pérdida de influencia de Chōshū en la corte a favor de Satsuma.

Jamás había visto al señor Nagai, así que no sabía si hubiera podido predecir su trágico final. Tomé nota de las visiones para mi esposo, pero sentí que estaban desapareciendo. No volví a tener las visiones detalladas que tanto me habían inquietado desde la muerte de Nakajima; tan solo un ligero estremecimiento, como si pudiera ver la sangre comenzando a filtrarse a través de la piel. Cuanto más me empeñaba en tomar nota de la experiencia, más se desvanecía, como si el mismo acto de observarla exorcizara lo que me había poseído durante un tiempo.

Makino no hizo comentario alguno sobre mi lista de nombres, que incluía el de mi tío, pero no el suyo. La leyó detenidamente y la guardó junto con otras listas que conservaba. Lo registraba todo: los libros que leía, los pacientes y sus tratamientos, las estadísticas de nacimientos y muertes, los brotes de enfermedades contagiosas, los casos de sífilis.

Gracias a estos registros, sabía que, además del sarampión y de la sífilis,

varias enfermedades psíquicas iban en aumento como resultado de la confusión y de las emociones extremas de la época. Tuvimos varios casos de letargo persistente; dos enfermos se arrojaron al mar. Hubo tres asesinatos brutales en los que se pudo demostrar que el acusado sufría de demencia. Las mujeres desaparecían y reaparecían a varios kilómetros; se creía que estaban embrujadas por los zorros. Las jóvenes se negaban a comer y se consumían. Todos estos sucesos anormales contribuían a la ansiedad de los habitantes de la ciudad. La gente acudía en masa a los templos y santuarios o se hacía adepta a nuevas religiones que surgían con tanta rapidez como brotes de bambú.

Por lo general, los locos eran confinados en sus casas y considerados responsabilidad de sus familias. Solo en casos extremos eran encarcelados por las autoridades. Dado que sus familias estaban normalmente desesperadas, a nadie le importaba si yo hacía un intento de curarlos. Incluso mi esposo sentía alivio cediéndomelos, aunque me advertía de que estaba perdiendo el tiempo. Por norma, la locura era considerada una obstrucción de las fuerzas naturales dentro del cuerpo; ciertamente, me di cuenta de que a menudo los locos estaban resfriados, y muchos libros recomendaban tratamientos con laxantes. Le escribí a mi padre pidiéndole que me enviara los libros de texto que tenía de Kagawa y Tsuchida y estudié las diversas formas de locura que estos médicos habían anotado, comparándolas con mis propias observaciones. Durante el invierno, trabajé concibiendo métodos para combatir la depresión y apaciguar la excesiva agitación. Los masajes y ciertos remedios preparados con hierbas resultaron efectivos, al igual que los baños, especialmente bajo las cascadas frías, como recomendaba Tsuchida. Realizar una peregrinación a menudo daba excelentes resultados, aunque sospechaba que se debía más al ejercicio y al cambio de circunstancias que a la intervención de los budas o del *kami*. Hablar con una persona como yo también parecía aliviar en cierto modo a mis pacientes.

Shiraishi-san, discípulo del pensador nativista Suzuki Shigetani, que tenía enorme interés por el desarrollo espiritual y mental, seguía de cerca mi trabajo, y pronto comenzó a recomendarme. Me gustaba trabajar con los locos, en parte porque presentía que yo misma tenía algún rasgo de locura y en parte porque no parecían darse cuenta de que yo no era hombre, o si se daban cuenta, no les importaba. En muchos casos, no podía hacer nada, sobre todo contra el desconcierto de la vejez o, más triste aún para mí, la demencia en los

casos avanzados de sífilis, acompañados, como generalmente sucede, por deformaciones de la nariz, la pérdida de dedos y otras úlceras terribles. Pero de vez en cuando lograba un cambio. Me encariñé mucho con mis lunáticos, y cuando releía los registros que llevaba, pude comprobar algunos comportamientos que se repetían en los cuadros de locura.

Había un hombre a quien visitaba con regularidad. Se llamaba Imaiike Eikaku. Tenía alrededor de cuarenta años y vivía con su hermana soltera Seiko. Creía tener sífilis, pero se hallaba en su estado latente, por lo que no presentaba ningún síntoma. Era un artista y durante sus periodos de manía pintaba obsesivamente, en su mayor parte escenas del infierno, privándose de comer y de dormir. Si no tenía papel o tablas de madera, pintaba sobre cualquier superficie disponible. Entrar en la casa de su sacrificada hermana era como hacerlo en la antesala del infierno. Seres humanos patéticamente frágiles, generalmente desnudos, intentando en vano escapar del castigo impuesto por enormes monstruos con cabeza de animal, armados con arcos, lanzas y espadas, sonriendo y cacareando socarronamente al tiempo que despedazaban los cuerpos ensangrentados. Eikaku relacionaba con exactitud el pecado con el castigo: aquellos que habían perseguido lujuriosamente a las mujeres eran condenados a abrirse paso dolorosamente entre árboles de espinos, mientras que los avaros que jamás habían ayudado a nadie en toda su vida pedían incesantemente agua para apaciguar sus ardientes gargantas.

Me gustaban sus pinturas porque me recordaban mis propias alucinaciones, y a otra gente también. Muchos sacerdotes budistas le encargaban que pintara sus visiones del infierno para sus templos. Comerciantes ricos también coleccionaban sus obras. A pesar de su popularidad, Eikaku jamás tenía dinero, y se gastaba todo lo que ganaba en sake, en tabaco o lo regalaba de manera despreocupada.

—No quiero que me cures —dijo la primera vez que nos vimos—, pues entonces dejaría de tener visiones. Pero sí quiero que impidas que me mate. ¿Puedes lograrlo, doctora?

—Puedo, si haces lo que te pido —contesté—. Necesitas ser consciente del ciclo en el que estás. Debes acordarte de comer y descansar cuando estás pasando por un periodo de excitación, y de no beber cuando estás deprimido.

—Pero la bebida me levanta el ánimo —replicó.

—Puede ser durante un tiempo, pero después la depresión es aún más

aguda.

Me preocupaba que muchos pacientes míos bebieran tanto, pero ¿cómo podía ayudarles a dejar la bebida? Empezando por Sufu Masanosuke y de ahí hacia abajo, el dominio entero estaba animado por el alcohol. Eikaku era un caso extremo, pero sus pinturas revelaban el sentir de todos: a punto de ser lanzados a un futuro desconocido, a la locura colectiva, bajo una sombra incierta. Parecía que la única manera que tenían de prepararse era ingiriendo enormes cantidades de sake, lo cual contribuía también a hacer soportables los sinsabores de la vida diaria. Ni siquiera los ricos podían escapar a las afecciones que abatían el cuerpo humano: dolor de muelas, hemorroides, reumatismo, dolor de oídos, heridas en los ojos, úlceras. Algo que me sorprendía de los locos era que rara vez se quejaban del dolor físico. No solo parecía que no sentían el dolor como los demás, sino que, por lo general, estaban fuertes y sanos. Esto resultaba a menudo deprimente para sus familias, que tal vez albergaran deseos secretos de que pasaran a la otra vida.

Las depresiones de Eikaku aparecían lentamente. Poco a poco iba dejando de pintar, hasta que por fin arrojaba los pinceles, jurando que jamás los volvería a utilizar. Su hermana había aprendido a no contradecirle y guardaba sus utensilios calladamente. Algunas veces, vestía prendas femeninas, se tintaba los dientes y se maquillaba el rostro como un actor kabuki, asumiendo el papel de cortesana.

Cuando le pregunté el motivo, me respondió:

—Como no tengo remedio, más vale ser mujer.

Me di cuenta de que podía manejar la depresión si la dramatizaba. Un día fui a visitarlo y su hermana me dijo que había estado callado durante cuarenta y ocho horas, llorando, enjugándose las lágrimas con la manga de su brillante y colorido kimono. Cuando entré en la habitación y me arrodillé a su lado, saludándolo en voz baja, me aferró el brazo repentinamente. Sentí que se me erizaba la piel. Me miró a los ojos, con el rostro impregnado de maquillaje blanco surcado de lágrimas.

—*Makino-sensei* —dijo. Usaba el habla femenina y se dirigió a mí como si yo fuera un hombre—, haríamos una buena pareja. Tú eres un hombre en el cuerpo de una mujer. Yo soy una mujer en el de un hombre. En un mundo al revés, la única manera de vivir es con los opuestos. Ven a vivir conmigo y sé un hombre.

La idea pareció llenarlo de energía. Se levantó de un salto.

—Buscaré mi ropa para que te la pongas. —Salió corriendo por la puerta con pequeños y delicados pasos, como una geisha, y llamó a su hermana—: *Oneesan*, ven a ayudar a la doctora a cambiarse de ropa.

Su hermana apareció de inmediato, y entre ambas logramos tranquilizarlo. Era evidente que la depresión estaba desapareciendo, cediendo su sitio a la etapa maníaca. Eikaku ya no lloraba: hablaba animadamente.

—Pronto se vestirá de hombre y volverá a pintar —dijo su hermana resignada, y fue a preparar algo de comer, sabiendo que en breve su hermano se daría cuenta de que estaba famélico.

Me quedé pensando en lo que había dicho: «Tú eres un hombre en el cuerpo de una mujer». ¿Era ese el motivo por el que no tenía hijos, por el que estaba interesada en la enfermedad y la muerte, por el que Makino y yo éramos más colegas que pareja conyugal? Por un momento, cuando Eikaku pidió vestimentas de hombre, sentí la tentación de seguirle la corriente y de ponérmelas. Sabía que influiría en mi postura, en mi modo de andar y en la manera en que los demás me miraban. A partir de ese momento, comencé a vestirme de manera menos femenina. Llevaba colores apagados y adopté la chaqueta corta que usaban los médicos. Intenté aplastarme el cabello y apartarlo de la frente. Observé los gestos que hacían los hombres y analicé la cadencia en su habla. Discretamente comencé a imitarlos. Y me encontré con que los hombres me escuchaban más seriamente y mis pacientes confiaban más en mis diagnósticos y remedios.

* * *

Al final del segundo mes del tercer año de Bunkyū (1863), recibí una carta de mi padre donde me pedía que fuera a Hagi. Mi hermana estaba embarazada de su tercer hijo; el segundo parto había sido difícil y mis padres estaban preocupados por su salud. Nuestra familia y la familia Kuriya se habían reconciliado, y Mitsue había visitado nuestra casa el año anterior, aunque yo no pude verla, pues ya nos habíamos marchado a Bakan. Nos escribíamos lo más a menudo posible, pero ella tenía poco tiempo libre y los intervalos entre sus cartas se espaciaban cada vez más, por lo que tenía muchos deseos de verla. Makino no quería ir a Hagi en ese momento porque la guerra parecía

inminente, pero me dio permiso de buen grado y me acompañó hasta la casa de mis padres en Yuda.

Le había escrito a mi padre para contarle lo que Kusaka Genzui me había dicho en Bakan, que mi tío estaba en Kyōto y, hasta cierto punto, bajo la protección de Chōshū. Mis padres no tenían más noticias. La violencia en Kyōto iba en aumento a medida que transcurrían las semanas. Un grupo que se llamaba a sí mismo Tenchū, la Ira del Cielo, había estado castigando a funcionarios y a sus criados, asesinandolos y arrojando las partes mutiladas de sus cuerpos por encima de los muros de mansiones y palacios. Comenzaban a llegar rumores sobre un extraño ataque a las estatuas de madera del *shōgun* Ashikaga. Habían sido decapitadas, y las cabezas, exhibidas con letreros que denunciaban su traición al emperador.

—Es justo el tipo de asunto en el que se implicaría Shinsai —dijo mi padre, dándose las habituales palmaditas en los brazos. Había engordado desde la última vez que lo vi, y se turbaba más rápidamente. Al verlo por primera vez, advertí que estaba envejeciendo, pero al cabo de unos instantes, la capacidad de percibirlo en su estado real se desvaneció, y él y mi madre volvieron a su estado habitual, como siempre. Los ojos se me llenaron de lágrimas, por el afecto y la gratitud. ¡Qué buenos habían sido conmigo dejándome seguir mi vocación sin poner trabas en mi camino! Hubiera querido seguir viviendo con ellos, cuidándolos, dándoles nietos.

—El maestro de Tetsuya le ha ofrecido a su hija —dijo mi madre—. Tu padre ha aceptado y se casarán el mes que viene.

—¿Significa eso que no volverá a casa? —Me agaché para acariciar el gato que se enroscaba entre mis piernas, ronroneando.

—Aún no lo sabemos —respondió mi padre—. Depende de tantos factores... Tetsuya no desea volver al ojo del huracán. Ya lo conoces.

Asentí. Todos sabíamos que mi hermano carecía de valor físico; además, le gustaba su vida en Nagasaki, una ciudad vital, abierta, donde se mezclaba la gente.

—Por supuesto, seguimos con la esperanza de que tú y Makino-san os instaléis aquí —dijo mi madre—, cuando terminéis el servicio al dominio.

—Eso planeamos hacer —repliqué—. Pero quién sabe...

Me di permiso para soñar con un futuro brillante, después de que la guerra hubiera comenzado y terminado y el mundo se hubiera renovado. Me imaginé

envejeciendo junto a Makino en este lugar. Adoptaríamos a un heredero: uno de los estudiantes que acudiera para formarse con nosotros, o puede que incluso uno de nuestros sobrinos. Pero, por supuesto, no podía realmente ver el futuro; las únicas visiones que tenía eran las imágenes inútiles de sangre y muerte.

Mi madre decidió venir a Hagi conmigo; quería peregrinar a Ōmishima y ver las dieciséis rocas semejantes a monjes budistas. Muchas de sus amigas también iban, así que nos pondríamos en marcha con las primeras luces del alba. Era una hermosa mañana de primavera, y las cinco mujeres iban con ánimo jovial. Tenían la misma edad que mi madre, eran todas abuelas, dos ya habían enviudado, y su edad y posición social les daba una libertad que jamás habían tenido en su vida.

Hicimos un alto al mediodía en el *onsen* de una montaña, cuyas aguas tenían fama de ser beneficiosas para la artritis y los dolores femeninos. Mientras nos introducíamos en el agua hirviente, sobre cuya superficie se asentaba una amplia capa de vapor y bailoteaban las motas de luz que se filtraban entre las verdes hojas de los árboles, observé sus cuerpos envejecidos, las cicatrices, los pliegues y las arrugas que narraban la historia de sus vidas: la viruela, los partos, el arduo trabajo bajo el sol y la lluvia, las encías sin dientes, las quemaduras y otras heridas. Y, sin embargo, sus arrugas también eran el resultado de la risa, y nada atenuaba el placer de aquel viaje—excepto la consternación que producía mi esterilidad, de la cual hablaban ampliamente, aconsejándome sobre el día que debía acostarme con mi esposo, qué comida debíamos comer ambos, qué santuarios visitar y cuál era la mejor postura. Luego describieron sus experiencias de parto, el dolor y el gozo, pero, en consideración a mi madre y a mí, no hablaron sobre los peligros y las muertes.

Estaba anocheciendo cuando llegamos a Hagi. Era el frío crepúsculo azul de la primavera sobre el borde del mar del Japón. El agua tenía el color del índigo y soplaban un viento fresco desde el noroeste. Los arrozales vibraban con la algarabía de las ranas recién nacidas, y los búhos ululaban en las arboledas alrededor de los templos y santuarios. Con la caída de la tarde, las luces de los faroles y las hogueras creaban un ambiente festivo y cordial. Las amigas de mi madre acudieron a una posada en las afueras de la ciudadela. Iban a explorar los lugares de interés de Hagi durante dos días, y luego mi

madre se uniría a ellas para peregrinar a Ōmishima y regresarían por el camino costero, mientras que yo me quedaría con mi hermana hasta el nacimiento del bebé.

Mitsue ya estaba a punto, y tenía el cuerpo hinchado y duro bajo la faja de seda que llevaba alrededor del vientre y que mi madre había tejido para ella. Los otros dos pequeños eran alegres y exigían mucha atención. La señora Kuriya los admiraba enormemente y era pródiga en elogios para Mitsue, pero estaba más indolente que nunca y hacía muy poco para aligerar su carga.

No pude evitar comparar el hogar de los Kuriya con el de Shiraishi. Los Kuriya eran tan prósperos y tenían tanto éxito como estos, pero eran egocéntricos, poco reflexivos y conservadores. No me los imaginaba dedicando energía ni dinero a ninguna causa que no fuera la propia. Echaba de menos el bullicio del Kokuraya y de Bakan, el ir y venir de tantos jóvenes entusiastas y abnegados. La tienda de la familia Kuriya donde Makino solía sentarse como Enma en su tribunal parecía vacía sin él, y el joven que lo sustituía apenas llamaba la atención.

Aun así, Mitsue parecía contenta con sus hijos, y su aspecto era saludable, aunque tenía los tobillos hinchados y la piel oscura por el embarazo, y decía que siempre estaba cansada. Hice todo lo que pude para ayudarla en la casa y en la tienda —durante aquellos días mi propia energía parecía no tener límites—, pero los Kuriya, aunque en apariencia corteses, aún sentían hacia mí una cierta animadversión por haberles robado al Contador y por los vínculos de mi tío con Yoshida Shōin. Eran partidarios de la facción conservadora dentro del gobierno del dominio y hablaban con desprecio rabioso de Sufu Masanosuke. Era difícil contenerme cuando escuchaba semejantes mentiras sobre el hombre que se había transformado en el patrono de mi familia, y algunas veces se respiraba un ambiente tan denso que sentía la necesidad de alejarme durante un tiempo de la casa.

En algunas ocasiones, mientras caminaba por la orilla occidental del río Matsumoto, dirigía mis pensamientos a O-Fumi, la hermana de Shōin, esposa de Genzui, y me preguntaba si debía visitar a la familia, pero una cierta inseguridad me lo impedía. Durante uno de aquellos días, mientras observaba a las garzas y charranes pescando, y de vez en cuando echaba un vistazo a las laderas del monte Tatoko, donde las últimas flores del cerezo salvaje relucían blancas y brotaban los primeros toques escarlata de las azaleas, me sorprendió

que alguien me llamara por mi nombre. Me di la vuelta y vi a Shiji Monta caminando hacia mí.

Me saludó con entusiasmo, pero advertí que su desenfado habitual estaba un tanto oscurecido y que sus ojos brillaban como si estuviera conteniendo las lágrimas.

—¡Creía que estabas en Edo! —exclamé.

—El noble Sadahiro me mandó a llamar para que volviera; en realidad, era para acompañar a Takasugi Shinsaku a casa. Está muy abatido.

Me pregunté si era eso lo que había alterado a Monta. Aguardé a que prosiguiera.

Pareció recomponerse y dijo:

—Acabo de divorciarme de mi familia adoptiva. Retomaré el nombre de Inoue.

Me quedé estupefacta. No creía que tal cosa fuera posible.

—Pero ¿por qué?

—Caminemos un poco. Hay muchas cosas que quiero contarte. En este momento me encamino a ver a Takasugi; vive arriba, en Matsumoto. ¿Me acompañas? Tal vez puedas ayudarle. He oído cosas sobre tu trabajo en Bakan.

No pregunté cómo se había enterado. Los supervivientes del grupo *sonjuku* se mantenían en estrecho contacto, enviándose noticias e informes acerca de la situación política en torno a su red, que se extendía de Hagi a Bakan y Mitajiri, pasaba por Ōsaka, Kyōto y Edo, y regresaba a Hagi. Viajaban y se hospedaban mutuamente o en casa de simpatizantes conocidos, como Shiraishi, que les daban dinero y refugio. Alguna de estas «orejas voladoras y ojos agudos» debía de haber pasado por Bakan durante los últimos meses y habría pensado que valía la pena mencionar mi trabajo con los locos.

Monta continuó la marcha, y lo seguí unos pasos detrás. Cuando llegamos al puente Matsumoto, llamó a una embarcación, discutió con dureza el precio del pasaje y finalmente se subió al interior.

—Hasta los veredictos del infierno dependen del dinero —masculló, mientras lo seguía y me agachaba en equilibrio inestable sobre los tablones. Ahora que había abandonado a la familia Shiji, supuse que andaría aún más escaso de fondos de lo habitual. Sentía curiosidad por saber los detalles de la ruptura, pero no quería preguntar delante del barquero.

Cuando llegamos al otro lado, seguimos la ribera del Tsukumigawa, cruzamos un pequeño puente y comenzamos a subir la cuesta hacia la aldea de Matsumoto. Monta finalmente aligeró el paso y me hizo una señal para que caminara a su lado.

—Me marcho a Inglaterra en un par de semanas.

Esta noticia me dejó helada.

—Pero está prohibido por el *bakufu*. —Es lo único que pude decir.

—Por ese motivo debes guardar completo secreto. He estado deseando contárselo a alguien, a alguien sin importancia. Tú apareciste justo en el momento indicado. ¡Ahora podré mantenerlo en silencio!

No creía que pudiera refrenarse.

—¿Qué dirá el noble Sufu?

—Es él quien quiere que vayamos. Y el propio Mōri. Se dan cuenta de que tenemos que ver Occidente con nuestros propios ojos. El dominio nos dará dinero; los ingleses en Yokohama nos ayudarán a embarcarnos en una nave.

—¿Los ingleses? ¿Qué pasó con lo de expulsar a los extranjeros?

Monta se rio.

—¿Te enteraste de que intentamos incendiar su legación en Yokohama? ¡Tendrás que habernos visto! Fue igual que Chūshingura, solo que éramos catorce y no cuarenta y siete. Aunque no matamos a nadie. En realidad, no había nadie, aún no se habían trasladado. Los ingleses se lo tomaron con bastante filosofía; ahora somos todos buenos amigos. Incluso conseguí dinero de uno de ellos cuando le vendí mi espada.

Miré a Monta, intentando diagnosticar ese extraordinario comportamiento. Estaba muy conmocionado, pero ¿podía ser considerado maníaco?

—Nadie necesita espadas en la actualidad —dijo—. Lo que necesitamos son pistolas, rifles. De cualquier modo, Itō y yo zarparemos de Yokohama. Vamos a aprender inglés (bueno, yo ya conozco la lengua), a estudiar navegación, artillería, industria, tecnología..., todas esas cosas.

—Y supongo que a acostaros con mujeres inglesas. —Seguía ofendida por haber sido considerada como «alguien sin importancia».

—Si se nos presenta la oportunidad. —Me sonrió—. *Skirts*. ¿No es una palabra erótica? Así las llaman, esas prendas amplias y vaporosas que llevan las inglesas. No me imagino cómo se las ponen. Son como una armadura.

—¿Solo iréis tú e Itō-san?

—Somos cinco en total. Los otros son Yamao Yōzō, Endō Kinsuke e Inoue Maseru. —Había oído hablar de ellos, pero no los conocía personalmente—. Nos embarcaremos en naves diferentes y nos encontraremos en Hong Kong. —Monta pronunció el nombre de pasada, como si fuera a Hong Kong todos los días. Estaba más incoherente que nunca, pensé observándolo. Era ligeramente más alto que yo y aún conservaba su aspecto juvenil. Se enfadaba, se entusiasmaba, pero lo que más ocupaba su mente era conseguir que una mujer se acostara con él.

—Quería que Takasugi viniera con nosotros —siguió diciendo—, pero se ha retirado de la vida pública.

—¿Qué? —No podía creerlo. Takasugi, que había generado tantas expectativas entre la gente, considerado un líder futuro, ¿cómo se podía retirar cuando el dominio lo necesitaba tanto?

—Intentó persuadir al noble Sufu de que derrocaria al *bakufu* —explicó Monta—. Sufu le respondió: «Tal vez en el lapso de diez años», a lo que Takasugi replicó: «Entonces, ¡me tomaré diez años de permiso!». Se ha rasurado la cabeza, se ha retirado del mundo y dice que tiene intención de ser un ermitaño.

—¿Y no ha sido castigado?

—¿Qué le pueden hacer? ¿Someterlo a arresto domiciliario? ¡Ya se ha condenado él mismo a ello! Le seguirán la corriente hasta que recobre la cordura. El noble Sufu es comprensivo en ese sentido: entiende a Shinsaku. De todos modos, no se exiliará durante diez años. Si dura diez semanas será un milagro. Ya lo conoces, siempre de arriba para abajo, sin moderación alguna.

—No como Shiji-san —dije.

—Inoue —me corrigió—. Comparado con Shinsaku, soy todo un ejemplo de moderación, lo mismo que Itō. Mira lo sensato que estoy siendo ahora. Es obvio que no podemos pelear contra los extranjeros sin ser derrotados, ni Chōshū, ni Satsuma, ni toda la nación entera si estuviéramos unidos, lo cual está muy lejos de suceder. Sencillamente, no estamos preparados, no tenemos ni armas, ni barcos ni hombres entrenados. Así que en lugar de derribar a uno o dos extranjeros con la espada, por más placentero que sea, vamos a aprender sobre ellos y su tecnología.

—¿Para poder derribar a una cantidad mayor?

—¿Sabes una cosa? El comercio tal vez sea mejor que la guerra —dijo Monta—, aunque ofenda a mis antepasados admitiéndolo. A todos nos beneficia tener más dinero. Los comerciantes se enriquecen cada vez más y los *bushi* están cada vez más empobrecidos. Cuando eres pobre, eres débil. Lo mismo sucede con los países. Si tu país es débil, todo el mundo te explota, con el comercio, con los tratados, con todo.

—La familia Shiji debe de estar lamentando haberte perdido —señalé—. ¡Semejante pilar de moderación!

—Mi esposa me hizo el cumplido de llorar copiosamente —replicó Monta—. Pero tienen suerte de librarse de mí. He sido un yerno muy poco satisfactorio, siempre ausente, siempre metiéndome en problemas.

—¿Tienes hijos?

—Hay una hija..., supongo que es mía. Me temo que ha visto muy poco a su padre. —No dije nada, pero Monta debió de notar mi desaprobación, porque continuó—: Es mejor que no tengamos ni vínculos ni obligaciones familiares. Necesitamos ser libres para poder actuar. Las esposas rara vez lo entienden. Pero, ya sabes, las geishas sí..., por eso me gustan tanto. Tengo una amiga en Kyōto, Kimio-san, que me conoce mejor de lo que mi esposa jamás me podrá conocer. —Sacó un espejo de su túnica y me lo mostró—. Este fue un regalo de despedida de ella, para que la recordara. No se aferró a mí ni lloró ni exigió que le jurara amor eterno. Pero cuando use este espejo, pensaré en ella de vez en cuando. Y si todo sale mal y me arrestan y ejecutan como a Shōin, nadie quedará deshonrado.

Nos detuvimos fuera de una modesta casa con el techo de paja. Estaba rodeada de cedros y la montaña se alzaba justo detrás de ella. Un ruiseñor emitió un penetrante trino al acercarnos al porche. A través de la puerta abierta se podía ver una pequeña habitación, no más grande que el tamaño de cuatro esteras juntas. Takasugi Shinsaku estaba sentado al lado de una mesa baja, con una botella de sake y un vaso de diseño occidental al alcance de la mano. Estaba escribiendo con pincel y piedra para tinta. Llevaba ropa oscura como un sacerdote, y su cabeza afeitada le daba un aspecto todavía más alargado a su cabeza, intensificando de algún modo el sorprendente efecto de sus rasgos poco comunes. Pudimos observarlo unos instantes antes de que se percatara de nuestra presencia. Parecía realmente sumido en la melancolía, pero cuando levantó la cabeza al oír nuestras pisadas, una mirada de placer

iluminó por un momento su expresión.

—¡Monta! —exclamó, y luego llamó a su esposa—: *Okusan*, Shiji-san está aquí.

—Ya no soy Shiji. —Monta volvió a explicar cómo había abandonado a su familia adoptiva—. He traído a una vieja amiga de Yuda. ¿Recuerdas a la hija del doctor Itasaki, la sobrina de Shinsai?

—Usted vino a la boda de mi hermana —dije, después de inclinar la cabeza.

—O-Tsuru también está casada ahora —dijo Monta—. Y vive con su esposo, el doctor Makino, en la posada de Shiraishi en Bakan.

—He adoptado el nombre Tōgyō —dijo Takasugi, asintiendo mecánicamente hacia donde me encontraba.

¿Qué significado tenía aquel nombre? ¿Que tenía intenciones de apartarse del mundo? Parecía muy probable, ya que no mostró interés alguno en la información que le ofreció Monta, ni preguntó por Shiraishi ni por los sucesos de Bakan. Pero Tōgyō significa mirar hacia el este. Edo, la sede del poder del *bakufu*, se hallaba en el este. ¿Se refería Takasugi a que estaba esperando que llegara el momento para derrocar al Tokugawa?

—Otros se dirigen hacia el oeste —dije.

—Por cierto —dijo Monta—, he venido para despedirme, me marchó durante un tiempo.

Takasugi lo miró sin convicción.

—¿Así que vas a ir realmente a Inglaterra? ¿También Itō?

—¿Por qué no vienes? —preguntó Monta—. No será igual sin ti.

Takasugi no respondió, pero pareció sumirse una vez más en sus sombríos pensamientos.

Seguíamos fuera, y me preguntaba si nos invitaría a pasar, cuando una mujer de rasgos poco atractivos que rondaba mi edad entró en la habitación con una bandeja.

—Shiji-san, sube, sube —dijo apurada—. Debes perdonar a mi esposo; ha estado mal. —Luego se dirigió a mí—: No nos conocemos. Soy Takasugi Masa, hija de Inoue Heinemon, de Hagi. Por favor, siéntate. He preparado té.

Se las arreglaba para ser extremadamente cortés a la vez que condescendiente, como todas las esposas de los *bushi*. Me recordó a la

cuñada de Monta. Me quité las sandalias y seguí a Monta hacia el interior de la habitación, tras lo cual me senté ligeramente detrás de él y de Takasugi. Monta pidió sake, que Takasugi echó de la botella. Masa me sirvió té de una tetera de esmalte agrietado de Hagi-yaki, decorada con los dibujos de seis poetas sabios.

Hice un comentario acerca de la tetera solo para que viera que conocía quiénes eran los poetas, y me hizo algunas preguntas: dónde vivía, si tenía hijos y si me gustaba el té, pero Takasugi permaneció en silencio, y su densa presencia hacía muy difícil la conversación. Monta siguió haciéndome señas para que intentara hablar con él.

—¡Entonces déjanos tranquilos! —respondí al fin.

Montaapuró el vaso de un trago y se detuvo rápidamente diciendo algo acerca del paisaje, de una catarata que O-Masa-san debía mostrarle, y que O-Tsuru no iría porque estaba cansada y debía descansar antes de regresar caminando a casa, y antes de que nos diéramos cuenta, había sacado a empujones a Masa, dejándome a solas con su esposo.

No dije nada. Había aprendido de los locos que no se les puede obligar a hablar, pero si quieren desahogarse con alguien, lo harán, siempre y cuando se les dé un espacio de silencio antes. Observé sin disimulo a Takasugi, pasando a ser de una simple invitada a médica a domicilio. Era una tarde cálida y sin duda había estado bebiendo mucho, pero no creía que ninguna de las dos circunstancias explicara las manchas rojas sobre sus mejillas ni la respiración agitada. No le tomé el pulso, pero estaba segura de que sus pulsaciones serían irregulares y rápidas. Un médico tiene que usar todos los sentidos para realizar un diagnóstico, y mi sentido del olfato era particularmente agudo. Takasugi no olía a hombre sano. Además de la depresión, sospeché que tenía alguna otra dolencia. Ojalá no fuera sífilis, pero tal vez fuera *kekaku*, la lenta y siempre fatal destrucción de los pulmones.

El rui señor volvió a trinar. Había tanto silencio que podíamos oír el viento soplando entre los cedros y la catarata lejana.

—Yo ya estuve en el extranjero —dijo Takasugi repentinamente.

—¿En serio?

—Fui a Shanghái. El año pasado. No tienes ni idea de lo terrible que es todo allí. Ya ni siquiera parece China. ¿Has oído hablar de las colonias? Los ingleses transformaron a la India en una colonia, y ahora quieren hacer lo

mismo en todo el mundo. Shanghái ha quedado bajo concesión inglesa. Eso significa que los extranjeros se comportan como si fuera su propio país. Son ellos los dueños, y los chinos, sus esclavos. Cuando uno recuerda lo grande y poderoso que ha sido el Reino del Medio durante tantos siglos y lo ve ahora sojuzgado y humillado por un puñado de hombres occidentales, resulta increíble. ¿Qué esperanza tiene nuestro país si terminamos en una guerra? Esto es lo que ocupa mi mente día y noche, el motivo por el cual no puedo ni comer ni dormir. Seguimos ciegamente en el mismo camino de siempre. El *bakufu* no sabe qué hacer. No puede expulsar a los extranjeros porque no cuenta con el mismo nivel de armas ni de hombres entrenados, pero si no los rechaza, se enfrenta a una guerra civil. —Me echó un vistazo, como si se sorprendiera de estar hablando de estas cosas conmigo—. *Jōi*, pensar en que podemos expulsar a los extranjeros es una locura. Eso aprendí en Shanghái. Es un sueño inalcanzable. Pero cualquiera que lo diga abiertamente corre el riesgo de ser asesinado por los *shishi*, porque han abrazado la causa del *jōi*. Los entiendo. Algunas veces la locura es irresistible. La locura te exonera de la necesidad de ser prudente, te da permiso para matar por una causa. Jamás subestimes el poder de los locos.

Sonrió amargamente, se sirvió otro vaso y bebió lentamente.

—Estudio la medicina y la curación de enfermedades —dije, con la voz firme y decidida—. Sé cómo ayudar a aquellos que han perdido la razón.

—¡Espero que Monta no te haya traído aquí para que me cures! —replicó.

Sonreí sin ofrecer una respuesta y esperé en silencio.

—Viniste a la casa de Yoshida-*sensei* —dijo de pronto—. El día que Towa-san estaba allí.

—Así es.

—Lo vi en la prisión de Edo, ¿sabes? Lo visité con frecuencia. Le llevaba libros y comida, y le leía. Pero no pude estar con él al final. Mi padre me ordenó regresar a Hagi y no pude desobedecerle. Por eso estoy aquí. No puedo vivir en casa de mi padre. Mi padre... es muy conservador. Es muy amigo de hombres a los que desprecio: Nagai, Mukunashi, Tsuboi. Soy su único hijo. Mi familia siempre ha soñado grandes destinos para mí, pero para seguir mis propios principios debo ir en contra de los suyos. Está confundido y decepcionado conmigo.

De nuevo permanecí en silencio.

—Yo tuve los huesos de Yoshida entre las manos —dijo Takasugi—. Cuando lo volvimos a enterrar. Aquella mente sublime, aquel noble corazón, todo reducido a cenizas blanquecinas. Pienso en él todo el tiempo, repaso una y otra vez sus escritos, preguntándome qué consejo me daría en este momento si siguiera vivo... Pero eso es lo que hace el *bakufu*. Mata a aquellos que están intentando salvar el país. Dice que cambiará, que reformará, pero no hay remedio para la gangrena. Tú debes de saberlo mejor que nadie: el único remedio es la amputación, separar la parte infectada.

—Me gusta la cirugía —dije—. Me gusta cortar.

—Se necesita una mano firme. Extiende tu mano.

Extendí mi mano derecha sobre la mesa y Takasugi hizo lo mismo. Al cabo de unos instantes, comenzó a temblar. Me sentí orgullosa de que la mía permaneciera inmóvil.

Retiró la mano, quejándose con repugnancia.

—Siempre fui débil, incluso de niño. Casi me mata la viruela, jamás alcancé mi máxima estatura. Y ahora mírame. No puedes imaginar las horas que he pasado en el *dōjo* intentando robustecerme, pero en este momento apenas puedo levantar una espada. No sirvo para nada.

—Es el sake —dije—. No debería beber; debería caminar hasta la cima de la montaña todos los días, ida y vuelta.

—¿Es lo que me aconsejas como remedio? Es inútil. Si el dominio quiere que ayude a derrocar el *bakufu*, volveré. Pero no antes.

Un ataque de tos lo sacudió en ese momento, y apuró el vaso.

—Por eso necesito beber —dijo cuando pudo volver a hablar—. Desde que regresé de Shanghái, enfermo a menudo. —Se frotó los ojos y sacó una pequeña caja lacada *inrō* de su faja. El cierre era un zorro hábilmente tallado, con la cabeza sobre las patas y la cola peluda enroscada alrededor de su cuerpo. Extrajo un rollo de papel y sacudió un poco de polvo dentro de un cuenco, mezclándolo con el té que quedaba dentro de la tetera.

—¿Qué remedio toma?

—Algo que mi esposa compra en la farmacia del pueblo, un remedio que llaman universal.

—Venga a Shimonoseki y yo le prepararé uno mejor, uno que funciona.

Me miró y se rio.

—¿Y tú qué haces en Shimonoseki? ¿Sabes que la guerra estallará allí? El *shōgun* tendrá que fijar una fecha para expulsar a los extranjeros, aunque sabe que es imposible, y nuestros mal pertrechados soldados tendrán que obedecer de alguna forma, aunque sabemos que es imposible. Creen que prevalecerá el espíritu de los samuráis, como pensaban los chinos de la virtud. Pero nada prevalece sobre el cañón. Te enseñaré algo que compré en Shanghái.

Se puso de pie, tambaleándose un poco, y salió de la habitación. Cuando regresó, llevaba un objeto pesado envuelto en un *furoshiki* de seda color malva con el emblema de Chōshū en color blanco. Lo colocó sobre la mesa y le quitó el envoltorio. Era un revólver, una pistola con tambor giratorio, la primera que veía en mi vida.

—Es una Smith and Wesson, modelo militar, número 2 —dijo Takasugi—. Uno de los revólveres americanos más famosos. Compré un par. Son caros. Pero esto es lo que necesitamos, revólveres, rifles, cañones, barcos de guerra.

Me enseñó las balas y cómo se deslizaban dentro del tambor giratorio. Sentí su peso en la mano e intenté imaginar el impacto que tendrían sobre la carne humana. ¿Qué distancia recorrerían dentro del cuerpo? ¿Las detendría el hueso? ¿Cuánto se astillaría el hueso?

—Ese es el motivo por el cual hemos ido a Bakan —dije—. Para cuidar a los heridos. Mi esposo y yo necesitamos saber más sobre las heridas de guerra. El noble Sufu quería que mi esposo se entrenara con los militares.

—¿Así que es un hombre de Sufu? Pues también yo lo soy, supongo. Pero si hay alguien que debería beber menos, ese es Sufu. En Edo estaba tan borracho que se enzarzó en una pelea con el *daimyō* de Tosa. Solo logré rescatarlo manifestando que Chōshū castiga a los suyos a su manera. Al final, su caballo salió disparado con él encima.

Recordé mi propia boda y no pude evitar sonreír, aunque no quería ser irrespetuosa con el mentor de mi esposo, que además siempre había defendido y protegido al mismo Takasugi. Aparté la mirada hacia el jardín y vi que Monta y O-Masa habían regresado y estaban fuera escuchando. Monta atrajo mi atención e hizo una mueca entre satisfecha y socarrona. Pero creí advertir un destello de celos en el rostro de O-Masa, y cuando nos invitó a quedarnos a comer con ellos, lo hizo con un tono de frialdad. Me sentí reticente a aceptar la invitación. Afortunadamente, Monta había planeado caminar hasta Sasanami antes del anochecer en el primer tramo de su viaje de regreso a Yokohama, y

de allí a Inglaterra vía Hong Kong. Declinó la invitación de parte de ambos. Le di a O-Masa los nombres de los ungüentos que podía emplear para masajear las sienes de su esposo y sugerí laxantes, ejercicio y baños calientes de pie, pero sospechaba que no seguiría mis consejos.

Monta y Takasugi se abrazaron emocionados como hermanos, con lágrimas en los ojos.

—No te olvides de probar el whisky —dijo Takasugi—. Pero te advierto que es mucho más fuerte que el sake.

—No dudaré en probar el whisky y las mujeres. ¡Puedo tolerar el alcohol un poco mejor que tú! Y te traeré un par de barcos de guerra.

—Saluda de mi parte a Shiraishi-san —me dijo Takasugi.

—Lo haré. Venga a vernos a Shimonoseki.

—Tal vez pronto —replicó.

—¿Ves? —dijo Monta, encantado, mientras descendíamos la colina—. ¡Sabía que le harías bien!

—La enfermedad sigue su curso —dije—. Está saliendo de la fase melancólica y entrando en la maníaca. —Había advertido el mismo patrón de conducta en Eikaku—. Lo único que hice fue escucharle..., pero algunas veces es útil, si se sabe hacer.

Nos despedimos en la esquina de la calle de los Kuriya.

—Te escribiré desde Inglaterra —prometió Monta.

—Cuídate —repliqué.

UN NACIMIENTO

CUANDO regresé a casa de los Kuriya, Mitsue se estaba quejando de dolor, aunque no creía que el parto fuera inminente. Tenía más experiencia que yo. Había tenido dos hijos sanos, mientras que yo solo había asistido a mi padre en los partos. Él conocía algo de la escuela Kagawa de obstetricia y usaba correas y fórceps para partos difíciles o para sacar un feto muerto, aunque, en realidad, no le gustaba ninguna de las dos técnicas, ya que a menudo eran más las vidas que truncaban que las que salvaban. Makino y yo habíamos estudiado los métodos Kagawa, pero mi esposo no atendía muchos partos. En aquellos días era más frecuente que el parto fuera supervisado por una partera, que se valía de una combinación de sentido común, conocimiento práctico y superstición para disipar los temores de la madre.

En algunas zonas del campo, a las mujeres embarazadas se les daba caballitos de mar disecados y alguna medicina para acelerar el proceso, en pequeñas cantidades, dentro de conchas de cauri. Se escribían hechizos, encantamientos y caracteres del santuario de Ise, por ejemplo, sobre un papel que luego se trituraba y se le daba a la madre para que lo ingiriera. Pero Mitsue era hija de médico y realmente no creía en tales cosas.

Extendí las sábanas en la habitación que preparamos al fondo de la casa, ayudé a Mitsue a quitarse la ropa, dejándole el kimono interior suelto sobre los hombros, e hice que se acostara. Puse la mano sobre su vientre, palpándolo suavemente para sentir el contorno del bebé. Suspiré aliviada al advertir que estaba bien colocado, y se movió inquieto bajo mis dedos, dando señales de su vitalidad. Justo cuando se lo dije a Mitsue, lanzó un grito ahogado, y sentí la primera contracción verdadera. Toda la zona del abdomen se endureció con el paso de la ola.

—Ya empieza —jadeó Mitsue.

Envié a su marido a buscar a la comadrona. Cuando regresé a la habitación, Mitsue se había incorporado y estaba recostada contra la tabla de parto de madera. Había traído un montón de trapos y de ropa vieja que coloqué debajo de ella.

—No me he lavado el cabello —se quejó Mitsue—. No creía que el bebé fuera a llegar hoy. Lo tenía todo planeado. Me iba a lavar el pelo por la mañana y secármelo al sol.

—No te preocupes —dije. Sabía que las mujeres que están a punto de dar a luz suelen preocuparse por trivialidades como la limpieza, el trabajo doméstico y el aseo personal.

Mitsue volvió a jadear.

—Me he mojado —dijo de repente.

Había roto la bolsa. Llamé a las criadas para que trajeran agua caliente y limpiaran y secaran a mi hermana.

La comadrona apareció. Había ayudado a dar a luz a los dos niños y conocía bien a Mitsue. Palpó el abdomen con suavidad, como yo.

—Esta vez será más fácil —afirmó—. El bebé es más pequeño y está bien colocado.

De hecho, apenas había oscurecido cuando el bebé apareció a toda prisa.

—Ah, qué pena —masculló la anciana, cogiéndolo en sus manos.

—¿Qué pasa? ¿Qué sucede? —gritó Mitsue.

Agarré a la criatura escurridiza que me tendía la comadrona. Tenía el cordón enroscado alrededor del cuello y estaba de color azul. Clavé los dedos entre el cordón y el cuerpo intentando aflojarlo. Apenas se desenrolló un poco, apoyé la boca sobre su carita sangrienta y soplé suavemente dentro de la nariz, apretándola al mismo tiempo sobre el pecho. Abrió la boca, aspiró una bocanada asombrada y comenzó a llorar.

No di a luz a la criatura que sería mi hija, pero le di la vida y la amé a partir de ese momento.

—Es mujer —dijo la comadrona a Mitsue—. ¿La conservamos o la devolvemos?

—Por supuesto que la conservamos —dije bruscamente, mientras comenzaba a lavar su cuerpo, quitándole la sangre y los fluidos del parto.

—Sí, la conservamos —repitió Mitsue, con la voz débil pero firme.

Envolví al bebé y lo sostuve mientras mi hermana expulsaba la placenta, y luego se lo entregué. Había dejado de llorar, y cuando Mitsue le ofreció el pecho, tomó un pezón y comenzó a succionar. Era pequeña, pero fuerte.

La comadrona y yo bañamos a Mitsue; sangraba un poco, pero la velocidad del parto había evitado que sufriera. Su hija no la había desgarrado, al contrario que el robusto hijo que había tenido la última vez.

La comadrona se llevó la placenta para asegurarse de que quedara bien enterrada, y Mitsue y yo nos quedamos a solas con la pequeña. La habitación estaba impregnada de la atmósfera especial de un parto, cuando la mujer se encuentra tan cerca de la posibilidad de morir. El tiempo parece detenerse por un instante ante el asombro de que se ha logrado esquivar la muerte y se ha traído una nueva vida al mundo.

—¿Qué sucedía con la niña para que la comadrona dijera: «¡Qué pena!»? —susurró Mitsue.

—Tenía el cordón enroscado alrededor del cuello —dije—. Estaba asfixiándose.

—Tsu-chan, si no hubieras estado aquí, la *obaasan* la hubiera dejado morir. —Mitsue estaba estremecida por las emociones del parto, y sus ojos se llenaron de lágrimas—. La has salvado. Siempre será un poco tuya. Será nuestra hijita y siempre hará que me acuerde de ti. Ahora ya no estaré tan sola.

—*Neechan*, creía que eras feliz aquí.

—¡Te echo tanto de menos a ti y a nuestros padres! Sé que no debería decirlo. Soy muy afortunada de tener un esposo y una familia, pero echo de menos nuestro hogar.

* * *

La hija de Mitsue nació al comienzo del cuarto mes. Después de siete días, hubo una pequeña celebración en la casa, y se le dio el nombre de Michi. Había planeado quedarme los treinta y tres días después del parto y acompañar a la familia al santuario local para presentar a la criatura al *kami*, pero los acontecimientos en el dominio me obligaron a regresar a toda prisa a Shimonoseki. Tal como había predicho Takasugi, el *shōgun* había sido presionado para anunciar una fecha para expulsar a todos los extranjeros de

Japón, y Chōshū estaba decidido a llevar a cabo la orden, dado que era la voluntad del mismísimo emperador. Mil hombres acudieron a toda prisa a Shimonoseki, y el gobierno de Chōshū se trasladó de Hagi a Yamaguchi, menos vulnerable a un ataque. Los señores del dominio, Takachika y Sadahiro, regresaron.

Por fin parecía que realmente iba a desencadenarse la guerra contra los extranjeros. No quería perdérmela. Quería estar junto a mi esposo en el centro del escenario.

El dominio estaba conmocionado, y los rumores se sucedían uno tras otro. Muchos huyeron de Hagi y los caminos estaban abarrotados de gente. Pero las esposas de los *bushi* que habían permanecido en Hagi salieron de detrás de las altas murallas y las ventanas con celosías de las residencias de sus esposos y se sumaron a los pobladores para construir defensas sobre el Kikugahama. Todo el mundo entonaba una canción popular llamada *Otokonara*:

Si fuera un hombre,
tomaría una lanza
y marcharía a Shimonoseki.

Me sentía como si, por regresar a Bakan, yo misma estuviera actuando con valentía.

Dormí una noche en casa de mis padres. Mi madre ya había regresado de su peregrinaje y estaba encantada y aliviada de saber del nacimiento de su nieta. Le hablé a mi padre sobre el cordón. No le dio mucha importancia, pero murmuró:

—Hiciste bien, Tsu-chan.

No querían que regresara a Shimonoseki, pero yo estaba decidida a hacerlo, y me marché muy temprano a la mañana siguiente.

Una vez en el camino, fuera ya de Yamaguchi, todo el mundo circulaba en sentido contrario al que yo llevaba. Una riada de personas salía de la ciudad portuaria con sus hijos, animales, pájaros y otras pertenencias empaquetadas en carretillas o cestos. Al parecer, todos habían decidido que si el gobierno se

trasladaba a Yamaguchi, ellos también estarían a salvo allí.

Al acercarme al puerto, advertí que no todo el mundo había huido. Algunos habían decidido quedarse y observar la guerra como si fuera un *misemono* o un espectáculo de fuegos artificiales. Acampaban en las colinas de los alrededores, fuera del alcance de las balas, y observaban los barcos extranjeros que navegaban por el estrecho, ajenos a lo que estaba sucediendo, mientras les gritaban amenazas y advertencias que, por supuesto, no podían oír, y de todas formas no hubieran entendido.

La carretera principal bordeaba la costa y pasaba al lado de la batería de cañones de Maeda y Dannoura —controlada por soldados enfundados en unos extraños y variopintos uniformes— y al lado de Amidadera y del santuario de Kameyama. Al otro lado del mar interior, se alzaban las montañas de Kyūshū, de color púrpura en la languidez vespertina. A mi derecha, en una ubicación con buenas vistas a la bahía y al estrecho, estaba el templo Kōmyōji. Por lo general, era un lugar apacible, frecuentado solo por monjes y gatos que sesteaban sobre los porches o jugaban con las hojas del ginkgo. Pero esa tarde oí voces exaltadas y unas fuertes carcajadas. Un grupo de más de treinta hombres estaba acampado en el terreno del templo. Parecían verdaderos rufianes, y mi primera impresión fue que eran bandidos aprovechándose de la interrupción de las costumbres habituales para trasladarse a la ciudad. La mayoría llevaba el cabello largo, sujeto en una cola de caballo, con las frentes sin afeitar. Muchos tenían cintas para el pelo de tela roja o blanca, algunos con la divisa de Chōshū, otros con diversos caracteres que decían «lealtad» o «coraje». Todos llevaban dos espadas.

Hubiera pasado a toda prisa, pero, para mi sorpresa, oí la voz de mi esposo. Me detuve y vi a Makino bajando las escaleras viniendo hacia mí.

—¡Has vuelto sana y salva! —Agarró mis cestas—. Debes de estar cansada.

—¿Qué haces aquí? —pregunté.

—Intento encontrar a alguien con quien tratar el tema de los heridos. Necesitamos instalar un hospital temporal en algún lugar, y pensé que el Kōmyōji nos podría servir. Pero Genzui está aquí con sus hombres. Están esperando para ver qué sucede cuando atacemos a los extranjeros. Ven a saludarlo.

Kusaka Genzui, con su largo cabello sujeto hacia atrás con una cinta

blanca, estaba de pie frente al muro externo del templo, mirando detenidamente a través de un telescopio en dirección a Dannoura, la parte más angosta del estrecho. Al acercarnos, lo empujó hacia abajo y se lo ofreció a Makino.

—Echa una mirada. Es la bandera americana, ¿no es cierto? —Señaló un barco de vela que navegaba velozmente a través del estrecho, arrastrado por la marea de la tarde y el viento del oeste, en cuya popa ondeaba una bandera con franjas y estrellas.

—Sí, es americana —asintió Makino; luego dijo—: Mi esposa está aquí. Acaba de llegar de Hagi. ¿Qué novedades traes de tu hermana?

—Ha tenido una hija.

Genzui me sonrió y asintió.

—¿Has visto a mi esposa?

—No, quise hacerlo, pero...

—Por favor, ve la próxima vez que estés en Hagi. Pregunta por ti a menudo.

No quise mencionar mi encuentro con Shiji —ahora Inoue— Monta. Me pregunté dónde estarían él e Itō, si ya se habrían embarcado en una nave como esa y si Genzui sabía que se iban a escondidas a Inglaterra. Dirigí los ojos hacia el oeste, donde los últimos rayos del día brillaban aún con luz trémula, reflejando el amarillo resplandor sobre las grises nubes.

—He visto a Takasugi-san.

Genzui se mostró inmediatamente interesado.

—¿Qué está haciendo? —reclamó enérgicamente—. ¿Por qué no está aquí?

De nuevo no supe qué decir. Se me ocurrió que incluso era mejor guardar silencio con respecto a la enfermedad de Takasugi.

—¿Participarás en la batalla? —le pregunté a Genzui.

No respondió directamente.

—Debes de tener sed. ¿Deseas algo de beber? —preguntó. Y recordé de pronto que en el fondo seguía siendo el educado hijo de un médico.

Comencé a protestar diciendo que no quería nada, pero nos condujo a Makino y a mí a la entrada del templo y nos invitó a pasar a un vestíbulo con el suelo de madera.

—Sentaos —dijo Genzui.

Había algunos almohadones esparcidos alrededor de un brasero que ardía echando humo. Aunque era casi el quinto mes, hacía frío dentro del vestíbulo y me alegré de sentarme cerca del fuego. Genzui lanzó un grito hacia las sombras de la parte posterior, y apareció una muchacha. No me sorprendió verla. Allí donde hubiera un *shishi*, habría muchachas, geishas o camareras de las posadas que había en el camino, que se enamoraban de estos jóvenes, les ofrecían comida y alojamiento gratis, les advertían de los peligros, buscaban escondites para ellos, lavaban y zurcían sus vestimentas y compartían sus camas con ellos. A menudo terminaban casándose. Como había señalado Monta, estas muchachas comprendían mejor a sus amantes que cualquier esposa *bushi*.

La muchacha sacudió la cabeza afirmativamente cuando Genzui le pidió té y sake, y reapareció unos instantes después con las bebidas y los cuencos sobre una bandeja.

—¿No hay nada de comer? —preguntó Genzui—. Ve al puesto callejero y trae un poco de soba y de sushi. Dile que le pagaré mañana. —Sonrió a Makino y continuó—: Después de todo, somos samuráis virtuosos, al servicio del dominio. —Después de servir las bebidas, continuó hablando—: Para responder a tu pregunta, por supuesto que debería estar combatiendo, y en la vanguardia. Es lo que deseamos todos: Yoshida Toshimaro, Yamagata Kyōsuke, los hermanos Irie. Pero nos han prohibido participar. Mōri Noto será el comandante y no quiere entre sus tropas a nadie que no pertenezca al rango *shi*. Cree que sublevaremos a los samuráis y que socavaremos su autoridad. Así que hemos sido enviados aquí para «estar pendientes»..., que no está claro qué significa.

—Sentaos y disfrutad del espectáculo —dijo Makino con ironía.

—¡Ja! Se arrepentirán de no escuchar nuestros consejos y de rechazar nuestra ayuda cuando los hayan destrozado. Aunque usen cañones, no tienen ni idea de cómo combatir a los occidentales. Ya lo decía Yoshida-*sensei* hace años: tendríamos que haber puesto a punto a todo el ejército, habernos desecho de todos esos viejos *bushi* con sus ideas trasnochadas y haberlo reformado adaptándolo al criterio de los occidentales. Como no lo hemos hecho, seremos derrotados.

Genzui tenía un aspecto sombrío y sorprendente eufórico ante semejante

perspectiva. El rostro de Makino estaba más serio.

—¿Y nosotros? ¿Cuál es nuestro puesto? —pregunté—. ¿Se ha dispuesto algo?

—¿Para los heridos? —preguntó Makino—. Ese es el problema. Sugerir que habrá heridos suena desleal y derrotista. Nadie ha previsto nada. Los ejércitos occidentales tienen lo que llaman hospitales de campaña instalados detrás del frente de batalla. He leído sobre ellos. Están equipados con instrumentos quirúrgicos, vendas, camas, camillas y todo lo demás. Necesitan una fuente de agua limpia, hogueras y lámparas para seguir trabajando durante la noche.

Genzui guardó silencio.

—Si puedes salvar a los heridos, podrás volver a llevarlos al campo de batalla —dijo Makino, exasperado.

—Los soldados necesitan prepararse para morir —afirmó Genzui con voz pausada. Su rostro reflejaba los sentimientos contradictorios que se debatían en su interior. Era hijo de médico: su padre y su hermano mayor habían dedicado su vida a estudiar la enfermedad y a encontrar remedios, pero él, en cambio, estaba imbuido del espíritu de la clase samurái, que despreciaba la cobardía e intentaba erradicar cualquier instinto inconfesable de supervivencia.

—Pero muchos de ellos podrían salvarse —insistió Makino—. Quiero que me proporcionen un sitio para ellos: aquí en Amidadera o en Gokurakuji.

—En cualquiera de los dos estarían mejor que aquí; están más cerca de los emplazamientos de armas.

—En Gokurakuji podrían ir directamente al paraíso —dije, provocándoles una carcajada a ambos.

—Pero esperamos conservar la mayor cantidad posible en este mundo —dijo Makino.

—Veré lo que puedo hacer —prometió Genzui.

Mientras hablábamos, otros *shishi* entraron en la estancia y se sentaron a nuestro alrededor. Parecían inquietos y frustrados. Querían participar en el combate, querían atacar a los extranjeros, pero sabían que Chōshū se enfrentaba a una derrota segura. Todo el mundo estaba de acuerdo con que un ataque rompería la parálisis que atenazaba a todo el país, pero nadie sabía qué pasaría después. Dentro del oscuro vestíbulo del templo, las opiniones iban y

venían: los militares necesitaban una reforma, se debía permitir unidades con personas de diferentes rangos, los campesinos y los granjeros tenían que ser armados. Conocía a algunos de los más vehementes, como Yamagata o los dos hermanos Irie; pero me inquietó el aura de muerte que palpitaba alrededor de muchos de ellos. Por momentos pensé que veía todo el vestíbulo bañado en sangre. La muchacha regresó con cuencos de comida, pero estaba demasiado cansada para comer. No quería quedarme con aquellos jóvenes cuyas vidas acabarían en tan poco tiempo.

Makino se percató de mi estado de ánimo.

—Mi esposa ha estado todo el día de viaje; deberíamos regresar a casa —dijo.

—Me pondré en contacto contigo a través de Shiraishi —dijo Genzui mientras nos marchábamos.

LA GUERRA

ALREDEDOR de la época del solsticio de verano, mi esposo y yo descubrimos el efecto de las balas de cañón y de los explosivos en el cuerpo humano. A pesar de todo lo que nos habíamos preparado, nos pilló completamente desprevenidos y vimos cosas a las que no éramos capaces de ponerles nombre.

Nos habíamos trasladado a Gokurakuji. Los sacerdotes pusieron a nuestra disposición un pasillo en uno de los laterales del templo y allí intentamos preparar un lugar para tratar a los heridos. Con la ayuda de Shiraishi, transportamos vendas, bálsamos, escalpelos y agua para cirugías, baldes y otros recipientes, leña y cualquier otra cosa que pensamos que nos podía hacer falta.

Era casi el sexto mes y hacía mucho calor. Oímos el estruendo de las armas de fuego por la mañana.

—¡Ha comenzado! —dijo Makino, y corrimos al exterior para mirar más abajo, hacia el estrecho.

Como parte de la estrategia del dominio de fortalecer sus defensas, Chōshū había adquirido recientemente tres naves de guerra occidentales, y dos de ellas, que enarbolaban la nueva bandera japonesa que llevaba un sol rojo brillante y los estandartes de Chōshū, abrieron fuego sobre un vapor mercante americano, de nombre *Pembroke*, según supe más tarde. Se hallaba anclado a cierta distancia de la costa, en el estrecho, preparado para zarpar en dirección a Nagasaki y luego a Shanghái. Un disparo hizo impacto en la popa, sacudiéndolo violentamente; el siguiente destruyó las jarcias y arrancó uno de los mástiles. Se podía ver con total claridad la reacción súbita, casi cómica, de los hombres que estaban a bordo al darse cuenta de que estaban siendo

atacados. Gritos burlones de *sonnō jōi* resonaron en los barcos de Chōshū, mientras los americanos corrían de un lado a otro como tijeretas asustadas, sacudiendo las manos y lanzando órdenes.

La batería de Kameyama también abrió fuego. Las primeras explosiones no alcanzaron el buque, y solo levantaron altas columnas de agua en el aire. El *Pembroke* consiguió encender sus motores y situarse fuera del alcance de los disparos huyendo hacia el estrecho de Bungo. Se oyeron vítores desde la guarnición. Los hombres saltaban y sacudían las manos con excitación. El aire estaba impregnado del olor acre del humo.

—Ahora sí que hemos empezado algo —dijo Makino. Era un momento sombrío, pero no pude dejar de sentir el orgullo y la excitación de los soldados. Nuestro dominio, Chōshū, había obedecido las órdenes del emperador. Éramos los únicos que cumplíamos sus deseos. Estábamos en la primera línea de la guerra contra los extranjeros.

Siguieron otros dos ataques. No sabíamos que pertenecían a diferentes nacionalidades, para nosotros eran todos extranjeros. De hecho, uno era un barco francés; el otro era holandés. Como el *Pembroke*, huyeron lo más rápido posible bajo la descarga de cañones de Chōshū. Desgraciadamente, Chōshū consiguió ofender a tres de las naciones más poderosas del mundo, y la cuarta, Inglaterra, aunque no directamente involucrada, se aliaría con ellas para castigarnos.

Pero en ese momento nadie pensó en el futuro. Todo el mundo estaba demasiado ocupado celebrando la victoria. Kusaka Genzui marchó a Kyōto para informar de la victoria y animar a otros dominios a unirse a nosotros.

Makino estaba tan escéptico como siempre.

—Ha sido demasiado fácil —dijo—. Tarde o temprano habrá represalias.

—Estás decepcionado porque no te ha tocado ningún caso interesante —repliqué. Había supuesto que para ese momento estaría muy ocupada trabajando, pero aún no habían llegado víctimas. El sacerdote del templo hizo una consulta a Makino por una irritación en los ojos y yo traté a algunos niños del lugar por diferentes enfermedades de la piel y hablé con la esposa del sacerdote sobre sus dolencias y los amuletos y oraciones en los que confiaba para curarse. Abrimos un forúnculo con una lanceta, sacamos un par de dientes. Eikaku, que pasaba por una de sus simpáticas etapas maníacas, pasó a visitarme, interesado en ver por sí mismo los horrores provocados por las

nuevas armas de guerra. Como muchos locos, las crisis reales parecían tranquilizarlo, como si el mundo exterior finalmente coincidiera con la agitación interior. Los días pasaron lentamente. La ciudad estaba tranquila. Muchas personas habían huido. El tiempo era bueno y caluroso; el mar estaba en calma. Hasta la famosa marea del estrecho se había aquietado.

Tras la huida del barco holandés, salvo algunas escasas embarcaciones locales valerosas y los tres buques de guerra de Chōshū, el *Kigai-maru*, el *Kōsei-maru* y el *Kōshin-maru*, que siguieron patrullando la costa, ningún barco volvió a pasar por el estrecho hasta el primer día del sexto mes. Entonces, muy temprano, apareció un buque americano enorme y veloz. Había estado oculto durante la noche detrás de Hiroshima, tras navegar dos días antes desde Yokohama.

Oímos la señal de alarma y fuimos corriendo al exterior a mirar. El barco tenía un aire decidido que me alarmó. Llevaba demasiadas armas y se dirigía directamente hacia los tres buques de guerra de Chōshū. La batería de Kameyama abrió fuego, pero la nave de guerra se había acercado tanto a la costa que los proyectiles le pasaron por encima y aterrizaron en el mar. Luego respondió. No tenía ningún problema ni con la precisión ni con el alcance: en unos instantes destruyó la batería de Kameyama. El barco americano volvió su atención entonces a las naves de Chōshū, que se habían puesto en marcha y se preparaban para atacar. Lograron disparar sus cañones, pero luego las tres recibieron impactos contundentes: dos comenzaron a hundirse casi al instante. Durante un momento pareció que los americanos habían encallado y presentaban un blanco fácil, pero las baterías de la costa habían sido silenciadas, y el barco logró librarse y huir. Siguió disparando hacia las baterías y el pueblo, y su presencia parecía planear sobre el agua como un halcón antes de desaparecer rumbo a Yokohama.

La batalla duró poco más de una hora. Aunque era lo que habíamos estado esperando, la brutalidad del ataque y la contundencia me dejaron momentáneamente pasmada. Los cañones, tan precisos y certeros, me hicieron cambiar mi forma de ver el mundo. Parecía como si hubieran estallado dentro de mi cabeza. Me hubiera gustado que Genzui estuviera allí, y Takasugi, para ver con sus propios ojos lo que significaba la explosión de la fantástica ilusión del *jōi*.

—Debemos ir a la batería —dijo Makino.

Agarré rápidamente algunas cosas —un puñado de vendas, una caja de escalpelos, tijeras, pinzas— y, junto con Eikaku, seguí a mi esposo al lugar donde había estado la batería. Los oídos me zumbaban por las explosiones. *Explosiones...*, creo que ni siquiera conocía la palabra en ese momento. El único otro ruido con el que las podía comparar era el de los fuegos artificiales de los festivales de verano.

El humo y el polvo se hallaban suspendidos en el aire, y los gruesos cañones estaban extrañamente retorcidos, con las bocas apuntando hacia arriba. En cuanto a los soldados que manejaban los cañones, en principio no se veía ni rastro de ellos, y tampoco se oían gritos ni gemidos por parte de los heridos. Luego vi el suelo salpicado de sangre, los fragmentos de hueso y carne que colgaban de los cañones, una mano arrojada contra una valla y parte del cuero cabelludo de alguien con el globo ocular que miraba fijamente desde el polvo.

—¡Vaya! ¡Han estallado en cientos de pedazos! —comentó Eikaku con vivo interés, abriendo los ojos asombrado. Jamás había imaginado, ni en sus pinturas más truculentas, que el cuerpo humano pudiera ser objeto de semejante destrucción y reducido de tal manera a carne y cartílago.

Las restantes baterías en Maeda y Dannoura estaban silenciadas. Los pájaros volvieron a cantar desde las colinas arboladas. A nuestro alrededor se fueron congregando algunas personas: soldados que habían escapado al ataque directo y estaban apenas magullados o heridos por la metralla y algunos habitantes que se habían quedado para contemplar el combate o cuidar de su propiedad. Un oficial tomó el mando inmediatamente y dio órdenes para que se recogieran los trozos de los cadáveres, se limpiaran los cañones, se prepararan y se volvieran a cargar.

Los soldados, con sus variopintos uniformes, algunos de estilo occidental color negro, otros con armaduras anticuadas, obedecieron a su capitán, pero me pareció que estaban tan conmocionados como nosotros. Era su primera experiencia de guerra: la última vez que las fuerzas de Mōri habían combatido había sido hacía doscientos años.

El sacerdote murmuraba una oración a mi lado. Makino se acercó al capitán y explicó el motivo de nuestra presencia.

—¡No tenemos heridos! —replicó furioso aquel hombre—. Estas armas no hieren. ¡Pulverizan!

—¿Cuántos hombres ha perdido?

—Ocho. Mis mejores artilleros. —Se volvió e hizo un gesto cargado de ira hacia el este, por donde el buque norteamericano había desaparecido—. ¡Espero que le hayamos hecho lo mismo al suyo!

El estado de shock en el que se encontraba le hacía exagerar: por supuesto que había algunos heridos, a los que asistimos esa tarde y durante la noche, mientras el cielo se abría encima de nosotros y se desataba una violenta tormenta.

Cuatro días después, la batería de Kameyama volvió a funcionar, pero únicamente para ser destruida ese mismo día por dos buques franceses que la bombardearon junto con las otras hasta silenciarlas, provocando las mismas pérdidas terribles de vidas.

Makino y yo fuimos a Maeda, reunimos los cadáveres y se los entregamos al sacerdote en Gokurakuji para enterrarlos. Los soldados supervivientes estaban completamente desmoralizados, y cuando el enemigo realmente desembarcó, salieron corriendo junto a la mayoría de los habitantes que se habían quedado y maldecían su infortunio, culpando a los extranjeros y a los samuráis a partes iguales.

Solo una pequeña fuerza al mando de Yamagata Kyōsuke logró replegarse con cierta disciplina y opuso resistencia, disparando a los marineros franceses. Sin embargo, no dio resultado.

Los marineros se comportaron casi más como excursionistas que como agresores enemigos. Llegaron en botes de remos, treparon por el dique y saltaron las pequeñas empalizadas. Vieron los seis cañones y se rieron de ellos. Odié la arrogancia que se reflejaba en sus rostros sonrientes bajo aquellos ridículos sombreritos. Sacaron fotografías (otra palabra que yo desconocía en aquella época) y posaron ante la cámara, agitando su bandera y levantando las manos en el aire. Pero, a pesar de su alegre bullicio, fueron, no obstante, implacablemente despiadados. Quemaron armas y municiones guardadas en los fuertes de Maeda y también incendiaron varias casas vecinas. No trataron de hacernos daño, pero nos apartaron a un lado como si fuéramos animales molestos que los estorbábamos mientras cumplían con su deber.

Finalmente, volvieron a subirse a los botes y regresaron a sus barcos, dejando una estela de humo y llamas. Los dos barcos navegaron un par de veces de un lado a otro de la costa, como si estuviesen desafiando a

cualquiera que se atreviera a responder. Pero habían cumplido impecablemente con su deber: no quedaba ningún arma. Chōshū había sido derrotada.

* * *

Makino y yo regresamos al día siguiente a la casa de Shiraishi para discutir con él el próximo paso. Estaba tan abatido como nosotros, con el rostro grisáceo por el cansancio.

Chōshū había perdido tres buques de guerra; la mayoría de las baterías de la costa habían sido destruidas y habían muerto cuarenta hombres. Shiraishi era el responsable de lidiar con toda la logística: organizar los entierros, entregar provisiones a los supervivientes, encontrar barcos que pudieran ser recuperados y mantener en funcionamiento la posada para alojar a los jóvenes iracundos y ansiosos que iban llegando.

Muchos provenían del grupo de Genzui en Kōmyōji. Dado que habían sido excluidos del enfrentamiento, recriminaban su actuación a las fuerzas del dominio. Los oí con irritación creciente mientras repetían lo mismo una y otra vez.

—Tendrían que haber contado con nosotros. Las cosas habrían salido distintas.

—No hubiera cambiado nada. Nos superaban en número y en armas.

—¡Dicen que nuestros cañones apuntaban hacia abajo y que las balas salían rodando!

—¡Qué idiotas!

—Pero ¿viste aquella nave norteamericana? ¡Sabía muy bien lo que hacía!

—¡Creí que la teníamos cuando encalló!

—¡Qué maravilla! ¡Aquel barco! ¡Si tuviéramos uno así!

Makino y yo nos retiramos a nuestros aposentos. Pensé en preparar la cama. Me pregunté si podríamos dormir. Los abatidos *shishi* seguirían bebiendo y discutiendo el resto de la noche.

—¿Qué sucederá ahora? —pregunté.

—Nos hemos granjeado enemigos entre los extranjeros y el *bakufu* —replicó—. Supongo que habrá aún más represalias.

—Pero el *bakufu* dio la orden de expulsar a los extranjeros, siguiendo los deseos del emperador.

—No imaginaban que alguien lo tomaría en serio —dijo Makino—. Cualquier persona racional se daría cuenta de que no podemos derrotar a los extranjeros. Son superiores a nosotros en armas, técnicas de navegación y tecnología.

—¿Así que tenemos que dejar que invadan nuestro país porque somos demasiado débiles para oponernos a ellos? —Los jóvenes que se encontraban en el salón contiguo jamás lo aceptarían. Preferirían luchar hasta morir. Pensé en Nakajima y en Shinsai. Si Nakajima se hubiera comportado racionalmente, seguiría vivo. Y Shinsai no estaría arriesgando su vida en Kyōto. De pronto le eché de menos terriblemente. Si en aquel momento apareciera en la puerta de la posada, me haría la persona más feliz del mundo.

—Tal vez no quieran dominarnos —señaló Makino—. Quizá solo deseen establecer relaciones comerciales y tener derecho de paso para sus naves. Tal vez si nos sentáramos todos a discutir, podríamos llegar a un acuerdo. —Él mismo era tan racional que creía que esas cosas se podían medir como los ingredientes de una receta.

Estaba oscureciendo. El olor a mar que siempre impregnaba Shimonoseki se intensificó a medida que llegaba la noche. Dentro de la hostería empezaron a encender las lámparas, y las criadas corrían de un lado a otro con bandejas de comida y de sake. Oí a los maleteros gritando fuera cuando llegaron con un invitado en un palanquín, y luego oí una voz familiar saludando a Shiraishi. No podía creer lo que estaba oyendo. Corrí a la entrada. Antes de llegar, alguien dijo con claridad:

—¡Es Shinsaku!

Me apretujé contra la pared al tiempo que Takasugi Shinsaku pasaba rápidamente a mi lado y luego le seguí los pasos al salón principal donde se habían congregado los *shishi*. Lanzaron un gran grito de alegría al verlo, y muchos se inclinaron hasta el suelo.

Lo observé con interés. Resultaba difícil de creer que se tratara del mismo hombre que había visto por última vez en la aldea de Matsumoto, abatido por la melancolía. Cuando me fui, me pareció que la enfermedad pasaba a la etapa maníaca. Ahora me daba cuenta de que Takasugi era, en su mente, invencible. Todo su porte había cambiado; incluso parecía más alto y más robusto. Sus

gestos eran seguros y su mirada, firme.

—Me ha enviado el mismísimo señor Mōri Takachika —dijo, dirigiéndose a todos los presentes con una voz clara y enérgica. Hizo una pausa un instante para que se captara el significado de sus palabras y luego sacó el estuche de documentos que llevaba—. Aquí están mis órdenes. Me han encargado la tarea de formar una nueva clase de tropa para el ejército del dominio y defendernos a nosotros mismos y a nuestra patria.

Recorrió el salón con la mirada para saber quiénes eran los presentes. Había varios antiguos estudiantes *sonjuku* como él. Los reconoció con una sonrisa.

—Pondremos en práctica los ideales de nuestro maestro —dijo—. Formaremos una tropa combinada de samuráis y plebeyos. Los hombres serán aceptados según su habilidad, no por su rango. Estaremos armados con rifles occidentales y recibiremos una instrucción occidental.

La noticia fue acogida con clamores entusiastas. Takasugi levantó una mano para acallarlos.

—Vosotros seréis la base del nuevo ejército —afirmó; daba la sensación de que cada hombre creía que le estaba hablando directamente a él—. Con un ejército fuerte tendremos un país fuerte y próspero y luego podremos enfrentarnos a los extranjeros de igual a igual.

Se sentó y tomó el cuenco de sake que le ofrecía Shiraishi. Lo levantó antes de lanzar el grito de *¡Kanpai!*, y apurarlo de un solo trago.

—*¡Kanpai!* —gritaron los demás, buscando desesperadamente llenar sus propios cuencos para beber.

Takasugi los miró y se quedaron suspendidos en esa mirada.

—Hoy hay aquí quince hombres —dijo—. Supongo que todos querréis combatir. —Un bramido de aprobación recorrió el pequeño grupo. Takasugi prosiguió—: Entonces tendremos tres unidades con cinco hombres cada una. Vosotros seréis los primeros Kiheitai y de ahora en adelante estáis bajo mi mando.

El nombre significaba tropa extraña o especial, y desde el principio tuvo un aura de misterio y de seducción.

—Mi hermano y yo nos uniremos a vosotros —dijo Shiraishi, dando un paso hacia delante. Su hermano, Rensaku, estaba justo detrás. Sentí una tremenda inquietud, pues sabía que Rensaku era uno de los que no

sobrevivirían a su paso por el Kiheitai—. Nos encargaremos de las finanzas y de las provisiones.

—De acuerdo..., y delego en ti la responsabilidad de encontrarnos armas.

—Las conseguiremos en Nagasaki —prometió Shiraishi, temblando excitado.

—Shiraishi-san, necesito que me ayudes a limar las asperezas con la rama del dominio —dijo Takasugi. Shimonoseki, a la que el dominio central de Hagi hubiese querido controlar, era de hecho parte de Chōshū, una rama del mismo, que solía estar reñido con Hagi.

—Claro. Y tal vez puedas dar cuenta de mis virtudes en Hagi —dijo Shiraishi. Sus ojos brillaban como si ya tuviera al alcance sus sueños de riqueza y ascenso social.

Takasugi no había dado señales de reconocerme hasta entonces, pero, echando una mirada alrededor del salón, preguntó:

—¿Dónde está la hija del doctor? ¿O-Tsuru-san?

—Aquí estoy —dije, saliendo de entre las sombras.

—Vamos a necesitaros a ti y a tu esposo. ¿Está aquí?

—Iré a buscarlo —dijo Shiraishi, saliendo a toda prisa de la sala.

—Me dijiste que viniera a verte —me dijo Takasugi—. ¡Y aquí estoy!

—Me alegra ver que está recuperado.

En ese momento entró mi marido. Vestía su atuendo de cama y se había puesto la chaqueta encima de la prenda superior de su *yukata*.

—Doctor Makino —dijo Takasugi—, quiero que se una al Kiheitai. Estableceremos hospitales de campaña. Creo que conoce algo acerca de ellos. Usted estará a cargo de todo. Su esposa le ayudará.

No se nos pasó por la cabeza desobedecerlo. Makino se inclinó sin decir palabra, y su rostro normalmente pálido se tiñó ligeramente de un tono rosado a causa del orgullo. Imaginé que los sueños de ascenso también rondaban su mente.

* * *

En el lapso de apenas unos días, el Kiheitai pasó a estar formado por sesenta miembros, demasiados para acomodarse en la posada de Shiraishi.

Takasugi los trasladó al templo Amidadera. A finales del siguiente mes había veinte unidades de cinco hombres. La gente acudió presurosa a unirse a ellos: samuráis de rango inferior, hijos de campesinos, sacerdotes e incluso luchadores de sumo. A medida que los iba conociendo, me fui enterando de que sus motivos eran muy diferentes. Algunos eran fanáticos del emperador, otros esperaban que los nombraran samuráis; algunos buscaban el ascenso o la aventura, mientras que el resto venía tan solo porque les atraía la idea de combatir. Sin duda, nadie estaba descontento con la comida y la pequeña paga proporcionada por el dominio, que complementaban comerciantes como Shiraishi. Se beneficiaban de la estricta educación y disciplina que Takasugi y los otros comandantes impusieron al Kiheitai, y a lo largo de los siguientes meses varias tropas similares, conocidas genéricamente como *shotai*, surgieron en el dominio como setas. No todo el mundo estaba contento con ellos o con su aparición, pero parecía imposible detener su expansión.

Chōshū había sufrido una derrota humillante y tenía por delante aún peores derrotas y sacrificios más dolorosos, pero el Kiheitai tenía el ingrediente secreto que salvaría al dominio de ser destruido.

LA SEPARACIÓN

A comienzos del séptimo mes, buques de guerra ingleses atacaron la ciudadela de Satsuma en Kagoshima como venganza por el incidente de Namamugi del año anterior, en el que un inglés había sido asesinado por los criados de Shimazu Hisamitsu. La población quedó casi completamente destruida y muchos murieron, pero Satsuma se defendió y obligó a los ingleses a retirarse. Nos enteramos de la noticia por algunos comerciantes que hacían negocios con Shiraishi, y los hombres de Chōshū que pasaban por la posada hablaban ampliamente sobre el asunto, con una mezcla de envidia, placer y admiración oculta. Ambas partes —Satsuma e Inglaterra a la vez— eran consideradas enemigas de Chōshū. La idea de que los dos grandes dominios del suroeste pudiesen establecer una alianza algún día solo se le podía ocurrir en esa época al astuto Shiraishi, pero a nadie más.

El otro tema recurrente era la situación en Kyōto. El miembro del consejo que representaba a Chōshū en la capital, Masuda Danjō, había elevado una petición al emperador para conducir las fuerzas militares del país contra los extranjeros, y cientos de *shishi* y *rōnin* en Kyōto, partidarios de la restauración imperial, habían desencadenado una nueva oleada de violencia para persuadir a la corte de cambiar su postura.

Todo el mundo quería ir a Kyōto. No sabía qué harían allí o contra quién pelearían, pero parecía clave estar allí. Era como una leyenda antigua: el emperador conduciendo a sus fieles súbditos a combatir contra los odiosos invasores. Me lo imaginé como un cuadro: los caballos, los estandartes, los guerreros con sus armaduras. Pero luego recordé los cañones que habían bombardeado Shimonoseki. Ser hijo de los cielos no impediría que el emperador volara en mil pedazos por la metralla como el último de los

soldados. Pero no lo expresé en voz alta, porque había muchos que creían que el emperador tenía protección divina y decir algo en contra era casi una traición.

Makino asumió su nuevo cargo con entusiasmo y se metió de lleno en el trabajo, pero me percaté de que, desde el bombardeo de las baterías de Maeda y Kameyama, estaba más agresivo e irritable conmigo. Siempre había respetado mi opinión a la hora de hacer diagnósticos, tratamientos y confeccionar remedios, pero de pronto empezó a cuestionar mis dictámenes, a encontrar errores en mis métodos de trabajo y, especialmente, a desautorizarme delante de otros. No era tan diferente del trato que recibía la mayoría de las esposas por parte de sus esposos en público, pero yo no estaba acostumbrada a la crítica y me dolió profundamente.

La noche antes de que estuviera previsto que nos trasladáramos al Amidadera para unirnos al Kiheitai, lo encontré más irascible que nunca, malhumorado y sarcástico. Intenté acercarme a él en la cama, deseando retomar la intimidad de épocas pasadas, pero dijo que estaba cansado y me dio la espalda. A la mañana siguiente, mientras organizaba a las criadas para que empaquetaran nuestra ropa, Makino dijo:

—Pon tu ropa separada; creo que debes volver a casa con tus padres.

—Iré contigo para trabajar con el Kiheitai. —No lo tomé en serio; estaba pensando en si debíamos transportar todo el material médico con nosotros o dejar algo en el Kokuraya, usando el almacén de Shiraishi para centralizar todos los suministros. Estaba un poco cansada y distraída: era el final del séptimo mes y hacía mucho calor.

—Esposa, hablo en serio: regresarás a Yuda.

Makino jamás me llamaba *esposa*, excepto si hablaba de mí en tercera persona. Y nunca me daba órdenes. Le dije a la criada que podía arreglarme sin ella y se marchó con desgana. Seguramente hubiera preferido quedarse y presenciar lo que estaba a punto de suceder. Todo el mundo estaba al tanto de lo que les sucedía a los demás en la posada, y yo ya era una fuente considerable de cotilleo por mi trabajo de médica, por no tener hijos, por mi apego a los locos.

—¿A qué te refieres con regresar a Yuda?

—No es lugar para una mujer —se limitó a afirmar Makino, sin mirarme directamente a los ojos.

—¿Amidadera? Apuesto a que hay montones de mujeres allí. ¡Donde hay *shishi* hay geishas!

—Estás equivocada, tienen una férrea disciplina, y no se permite la entrada de mujeres en el perímetro del templo.

—De todas formas, yo no cuento como mujer. Soy médica y soy tu esposa.

—No discutamos sobre ello. Iré solo.

—¡No puedes enviarme a casa sin más!

—Estoy seguro de que tu padre se alegrará de que vuelvas a ayudarle.

Sentí como si me hubieran dado un puñetazo en el estómago. Me había dejado literalmente sin aliento. Apenas podía respirar y temí que, si tomaba aire, se transformaría en un sollozo. Por nada del mundo quería llorar.

Fuera, un vendedor callejero gritaba: «¡Tofu fresco! ¡Probadlo!». Se oían también los gritos acompasados de los hombres que descargaban sus mercancías en el puerto. Los chillidos de las gaviotas, el crujido de los mástiles y de las jarcias, el suave golpeteo de las olas, el viento...

—¿Es acaso porque no tengo hijos?

—Si tuvieras hijos no podrías venir conmigo de ningún modo —añadió más dulcemente—. No significa que quiera el divorcio.

—¿Divorcio? ¿Has estado pensando en el divorcio?

—¡No! —Intentó explicar sus motivos, pero yo ya había montado en cólera y sentí miedo. Sabía lo ambicioso que podía ser Makino. Me había utilizado ya una vez para iniciar el ascenso en la escala social. La oportunidad de trabajar con el Kiheitai apuntaba al mismo objetivo. De pronto me di cuenta de que, si me interponía en su camino, me apartaría.

—Si me envías a casa será prácticamente como un divorcio. No volveré jamás. ¿Es eso lo que deseas?

—Tranquilízate...

—El mismo Takasugi dijo que yo debía ayudarte. Ve y pregúntale si debo regresar a casa o ir contigo. Haré lo que él diga. —Me quedé allí, con los los brazos cruzados, preparada para esperar hasta que le preguntara.

—Ha regresado a Yamaguchi. Ya no es el comandante del Kiheitai.

Me quedé mirando fijamente a Makino, sin poder dar crédito a lo que decía. Pero era típico de la carrera errática de Takasugi.

—¿Se encuentra bien? ¿Cuándo ha sucedido?

—Hace un par de días. Están intentando no divulgarlo. Ha habido una especie de altercado con el Senpōtai, una tropa del gobierno con base en Kyōhōji, se abuchearon e insultaron. En la gresca posterior murió al menos un hombre. Takasugi estaba dispuesto a quitarse la vida, como oficial de alto rango, pero Miyagi Hikonosuke aceptó esa responsabilidad y se suicidó ayer. —Su rostro palideció al decirlo, y luego admitió—: Jamás había visto a un hombre abrirse el vientre de un tajo.

Yo tampoco, y no pude dejar de sentir una punzada de envidia. Ojalá Miyagi-san no hubiera sentido la necesidad de matarse, y lamenté que su vida hubiera acabado, pero, de todas formas, me hubiera gustado ver cómo moría. Desde un punto de vista estrictamente médico, estaba interesada en cuánta fuerza se necesitaba para efectuar el corte y en qué capas de tejido debían ser penetradas antes de que se abriera el abdomen. Normalmente le hubiera preguntado a Makino, pero ahora guardé silencio.

—No me considero una persona particularmente aprensiva —dijo—. Pero desde que tuvo lugar el bombardeo extranjero, tengo pesadillas. Puedo controlar mis reacciones si estoy solo, pero no si tú estás conmigo. Siento mucho más temor por ti que por mí.

Planteado de esa manera, parecía maravilloso. Makino era un esposo afectuoso que solo quería proteger a su esposa. Me percaté de su habitual astucia para usar los argumentos a su favor; el único problema era que no había incluido mis opiniones y deseos en la ecuación.

—No quiero que me protejan —dije con voz fuerte—. No necesito que me cuides. Soy yo quien quiere cuidar de los heridos. ¿Quién es el comandante nuevo? Déjame hablar con él.

—Es Yamagata.

No conocía bien a Yamagata. Había sido discípulo en el *sonjuku* al mismo tiempo que Shinsai. Pertenece a un rango muy bajo, pero lo compensaba con la dedicación y disciplina con que abordaba los asuntos militares. Lo más probable es que mi petición le resultara indiferente. Comencé a suplicar, consciente de que sonaba patética.

—Me necesitas. ¿Cómo podrás hacerlo solo?

—No funcionará —dijo, perdiendo la paciencia—. ¿Es que no te das cuenta? De todas formas, hay otros médicos. Formaré parte de un equipo. Habrá mucho trabajo. No se trata de curar a campesinos y ancianas por

cuestiones menores como ojos irritados, cólicos o hemorroides. Estos hombres son soldados. Están lejos de ser refinados o cultos. Son salvajes y, muchos de ellos, unos brutos. Se provocan y se humillan entre sí y a las tropas enemigas; resuelven sus diferencias con la espada. No tienen ningún problema en obligar a alguien que consideran culpable a que se suicide.

Detrás de su impaciencia, advertí su ansiedad.

—¿Temes que se burlen de ti si llevas a tu esposa?

—Si me acompañas, todo será mucho más difícil —contestó—. Pero no discutiré más sobre el asunto. Soy tu esposo. Te ordeno que no vengas. Volverás a casa de tus padres.

—Si regreso a casa, jamás volveré contigo —repetí.

—No digas cosas de las que te puedas arrepentir algún día. —Había recuperado la calma y la cordura—. No quiero divorciarme, pero si decides que así lo deseas, respetaré tu decisión.

Dado que en ese momento sentía un tremendo odio hacia él, terminé cediendo. Comencé a separar mi ropa y mis pertenencias, mis peinetas, los polvos para el rostro, el frasco para entintarme los dientes, mis libros e instrumentos, mi botiquín. Cuando terminé, ayudé a mi esposo a empaquetar todos los suministros médicos que habíamos reunido con tanto esmero, sin decirnos una palabra. Salió a llamar a los porteadores para que lo llevaran al Amidadera. No tenía ni idea de lo que iba a hacer. Tenía sentido (si era el plan del Contador, naturalmente tendría sentido) volver a casa con mis padres. Mi padre me dejaría trabajar con él, y mi madre estaría feliz de que le hiciera compañía. Pero ser enviada a casa por mi esposo porque no quería que trabajara con él después de haberlo encaminado en la profesión, después de haberle enseñado casi todo lo que sabía, era tan humillante...

Cuando pensé en Makino como el Contador, quise llorar. Estaba furiosa y triste al mismo tiempo. Mi orgullo había sufrido un duro golpe. Me di cuenta de que sería insoportable despedirme de él. Ni siquiera quería volver a verlo. Decidí ir a ver a Eikaku para darle la noticia y decirle adiós. Me quedaría allí hasta estar segura de que mi marido se hubiera marchado. Recordando que necesitaría dinero, me llevé la mitad de las monedas y billetes emitidos por el dominio, que Makino había ocultado, diciéndome a mí misma que yo tenía tanto derecho como él a recibir mi paga; fui lo suficientemente cuidadosa como para llevarme solo la mitad.

Salí por la puerta de atrás, después de avisar a las criadas de que no tardaría en volver para disponer del transporte de mis cajas y cestos. Sentí que la sangre me subía a las mejillas bajo sus falsas miradas de piedad.

* * *

La casa de Eikaku estaba a escasa distancia, sobre las laderas de la montaña Sakura, detrás de Myōrenji, lo suficientemente cerca como para oír los cánticos de los monjes y los gongs y campanadas del templo. Su hermana salió a la puerta y se disculpó diciendo:

—Makino-*sensei*, le diré que estás aquí. Pero debo advertirte de que hace varias semanas que no quiere ver a nadie; para ser exactos, desde el ataque. Ha estado pintando como un loco. —Se detuvo bruscamente, llevándose la mano a la boca—. ¡Pero si es un loco!

Ambas soltamos una carcajada.

—Solo he venido a despedirme —expliqué.

—¡Oh! ¿Adónde te vas?

—Aún no lo sé.

—Supongo que a hacer algún trabajo especial para el dominio.

—En realidad, no.

Me dirigió una mirada perspicaz, mientras me invitaba a pasar. Me quité las sandalias y subí al tatami. Todas las puertas correderas estaban abiertas, pues soplaba una suave brisa otoñal. Unas cuantas nubes algodonosas pequeñas y blancas en el suroeste sugerían que el tiempo estaba a punto de cambiar. Era la época del rocío blanco, dos semanas antes del equinoccio. Los lirios rojos del otoño estaban en plena floración en el jardín y las enredaderas crecían desordenadas sobre los muros que se desmoronaban. El revoque se había desconchado, y dejaba ver el barro con trozos de paja por debajo. Todo el conjunto tenía un aspecto abandonado y triste, que reflejaba mi ánimo. Me alegré de que el jardín de Eikaku no fuera perfecto.

Lo oí reaccionar con enojo ante la interrupción, y su hermana explicó por qué se había atrevido a hacerlo mientras trabajaba. Siguió un largo silencio, y luego fuertes pisadas. Eikaku apareció a toda prisa en el salón. Estaba sin afeitarse, con el cabello revuelto, su ropa desordenada y salpicada de pintura.

—¿Adónde vas? —preguntó bruscamente—. No puedes venir e interrumpir mi trabajo diciendo que me dejas. No podré volver a trabajar.

—Mi esposo quiere que regrese a casa con mis padres.

—¿Y desde cuándo haces lo que te ordena tu esposo? No eres el tipo de mujer que vuelve sumisamente a su casa solo porque su esposo se lo ordena. De todos modos, ¿por qué hace algo así? ¿Acaso no te necesita?

—Lo han designado para el Kiheitai por un periodo indefinido; dice que no es posible que trabaje con ellos.

—¡Ja! —exclamó Eikaku—. En eso estoy de acuerdo. Ya te imagino examinando a esos rufianes, preguntándoles qué aspecto tiene su mierda y si han tenido relaciones sexuales con una prostituta sifilítica. Tu esposo tiene razón. Lo avergonzarías. Se burlarían de él sin piedad y dejarían de respetarlo como médico.

Soltó su arenga con gran desenvoltura y rapidez, y luego se sentó pesadamente, cruzando las piernas y pasándose los dedos por el cabello, de manera que quedó todavía más enredado.

—¡*Oneesan!* —gritó—. Trae té para la doctora.

Me había decepcionado que no se hubiera puesto de mi parte, pero tenía sed, la hermana de Eikaku preparaba un té excelente y, como aún no había decidido adónde iría, me senté también sobre los talones, con cortesía exagerada, alisando mi kimono.

—No te hagas la remilgada conmigo —dijo Eikaku—. Sabes que estoy en lo cierto. Tu problema es que siempre quieres tener razón. No te gusta que nadie te lleve la contraria. ¡Eres igual que un hombre!

—Ojalá fuera hombre —dije, recordando la canción que las mujeres entonaban en Hagi—. El mundo está cambiando; ¿por qué no pueden cambiar las mujeres también? Los hombres se están preparando para la guerra, pero ¿para qué luchan? Las personas como Shiraishi-san creen que es para renovar el mundo; ¿cómo será el mundo cuando se renueve?

—Será exactamente igual a como ha sido siempre —replicó Eikaku con un aire triunfal—. Los hombres dominarán a las mujeres. Los fuertes comerán; los débiles serán carnaza. Fue así en los días de Nobunaga e Hideyoshi, y lo seguirá siendo en tiempos de nuestros nietos.

—Es probable que ninguno de los dos tengamos nietos —señalé.

—Ya volverás con tu esposo.

—¿Y si no lo hago? —dije en voz baja, pensando en voz alta.

—En esta vida naciste mujer. Quizá la próxima vez tengas la suerte de nacer hombre. Rezaré por ti.

Me estaba enfureciendo tanto que estaba a punto de ponerme de pie y marcharme, pero en ese momento su hermana volvió con los cuencos de té sobre una bandeja. Se arrodilló a mi lado y me entregó uno de ellos, murmurando que tuviera cuidado porque estaba caliente. Luego le dio un cuenco a Eikaku, que lo apuró de un solo trago.

—Te quemarás la boca —dijo.

—Doctora, no me dejes. Necesito que me cuides.

Mientras bebía mi té a pequeños sorbos, me pregunté si su egocentrismo era un síntoma de su enfermedad y recordé a Takasugi. Él también se había mostrado indiferente a los sentimientos y necesidades ajenos. ¿Era la locura lo que le impedía ponerse en el lugar del otro o al revés? ¿Y si fuera simplemente la naturaleza masculina?

—¿Y? ¡Respóndeme, di algo! —Eikaku estaba irritado por mi silencio.

—No me necesitas. Pareces que estás muy bien ahora. ¿Cómo va tu cuadro?

—Es una lucha —replicó—. Estoy completamente dedicado a él; me destruye por dentro, pero sigo luchando.

Me alegré de que se sintiera satisfecho consigo mismo, tan diferente de cuando estaba abatido por la depresión.

—Ven a ver lo que estoy haciendo. —Apoyó bruscamente la taza, que se volcó y derramó el líquido que quedaba sobre la estera.

—La doctora Makino aún no ha terminado su té —dijo su hermana, mientras apoyaba un paño sobre el líquido para absorberlo.

—Sí, sí, ya lo ha terminado —replicó, apremiándome para que me levantara y lo siguiera, a través del abandonado jardín, hacia el edificio independiente que empleaba para pintar.

Todas las puertas correderas estaban abiertas para permitir una mayor entrada de luz, que dejaba al descubierto las paredes y el tatami embadurnados de pintura. Estaba empezando a nublarse y el viento soplaba con más fuerza, un viento húmedo como los que preceden a los tifones.

Dos grandes tablas yacían sobre el suelo, cuadros a medio terminar. Uno

era una vista panorámica de los buques de guerra durante el combate, la nave americana delineada en negro, los barcos de Chōshū enarbolando la bandera con el disco rojo del sol y el emblema de los Mōri. Relámpagos de fuego rojo y ráfagas de humo blanco centelleaban desde las cubiertas. Diminutas figuras manejaban los cañones, blandían rifles, lanzas y espadas, o eran arrojados hacia arriba. Me quedé sorprendida ante la memoria casi perfecta que tenía Eikaku de la escena. El otro cuadro también tenía un parecido sorprendente con la conmovedora carnicería en la batería de Maeda. Los trozos de los cuerpos parecían cobrar vida: las manos aún se movían, los ojos todavía veían. La escena estaba bañada en sangre. Tenía un aura extraña y absorbente, como si las explosiones siguieran resonando y los gritos de los moribundos se hubieran apagado un momento antes. Me provocó escalofríos.

—¿No es maravilloso? —preguntó Eikaku—. Solía tener que esforzarme para imaginar el infierno. Ahora lo he visto con mis propios ojos.

—Jamás había visto algo semejante —dije con sinceridad.

Contempló su obra con orgullo durante un largo instante. Luego, sin advertencia alguna, comenzó a quitarse la faja y a desnudarse.

—Desnúdate —dijo.

—¡Por supuesto que no! —Comencé a retroceder, preguntándome si debía pedir ayuda o salir corriendo—. Eikaku-san, detente. ¿Cómo se te ocurre?

Se había quitado todo salvo el taparrabos y comenzó a desenrollarlo.

—¡Te lo advierto, si sigues comenzaré a gritar! —exclamé, alzando la voz.

—No seas tonta. No te voy a violar. Solo quiero probar algo. Es un experimento. —Me ofreció las prendas interiores y el kimono—. Quiero que intercambiamos nuestras vestimentas. Ponte estas.

Me quedé inmóvil durante un momento y luego comencé a desenrollar lentamente mi faja. Una extraña sensación se apoderó de mí al comenzar a liberar mi cuerpo de todo lo que lo oprimía en presencia de un hombre que no era mi esposo. Deslicé mis brazos fuera del traje y el kimono interior, y finalmente me quité la ropa interior de color rojo. El viento húmedo me acarició el cuerpo y advertí con indiferencia que los pezones se me endurecían. Eikaku se encontraba igual.

Lo miré a los ojos y él me miró a su vez.

—¡Puuaj! El cuerpo humano es horriblemente feo, ¿no crees?

Levanté el taparrabos y comencé a enrollarlo a mi alrededor entre las

piernas. Eikaku se enfundó mi ropa interior roja, alisando las prendas. Su kimono interior era blanco y el exterior, azul oscuro con un estampado de flechas blancas. Ninguno de los dos estaba muy limpio, y el exterior tenía manchas de pintura. Percibí el sudor de Eikaku impregnado en ellas mientras anudaba la faja; era más estrecha que la mía y mucho más cómoda.

Cuando terminé de vestirme, me miró con ojo crítico, salió de la habitación y regresó con una chaqueta como la que llevaba mi padre, un par de *hakama* y un pañuelo para la cabeza.

—Puedes llevar el *hakama*, pero primero te cortaremos todo el cabello.

—¿Te refieres a rasurarme la cabeza como una monja?

—Como un monje —me corrigió—. Ahora eres un hombre.

—Eikaku-san... —quise protestar.

—No discutas, *sensei*. Sabes que por dentro eres un hombre. ¿Acaso no te sientes liberada ahora?

No sabía cómo me sentía. Estaba temblando con una mezcla de nervios y temor. Tenía la impresión de que había pasado mucho tiempo desde que había dejado a mi esposo y mis pertenencias en casa de Shiraishi. Eikaku me había abierto la puerta a otra vida. Solo tenía que cruzar el umbral.

—Podría rasurarte la frente y anudarte el cabello de atrás encima de la cabeza —dijo Eikaku.

Tenía la boca reseca. No lograba hablar. Puse las manos sobre la cabeza y me quité las horquillas. El cabello cayó sobre mis hombros tieso y pesado.

Entre sus herramientas y pinturas, Eikaku tenía instrumentos para afeitar y tijeras. Agarró el cabello y, sin dudar, cortó al menos la mitad del largo. No pude evitar lanzar un grito sofocado que lo hizo sonreír. Luego inclinó mi rostro hacia arriba y con un cuchillo afilado me rasuró la frente y el cuero cabelludo. Levantó el cabello de atrás hacia arriba y lo recogió cuidadosamente.

Me puse el *hakama* y lo anudé en la cintura. Sentía las piernas largas y libres. Metí los brazos en la chaqueta.

—Solo necesito un *inrō* y un *netsuke* —dije, volviéndome y dándole palmaditas a mi nuevo atuendo como hacía mi padre. De pronto me sentí como él. Mi expresión se convirtió en la suya y mi cuerpo adoptó su postura.

—Te los conseguiré —prometió Eikaku.

—Ahora te toca a ti —dije, descubriendo que casi naturalmente el timbre de mi voz se había vuelto más grave. Su frente había estado rasurada alguna vez, pero el cabello le había vuelto a crecer. Levanté su pelo ligeramente engrasado hacia la parte superior de la cabeza, y lo sujeté con una de mis horquillas. Se había puesto mi kimono, pero no tenía ni idea de cómo atar la faja. Se lo indiqué. Me tocó a mí sonreír cuando se quejó de que le estaba apretando demasiado. Luego le entinté los dientes y le rasuré las cejas.

Una vez transformados, nos observamos solemnemente. El proceso había sido en parte infantil, en parte erótico. Sentía un hormigueo de los pies a la cabeza y anhelaba que mi esposo me abrazara. Vestirme de hombre no me impidió seguirme sintiendo como una mujer en ese sentido. O tal vez comencé a sentir la necesidad ciega tan propia de los hombres. La había adquirido junto con las prendas.

—Quedémonos así —susurró Eikaku—. Es la mejor sensación, la más creativa, el deseo antes de ser consumado.

—No lo vamos a consumir —dije con mi recién estrenada voz masculina.

—Doctor, no debe ser tan mojigato si va a ser un hombre.

—Algunos hombres son muy mojigatos —dije, pensando en Hayashi.

—Pero a usted no le va.

—¿Tienes un espejo? —pregunté. Quería ver el tipo de hombre en el que me había transformado.

Salió de la habitación contoneándose como una mujer y regresó pocos minutos después con un largo espejo.

—Aquí es donde me maquillo —dijo levantando el espejo para que me viera.

Un joven menudo y serio estaba delante de mí. El cabello y las prendas combinaban a la perfección con mi mandíbula prominente y mis marcados rasgos. De niña jamás había sido hermosa, pero como hombre me pareció que resultaba bastante atractivo. Sonreí y me percaté de que tenía los dientes tintados.

—Eso es grotesco —dije—. Arruina todo el efecto.

—La tinta se irá en un par de semanas —me aseguró Eikaku.

—¡Un par de semanas! ¿Qué haré hasta entonces?

—Te quedarás aquí, por supuesto. Tienes que practicar cómo ser hombre.

Hablar como un hombre, caminar, sentarte y comer. Todas esas cosas.

Lo miré fijamente. De pronto me di cuenta del alcance del juego. Aún había tiempo para echarse atrás. Tendría que taparme la cabeza hasta que me volviera a crecer el pelo, algo difícil de explicar a mis padres cuando regresara a Yuda, pero nada más habría cambiado. Podía simplemente quitarme las prendas de Eikaku, volver a ponerme las mías y continuar con mi vida.

Pero no lo hice. Mi vida pasada había llegado bruscamente a su fin. Ya no era la esposa de nadie. No tenía adónde ir. Y, además, había comenzado a llover copiosamente y era imposible marcharme de la casa.

EN MITAJIRI

EN la misma época en que me encontraba cambiando de prendas y de sexo en Shimonoseki, en Kyōto también se estaban produciendo violentos cambios. El emperador Kōmei, aunque odiado por los extranjeros, decidió que no tenía intención de dirigir personalmente un ejército contra ellos. Estaba harto de la violencia del Tenchūgumi en las calles y de ser asediado por los nobles extremistas dentro de su propia corte. Chōshū era el dominio que más apoyaba a los partidarios del gobierno en la ciudad y en la corte, y de pronto pareció no solo que Chōshū era responsable de las revueltas, sino que se había vuelto demasiado poderoso. Su antiguo rival, Satsuma, junto con el dominio Aizu, tomó cartas en el asunto a toda velocidad, con el permiso del emperador. Se relevó a Chōshū de sus funciones en la puerta de Sakaimachi, se expulsaron sus fuerzas de Kyōto y los jóvenes nobles fueron exiliados.

—Tuvieron que huir bajo la lluvia —dijo Eikaku. Acudía a las casas de té en el puerto todos los días para enterarse de las últimas novedades, no ataviado con mis prendas, que reservaba para llevar dentro de la casa, sino con las suyas, cubiertas por un manto impermeable de paja, pues llevaba lloviendo varios días y un poderoso tifón soplaba sobre la ciudad—. Ahora que se ha acabado la tormenta, vendrán todos a Mitajiri.

Mitajiri era el puerto situado en el otro extremo del O-kan de Hagi, donde los señores del dominio se embarcaban rumbo a Ōsaka cuando dirigían su ayuda progresiva intermitente a Edo. Al igual que Shimonoseki, era un centro neurálgico de viajeros que llegaban de Kyūshū y Shikoku, un emplazamiento en la ruta comercial de *kitamaesen* que rodeaba a Japón.

—¿Quiénes vendrán a Mitajiri?

—Siete nobles de la corte y cientos de *shishi* —replicó Eikaku—. ¿Vamos

a echarles un vistazo? Tal vez lleve mis pinturas para exponerlas en el santuario de Tenman.

Al igual que Takasugi y muchos samuráis de Chōshū, Eikaku era un ferviente creyente de Tenmanjin —Sugawara, no Michizane—, el erudito y filósofo del Heian, exiliado injustamente por el emperador. El Tenmangu de Mitajiri era un centro poderoso y popular de culto a Tenmanjin en Chōshū.

—Seguramente necesiten realizar consultas médicas —añadió persuasivamente—, habiendo escapado en plena lluvia. Los nobles no son personas como tú y yo, ¿sabes? Son tan delicados como flores o pájaros exóticos. ¡Pobrecitos! ¡Cómo deben de haber sufrido! Pero son ellos los verdaderos devotos del emperador.

No podría explicar, ni siquiera hoy, los motivos que me impulsaron a ir. Supongo que, en parte, me dejé convencer por Eikaku, y en parte, no sabía cómo volver a la mujer que había sido, pero en realidad no hay una explicación lógica. Fue un impulso irracional, tal vez como el ataque a las naves extranjeras, pero algunas veces hay que actuar sin pensar, por instinto, para romper con la inercia, hacer estallar una situación intolerable, provocar una reacción.

La hermana de Eikaku dispuso que mi equipaje fuera recogido de casa de Shiraishi, y le envié una nota de agradecimiento por todo. Le dije que me iba a casa de mis padres durante una temporada, pero, al mismo tiempo, les escribí a mis padres para decirles que Makino y yo nos dirigíamos a Ōsaka. No precisé los motivos ni la duración del viaje. Revisé mis cestas y reuní aquello que llevaría conmigo a Mitajiri: mi maletín de medicinas, agujas, instrumentos quirúrgicos, un par de libros de consulta, instrumentos de escritura para anotar los casos y tratamientos. Estaba entusiasmada y a la vez preocupada. Disfrutaba de las sensaciones que provocaba el uso de prendas masculinas — la energía, la libertad, la seguridad que daban—, pero salir al mundo vestida de hombre entre personas que podrían fácilmente reconocerme era un desafío mucho mayor.

Siempre me había sentido avergonzada de mis enormes manos y pies, y envidiaba a Mitsue por su complexión esbelta y delicada. Pero en aquel momento me alegré de mis miembros. Mi voz se hizo más grave y adoptó formas masculinas de hablar como si fueran propias. Por orden suya, la hermana de Eikaku se dirigía a mí como si fuera un hombre, y yo también

comencé a tratarla de manera diferente. Dejé de levantarme de un salto cada vez que necesitaba ayuda. Dejé que fuera ella quien me sirviera a mí. Se hizo habitual que le diera prioridad a mis propias necesidades y deseos. Yo era un hombre: era mucho más importante que cualquier mujer.

Mi otra motivación era que quería volver a practicar la medicina. Cuando pensaba en todas las oportunidades nuevas que me ofrecía mi disfraz de hombre, el entusiasmo me hacía olvidar todas mis inseguridades. Mitajiri me tentaba desde lejos: nobles, *shishi* de muchos dominios diferentes, *daimyōs* y sus séquitos, al igual que comerciantes, marineros y otros viajeros. Me esperaba todo un mundo de pacientes del sexo masculino. Sería capaz de examinarlos y de discutir sus síntomas con ellos. Afortunadamente, contaba con una buena provisión de mercurio.

* * *

Mitajiri estaba a solo un día de viaje hacia el este. Eikaku sentía aversión por la falta de espacio del palanquín, así que contratamos un caballo de carga y un muchacho y caminamos detrás de ellos. Habían viajado en dirección opuesta el día anterior. El caballo trotaba con brío, ansioso por volver a su hogar. Teníamos que dar grandes zancadas para seguirles el paso, ya que Eikaku no quería perder de vista sus cuadros. El cielo se había despejado después de las tormentas, el equinoccio había pasado y se acercaba la época del rocío frío. Había mucha gente en el camino y parecía que cada persona era portadora de un rumor diferente.

Sufu Masanosuke había dimitido; los señores de Chōshū planeaban invadir Kyōto: las naves de guerra hundidas por el barco americano habían sido rescatadas y reconstruidas; el Kiheitai había sido disuelto, sancionado por sus rencillas con el Senpōtai y otras fuerzas regulares; los conservadores, Tsuboi Kuemon y Mukunashi Tōta, iban a intervenir en el gobierno del dominio..., y así sucesivamente, cada rumor anulaba el anterior.

La carretera seguía la costa, y luego doblaba tierra adentro a través de Ogori hasta unirse al Ō-kan de Hagi. Subimos al paso de Sabayama y nos detuvimos en una de las casas de té para beber té y comer soba con verduras de montaña. Casi no me había fatigado. Andar a grandes pasos vestida de hombre era tan diferente del último viaje que había realizado regresando de

Hagi... No teníamos ninguna prisa, así que nos sentamos fuera y fumamos una pipa, mientras el caballo pastaba y el muchacho dormitaba. Al mirar por encima de las montañas hacia la ciudad de Hōfu, semioculta en la lejanía, y el mar interior, pensé en mi hermana y en mi sobrina; esperaba que se encontraran bien, y me preguntaba cuándo las volvería a ver.

Al descender la ladera pasamos junto a una batería de cañones recién construida, con muros de piedra y terraplenes de tierra. Nos detuvimos para hablar con los soldados y nos contaron que había sido construida para proteger Yamaguchi cuando el gobierno se había trasladado allí en el cuarto mes. Eikaku se deleitó describiéndole la batalla de Shimonoseki y la destrucción de las baterías en Maeda y en Kameyama, lo que provocó que los soldados se movieran inquietos y se toquetearan el cuello hasta que aparecieron sus oficiales y nos ordenaron seguir adelante.

—¿Tiene miedo de que sus soldados huyan despavoridos! —dijo Eikaku, respirando ruidosamente, y se giró para observar los cañones y memorizarlos. Había dos cañones Dahlgren y cuatro cañones de quince kilos.

—¿Cómo ha aprendido nuestro dominio cuestiones de artillería tan rápidamente? —pregunté en voz alta.

—Nunca subestimes el ingenio del hombre cuando se trata de aprender nuevas maneras de matar a alguien —replicó Eikaku.

Pasamos por el bullicioso poblado de Migita y cruzamos el río Sanami por el puente de madera que conducía directamente a la ciudad santuario que se extendía ante Tenmangu. Estaba atestado de gente, tanto habitantes como viajeros. Una enorme posada desplegaba su nombre —Kōbeike— en un letrero de madera y en las cortinas de la entrada.

Pude oler el mar y oír todos los sonidos del puerto, los martillos, las sierras, los gritos de los vendedores ambulantes y de las gaviotas, el viento silbando entre las jarcias de los barcos de altos mástiles. Mitajiri siempre había sido la base de la flota de Mōri y tanto los barcos de guerra como los mercantes se fabricaban allí.

El sol se hundía en el oeste y la brisa del mar refrescaba cuando llegamos a la puerta de entrada de Tenmangu. Allí, Eikaku habló con uno de los sacerdotes; descargaron las pinturas y nuestros bultos del caballo. Eikaku comenzó a andar llevando los cuadros; el muchacho lanzó un grito de despedida y el caballo se alejó trotando rápidamente hacia su hogar. Yo me

puse en cuclillas al lado de mis cajas.

Había comenzado a oscurecer y las lámparas se habían comenzado a encender en las casas y puestos vecinos cuando regresó Eikaku.

—Podemos pasar la noche aquí. Mañana iremos a ver a los nobles. Se alojan cerca del puerto, en una casa de té llamada Shōkenkaku.

* * *

Eikaku no se atrevió a donar las pinturas al santuario (todavía no deseaba desprenderse de ellas), pero permitió que los sacerdotes las exhibieran en uno de los salones. Eran las primeras representaciones de la batalla que se veían y levantaron mucha expectación. De hecho, la gente acudía en masa a Tenmangu a verlas, y luego rezaban a Tenmanjin, compraban amuletos y talismanes y realizaban donaciones. El sumo sacerdote, un viejo amigo de Eikaku que conocía sus cambios de humor y admiraba su talento, se declaró encantado con este trato. Me aceptó tal como me presenté y no hizo preguntas.

Antes de marcharnos, habíamos decidido que yo sería miembro de la familia Iamiake, un sobrino o un primo, y Eikaku me hizo un certificado de la Escuela de Medicina del dominio de Hagi, el lugar donde siempre había querido estudiar, el lugar que Shinsai había rechazado. Obviamente, el documento era falso y usarlo significaba correr un tremendo riesgo, pero no me importó lo más mínimo. Sentí que me merecía ese certificado por haber estudiado tanto como cualquier otro discípulo y seguramente había ejercido mucho más. Y formaba parte del juego, un elemento más de la fantasía que Eikaku y yo habíamos creado.

No tardé mucho en encontrar pacientes. Las personas siempre detectan la presencia de un médico. Primero, uno de los jóvenes sacerdotes vio mi maletín y me pidió algo para las jaquecas. Luego, un anciano vino en busca de un masaje para aliviar su reumatismo. Nadie imaginaba que yo fuera una mujer, así que no me vieron ni a mí ni a Itasaki Tsuru ni a la señora Makino. En su lugar vieron a Iamike Kōnosuke, diplomado del Kōseikan.

Eikaku me tuvo que rescatar de una multitud casi tan numerosa como la que se congregaba alrededor de sus pinturas. Puse las monedas que había recibido dentro de mi monedero (no cobré a los sacerdotes, pero todos los demás me ofrecieron dinero y acepté), recogí mi maletín, se lo confié al hombre de las

jaquecas y seguí a Eikaku a través de las enormes puertas del santuario, colina abajo hacia el puerto.

Allí las calles eran un laberinto de posadas, casas de té y tiendas que vendían todo tipo de alimentos, especialmente la famosa sal de Mitajiri y una enorme variedad de mariscos. Los vendedores ambulantes se abrían paso entre la multitud, gritando obsesivamente sus mercancías: huevos, pulpo, batata, tofu. Nos detuvimos y compramos bolas de arroz con pulpo que chorreaban una salsa espesa con sabor a sésamo.

El Shōkenkaku era la casa de té más grande, y se elevaba por encima de infinidad de tejados resplandecientes mientras el sol secaba el rocío. Por detrás, el mar aparecía terso como la seda, cubierto por un velo de bruma. Su impresionante puerta con tejadillo se hallaba abierta; podíamos ver a través de ella el patio interior donde unos quince hombres participaban en un entrenamiento con espadas. Parecían sumamente feroces y decididos. Tenían el cabello recogido en la coronilla como los hombres de Kusaka y llevaban varias cintas para el pelo de color rojo o blanco. Cuatro hombres se encontraban frente a la puerta, armados de pies a cabeza con rifles y espadas. Dos de ellos llevaban unas armaduras antiguas que parecían haber estado abandonadas en un almacén durante doscientos años. Los otros estaban ataviados con pantalones y sombreros con forma de casco.

Nos detuvimos al llegar.

—¡No nos dejarán entrar! —exclamó Eikaku.

Me pareció una buena noticia, dado su estado de excitación y el aspecto belicoso de los *shishi*. Estaba segura de que podría desencadenarse algún malentendido. El resultado estaría teñido de la sangre de Eikaku y también de la mía.

—Volvamos al santuario —dije, pero a Eikaku se le había metido en la cabeza que vería a los nobles y fue imposible disuadirle. Abordó a los guardias y comenzó a explicar con su tono de voz agitado y agudo que era un famoso artista, un seguidor de Tenmanjin, que podían ver su obra en Tenmangu.

Se llevaron las manos a sus espadas. La única arma de Eikaku eran sus pinceles, y era totalmente ajeno a la situación de peligro. Yo también me acerqué a los guardias y estaba comenzando a decir: «Realmente es un pintor famoso. Por favor, discúlpenlo por hablarles de un modo tan extraño. La genialidad hace que resulte diferente de la gente normal», cuando apareció

otro hombre en el interior. Me volví para buscar su apoyo y vi a mi tío, Shinsai.

SHINSAI

ESTABA segura de que Shinsai me había reconocido en el acto, pero ni él lo demostró ni yo di muestras de conocerlo.

—Este hombre es médico —dijo Eikaku, presentándome a los guardias—. De la Escuela de Medicina de Hagi.

—Justamente me dirigía a buscar a un médico —dijo Shinsai con suma tranquilidad—. Qué coincidencia. Dejadlos pasar.

—¿Solo al médico o también al loco? —preguntó uno de los guardias.

—Me gustaría que me permitieran retratar a los personajes nobles —dijo Eikaku, adoptando una postura sumisa ante Shinsai, que parecía contar con cierta autoridad ante los *shishi*. Llevaba un kimono celeste y *hakama* grises, con un *haori* azul oscuro. Tenía dos espadas, y el cabello mucho más cuidado que los guardias. No quería mirarlo directamente, pero pareció ocupar todo mi campo de visión, como si todo el resto hubiera dejado de existir.

—Tú también puedes entrar —asintió Shinsai mirando a los guardias, que se apartaron y nos dejaron cruzar la puerta.

—El príncipe Nishikinokōji no se encuentra bien —me dijo mientras atravesábamos el patio interior. Los guardias no se inmutaron.

—Lo siento mucho. —Si Shinsai iba a fingir que no me conocía, yo no sería la primera en romper esa ilusión—. Puedo examinarlo, pero no traigo ningún instrumento conmigo. Tendría que regresar a Tenmangu.

—Si crees que puedes ayudarlo, enviaremos a un mensajero para que vaya a buscar tus cosas —replicó.

No entramos por la puerta principal de la casa de té, sino que seguimos por el porche, dando la vuelta a la parte posterior, donde se encontraban las

habitaciones más espaciosas y lujosas que daban a un hermoso jardín, con una pequeña cascada, un estanque con carpas color crema y oro y varios arcos que comenzaban a teñirse de rojo carmesí.

Nos detuvimos ante la entrada de una de las habitaciones, y Shinsai deslizó el *shōji*, anunciándose en voz baja. En el interior, un joven yacía tendido sobre un futón, apoyado en un soporte de espalda. Sentado a su lado había un hombre de la misma edad; calculé que tendrían menos de treinta años. El hombre recostado estaba sumamente pálido y aletargado; el otro se hallaba ansioso y agitado. Ambos tenían la tez blanca, rasgos finos y bien proporcionados, y un aire delicado, como si estuvieran por encima de la cruda realidad.

—Este es el príncipe Sanjō —susurró Shinsai, y los tres nos inclinamos hasta el suelo.

Sanjō Sanetomi era el joven más famoso de las familias aristocráticas de Kyōto partidarias del gobierno, que exasperaran al emperador insistiendo en que se librara de los extranjeros. Además de sus naturalezas excitables y posturas extremistas, tenían otras cosas en común con los *shishi*. Fuesen cuales fuesen sus talentos o habilidades, jamás serían reconocidas de un modo significativo, y no tenían ninguna función específica que desempeñar dentro de la sociedad, excepto las posturas restringidas en la corte acordes a su rango y edad.

Cuando Aizu y Satsuma tomaron el control de las puertas del palacio en el octavo mes, se les prohibió la entrada a la corte al príncipe Sanjō y a seis compañeros. Buscaron refugio en Myōhōin, en Higashiyama, y fueron llevados bajo la lluvia torrencial a Chōshū cuando los *shishi* huyeron de la capital. Ahora se encontraban en Mitajiri, en parte como rehenes, en parte como trofeos. No pude evitar sentir lástima por ellos. El Shōkenkaku era tan espacioso y lujoso como cualquiera de los alojamientos de la ciudad portuaria, pero no se podría comparar en modo alguno con los palacios y mansiones de Kyōto. Ni siquiera su rango podía protegerlos del tiempo, la enfermedad o, peor aún, del asesinato. Era posible que los *shishi* los protegieran como trofeos en ese instante, pero se desharían de ellos con la misma rapidez si los nobles los defraudaban. El mejor amigo del príncipe Sanjō, el príncipe Anenokōji Kintomo, había sido asesinado hacía unos meses. Nadie conocía el motivo real, aunque arreciaban los rumores para explicarlo, entre los cuales el más creíble era la sospecha de que había abandonado los

principios de *jōi*, por su vínculo con Katsu Kaishū, el funcionario del *bakufu* con tendencias reformistas.

—¡No esperaba que volvieras tan pronto! —exclamó Sanjō cuando vio a Shinsai.

—Sí, tuve la suerte de encontrar a este joven médico justo en la entrada —replicó Shinsai—. Ha estudiado con mi hermano mayor y, según creo, en la Escuela de Medicina en Hagi. Se llama...

—Imaike Kōnosuke —dije, levantando la cabeza y volviendo a inclinarla.

—Imaike Kōnosuke —repitió Shinsai.

—Espero que pueda aliviar al príncipe —dijo Sanjō, dirigiéndose a mí de un modo extremadamente amable. Advertí que tenía un carácter apacible y cordial, que contrastaba con los *shishi* que había a su alrededor.

—¿Cuáles son sus síntomas? —pregunté, poniéndome de rodillas para examinar al enfermo. Se me pasó por la cabeza que seguramente tenía que haber seguido un montón de formalidades, y esperé que los príncipes me perdonaran, dadas las inusuales circunstancias. Murmuré una disculpa y levanté su muñeca para tomarle el pulso.

—Está todo el tiempo fatigado; el viaje lo ha dejado exhausto. Se queja de no sentir los miembros, en especial, las piernas.

El pulso era lento e irregular. Pedí permiso para escuchar los latidos del corazón y apoyé la oreja sobre la túnica de seda. Intenté visualizar el interior de la cavidad torácica. Ciertamente el corazón latía a un ritmo extraño. Cuando palpé el abdomen, estaba hinchado y pulposo.

—Tiene todos los síntomas de *kakke* —dije. No era una enfermedad con la que nos topáramos con frecuencia en Chōshū. Por algún motivo, era más común en las ciudades, en especial entre los nobles y samuráis de rangos más elevados. Se creía que su causa era el clima o posiblemente alguna infección, aunque los médicos estaban de acuerdo en que no era virulenta como el sarampión o la gripe.

—¿Qué le puede recetar? —preguntó el príncipe Sanjō, palideciendo aún más. El *kakke* conducía invariablemente a problemas coronarios, a menos que se pudiera frenarlo.

—Puedo recetar algunos polvos —dije, pensando en los diuréticos que tenía en mi maletín—. Algunas veces se mejora con un cambio en la alimentación. Tal vez el alejamiento de la capital sea beneficioso.

Pasarían muchos años antes de que se probara científicamente el presentimiento que yo tenía con respecto a que el *kakke*, conocido como beriberi en Occidente, era causado por una deficiencia en la dieta.

El enfermo giró el rostro. La debilidad de la enfermedad provoca a menudo que incluso los hombres adultos lloren con facilidad, y pensé que el príncipe Nishikinokōji lloraba ahora de nostalgia y desesperación.

Eikaku observaba la escena con los ojos a punto de salirse de las órbitas y la mano, moviéndose nerviosamente, como si ya tuviera el pincel entre las manos. Prácticamente tuvimos que arrastrarlo fuera, y luego suplicó ver a los otros cinco nobles. Shinsai lo condujo de buen grado a las habitaciones contiguas y le permitió echar un vistazo desde el jardín.

Mientras Eikaku memorizaba hasta el último detalle, Shinsai me dijo:

—¿Te acompaño a Tenmangu para que puedas buscar lo que has recetado?

—Tal vez sea lo mejor. Si hay algo más que necesite, podemos ir a una farmacia. Y tengo entendido que hay un huerto de hierbas en Tenmangu.

A partir de ese momento ya no dijo nada más. Presentí que se había convertido en el tipo de hombre que sabe cuándo callar y cómo guardar secretos. Parecía mayor y estaba más delgado, y se movía como una persona preparada para entrar en acción cuando fuera necesario, ya fuese para evitar el peligro o para aprovechar la oportunidad de atacar. Noté como si todo mi cuerpo irradiara calor. Jamás olvidaré aquel momento en el que esperé a su lado, vestida de hombre, y él me trató como a un hombre. No quería que terminara, pero, al poco rato, Eikaku anunció en un fuerte susurro que estaba listo para comenzar a pintar, y, por supuesto, yo tenía que ocuparme de mi paciente.

Eikaku estaba obsesionado con representar a los siete nobles y ni siquiera se dio cuenta de que Shinsai me conocía. Shinsai continuó tratándome como a un desconocido. Cuando llegamos a Tenmangu, fui a buscar mi maletín, saqué los polvos que me pareció que podían servir —*kudzu*, *shinanotsuki*— y se los di.

—Intentaré conseguir pimientos rojos, tal vez los pueda cultivar aquí. Y seguramente alguien me podrá indicar dónde se encuentra la farmacia; mientras tanto, el príncipe debe tomarlos con té de cebada.

—¿Necesitas dinero? —preguntó Shinsai, tomando los sobres de papel.

—Tengo suficiente. Me pagarás después. Pero ¿tienen dinero los nobles?

—Me los imaginaba huyendo con lo puesto.

—El dominio se está haciendo cargo de sus gastos —replicó Shinsai—. También recibirás tu paga. Trae lo que puedas al Gyōtenro esta tarde y pregunta por mí. Estaré allí después del mediodía.

—No me has dicho tu nombre...

—Es el mismo de siempre: Itasaki Shinsai. —Una mirada divertida y cómplice brilló durante un instante en sus ojos.

* * *

El sacerdote a quien había apodado Señor Dolor de Cabeza me mostró la pequeña huerta que había detrás del santuario, pero no tenía nada que se pudiera usar con fines prácticos, ya que en su mayoría disponía de arbustos y plantas para diferentes ceremonias, *sakaki* y otros usos. Luego me indicó dónde quedaba la farmacia que estaba en el centro de la ciudad, cerca del puerto. En el camino pasé por una posada llamada el Gyōtenro; parecía un lugar bullicioso, atestado de huéspedes, y me sentí extrañamente decepcionada, como si hubiera esperado encontrarme con Shinsai en algún lugar con mayor tranquilidad para poder estar a solas con él.

La farmacia se llamaba Hirotaya, y a medida que me acercaba a la puerta de entrada, me vino a la memoria la casa de los Kuriya en Hagi. Recordé todos los detalles de la noche en que entré por primera vez y vi al Contador. El olor de los medicamentos me retrotrajo al día en que me había pedido que le ayudara con el inventario. ¡Qué furioso se había mostrado entonces Shinsai! Había elegido como esposo a Makino en parte para estar fuera del alcance de mi tío. Y mi esposo me había expulsado, arrojándome justo en el camino de este.

El dueño de la tienda salió cuando me vio revisando los cestos de semillas, raíces secas, hojas trituradas y especias en polvo. Había algunas rarezas que jamás había visto en mi vida: colmillo de narval, cuerno de rinoceronte, bilis de oso y ámbar gris. Me trató de manera condescendiente, y luego intentó intimidarme para que comprara los preparados que él hacía, pero cuando le dije que me había graduado en el Kōseikan, su trato cambió de inmediato. Llamó a la dependienta para que trajera té, nos sentamos en el escalón y estuvimos hablando largamente sobre el *kakke* y sus diferentes

remedios.

Me convenció todavía más de aquello que yo ya había ido percibiendo poco a poco. Ahora que era un hombre, ya no era invisible a los hombres. Me tenían en cuenta y se tomaban mis opiniones en serio. Era como si durante toda mi vida me hubiera faltado algo, y acababa de darme cuenta de ello ahora que lo había encontrado.

Ya pasaba del mediodía cuando salí finalmente de la tienda con diferentes polvos, pasas secas y raíz de campanilla, con jengibre y canela, mezclados según mis indicaciones, y algunos ingredientes para preparar té de hierbas. Había sido una mañana luminosa y despejada, pero el cielo comenzó a nublarse progresivamente, y al subir de nuevo la cuesta de la colina empezaron a caer las primeras gotas de lluvia. El viento soplaba más frío y venía del noroeste, un viento invernal.

La posada olía a pescado asado y a pulpo estofado, pero no tenía hambre. Sentía un cosquilleo nervioso en el estómago, o tal vez fuese miedo, no supe distinguirlo muy bien. Me dirigí a la patrona, pregunté por Itasaki-san, y ella lanzó un grito a una de las jóvenes para que fuera a buscarlo.

Unos minutos después apareció, abriéndose paso entre la multitud.

—Doctor —me saludó.

—Tengo los medicamentos que me encargaste —dije—. Solo necesito explicarte las dosis.

—Vamos a un lugar más tranquilo. —Se acercó a la dueña y le susurró algo al oído. Ella asintió.

Shinsai regresó a mi lado.

—Hay una habitación arriba. Ella se encargará de que nadie nos moleste.

En un lateral de la posada había un pequeño edificio con el suelo de tierra. Se utilizaba para almacenar verduras en conserva y tenía un fuerte olor a sal y especias. Al fondo, semioculta por una enorme tinaja, había una escalera empinada que conducía a un estrecho rincón, cubierto por una esterilla y amueblado con futones doblados cuidadosamente en un rincón, un brasero de cerámica y una lámpara. Había una ventana con barrotes que daba a la calle, pero estaba cerrada con postigos y la habitación estaba a oscuras, iluminada tan solo por una tenue luz que se filtraba por abajo.

Shinsai subió primero y lo seguí, ignorando la mano que me tendió para ayudarme. Nos detuvimos separados a cierta distancia, sin hablar. Podía

escuchar el sonido de mi propia sangre.

—Siempre te dije que debiste haber nacido hombre —dijo Shinsai.

No dije nada de momento. Para empezar, no sabía cómo dirigirme a él. No quería llamarle «tío» de ninguna de las maneras.

—¿Para qué se usa este lugar? —pregunté finalmente, mirando alrededor.

—Para ocultar a las personas que no debieran estar en Mitajiri. *Rōnin*, espías, *shishi* que tienen problemas con las autoridades. Los dueños son partidarios del emperador y odian al Tokugawa.

—Será mejor que te dé las indicaciones para la medicación del príncipe —dije con mi experto tono de médico.

—Después —dijo, agarrando el paquete de medicamentos que tenía entre las manos—. Más tarde iremos al Shōkenkaku.

De pronto sentí que se me aflojaban las piernas y me senté, colocando mis sandalias con cuidado bajo el escalón de madera. Shinsai se sentó a mi lado sobre el tatami, con las piernas cruzadas. Sentí ganas de fumar, pero mi pipa y mi tabaco se habían quedado en el santuario.

—¿Cuánto tiempo hace que llevas este disfraz?

—Hace algunas semanas. Se le ocurrió a Eikaku. Es uno de mis pacientes. No está del todo cuerdo. Me dijo que era un hombre en el cuerpo de una mujer y que, si me disfrazaba de hombre, descubriría quién era de verdad. ¿Y sabes una cosa? Tenía razón.

—Pero ¿dónde está tu esposo?

—Con el Kiheitai. Ahora es médico del ejército. No quiso que fuera con él. Me dijo que regresara a casa. Le advertí que si me enviaba a casa, me daría por divorciada.

—¡Así que te convertiste en hombre y huiste! ¡Hay que ver, Tsu-chan!

—Creo que será mejor que no me llames por ese nombre —dije—. Todo empezó como un juego. Me gustó. No quería cambiar. Si tengo que volver a ser mujer, me muero.

—Es peligroso —dijo, y añadió—: Todas las adicciones lo son.

—Sí, es difícil encontrar un sitio a escondidas para orinar y todavía no he descubierto la manera de usar los baños públicos, pero no es tan peligroso. Tú eres la única persona que se ha dado cuenta hasta ahora. Y es solo porque me conoces. Seguramente no lograría ser convincente en Yuda o en Hagi, pero

aquí casi nadie sabe quién soy.

Utilicé el lenguaje masculino para hablar, como Eikaku me había entrenado, utilizando las expresiones y los gestos justos.

Shinsai se rio.

—¡Es asombroso! Aunque sepa quién eres, lo haces tan bien que se me olvida a cada instante que no eres un hombre. —Su voz se hizo más suave y provocadora al decir—: Tal vez debería averiguarlo por mí mismo.

El espacio entre los dos parecía enorme, aunque la habitación era muy pequeña, y no creí que fuera capaz de acortar la distancia, pero extendió su mano y la deslizó dentro de mi túnica. Debajo del kimono forrado, había enrollado una tela alrededor del torso para aplanar mis pechos.

—Oh —dijo Shinsai, sorprendido, al toparse con la tela—. ¡Parece que realmente eres un hombre!

—Tal vez tengas que ir más abajo —sugerí, mientras me sujetaba la nuca con la otra mano y me atraía hacia él.

Podía haber fingido que me forzó a hacerlo. Era mucho más fuerte que yo, y nadie me habría oído si hubiera gritado. Pero no lo hizo. Después de ese breve instante en que me atrajo hacia él, en el que sentí un alivio tremendo, como si al fin hubiera llegado a casa, se apartó y me miró a la cara.

—Hay que parar ahora.

Pero ya era tarde para mí. Estaba en un sueño y no tenía ningún poder sobre mí misma. Fui yo quien busqué su boca con la mía, quién le arrancó la ropa. Lo tomé ferozmente como él me tomó a mí, advirtiéndome que siempre nos habíamos deseado. Habíamos sido prohibidos el uno al otro por nuestra relación, pero allí en Mitajiri, con el mundo desmoronándose a nuestro alrededor, estábamos de pronto liberados de las antiguas reglas y de lo que se esperaba de nosotros.

¿Qué puedo decir? Fue como hacer el amor conmigo misma. Era hombre y mujer a la vez. Me transformé en él y, cuando hube acabado y habíamos alcanzado juntos el éxtasis, tan cercano a la muerte, estaba más cerca que nunca de ser yo misma.

Aquella fue solo la primera vez de muchas más ese día. Nuestra lujuria, reprimida durante tanto tiempo, se volvió insaciable cuando al fin había sido despertada. De vez en cuando, emergía del lago del deseo y pensaba en el noble que estaba enfermo o en Eikaku, y luego los labios de Shinsai me

rozaban el cuello, el pecho, y volvía a sumergirme en sus profundidades.

Hubo un momento en que hicimos una pausa lo suficientemente larga como para extender los futones y quedarnos acostados bajo las mantas. La lluvia caía pesadamente contra los postigos de la ventana y el viento silbaba subiendo por el hueco de la escalera. El cuerpo de Shinsai irradiaba calor allí donde yo estaba acurrucada contra él.

—Sabes que siempre te he amado —dijo.

No podía creer que estuviera hablando de amor, Shinsai, que era tan cínico y poco sentimental. Ni siquiera mi esposo me había dicho nunca que me amaba, ni yo a él. El amor era para los personajes de las obras de teatro y de los libros, y casi siempre acababa en desastre.

—Es cierto. Me di cuenta hace años de que estaba enamorado de ti. No sabes cuánto he sufrido sabiendo que jamás te podría tener, viéndote casada con otra persona.

—Yo también te amo —dije—. Creo que siempre te he amado. —Así que el amor era esto, esta posesión misteriosa que llevaba a hombres y mujeres a actos de completa locura.

Más tarde, Shinsai salió y regresó con unos cuencos de tallarines y una botella de sake. Hablamos de lo que haríamos, y nos reímos mucho. Yo era más feliz de lo que jamás había experimentado. Shinsai me habló de su vida en Kyōto, de lo peligrosa que se había vuelto la capital, de la creación de la policía del *bakufu*, el Shinsengumi, para controlar las calles y reprimir los estallidos de violencia, del hecho de que eran aún más temidos que los *shishi*, y que incluso los vecinos estaban hartos de la manera en que los extorsionaban para quitarles dinero y víveres.

—¿Cuándo volverás? —pregunté, sabiendo que no tardaría en regresar.

—Supongo que dentro de algunas semanas. Veré cómo se desarrolla la situación aquí y mantendré a Genzui informado acerca de ello. Luego iré para comentarlo con él. Creo que deberías venir conmigo.

—Yo también.

—A decir verdad, nos puedes ayudar como médico. Y, en cierto modo, es más seguro para ti si continúas siendo un hombre. Nadie te conoce. Hay muchos lugares donde aún es posible desaparecer. Y...

—¿Y?

—Ahora no te dejaré marchar. Nos hemos zambullido en el agua, ahora

tenemos que ir a donde nos lleve la corriente. ¿Quién sabe qué nos puede suceder? La vida es tan breve que debemos degustar todo lo que nos ofrece antes de que se acabe. Todos los días nos enfrentamos a la muerte en Kyōto.

No le hablé entonces —y nunca lo haría— de que yo había visto cómo moriría.

* * *

Mientras permanecemos en Mitajiri, Shinsai se ocupó del alojamiento de los nobles y de ayudar a mantener a los *shishi* bajo control. Maki Izumi, un exsacerdote *shintō* del dominio de Kurume, era su nuevo líder. Tenía entonces alrededor de cincuenta años, mucho más que los jóvenes que acudían todos los días en tropel a Mitajiri para unirse a la causa de los partidarios del gobierno, pero era tan idealista e inexperto en temas de gobierno o en cuestiones bélicas como ellos. Al escucharlos cuando me llamaban para tratar sus dolencias, me sentía conmovida a la vez que alarmada por su devoción ciega al emperador y su compromiso irracional con la expulsión de los extranjeros. Ni siquiera mis descripciones de los bombardeos de Shimonoseki, junto con las pinturas de Eikaku que todo el mundo acudió a contemplar, lograban hacerles ver la realidad. La conversación en las casas de té y en las posadas giraba una y otra vez en torno a los mismos asuntos: Chōshū tenía que recuperar su lugar en la corte; aceptar la derrota a manos de Satsuma y Aizu era una humillación intolerable; todo Kyōto estaba esperando que Chōshū reaccionara: todos amaban a Chōshū por la lealtad del dominio al emperador; deberían haber visto lo impresionada que estaba la gente cuando nuestros soldados se enfrentaron a Satsuma; ¡qué magníficos e intrépidos nuestros jóvenes!

Había que mantener un delicado equilibrio. Los hombres del Shōkenkaku eran valientes y tenían mucha energía. Habían dejado a sus familias y huido de sus dominios, eran exiliados y forajidos que no tenían nada que perder. Maki y sus oficiales los sometían a una férrea disciplina, con un riguroso programa diario de entrenamiento militar y estudios clásicos, pero aun así eran una fuerza peligrosa e inestable que se ofendían rápidamente y con facilidad eran dominados por la emoción.

—Es como tener un lobo de perro guardián —dijo Shinsai un día—. Asusta a los intrusos, pero existe la misma posibilidad de que se vuelva en tu

contra y te ataque.

Estábamos en el santuario de Tenmangu observando cómo Eikaku daba los toques finales a su cuadro de los siete nobles huyendo bajo la lluvia. Todos eran fácilmente reconocibles. Llevaban capas de lluvia de paja y sombreros negros de ala ancha, y se acurrucaban en grupo como chorlitos a la orilla del mar. Alrededor de ellos, soldados con faroles los exhortaban a avanzar. Se podía intuir su incertidumbre y angustia.

—Ahora que lo has terminado, y es magnífico, tal vez puedas hacer algunos prospectos para nosotros —dijo Shinsai—. Imaike y yo iremos a Kyōto y, si tenemos algunos remedios famosos, estaremos más holgados económicamente.

—Pero ¿qué haré sin el doctor Imaike? —preguntó Eikaku, cabizbajo.

Shinsai ignoró su pregunta, y explicó cómo quería que hiciera los prospectos, como si vinieran de la célebre ciudad de Isa, y yo le di los nombres de los ingredientes que usaríamos.

—Por fin somos verdaderos charlatanes como los Kuriya —dijo Shinsai de buen humor, y salió a hacer los preparativos para el viaje.

Eikaku me miró apesadumbrado.

—¿Sabes lo que estás a punto de hacer, doctor?

No había dado su opinión sobre mi relación con Shinsai. Ni siquiera sabía hasta qué punto estaba enterado o cuánto sabía ya. Cuando pintaba, era ciego y sordo al resto del mundo. Había desbordado energía y buen humor desde que habíamos llegado a Mitajiri, pero ahora que había acabado el cuadro era posible que comenzara el descenso hacia la depresión una vez más.

Me sentí culpable de abandonarlo, pero lo disimulé con ira.

—¡A ti qué te importa lo que haga! Soy un hombre libre.

Sonrió compungido.

—Has dejado realmente de ser una mujer. Bueno, fui yo quien te creó. No te puedo culpar si te comportas como yo te enseñé que lo hicieras.

—Así es —dije ásperamente—. Tendrás que cuidarte solo.

Eikaku tenía un talento natural para las falsificaciones y confeccionó muchos prospectos para nuestro famoso remedio. Luego, por fortuna, llegaron noticias de Yamaguchi que parecieron alegrarlo aún más. El gobierno de Sufu, que había sido obligado a renunciar después de que Chōshū cayera en

desgracia en Kyōto, fue rehabilitado en el cargo por el Kiheitai, y el cabeza del partido conservador, Tsuboi Kuemon, recibió la orden de suicidarse. Con su habitual postura contraria, Eikaku admiró profundamente a Kuemon y se sintió emocionado por su destino. Ello le inspiró a pintar el retrato de Kuemon como el exilio de Sugawara no Michizane. Cuando estaba imbuido de la inspiración, solía volverse más optimista; por tanto, sentí que podía dejarlo. El Señor Dolor de Cabeza, que para entonces ya estaba endeudado conmigo, prometió ocuparse de él y, de todas formas, tenía amigos y personas que le eran leales en la ciudad. Esperaba que los partidarios del gobierno no se ofendieran con el tema de su cuadro y no se sintieran obligados a borrarlo con la sangre de Eikaku. Pero aquel era un riesgo que todos corrían en aquellos días de locura.

Antes de marcharnos, me di cuenta de lo eficaz que era Shinsai y el respeto que le tenían los demás. Percibí que le echaban las mismas miradas de envidia y admiración que él solía dirigir a hombres como Genzui y Takasugi. Pero ahora que pasaba tanto tiempo conmigo, descubrí también otro tipo de miradas.

—Creen que tienes un amante masculino —dije.

—Ya se han hecho la idea de que no me gustan las mujeres —replicó Shinsai sonriendo—. Nunca voy con ellos a los prostíbulos ni a las casas de las geishas.

—No te creo —lo provoqué, aliviada en el fondo.

—Es cierto. Jamás he deseado a otras mujeres. Creo que, como tenía que reprimir mis sentimientos hacia ti, reprimí todo lo demás.

Él tenía veinticinco años en esa época y yo veintitrés. Ya no éramos niños para dejarnos llevar por una pasión irresponsable, sino adultos. Y, sin embargo, nos habíamos dejado arrastrar como por un virus.

Yo también me mantenía ocupada. Había tenido la gran idea de traer mercurio, pues la sífilis hacía estragos en el puerto. Se conocía poco de la enfermedad. Cuando los síntomas de la primera etapa desaparecían, los enfermos solían pensar no solo que estaban curados, sino que eran inmunes a otras infecciones. Intenté sugerir la abstinencia, pero tenía pocas esperanzas de que escucharan mis consejos: la mayoría de mis pacientes esperaba morir gloriosamente en combate mucho antes de que se manifestara la segunda o la

tercera etapa de la sífilis.

Mi paciente, el príncipe Nishikinokōji, tuvo una leve mejoría. Le reduje la hidropesía en las piernas y en el estómago con los polvos diuréticos, masajes y agujas. Sin embargo, todos los nobles sufrían por la inactividad y la incertidumbre. Eran más prisioneros que huéspedes, cuyos guardias creían que sabían lo que les convenía, llenándoles la cabeza con planes alocados para combatir contra el *bakufu* y conspiraciones para controlar al emperador. Su mundo estaba completamente convulsionado y volaban como cometas con el cordel roto, a merced de los vientos. Comenzaron a sentir tantos deseos de luchar como el más insensato de los *shishi*, cualquier cosa con tal de regresar a Kyōto y granjearse de nuevo el favor del emperador.

Antes de partir para Kyōto, en el décimo mes, a uno de ellos, al más frustrado por la situación, el príncipe Sawa Nobuyoshi, le convencieron de formar parte de una campaña destinada al fracaso que llegó a conocerse como el incidente Ikuno. Sucedió justo después de la rebelión de Tenchūgumi en Iga. Ambos movimientos se basaban en el descontento existente entre los campesinos y estaban claramente en contra del *bakufu*. Los dos se extinguieron sin más: los líderes murieron en la batalla o fueron ejecutados, y el príncipe Sawa huyó ignominiosamente de regreso a Mitajiri. Pero estos estallidos de violencia fueron considerados presagios de las luchas futuras de los *shishi*, y sus llamadas a la acción se hicieron cada vez más insistentes.

—Es cuestión de esperar el momento adecuado —dijo Shinsai. Estaba en contacto con Genzui y Katsura en Kyōto, y con los líderes del Kiheitai en todo el dominio. Las cartas entraban y salían de Mitajiri por medio de veloces mensajeros o por barco. Genzui, Katsura y Takasugi seguían favorecidos por el noble Sufu, y ahora todos ocupaban puestos en su gobierno. Todos aconsejaban paciencia. Pero el grupo Shōkenkaku estaba más allá de cualquier tipo de control.

TERCERA PARTE

DEL AÑO 1 DE LA ERA GENJI

AL AÑO 1 DE LA ERA KEIŌ

1864—1865

KYOTO

SHINSAI trabajaba clandestinamente para el dominio, y viajamos con el permiso de este, bajo su protección y con todos los gastos pagados. Seguía conservando su influencia, aunque Chōshū hubiera caído en desgracia, pues muchos aún simpatizaban con su causa y la mayoría de la gente normal lo apoyaba. Embarcamos en una nave en Mitajiri y seguimos la línea de la costa a través del mar interior hacia el este, rumbo a Ōsaka. Allí nos alojamos en la residencia del dominio, pues Ōsaka era el mayor centro comercial de Chōshū, y el dominio estaba muy vinculado con los ricos comerciantes de la ciudad (y les debía a la mayoría una gran cantidad de dinero).

A pesar de la incertidumbre de la gente con respecto a la situación política y de su temor a la guerra, el comercio seguía siendo pujante, se seguían haciendo y deshaciendo fortunas, se descubrían mercancías y se adoptaban modas nuevas. Ōsaka me pareció una ciudad enorme, más vibrante que cualquier otra que hubiera conocido, decorada con letreros y estandartes. Me podría haber pasado días explorándola. Había una amplia variedad de tiendas que vendían de todo, desde carbón, arroz, pasteles y tabaco, hasta sushi, adornos de metal, telas y medicamentos. Todo el mundo parecía estar hablando permanentemente a voz en grito. Escuchaba las conversaciones intentando comprender los acentos y dialectos desconocidos, apropiándome de las nuevas palabras con el mismo entusiasmo con que degustaba los sabores nuevos. Era maravilloso caminar al lado de Shinsai, y no varios pasos por detrás, como se suponía que debían hacer las mujeres, al tiempo que discutíamos ideas y proyectos.

Durante uno de nuestros paseos por la ciudad, no lejos del río Tosabori, pasamos por un largo edificio blanco con ventanas cubiertas con celosías.

—Ese es el famoso Tekijuku —dijo Shinsai.

—¿La escuela de Ogata Kōan? —Sentí que debía postrarme ante ella con reverencia. El doctor Ogata era el héroe de mi padre, y lo había oído mencionar en la escuela toda mi vida. Sabía que Ogata había muerto hacía poco, ese mismo año. Había sido convocado a Edo para ser el jefe de la nueva Escuela de Medicina, y aunque no quería dejar Ōsaka, no pudo negarse. Pero las presiones del nuevo cargo resultaron demasiado extenuantes para su ya delicada salud. Tenía unos cincuenta años nada más, pero su legado era inconmensurable, especialmente los centros de vacunación contra la viruela.

—¿Quieres entrar y echar una ojeada?

Quería hacerlo, y al mismo tiempo me negaba. Pensar en Ogata me hacía recordar a mi padre. Siempre había seguido las enseñanzas de Ogata con respecto a la «acción compasiva». La vida es vida y nada más, no hay divisiones. Nuestras vidas son un don de esa fuerza vital y deberían consagrarse al servicio de los demás. Mientras me detenía observando el humilde edificio y pensaba en el hombre que había vivido y enseñado allí, caí en la cuenta, en un instante de dolorosa claridad, de mi propia vida, de mi falta de compasión, de mi egoísmo, y me sentí embargada por la vergüenza.

—Vamos al teatro —dije. Quería ahogar aquellos sentimientos incómodos, pues si cedía a ellos, tendría que regresar, volver a ser una mujer, volver a ser una esposa. Quería caminar hacia delante, con Shinsai a mi lado.

Ōsaka tenía muchos teatros, y jamás había visto una representación de kabuki en vivo. Me moría de ganas de sumergirme en una y olvidar a mi padre y a Ogata Kōan. Entramos en el Nakanoshibai, en Dotonbori, y vimos *La historia del fantasma de Yotsuya*, aquella extraña y grotesca historia que reflejaba mi propia condición pervertida. Tal vez el joven que la recitó en mi boda me había echado involuntariamente una maldición. Disfruté de la obra. El personaje de Iemon era malvado y, sin embargo, tenía una energía atractiva y seductora. Sentí que captaba la esencia de nuestros tiempos al referirse en profundidad a nuestros temores e incertidumbres y explotarlos. El teatro era uno de los más modernos de Ōsaka, con un escenario giratorio, una trampilla y muchos efectos especiales. Me fascinó la experiencia.

Al día siguiente dejamos Ōsaka, tomando una barcaza hasta Fushimi, donde nos alojamos en una posada llamada Teradaya, no lejos de la mansión de Fushimi en Chōshū. Un año y medio antes, en esa posada, algunos *shishi* de

Satsuma leales al emperador habían sido atacados y asesinados por miembros de su propio clan.

—Yo estaba aquí cuando sucedió —me contó Shinsai cuando nos retiramos a una pequeña habitación al fondo de la posada—. Éramos dos o tres de Chōshū.

—¿Qué hacías aquí?

—Vigilaba un poco cómo marchaba todo. Genzui me pidió que me diera una vuelta y recabara información. En ese momento vivía en Fushimi. Los muchachos de Satsuma creyeron que su *daimyō* regresaría para apoyar sus exigencias de expulsar a los extranjeros y restaurar el poder del emperador; en cambio, se deshizo de ellos. —Guardó silencio un momento, y luego continuó —: Fue terrible... Y no ya por el número de muertos, sino porque se dieron cuenta de que habían sido traicionados. Pero para nosotros fue una lección. Todos los dominios les darán la espalda a sus miembros si creen que está en riesgo su seguridad, sin importar lo justa que sea la causa.

—¿Cómo lograste escapar? —No necesitaba el abanico mágico para que la escena cobrara vida delante de mis ojos: los golpes de las espadas, los gritos de furia, los alaridos de los moribundos.

—La dueña entró gritando: «Vienen de Satsuma. ¡Parecen peligrosos!». Me encontraba en esta misma habitación esperando a Genzui y a otros hombres de Chōshū. Salí sin hacer ruido por detrás, trepé por un par de muros y me encontré con Genzui en el camino. Regresamos a Kyōto aquella noche y nos escondimos en la mansión Kawaramachi durante algunos días. Satsuma y Chōshū. Han sido siempre rivales, pero si quieren derrocar al *bakufu* deberían unirse. Muchas personas lo saben y están haciendo lo posible para lograrlo. Hay un hombre de Tosa que se aloja a menudo aquí: Sakamoto Ryōma.

—Genzui me lo mencionó una vez —dije—. Creo que se conocieron en Hagi.

Shinsai sonrió.

—Me han confundido con él. La gente dice que nos parecemos. Él cree que Satsuma y Chōshū tienen que unirse. Se lleva bien con muchas personas en ambos dominios.

—¿Luchaste aquella noche?

A medida que avanzaba la noche, el silencio se adueñó de la posada. Hacía un frío glacial, aunque aún no había llegado el solsticio de invierno. Me

acerqué más a Shinsai, buscando el calor de su cuerpo.

—No, el número de enemigos era muy superior al nuestro. Hubiera sido una muerte inútil.

—Pero ¿ya has combatido?

—Sí.

—¿Y has matado a alguien?

—Por supuesto.

—¿Fue así como te ganaste el respeto de los demás?

Se rio.

—¿A qué te refieres?

—Es que me di cuenta de que la gente te respeta y te tiene un poco de miedo. Es uno de los aspectos en los que has cambiado desde que te marchaste de casa. —Recorrí su brazo con los dedos. Tenía los músculos duros como el acero. No tenía ni un gramo de grasa en ningún lado, pero su piel era sedosa al tacto. Pensé en su cuerpo, los vasos sanguíneos que se extendían azules justo debajo de la piel, el corazón que latía acompasado bajo mi oído, los pulmones que bombeaban hacia dentro y hacia fuera el aire que sentía sobre mi cabello, los músculos y nervios que intervenían en cada acción, que habían obedecido la orden de matar.

—Cuando me piden que haga un trabajo, lo cumplo —dijo Shinsai—. Por eso creo que soy tan fiable como el que más.

—Pero ¿te gusta?

—Tsu-chan... —comenzó a decir, pero le tapé la boca con la mano.

—Ya te dije que no me llamas así.

—De ahora en adelante, jamás te volveré a llamar por otro nombre que no sea Imai-kun. Me gusta luchar. Siempre me ha gustado. Si tengo que terminar matando, no me molesta. Prefiero matar que morir.

—¿A cuánta gente has matado?

—Tal vez a ocho, diez... y tres estatuas de madera.

—¡Así que estuviste metido en eso! Lo sospechamos.

Shinsai se volvió a reír y comenzó a acariciarme de un modo que puso fin al diálogo.

Después, a pesar de que estaba cansada, tardé en dormirme. Mi cabeza bullía de tanto pensar. El malvado Iemon adoraba matar, y al público le

encantaba ver su maldad. Nakajima siempre se había sentido fascinado por la muerte y el asesinato en sus formas más grotescas. Eikaku pintaba a los seres humanos que sufrían tormentos en el infierno a manos de espíritus y demonios aterradores. Yo misma tenía mis propias alucinaciones regadas de sangre. Había visto a muchas personas morir, y aunque hubiera preferido salvarlas, estaba interesada en su forma de morir. Y a Shinsai le gustaba matar... Qué extrañas y complejas relaciones existían entre los individuos, sus cuerpos, el sexo y la muerte.

* * *

A la mañana siguiente, cuando estábamos tomando nuestro desayuno de arroz, miso shiro y rábano en vinagre, O-Tosei, la dueña, le dio a Shinsai un fajo de cartas.

—Han llegado estas para ti, Itasaki-san.

—Gracias —dijo, poniéndolas a un lado del tatami.

Enviamos nuestras cajas y cestos por delante, pero él llevó las cartas consigo mientras caminábamos —dejando atrás el enorme santuario a Inari con sus *torii* rojos y sus blancas estatuas de zorros— desde Fushimi hasta la ciudad. Yo también llevé un fajo con los prospectos médicos y las muestras, esperando poder hacer negocios en el camino.

Era una mañana helada, las últimas hojas de la hierba elefante aparecían relucientes, orladas de blanco bajo el sol color bermellón, cubierto en parte por la neblina, aunque dejaba ver con claridad su contorno redondeado. Era como un símbolo de nuestro país, unido bajo el emperador y bajo el sol rojo. La ciudad se extendía entre empinadas colinas cubiertas de bosques; sobre las laderas inferiores, algunas hojas brillantes aún se aferraban a las ramas desnudas. Más arriba, alrededor de los cedros, cintas de bruma colgaban como banderas de color gris. El camino seguía el recorrido del río, bordeado en gran parte por una única hilera de edificios, detrás de los cuales se extendían arrozales, todos secos y turbios. Al acercarnos a la ciudad, aparecieron más casas y mayor densidad en la construcción. Una nube de humo, que provenía de las hogueras para cocinar, colgaba encima, y un aroma fresco y sabroso ascendía desde las calles. Muchas personas caminaban en la misma dirección que nosotros: agricultores que llevaban cestas de verduras de

invierno o ristras de caquis secos; pescadores que transportaban la pesca conservada en recipientes con musgo y hielo; operarios vestidos con chaquetas y pantalones raídos; porteadores y caballos de carga; samuráis con sus capas de invierno que caminaban de dos en dos; de vez en cuando se veía también un oficial en un palanquín. Todos los dominios habían estado construyendo mansiones y cuarteles en la capital, y muchos seguían todavía en construcción.

—Aquel es Myōhōin —dijo Shinsai, señalando un grupo de edificios apartados del camino, medio ocultos por los cedros—. El lugar donde escondimos a los nobles.

—¿Así que viajaste por este camino con ellos?

—Atajamos por el bosque detrás de Tōfukuji y usamos los senderos hasta Fushimi.

—Debes de tener un buen sentido de la orientación.

—Sí, llevo aquí desde hace más de cuatro años. Desde tu boda.

—¿Por qué no intentaste ponerte en contacto con nosotros? Estuvimos muy preocupados por ti.

—Es mejor que no mencionemos el motivo —respondió Shinsai.

A esas alturas ya nos encontrábamos en pleno corazón de la ciudad. Pasamos delante del recinto de otro gran templo, Kenninji, y poco después salimos del camino principal a un laberinto de callejuelas que se extendía entre el río e Higashiyama y, como me enseñaría Shinsai luego, entre los puentes Shijō y Sanjō. Seguía relajado y de buen humor, pero me di cuenta de que estaba constantemente alerta a todo lo que sucedía a su alrededor.

—¿Nos están siguiendo? —pregunté en voz baja.

—No lo creo. Pero haremos un alto y tomaremos algo antes de ir a nuestra posada.

Casi cada dos tiendas había una casa de té, y todas ofrecían diferentes especialidades del distrito y de la estación del año. Entramos en una y pedimos té y *mochi* con salsa. Saqué mi caja de tabaco, encendí una astilla en el brasero delante de nosotros y fumé una pipa mientras esperábamos. Shinsai me miró con ojo crítico.

—¿Me reconocerán aquí? —pregunté.

—Hay algo que no cuadra que te puede delatar —replicó—. Pero hay mucha gente extraña en la capital. Mientras evites encontrarte con las fuerzas

policiales, el Shinsengumi o el Mimawarigumi...

Me molestó un poco su comentario. Con el tiempo había adquirido gran confianza en mi atuendo y estaba bastante segura de que nadie adivinaría que era una mujer. El té llegó y lo bebimos lentamente. Durante todo ese tiempo, Shinsai no dejó de recorrer con la mirada el pequeño salón cargado de humo y la calle más allá de las cortinas. Hacía frío incluso en el interior. Acababa de levantar las largas varas para atizar las brasas en el brasero cuando de pronto se hizo silencio en la estancia. Me giré cuando un hombre cruzaba el umbral del local.

Llevaba un *hakama* apagado sobre un kimono azul oscuro con un *haori* celeste, con motivos blancos en las mangas. No dijo nada, pero emanaba un aire de autoridad amenazante. Varios clientes intentaron ocultar sus rostros frotándolos con un pañuelo y bajando la cabeza hacia sus cuencos de té. Shinsai extendió la mano y agarró mi pipa, la llenó, la encendió, inhaló el humo y lo soltó. Yo me quedé mirándolo, sin pronunciar palabra.

El hombre miró una a una a las personas que había en el salón y luego se volvió con brusquedad. Detrás de su *haori* había un único carácter que decía: *Makoto*, «sinceridad».

—Shinsengumi —dijo Shinsai en voz baja, al tiempo que las conversaciones se reiniciaban alrededor de nosotros.

—¿Te conoce?

—No lo creo. Por lo que sé, no saben quién soy. Pero es imposible estar seguro. Por supuesto, conocen bien a Genzui y Katsura, pero su posición en el dominio los protege.

Cuando nos fuimos de la casa de té, el mismo hombre estaba parado al final de la calle.

—Camina de forma natural —masculló Shinsai.

Pero yo sabía que nos iba a detener y quería demostrar que podía pasar por hombre en cualquier circunstancia. Antes de alcanzarlo, hice una pausa, desenrollé el fajo que llevaba y tomé uno de los prospectos que Eikaku nos había diseñado. Cuando el agente se cruzó en nuestro camino, planté uno en sus manos.

—Del famoso pueblo de Isa, el remedio para todos sus achaques. Garantizado para aliviar el sufrimiento de cólico, las jaquecas, los dolores de dientes y de hemorroides, los cálculos y los depósitos en la orina, y muchas

otras dolencias.

Mi propia voz parecía provenir de otra persona, algún joven entusiasta de Isa, incluso con el acento justo.

—Puedo darle a su excelencia una muestra gratuita, pero si sus amigos desean uno (y lo harán) les costará dos *mon*.

—¡Embusteros! —exclamó, pero agarró el sobre, lo metió dentro de su túnica y nos dejó seguir nuestro camino.

—¿Ves? —le dije a Shinsai, cuando ya no nos podía oír—. Lo he engañado totalmente.

—Te prohíbo que te dirijas a cualquier Shinsengumi —dijo Shinsai, conduciéndome entre los callejones por un camino lleno de curvas.

—Podría envenenarlos —repliqué. El corazón me latía con fuerza, pero de alegría, no de temor—. De todas formas, no es un hombre sano. Apuesto a que tiene sangre en la orina y le duelen los riñones. No le queda mucho tiempo.

Al final de la siguiente calle, Shinsai me dijo que esperara unos instantes mientras echaba una ojeada al hospedaje. Lo vi entrar en un pequeño y estrecho edificio entre una tienda de segunda mano y un almacén de fideos soba. Cuando salió y me hizo una seña, lo seguí al interior. La casa tenía un curioso olor que no pude identificar.

—Este es mi pequeño escondrijo —dijo, al tiempo que una mujer cruzaba la puerta que unía el edificio a otro contiguo—. Y esta es la señora Minami, dueña de la tienda de segunda mano y mi patrona. El doctor Imaiike Kōnosuke —le dijo a la mujer—. Estudió con mi hermano.

El estrecho edificio parecía servir de almacén a la tienda y estaba atiborrado de cazuelas de cerámica, recipientes de bambú, viejos paraguas, baúles y cajas. La señora Minami era corpulenta y rolliza, con un rostro agradable como el de la diosa *kami* Benten. Tenía un aspecto virtuoso y tranquilizador, como si de verdad fuera una de las diosas de la buena fortuna. Luego descubriría que era muy generosa y que se dedicaba a hacer buenas obras en el vecindario. Adoraba al emperador y estaba interesada en las enseñanzas de Hirata Atsutane.

—Bienvenido a casa —dijo, dirigiéndole una amplia sonrisa a Shinsai.

—El doctor Imaiike se quedará un tiempo —dijo Shinsai.

—¿Está buscando pacientes? —preguntó con interés.

—Pues la verdad es que sí, y me sentiría honrado de tratarla sin cargo alguno —dije con mi acento de Isa.

—¡Oh, cómo habla! ¡Es un encanto!

Nuestra incipiente amistad se vio interrumpida por un cliente que llamaba a la puerta de la tienda, y la señora Minami nos abandonó en medio de efusivas disculpas.

Shinsai me condujo hacia la habitación trasera.

—No es gran cosa —dijo—, pero es muy privada. Y tiene una vía de escape.

Al final de la habitación había un patio diminuto y un muro, detrás del cual había un enorme edificio. El olor era aún más fuerte allí. Fruncí la nariz intentando identificarlo.

—Son los baños públicos —dijo Shinsai—. Al igual que la señora Minami, los dueños son leales al emperador y están dispuestos a ayudarnos. Guardo ropa allí. Conseguiremos algunas prendas también para ti, ropas de mujer. Si hay una redada, saltas el muro y te marchas por la puerta de los baños públicos disfrazada de otra persona.

—¿Propones que salte el muro desnuda?

—Podrías conservar el taparrabos para no hacerte daño en tus partes pudendas.

—No tengo esas partes —dije.

—No me lo recuerdes —dijo con una amplia sonrisa—: nuestra casera volverá en cualquier momento.

Reapareció en ese instante con unos cuencos de té sobre una bandeja, y hablamos un rato, principalmente sobre su salud, los remedios que usaba y mi opinión acerca de ellos. Se marchó después de servir una segunda taza de té que bebimos mientras Shinsai echaba una ojeada a las cartas que le habían dejado en el Teradaya.

Miré a mi alrededor, examinando los muebles y las escasas posesiones de Shinsai: un perchero para la ropa, un estante para la espada, cajas con ropa, pilas de libros arrimadas contra las paredes, un pequeño escritorio, un brasero apagado y una lámpara. Me calenté las manos en el cuenco de té y dejé que el vapor me cubriera el rostro.

—Esta es de Inoue Monta —dijo Shinsai.

—¿Desde Inglaterra?

—Seguramente. —Shinsai me entregó el sobre y la carta. Estaba dirigida a Itasaki Shinsai en el Teradaya, en Fushimi. No podía creer que hubiera viajado desde Inglaterra. Observé la letra fluida de Monta y creí oír su voz henchida de pasión.

—¿Qué dice? —Había algunas líneas encima de la carta que no podía leer.

—University College, Londres —deletreó Shinsai—. Debe de ser el lugar donde están estudiando.

—¿Hablas inglés, Shinsai?

—He estado intentando aprender un poco. Lo puedo leer. No sé si hablarlo.

A continuación leyó la carta en voz alta:

Es imposible describir Londres. No te lo puedes imaginar hasta que no lo ves. Las construcciones son de ladrillos, piedra y acero. Todas las ventanas son de vidrio. Te sientes como si estuvieras en una prisión cuando estás dentro, y siempre observado por gente cuando estás fuera. Las calles están pavimentadas e iluminadas de noche con lámparas de gas. Está muy sucio por la cantidad de caballos. Los trenes van por todos lados encima del terreno, impulsados por el vapor, circulando sobre vías de hierro, y hay proyectos para que también circulen subterráneamente. Inoue Masara se enamoró de la estación de Paddington, tuvo una especie de revelación allí y llevará los ferrocarriles a nuestro país. Itō se ha enamorado de un buen número de señoritas inglesas. Encuentra sus ojos azules y su cabello dorado irresistibles. Tendrá que regresar a casa sin ninguna. Se supone que tenemos que estudiar química analítica con el doctor Alexander Williamson, pero en realidad estamos tratando de aprender el inglés y de entender su sociedad.

¿El viaje para venir? No vale la pena contarlo en detalle. Itō estuvo mareado la mayor parte del tiempo y casi se cae por la borda mientras orinaba. Las olas le lavaron el culo, lo cual fue muy conveniente porque estaba afectado por la disentería. Aprendí mucho sobre náutica encaramándome y bajando por las jarcias con los demás marineros y recibiendo órdenes y contraórdenes. Cuando terminó el viaje, tenía un mejor conocimiento del inglés, incluyendo algunos insultos frecuentes (no tenéis ni idea de su cantidad y de lo descriptivos que son).

Algunas veces me parece que morí en el mar y que ahora estoy en un infierno especial reservado para aquellos que están lo suficientemente locos como para creer que podríamos obligar a los extranjeros a marcharse de Japón alguna vez. Aunque cada hijo de Yamato quisiese dar su vida por esa causa, ni siquiera así podríamos derrotarlos.

Es difícil explicar mis sentimientos confusos. La gente es muy amable con nosotros, aunque sospechan que en realidad somos salvajes, y son muy generosos. Hay muchas cosas aquí que nos impresionan, que nos dan envidia y que nos deprimen. ¿Cómo ha podido Inglaterra volverse tan poderosa? ¿Cómo podrá alcanzarla nuestro país?

Itasaki-kun, hay que abandonar el jōi. Si nuestro dominio continúa provocando a los extranjeros, nos arrasarán. Por favor, haz lo posible por explicarlo en todos los ámbitos. Debemos evitar cualquier tipo de enfrentamiento que nos pueda llevar a una guerra que no podemos ganar. Te lo repito: no podemos ganar.

Bueno, comemos carne y bebemos tanta leche que seguramente nos olvidemos del japonés y terminemos mugiendo como vacas. Nos hemos cortado el pelo según el elegante estilo occidental, y llevamos abrigos, pantalones e incluso zapatos de cuero. Hay muchos sitios en donde se puede beber, y bebemos cerveza, ginebra y whisky. Seguramente estarás pensando que me he transformado en un europeo. Pero sigo amando a mi país por encima de todo, aunque no tengamos ferrocarriles ni telégrafos ni nada que nos convierta en una nación civilizada. Volveré pronto para transformarlo.

Hasta entonces,

Inoue Monta

—¡Qué valiente al aventurarse en semejante tierra desconocida! —dije. La carta me había dejado excitada y un tanto envidiosa de las experiencias de Monta.

—Estoy de acuerdo con todo lo que dice. —Shinsai dobló la carta y la guardó en su sobre—. Pero en este momento el deseo de combatir es tan fuerte en Chōshū que no creo que pueda ser aplacado.

EL PRIMER AÑO DE GENJI

EN las semanas que siguieron a nuestra llegada a la capital, caminé por sus calles y callejones hasta que me sentí tan familiarizada con el lugar como Shinsai. A menudo él venía conmigo, y me mostraba sus rutas secretas y me señalaba las casas de té que frecuentaban Aizu y los hombres de Satsuma. Prestaba atención a cualquier fragmento de conversación y a cualquier rumor que escuchaba. Conversaba con todo tipo de personas, mientras repartía los prospectos y escuchaba relatos de los síntomas. La señora Minami dispuso que utilizara una estancia en el santuario de la vecindad para realizar las consultas con mis pacientes.

Paseaba por Higashiyama y visitaba los grandes templos de Chion'in, Tfukuji y Kiyomizudera, maravillándome de su historia y de sus tesoros. En Ishiyama, donde se decía que la señora Murasaki comenzó el *Relato de Genji*, compré un amuleto para mi madre, preguntándome si la volvería a ver alguna vez para dárselo. Fui al palacio imperial y contemplé las famosas puertas de Sakaimachi, Hamaguri y todo el resto del edificio, y luego pasé por Nishijin, el distrito de los tintes y de los tejidos, hasta llegar a Kitano Tenmangu, donde quemé incienso y oré a Tenmanjin-sama por Eikaku, Takasugi y todos los jóvenes de Chōshū. Acudí a las orillas de los ríos, donde los mendigos y otras personas marginadas se congregaban bajo los puentes de Nijō, Sanjō y Shijō. Vi todo tipo de enfermedades y de sufrimiento, y las dificultades de estos vagabundos se tornaron aún más desafortunadas a medida que avanzaba el crudo frío del invierno. A finales de año, la capital estaba cubierta de nieve, mostrando un austero encanto, pero se volvía todavía más cruel para los indigentes.

En Año Nuevo, en un intento ingenuo de alterar la suerte de la nación, el

nombre de la era fue cambiado a Genji. Sería el peor año en la historia de Chōshū, y para mí, el más triste de mi vida.

La señora Minami estaba dedicada a tratar de aliviar los sufrimientos de los pobres, y a menudo venía a pedir que le cediera algunos polvos o pastillas que luego compensaba descontando el importe del alquiler o reponiéndolos con un cuenco de fideos o de *o-den*. Estábamos cenando una de esas raciones calientes una noche a comienzos de año, cuando regresó antes de lo previsto —pues siempre traía té al final de la cena— para decir que alguien estaba esperando en la tienda de fideos con un mensaje para Shinsai.

—Iré a ver —dijo Shinsai, tragándose el último bocado de *o-den* y poniéndose de pie. Estuvo ausente mucho tiempo y comencé a pensar en si debía prepararme para huir por encima del muro cuando volvió para decir que su visitante era Kusaka Genzui.

—Quiere que vaya a Ōsaka con él y Katsura mañana. Tú también puedes venir.

—Genzui me reconocerá —dije—. Conoce a mi familia desde hace muchos años, y lo he visto varias veces en la posada de Shiraishi.

—Le he contado quién eras. Alguien ya le había informado sobre un joven médico de Hagi y sintió curiosidad. Conoce a todas las familias médicas de Chōshū. He pensado que no podríamos engañarlo y tampoco quería hacerlo.

—¿Y Katsura?

—No te conoce, ¿verdad?

—Hemos estado en el mismo sitio juntos, puede que en una o dos ocasiones. Pero jamás hemos hablado.

—¡Veamos si lo podemos engañar! —exclamó Shinsai—. Será divertido.

—No quiero ir; es demasiado complicado.

—Ven conmigo —suplicó Shinsai.

—¿Sabe Genzui lo nuestro?

—¿Qué es lo nuestro? —preguntó Shinsai, provocándome.

—Ya sabes...

—¿Te refieres a esto...? —Recorrió mi pierna con la mano, enardecíendome la sangre—. No hay nada que saber. Todo el mundo está al corriente de mi escaso interés por las mujeres. Tú eres una mujer obsesionada por el sueño de servir al emperador. Huiste de Kyōto vestida de hombre y yo

te estoy protegiendo hasta que te pueda enviar de regreso a casa.

—¿Eso es lo que le has contado a Genzui?

—Algo así. —Su mano subió aún más.

La aparté a un lado de un manotazo.

—No deberíamos estar juntos.

—Ya es tarde para decir eso —dijo Shinsai, retomando sus caricias, y por supuesto que lo era, demasiado tarde.

—¿Por qué vamos a Ōsaka? —le pregunté antes de irnos a dormir.

—Takasugi está de camino con Kijima Matabei para hablar con Katsura y Genzui. Esperan persuadirle para que se tranquilice y sea paciente.

Kijima Matabei, un brillante espadachín y amigo íntimo y colaborador del noble Sufu, se había transformado en el líder de uno de los *shotai* más grandes y agresivos: el Yūgekitai. No estaba preocupada por él, ya que nunca nos habíamos visto, pero Takasugi era una cuestión diferente.

—Takasugi me reconocerá sin duda. —Le había hablado a Shinsai de mi visita a Takasugi con Monta y sobre la fundación de la milicia de Kiheitai en la posada de Shiraishi—. Y es bastante probable que se lo cuente a mi esposo.

—Tú ya no tienes esposo —Shinsai estaba casi dormido. Oí el sonido de su respiración aquietándose, y luego me quedé despierta durante un tiempo, preguntándome qué debía hacer. Estaba contenta con mi vida: de día vivía como hombre haciendo un trabajo que me interesaba, y de noche como mujer con un hombre al que adoraba. Pero había que reconocer que era una fantasía, solamente posible porque el mundo en que vivíamos estaba patas arriba. Cuando miraba hacia el futuro, me costaba imaginar de qué manera podía continuar esta vida que llevábamos. Tal vez pudiéramos escaparnos a un lugar donde nadie nos conociera, tal vez pudiéramos ir a Inglaterra como Monta.

Ahora que Shinsai me había planteado el desafío de engañar a Katsura, sentí que no lo podía rechazar. La idea me excitaba. Iría a Ōsaka. Katsura no me reconocería, y tampoco Takasugi.

Cuando me quedé dormida, soñé que estaba en un extraño país donde las casas eran de acero y vidrio. Caminaba entre ellas buscando algo. No era capaz de encontrarlo, y peor aún: no recordaba lo que estaba buscando.

* * *

Una gruesa capa de nieve seguía cubriendo el suelo en Kyōto cuando nos marchamos, pero al llegar a la costa habían desaparecido los últimos rastros y en Ōsaka se percibían los primeros atisbos de la primavera en el viento del este. Era ya la última hora de la tarde y la oscuridad se cernía sobre la ciudad. Esta vez no nos alojamos en la residencia de Chōshū, sino en una posada no demasiado alejada de la zona de Dotonbori, donde habíamos asistido al teatro kabuki. Aunque Takasugi, Genzui y Katsura eran ahora funcionarios del gobierno del dominio, estaban en Ōsaka con carácter no oficial, y en el caso de Takasugi sin permiso. Después de conseguir un lugar para pasar la noche, volvimos a salir a una casa de geishas de la zona.

Takasugi ya se encontraba allí con Kijima, pero nos sentamos a cierta distancia de ellos hasta que llegaron Katsura y Kusaka Genzui. Vinieron cada uno por separado —jamás viajaban juntos por temor a ser atacados—, y ambos llevaban cubierta la cabeza para ocultar sus facciones. Las muchachas se alborotaron a su alrededor, ayudándoles a quitarse las prendas exteriores, las chaquetas y espadas, y armando un gran revuelo con su presencia. Eran populares en las casas de geishas, especialmente Katsura, que amaba a las mujeres y gastaba pródigamente. Era un joven alto, muy apuesto, con la piel libre de imperfecciones y de facciones bien proporcionadas. Tenía alrededor de treinta años en esa época, algunos más que Takasugi y Kusaka, quienes, obviamente, lo admiraban. Había llegado a ser el mejor alumno del *dōjō* de Saitō Yakurō en Edo y ascendido al más alto rango de la burocracia del dominio. No dejaba de ser un hombre capaz, pero la gente decía que debía su éxito a su popularidad y su encanto más que a cualquier otro talento en el que destacara.

Kijima Matabei era el mayor, por lo menos tenía quince años más que Katsura, tal vez unos cuarenta y cinco, pensé, aunque parecía aún más viejo, con el cabello que empezaba a volversele gris y el rostro surcado de arrugas. Era un hombre fornido, un espadachín y jinete famoso, respetado y admirado por muchos en Chōshū.

Genzui echó un vistazo a su alrededor, vio a Shinsai y nos hizo una seña para que nos acercáramos. No dio muestras de conocerme, pero presentó a Shinsai a Kijima. Los otros, por supuesto, ya conocían a Shinsai: Takasugi, del *sonjuku*, y Katsura, de los últimos años en Kyōto. Shinsai reveló que mi

nombre era Imaiike Kōnosuke.

Takasugi me dirigió una mirada de perplejidad, pero de ahí en adelante me ignoró. No tenía buen aspecto, tosía con frecuencia, pero no le daba importancia, y decía que quizá había pillado un resfriado en el barco desde Mitajiri.

Las geishas vinieron con las botellas de sake y un *shamisen*, pero Katsura, después de un breve coqueteo, las apartó. Se llevaron el *shamisen*, pero dejaron el sake, y volvían con frecuencia para rellenar las botellas.

Todos los hombres bebían copiosamente; Shinsai tal vez un poco menos que el resto. Intenté seguirles el ritmo y beber tanto como debía hacerlo un hombre. Estaba nerviosa y fumé también varias pipas. No tardé mucho en sentir que la cabeza me daba vueltas mientras intentaba seguir la discusión.

Kijima quería regresar a Kyōto con tropas para recuperar a la fuerza la posición de Chōshū. Los otros estaban todos en contra, aunque Takasugi, que hacía un año se había retirado en señal de protesta contra el rechazo de Sufu de combatir al *bakufu*, era el más comprensivo. Katsura estaba totalmente en contra. Genzui no se oponía a la idea de manera categórica, pero insistía en que no era el momento, que Kijima y el Yūgekitai tenían que ser pacientes.

—Como te dije en el camino —le comentó Takasugi a Kijima—, si estos dos, que conocen la situación en Kyōto mejor que nadie, estuvieran a favor de tu plan, te apoyaría. Tengo tantas ganas como tú de combatir, pero no podemos lanzar un ataque sin más, sin reflexionar detenidamente en lo que vendrá después.

—¡Después! —soltó Kijima con desdén—. Un samurái no piensa en el después. Lo que ocurre contigo, con todos vosotros, los jóvenes, es que pensáis demasiado. Leéis demasiados libros. ¿Cómo podéis luchar con ideas tan endebles? Nuestro señor ha sido deshonrado. Y nosotros, como vasallos suyos, debemos estar preparados para morir.

—Si me permitís hablar —dijo Shinsai—, Chōshū no puede combatir en dos frentes. Ya hemos tenido un enfrentamiento desastroso con las fuerzas extranjeras. El doctor Imaiike estuvo allí; vio la destrucción en Maeda y en Dannoura. —Takasugi me volvió a echar un vistazo fugaz, frunciendo levemente el ceño mientras Shinsai continuaba—: He recibido una carta de Inoue Monta desde Londres, la capital de Inglaterra.

Kijima entrecerró los ojos.

—¿Qué hace Inoue en Inglaterra?

—Se marchó porque quería conocerla con sus propios ojos. El dominio le dio permiso. Su consejo es evitar la guerra con los extranjeros a toda costa. No hay forma de que podamos ganar.

—¿Eso dice Inoue? ¡Debe de estar confabulado con los ingleses! De todos modos, no estoy defendiendo luchar contra los extranjeros. Lo primero es lo primero. Restauraremos la posición de nuestro señor en Kyōto y luego podremos cumplir con el deseo del emperador y expulsar a los extranjeros. —Kijima golpeó el tatami con la palma de la mano.

—No lograremos nada trayendo tropas a la capital —dijo Katsura.

—Es demasiado pronto —añadió Genzui—. El intento actual de lograr una alianza entre el *daimyō*, el *bakufu* y la corte no tardará en derrumbarse. Los grandes señores no se pondrán de acuerdo y terminarán por replegarse a sus dominios para lamerse las heridas de su ego. El emperador no confía en Satsuma, y la gente de Kyōto siente antipatía por Aizu por traer al Shinsengumi. Lo único que necesitamos es ser pacientes y esperar a que Chōshū vuelva a ser fuerte.

—Alguien debería dar a Satsuma una lección —masculló Takasugi—. Y para empezar, deshacerse de Shimazu Hisamitsu.

—Me gustaría verlo muerto —asintió Shinsai—. Debería pagar por la traición en el Teradaya y por el trato injusto a nuestro dominio.

—Pero Chōshū y Satsuma necesitan ser aliadas, ¿no es cierto? —Era prácticamente la primera frase que pronunciaba. Por suerte, el humo del tabaco me había hecho más grave la voz—. A menos que los grandes dominios se unan, no tenemos esperanzas de alcanzar nuestro objetivo.

—Es antinatural, pero el doctor tiene razón —dijo Katsura—. Sin embargo, es difícil confiar en Satsuma.

—No tengo problemas en combatir contra Satsuma —exclamó Kijima. Se moría de ganas de luchar con alguien, y no se iba a echar atrás tan fácilmente. Los ánimos se caldearon a medida que se intensificó la discusión y todos bebimos más.

Al final, Kijima estuvo de acuerdo en regresar a Chōshū para persuadir a sus tropas de que retrasaran cualquier tipo de acción. La perspectiva pareció deprimirlo, y cuando Takasugi llamó a la geisha para que trajera el *shamisen*, se puso de pie y dijo que estaba cansado y que se iba a dormir. Katsura

también se levantó con paso vacilante y, con una mirada anhelante a las geishas (una de ellas era realmente muy guapa), dijo que se aseguraría de que Kijima regresara sano y salvo a sus aposentos y se embarcara de vuelta a casa por la mañana.

—¿Regresarás a Chōshū con él? —preguntó Genzui a Takasugi cuando se marcharon.

—Mañana no. Primero tengo que hablar con Hisamitsu. —Takasugi arrastraba las palabras y advertí que estaba muy borracho. Tomó el *shamisen* de sus rodillas y comenzó a tocar. Mirando a la preciosa geisha, entonó una canción de amor que yo conocía desde mi niñez. Por un momento todos nos permitimos volver a nuestro remoto lugar de nacimiento, pero cuando llegó a la mitad de la canción, posó su mirada en mí y tras entonar otra estrofa se interrumpió.

—Sé quién eres: la esposa del médico —dijo.

No dije nada, dudando entre si debía confesarlo o negarlo.

—No la delates, Shinsaku. El doctor nos es útil así —se apresuró a decir Genzui.

Takasugi estaba sacudiendo la cabeza, fingiendo asombro.

—Me has engañado de verdad. Acabo de recordar tu expresión aquella vez que viniste a verme. —Se volvió hacia Genzui—: Ella me ayudó, ¿sabes? Es tan buena como un médico de verdad.

—Soy un médico de verdad —dije en voz alta—. ¿Hay algún motivo por el que no pueda ser médico? —Bajando la voz, continué—: No soy la esposa del médico. ¡Yo soy el médico!

—¿Es ese el motivo por el cual te vistes como hombre? —preguntó Genzui.

—¿Por qué una mujer no puede ser médico? ¿Por qué tenemos que fingir siempre que somos inferiores a los hombres? Vosotros sois hijos de médicos. —Me dirigí a Genzui y a Shinsai—. Y también Katsura-san. Cualquiera de vosotros podría haber sido médico, pero no quisisteis. ¿Acaso no es injusto que una mujer que lo desea con toda el alma lo tenga prohibido? —Al oír mi propia voz, me di cuenta de que yo también estaba muy ebria—. Vosotros queréis hacer un mundo nuevo, es lo que todos deseamos. En el nuevo mundo, ¿tendrán las mujeres la misma libertad que los hombres? ¿Acaso no es lo que Yoshida Shōin hubiera querido?

—¡Maravilloso! ¡Maravilloso! —gritaron las geishas, aplaudiendo y sirviéndonos más sake. La más guapa se acercó y se sentó a mi lado.

—¡Me gustas! —dijo—. Hombre o mujer, no me importa.

Takasugi soltó una fuerte carcajada.

—Si vas a ser un hombre, tienes que saber cómo comportarte con las mujeres. ¡Te daremos una lección!

Estaba disfrutando, pero el sake presionaba mi vejiga.

—Necesito mear —le susurré a la muchacha. Ella se rio de mi expresión, pero se puso de pie y me condujo de la mano al excusado al fondo de la casa de té, donde me mostró el lugar que usaban las mujeres para orinar.

Cuando salí, había traído un cuenco con agua y una toalla para lavarme las manos. Apoyó el cuenco, me atrajo hacia ella, me besó en la boca y acarició mi rostro.

—Eres maravillosa —dijo—. Quisiera poder ser como tú.

En ese momento no sabía si era hombre o mujer. Era una muchacha muy menuda y eso hacía que yo me sintiera enorme y alta. Nuestros cuerpos parecieron fundirse de un modo sumamente placentero. Por supuesto, yo estaba completamente borracha.

—¿Qué haces habitualmente? Me refiero a cuando orinas —preguntó con curiosidad.

—He aprendido a aguantarme hasta encontrar un lugar privado. Algunas veces es un problema. Itasaki inventa algo o distrae a cualquier otro hombre que esté junto a nosotros.

—¿Es tu amante Itasaki-san?

—Sí, pero no se lo cuentes a nadie.

—Es como una obra de teatro —dijo, con los ojos brillantes—. ¿Y tu esposo...? ¿Tienes esposo?

Le hablé sobre Makino, cómo me había ordenado volver junto a mis padres.

—¿Así que te escapaste? Quisiera poder hacerlo.

No pude decir nada. Sabía que su vida debía de ser dura e injusta. Noche tras noche corría el riesgo de contraer una enfermedad que la desfiguraría y finalmente resultaría fatal. Era una mercancía de la casa, ofrecida como tal a los clientes. A no ser que alguien quisiera librarla casándose con ella, no tenía

escapatoria. Si se quedaba embarazada, tendría que someterse a un aborto.

—¿Cómo te llamas?

—Aquí me llaman Ume.

Los hombres estaban gritando para que regresáramos. Me pregunté si alguna vez pensarían en un nuevo mundo para las geishas y las prostitutas, qué planes tenían para el futuro, el tipo de mundo que crearían después de derrocar el antiguo. Kijima los había acusado de pensar demasiado en el después. A mí no me parecía que pensarán lo suficiente en eso.

Jamás volví a ver a Ume, pero nunca la olvidé.

INOUE MONTA

Año 1 de la era Genji (1864),

primavera, veintinueve años

Monta mira con desagrado la taza de té que han colocado bruscamente delante de él. Hay algo profundamente deprimente en el té inglés: es demasiado fuerte y amargo para beber solo, pero añadirle leche le da un gusto ácido. Desde que vive en Inglaterra ha aprendido mucho sobre la historia del té: provocó el ascenso y la caída de imperios; transformó los veleros llamados *clippers* en los barcos más veloces del mundo; bosques enteros han sido talados para ser ocupados por las plantaciones de sus arbustos; los hombres han robado y asesinado para traerlo a la población adicta. Cree que el resultado final debería ser más agradable. Ahora los sabores delicados del té japonés, y mataría por un cuenco de arroz. Le han ofrecido platos de arroz aquí, pero uno está hecho con leche y azúcar y el otro, una curiosa mezcla de pescado ahumado con huevos, solo se come en el desayuno.

Los ingleses comen muchas patatas y pan. No tiene problema con ello: uno se puede acostumbrar al pan. Y la carne a menudo es la parte más sustanciosa de cualquier comida. También le gusta el jamón con huevos, la primera comida que degustó en Inglaterra, en el puerto. Su sabor quedó mezclado para siempre con el asombro, no solo por la enorme y negra inmensidad de Londres, sino también porque le hubieran entendido en su rudimentario inglés y él a su vez comprendiera lo que le respondían. Después de todo, todo el tiempo que había

invertido estudiando en Edo había servido para algo.

También echa de menos el pescado fresco y el sushi, los soba, los *mochi*, los *dango*. Se le hace la boca agua. Bebe el té con valentía, pero sabe aún peor después de haberse imaginado los succulentos platos.

Itō, sentado ante él, está leyendo el periódico, el *Times* de Londres. Tienen la costumbre de encontrarse todas las mañanas en esta casa de té cercana al University College, donde Itō está matriculado como estudiante de química analítica. Monta no se explica cómo consiguió evitar inscribirse, aunque a veces asiste a clase. Ninguno de los dos sabe muy bien lo que es la química analítica, pero el profesor que los ha acogido bajo su tutela, el doctor Alexander Williamson, es profesor de esta materia. Itō está viviendo en su casa; Monta, no muy lejos, en un alojamiento en Hampstead Road.

Algunas veces, Monta atisba la importancia de la química. Simboliza el enfoque analítico de Occidente, la extraordinaria habilidad de reducir las cosas a su más mínima expresión, para comprenderlas en detalle y manipularlas. Londres, toda Inglaterra, parece estar invadida por una fiebre de descomponer cosas, dividiéndolas, extrayendo su poder y utilizándolo para construir nuevas maravillas. El aire que hace arder sus ojos y su garganta está impregnado de ingenio. ¿A quién le importa si la espesa niebla a la que llaman *sopa de guisantes* cubre como un manto Londres durante el invierno, de tal manera que los días apenas son más claros que las noches? Inglaterra está en plena revolución. Está en pleno progreso, y está expandiendo su poder a todo el mundo.

Piensa en su propio país, adormecido bajo el régimen de Tokugawa. Sabe que su pueblo es tan ingenioso e inteligente como el inglés, y también trabajador y capaz de grandes sacrificios. Solo necesita ser sacudido de su modorra. Como dicen los ingleses, necesita una buena patada en el culo.

Estas pintorescas expresiones inglesas le provocan risa ahora que comprende mejor el idioma, como la jerga callejera que tanto le divertía cuando llegó por vez primera a Edo. Siempre ha buscado mezclarse con las personas de las clases bajas, en tabernas de mala muerte, antros clandestinos de juego y vulgares prostíbulos. En todas las ciudades del mundo existen los mismos lugares, por lo que conoce de su limitada experiencia en Edo, Shanghái, Hong Kong y ahora Londres. Hay dos o tres casas públicas en la vecindad donde él e Itō son bien conocidos y donde han sido adoptados como

mascotas o animalitos. Los ingleses los tratan con amabilidad condescendiente, los atiborran de whisky y les enseñan frases vulgares: «Vete a la mierda y bésame el culo». Afortunadamente, como ha sido criado en Chōshū, resiste bien el alcohol y está satisfecho cuando sus compañeros manifiestan que, a pesar de su complexión delgada, podría darle cien vueltas a cualquiera cuando se trata de beber.

Aquí se siente diminuto —incluso la mayoría de las mujeres son más altas que él— y vulnerable sin sus espadas. Tiene casi treinta años, pero estar desarmado y rodeado de gente alta, además de llevar el cabello corto y su inseguridad respecto al idioma, lo retrotrae a la niñez. Tiene sus ventajas: jamás irrita a nadie —los ingleses están tan seguros de su superioridad que toleran a los extranjeros—, y las mujeres inglesas pueden ser agradablemente curiosas. Itō se aprovecha de ello con descaro, y ha gozado coqueteando con algunas jóvenes respetables, además de relacionarse con varias muchachas de la calle, pero Monta ha sido más prudente, o quizá menos valiente.

El salón se oscurece repentinamente cuando las nubes tapan el sol y la lluvia comienza a caer copiosamente. Oficialmente es primavera, y las flores en los parques y jardines de Londres estarían hermosas si no fueran derribadas por la lluvia y el viento, pero sigue haciendo frío, un frío húmedo y traicionero que hace que le duelan los huesos. Sus zapatos tienen agujeros por los kilómetros que camina todos los días, y vive con los pies entumecidos.

Itō ha comenzado a toser de nuevo; lleva sufriendo esa tos durante todo el invierno. Monta lo observa con preocupación afectuosa. Es algunos años mayor y trata a Itō como a un hermano menor a quien tiene que proteger y, a veces, reprender. Saca un par de cigarrillos —ahora los prefieren a las pipas— y le pasa uno al otro lado de la mesa. Le han dicho que el tabaco es malo para los pulmones, pero, en su opinión, es mejor que cualquier otra medicina. Itō pide fuego, aspira profundamente y vuelve a su periódico.

Frunce el ceño concentrado mientras articula las palabras en voz baja. Los dos leen el periódico todos los días; el profesor Williamson se lo ha recomendado. Monta disfruta de todo el proceso, comprando el *Times* a un muchacho en una esquina, abriéndolo dentro del salón de té, dejando que sus ojos se deslicen horizontalmente, esa extraña dirección de izquierda a derecha, imaginando a los demás observando y admirando. «Miradme —piensa—. ¡Estoy leyendo en inglés!». Aunque, para ser exactos, solo entiende

una de cada tres palabras.

—Chōshū aparece en las noticias —dice Itō, doblando la página hacia atrás para que Monta pueda leer el artículo. Es breve, pero lo lee dos o tres veces para estar seguro de que lo entiende.

Se ha formado una alianza entre las naciones de Gran Bretaña, Francia, Holanda y Estados Unidos para castigar al príncipe de Chōshū —es decir, al noble Mōri—, quien abrió fuego el año pasado contra varios barcos de naciones occidentales que atravesaban el estrecho de Shimonoseki.

—Van a atacar Chōshū —dice, alarmado.

—Castigo para el *jōi* —señala Itō—. ¡Nuestra gente aprenderá que no es tan simple!

Itō sonríe como si todo fuera una gran broma, y por supuesto que lo es: pensar que Chōshū, con sus lastimosas baterías y antiguos rifles, puede enfrentarse al poderío de Gran Bretaña y de otras potencias occidentales es cómico, como un niño pequeño que amenaza a un grupo de guerreros con una espada de juguete. Pero Monta sabe que el resultado no será gracioso, al menos no para Chōshū ni para Japón. Ha oído suficiente sobre la «diplomacia de cañonero», sobre «darles una lección a los *nativos*». Recuerda las historias que le han contado sobre las guerras del Opio y de la Flecha, cuando incidentes como este no eran más que pretextos para iniciar fuertes ataques sobre territorio chino, que acabaron con la destrucción del Palacio de Verano y la pérdida de la soberanía de Hong Kong y de Shanghái.

—¡Tenemos que volver!

Itō tiene aspecto abatido, recordando sin duda los horrores del viaje hasta aquí, los mareos, las tormentas, el trabajo agotador (creyeron que viajaban como pasajeros, pero los tomaron por marineros y a causa de su pésimo inglés no pudieron explicar el error).

—¿Qué podemos hacer? —dice, dando golpecitos sobre el periódico—. Ya está todo decidido. No podemos hacer nada para detenerlos ahora.

—Tenemos que intentarlo. Debemos prevenir el ataque. Podemos hablar con los ingleses en Yokohama, con Parkes o Satow. Podemos explicarles lo que significa realmente el *jōi*, mucho ruido dirigido contra el *bakufu*, que no deben tomarse en serio. Tal vez podamos ofrecerles alguna compensación,

podemos conseguir que negocien...

—Quemamos su legación—señala Itō.

—Eso fue tan solo una..., no lo sé..., ¡una travesura! Nada de eso está realmente dirigido a los extranjeros. Es solo que son un blanco fácil.

Monta lo entiende todo con claridad ahora. El principal objetivo es, y siempre lo ha sido, el *bakufu*. Los ataques a los extranjeros no son más que una forma de desestabilizar al gobierno, presionándolo, avergonzándolo, empujándolo cada vez más hacia su inevitable caída.

A menudo hablan en inglés para practicar, pero esta conversación ha sido toda en japonés. Ahora Monta baja la voz, aunque ninguna de las personas que los rodean les puede entender. Desde que conoció a Ernest Satow, tiende a creer que todos los ingleses son capaces de empezar a hablar con fluidez el japonés, sorprendiéndolo.

—Necesitamos explicarles que el problema es el *bakufu*. Sea cual sea la reacción de Chōshū, es solo un síntoma. Los ingleses nos apoyarán..., no podemos hacer nada sin ellos.

De pronto tiene una visión. Es tan lúcida que lo hace temblar. Con armas y conocimiento técnico ingleses, Chōshū puede derrocar al gobierno. Transformarán Japón en otra Inglaterra: el emperador será la cabeza del Estado, como la reina Victoria, que gobierna todo el Imperio británico. Sabe que Satow, y Parkes bajo la influencia de Satow, apoya a Chōshū. Desde que vive en Londres ha comprendido mejor la rivalidad entre las grandes potencias. El periódico habla de una alianza entre Francia y Gran Bretaña, pero, aunque presenten un frente unido contra los *nativos*, en la intimidad cada uno está envuelto en intrigas y en maquinaciones para favorecer sus propios intereses. Ha oído que los franceses están a favor de mantener al *bakufu* y hay rumores de que le proporcionarán armas y ayuda tecnológica. Para contrarrestar este poder, los británicos necesitan su propia base de poder, y Monta está empeñado en que sea mediante una alianza secreta con Chōshū.

Nadie más puede llevarlo a cabo. Esa es su misión. Por eso Sufu Masanosuke lo envió a Londres. Solo él puede actuar como intermediario entre las tres partes: el gobierno del dominio, los ingleses y los exaltados *jōi*. Respira profundamente y termina su té de un trago.

—Debemos marcharnos de inmediato.

Al otro lado de la ventana, los caballos enganchados a coches y carruajes

trotan bajo la lluvia. El sonido de los cascos herrados sobre el empedrado, los gritos de los conductores, el sonido de agua que salpica y el estruendo sordo de las ruedas van desapareciendo de su mente. En su lugar ve las casas y los templos de madera, los castillos con muros de piedra, las montañas cubiertas de bosques de su tierra natal. No duda de que su país será derribado y volverá a levantarse, pero si alguien ha de hacerlo, serán él y sus camaradas.

ATAQUE EN EL IKEDAYA

KIJIMA Matabei regresó a Chōshū solo convencido a medias de que debía conducir al Yūgetai a Kyōto. Takasugi abandonó la idea de asesinar a Shimazu Hisamitsu y también regresó a Hagi. Nos enteramos después de que sería juzgado por abandonar el dominio sin permiso y enviado, como castigo, a la prisión en Noyama.

—¿Qué te había dicho? —preguntó Shinsai—. El único hombre en el que podíamos confiar para evitar que nos metiéramos en líos y lo encarcelan por un delito insignificante.

Habíamos retomado nuestra rutina de vender medicamentos en la calle, tratar a pacientes y espiar. El clima en la capital se volvió cada vez más tenso a medida que la temperatura subía. Abundaban los rumores de conspiraciones e intrigas. Cada susurro era una conspiración en potencia. En el tercer mes, llegaron informes de Kantō dando cuenta de una rebelión en el dominio de Mito, uno de los centros de poder del Tokugawa, justo al lado de Edo. Mito era el clan de nacimiento de Hitotsubashi Keiki, el guardián del *shōgun* Iemochi y su más probable sucesor.

El grupo extremista se denominó a sí mismo Tengutō e incluía a algunos de los hombres más respetados de Mito. Tenían verdaderos motivos de queja y muchos campesinos y comerciantes se sintieron atraídos por su causa. Pasarían meses antes de reprimirlos por completo.

A pesar de las distracciones generadas por el Tengutō en Kantō, la posición del *bakufu* en Kyōto se estaba fortaleciendo. Tal como predijo Kusaka Genzui, la alianza con los grandes señores resultó un fracaso, dejando a la corte sin otro aliado que el gobierno del *shōgun*. Sin embargo, nada era tan simple. El *bakufu* adoptó entonces lemas del partido *jōi*, en parte para

ganar apoyo popular, y tal vez también para tranquilizar al emperador. La aversión por los extranjeros entre los Shinsengumi era tan acérrima como la que sentían hacia los *shishi*, a quienes perseguían por los callejones y las casas de té de Kyōto.

En el sexto mes, Shinsai recibió una carta de Genzui, que había estado en Chōshū unas semanas antes, con noticias del dominio. A pesar de la oposición de Takasugi, Yamagata Kyōsuke y otros, se encontraban haciendo los preparativos para el combate, y por lo menos tres contingentes de tropas se estaban alistando para marchar sobre Kyōto. Kusaka escribía:

Al igual que Takasugi, el noble Sufu también está en contra.

Nadie presta atención a Takasugi, pues sigue en la cárcel, y cada vez se ignora más y se tiene menos en cuenta a Sufu. Fue ampliamente criticado por visitar a Takasugi en Noyama. Se dirigió a caballo hasta la puerta pidiendo a gritos ver a Shinsaku, amenazando a los guardias con la espada en la mano. No hace falta decir que estaba borracho. Sus seguidores sostienen que eso jamás ha interferido en su capacidad ni en su buen juicio y que, cuando está borracho, Sufu es más sabio que la mayoría de las personas cuando están sobrias, pero muchos están a favor de que sea castigado. Mi opinión es que el noble Sufu está deprimido por la evolución inevitable de los acontecimientos y por la pérdida de poder para controlarlos.

—Bebe demasiado, por eso está deprimido —dije cuando Shinsai me leyó esta parte. No pude evitar sonreír al imaginar a Sufu montado sobre su caballo, vociferando a las puertas de Noyama, mientras Takasugi languidecía en su interior, como su amado mentor, Yoshida Shōin. Me preguntaba cómo aguantaba Takasugi la vida en la prisión, si aprovecharía para ponerse al día en la lectura como Shōin. Esperaba que las circunstancias no lo sumieran de nuevo en la depresión y me preocupaba por el efecto sobre su precaria salud.

—¿Desde dónde escribe Genzui? —Un cliente de la tienda de fideos soba le había entregado la carta a la señora Minami.

—No tiene dirección —replicó Shinsai—. Debe de ser algún lugar en la capital. Sé que regresó de Chōshū.

Los *shishi* y los *rōnin* se ocultaban en toda la ciudad. En Kawaramachi,

justo cruzando el Kamogawa desde donde vivíamos, había numerosas posadas y casas de té donde se ocultaban o se reunían en secreto. Las fuerzas policiales acudían cada vez con más frecuencia a recorrer las calles y a hacer redadas en edificios, arrestando a sospechosos y torturándolos para sacar a la luz actividades contra el gobierno. Los dos grupos tenían mucho en común, tal vez por ello se odiaban a muerte. Los líderes del Shinsengumi estaban tan frustrados como los leales al emperador ante la incapacidad del *bakufu* o la falta de voluntad para expulsar a los extranjeros. Sin embargo, habían jurado fidelidad a Tokugawa y eran extremadamente leales al *shōgunato*.

Uno de los socios de la señora Minami era un vendedor de artículos de segunda mano que tenía una tienda en el Takasegawa, el canal que unía el Kamogawa con Fushimi. Le compraba a ella los objetos más grandes que no le entraban y a cambio le pasaba pequeños artículos. También vendía sillas de montar. Su tienda tenía el nombre de Masuya, y todo el mundo le llamaba Kiemon. Era muy útil para Shinsai por entregar mensajes e información. El Masuya se había transformado en un centro para *shishi* que huían de la justicia y para almacenar armas.

A Shinsai le preocupaba que Kiemon estuviera arriesgándose cada vez más y se volviese demasiado conocido. Al final del quinto mes y a comienzos del sexto, varias personas vinculadas con el Masuya fueron arrestadas. Shinsai no las conocía bien y no creía que tuvieran información sobre él, pero, si la tenían, tarde o temprano la revelarían presionados por el Shinsengumi.

Nos volvimos más cautos, y nos sobresaltaba cualquier cosa. Cualquier golpe en la puerta de la tienda de la señora Minami, especialmente al oscurecer, era suficiente para ponernos en estado de alerta, listos para saltar por encima del muro.

Shinsai conocía las disparatadas conspiraciones que corrían por toda la ciudad: para asesinar al noble Matsudaira Katamori, el *daimyō* de Aizu, protector de Kyōto; para incendiar la capital en una noche ventosa, irrumpir en el palacio imperial en medio de la confusión, capturar al emperador y llevarlo a Chōshū. Este último rumor circulaba desde hacía años. Él y Genzui trataban de tranquilizar a los conspiradores y exhortarles a ser pacientes, pero más fácil hubiera sido aconsejarle paciencia a un toro salvaje.

A primera hora de la mañana del quinto día del sexto mes, la víspera del festival de Gion, la señora Minami entró corriendo en nuestra habitación con

la noticia de que Kiemon había sido arrestado.

—¡Han efectuado una redada en el Masuya! —Las palabras salieron a borbotones de su boca—. Han encontrado armas y cartas, todo tipo de información vital. Y se han llevado a Kiemon.

Shinsai y yo nos miramos, sabiendo lo que le esperaba.

—Hablará —dijo Shinsai—. Nos traicionará a todos.

El rostro de la señora Minami pareció encogerse al tiempo que empalidecía.

—Estarás a salvo —intentó tranquilizarla Shinsai—. Solo has hecho negocios con los productos de siempre, no con armas ni con documentos secretos. Incluso aunque registren tu tienda, no encontrarán nada. Actúa normalmente. Sigue la misma rutina de siempre. Así evitarás sospechas.

Ella asintió y regresó lentamente a la tienda.

—Iré a ver qué sucede —me dijo Shinsai—. Intentaré averiguar dónde tienen a Katsura. Si no he regresado esta tarde, sal y reúnete conmigo bajo el puente de Nijō y volveremos juntos.

Se movió rápidamente por toda la habitación reuniendo cartas y documentos que me dio para que los quemara. Luego cogió su espada del estante.

—Tú también debes estar armada —dijo—. Jamás hemos hablado de ello.

—No tengo ni idea de cómo luchar —repliqué.

—Tal vez tengas que matarte —dijo en voz queda.

En ese momento caí en la cuenta de que había la posibilidad de no volver a verlo.

—Me mataré si te pasa algo. ¡Me cortaré la garganta con un escalpelo!

—El único motivo para que te mates es evitar que te capturen —dijo—. En cualquier caso, debes vivir. Habrá muchos que necesiten atención médica.

Me miró como si estuviera a punto de decir otra cosa, pero no lo hizo, y nos despedimos sin decir adiós, sin tocarnos siquiera.

* * *

El aire soplaba cálido y húmedo, aunque las lluvias de la ciruela habían desaparecido. Tras encender una pequeña hoguera fuera y quemar los papeles,

no sabía en qué ocuparme. Hacía calor en la pequeña habitación mal ventilada, pero cuando pensaba en salir, recordaba al hombre del Shinsengumi que me había detenido cuando acababa de llegar a la ciudad. Entonces tenía una temeraria confianza en mí misma. Ahora tenía miedo. Encendí mi pipa y fumé durante un rato, mientras hojeaba uno de los manuales que había traído de Shimonoseki, intentando sumergirme en el estudio de la anatomía humana, pero cada frase y cada ilustración me traían a la memoria la fragilidad del cuerpo humano y su profunda susceptibilidad al dolor. Y luego se acabó el tabaco.

Poco después del mediodía, oí pasos en el exterior, y el corazón me dio un vuelco, pero luego escuché a Shinsai saludando a la señora Minami. Cuando entró en la habitación, estaba pálido, sudando por el calor.

—He encontrado a Miyabe Teizō. Algo están maquinando.

Miyabe Teizō había acompañado a los siete nobles al huir a Mitajiri, y Shinsai lo conocía bien.

—Teizō debería ser más inteligente. Afirma que solo estaban discutiendo un plan para colonizar Ezo y que los suministros de Kiemon estaban destinados a ese fin. ¡Incluso sugirió que yo fuera con ellos! No lo puedo convencer de que se dispersen y huyan. Están decididos a quedarse en la capital, aunque no logren llevar a cabo ese ridículo complot. Yoshida Toshimaro se encuentra entre ellos. Estudiamos juntos en el *sonjuku*. Dice que se reunirán hoy en el Ikedaya.

El Ikedaya era una gran posada más al norte, en el Takasegawa, no muy lejos de la mansión de Chōshū.

—¡Es una locura ir allí! —exclamé—. Todo el mundo sabe que es el sitio que frecuentan los de Chōshū. ¡Y Kiemon seguro que lo sabía! —Empleé el pasado como si ya estuviera muerto. De hecho sobrevivió a la tortura que le hizo traicionar a tantos y sería ejecutado el mes siguiente durante la batalla en la Puerta Prohibida. Pero me estoy adelantando a mi historia.

—Sí, no hay duda de que harán una redada —dijo Shinsai—. Debo encontrar a Katsura. Si hay alguien que puede darles la orden de desistir, es él. Solo descansaré durante un rato. Hace tanto calor...

Desenrollé el futón para que se echara y traje un cuenco de agua del pozo del patio. Apoyé una toalla fría sobre su frente y le limpié las manos, las muñecas y los pies.

—¿Dónde estará Katsura? ¿También escondido?

—Según Teizō, está viviendo en la mansión Tsushima. Iré allí.

Me acosté junto a él. Ninguno de los dos dijo nada, y ni siquiera nos rozamos. Pero sentí que nuestras almas, la esencia de quienes éramos, se fundían y nos volvíamos uno. Suena demasiado poético, tal vez nos quedamos dormidos, pero el tiempo pareció detenerse y el mundo retrocedió, hasta que el redoble de los tambores del festival nos volvió a traer al presente.

—Podríamos ir a Ezo —dije ilusionada—. Los bosques, los osos...

—Y la nieve —dijo Shinsai. Se despezó y comenzó a levantarse—. Allí siempre es invierno.

—Podríamos llevar pieles de oso. Nadie nos reconocería.

* * *

Cuando Shinsai se marchó de nuevo, me ajusté la ropa, me peiné y salí para comprar más tabaco. Era la última hora de la tarde y las calles comenzaban a llenarse de personas vestidas con *yukatas* de ligero algodón que llevaban faroles. Las tiendas también estaban decoradas con faroles, serpentinas y banderas. La multitud, las luces y los colores vivos me dieron tranquilidad. Las imágenes de traición y de tortura que me acosaban desaparecieron, y comencé a disfrutar. Teníamos grandes festivales en Chōshū, pero ninguno tan magnífico como este, que combinaba la prosperidad de los comerciantes de Kyōto con la habilidad de sus artesanos para crear carrozas enormes y asombrosamente hermosas.

Mientras compraba tabaco, me topé con la señora Minami y me llevó a los diferentes distritos para ver las carrozas mientras eran preparadas para los desfiles. Nos deteníamos a menudo para beber sake con sus numerosas amigas. Todo el mundo estaba decidido a divertirse, pero había algo frenético en la alegría que se volvería más intenso a medida que transcurría la noche.

Hacia la medianoche ya había bebido tanto que tenía la vejiga a punto de estallar. Volví a nuestras habitaciones, donde podía utilizar el excusado. Shinsai no estaba allí, ni había dejado mensaje alguno. Salí de nuevo para dirigirme al puente de Nijō.

El puente de Nijō era un lugar donde se congregaban los mendigos, vagabundos e indigentes de todo tipo. El festival era un acontecimiento que los

favorecía, ya que la gente daba en abundancia para pedir o dar gracias a los dioses. También allí, a la orilla del río, se reunían todos los artistas callejeros. Acróbatas, malabaristas del fuego, saltimbanquis, lanzadores de peonzas desplegaban sus habilidades a la luz de las llameantes hogueras y de los faroles rojos y blancos. Las llamas le daban un tinte dorado al agua con sus reflejos y las aves acuáticas graznaban ásperamente, turbadas en sus soportes por el clamor.

Esperé durante mucho tiempo, observando la luna en cuarto menguante, preguntándome si Monta estaría mirando la misma luna en Londres. Me sentía optimista gracias al sake y a la muchedumbre, pero mi ánimo empezó poco a poco a decaer y comencé a sentir temor. Me daba la impresión de que algo terrible había sucedido, pero no sabía qué hacer, salvo esperar a Shinsai.

Finalmente apareció entre las sombras, jadeando como si hubiera estado corriendo o estuviera herido.

—¿Estás herido?

—No, no he participado. Pero ha habido un ataque en el Ikedaya. Ha sido un desastre. Están todos muertos o arrestados. Vámonos de aquí.

Dejamos la orilla del río atrás y nos encaminamos a nuestra habitación. Las calles seguían llenas de gente y nadie nos miró. Shinsai iba por delante, asegurándose de que el camino estuviera libre, mientras que yo esperaba en la esquina. Cruzó el umbral y me hizo una seña.

—¿Ha escapado alguien? —pregunté cuando estuvimos dentro. Estaba pensando en los heridos y en la posibilidad de ayudarlos.

—Yoshida Toshimaro logró huir, pero luego regresó. Ahora está muerto.

—¿Y Katsura?

—No sé adónde ha ido —contestó Shinsai—. Hablé con él en la residencia de Tsushima. Dijo que iría al Ikedaya y les diría que se dispersaran, que eran un blanco fácil para el ataque.

—¿Es que no le hicieron caso?

—No lo sé. No lo volví a ver después de eso.

—¡No creerás que lo han matado!

—Lo dudo —dijo Shinsai con un tono de amargura en la voz—. Es hábil para escapar de los problemas. —Miró a su alrededor—. No podemos quedarnos aquí. La señora Minami tiene una relación demasiado estrecha con

Kiemon. Nos iremos tan pronto amanezca.

Faltaba apenas una hora para el amanecer. No conseguimos dormir. Cada sonido nos provocaba un sobresalto.

—En realidad, yo también fui al Ikedaya —dijo Shinsai, al cabo de un rato—. Hablé con Yoshida. Quería que me quedara. Yo quería que él se marchara. Discutimos sobre ello. Me llamó cobarde. Tenía que haberme quedado a luchar con ellos.

—Entonces habrías muerto con ellos.

—Más vale estar muerto que ser un cobarde.

«Más vale estar vivo», pensé, pero no lo dije.

Al despuntar el alba salimos a la calle llevando algunas posesiones en una cartera y mi maletín médico, y nos mezclamos con la multitud. Muchos se habían enterado de la refriega y se volvieron para ver al Shinsengumi regresar triunfal a Mibu. Los soldados llevaban sus espadas en las manos, muchos seguían cubiertos de sangre. Fuera del Ikedaya los cadáveres estaban diseminados con los vientres abiertos y las vísceras por el suelo. Ya comenzaban a hincharse por el calor y a desprender hedor, atrayendo nubes de moscas. La gente los miraba con una mezcla de horror y piedad, pero nadie pronunció una palabra. Cuando los soldados pasaron, el silencio descendió sobre toda la ciudad.

Desde el Ikedaya nos dirigimos a la mansión de Chōshū. Los guardias conocían a Shinsai y nos dejaron pasar. En la parte exterior de la gran puerta, aunque los cadáveres habían sido retirados para el entierro, en el polvo seguía habiendo charcos de sangre de aquellos que habían huido pero que habían muerto o se habían matado antes de llegar a un lugar seguro.

Once partidarios de la restauración imperial murieron en el Ikedaya, y muchos más fueron arrestados y serían ejecutados después. En los días siguientes, soldados de Aizu y del Shinsengumi registraron la ciudad a fondo buscando *shishi* y *rōnin*.

No me sentía demasiado segura dentro de la mansión. Temía que en cualquier momento me desenmascararan. Tuve que hacer un esfuerzo descomunal por seguir fingiendo en ese mundo de hombres. Afortunadamente, la mansión estaba llena de fugitivos y todo el mundo estaba demasiado preocupado por el ataque y sus secuelas como para prestarme demasiada atención. La reacción a semejante cantidad de muertos fue de ira y un deseo de

venganza. Aquellos que estaban a favor de traer tropas a Kyōto lo consideraban una oportunidad para promover su causa. Incluso Genzui, que se había opuesto a esta política seis meses antes, comenzó a pensar que podían tener éxito si atacaban de forma enérgica.

Hacia el final del sexto mes se congregaron en la ciudad tres contingentes de tropas de Chōshū bajo el mando de los miembros del consejo del dominio: Fukuhara Echigo, de Fushimi; Kunishi Shinano, de Tenryūji, y Masuda Danjō, de Otokoyama. De noche, las hogueras de sus campamentos chispeaban sobre las laderas de las colinas al sur y al oeste. Kijima Matabei y los Yūgetai estaban con Kunishi.

La presencia de tantos soldados bajo la insignia de Chōshū incrementó el desasosiego en la ciudad, y los habitantes comenzaron a recoger sus pertenencias para huir hasta el *bakufu*. Su representante de mayor jerarquía en Kyōto, Hitotsubashi Keiki, intentó negociar con Fukuhara, exigiendo el retiro de sus tropas a Ōsaka, pero Fukuhara respondió que solo estaban allí para eliminar la falsa acusación contra sus señores y que se estaban comportando tan bien como cualquier buen vasallo. Algunos dominios, especialmente Aizu y Satsuma, exigieron que Chōshū fuera castigado, pero otros, y muchos dentro de la corte, sentían más que nada admiración por la indiscutible lealtad del dominio.

Estábamos casi a principios del otoño, pero el calor no daba señales de ceder. Las cigarras chillaban monótonamente e incluso las noches eran insoportablemente calurosas. La ciudad entera apestaba a comida podrida, a desechos y a muerte. Dentro de la mansión el ambiente era caótico por el hacinamiento de personas, que incluía desde samuráis y simpatizantes de Chōshū hasta refugiados de la policía y otros parásitos. Muchos se quejaban de sufrir cólicos y diarrea a causa del calor. Yo me sentía irritable, y el deseo me atormentaba tan frenéticamente como los enjambres de mosquitos que nos acosaban de noche. Shinsai estaba igual de crispado, y seguía dándole vueltas a los sucesos de la noche del ataque del Ikedaya. Había perdido toda la confianza en Katsura, que jamás explicó por qué falló en prevenir a los que murieron.

—Dice que fue, que no encontró a nadie y que se acordó de que tenía algunos asuntos que discutir en la mansión Tsushima sobre el comercio con Corea. Pero ¿por qué no los esperó? ¿Y si pensó que le iría mejor sin ellos?

Tal vez quería deshacerse de Miyabe y de los otros instigadores. ¿Crees que les dejó un mensaje diciendo que todo marchaba bien y que debían esperarle? Eso explicaría por qué estaban completamente desprevenidos y desarmados en la habitación de la planta alta mientras sus armas estaban abajo.

No tenía respuestas para estas preguntas, nadie las tenía. El posadero fue arrestado, torturado y asesinado. Todos los que sobrevivieron fueron encarcelados en Rokkakugoku, y se prohibió cualquier contacto con ellos. Pero no era la primera vez que el dominio permitía que fueran otros los que purgaran a los agitadores sociales, ni sería la última.

Era la segunda traición de esta naturaleza que Shinsai presenciaba. Una vez más sobrevivía cuando tantos otros habían muerto. Me di cuenta de que se sentía avergonzado y culpable por ello.

Su difunto compañero de clase lo había ridiculizado llamándole cobarde, y estaba desesperado por combatir. Estaba cansado de esperar y adaptarse a los dictámenes ajenos. Sentí que me lo arrancaban. El vendaval que una vez nos había reunido ahora nos separaría violentamente. Nuestras locuras individuales habían sido superadas por la locura de los tiempos.

TENNŌZAN

A finales de mes nos enteramos de que Kusaka Genzui había llegado a Yamazaki, situada a escasas horas de camino hacia el sur, y Shinsai decidió de inmediato que se uniría a él.

—¿Y combatir a su lado? —pregunté mientras nos preparábamos para partir. Teníamos planeado escapar por la puerta trasera junto con los campesinos que entraban todas las mañanas a vender verduras y unirnos a la multitud de refugiados que huían de la ciudad.

—Por supuesto. Si llegara el caso. Bueno, lo más seguro es que llegue. Tarde o temprano tiene que haber una confrontación. Sería más prudente dejarlo para más adelante, pero no se puede postergar mucho más.

—Será un desastre entrar en combate ahora —señalé. Incluso después de haber oído a los hombres a mi alrededor discutir, reñir y explicarlo durante casi un mes, todavía no entendía por qué nuestro dominio se empeñaba en ser tan temerario, como un niño testarudo y consentido, empeñado en llamar la atención, aunque eso terminara acarreando un terrible castigo.

—El motivo es que ellos —dijo Shinsai, como si me leyera la mente—, es decir, nosotros presentimos una debilidad. Es inevitable. Hay que seguir tanteando para ver si esa debilidad acaba por hacerse más grande. Seguramente ya te percataste de ello entre los grupos de hombres, aquí o en el Kiheitai. Todas esas provocaciones y burlas, poniéndose mutuamente a prueba.

—Odio todo eso...

—Es lo que hacen los hombres; lo que hacen los clanes y las naciones.

—Nadie te provoca a ti. —Al igual que en Mitajiri, dentro de la mansión los otros hombres dejaban a Shinsai tranquilo. Lo respetaban.

—Es porque la primera vez que alguien lo intentó aquí dentro tuve que demostrar que no era débil. Me han probado muchas veces. He tenido que superar muchos escollos: soy el hijo menor de un médico rural, ni siquiera un samurái de nacimiento. Chōshū está poniendo al *bakufu* a prueba, respondiendo al insulto del año pasado y al incidente en el Ikedaya, otro insulto dirigido hacia nosotros. Tenemos que responder o reconocer nuestra debilidad sometiéndonos.

—Y luego el *bakufu* se sentirá ofendido y tendrá que responder a su vez — dije—. Y así sucesivamente. —Pero estaba pensando en que la debilidad era como una herida infectada para la cual no hay cura, salvo el cuchillo o el fuego.

—Hasta que haya un triunfo decisivo, así es —asintió Shinsai.

* * *

Shinsai fue a contarle al director del alojamiento, Nomi Orié, que nos íbamos a reunir con Kusaka Genzui, y nos dio algunas cartas. También llevamos los prospectos y mi maletín para tener una tapadera en caso de que nos detuvieran en el camino, pero no hicieron falta. Las calles eran un hervidero de gente empujando carretillas atestadas de enseres, acarreando niños y cestos a las espaldas, desesperados por salir de la ciudad antes de que comenzara la batalla. Con su habitual falta de coherencia, la policía y el Shinsengumi les permitían marcharse sin detenerlos ni cachearlos. Tal vez estuvieran más preocupados por las personas que entraban a la ciudad que por las que huían.

Fuimos hacia el sur en dirección a Fushimi, por el mismo camino que habíamos transitado apenas seis meses atrás. Entonces el frío era intenso; ahora el calor era agobiante. Ninguno de los dos habló demasiado; ahorrábamos nuestras energías para caminar fatigosamente. En las afueras de la ciudad giramos hacia el oeste, pasando por la zona occidental de Honganji y siguiendo la carretera de Shikoku en dirección a Yamazaki. El campo estaba exuberante, el arroz comenzaba a madurar en los arrozales. La flor de la judía, morada y blanca, atraía a tantas abejas que se las podía oír zumbando desde el camino. Los granjeros trabajaban en los campos de verduras, enderezándose de vez en cuando, con las manos sobre la espalda, para observar la marea

humana que pasaba por delante. Luego se volvían y miraban hacia la ciudad, donde los tejados de cientos de templos y mansiones de miles de casas relucían bajo el sol de la mañana. ¿Durante cuánto tiempo más tendría ese aspecto tan apacible aquel hogar milenario del emperador, el lugar donde realizaba sus rituales sagrados estableciendo un nexo entre los hombres y los dioses, garantizando la seguridad del país?

* * *

Caía la tarde cuando llegamos al templo Hōshakuji, donde estaba emplazado uno de los contingentes de Chōshū, teóricamente bajo el mando del miembro del consejo del dominio Masuda Uemonnosuke, también llamado Danjō. El templo, algunas veces conocido como Tennōzan, nombre de la montaña sagrada que estaba detrás, estaba rodeado de un hermoso jardín con un largo sendero de escalones de piedra que conducía a una puerta imponente, una pagoda de tres pisos y muchos salones, donde los cerca de seiscientos soldados de Chōshū estaban alojados. Los caballos estaban atados bajo los árboles, pateando el suelo con sus cascos y sacudiendo la cola, molestos por el calor. El humo de las hogueras para cocinar se mezclaba con el olor del incienso, y los sacerdotes vestidos con túnicas budistas corrían de un lado a otro con aspecto abatido, contrariados por la invasión.

Pero había cierta disciplina en el campamento, la misma disciplina que el Shōkenkaku había adoptado al principio en Mitajiri. De hecho, uno de los comandantes era Maki Izumi, el antiguo sacerdote *shintō* de Kurume. La práctica de artes marciales acababa de llegar a su fin y las armas se estaban guardando. Aparte de espadas y lanzas, muchos hombres tenían rifles, y había dos pequeños cañones de campaña montados sobre ruedas.

Kusaka Genzui se hallaba limpiando uno de los rifles.

—Itasaki-kun —saludó a Shinsai—. Tú sabes algo sobre las armas occidentales. ¿Qué te parece esta?

Shinsai tomó el rifle, observó el mecanismo, entrecerró los ojos para mirar por el cañón y luego lo levantó contra el ojo como si apuntara.

—No está mal —dijo—. De fabricación inglesa. Enfield, me imagino. Balas tipo minié. Debería ser muy certera.

—Esperemos —replicó Genzui—. Nos pasamos todos esos años

perfeccionando nuestras habilidades con la espada, pero será esto lo que decida cualquier batalla en el futuro. —Miró a su alrededor a aquel ejército heterogéneo; los soldados vestían una mezcla de armaduras tradicionales y uniformes de estilo occidental, algunos llevaban cascos improvisados y la mayoría cintas en el cabello. Tras finalizar la práctica militar, se congregaban en grupos, sentándose en hileras rectas mientras sus comandantes les leían manuales sobre la teoría de la guerra.

—Son tan idealistas... —dijo Genzui, que nos había llevado a donde no nos pudieran oír—. Creen que nada puede sobreponerse al fiel espíritu samurái. —Se dirigió a mí, con una pequeña sonrisa, y me sorprendió que recordara mi nombre falso—: Imai, hemos tenido unos cuantos casos de sarampión. ¿Podrás echarles un vistazo?

—Espero que hayan sido aislados.

Lo peor que podía suceder en un ejército era que el sarampión se propagara entre sus filas. Hacía dos años, el ejército de Satsuma había llevado aquella enfermedad infecciosa a la capital. Fueron tantas personas las que la contrajeron que la actividad comercial y política se paralizó durante semanas.

—Sí, se encuentran en una pequeña cabaña fuera del perímetro del templo.

—¿Tú has tenido sarampión? —le pregunté.

—Sí, de niño. ¡Jamás me he sentido tan mal en mi vida!

Recordé de pronto que Shinsai y yo habíamos tenido el sarampión al mismo tiempo. Yo debía de tener ocho años y él, diez. Me vinieron a la memoria las largas noches, los sueños y delirios, la sed.

Todos los soldados manifestaban los mismos síntomas: fiebre alta y ojos llorosos y enrojecidos. La casucha en donde estaban era diminuta y muy calurosa, pero al menos estaba a oscuras. El sarampión de la niñez era muy peligroso, y conocía casos en los que, incluso en adultos, podía desencadenar una neumonía y otras complicaciones. Me quedaba un poco de polvo para reducir la fiebre, que les di diluido en té, junto con una solución para aliviar el dolor en los ojos. Les advertí con severidad que no se levantaran demasiado pronto y les ordené que bajo ninguna circunstancia se reunieran con sus camaradas, pues estarían poniendo a toda la tropa en grave peligro. Pero no tenía muchas esperanzas de que me hicieran caso. Su deseo de luchar era mucho más ardiente que la fiebre y la erupción.

Cuando regresé al templo, Genzui y Shinsai estaban sentados en el porche

del salón principal bebiendo té. Me senté a su lado para escuchar el final de la conversación.

—Nos dijeron que ahora estás a favor de llevar soldados a Kyōto —le dijo Shinsai a Genzui.

—Me pareció una buena oportunidad —replicó Genzui—. Todos los grandes señores se han marchado de la capital; la corte solo tenía al *bakufu*, Hitotsubashi se vuelve cada día más poderoso y quiere negociar. Todo depende del apoyo que consigamos de los otros dominios. Estoy a favor de tener tropas aquí: fortalece nuestra posición. Pero no estoy tan seguro de si realmente deberíamos atacar a alguien. Tenemos que insistir con nuestra simple petición: que las injusticias del último año sean rectificadas.

—Pero al traer a estos hombres aquí (Maki, Kijima, el Yūgekitai, el grupo Shōkenkaku), ¿estás jugando con fuego!

—Ya veremos —dijo Genzui con una carcajada—. Mañana iré a la ciudad para saber si hay alguien que se una a nuestra causa.

* * *

Shinsai participó junto a los otros hombres de los días de instrucción y estudio, mientras que yo cuidaba de mis pacientes de sarampión y hablaba con los sacerdotes sobre las hierbas locales y las propiedades benéficas de las diferentes aguas termales. Uno de ellos me dijo que la escrufolaria, cuyas hojas son eficaces para los ojos, podía ser recolectada en la montaña, y un par de días después salí para ver si podía encontrarla, al igual que algunas setas para dar un poco de variedad a nuestras exiguas comidas de mijo y cebada. La llegada de tantos hombres al distrito había provocado una enorme presión sobre los granjeros locales y la comida se racionaba rigurosamente. Hacía más calor que nunca, ni siquiera el cambio de luna trajo ningún alivio, y el estruendo de los grillos me rodeaba como ráfagas de lluvia. El aire olía a hojas de cedro, campanillas polvorientas crecían caóticamente en el sendero y los frutos de las vides comenzaban a madurar.

Caminé lentamente, fijándome en diferentes puntos de referencia: una estatua Jizō por allí, un riachuelo que salía a borbotones de una roca por allá. El aire estaba inmóvil, pero de vez en cuando se mecía una rama o comenzaba a girar una hoja, como si el viento estuviera sacudiéndola, aunque no soplaba

ni una ligera brisa. Recordé a *tengu* y a otros espíritus de la montaña y, de pronto, tuve la sensación de que alguien me estaba observando, podía sentir su aliento sobre la nuca. Me volví y vi a Shinsai caminando furtivamente detrás de mí.

No hablamos, pero, aferrándonos el uno al otro, nos internamos tropezando y corriendo en el bosque. Caímos juntos al suelo, arrancándonos las fajas para aflojarlas, para sentir el cuerpo del otro. Lo único que nos importaba era estar juntos. Toda la frustración y el deseo de las últimas semanas se mezclaron en un grado de excitación más fuerte que el que jamás había experimentado, y sabía que Shinsai sentía lo mismo. Mi lujuria frenética era como la de un hombre, satisfaciendo sus necesidades, negándose a ser rechazado. No fue suficiente alcanzar el clímax apenas me penetró con un estremecimiento que desbordó todo mi cuerpo y que no pude ni evitar ni aplazar. Quería estar dentro de él como él estaba dentro de mí, fusionarme con él por completo, abrazar para siempre su cuerpo, su alma, toda su esencia. No pensé que nunca volveríamos a acostarnos juntos, y en aquel momento no podía soportar que me dejara, como si aquella fuera la última vez y no quisiera que acabara.

Había tantas cosas que podríamos habernos dicho..., pero seguimos en silencio hasta que la campana de la tarde sonó desde el templo con la caída del sol y el aire había refrescado.

—Debemos regresar —dijo Shinsai.

Me incorporé y comencé a colocarme la ropa; luego reuní las escasas hojas de escrufolaria que había logrado recoger.

—No he encontrado ninguna seta.

—Pero sí algo mejor que crece en la oscuridad —dijo Shinsai, tan alegre y jovial como si tuviéramos por delante el resto de la vida.

Cuando regresamos al templo, encontramos a Genzui en una acalorada discusión con Maki Izumi. Parecía que sus esfuerzos por granjearse el apoyo en Kyōto para la causa de Chōshū habían sido nulos. Todos los comandantes se reunirían esa noche en Otokoyama para un consejo de guerra.

* * *

Masuda Uemonnosuke había establecido su base en el santuario de Iwashimizu Hachiman, en Otokoyama, sobre una empinada ladera montañosa

donde los tres ríos se unen para formar el Yodogawa. Estaba muy cerca de Tennōzan y era uno de los santuarios Hachiman más famosos del país. Aparentemente, el noble Masuda era un ferviente devoto y posiblemente confiaba más en el dios de la guerra que en sus soldados.

Los comandantes —algo más de veinte— se reunieron en uno de los salones. Algunos habían cabalgado desde Tenryūji y Fushimi, y sus caballos estaban atados fuera. Shinsai y yo fuimos a pie junto a Genzui; no nos invitaron a entrar, pero nos quedamos sentados en el porche, donde podíamos escuchar todo lo que se decía, ya que buena parte de la conversación se hizo a gritos.

Kijima Matabei acababa de comenzar a hablar.

—Las tallas del techo son obra de Hidari Jingorō —dijo Shinsai en voz baja—. ¿Sabes que cuentan que realizó una talla de mujer tan hermosa que se enamoró de ella? Cobró vida y él le dio un alma mostrándole su rostro en un espejo.

—Es una bonita historia.

—Luego se pasó el resto de la vida intentando evitar que ella le encontrara defectos.

—¡Eso no es cierto! —Casi pierdo el control y le pego.

—No, esa última parte es inventada. —Acercó sus labios a mi oído—. Te podría tallar porque conozco cada centímetro de ti, por dentro y por fuera.

Una oleada de calor me inundó una vez más. Me aparté ligeramente de él, e intenté recobrar la compostura para oír lo que decían.

Kijima había terminado su alegato para lanzarse a la acción de inmediato. Durante unos instantes, nadie respondió; luego lo hizo Genzui. Comenzó explicando la posición de Kyōto, donde el *bakufu* estaba reuniendo tropas de varios dominios, muy superiores a las de Chōshū. Opinaba que no debían esperar el apoyo de los dominios que simpatizaban con ellos.

—Vosotros habéis venido con la espada y la lanza... —se dirigió a la concurrencia.

—Y rifles —farfulló Shinsai.

—... Para limpiar el nombre de la casa de Mōri, pero la humildad de nuestras súplicas convencerá al emperador más que la fuerza de las armas. Además, debemos esperar al noble Mōri Sadahiro, que está de camino a Ōsaka con más hombres. Si tuvierais un poco de paciencia, tal vez podamos retroceder a Ōsaka, esperar al noble Sadahiro, y el *bakufu* terminará

negociando.

Su voz quedó ahogada por Kijima, que gritaba que el mal que rodeaba al emperador debía ser erradicado, que el tiempo de espera había concluido, que debían actuar antes de que llegara el noble heredero.

—No estamos lo suficientemente bien preparados —dijo Genzui sin rodeos—. No tenemos suficientes tropas ni hemos planeado lo que sucederá después.

—Eres un cobarde —replicó Kijima, y, tras un silencio, anunció—: Yo erradicaré este mal con mis propias manos.

Los tablones del suelo temblaron a su paso cuando se apresuró a salir del salón. No nos reconoció al pasar a nuestro lado. Posiblemente ni siquiera nos vio. Ciego a todo, excepto a su propia convicción y su propia gloria, arrancó las riendas de su caballo del mozo de cuadra, montó y salió galopando hacia la oscuridad, que se hacía cada vez más densa.

Kijima tenía una gran influencia sobre los otros, por su avanzada edad y su larga historia de servicio al dominio, pero Genzui conocía mejor la situación existente en Kyōto. Empezó de nuevo a exponer sus argumentaciones, de manera lógica y persuasiva, pero Maki Izumi lo interrumpió, dándole toda la razón a Kijima y obteniendo el apoyo de los demás comandantes.

Incluso para nosotros, que estábamos en el exterior escuchando, aquel momento en que ganó el apoyo de la mayoría fue claro y doloroso. Para Genzui tuvo que resultar demoledor. Si los hubiera podido convencer, si la mayoría de los líderes no hubieran sucumbido a la imprudencia y al absurdo entusiasmo, si...

Pero la suerte estaba echada. Los jugadores perderían y serían despojados de todo. Nos dirigimos de vuelta a Tennōzan con él en el más absoluto silencio. Casi había anochecido. Cuando nos acercábamos al templo, Genzui empezó a hablar de repente.

—Imaike-kun, creo que conoces a mi esposa. Por favor, háblale de esta reunión y de cómo terminamos combatiendo en Kyōto.

—Por supuesto. —Me di cuenta de que no esperaba sobrevivir y que presentía que la muerte lo rondaba, como si estuviera aguardando para entrar en sus venas y en sus huesos para deshacer todo lo que lo mantenía unido, vivo.

—Debes quedarte aquí —añadió—, y después regresar a Chōshū y

contarle qué ha ocurrido.

—¿No debería acompañaros para curar a los heridos?

—No habrá heridos —respondió—. Si somos heridos, moriremos por nuestra propia mano. Y nuestros huesos blanquearán la tierra del palacio.

* * *

Nadie durmió aquella noche. Las órdenes eran partir antes del amanecer. Los hombres estaban excitados ante la perspectiva de entrar en combate y el templo era un hervidero de actividad. Kusaka dijo que haría un último esfuerzo para presentar una petición directamente al emperador a través del príncipe Takatsukasa, uno de los nobles que seguía simpatizando con Chōshū, pero nadie creía que el día fuera a terminar de modo pacífico.

Era impensable que Shinsai no fuera. Ni siquiera intenté persuadirle. Casi no cruzamos ni una palabra. No podía aferrarme a él ni presionar mis labios contra los suyos por última vez. Cuando se marchó con Maki y Genzui, iluminados por las antorchas llameantes, en los corcoveantes caballos, seguidos por hombres en filas disciplinadas con los rifles a sus espaldas, las espadas de lado, las lanzas como un muro de matorrales, me limité a colocarme junto a los sacerdotes e inclinarme como ellos. Los comandantes llevaban armaduras con flecos colgantes de seda color púrpura y portaban arcos lacados. Sobre sus cabezas se agitaban banderas blancas con inscripciones de los nombres de Hachiman y Tenmanjin.

Shinsai me miró una vez, y dije: «Cuídate», sin esperar que me oyera; él musitó unas palabras, que podrían haber sido: «¡Nos encontraremos en Ezo!», pero no estoy segura.

Cuando la luz de las antorchas y los últimos sonidos se apagaron, un extraño silencio descendió sobre el templo, dándole un aspecto abandonado y fantasmal. Al levantarse el sol, los sacerdotes regresaron a sus rutinas cotidianas, pero yo no sabía en qué ocuparme ni adónde ir. Fui a ver cómo se encontraban mis pacientes, pero, por supuesto, ya no estaban. Se habían marchado con el resto, como había previsto. Me senté en el suelo de la diminuta cabaña y sentí que los ojos se me llenaban de lágrimas. No recordaba cuándo había sido la última vez que había llorado. En aquel momento pensé: «¿Y si lloro ahora?». Pero ceder a la emoción parecía propio de una mujer y

se me pasó rápidamente. En su lugar me invadió una terrible sensación de pérdida, como si me hubieran amputado brutalmente un brazo o una pierna. Volví a ver a Shinsai cubierto de sangre y supe que iba a morir con Genzui.

Apoyada contra el muro de la choza, me quedé dormida. Me desperté a causa del calor. Era media mañana. Hablé con los sacerdotes sobre preparar un lugar para los heridos y consintieron en reservar una pequeña estancia. Reuní lo que pude encontrar y lo que me ofrecieron los sacerdotes —sábanas viejas, trapos y telas—, pero estaba sumida en una especie de parálisis fatalista y en realidad no esperaba que nadie regresara. Los sacerdotes mantenían sus cánticos continuos de sutras para pedir protección, pero yo no creía que ningún *bodhisattva* pudiese salvar al ejército de Chōshū, ni el noble Shaka ni el mismísimo Hachiman.

De vez en cuando me parecía oír el sonido de las balas. Los cuervos graznaban y los milanos planeaban sobre mi cabeza mientras los grillos continuaban con sus insistentes chirridos. A media tarde, cuando estaba fuera fumando una pipa, me di cuenta de que el olor a quemado era mucho más fuerte de lo que podía desprender mi tabaco. Uno de los sacerdotes salió y se detuvo a mi lado, mirando hacia el norte.

—La capital está ardiendo —dijo.

Las cenizas flotaban en el aire y caían como pétalos. Una nube de humo se elevó por encima de la ciudad. El terror se apoderó de mí. La inactividad y la espera me resultaban intolerables. Por un momento pensé que saldría corriendo hacia Kyōto para ver con mis propios ojos lo que estaba sucediendo allí, y luego me invadió un deseo instintivo de huir a mi hogar, de volver a Chōshū. Pero no hice ni lo uno ni lo otro. Me limité a quedarme en el porche, mirando las llamas.

KUSAKA GENZUI

Año 1 de la era Genji (1864),

séptimo mes, veinticuatro años

Genzui ha sido alcanzado por una bala en el hombro izquierdo, pero no es consciente del dolor, tan solo de una disminución de sus fuerzas hasta que ya no puede recargar el fusil con el que ha estado disparando tiros esporádicos a través de los barrotes de la ventana de la mansión Takatsukasa. Ya no tiene demasiada importancia, porque casi no les quedan municiones. Le tiende el rifle bruscamente a Terajima Chūzaburō, que parece que está indemne, y tantea buscando su espada. La empuñadura está resbaladiza de sangre; se da cuenta de que es la suya.

Aún no se ha rendido, aunque sabía desde el principio que sus posibilidades de éxito eran mínimas y que el asalto había sido inoportuno y estaba mal preparado. Kujima y Maki son los responsables de ello, aunque en realidad no los culpa. Es como acusar a los tifones de arrancar los árboles de cuajo y de arrebatar los techos de las casas. Es como la naturaleza de las tormentas el carácter de estos hombres, y a él le gustan así. Son como un par de perros guardianes feroces y viejos, siempre preparados para arremeter contra cualquiera.

Anoche, sin embargo, no fue tan indulgente, sabía que se enfrentaban a la derrota y que tendría que morir por su propia mano para no rendirse, y revisaba todo aquello que le había faltado para cumplir sus objetivos. No

había dormido. Se quedó sentado en el porche del templo, recordando a los muertos, sus maestros: Yoshida Shōin, ejecutado en Denmachō; Umeda Unpin, muerto en la prisión, y Sakuma Shōzan, asesinado hacía muy poco. Y luego evocó a todos los amigos que habían pasado a la otra vida antes que él. Y especialmente a Takechi Hanpeita, su camarada en la violencia. Recordó las amenazas y los asesinatos, los juramentos firmados con sangre, los ataques a personas y propiedades, y volvió a sentir la inquietud de siempre. No podía quedarse quieto, se levantó y caminó de un lado a otro por los jardines; la tensión de su cuerpo y su alma solo podía ser liberada con la acción, la lucha, marchando hacia la muerte y llevándose a otros consigo. Cuando llegó el amanecer sabía que sería el último que vería, pero no lo lamentó. Su breve y singular vida se le aparece como los resplandores del fuego de los mosquetes, y siente que todo ha valido la pena; no cambiaría nada. Si tuviera la oportunidad de volver atrás, haría las mismas cosas de nuevo. Es su naturaleza; no es que le haya gustado siempre su carácter y haya estado siempre a gusto consigo mismo, pero cree que nadie puede cambiar lo que es, por mucho que los monjes se esfuercen con sus oraciones, ayunos y otras prácticas rigurosas. Se nace siendo una persona en particular y se permanece así toda la vida. Si hay reencarnación, y a Genzui le parece bastante práctico y posible, es probable que el carácter y el comportamiento cambien. Pronto lo sabrá.

Siempre le dio la sensación de que no viviría mucho; no sabe por qué, pero nunca esperó crecer. Durante mucho tiempo fue un niño entre adultos, con padres ancianos y su hermano veinte años mayor que él. Y sigue sintiéndose así: frente al gobierno, al *bakufu*, a los extranjeros, es un niño, irresponsable, inexperto. Es justamente esta frustración la que lo empuja a la violencia que lo libera. La muerte no significa nada para él. Desde aquel nefasto periodo en que tenía quince años en el que su padre, su madre y su hermano mayor, Genki, murieron con pocos meses de diferencia, ha sentido que la muerte le pisa los talones, respirándole en la nuca. Detesta a la muerte por haberse llevado a Genki y no a él. A pesar de los esfuerzos de todos los amigos de su padre y de su hermano, que compitieron entre ellos para apoyarlo y motivarlo, a pesar del favor de Shōin, que lo había elegido como esposo para su hermana, nunca le ha importado realmente si vivía o moría. Ha estado cerca de la muerte en muchas ocasiones, se ha salvado de milagro otras tantas, pero jamás ha sentido

alivio ni gratitud por ello. Todo lo contrario, le enfurecen los torpes intentos de la muerte, su inconsecuencia e incompetencia. Comete tantos errores, siempre equivocándose de persona... ¡Igual que el Shinsengumi! Se permite sentir el placer seductor del odio hacia el Shinsengumi. Hacia Aizu y Satsuma, hacia el *bakufu* de Tokugawa.

Pero ni siquiera el odio puede quitarle el cansancio y la sed. Se pregunta con frialdad cuánto tiempo hace que están allí, cuánto tiempo podrán aguantar. El noble y su familia huyeron nada más abrirles la mansión a Genzui y a sus hombres. Ahora la rodean las tropas de Satsuma y Aizo. El plan de Genzui era esperar refuerzos mientras los otros contingentes se abrían paso desde Fushimi y Tenryūji peleando, pero es evidente que nadie más había podido llegar hasta aquí y que ya no vendrían. No habrá rescate. No hay salida.

Se acabaron las borracheras, se acabaron las mujeres, se acabó su esposa...

Terajima lo llama y se vuelve hacia la ventana. Ambos saltan hacia un lado en el momento en que las balas impactan contra una pared. Se miran sonriéndose. A través de la ventana, Genzui ve pilas de paja y madera, postigos arrancados de las ventanas, tatamis arrancados, baldes y rastrillos de bambú, hombres con antorchas encendidas preparándose para prenderles fuego.

—Nos van a asar a la brasa como a las anguilas —dice Terajima. Es más joven que Genzui, puede ser que no llegue a los veinte, e intenta con valentía no demostrar temor. Por un instante, Genzui lamenta que no sea Shinsaku el que esté allí al final. Sus vidas han estado tan influidas por la rivalidad que hubiera sido apropiado que ambos muriesen juntos, pero Shinsaku está en la cárcel en Noyama y sobrevivirá.

El fuego prende; los hombres gritan fuera, aullando horriblemente. Por debajo de aquel estruendo, le parece oír la voz de su hermano, llamándolo por su nombre de la infancia: «Hisasaburō».

—No debemos ser capturados —le dice Genzui a Terajima, que asiente con los ojos muy abiertos—. Si morimos aquí, nuestros cuerpos se quemarán, y no podrán obtener nuestras cabezas. —Habla en voz baja, animándolo; sonrío ligeramente al darse cuenta de que su voz suena como la de Genki.

De pronto, los hombres que lo rodean guardan silencio. No sabe si seguirán su ejemplo; espera que lo hagan, pero no hay tiempo para asegurarse

de ello. El salón se llena de humo y las llamas crepitan, avivadas por el viento feroz que ha estado soplando desde el mediodía. Otra lluvia de balas acribilla los muros.

—Nos clavaremos el puñal al mismo tiempo —le dice a Terajima—. En la garganta. Es más rápido y efectivo.

Se pregunta solo un instante si vivirá para ser testigo de cómo muere, pero no importa. Terajima arroja a un lado el rifle. Ambos desenvainan sus espadas cortas y aflojan la armadura alrededor del cuello. Se aferran de los hombros como hermanos y se miran a los ojos.

—Ahora —susurra Genzui, y las dos espadas entran en movimiento, cada golpe es certero y profundo. La sangre sale disparada, mezclándose en un solo torrente cuando caen al mismo tiempo.

«¡Hisasaburō!».

BAJO EL PUENTE NIJŌ

AL anochecer, un muchacho subió los escalones corriendo mientras gritaba:

—¡Regresan los soldados!

Me puse de pie de un salto y corrí a la verja. Un pequeño grupo avanzaba caóticamente hacia el templo. Me parecía imposible que quedaran tan pocos. La sangre me golpeaba las sienes con tanta fuerza que creí que perdería el conocimiento. Aquella mañana se habían marchado seiscientos. ¿Cómo era posible que apenas regresaran veinte?

Tuve que recordarme a mí misma que era un hombre y médico y dejar de pensar como una mujer, con el corazón de una mujer. La mayoría de los hombres estaban heridos y cubiertos de sangre y hollín. Reconocí a uno de los soldados que padecía sarampión y una furia inútil me subió por dentro.

Dos de ellos sostenían al líder, Maki Izumi. Me enfurecí aún más. Él se había puesto del lado de Kijima, y había persuadido a los comandantes para atacar. ¿Cómo se atrevía a aparecer así sin más, derrotado pero todavía vivo? ¿Cómo se atrevía a regresar cuando Genzui y Shinsai no lo habían hecho?

Trasladamos a los hombres al salón y comenzamos a lavar y a desinfectar las heridas, quitándoles las vestimentas y la ridícula armadura. Intenté evaluar la gravedad de las heridas, pero pronto descubrí que la mayoría eran superficiales y no presentaban un riesgo real para sus vidas. Aquellos que estaban gravemente heridos se habían suicidado, como Genzui había dicho.

Cuando llegué junto a Maki, intentó apartarme.

—No malgaste su esfuerzo, doctor. Somos hombres muertos.

Me arrodillé a su lado. Quería saber lo que había sucedido.

—Kusaka ha muerto —dijo—. Fue herido por armas de fuego. Él y

Terajima se clavaron un puñal en la garganta.

Aunque sabía que iba a sucedar, el horror me golpeó como un puñal, y por unos instantes no pude respirar.

—¿E Itasaki? —susurré.

—Estaba con Kusaka cuando murió. No sé lo que le sucedió después. Estábamos en la mansión Takatsukasa. Pudimos llegar combatiendo hasta allí. Resistimos a Fukui, Kuwana, Hikone... Nuestros hombres pelearon como tigres, pero el número de soldados de Aizu y Satsuma era superior al nuestro.

Recitó los nombres de los dominios con voz rotunda, como si se viera a sí mismo y a sus hombres como héroes en una balada antigua.

—Luego, prendieron fuego a la mansión bajo las órdenes de Hitotsubashi. Tuvimos que retirarnos entre las llamas. Defenderemos nuestra posición aquí por última vez y luego moriremos cubiertos de gloria.

Tenía una pequeña cantidad de opio para aliviar el dolor de los heridos, pero decidí no malgastarlo en Maki Izumi. Poco a poco, a partir de su testimonio y del de los demás supervivientes, logré entender lo que había pasado fuera del Palacio Imperial en el ataque que más tarde fue conocido como el Incidente de la Puerta Prohibida, o el *Hamaguri gomon no hen*, el Incidente de la Puerta Almeja, así llamado porque la puerta se cerró tan firmemente como una almeja y fue imposible de abrir.

El más joven de los tres miembros del consejo de Chōshū, Kunishi Shinano, de veintitrés años, había salido de Tenryūji y avanzó sobre la ciudad desde el oeste. En Kitano, el contingente se dividió en dos; Kunishi y sus hombres vencieron a los soldados de Chikuzen para llegar a la puerta de Nakatachiura. Kijima Matabei y el Yūgeitai hicieron retroceder a Aizu desde la puerta de Hamaguri, pero a su vez fueron obligados a replegarse por Satsuma y Jiwana. Kijima murió allí, cuando, montado sobre su caballo, lo alcanzó un disparo en medio de una ráfaga de tiros. Kunishi había huido.

Fukuhara Echigo salió de Fushimi y se abrió camino combatiendo por la carretera de Fushimi hasta el puente Tanba. Allí fue herido y tuvo que replegarse. Masuda, que estuvo en Otokoyama, ni siquiera salió del santuario. Estuvo rezando tanto tiempo a Hachiman para que le ayudara que el combate acabó antes de que pudiera ponerse en marcha.

Los tres consejeros, con lo que quedaba de sus tropas, regresaron a Chōshū, derrotados y deshonrados. A finales de año pagarían por su error con

sus vidas.

Sin embargo, Maki se negó a huir de vuelta a casa. Dos días después, él y sus dieciséis hombres huyeron a las montañas de Tennōzan. No pasó mucho tiempo antes de que se vieran rodeados por las tropas de Aizu y de Kuwana. Les quedaban pocas municiones y muchos fueron heridos. Los diecisiete se suicidaron antes de rendirse.

No tuve conocimiento de ello hasta mucho después, pues el día que Maki se marchó del templo tomé la decisión de regresar a Kyōto. Solo me impulsaba una cosa: buscar a Shinsai. No creía que estuviera muerto a pesar de la visión que había tenido de él antes de mi boda, a pesar de la muerte de tantos guerreros. Los refugiados comenzaron a acudir en gran número al templo, los sacerdotes trabajaban desesperadamente para proporcionarles alimento y refugio. Nadie se fijó en mí cuando me escabullí con mi maletín a la espalda.

El camino estaba repleto de gente, algunos huían con todas las posesiones que habían logrado rescatar de entre las llamas, otros, igual de cargados, se dirigían de nuevo a sus casas, pues los incendios ya se habían apagado. La devastación causada fue terrible. Zonas enteras de la ciudad habían sido reducidas a cenizas, cientos de casas, y también palacios de nobles, mansiones y templos del dominio, incluyendo Tenryūji, donde Kunishi y Kijima habían tenido su base; todo había sido destruido. Desde el Palacio Imperial en el norte hasta la avenida Shichijō en el sur, desde el Kamogawa en el este hasta el Horigawa en el oeste, casi todo el centro de la ciudad había desaparecido.

Caminé primero a lo largo del Takasegawa, abriéndome paso con cuidado entre las cenizas aún calientes, hasta la mansión Chōshū, pensando que tal vez Shinsai se habría ocultado allí, pero aquello también había sido arrasado. Más tarde supe que Nomi Oriie le había prendido fuego él mismo antes de refugiarse en un templo budista. Alrededor de las ruinas había soldados apostados para mantener a los cazadores de recuerdos y a otros saqueadores a raya.

Me encontraba mirando fijamente las ruinas conmocionada cuando advertí que uno de los guardias se había fijado en mí. Me miraba como si me conociera. Sospeché que podía ser el hombre del Shinsengumi a quien le había entregado el prospecto de nuestros remedios médicos, aunque no estaba segura. Súbitamente, una sensación de terror se apoderó de mí. Deseé no

haberlo abordado tan descaradamente en la calle. No tenía que haber llamado su atención. Por primera vez se me ocurrió que podía correr peligro. La mente me funcionaba muy lentamente aquel día —sabía objetivamente que se trataba de uno de los efectos de la conmoción, pero darme cuenta de ello no hizo nada por acelerar mis procesos mentales— y tardé unos minutos en caer en la cuenta de lo impensable: que Shinsai podía haber sido capturado vivo y estar siendo torturado.

Mi mente prefirió no detenerse en aquel horror y concentrarse en asuntos más prácticos. Era hora de volver a mi condición de mujer. Volvería a casa de la señora Minami, me despojaría de mi atuendo masculino y treparía desnuda por el muro a los baños públicos, donde me aguardaban mis prendas femeninas y mi antigua identidad.

Sin atreverme a mirar atrás, me alejé caminando lentamente de la mansión en ruinas hacia el puente Sanjō. Era bien entrada la tarde, nubarrones amenazadores comenzaron a oscurecer el horizonte y había mucha humedad. Podía sentir las gotas de sudor que se deslizaban por mi pecho y mi vientre, pero a pesar del calor estaba tiritando. Cuando hube cruzado el puente, apresuré el paso, agachándome por los callejones como me había enseñado Shinsai y aproximándome a nuestro antiguo alojamiento desde el este, la dirección opuesta de la mansión Chōshū.

No había nadie en la calle, la tienda de fideos soba estaba cerrada. Pero la puerta lateral de la tienda de la señora Minami no estaba cerrada con llave ni con cerrojo. Se abría, como siempre, deslizándola con cierta dificultad y con un leve chirrido. Entré lo más silenciosamente que pude, esperando que nuestra casera no hubiera pensado que ya no volveríamos y le hubiera alquilado la habitación a otro. Estaba vacía, excepto por las escasas pertenencias que Shinsai había dejado: sus libros y un viejo kimono que colgaba del perchero como un espectro. Hundí el rostro en la prenda y aspiré su aroma. Temblaba más que nunca y me dolían los ojos. Pero no tenía tiempo que perder. Me desaté la faja y me quité las prendas masculinas, la chaqueta de médico, el kimono que me había dado Eikaku, el largo trozo de tela que me ceñía los pechos y mi taparrabos. Doblé las telas y las puse en el armario junto al futón; en cuanto a la chaqueta y la túnica, las arrojé sobre el perchero. Al menos nuestras prendas estarían juntas.

Me acerqué a la puerta lateral, la deslicé para abrirla y me topé cara a

cara con la señora Minami. Gritó como si hubiera visto un espectro, y realmente debía de tener un aspecto semejante: una mujer desnuda con el cabello cortado como un hombre.

—No haga ni un solo ruido —susurré—. No tenga miedo. Soy yo, Imaike. Lo siento, estaba de incógnito. En realidad, soy una mujer.

—Ya me doy cuenta —dijo, recuperando la compostura. Me empujó hacia la habitación y cerró la puerta—. Pero ¿adónde pensabas ir así?

—A los baños públicos. Me tienen preparadas unas vestimentas. Tengo que vestirme de mujer de nuevo, para poder marcharme de la ciudad.

—Los baños públicos han cerrado. Todos se han ido. Todo el mundo cerró por el incendio *taca, taca, taca*.

—¿*Taca, taca, taca*?

—Es el ruido que hacía. Todo el día se oían los disparos: *Taca, taca, taca*. Y se propagó tan rápidamente..., *taca, taca*. Tuvimos suerte de que no cruzara el río.

—No puedo volver a las calles vestida como un hombre. Creo que alguien me está siguiendo. ¿Ha venido alguien aquí?

—Aún no. Pero ¿dónde está Itasaki-san?

—No lo sé. —No quería hablar sobre Shinsai—. Se marchó con los soldados de Chōshū, con Kusaka Genzui.

—Dicen que Genzui se ha suicidado.

—Eso dicen.

—¿Crees que el pobre Itasaki también ha muerto?

—No lo sé. Supongo que sí. —En aquel momento pensaba que era mejor que estuviera muerto; era preferible a haber sido capturado—. De lo contrario, me habría venido a buscar.

La señora Minami parecía a punto de hacer preguntas más personales, pero luego susurró:

—Qué experiencia tan terrible. La descarga de escopetas en el Palacio Imperial, los soldados del dominio peleando entre sí, todos esos jóvenes muertos, la mitad de la ciudad en ruinas.

Se dio cuenta de que estaba temblando.

—Iré a buscarte algo de ropa. Espera aquí.

Volvió al cabo de unos minutos con vestimentas de mujer y me ayudó a

ponérmelas: ropa interior y un kimono de verano estampado con peonías. Me envolvió el amplio *obi* alrededor de la cintura y sentí una gran carga que descendía sobre mí al recuperar mi aspecto femenino. Me miró con ojo crítico.

—¿Qué haremos con los dientes? Y el cabello tiene muy mal aspecto. No sé qué hacer con él.

—Es mejor cortarlo todo —dije.

—Sí, me temo que es la única solución.

Fue a buscar las tijeras y volvió muy nerviosa.

—Hay unos guardias en la calle.

Me hizo arrodillarme sobre un trapo y me cortó el pelo. Luego colocó un pañuelo sobre mi cabeza rapada, lo ató, agarró las prendas que había en el estante y me empujó hacia la tienda.

—Ve a ocuparte de la mercancía. Dejaré todo esto en el almacén.

Los guardias llamaron a la puerta, y la señora Minami les dijo que entraran. Uno de ellos pasó al interior y echó un rápido vistazo a la tienda. Vio a una mujer anciana haciendo cuentas sobre su escritorio y a una más joven desembalando tazas de cerámica de una caja.

—Es solo un control —dijo.

—¿Continúan los incendios? —La señora Minami salió a la puerta y miró hacia el oeste.

—No, están todos apagados y los rebeldes han sido todos derrotados. Han huido despavoridos a Chōshū, los muy cobardes.

La señora Minami esperó en el umbral bajo el alero hasta que la patrulla hubo desaparecido. Yo había desempaquetado y vuelto empaquetar las tazas unas seis veces.

—¿Adónde vas a ir? —preguntó.

—Supongo que volveré a casa, a Chōshū.

—Será lo mejor —asintió—. Aquí no estás a salvo. —Me contó que Kiemon había muerto; había sido ejecutado sumariamente junto a más de treinta prisioneros cuando las llamas alcanzaron la prisión.

Quería marcharme cuanto antes. No quería que ella corriera más riesgos, y aquel sitio me traía demasiados recuerdos. Además, se me acababa de ocurrir una idea: Shinsai me podía estar aguardando bajo el puente Nijō, donde nos

habíamos encontrado la noche del ataque del Ikedaya. No me detuve ni siquiera a comer o beber algo, y eso que no había tomado nada en todo el día. La señora Minami me dio unas sandalias de paja, algunas tortas de arroz y unas cuantas monedas, diciendo que así pagaría por la ropa y los libros, y muy a mi pesar le dejé mi maletín médico, aunque saqué el escalpelo y lo envolví dentro de mi bolsa.

Me prometió no venderlo, sino conservarlo hasta que regresara a buscarlo. Le di las gracias por todo y salí a la calle.

La tarde comenzaba a caer sumiéndolo todo en una extraña luz metálica. El cielo estaba cargado de nubes gruesas y los relámpagos centelleaban a lo lejos. El aire olía a lluvia y a cenizas. Columnas de humo seguían ondeando entre los últimos restos del incendio. En este lado del río había una horda de gente acampando bajo los porches, bajo los aleros, acurrucados con sus pertenencias, colchones, niños, pájaros e insectos en jaulas, e incluso carpas doradas en peceras de cristal. De vez en cuando, pasaban hombres a toda velocidad llevando cadáveres envueltos en esterillas o empujando carretillas cargadas con ellos. Los perros los seguían con los hocicos levantados. Apenas podía contenerme para no arrancar las esterillas y buscar entre los cuerpos los rasgos de Shinsai, y pensé en cómo le hubiera gustado a Eikaku esta escena salida del infierno.

A lo largo de toda la orilla del río Kamo, los refugiados se sentaban con la mirada fija en la ciudad destruida. Aquellos que podían meterse encontraban refugio bajo los puentes en Shijō y Sanjō. La gente gritaba nombres mientras buscaba a los desaparecidos y me encontré gritando también al tiempo que me abría paso a empujones entre la multitud.

—¡Shinsai! ¡Shinsai!

Pero la única respuesta fueron los chillidos alarmados de las aves acuáticas sobre las ramas y los truenos que retumbaban en las colinas.

Cuando llegué al puente Nijō, también lo encontré atestado de gente. Tenía las piernas cansadas y la cabeza me daba vueltas. Sentí como si hubiera estado caminando durante meses. Estaba oscureciendo y sabía que no podía seguir avanzando aquella noche. Encontré un lugar bajo el puente, en la parte superior junto a los pilares de un extremo, donde había que doblarse bajo los tablones. Allí me instalé, con la espalda apoyada contra uno de los pilares.

Mis compañeros en aquella posada ribereña a cielo abierto eran los

mendigos y vagabundos habituales, y muchos otros que habían perdido sus casas en el incendio. Dormí, o más bien dormité medio sentada, con el escalpelo oculto en la mano, sobresaltándome cada vez que llegaba alguien nuevo, intentando verlo a la luz difusa, esperando contra toda esperanza que Shinsai se materializara en medio de la oscuridad.

Un poco más lejos de donde yo estaba, orilla abajo, había un hombre sentado que me resultaba conocido. Estaba vestido con harapos y tenía un trozo de tela envuelto alrededor de la cabeza, pero seguía pensando que lo conocía por su perfil y sus gestos. Imaginé que debía de ser algún fugitivo; a pesar de sus prendas, estaba segura de que no era un mendigo. Por la mañana temprano, una joven del barrio del placer, ataviada elegantemente, vino a repartir comida. Se aseguró de darle una cantidad suficiente, aunque no dio muestras de reconocerlo. Supuse que se conocían bien; tal vez carnalmente.

Ahora que podía ver mejor, me fijé en sus pies. Eran largos y delgados, de piel blanca bajo la mugre, y no precisamente los pies de un mendigo. Notó que lo observaba y se volvió hacia mí. Era Katsura Kogorō.

Entrecerró los ojos; estaba tratando de recordar de qué me conocía. Se acercó un poco más a mí y me tendió una torta de arroz.

—Toma, pareces hambrienta. Cógela. —Hablaba en un dialecto vulgar. No pude evitar impresionarme. Salvo sus blancos pies, su disfraz era impecable.

—Gracias —dije—. No tengo hambre. De todos modos, tengo algo de comida.

—Nos conocemos, ¿verdad? —dijo, metiéndose la torta de arroz en la boca y masticando.

No repliqué directamente, pero dije:

—Estoy buscando a mi tío, Itasaki Shinsai.

—Estaba con Genzui, ¿no es cierto? Debe de estar muerto. —Tragó y añadió—: Como tantos otros. Tenían que haberme escuchado. Han firmado la sentencia de muerte para nuestro dominio. —Ahora había menos gente a nuestro alrededor y había retomado su forma habitual de hablar.

—¿Conoce alguien el nombre de los muertos ya? —pregunté.

—Aún es todo muy confuso. Pero ¿qué haces en Kyōto? Tu familia vive en Yuda, ¿verdad? ¿No está tu esposo con el Kiheitai?

—Lo sabe todo sobre mí —dije. «Excepto que nos vimos cuando yo era un hombre y no me reconoció entonces».

—Hace tiempo que quiero ir a visitar a tu padre.

—Será para nosotros un honor muy grande —murmuré automáticamente, horrorizada por la facilidad con la que volvía a ser una servil mujer.

—Sufu Masanosuke me habló del cuadro de tu padre —dijo Katsura.

No tenía ni idea de a qué se refería. Luego lo recordé: el día de mi boda el noble Sufu sentado en el lugar de honor comentando algo sobre la sombra desconocida que se cernía sobre mi matrimonio. ¡Cuánta razón tenía! Recordé mi noche de bodas y la conducta vergonzosa de Shinsai: mi corazón destrozado de amor y de pena por él, queriendo llorar de angustia.

—El de Chikuden —dijo Katsura, indiferente a mi dolor.

—*Flores fragantes de ciruelo, sombra desconocida* —dije, al cabo de un instante.

—Sí, ese. Me gustaría verlo. Siento gran admiración por Chikuden. De hecho, poseo algunas de sus pinturas. Tal vez tu padre me lo pueda vender. Se lo podrías preguntar cuando regreses a Chōshū.

La conversación me resultaba tan ridícula que me parecía estar viviendo en un sueño. La única explicación razonable era que él mismo estaba conmocionado y solo podía hablar de banalidades.

—¿Volverás de inmediato? —siguió diciendo ante mi persistente silencio.

—Supongo que sí. Pero primero debo averiguar qué le ha sucedido a mi tío.

—Estoy seguro de que ha muerto con gran valor —dijo Katsura—. Siempre nos ha sido extremadamente útil y será recordado por su lealtad. Cuando se celebren las honras fúnebres, házmelo saber y me aseguraré de asistir si me encuentro en el dominio. Cuando llegues a tu casa, además del cuadro, tengo otro favor que pedirle a tu padre.

—Por supuesto, lo que sea —repliqué, aunque en realidad me habían entrado ganas de matarlo. ¿Qué hacía ocultándose, siendo alimentado por una geisha, hablando sobre pinturas, coraje y lealtad mientras los hombres de su dominio habían sacrificado sus vidas? ¿Cómo había escapado? ¿Por qué no había participado en el combate? Puede que todos se hubieran equivocado, pero al menos no habían sido unos cobardes.

«Kogorō, el fugitivo», dije para mis adentros, vaticinando el sobrenombre que lo perseguiría.

—Voy a tener que ocultarme durante un tiempo —dijo—. Por favor, pídele a tu padre que cuide especialmente del noble Sufu.

—No hace falta que se lo pida. Admira enormemente al noble Sufu.

—Alguien tendrá que hacerse responsable de este desastre. No debería ser Sufu; siempre estuvo en contra. Tu padre tendrá que asegurarse de que esté vigilado en todo momento, no vaya a ser que se quite la vida.

Me pregunté si Katsura sentiría la misma obligación, pero no lo creía probable. No quería estar ya a su lado y tenía gran necesidad de orinar. Puse mi bolsa a la espalda, me despedí y fui a buscar uno de los baldes dispuestos para uso público. Era un alivio poder orinar libremente, pero al dirigirme a la orilla del río con los pequeños pasos de una mujer, eché de menos las grandes zancadas que daba como hombre.

TOKUGAWA YOSHINOBU

(HITOTSUBASHI KEIKI)

Año 1 de la era Genji (1864),

séptimo mes, veintisiete años

Hitotsubashi Keiki se ha tendido sobre la mujer que dormía a su lado como si deseara fundirse con ella. Jamás ha podido dormir solo, pero esa noche una mujer apenas es suficiente. Desea estar rodeado de mujeres, enredado en sus cabellos, izado por sus pechos y muslos. Le duele todo el cuerpo, aún siente un zumbido en los oídos del clamor de la batalla y tiene la garganta irritada por el humo. Incluso los orgasmos experimentados hace un rato le resultaron más dolorosos que placenteros, como lágrimas que provocan escozor en ojos inflamados y resecos.

El humo y las cenizas impregnan toda la ciudad, y un sonido sordo se eleva sobre ella como si estuviera gimiendo. Ha sido trasladado desde su propio palacio a un hospedaje temporal en el lado occidental del Horigawa. Más hacia el oeste, alrededor de Arashiyama, los edificios siguen echando humo, incluso uno de los campamentos de Chōshū, Tenryūji; del lado oriental, los focos del incendio están más o menos bajo control. Pero han ardido muchas zonas de la ciudad. Al menos uno de los incendios más grandes fue iniciado bajo sus órdenes cuando vio que a los soldados de Chōshū se les había permitido establecer una base en la mansión Takatsukasa, justo al lado de la puerta de Hamaguri. Entendió la fuerza potencial de una alianza entre Chōshū y

la corte. Toda su furia e irritación entraron en ebullición. ¡Que esos príncipes insensatos fueran convocados para dar cuenta de los aliados de los que se rodeaban! ¡Que se incendiaran sus palacios!

Los rebeldes están casi todos muertos y aquellos que siguen vivos pagarán con sus cabezas. Sus fuerzas, los dominios de Aizu y Satsuma y todos los que son leales al Tokugawa han ganado la batalla y los soldados de Chōshū se han dado a la fuga. Pero ahora que ha acabado todo, está conmocionado por la audacia del ataque. Los diferentes motivos de Chōshū —restaurar el buen nombre del noble Mōri, recuperar la influencia de la que gozaban en la corte — son una mera cortina de humo para ocultar su verdadero objetivo: derrocar al *bakufu*. El intento de lograrlo ha fracasado, pero no puede evitar sentirse impresionado por el coraje de los soldados de Chōshū, por su disciplina y sus armas. El hecho de que se atrevieran a traer un ejército armado a Kyōto, al propio centro, hasta la mismísima puerta del Palacio Imperial, le produce una profunda alarma. Sabe que el ataque fue poco entusiasta, que Chōshū apenas desplegó una pequeña parte de su fuerza militar y que él y el gobierno se han salvado por muy poco. Tal vez haya otros celebrando las victorias —la redada llevada a cabo por el Shinsengumi contra el Ikedaya, la derrota de Chōshū en la Puerta Prohibida—, pero las considera tan solo escaramuzas dentro de lo que terminará siendo una larga guerra, una guerra en la que se juega el futuro de Japón, que es la que realmente le gustaría ganar.

Ha estado leyendo últimamente sobre la Revolución Francesa y los años de terror que la siguieron. No le cabe duda de que si Chōshū obtuviera una victoria decisiva rodarían muchas cabezas —la espada es tan eficaz como la guillotina—, y la suya sería una de las primeras.

Chōshū debe ser castigado y debe actuar rápidamente, aprovechando que el apoyo que tiene el dominio de la gente y de otros dominios ha sido debilitado por el audaz ataque y por la destrucción de la ciudad. Chōshū ha sido siempre popular por su devoción al emperador y por su hostilidad hacia los extranjeros. Los hombres de Chōshū gastan el dinero a manos llenas, granjeándose el cariño de los habitantes de Edo y de Kyōto. Los violentos ataques de los últimos años no han disminuido este apoyo, posiblemente porque la fuerza policial de Katamori, el Shinsengumi, ha sido mucho más violenta y a la vez extorsionadora, y toda la hostilidad de los habitantes ha terminado recayendo en ellos. No hay duda de que el Shinsengumi es un grupo

intrépido y completamente leal al Tokugawa, pero los rumores que oye acerca de ellos le provocan pesadillas. Por otro lado, también es probable que alguno de los hombres de Chōshū, a los que no puede dejar de admirar en su fuero interno, intente asesinarlo, lo cual también es una pesadilla.

Le desagradan los dos señores de Chōshū: el viejo Takachika con su cara de payaso y tan obtuso de mente, y el avieso Sadahiro, que se cree general pero que no tiene agallas para pelear. Le parece ridículo que se arroguen una relación especial con el emperador y le resulta ofensivo que la residencia de Chōshū en Kyōto esté considerada fuera de la jurisdicción del *bakufu*. ¿De qué sirve una fuerza policial si Chōshū ofrece refugio a rebeldes y forajidos? Al menos eso ya no será un problema, pues la mansión ha sido completamente arrasada por el fuego.

La mujer que está debajo de él murmura y se agita ligeramente mientras duerme. Se aferra a ella aún más, anhelando atrapar su sueño. La mueve para poder deslizar su miembro erecto dentro de ella, sintiendo el consuelo de sus nalgas contra los muslos. No quiere otro orgasmo, está demasiado cansado. Solo desea sentirse a salvo. Ella suspira y empuja hacia atrás, arqueando la espalda para que la penetre todavía más, y luego, conociéndolo a él y sus necesidades, permanece quieta, respirando al mismo ritmo que él.

Por un instante está a punto de quedarse dormido. Los pensamientos surgen al azar, imágenes sin relación aparente se suceden una tras otra, pero justo cuando siente la flojedad en los músculos, una nueva escena lo sacude despertándolo con su descarnada claridad: la ejecución de trescientos hombres del dominio donde nació, Mito, después de la insurrección de Tengutō.

Iban de camino a Kyōto para abogar por su causa ante el emperador. Al igual que a Chōshū, las demostraciones públicas de lealtad les han granjeado una considerable solidaridad. Conocía al hombre que se había transformado en su líder, Takeda Ko'unsai; había sido un favorito del padre de Keiki, Nariaki. Si él no hubiera sido adoptado por la familia Hitotsubashi, como parte del plan de su padre a largo plazo para verlo convertido en *shōgun*, podría haber permanecido en Mito e, incluso a través de las extrañas vueltas de la muerte y del destino, podría haber llegado a ser *daimyō*; seguramente habría hecho las cosas mejor que su inútil hermanastro.

Los errores cometidos en su patria le repugnan. ¿Cuánta culpa se le puede

echar al carácter dominante y —Keiki tiene que admitirlo— errático de su padre? Las drásticas reformas y las ambiciones políticas de Nariaki dividieron el dominio en facciones profundamente hostiles, granjeándole enemigos, tanto en el *bakufu* como en varias ramas de la familia Tokugawa. Las ambiciones de su padre a punto estuvieron de costarle la vida al propio Keiki durante la purga Ansei, llevándolo al arresto domiciliario hasta que los hombres de Mito se vengaron con el asesinato de Ii Naosuke, a las afueras de la puerta de Sakurada en el castillo de Edo.

Nevaba entonces, y le gustaría que también ahora cayera nieve y le concediera un poco de su frialdad y pureza, y eliminara el sudor que se deslizaba por sus axilas y su entrepierna, humedeciendo la piel de la mujer. Es el séptimo mes y el calor sofocante, que tan habitual es en la capital, se ha vuelto asfixiante a causa de los incendios y el aire cargado de humo. El Tengtō comenzó su celebrado recorrido a la capital a través de los picos cubiertos de nieve en el valle de Kiso. ¡Cuán lamentable fue su fin! Les hubiera perdonado la vida si hubiese podido, pero no está preparado para enfrentarse al gobierno de Mito; ya tiene demasiados problemas en Kyōto. Los hechos dramáticos resultan aún más conmovedores con nieve, como una escena en una obra kabuki —nieve que cae desde arriba, sobre los faroles rojos—; vuelve a sentirse adormecido.

Pero una voz quejumbrosa lo mantiene despierto: «Pudiste haber sido *daimyō*, pudiste haber sido *shōgun*». ¿Malgastará toda su vida esperando entre bastidores? Tiene veintisiete años y siente que está en su mejor momento. Toda su vida se ha preparado para ocupar cargos de influencia y responsabilidad. Ahora, como guardián del joven *shōgun*, Iemochi, por cuya causa fue apartado de la lucha política por la sucesión de Iesada, se ha convertido en uno de los hombres más poderosos del gobierno de Tokugawa, y si Iemochi muere sin descendencia, será realmente el único candidato para ser *shōgun*. Será el decimoquinto *shōgun*; su único temor es que será demasiado tarde para salvar el gobierno. Será *shōgun*, pero ¿seguirá habiendo *shōgunato*?

Sabe que es perfecto en todo para el puesto, excepto en una cosa: no está seguro de quererlo realmente. No puede ignorar el hecho de que en los últimos años ha sido más feliz bajo arresto domiciliario. Había sido un alivio no tener que lidiar con los grandes señores, increíblemente engreídos y susceptibles, confundidos por las medidas feudales y sus propias suposiciones interesadas y

mal concebidas. En cuanto a los nobles de la corte, son aún más irritantes, con su idealismo poco práctico y su completa ignorancia del mundo real. Las interminables ceremonias y formalidades que se repiten, las intrigas impenetrables que se llevan a cabo a todos los niveles, ¿cómo puede lidiar un hombre con todos estos nudos resbaladizos y complicados de un gobierno que ha levantado un laberinto tan complejo a su alrededor que ya no encuentra la salida?

Recuerda ahora a su antecesor, Ieyasu, y los otros grandes unificadores del Japón, Oda Nobunaga y Toyotomi Hideyoshi, y las diferentes acciones sangrientas y violentas con las cuales lograron sus objetivos. No ve este carácter decidido en sí mismo ni en ninguno de sus contemporáneos. El noble Ii, el *tairō*, fue seguramente el último hombre en actuar decidida y despiadadamente. Desde su muerte, nadie ha tenido ese valor. ¿Alguno de ellos desea el poder lo suficiente como para aferrarse a él con fuerza y buscarlo hasta las últimas consecuencias? Ninguno de ellos está preparado para hacer los sacrificios que se necesitan o derramar la sangre necesaria.

Como si los problemas en casa no fueran abrumadores, también existen los problemas en el exterior. Ninguno de ellos sabe realmente cómo actuar con los extranjeros. El clamor para expulsarlos debe ser atendido, pues aquellos que más fuerte protestan han demostrado ser extremadamente peligrosos si se los ignora. Pero los extranjeros no pueden ser expulsados sin provocar una guerra, y sin su colaboración previa en cuestiones de armamento y de tecnología es imposible ganar una contienda semejante. Le da la sensación de que podría negociar con ellos si le dieran carta blanca. A diferencia de sus coetáneos, es mucho más moderno que ellos, capaz de navegar en las turbulentas aguas del nuevo mundo. Sabe que es popular entre los ingleses, los americanos y especialmente los franceses. Le han informado de que elogian su aspecto —es apuesto a sus ojos— y su inteligencia. Lo consideran fácil de abordar, a diferencia de los inescrutables y ladinos oficiales con los que tienen que lidiar. Sospecha que el cónsul francés, Roches, mantiene delicadas negociaciones para proponer algún tipo de alianza. Le atrae la propuesta; le gustan los franceses mucho más que los ingleses; considera a Parkes un matón descortés y a Satow un espía doble. E incluso lo han comparado con Napoleón Bonaparte, el emperador francés, lo cual le resulta muy halagüeño.

Keiki ha conseguido libros sobre Napoleón y ha estudiado los grabados

que los ilustran. Los miembros de su séquito dicen que hay un notable parecido entre el joven francés y él mismo. Decide que si alguna vez conduce a su ejército a una batalla, llevará un uniforme como el de Bonaparte, y mientras imagina los pantalones de montar y la chaqueta, finalmente se queda dormido.

VUELTA A CASA

REGRESÉ a Yuda en el octavo mes, justo a tiempo para otra guerra breve, aunque no llegué a presenciara. Se trataba del segundo ataque de las potencias occidentales a las baterías en Shimonoseki, en parte para vengar los ataques de Chōshū del año anterior contra los barcos extranjeros, en parte para abrir el estrecho otra vez a los comerciantes de Yokohama y Nagasaki, que se quejaban por el escaso comercio. Se conoció como la guerra de las Cuatro Naciones y terminó con la derrota total de Chōshū, pero no me enteré de los detalles casi hasta finales del mes, cuando Inoue Monta apareció en nuestra casa.

Mis padres se quedaron conmocionados con mi llegada al atardecer: venía caminando aquel día desde Mitajiri. Estaban conmocionados y aliviados, sentimientos que de inmediato se transformaron en enojo. Al cruzar la puerta del jardín y pasar bajo el Árbol de las Apuestas, temblaba de esperanza y de temor ante la posibilidad de que Shinsai pudiera haber vuelto allí, pero, por supuesto, no estaba. Mis padres sabían que no había ido a Ōsaka con mi esposo como les había contado, pues el propio Makino había venido a buscarme y, avergonzado y apenado, tuvo que admitir que yo había huido.

—Pero ¿por qué? —insistió mi padre—. ¿Fue cruel contigo? ¿Te pegó?

Apenas recordaba los motivos y me resultó imposible explicarlo. Temía que, si empezaba a hacerlo, terminaría por contárselo todo. Me embargaba la culpa y una tristeza tan profunda que los habría matado con mis propias manos si eso me hubiera permitido volver a estar con Shinsai. Había tratado a tanta gente loca que reconocí los síntomas. Sabía que se me estaba yendo la cabeza, pero me era imposible seguir los buenos consejos que había tratado de dar a los demás. Recordé mis ideas simplistas con desprecio. Les había aconsejado

a mis pacientes no beber, pero yo bebía lo que fuera y fumaba hasta que tenía la garganta irritada.

—¿Qué ha pasado con tu pelo? —preguntó mi madre, con lágrimas en los ojos. Me había rapado completamente la cabeza y ahora parecía una monja. Raparse la cabeza era uno de los castigos menores por cometer adulterio, y por supuesto mis padres no pudieron evitar sospechar que había huido con un hombre, pero eran reacios a profundizar en el tema y, de todas formas, jamás les habría revelado quién era ese hombre.

Tener el cráneo casi desnudo parecía tener un significado y me pasaba horas recorriéndome la cabeza con las manos tratando de definir qué era, pero nunca conseguí averiguarlo. Comencé a tener pesadillas con esa cuestión. Dormía mal y no podía comer. Cuando mi padre se repuso del disgusto, vio que me encontraba en peligro de sufrir una crisis nerviosa e intentó que volviera a interesarme por la medicina, discutiendo de sus pacientes conmigo, pidiéndome que le preparara remedios y contándome las últimas novedades de la comunidad médica en Nagasaki. Pero mi pasión por la medicina parecía haber quedado atrás, en Kyōto, junto con mis prendas masculinas. Ya no me interesaba nada. Estaba completamente enajenada, y cuando miro hacia atrás entiendo por qué las personas llaman a ese estado estar «poseído por el espíritu del zorro».

Posiblemente mi padre se encontró con Monta en algún sitio y le pidió que viniera a levantarme el ánimo. Sea como fuere, vino a visitarnos una tarde cuando había acabado la guerra de las Cuatro Naciones (la batalla solo duró medio día). Había estado implicado en las negociaciones con los ingleses, antes, para intentar evitar el combate, y después.

—Itō y yo leímos en el *Times* que había la posibilidad de un ataque —dijo—. ¿Te lo imaginas...? ¡Chōshū en el *Times* de Londres!

No tenía ni idea de qué me hablaba, ya que en esa época jamás había visto un periódico extranjero; solo los carteles ilegales con las noticias y las opiniones y el tipo de dibujos que realizaba Eikaku. Aparentemente, Monta no había cambiado; seguía siendo el joven señor, descarado, seguro de sí mismo, irresistible y temerario, pero a medida que hablaba noté que se había vuelto más serio. Había viajado a Inglaterra y había vuelto, había visto el mundo. Llevaba ropa normal y sus dos espadas, pero tenía el cabello corto como el de un niño.

—Sabíamos que Chōshū no tenía ninguna posibilidad de ganar ante la alianza occidental, por lo que volvimos rápidamente para tratar de evitarlo. — Sus ojos brillaban mientras hablaba—. De hecho, los ingleses enviaron un buque insignia para traernos de Yokohama; son realmente muy amables. Cuando llegamos aquí, corríamos grave peligro de que nos matara la población local. No tenían ni idea de quiénes éramos con nuestro cabello corto; ¡no se podían creer que habláramos japonés! Luego no pude llegar al lado inglés a tiempo; me retrasaron los *shotai*, que querían atacar de inmediato. Al final, hasta me querían atacar a mí. Así que los extranjeros se cansaron de esperar y abrieron fuego. Los americanos, holandeses, ingleses y franceses tenían diecisiete barcos y el doble de soldados que nosotros. A la mañana siguiente, desembarcaron en tierra, destruyeron o se llevaron el resto de las armas, incendiaron algunas casas y esperaron a que capituláramos.

—¿Murieron muchos? —preguntó mi padre.

—Alrededor de veinte de los nuestros. Creo que ocho o diez de los suyos. Su yerno, el doctor Makino, estaba allí. Ha estado cuidando de los heridos.

Monta me dirigió una mirada, pero no sabía cómo reaccionar. Por supuesto que sabía que Makino era mi esposo, pero no significaba nada para mí. Ni se me había ocurrido preguntarme si estaría implicado en la batalla, si estaba vivo o muerto.

—Lo raro —prosiguió Monta— es que ahora que ha terminado somos íntimos amigos. Itō y yo conocemos a uno de los diplomáticos ingleses; habla un japonés bastante aceptable. —Lanzó una carcajada—. Itō le preparó una cena en Shimonoseki, al estilo inglés, con mesa y sillas, y cuchillos, y un pollo asado increíblemente duro. Se llama Satow.

—¿Tiene nombre japonés? —preguntó mi madre sorprendida.

—Extraño, ¿verdad? Suena igual, pero no es lo mismo nombre. De cualquier modo, el pueblo de Chōshū le cae bien. Dice que combatimos bien y nos respeta. Sugerí que nos ayudara en nuestra lucha contra el *bakufu*. —Bajó la voz—: Necesitamos comprar mejores armas y los ingleses nos las venderán.

—¿Y el acuerdo de paz? —preguntó mi padre—. ¿Ha tenido que hacer Chōshū grandes concesiones?

—No, gracias a Takasugi. Lo mejor de todo el asunto fue que el gobierno del dominio tuvo que sacarlo de la cárcel para llevar a cabo la misión.

¿Sabían que estaba en Noyama por haberse marchado sin permiso a principios de año? Los ingleses son muy quisquillosos respecto de la persona con la que negocian. Tiene que ser alguien de muy alto rango. En realidad, exigieron que fuera el noble Mōri Takachika. Por supuesto, era imposible; le dimos como excusa que se había aislado porque había ofendido al emperador. Takasugi estuvo magnífico. No pudo comportarse más noblemente. Tomó el nombre de Shishido Gyōma —el noble Shishido lo había adoptado por un tiempo— y vino ataviado con lujosas prendas. Logró impedir que les concedieran tierras a los ingleses. Ha estado en Shanghái y estaba decidido a evitar que una zona de Chōshū se transformara en puerto franco. Declaró que tan solo estábamos siguiendo las órdenes del emperador y del *bakufu* y que teníamos documentos para probarlo. Los ingleses querían una enorme suma de dinero como indemnización, pero ¡ahora tendrán que ir a buscarla a Edo! Solo aceptamos deponer las armas, dar un buen trato a los extranjeros y otras cosas por el estilo.

Sonrió satisfecho. Mi padre le sirvió un poco más de sake y, tras beberlo, Monta trató de adoptar una expresión más sombría.

—¿Hay noticias de Shinsai-san?

—Ninguna —dijo mi padre—. Solo sabemos que estuvo en Kyōto con Maki Izumi y Kusaka Genzui. Como ambos están muertos y no hemos sabido nada, nos imaginamos lo peor.

Yo quería decir, por supuesto, que Shinsai no estaba muerto, que había pasado a la clandestinidad, al igual que Katsura, que estaba en Ezo, pero cuando iba a hablar, comencé a temblar. Todo el mundo me miró; Monta lo hizo con inusitada compasión.

—Espero que O-Tsuru-san mejore pronto —le dijo a mi padre.

—Hablemos de temas más agradables —dijo mi madre con un tono de desesperación en la voz—. Háblanos sobre tus aventuras en Inglaterra.

Monta nos habló de las casas con muchos pisos, escaleras y barandillas, levantadas en manzanas alrededor de hermosos jardines, las calles adoquinadas sobre las cuales era poco práctico usar sandalias, los caballos y carruajes, las vías de ferrocarril y los motores de vapor.

—Mucha gente usa el negro —dijo—. Parecen bandadas de cuervos en las calles. Y llevan sombreros negros de copa y paraguas negros. Su país está gobernado por una reina, la reina Victoria.

—¿Las mujeres participan en el gobierno? —preguntó mi padre.

—No, pero tienen mucha influencia. Los hombres escuchan sus opiniones y parecen tenerlas en cuenta. —Monta frunció el ceño y continuó apesadumbrado—: Siempre resulta difícil comunicarse con sus mujeres. Uno no sabe nunca si está siendo demasiado cortés o se está tomando demasiadas libertades.

Mi padre le hizo algunas preguntas sobre los hospitales y el estado de la medicina en Inglaterra. Monta le habló sobre el desarrollo de la enfermería bajo la influencia de una mujer llamada Florence Nightingale, que había aprendido a partir de sus experiencias en la guerra de Crimea y estaba reformando los hospitales. Luego describió las diferentes dolencias que él e Itō habían padecido, principalmente toses y resfriados, y los tratamientos que les habían suministrado: cataplasmas, vahos balsámicos, mezclas con opio, láudano.

—Terminamos comiendo mucho rosbif —dijo—. Se supone que es bueno para la salud. Pero hay otra parte de Londres. Hay mucha gente terriblemente pobre, vive en barrios mucho peor que los de Edo. Tienen las mismas enfermedades que las que tenemos aquí e incluso peor: cólera, tifoideas, difteria. Hay también un buen número de gente malvada y malhechores.

—Dicen que en Edo hay más descontrol que nunca —señaló mi madre.

—Desde que acabó la residencia alterna, la ciudad se ha quedado vacía —replicó Monta—. Los comerciantes no tienen a quién vender y la gente se está muriendo de hambre. Hay bandas de forajidos que aterrorizan a distritos enteros. El precio del arroz se ha disparado. Los almacenes son atacados y destrozados. Si no cambiamos pronto de gobierno, nuestro país está condenado al fracaso.

* * *

Sin embargo, la posibilidad de que Chōshū lograra algún cambio real parecía más remota que nunca. Los barcos extranjeros regresaron a Yokohama, dejando al gobierno del dominio que manejara aquella derrota y las secuelas del desastre en Kyōto. El *bakufu* actuó rápidamente para castigar a Chōshū y recuperar su credibilidad como supremo poder militar del territorio. Reuniendo soldados de más de treinta dominios, congregó un enorme ejército

de unos cincuenta mil hombres y los llevó a la frontera oriental de Chōshū.

Los rumores sobre cuál sería el castigo de Chōshū corrieron como la pólvora: el noble Mōri y su hijo serían ejecutados, Chōshū perdería la mitad de su territorio, Shimonoseki sería cedido al *bakufu*... El partido conservador recomendó la sumisión total; el *shotai*, que hasta el momento había evitado ser dispersado, naturalmente, quería rebelarse. Sufu Masanosuke, que había estado al frente de la política del dominio durante seis turbulentos años, recorriendo la fina línea entre la reforma y el extremismo, ahora tenía que intentar salvar al clan Mōri de caer en la desgracia más absoluta.

* * *

Una tarde, en medio del noveno mes, O-Kiyo, la geisha de mi padre, trajo al noble Sufu a nuestra casa.

—Está muy deprimido —nos susurró a mi madre y a mí mientras preparábamos sake y algunos platillos para acompañar—. Tal vez el doctor pueda ayudarlo.

Recordé lo que Katsura me había dicho bajo el puente de Nijō.

—Supongo que se suicidará —dije.

Mi madre se quedó horrorizada ante mi tono de voz desapasionado.

—Tsu-chan... —comenzó a decir.

—Dios no lo quiera —dijo O-Kiyo—. Debemos evitarlo.

—Tsuru ha estado un poco deprimida también —le confió mi madre.

—Debe regresar con su esposo. Las mujeres no están hechas para vivir solas.

El consejo de O-Kiyo me llenó de ira. Me serví un cuenco de sake y lo apuré de un solo trago; luego cogí la bandeja y salí a toda prisa al salón donde estaban sentados mi padre y el noble Sufu, este último frente al nicho donde colgaba el cuadro de Chikuden. Ahora había sido reemplazado por uno más adecuado para la estación del año. Había sido un día glorioso, justo después de la luna llena del noveno mes. Delante del cuadro había algunos crisantemos, que llenaban la habitación con la fragancia del otoño. Las puertas estaban abiertas para captar la belleza de la luna menguante y las estrellas, pero el aire era frío, y un brasero ardía entre ambos hombres.

Me arrodillé en el suelo y apoyé la bandeja. Mi padre sirvió el sake mientras yo miraba al noble Sufu. Había perdido mucho peso y su rostro estaba demacrado. Recordé la visión de la sangre deslizándose por su garganta; era evidente que le rondaba la muerte. Había quedado bajo arresto domiciliario cuando las tropas marcharon hacia Kyōto y desde el principio se mostró contrario al ataque. Como decía Katsura, no se le podía responsabilizar por ello. Pero era su gobierno el que había estado a favor; los miembros del consejo a cargo de la expedición, sus amigos, colegas o miembros de su sociedad, el Aumeisha. Los que murieron en Kyōto eran sus asociados, como Kijima, o protegidos suyos, como Genzui.

—Estuve en Iwajuni —le dijo Sufu a mi padre. Después de darme las gracias brevemente, se olvidó de mí. No parecía ser consciente de mi atenta observación. Me percaté de que ya había bebido mucho; había llegado al punto en que el deseo por desahogarse es tan fuerte que no se puede evitar—. El noble Kikkawa va a interceder por nosotros.

Mi padre asintió.

—Eso debe de ser un alivio para usted.

Kikkawa Tsunemoto, al frente de Iwakuni, una rama del dominio, era conservador y anticuado y se había mantenido apartado de las actividades reformistas del Partido de la Justicia de Sufu. En eso era todo lo contrario a la rama del dominio de Chōfu cuyo señor, Mōri Sayunosuke, continuaba apoyando el movimiento reformista incluso después de la caída del gobierno de Sufu, ofreciéndoles a los *shotai* partidarios suyos un refugio en Chōfu y en Shimonoseki.

—Masuda, Kunishi y Fukuhara tendrán que ser sacrificados —siguió diciendo Sufu—. El noble Kikkawa ha estado en Yamaguchi e irá a ver a los representantes del *bakufu* el mes que viene para ofrecerle las cabezas de sus consejeros. —Bebió un largo trago—. Intenté perdonarle la vida a Kunishi (¡es tan joven!), pero Kikkawa no está de acuerdo. El castillo de Yamaguchi será arrasado y los nobles que quedan, los que huyeron de Kyōto, tendrán que abandonar el dominio e ir a Fukuoka. Esas serán las condiciones que ofrezca Kikkawa a Tokugawa Keishō, que está al frente del ejército del *bakufu*. Saigō Takamori, de Satsuma, le está ayudando.

—Satsuma no tendrá piedad de Chōshū —señaló mi padre.

—Saigō exigirá la ejecución de los comandantes que sobrevivieron —dijo

Sufu—: Shishido Kurōbei, Sakuma Sahei, Takeuchi Masabei, Nakamura Kyūryō. —Su voz se quebró y las lágrimas inundaron sus ojos—: Moriría con gusto en su lugar..., bueno, de todas formas yo también moriré pronto, pero mi muerte sola no satisfará a Edo ni a Satsuma.

—No debe sumar su muerte a la de tantos otros —dijo mi padre—. ¿De qué serviría? Y el dominio le necesita ahora más que nunca.

—Ya no puedo conseguir nada —admitió Sufu. Suspiró y volvió a beber—. Pertenezco a un rango demasiado bajo.

—Es mucho más elevado que el mío. —Mi padre también se estaba emborrachando.

Sufu se inclinó hacia delante y dijo confidencialmente:

—Ascendí todo lo que pude, pero siempre hay muchos otros por encima que tienen un rango superior al mío, que ocupan cargos por privilegios hereditarios. He luchado durante años con su incompetencia y su estupidez. Ahora, mi buen amigo, estoy acabado. Solo tengo que ponerle fin a todo con honor.

SUFU MASANOSUKE

Año 1 de la era Genji (1864),

otoño, cuarenta y un años

Hace algún tiempo que Sufu Masanosuke sabe que se suicidará, pero antes ha tenido que poner algunos asuntos en orden. Han sido unos cuantos meses frenéticos desde el desastre de Kyōto y, como siempre, ha sido él quien ha tenido que ocuparse de todo mientras a su alrededor todos manifiestan su horror, ponen excusas, se culpan unos a otros y vuelven una y otra vez sobre los acontecimientos del último año para explicar por qué salió todo tan terriblemente mal y para tratar de entender la humillación no solo de la derrota, sino de ser considerados enemigos del emperador.

Aún no puede creer que haya sucedido realmente un ataque tan estúpido. A veces parece una pesadilla de la cual despertará en cualquier momento, pero en este instante, en el quieto aire otoñal, está demasiado despierto: la cabeza le martillea, tiene la garganta seca y su corazón aletea como un pez dentro del pecho. Alguien tendrá que responsabilizarse, y aunque su esposa intenta convencerlo de que es inocente, porque entonces se hallaba bajo arresto domiciliario, no es de los que eluden su deber.

No estará solo. Se les ha permitido a los tres consejeros que condujeron la expedición que se suiciden; sus capitanes serán ejecutados. Cree que ha limitado el número a siete, pero la facción conservadora que tomó el mando del gobierno del dominio manifiesta su habitual ánimo vengativo, convencida

de su superioridad moral, y aprovechará la oportunidad para erradicar a todos los reformadores que pueda. Afortunadamente, Shinsaku no puede ser responsabilizado, pues ya estaba en prisión, e Inoue e Itō aún no habían regresado de Inglaterra. Katsura ha desaparecido. A Sufu no le preocupa, conociendo su habilidad para mantenerse alejado de los problemas. Seguramente ha pasado a la clandestinidad en algún lugar y regresará cuando todo se haya calmado.

Espera poder salvar a todos los que pueda del grupo *sonjuku*; le gusta pensar en ellos como si fueran los muchachos de Shōin. Lo serán en el futuro. Una vez más, piensa en los que murieron en Kyōto: el viejo Kijima, leal y beligerante; Maki Izumi y, lo que es peor, el brillante y capaz Kusaka Genzui. ¿Cómo va a poder vivir en este mundo sin Genzui? Siente que lo ha decepcionado: jamás debió permitir que la situación se descontrolara tanto. Ese es el motivo por el que lo criticaron sus enemigos, porque jugaba con fuego, intentando montar al tigre. Le gustaba estar rodeado de los jóvenes *shishi*. Lo halagaban su respeto y su afecto. No se podía resistir a beber con ellos, acompañándolos a las casas de las geishas, escribiendo poesía y cantando. Animó sus ambiciones; les ayudó a viajar, los envió a Kyōto, Edo y más allá. No había nada de malo en ello, salvo que no supo cuándo parar. Si pudiera volver atrás en el tiempo...

Está acostado en la habitación de invitados de la casa de Yoshitomi Tōbei, en las afueras de Yamaguchi. Su esposa está a su lado; sabe que no duerme. Tiene miedo de que, si cierra los ojos, él se suicide antes de que ella los vuelva a abrir. Yoshitomi es igual; todos lo vigilan noche y día. Está resultando mucho más difícil suicidarse de lo que había imaginado. ¿Qué fue del código del samurái? Su familia y amigos tendrían que estar facilitándole las cosas en lugar de retenerlo, aferrándose a él, llorando y lamentándose. ¡Qué vergüenza! Su esposa ha llegado a convencer a Yoshitomi de que se llevara sus espadas y las escondiera. Con eso no podrán detenerlo. Sabe dónde guardan los cuchillos en la cocina, los ha revisado fingiendo que hablaba de *sashimi* con el cocinero de Yoshitomi.

Está irritado, pero le emociona saber que su esposa le sigue queriendo después de tantos años de matrimonio, a pesar de su mala conducta. Qué mujer más admirable. Jamás lo ha cuestionado ni reprendido, jamás lo ha tratado con frialdad, ni siquiera después de sus peores borracheras. Se siente

absurdamente agradecido a ella y espera que se dé cuenta de que su muerte es absolutamente necesaria y que no lleve un luto desmesurado ni se deje consumir por la melancolía.

Sin embargo, le gustaría que fuera otra mujer la que estuviera allí, a su lado, la última muchacha de la que se ha enamorado, con su habitual insensatez. Le gustaría tomarla entre los brazos y perderse en ella por última vez. Tal vez sea un idiota y un borracho, como dicen sus enemigos. ¿Cómo conciliar ambas partes de su personalidad? ¿Cómo es posible que el impecable burócrata, el administrador altamente competente —nunca padeció de falsa modestia—, se transforme en un hedonista ebrio y desinhibido? Y más extraño todavía, ¿cómo se recupera, mañana tras mañana, y retoma las responsabilidades de gobierno?

¿Por qué bebía tanto? ¿Eso le ha hecho cometer errores? Intenta convencerse a sí mismo de que su vida no ha carecido de méritos. Ha ascendido a los cargos más altos que permite su rango; tiene la confianza del *daimyō* y la posibilidad de influir sobre él. Ha tenido muchos amigos íntimos de todas las clases sociales, ha amado a un buen número de mujeres y ha montado algunos caballos magníficos. Ha sido adorado, admirado y vilipendiado, algunas veces ha sido un héroe, y otras, un idiota. Y ahora ha tenido que disponer el suicidio y la ejecución, aceptar las muertes de algunos de sus más íntimos amigos y asociados.

Su principal logro durante las últimas semanas ha sido conseguir el apoyo del noble Kikkawa. Sufu es consciente de que el *daimyō* austero y conservador de Iwakuni jamás ha estado de acuerdo con él, pero han dejado de lado las diferencias pasadas para enfrentar la tragedia mayor que significa la inminente destrucción del clan Mōri. Sufu sabe que el heredero de Chōshū, Sadahiro, es tan culpable como los demás, pero resulta impensable que tenga que pagar por su ambición. Hay que hacer que parezca que no estuvo implicado, ni tampoco su padre, el noble Mōri, que el ataque fue obra de una facción rebelde dentro del dominio y que los autores están siendo todos debidamente castigados. Kikkawa lo ha comprendido todo rápidamente, quizá por el alivio de que Hagi estuviera de nuevo bajo el control de los conservadores, o quizá porque tenía que ajustar algunas cuentas pendientes. Sufu no puede permitirse pensar en ello. Ya resulta horroroso que los tres miembros del consejo tengan que quitarse la vida, pero es un exiguo precio

que debe pagarse para preservar la existencia de Chōshū y de su *daimyō*. Reflexiona brevemente acerca de la engorrosa estructura feudal del dominio como si fueran las raíces de una batata. Se pueden seguir las fibras que se ramifican, sin saber jamás cuál de ellas producirá un tubérculo. El noble Mōri es la parte visible de la planta, vistoso, frondoso y aparentemente inútil, pero, de algún modo, indispensable, por transferir la luz del sol a aquellos que están por debajo de él. Él, Sufu, es tan solo uno de los muchos tubérculos. No tiene mucha importancia si ha llegado la época o no de que lo cosechen. Pero si Sadahiro fuera una batata, no tendría mucho alimento que ofrecer. No ha madurado lo suficiente, sino que sigue estando verde. Sadahiro está demasiado impresionado por su puesto como heredero de Chōshū. Absorbe la admiración y los halagos, es adicto al respeto y a la atención que le prodigan.

Pero Sadahiro ya no es asunto suyo.

No hay nada más que hacer. Ha llegado al final de su vida política y, si no se suicida, seguramente sus enemigos lo ejecuten. Además, no quiere vivir más cuando tantos amigos suyos han desaparecido. Jamás le ha faltado el valor, pero no puede enfrentarse al dolor y a la vergüenza que tiene por delante. El corazón le da otro vuelco, y luego comienza a galopar furioso. Necesita urgentemente algo para beber que pueda tranquilizarlo.

Apenas se incorpora en la cama, su esposa se dirige a él:

—¿Qué sucede? ¿Necesitas algo?

—Voy a buscar sake.

No arma un escándalo ni le recrimina que no es bueno para él; tan solo se levanta rápidamente.

—Iré a calentarte un poco —dice.

Abre la boca para decirle que no se moleste, pero la idea de beber sake caliente le resulta de pronto muy atractiva. Una parte desconectada de sí lo encuentra extraño, ya que está a punto de morir. Es posible que la voluntad tome una decisión grave, pero el cuerpo sigue su humilde existencia hasta el mismísimo fin, buscando el placer, evitando el dolor.

Su esposa regresa con una lámpara y el sake sobre una bandeja. Apoyándolos en el suelo, se arrodilla a su lado y le sirve un cuenco. El vapor le impregna el rostro mientras bebe. El líquido calma su garganta y ahora siente el calor cuando llega al estómago y se filtra en sus venas. ¡Qué consolador resulta y qué maravilloso sabor tiene siempre la primera copa!

Su esposa le vuelve a llenar el cuenco y él le indica con un gesto que también debe beber. Ella inclina la cabeza agradecida y bebe un poco. El hecho de que estén juntos en la oscuridad silenciosa le resulta profundamente conmovedor. Sufu siente que hasta podría componer un poema si tuviera tiempo y si pudiera controlar las lágrimas que comienzan a manar de sus ojos. Ella también está llorando, y la humedad se desliza por sus mejillas.

La tristeza es insoportable. ¿Por qué no se va ella para que él pueda suicidarse? Quiere gritarle, ordenarle que se retire, pero la pena lo retiene. No hay otra cosa que hacer salvo volver a llenar la copa y volver a vaciarla. Sin embargo, después de aquel súbito estallido de calor reconfortante, el sake lo defrauda. No silencia sus pensamientos erráticos, sino que los hace más insistentes.

Oye voces en el exterior y al principio cree que está alucinando. Es noche cerrada, no debe de faltar mucho para el amanecer.

Yoshitomi se ha levantado; oye pisadas, el ruido del cerrojo de la puerta, las voces más fuertes: «Inoue Monta ha sido atacado, está gravemente herido, se está muriendo...».

Su esposa lanza un grito y Sufu siente que el impacto le desgarrar el pecho. ¿Monta, a quien había creído a salvo? ¿Monta, muriendo? Y todos los jóvenes que han muerto parecen congregarse delante de él. Bajo su mirada solloza, cargado de culpa, lástima, vergüenza. No debe sobrevivir a ninguno de ellos.

—Ve y averigua qué ha sucedido —le dice a su esposa, que, confusa, aparta sus ojos de él y lo deja solo durante el tiempo suficiente como para que se dirija tropezando a la cocina oscura y busque a tientas los cuchillos. Allí están, esperándolo. Agarra uno y corre, rápido, rápido, para que nadie lo detenga, cruzando la puerta trasera hacia el jardín.

Huele la noche otoñal, las hojas que pisotea con las prisas, el suelo cubierto de barro bajo sus pies desnudos. La luna se ha puesto y las estrellas brillan, pero no puede verlas a través de las lágrimas. El cuchillo que lleva en la mano es como un viejo amigo que se llevará el dolor insoportable de su vida.

Sabe que lo llaman, y es lo último que oye, aparte del súbito borboteo de su propia sangre.

LÁGRIMAS

JUSTO antes de que acabara el mes, cuando estábamos a punto de acostarnos, alguien apareció en la verja y comenzó a golpearla llamando al médico. Hachirō fue a abrir y entró corriendo a buscarnos, jadeando y con el rostro ceniciento.

—Dice que el joven señor ha sido atacado.

«¿El joven señor? ¿Monta?».

Mi padre se abalanzó sobre su maletín y sus instrumentos.

—Tsuru, ven conmigo. Puede ser que te necesitemos.

El granjero que había traído la noticia estaba aguardando en la verja, con un farol en la mano.

—¿Dónde está? —preguntó con tono urgente mi padre.

—Lo hemos llevado a casa de su hermano. Lo encontré en mi huerta. Estaba escondido detrás de las calabazas en una zanja. Oí que lo buscaban algunos samuráis, a gritos, pisoteando los cultivos. Casi lo cortan en pedazos.

—Pero sigue vivo.

—Lo suficiente como para pedir agua. Lo he envuelto en una estera, lo he metido en una cesta y lo he llevado a casa de Inoue.

Nos apresuramos por el camino entre los prados. Las lámparas brillaban en la casa y podíamos oír gritos y alaridos. Grandes manchas de sangre en el umbral daban cuenta del lugar por donde habían metido dentro de la casa al hombre herido.

Lo habían puesto sobre un futón y estaban intentando detener la hemorragia. Monta estaba irreconocible: tenía todo el rostro abierto de un tajo de espada, y la blancura del hueso relucía entre la sangre roja. Llamaba a

voces a su hermano mayor para que lo matara y terminara con el dolor. De hecho, su hermano tenía la espada en la mano y parecía dispuesto a atravesar la garganta de Monta con ella, pero su madre estaba intentando evitarlo, gritando que primero tendría que matarla a ella.

Vino a mi mente la noche que Nakajima había sido traído a casa con una herida parecida. El recuerdo de su terrible muerte hizo que me estremeciera. Mi padre estaba intentando inspeccionar las heridas sin causar más dolor.

—Tsuru, no creo que haya órganos perforados —dijo en voz baja—. Si podemos detener la hemorragia y suturarlo, puede salir adelante.

—¡Matadme ahora! —aulló Monta—. ¡Mostrad un poco de piedad!

—Busca sake y agua hirviendo —ordenó mi padre a una de las criadas, y comenzó a abrir su caja de instrumental—. Tsuru, enhébrame la aguja. Tal vez puedas dar algunas puntadas. Tus manos son más hábiles que las mías.

Cogí la aguja y el hilo y me acerqué a la lámpara, pero mis manos temblaban descontroladamente.

—¡Date prisa! —urgió mi padre.

Solté la aguja. Rodó hasta el borde de la estera y se metió dentro de una rendija entre las tablas del suelo. La veía brillando, pero no podía de ningún modo recuperarla.

Mi padre se giró, se dio cuenta de lo que había sucedido y maldijo. Jamás lo había oído maldecir en mi vida.

—Tal vez tenga otra —dijo, y comenzó a hurgar en su maletín. En ese momento alguien entró en la habitación.

Lo conocía de vista: se llamaba Tokoro Ikutarō. Había comenzado a ejercer recientemente como médico en la aldea de Yoshiki, no lejos de allí. Tenía casi treinta años y fama de ser un entendido en medicina occidental. Aunque era mucho más joven que mi padre, no dudó en tomar el control. Tocando a Monta suavemente y murmurando: «Sé fuerte, sé fuerte», tomó el escalpelo y comenzó a apartarle las prendas del cuerpo. Cuando abrió el bajo-kimono, se cayó un espejo, con el cristal roto. Era el que Kimio, la geisha de Kyōto, le había entregado a Monta.

—Qué afortunado; esto puede haberte salvado la vida —murmuró Tokoro, pues el espejo había recibido todo el impacto de un golpe de espada dirigido al corazón.

La criada regresó con agua hirviendo y sake. Cuando Monta estuvo

desnudo, Tokoro le lavó con cuidado las heridas, y luego dijo:

—Necesito una aguja..., lo que sea..., una aguja de alfombra si es posible..., e hilo.

—Yo tengo hilo —dijo mi padre, ofreciéndoselo.

La criada apareció con una aguja para esteras. Tokoro la hundió en agua caliente y la enhebró con precisión. Mi padre se arrodilló a su lado y cortó cada punto a medida que Tokoro le hacía un nudo, mientras el hermano de Monta, que había guardado su espada, mantenía inmóvil al hombre que sufría.

Había seis heridas que necesitaban sutura, pero a pesar de la sangre ninguna había abierto una arteria ni había penetrado lo suficiente como para tocar órganos vitales. Tokoro trabajó veloz y hábilmente, pero aun así tardó horas. Tuvo que dar más de cincuenta puntos en total. En varias ocasiones, Monta pareció perder el conocimiento por la impresión y el dolor, pero la mayoría del tiempo estuvo despierto, sin quejarse ni moverse, únicamente jadeando y sudando. Me impresionó su coraje y tenacidad.

Cuando Tokoro hubo terminado de dar la última puntada, pidió a la madre de Monta que trajera un trapo limpio y se lo pasara sobre el rostro y el cuerpo a su hijo.

—Parece que ayuda a aliviar el dolor —dijo. Se inclinó hacia delante y susurró a Monta—: Has sido muy valiente. Vivirás.

Su madre se estaba enjugando las lágrimas del rostro cuando regresó con los trapos blancos y cubrió a su hijo menor como si estuviera envolviendo el cadáver para enterrarlo.

En ese momento, yo también comencé a llorar. Rara vez había llorado en mi vida, pero ahora no me pude contener. No fue un sollozo ruidoso. Era simplemente llanto..., las lágrimas se derramaban de mis ojos como si manaran de una fuente. Lloré toda esa noche, empapando mi camión y la colcha, y lloré aún más a la mañana siguiente cuando supe la noticia de la muerte del noble Sufu.

Mis lágrimas no cesaban de caer. Podría haber llenado varias botellas con ellas. Siguieron fluyendo a lo largo del décimo mes, mientras el Partido de Opiniones Mundanas asumía el control del gobierno y Mukunashi Tōta regresaba al poder. Los líderes del Partido de la Justicia fueron arrestados.

En el undécimo mes, los tres consejeros se suicidaron según lo ordenado, y sus cabezas fueron entregadas al Tokugawa y a Saigō. Sus cuatro

comandantes fueron decapitados en Noyama.

Hacía un frío implacable, y comenzó a caer hielo y nieve. Lloré sentada con los pies debajo del *kotatsu*, mientras el gato ronroneaba sobre mis rodillas y lamía las lágrimas saladas que caían sobre su pelaje.

* * *

Aterrados ante la perspectiva de que me suicidara, mis padres no me perdían de vista ni un minuto. Había días en que me hubiera gustado morir para terminar con mi dolor, pero, en realidad, jamás intenté suicidarme. Sabía, de alguna manera, que estaba pasando por una etapa, que un día se acabaría y que volvería a avanzar hacia delante. Había sido herida, pero no de manera fatal.

Inoue Monta sobrevivió al atentando contra su vida, aunque tuvo una recuperación larga y dolorosa que duró todo aquel invierno. Alrededor del undécimo mes, mi esposo fue a verlo con Itō Shunsuke; después de la visita, Makino dejó a Itō con su viejo amigo y vino a casa de mis padres.

Era imposible negarme a verlo. En el instante en que posé los ojos en él, mis lágrimas se secaron. No supe si era porque no quería llorar delante de él, si seguía furiosa o si me había traído alguna forma de consuelo. No parecía haber cambiado. Con gran discreción, mis padres nos dejaron a solas, pero durante un largo rato no se me ocurrió qué decir, y aparentemente tampoco a él.

—Imaike, Eikaku te envía saludos —dijo finalmente.

Escuchar mi nombre falso me sobresaltó.

—¿Se encuentra bien? —pregunté, tratando de parecer tranquila.

—Tuvo una mala época cuando regresó de Mitajiri, pero ya se ha recuperado y ha vuelto a pintar. Creo que le gustaría verte. Ha estado preocupado por ti. —Yo permanecí en silencio. Makino continuó—: También yo lo he estado.

—Siento haberos causado tanta preocupación a todos —dije.

Makino frunció el ceño y miró fijamente al suelo. Abría y cerraba el puño de la mano derecha nerviosamente.

—O-Tsuru-san, quiero que vuelvas conmigo.

Me di cuenta de lo que le había costado decirlo, pero repliqué mezquinamente:

—Fuiste tú quien me echaste.

—Tal vez me equivoqué al hacerlo. Lo siento. —Hizo una pausa durante un instante y luego preguntó—: ¿Adónde fuiste?

—No te lo puedo decir. Si prometes no volver a preguntármelo nunca más, tal vez...

Makino alzó los ojos para mirarme, como si estuviera realizando un complejo cálculo en el que estaban incluidas las emociones.

—Quiero que estés conmigo —dijo precipitadamente—. Te he echado de menos. Me he dado cuenta de cuánto aprendí contigo. Vuelve; podemos trabajar juntos.

—Jamás seré médico —repliqué—. Soy mujer... y, de todas formas, ahora las manos me tiemblan.

Extendí la mano, pero seguía tan firme como antes. El temblor había desaparecido con las lágrimas. Rápidamente oculté las manos detrás de mi espalda.

—No pude hacer nada por el noble Sufu. Si yo hubiera sido un hombre de alto rango, podría haberlo salvado. Y con Inoue Monta..., ni siquiera fui capaz enhebrar una aguja. Estoy tan avergonzada...

—Todos cometemos errores —dijo Makino con ternura—. Nos equivocamos, nuestros pacientes se mueren, no hacemos lo suficiente o hacemos demasiado. Pero también tenemos nuestros logros. Inoue se está recuperando; es indudable que Tokoro le salvó la vida. Tú has ayudado a Eikaku y, según me cuentan, también a Takasugi.

Sacudí la cabeza, pero mi corazón endurecido se resquebrajó ligeramente.

—He estado pensando —prosiguió—. Podríamos adoptar a un niño. Tal vez a una de las niñas de tu hermana.

—¿Una niña? —La mayoría de las adopciones eran de niños para incorporar un heredero a la familia. Mitsue tenía ahora dos niñas, la segunda había nacido hacía solo unas semanas. Pensé en Michi, a quien había salvado al nacer.

—He aprendido tanto desde que te fuiste... ¿Por qué no pueden tener las niñas las mismas oportunidades que los niños? Me gustaría criar a una niña

igual que tu padre te crio y educarla para formar parte de nuestro nuevo mundo.

En ese momento, recordé la noche en que Makino jugaba al *shōgi* con mi padre y dejó caer las piezas que había capturado sobre el tablero, enumerando sus cualidades y explicando por qué mi padre debía apadrinarlo y posiblemente acogerlo como yerno. Ahora acababa de soltar otra pieza ganadora sobre el tablero. «Ha aprendido a conocerme bien —reflexioné—, es consciente de mis deseos secretos». Mi corazón se abrió aún más.

—Necesito tiempo para pensar sobre ello.

—Debo regresar mañana. Espero que una noche sea tiempo suficiente.

* * *

Todos estábamos un poco tensos a la hora de acostarnos, ya que nadie sabía muy bien dónde debía dormir Makino. Seguía siendo mi esposo y tenía todo el derecho de compartir mi cama. Pero quería pasar la noche a solas. Había estado durmiendo con mis padres desde mi regreso a casa, causando muchas noches de insomnio a mi madre, que se despertaba cada vez que yo lo hacía, y si salía, me seguía por toda la casa. Pero esa noche fui a la habitación en donde Makino y yo habíamos dormido después de nuestra boda y tendí allí mi futón. Al marcharme, Makino me miró y, al ver que no volvía, dijo que iría a la habitación de Hachirō. Finalmente, nos acomodamos todos para pasar la noche. Sentí cierto alivio de no llorar todo el tiempo y dormí profundamente, como no lo había hecho en muchos meses.

Soñé con el día que había paseado por Ōsaka con Shinsai. Estaba a su lado, pero se adelantó y desapareció. Mientras lo buscaba, llegué al Tekijuku, la escuela de Ogata Kōan y, según la lógica de los sueños, supuse que estaba dentro. Entré en el edificio, recordando que no había querido acceder a él anteriormente y contenta de poder hacerlo ahora. La escuela parecía vacía; claro, la estaban clausurando, pero luego descubrí a alguien en una de las habitaciones. Sabía que era el doctor Ogata, lo cual me sorprendió, porque me habían dicho que estaba muerto.

—Me alegro de que hayas venido —dijo—. Quería hablar contigo. Es una pena que nunca hayas sido una de mis discípulas.

—Ahora es demasiado tarde, porque ya no está en este mundo —dije lo

más discretamente posible, en previsión de que no lo supiera—. De todas formas, también es demasiado tarde para mí.

—Nunca es demasiado tarde —replicó—. Debes continuar. —Me miró y asintió, sonriendo, y sentí su profunda compasión y su compromiso con sanar a otros. De pronto me sentí arrebatada por una oleada de gratitud mezclada con vergüenza y me desperté de golpe. La habitación estaba helada, invadida por las sombras y corrientes de aire. Podía oír el viento en el tejado.

«He tenido una aparición», pensé sorprendida. Estaba emocionada y honrada por que se me hubiera aparecido el doctor Ogata. «Nunca es demasiado tarde —había dicho—. Debes continuar». Parecía una promesa. Yo era estéril, pero tendría una niña. Era mujer, pero me sería posible curar a otros. Había tenido ambiciones elevadas: ser igual a un hombre y ejercer la medicina de igual a igual con ellos, pero me di cuenta de que, si eso no era posible, lo que importaba era poder curar. Si no podía trabajar como médico, sería enfermera. Sería como la mujer inglesa, Florence Nightingale. Haría todo lo posible por ayudar a mi esposo y promover su carrera.

No quería olvidar el sueño, así que me levanté en silencio de la cama y fui a encender una lámpara en la cocina y a buscar un cacharro de agua. Mientras los llevaba de vuelta a mi habitación, vi la silueta de Makino en la puerta.

—He oído un ruido —susurró—. Solo quería saber si te encuentras bien.

—He tenido un sueño —dije—. Quería ponerlo por escrito.

Apoyé la lámpara y lo hice pasar. Se sentó en el suelo mientras yo humedecía rápidamente la piedra de tinta y escribía lo que recordaba de mi sueño.

—He visto a Ogata Kōan —dije—. En el sueño.

—¿Kōan? ¿Te ha dicho algo?

—Sí, sí. Todo irá bien. —Estaba temblando de excitación.

—Estás tiritando —dijo Makino—. Será mejor que vuelvas a la cama.

—Quédate conmigo —susurré.

—¿Quieres que lo haga?

—Hace tanto frío...

Nos deslizamos juntos bajos las mantas y rodeé con mis brazos su cuerpo familiar y delgado. No hicimos el amor, pero nos abrazamos, absorbiendo el calor mutuo hasta el amanecer.

NOMURA BŌTŌNI

Año 1 de la era Genji (1864),

otoño, cincuenta y ocho años

A primera hora del día, Bōtōni oye los chillidos de los gansos mientras sobrevuelan en dirección al sur, y cuando salta de la cama y corre a la puerta para atrapar el latido palpitante de sus alas, pues es uno de sus sonidos favoritos, ve que el valle debajo de Hiraō-san está cubierto de neblina.

«Ha llegado el otoño», piensa mientras la recorre un estremecimiento de placer y de dolor. Falta poco para que las grullas y los tarros blancos pasen volando hacia sus cuarteles de invierno. En algún lugar dentro de su mente, la *waka* comienza a desplegarse: aleteos y bruma; ella misma parece una joven muchacha en el momento de despertar y levantarse de golpe, y una anciana en el momento en que llega al porche.

Mientras sopla las brasas para hervir el agua y preparar el té, el poema adquiere forma y se solidifica. Más tarde lo escribirá, pero primero se sentará con su taza de té y observará al sol saliendo por encima de la montaña y tiñendo la ladera de enfrente. El pasado está muy cerca esta mañana. Puede que su esposo la haya visitado en un sueño. La desaparición del sueño la llena de tristeza, dejando apenas un ligero rastro de su presencia. Cuando más lo echa de menos es en este momento del día, cuando solían beber té juntos. Hace cinco años que murió; se fue al encuentro con sus cuatro hijas en el otro mundo, dejándola sola con los pájaros, los árboles y la poesía.

De pronto se imagina a los diecisiete años, volviendo a casa de su padre tras seis desdichados meses de matrimonio, cuando enfermó de nostalgia y de soledad. Recuerda perfectamente el alivio que la envolvió al llegar a casa y verse rodeada de sus libros y de su familia, y sentirse capaz de volver a estudiar y a escribir.

«¡Qué niña era!». Siente de nuevo gratitud hacia su padre, que le permitió regresar a casa, dispuso el divorcio de su primer esposo y la animó a estudiar *waka* con Ōkuma Kotomichi. «¿Cuántas muchachas tuvieron la misma suerte que yo? ¿Cuántas más pudieron conocer a un hombre como Sadatsura y casarse con él, sentarse a los pies del mismo maestro, gozar de tantas cosas juntos, de la poesía, del amor por la naturaleza y la literatura y de una pasión silenciosa? Verdaderamente, compartimos un cuerpo y un alma».

Sadatsura se retiró como cabeza de su familia y vivieron la mayor parte de su vida de casados en esta casita de campo aislada sobre el monte Hirao en las afueras de Fukuoka. Después de su muerte, ella se rapó la cabeza y se hizo monja, adoptando el nombre de Bōtōni (el nombre de su infancia era Moto), pero incluso como monja tiene más libertad que la mayoría de las mujeres. No tiene marido ni hijos, ni parientes ancianos. Todas esas pérdidas la han hecho llorar ríos de lágrimas, pero también le han dado libertad. Ha arrancado flores de la superficie del agua aun cuando su reflejo está oscuro.

El dolor por su esposo, por sus hijas, por su atribulado hijastro, que se quitó la vida, se disipa justo cuando cambia de color la neblina, del gris del ala de una paloma al luminoso blanco perla, y luego los pinos y cedros aparecen en el valle debajo de ella y la bruma se disipa. Los tordos cantan su triste melodía otoñal para sus crías, que levantan el vuelo y desaparecen. Una comadreja cruza correteando el jardín dejando un rastro de huellas sobre el rocío.

—¡Buenos días! —le dice en voz alta al tiempo que su brillante y sinuosa forma desaparece entre dos rocas—. ¿Significa esto que hoy tendré una visita? —Un ligero temblor de excitación la recorre al pensarlo. Hace tres años viajó a Ōsaka y Kyōto con su maestro Ōkuma Kotomichi y vio con sus propios ojos el malestar social en el país y los disturbios en la capital. Al igual que Chōshū al otro lado del agua, su dominio de Fukuoka se encuentra en medio de una lucha de poder entre reformistas leales al emperador y conservadores que apoyan al *bakufu*. En Kyōto se encontró con un viejo amigo de su esposo,

Hirano Kuniomi, que se había vuelto un ardiente partidario de la restauración imperial, y se convenció de la necesidad de una reforma y de restaurar el gobierno imperial. Desde entonces, su refugio de montaña se ha transformado en un escondite para los *shishi* de Fukuoka que huyen de los oficiales del gobierno. El pobre Hirano murió durante la revuelta de Ikuno, hace más de un año. Es otro de los difuntos por los que reza todos los días. Por él y por todos aquellos que ya han muerto luchando, y por el emperador y por la nación que renacerá, ella aporta su grano de arena. Reza, ayuna y ofrece un lugar de refugio. De ese modo, se ve como un hilo, como un nudo, en la gran red de corazones leales que se está tejiendo en todos los rincones del país.

* * *

La comadreja no mintió. Antes del mediodía oye el sonido de pisadas sobre los guijarros del jardín. Deja a un lado el pincel con la premonición de que la poesía de las primeras horas de la mañana jamás será escrita. Al llegar a la puerta, ve a Nakamura Enta, un amigo de Hirano, mensajero entre los *shishi* de Fukuoka y los de Chōshū. Lo acompaña un joven desconocido. Nakamura lo presenta como Tani Umenosuke, y parece un signo, pues el valle brumoso, *tani*, ha ocupado su mente toda la mañana y *ume*, la flor del ciruelo, es su flor favorita.

No hace preguntas. El joven apenas habla; parece agotado. Nakamura le cuenta que han huido de Shimonoseki de noche, cruzando el mar, y que han estado caminando desde el amanecer. Pero a Bōtōni se le ocurre que no es solo agotamiento físico lo que ensombrece su presencia. Está atenazado por el dolor, al borde de la desesperación. Recuerda a su hijastro y teme que este joven se mate.

No en mi casa, se jura a sí misma.

Debe bañarse, comer y dormir. Está convencida de que primero hay que atender las necesidades del cuerpo. Trata a todos los jóvenes que pasan por su casa como si fueran sus hijos. Con palabras y caricias de madre los baña y les da de comer. Tani hace ademán de protestar y dice que no está cansado, pero ella extiende el futón y lo convence de que se acueste; instantes después ha cerrado los ojos. El aire de la montaña de Hirao-san siempre tiene este efecto.

Nakamura, impaciente como siempre, no se detiene a descansar. Tiene

cosas importantes que hacer en Fukuoka. Le dice, antes de marcharse, que el nombre real del joven es Takasugi Shinsaku. Es poeta y partidario del emperador. Estuvo en prisión durante la batalla ante la Puerta Prohibida cuando murieron doscientos hombres de Chōshū, entre los cuales se hallaba Kusaka Genzui. Puesto en libertad para negociar con los ingleses, se encuentra bajo amenaza del nuevo gobierno conservador de Chōshū.

Observa la fuerte complexión de Nakamura desapareciendo montaña abajo por el sendero. Camina confiado, como si no temiera nada, pero nadie sabe cuándo la suerte se vuelve en tu contra. Lo que sucedió en Chōshū podría perfectamente repetirse en Fukuoka y, entonces, ¿adónde huirán ella o Nakamura?

* * *

Hay como un vínculo entre los dos, como si hubieran sido amantes en otra vida. Con el paso de los días, recobra el ánimo; hablan de política y poesía, intercambian versos. A menudo siente que la está mirando como si la encontrara hermosa. «Hasta una anciana puede sentir la primavera», escribe. Uno tras otro, narra los fragmentos de la historia de su vida, de su infancia en Hagi, de sus estudios en el Meirinkan y la Escuela de la Aldea bajo los Pinos, y en Edo. Le habla sobre la prisión de Noyama; su mentor, Sufu Masanosuke, que se suicidó hace menos de un mes; y su amigo Inoue, que sigue luchando por su vida. Hablan de Yoshida Shōin y Kusaka Genzui, y rezan juntos por las almas de los muertos.

—Yo tenía que haber muerto también —dice Shinsaku.

—A menudo he deseado que me llevara la muerte, pero si estamos vivos podemos continuar sirviendo a nuestro país. Incluso en el invierno, cuando las ramas están cubiertas de nieve, las flores del ciruelo siguen despidiendo su fragancia —responde Bōtōni.

* * *

Al cabo de una semana, ya se está recuperando. Advierte el deseo de actuar incubándose dentro de él, un tonel de pólvora que espera a que prenda una chispa. Su letargo ha sido desplazado por la impaciencia. Todos los días

camina por las montañas, y luego practica con la espada en el suelo plano delante de la casa. Le gusta observarlo, con el rostro serio e impertérrito, las mangas atadas detrás de la espalda con cuerdas y una cinta alrededor de su cabello.

Nakamura Enta regresa con novedades de Chōshū. Incluso la alegría acostumbrada de Enta está empañada. El castigo exigido por el *bakufu* por la sublevación en Kyōto ya se ha cumplido. Los miembros del consejo están muertos, sus cabezas han sido enviadas a Hiroshima; sus oficiales administrativos han sido ejecutados en Noyama.

Enta ha escrito sus nombres, pero Shinsaku no necesita leerlos: ya están grabados en su corazón. Después le cuenta a Bōtōni que conocía a esos hombres desde siempre. Otros que pertenecen al gobierno de Sufu siguen en prisión.

—No saldrán vivos —dice.

Le cuenta que había intentado desafiar al nuevo gobierno con los *shotai* antes de huir de Chōshū, pero cuando pasó por Shimonoseki, Yamagata Kyōsuke, del cual dependía, se negó a colaborar.

—He conversado muchas veces con Yamagata en casa de Shiraishi —dice Enta—. No es ningún cobarde; por encima de todo, parece un hombre pragmático. Si juzga que es momento de hacerlo, peleará, pero no antes.

—No se puede esperar más —replica Shinsaku—. Lo siguiente será disolver a los *shotai*. Ahí sí que perderemos nuestra ventaja principal. ¡Tal vez no vuelva a haber un momento mejor que este!

—Llegó la hora de lanzarse al combate —dice Bōtōni. Agradece a los cielos que la noticia llegue ahora, cuando Shinsaku está enfervorizado, y no cuando acababa de llegar.

—Sí, regresaré a Chōshū lo antes posible.

—Están vigilando todos los puertos y registrando todos los barcos —le advierte Enta.

—Entonces, iré de incógnito.

Bōtōni tiene ropa guardada justamente para estas ocasiones, unas prendas de campesino: *haori*, *juban* y *momohiki*. El *momohiki* es demasiado grande para el cuerpo menudo de Shinsaku, pero ella consigue ajustárselo.

«Qué extraño —piensa, mientras trabaja a la luz de la lámpara— que el futuro de nuestro país esté enhebrado en un par de pantalones de campesino».

GUERRA CIVIL

REGRESÉ con mi esposo no a Shimonoseki, sino al pueblo vecino de Chōfu, donde Yamagata Kyōsuke había establecido el cuartel general del Kiheitai. Makino había adquirido cierto prestigio como médico del ejército. Había estado presente durante la guerra de las Cuatro Naciones cuando Shimonoseki fue bombardeada por segunda vez y curó a Yamagata cuando lo hirieron en el brazo. Me contó la admiración que le había causado el repliegue disciplinado de Yamagata y el coraje de los francotiradores, que continuaban hostigando a los extranjeros aunque el número de los enemigos los superaba casi en proporción de cien a uno. Ahora era impensable que se burlaran de él o lo insultaran: se había ganado el respeto de los hombres. Había muchos en el Kiheitai y en los otros *shotai* que eran como él, inteligentes, competentes, ambiciosos. Hijos de caciques de aldea, maestros de escuela, comerciantes que luchaban por progresar se habían alistado porque veían en ello una forma de salir de sus limitadas vidas.

Desde el cambio de gobierno en Hagi les habían ordenado que se dispersaran, pero no querían disolverse y regresar al estrecho mundo del que procedían. Sin embargo, sus líderes eran reacios a desobedecer una orden del que era, al fin y al cabo, el gobierno legítimo, especialmente cuando Chōshū seguía rodeado por el ejército del *bakufu*.

El pueblo estaba repleto de hombres inquietos que discutían los aciertos y los errores de la situación. Muchos habían combatido en Kyōto. Habían perdido a sus líderes y deseaban venganza, pero también estaban abatidos por la derrota. Otros no tenían otro lugar adonde ir, ya que habían huido de sus propios dominios. Chōshū era su última esperanza y el último recurso.

En medio de esta extraña mezcla estaba Takasugi Shinsaku, que ardía en

deseos de enfrentarse al gobierno conservador.

Me tropecé con él por casualidad fuera del Kakuonji donde varios *shotai* estaban acampando. Nos habíamos trasladado allí, y Makino había reanudado sus tareas médicas. Yo le ayudaba, pero a pesar de haberme sobrepuesto a las lágrimas y los temblores, aún no estaba completamente recuperada. Me sentí conmovida por el sueño de Ogata Kōan, y me aferraba a ese recuerdo, pero la realidad me resultaba difícil. Estaba muy decaída y tenía muy poca confianza en mí misma. Por eso, me faltó poco para pasar junto a Takasugi sin hablarle, pero él me reconoció y me llevó aparte a un jardín vallado.

—¿Así que volviste al mundo de las mujeres? —me preguntó burlón.

—Por favor, no le cuentes nada sobre aquella época a mi esposo —le rogué.

—¿Has vuelto con él?

—¿Qué otra cosa podía hacer?

Me miró fijamente.

—Cuando viniste a verme en Matsumoto, me sentía como te sientes tú ahora, como si no tuviera ninguna capacidad para influir sobre nadie y como si mi vida fuera inútil.

—Al menos tú eres hombre —dije—. Multiplica tus sentimientos por diez y tendrás una mínima noción de lo que sienten las mujeres. —Luego, porque parecía estar compadeciéndome demasiado de mí misma, añadí—: Pero estoy decidida a hacer lo que pueda, incluso como mujer, para ayudar a mi marido, para servir a nuestro dominio, para cambiar el mundo.

—Me he alojado con una mujer increíble en Chikuzen —replicó—. Se llama Nomura Bōtōni. Escribe poesía y cree en nuestra causa de reinstaurar un gobierno mejor bajo el emperador. También quiere cambiar el mundo. Tú me recuerdas a ella.

—Me gustaría conocerla —dije. Hablaba de ella con tanta ternura que despertó mi curiosidad, y me sentí halagada por la comparación.

—¿Tienes alguna novedad de Itasaki? —preguntó.

—Ninguna.

—Me enteré de que desapareció después del asunto de Kinmon.

—Es todo lo que sé.

—Han caído tantos... —dijo—. Cuando me enteré de que Sufu había

muerto y el resto habían sido ejecutados, sabía que tenía que regresar a combatir. Tras la ejecución de mi maestro Yoshida-*sensei*, juré que destruiría a los responsables de su muerte. Ahora tengo aún más camaradas a los que vengar.

Pensé en los ejércitos que rodeaban Chōshū, en el despiadado gobierno en Hagi. ¿Qué podía hacer Takasugi contra ellos? Temí que hubiera entrado en la fase maníaca del ciclo, pero lo envidié. Al menos él había escapado del flagelo de la depresión.

—Bueno, no te olvides de tus propios consejos —dijo—. Da paseos y no bebas demasiado.

Cuando nos despedimos, se reía. Curiosamente, sus palabras me levantaron el ánimo. Qué hombre tan extraño, a menudo pensativo y melancólico, hipersensible y arrogante, pero capaz de un cierto tipo de temeridad que los demás amaban y a la que deseaban sumarse. Y, a diferencia de la mayoría de los *shishi* que conocía, interesado en las ideas y en las mentes de las mujeres, no solo en sus cuerpos, aunque sin duda no los despreciaba tampoco.

* * *

Aquella noche, los comandantes de varios *shotai* se reunieron en el Kakuonji. Takasugi quería atacar al nuevo gobierno, usando a los *shotai*. Pero los demás líderes no se ponían de acuerdo.

Era una noche gélida. El viento del mar soplaba colándose por todas las grietas y resquicios de los viejos muros del templo, sacudiendo los *shōji* y los postigos. El humo de los braseros en el vestíbulo me hacía arder los ojos. Tenía la garganta irritada de fumar demasiado. Todo el mundo parecía estar aquejado por toses y resfriados, lo que crispaba los ánimos ya de por sí destemplados.

Akane Taketo, el líder general del *shotai* en aquella época, acababa de regresar de Hagi. Intentó conseguir la liberación de los oficiales del Partido de la Justicia, que estaban detenidos. Era un hombre inteligente, que había estudiado con el monje Gesshō, con Yoshida Shōin y Umeda Unpin, y siempre estuvo a favor de contar con fuerzas con mezcla de rangos. Ahora buscaba una reconciliación entre los dos bandos del gobierno, haciendo hincapié en que,

mientras el país entero corriese el riesgo de ser invadido por los extranjeros, tenía que haber un solo gobierno unificado, dentro del dominio y de la nación.

Habló con voz tranquila y razonable, y me di cuenta de que había convencido a la mayoría de los presentes, pero Takasugi no quería saber nada.

—La reconciliación entre dos partidos tan diferentes es imposible. ¿Acaso se pueden reconciliar el lobo y el tigre? No, luchan hasta que uno destruye al otro.

Alguien sugirió que todas las decisiones fueran postergadas hasta que se decidiera el destino de los cinco nobles que quedaban. El *bakufu* había exigido su regreso, pero seguían en Chōfu, en Kōzanji, y nadie sabía qué sería de ellos. Mi paciente, el príncipe Nishikinokōji, había muerto de *kakke* unos meses antes. Los *shotai* protegieron a los nobles durante más de un año y no querían entregarlos. Todo el mundo comenzó a hablar al mismo tiempo sobre lo que significaban los nobles para ellos o cuántos problemas habían causado.

Takasugi permaneció en silencio, pero cada vez bebía más y su expresión se tornaba más sombría.

—Yo soy Takasugi Shinsaku, samurái, criado hereditario del clan Mōri — explotó finalmente—. Si aceptáis el punto de vista de Akane, que no es más que un granjero de Ōshima, no tenéis esperanza. Iré yo mismo a informar al noble Mōri ¡y luego me abriré el vientre de un tajo en su presencia!

Pero nada de lo que dijo convenció a los líderes. No pude evitar pensar que debería haber elegido sus palabras con mayor cuidado. Insultar a Akane no haría nada por convencerlo a él ni por convencer a los demás.

—Puede que Akane no sea exactamente un granjero, pero lo más seguro es que sea un espía —dijo Makino de modo pesimista cuando terminó la reunión—. La reconciliación con Hagi quiere decir que los *shotai* serán disueltos. Y eso significará el fin de tus amigos, Itō, Inoue, Takasugi... El único motivo por el que Hagi no los persigue ahora es porque están protegidos por los *shotai*. —Frunció el ceño como hacía cada vez que salía mal una cuenta, pero todavía no se habían sumado todos los números.

Dos días después, Takasugi tomó cartas en el asunto. Vistiendo con esmero una armadura engalanada con cintas rojas, azules y verdes, y un casco puntiagudo con visera, viajó a caballo a Kōzanji en medio de la ventisca. Allí saludó a Sanjō Sanetomi y a los demás nobles, y les dijo que estaban a punto de conocer el valiente espíritu de Chōshū. Junto a ochenta hombres,

incluyendo a muchos del Yūgekitai, Itō Shunsuke y su pequeña tropa de luchadores de sumo, y un pequeño cañón, se dirigió a Shimonoseki, donde se instaló en el depósito mercantil del dominio en las primeras horas de la mañana, asumiendo el control del dinero y de las provisiones. Sus tropas hicieron de Ryōenji su cuartel general, y al día siguiente Takasugi, acompañado de dieciocho hombres, zarpó en un pequeño bote hacia Mitajiri, donde, tras negociar con el jefe de la oficina naval, se apropió de las tres naves de guerra de Chōshū y las condujo de regreso a Shimonoseki. De pronto había demostrado cómo podía controlar la costa sur del dominio.

No presencié aquellos sorprendentes acontecimientos de primera mano, ya que Makino decidió, aunque con reticencia, pues sentía gran admiración por Takasugi y pensaba que tenía razón, que debía serle fiel a Yamagata. Por tanto, permanecemos en Chōfu. Pero cuando llegaron las noticias, el efecto fue como un estruendo. Casi de inmediato, los *shotai* iniciaron su marcha a Hagi. Makino y yo recogimos nuestros suministros médicos y nos preparamos para acompañar a Yamagata y sus hombres. Esta vez no hubo discusión alguna sobre si debía ir o no, y si alguno ponía en duda mi derecho a estar allí, decidí que repetiría lo que Monta me había dicho sobre la más famosa mujer en Inglaterra, Florence Nightingale. Me pregunté cuántas personas de aquellas tropas ávidas de aventura con las que cruzamos las montañas en el duodécimo mes habían oído hablar de ella, o si sabían que la emperatriz de la lejana Inglaterra era mujer, la reina Victoria.

Los nobles Sanjō Sanetomi y Shijō Takauta viajaron con las tropas de Yamagata —declararon que querían pedir consejo al noble Mōri en Hagi—, pero cuando llegamos a la aldea de Isa, en el distrito de Mine, llegaron noticias de que serían enviados junto con sus compañeros a Chikuzen, y entonces regresaron. El resto nos instalamos en Isa.

Aquel era el poblado del cual fingí ser originaria cuando me hacía pasar por Iamike Kōnosuke y, aunque jamás había estado allí, sentía, por algún extraño motivo, que pertenecía a ese lugar. Era famoso por sus muchos y variados remedios. Era una región donde abundaban piedras y fósiles extraños; los habitantes de la zona los llamaban huesos de dragón y se creía que tenían propiedades curativas si se trituraban, se cocían, se disolvían, se tomaban en infusión, se remojabán en agua caliente y se mezclaban entre sí.

El comercio de medicamentos había enriquecido a muchos habitantes del

pueblo, y uno de aquellos ricos comerciantes cedió su residencia a Yamagata y Ōta Ichinosuke, los comandantes del *shotai*, para que funcionara como cuartel general. Muchos jóvenes del distrito ya se habían alistado y, como Yoshitomi Tōbei y Shiraishi Seiichirō, sus padres y tíos nos apoyaban con donaciones de comida y fondos.

Era casi el fin del primer año de Genji, tan desastroso para nuestro dominio. Los días eran cortos y oscuros; la nieve cubría las montañas y una lluvia gélida caía, helando los valles. El *shotai* mantuvo su tradicional estricta disciplina; ocupaban los días en hacer ejercicios y en estudiar; el saqueo, el juego, las borracheras y otros delitos habituales entre los soldados de todos lados estaban estrictamente prohibidos. Makino y yo pasábamos el tiempo discutiendo remedios con los farmacéuticos del lugar y ocupándonos de dolencias menores: resfriados, ojos irritados, infecciones de oído... Preparábamos instrumentos quirúrgicos, agujas e hilo, sierras y cuchillos para realizar amputaciones, gruesos alicates y pinzas para extraer astillas, vinagre y sake para limpiar las heridas, trapos para vendas, bálsamos y ungüentos. Makino había presenciado dos campañas y yo había sido testigo de las secuelas de los combates en Kyōto. Ahora teníamos una idea mucho más precisa del tipo de heridas para el que debíamos prepararnos.

Isa estaba a mitad de camino entre Hagi y Shimonoseki. El *shotai* había cortado la comunicación entre ambas ciudades, pero nos llegaron noticias de ambas direcciones. Desde Hagi, los sorprendentes informes daban cuenta de que los siete oficiales del Partido de la Justicia que estaban detenidos en la prisión de Noyama habían sido ejecutados. La gente decía que era la respuesta inmediata del gobierno al proceder de Takasugi en Shimonoseki y Mitajiri. Poco después, se envió el ejército del gobierno, integrado por soldados regulares y el viejo enemigo del *shotai*, el Sempōtai, al pueblo de Edō, dieciséis kilómetros al noroeste de Isa. Su comandante, Awaya Tateuki, envió un mensaje a Yamagata justo antes de Año Nuevo exigiendo que el *shotai* entregara sus armas y se dispersara.

Yamagata replicó que obedecerían, pero que necesitaban un poco más de tiempo. Awaya no supo cómo interpretar la respuesta y durante los días siguientes ambas partes se limitaron a esperar.

Celebramos el Año Nuevo con las tropas en los santuarios y templos de Isa, agradecidos por el sake especiado y las tortas de arroz que nos

proporcionaban nuestros anfitriones. Reinaba el silencio aquel primer día del año, pues todo el mundo estaba descansando después del frenesí de los inventarios y de la limpieza que se realizaban antes de que terminara el año. Pero el segundo día amaneció bullicioso, con todas las tiendas abiertas para las primeras ventas y celebraciones con acróbatas y bailarines que practicaban el baile del león. Unos días después, nos enteramos de que Takasugi había vuelto a atacar Shimonoseki.

—Está furioso desde que se ha enterado de las ejecuciones —añadió el mensajero—. Ha jurado que jamás compartirá el mismo cielo con los asesinos.

Era evidente que el *shotai* no tenía otra opción que combatir. Takasugi estaba de camino al norte con más tropas. Yamagata no esperó más. A primera hora de la mañana del séptimo día del mes, alrededor de doscientos efectivos del *shotai*, armados con rifles, bayonetas, cañones, espadas, arcos y flechas, lanzas y pistolas, se dirigieron hacia el campamento del ejército del gobierno en Edō. Entregaron una declaración de guerra por escrito, denunciando los crímenes del gobierno de Mukunashi, e inmediatamente atacaron. El ejército del gobierno, tomado por sorpresa, fue completamente aplastado y huyó a las montañas. Se volvieron a agrupar al anochecer en el paso de Naganobori, al borde de la meseta de Akiyoshi.

Mientras tanto, el *shotai* decidió no tratar de conservar Edō, rodeado de montañas y difícil de defender. Retrocedió a la pequeña aldea de Ōda, donde montó un campamento en el santuario de Kinrei, estableciendo una línea de defensa: el Kiheitai a la derecha, el Hachimantai y el Ochōtai en el centro y el Nanentai a la izquierda. En el fondo del edificio de madera preparamos el hospital de campaña bajo los enormes cedros, mientras Yamagata y Ōta se cortaban el pelo y oraban por la victoria ante el santuario de Hachiman.

En la primera refriega de la guerra civil en Edō, el *shotai* perdió solo tres hombres y hubo muy pocos heridos, seguramente porque había pillado a sus adversarios por sorpresa, pero en el décimo día, las dos fuerzas se enfrentaron en tres batallas de mayor envergadura en Naganobori, Kawakami y Ōkitsu. Esta vez las fuerzas del gobierno, fortalecidas por los refuerzos procedentes de Hagi, jugaban con ventaja y causaron graves pérdidas a nuestros hombres: once muertos y muchos heridos.

Varias casas se incendiaron y las llamaradas iluminaban el cielo mientras

curábamos a los heridos aquella noche, extrayendo balas y esquirlas, colocando huesos y limpiando y cosiendo heridas. Aún no habíamos terminado de ocuparnos de los heridos cuando se produjo otro ataque desesperado en el paso de Nomimizu, pero el *shotai* había puesto minas terrestres y el ejército del gobierno tuvo que retroceder con graves pérdidas. Diez hombres murieron solo en el paso. Los supervivientes se replegaron hasta Akamura y acamparon en Seiganji, cerca de Hibariyama.

Aunque los viejos ciruelos del santuario ya tenían sus primeros brotes fragantes, el frío seguía siendo paralizante. En la aldea, iba de una casa a otra suplicando que me dieran mantas, abrigos, trapos viejos, cualquier cosa con la que poder mantener a los heridos abrigados. Trataba de recoger leña por todos lados, internándome en el bosque para buscar los árboles muertos, para alimentar las hogueras.

No sabíamos entonces cómo encasar huesos allí donde perforaban la piel. La única solución era amputar el miembro. Makino realizó dos amputaciones de miembros heridos y, a pesar de las terribles condiciones, ambos hombres sobrevivieron. Admiraba su habilidad y destreza, cómo calculaba todos los factores, tomaba una decisión y la ejecutaba velozmente. Si el miembro era serrado lentamente, era probable que el paciente muriera a causa del shock, según los manuales. Makino era rápido. La gran cantidad de heridas hacía que yo también tuviera mucho trabajo, principalmente extrayendo balas, metal de esquirlas y enormes astillas de madera de los proyectiles que explotaban dentro de casas, arrancando muros y transformándolo todo en un arma arrojadiza. Un hombre murió antes de que pudiera extraerle una de estas esquirlas del ojo. Le había perforado el cerebro.

Me impresionaba el valor de los heridos. Ya fueran samuráis, comerciantes o granjeros, ninguno se quejaba; rara vez gritaban o gemían. Los que morían lo hacían en silencio, aparentemente sin temor, susurrando el nombre de Amida. Sentía piedad por ellos, porque eran tan jóvenes... El suelo estaba demasiado duro para cavar, así que los cuerpos eran quemados y las cenizas almacenadas dentro del santuario, pero ¿quién cuidaría de sus tumbas y rendiría culto a sus espíritus, si no habían dejado esposa ni hijos?

PROMESAS

EL día después de la batalla de Nomimizu, Takasugi vino de Shimonoseki con más miembros del *shotai*. Yo me encontraba en la parte posterior del santuario, al lado de la cocina improvisada, ayudando a un hombre con el brazo roto para que pudiera comer, cuando oí el ruido de los caballos y una gran ovación entre los soldados.

—¿Qué sucede? —pregunté a Makino, que estaba arrodillado un poco más lejos, sobre el porche lateral. Levantó la mirada, y se alzó de un salto.

—¡Ha llegado Takasugi!

Dejé el cuenco y salí corriendo hacia la parte delantera del santuario. Takasugi estaba justo desmontando del caballo. Tenía el rostro iluminado por el triunfo y saludaba a Yamagata y Ōta, felicitándolos por las victorias y condoliéndose de las pérdidas.

—Solo nos falta un golpe decisivo más —dijo—, y el camino a Hagi se abrirá para nosotros.

Hizo una pausa camino al santuario y me llamó. Cuando me acerqué, me observó detenidamente.

—¡Estás mejor! —dijo—. Ya ves, la guerra te sienta bien. Se necesita la violencia para barrer el polvo y la suciedad.

Me dio las gracias por trabajar con tanto afán y siguió caminando. Hasta entonces apenas me había dado cuenta, pero de hecho estaba mejor. A pesar del frío, la fatiga y el peligro, había revivido. Me fijé entonces en las flores del ciruelo como estrellas, el aroma de la escarcha, la belleza del bambú coronado por la nieve. Me detuve un instante, deleitándome con el hecho de haberme liberado de la depresión; luego Itō Shunsuke entró en el recinto del

santuario acompañado por otro hombre a quien tardé unos instantes en reconocer. Su rostro estaba desfigurado por una larga cicatriz en la cual aún se veían las marcas rojas de los puntos.

—¡Inoue-san! —exclamé.

Monta y yo nos miramos un momento.

—Ya ves, he perdido mi hermosura —dijo con una sonrisa socarrona.

—Creo que estás más apuesto que nunca —repliqué—. Pero ¿por qué has venido? ¿Estás en condiciones de combatir?

—Lo tuvimos que secuestrar —explicó Itō—. Estaba bajo arresto domiciliario.

—Esperaba órdenes de Hagi en cualquier momento para que me rindiera —dijo Monta.

—Su hermano nos contó que no podía dejarlo marchar sin una excusa válida, pero que si aparecíamos con la suficiente cantidad de hombres, no tendría más remedio que entregárnoslo —dijo Itō.

—Así que llegaron con toda la tropa, el Kōjōtai —explicó Monta—, y ahora soy el comandante. Por fin tenemos ocasión de combatir, de demostrar todo lo que hemos aprendido.

—¿Y sigues conservando a tus luchadores de sumo? —pregunté a Itō.

—¡Claro que sí! Tan pronto como los vean, la chusma de Mukunashi saldrá huyendo. Son aterradores. Uno de ellos es tres veces más corpulento que yo.

Los dos tenían aspecto de estar profundamente satisfechos consigo mismos.

—O-Tsuru-san, ¿sería mucho pedir que nos busques algo de comer? —preguntó Monta.

Estaba tan contenta de verlo a salvo que ni siquiera me enfadé. Tal vez había perdido su belleza juvenil, pero ¡según siendo el joven señor!

* * *

Al día siguiente, el ejército recién fortalecido atacó Akamura, derrotando por completo al ejército del gobierno. Para el decimosexto día del mes, el *shotai* se hallaba en Sasanami, a pocas millas de Hagi. Takasugi quería avanzar hasta la ciudadela, pero los demás comandantes se mostraban

reticentes. Habían perdido muchos hombres; significaría otra dura marcha por las montañas, y se esperaban más tormentas de nieve: sería más prudente regresar a Yamaguchi y consolidar su posición. Tampoco querían que pareciera que estaban atacando al noble Mōri. Mejor esperar a que él decidiera un cambio de gobierno, ya que se imponía como inevitable.

Para mi gran decepción, Takasugi fue convencido de emprender la retirada. Yo deseaba avanzar hasta Hagi. Cuanto más nos acercábamos a la ciudad, más me urgía la promesa que había realizado a Kusaka Genzui en Tennōzan. Quería ir a ver a su esposa, O-Fumi, como me había pedido, y hablarle de su última noche en este mundo. Pero no podía decírselo a nadie, ya que ninguno de los que estaban allí sabía que yo había estado en Kyōto en ese momento; solo Takasugi conocía mi vida secreta.

Regresamos a Ōda el día después de la batalla, llevando a los heridos al hospital provisional dentro del santuario. Se estaban realizando los preparativos para marchar a Yamaguchi, pero yo no quería ir al sur. Quería ir al norte, a Hagi.

Hacia el final del día, cuando empezó a oscurecer y los árboles se elevaban oscuros contra el cielo invernal, Takasugi vino a hablar con los heridos. Nunca actuaba de una forma verdaderamente espontánea, a menos que hubiera estado bebiendo, pero pareció agradarles su forma torpe y ruda de dirigirse a ellos.

—¿Están en condiciones de viajar? —preguntó, y Makino respondió que creía que sí y que se habían preparado carretas para transportarlos.

—Has hecho un buen trabajo —dijo Takasugi.

—Todavía necesitamos aprender mucho más —dijo Makino, vacilando—. Especialmente en el campo de la medicina.

—En todos los campos pasa lo mismo —replicó Takasugi—. Estamos tan atrasados que tenemos que volar para ponernos al día. Todo se tiene que hacer con prisas, sin tiempo para la reflexión. Para empezar, necesitamos más armas.

—Tanto las armas como los medicamentos se pueden conseguir a un precio en Nagasaki. Los ingleses se los venderán a cualquiera que tenga el dinero —dijo Makino.

—Debes ir a Nagasaki. Podemos concertarlo. Sin duda, a tu esposa le gustaría ir allí. Le interesará saber que hay una mujer médica, la hija de Siebold. Tal vez pueda aprender de ella.

Se dio la vuelta para marcharse sin esperar una respuesta. Lo seguí, pensando que sería la única oportunidad de hablar con él a solas.

—Takasugi-*dono*, necesito ir a Hagi. Le prometí a Kusaka-san que le diría a su esposa...

—¿Viste a Kusaka antes de que muriera? —Takasugi se detuvo en seco. Su rostro empalideció.

—Sí, estuve en Tennōzan en la reunión en la que Kusaka se resistió a atacar.

—Pero lo hizo de todos modos —dijo Takasugi, y sus ojos brillaron a la luz de los antorchas.

—Se puso al frente de su tropa como un héroe de antaño —dije.

—Tienes que decírselo a su familia. Pero en este momento es demasiado peligroso viajar por la carretera a la ciudad. —Guardó silencio un instante, frunciendo el ceño—. Estoy pensando en enviar un barco de guerra a Hagi, solo para demostrar quién controla la costa. Puedes ir con ellos. Para entonces, el noble Mōri se habrá inclinado a nuestro favor. Dile a tu esposo que te he encomendado una misión.

El *shotai* entonaba una canción mientras marchaba de regreso a Yamaguchi: *Shi ga areba hippu mo*. Fui con ellos y ayudé a mi marido a instalar a nuestros pacientes en el nuevo cuartel general del *shotai*, en la escuela del dominio. Había mucho trabajo de enfermería que hacer, y me imaginé que Makino no daría abasto él solo, pero ante mi sorpresa, cuando abordé el tema, se mostró interesado en que fuera a Hagi.

—¿Le comentarás a tu hermana lo de la niña? —preguntó en voz baja. A menudo, en medio de los días ajetreados y las largas noches cuidando de los heridos y de los moribundos, me detenía a pensar fugazmente en la pequeña que adoptaríamos algún día, y ahora me percaté, agradecida, de que Makino también pensaba en ella. Así que partí, con su permiso y su bendición y con Itō Shunsuke, a Shimonoseki, donde nos embarcamos en el *Kigai-maru* y surcamos las aguas navegando a lo largo de la costa rumbo a Hagi.

El *Kigai-maru* —llamado así por el *kigai*, el tercer año de Bunkyū (1863) — era un bergantín de dos mástiles construido en Inglaterra. Había sido atacado y hundido por el buque de guerra americano *Wyoming*. Yo misma lo había visto durante el primer bombardeo de Shimonoseki. Fue puesto nuevamente a flote y reparado. Sus laterales y el casco estaban emparchados y

deteriorados, y por dentro la madera tenía señales de haber sido horadada por todo tipo de insectos. Sin embargo, se enfrentó con valentía a las gélidas aguas y logró remontar la costa dando bandazos contra los vientos del noroeste. Tenía diez piezas de artillería.

Itō me contó que a todas las naves inglesas se las denominaba como entidades femeninas.

—Porque son como mujeres: cambiantes, difíciles e irresistibles.

Sonreí pensando que el *Kigai-maru* era como yo: había estado a punto de ser derrotada, vencida, pero fui restaurada y estaba lista para regresar a la vida. También me infundía esperanzas con respecto a nuestro dominio. Sin duda, lo peor había quedado atrás y la suerte comenzaba a cambiar.

Las aguas profundamente verdes coronadas por las crestas blancas de espuma se deslizaban bajo su proa, los mástiles crujían y las velas silbaban al viento.

—¿Cómo son realmente las mujeres inglesas?

—¡Hermosas! Pero, ¿sabes?, es difícil saber cómo relacionarse con ellas. Los nobles ingleses tratan a sus mujeres como muñecas de porcelana. Les dan todo servido en bandeja y lo dejan todo en sus manos. Tienen un dicho: «Las damas primero». Hombres y mujeres caminan cogidos del brazo e incluso de la mano. Pero al mismo tiempo tienen una gran cantidad de prostitutas. Las llaman «mujeres perdidas». Muchas trabajan en la calle, como las mujeres de las colinas de Edo. Son terriblemente maltratadas.

—¿Peor que en Edo?

—Me pareció que sí.

—Espero que Itō-san se haya cuidado.

—El amor es como la guerra: llega un punto en que el cuidado está fuera de todo planteamiento.

Yo precisamente no tenía derecho a mostrarme en desacuerdo con él. Pensé que había llegado la hora de cambiar de tema.

—Inoue dijo que tuvisteis un viaje terrible.

Se rio.

—Creía que íbamos a morir, pero aprendimos mucho.

Observándolo dar órdenes a los marineros, pensé en todo lo que había cambiado desde que había venido a la consulta de mi padre hacía tantos años.

—¿Sabes, O-Tsuru-san? Creo que nosotros deberíamos imitar el trato (el buen trato) que los ingleses dan a sus mujeres. Es interesante frecuentar ambos sexos, hombres con sus esposas e hijas. Las mujeres son educadas, opinan con libertad. —Me miró de soslayo y añadió—: ¡A ti te encantaría! Deberías ir.

No me imaginaba viajando tan lejos, a aquel otro mundo.

—¿No te sentiste solo? ¿No echaste de menos todo esto?

—Por supuesto que sí, a menudo. Y sentía vergüenza todo el tiempo, no sabía cómo actuar ni cómo vestirme. La gente se viste mucho de negro, lo que le da un aspecto lúgubre a la ciudad. Todo es mucho más pesado, más sólido. Los edificios son enormes, parece que se hunden en la tierra. Hasta el aire es más denso. Las fábricas son increíbles. Cuando conoces Londres, entiendes por qué Inglaterra tiene un imperio tan vasto. El secreto es la carne: te da fuerzas. Así que la comíamos en grandes cantidades. —Se dio unas palmadas en el estómago al decirlo y se volvió a reír.

—¿Ya no te mareas en alta mar?

—No en estos mares tranquilos. Deberías ver cómo es cuando rodeas el cabo de Buena Esperanza. —Hizo un gesto impreciso hacia el oeste—. El mar es como una cordillera durante toda la travesía alrededor de África.

Yo tampoco me mareé, disfrutaba del movimiento del barco. Dimos la vuelta al cabo en Kawashiri y nos volvimos hacia el este, pasando Ōmishima con sus islotes rocosos y los dieciséis budas que mi madre había visitado, y entramos en la bahía de Hagi con viento en popa.

Jamás había visto la ciudad desde este lado, acunada entre los ríos gemelos, resguardada en todo su perímetro por montañas, con la fortaleza que se elevaba orgullosa del lado occidental de la bahía y banderas que ondeaban al viento.

Itō dio órdenes de preparar los cañones de babor, enfiló la nave y ordenó disparar una salva dirigida hacia la fortaleza.

—Eso les dará algo en qué pensar —dijo con satisfacción, mientras sacaba al *Kigai-maru* del alcance de los cañones de la costa.

Por supuesto, el cañón solo disparó salvas de fogeo, ya que el noble Mōri residía en el castillo, e Itō no quería faltar al respeto a su *daimyō* ni provocar ningún daño real. El *Kigai-maru* izó las banderas de Chōshū; su misión era restaurar la legítima autoridad, no derrocar a la familia Mōri.

Vimos a varias personas en tierra corriendo de un lado a otra exaltadas,

gritando y sacudiendo los brazos, pero los cañones de la costa permanecieron mudos y no hubo muestras de resistencia.

Itō lo consideró lo suficientemente seguro y me hizo desembarcar en un pequeño bote con tres hombres, a quienes instruyó para que recabaran información sobre la situación en la ciudad. Después me enteraría de que se habían producido muchos percances durante la breve lucha por el poder entre las dos facciones, pero la opinión pública se estaba poniendo en contra del gobierno de Mukunashi y a favor de Takasugi y del Partido de la Justicia.

Mis compañeros fueron rodeados apenas desembarcaron, pero era evidente que no corrían peligro físico. Los dejé ocupados en reunir todas las noticias posibles y me escabullí del puerto por las familiares calles hasta la farmacia de Kuriya.

Estábamos a finales del primer mes y, aunque los días se estaban alargando, ya era la hora del crepúsculo. Los faroles brillaban en el exterior de las tabernas y el olor a comida recién preparada me invadió por completo. El hogar de la familia Kuriya tenía luces dentro, y la luz naranja se derramaba sobre la calle a través de los postigos aún abiertos de la tienda.

Había conseguido bañarme en Yamaguchi y deshacerme de mi kimono manchado de sangre, y había cogido prestado uno viejo junto con una capa y un pañuelo de la esposa del portero de la escuela, pero al llamar a la puerta fui consciente de mi aspecto poco presentable que el pelo corto no hacía más que acentuar. No me esperaban, y enseguida me di cuenta, por la cara de Mitsue, que pensó que llegaba con malas noticias de mi casa.

—Estaban todos muy bien la última vez que los vi —le aseguré con rapidez.

—Pero no han sabido nada de nuestro tío —dijo.

—No, nada —repliqué, como ya me había acostumbrado.

La familia Kuriya me acogió con bastante amabilidad, a pesar de mi aspecto, pero se sorprendieron y alarmaron al enterarse de que había estado con el *shotai*. Habían apoyado al partido de Mukunashi, porque eran por naturaleza conservadores, y estaban sumamente preocupados porque su partido fuera reemplazado por radicales como Takasugi. Todo lo que yo les conté no hizo más que acrecentar sus temores.

—¿A qué has venido? —susurró Mitsue cuando nos encontramos finalmente a solas. Estaba amamantando al bebé recién nacido y Michi ya

dormía bajo la colcha, con las mejillas teñidas de rosado y la respiración acompañada. Los niños dormían con sus abuelos y su padre en la habitación más grande, mientras Mitsue se pasaba la mayor parte de la noche en vela con el bebé.

—Para verte —dije suavemente.

—Tsu-chan, desapareces durante meses y regresas como un espectro justo cuando el mundo está patas arriba. ¡Podrías haber elegido un momento mejor para venir a visitarnos!

—También quiero ver a Kusaka Fumi —dije.

—¿La esposa de Genzui?

—Sí; él antes de morir me dio un mensaje para ella. No he podido dárselo antes... No me encontraba bien. No sé si te lo contaron nuestros padres. Luego me ha surgido la oportunidad de venir a Hagi, y la he aprovechado.

Mitsue escuchó en silencio. El bebé chupó y resopló, perdió el pezón y lanzó un pequeño grito. Mitsue volvió a poner el pezón suavemente dentro de su boca diminuta.

—Genzui murió en Kyōto —dijo finalmente.

—Sí, yo estuve en Kyōto. No me hagas más preguntas. Fui a Kyōto después de los incidentes de la Puerta Prohibida y luego volví a casa. Fue entonces cuando enfermé. Después mi esposo regresó a nuestra casa y me pidió que fuera con él. Hace algún un tiempo que es médico del ejército y sirve al *shotai*.

—Sí, lo sabíamos —dijo Mitsue—. Mi esposo suele hacer comentarios respecto a eso.

El bebé se había dormido. Mi hermana lo depositó suavemente sobre el futón, y lo tapó con la colcha. Había algo en el modo de mirar a las dos niñas que trajo a mi memoria la sugerencia de Makino.

—Mi esposo desea hacerte una petición —dije—. ¿Pensarás en ello? No hay prisa, solo cuando te sientas preparada.

Mitsue me miró con curiosidad. Luego advertí por su mirada que había comprendido.

—¿Le gustaría adoptar a uno de los niños? Lo siento, su abuela jamás lo consentirá. Tal vez si el rango de Makino-san fuera más elevado, si perteneciera al menos al rango de los *sottsu*..., pero jamás le entregará uno de

sus nietos a un empleado.

—¿Y si fuera una de sus nietas?

—¡No me digas que tu esposo quiere una niña!

—Me dijo específicamente que le gustaría una niña. Parece que no puedo concebir hijos, pero ambos estamos de acuerdo con que nos gustaría criar a una niña, darle la educación que le corresponde.

Mitsue me miró fijamente.

—¿Adoptarías a Michi?

—Siempre he sentido que me pertenecía de algún modo —dije—. Desde que evité que muriera cuando nació.

—Sería la respuesta a todos mis ruegos. La pequeña es tan precoz..., es más inteligente que sus hermanos a su edad. No sabes cómo he sufrido pensando en su futuro. No quiero que tenga una vida como la mía. Merece mucho más. —Mitsue se sonrojó y añadió—: No creas que me estoy quejando. No tengo queja...

—Lo comprendo —dije—. Pero ¿estará de acuerdo el resto de la familia?

—Estoy segura de que sí.

—Como te he dicho, piénsalo. Seguramente iremos a Nagasaki este año. No creo que podamos llevarla allí. Pero cuando volvamos, sí, dentro de un año o dos.

Dormimos esa noche juntas, como solíamos hacer en casa de nuestros padres en Yuda.

* * *

A la mañana siguiente me puse en camino hacia Matsumoto tomando un ferri para cruzar el río, y recordé cuando había hecho el viaje con Shinsai y su excitación ante la perspectiva de estudiar en la escuela de Yoshida Shōin. ¿Cuántos de esos estudiantes habían muerto ya, en el Ikedaya, en la Puerta Prohibida y en las montañas alrededor de Ōda y Edō? Soplaban un viento frío desde el mar, pero se veían los primeros indicios de la primavera: violetas y acónitas a lo largo del sendero, las flores del ciruelo en los jardines y los brotes a punto de reventar de las hojas nuevas sobre las ramas, los riachuelos corrían por todos lados a medida que la nieve de las montañas se derretía y

los pájaros cantaban sus primeras melodías.

Llamé a la puerta del hogar de los Sugi-Yoshida y la madre del maestro acudió a abrirme. Parecía marchita por el dolor. No me reconoció ni recordaba mi nombre, pero me dijo que su hija, Fumi, estaba en el edificio de la escuela.

—Me acercaré hasta allí, si no le importa —dije.

—Sí, por favor, hágalo.

Pude oír el sonido de las voces de niños recitando las palabras de alguna obra clásica. A pesar del frío, todas las puertas estaban abiertas. Subí al porche y me asomé por la puerta. O-Fumi se hallaba arrodillada sobre el suelo siguiendo el recitado en el libro situado ante ella. Uno de los niños se dio cuenta de mi presencia y vaciló, el resto le siguió, quedó en silencio y luego comenzaron a reírse.

O-Fumi se levantó de un salto cuando me vio. Al principio tampoco me reconoció; me miró fijamente, confundida, hasta que fue cayendo en la cuenta de quién era.

—Estuviste aquí... el día que estuvo Towa-san. Y tu..., tu tío, era él, ¿no es cierto? ¿Era estudiante de mi hermano?

—Sí, Itasaki es nuestro apellido. El nombre de mi esposo es Makino. Lamento importunarte de esta manera. No quiero hurgar en las viejas heridas, pero... Kusaka-san me pidió que viniera a verte.

Lanzó un grito ahogado, se tambaleó y se aferró al poste del porche para apoyarse. Luego recuperó la compostura y, después de indicarle al muchacho de más edad que se hiciera cargo de la clase, bajó del porche y se puso las sandalias.

—Demos un paseo.

Yo empezaba a desear no haber venido.

—¿Te encuentras bien? Lo siento. —Había palidecido.

—Sí, perdóname. Es que a veces me olvido de que está muerto y, cuando has comenzado a hablar, por un instante he pensado que podía estar vivo. Se ausentaba con tanta frecuencia..., ¿sabes? Algunos días me da la sensación de que está de viaje y va a regresar pronto.

—Lo vi antes de que muriera, y le prometí que vendría a contarte cómo habían luchado. —Le hablé de los últimos días de Genzui en Tennōzan, del

consejo de guerra y cómo lo habían ignorado, y repetí las últimas palabras que me había dirigido. Ella escuchó con los ojos secos, como si ya hubiera llorado demasiado—. Fue el hombre más valiente y honorable que he conocido —concluí—. Como tu hermano, ¡un samurái más valiente que ninguno!

Ella esbozó una tímida sonrisa.

—Estamos muy orgullosos de ambos. Y de su sacrificio... El sacrificio de tantas vidas no será en vano. Ahora volverá a cambiar el gobierno. Tal vez no lo sepas, la asamblea de la paz reunida en Kōkōji le está pidiendo al noble Mōri que ponga fin a esta guerra civil. Son todos hombres altamente respetados. Debe escucharlos. Creemos que mi tío será convocado para ocupar un cargo. Y también Takasugi y Katsura.

—Los estudiantes de tu hermano son todos hombres destacados —dije.

—Están cumpliendo sus sueños. ¿E Itasaki-san?

¡Estaba tan cansada de responder a esa pregunta!

—Se marchó con tu esposo. Es lo último que sabemos de él.

—Lo siento mucho. Pero tu familia debe estar orgullosa de él.

Incliné la cabeza asintiendo, pero no respondí. Me encontré viviendo un sueño diurno en el que acudía con Shinsai a la Puerta Prohibida aquel último día. Luchaba a su lado y, al igual que Genzui y Terajima, nos clavábamos el puñal mutuamente cuando nos enterábamos de que todo estaba perdido y moríamos allí juntos. Envidiaba a O-Fumi, porque sabía que su esposo estaba muerto. Al menos había sido su esposo, al menos eran *bushi* y podía hallar consuelo en los ideales de su clase.

Avergonzada de mí misma, me despedí en cuanto pude. Regresé a la casa de los Kuriya irritada y furiosa. Ojalá no hubiera ido. ¿Qué esperaba? Había cumplido con los deseos de los muertos, pero ¿acaso a los muertos les importaba?

«Si estás muerto, Shinsai, dímelo, ¡muéstrame una señal!». Pero no hubo respuesta, ningún indicio de nada. El viaje que había emprendido de forma tan impulsiva me parecía ahora ridículo. Me hubiera gustado estar de vuelta en Yamaguchi con los *shotai* y mi marido.

Pasarían varias semanas hasta que finalmente pudiera emprender el viaje de regreso. La andanada que había enviado Itō desde el *Kigai-maru* ayudó a persuadir al noble Mōri de que el gobierno también debía cambiar, pero las negociaciones tardaron algún tiempo y no todo el mundo accedió de manera

pacífica. Hubo algunas escaramuzas entre los *shotai* y el Senpōtai, asesinatos de enviados de la asamblea de la paz y nuevas amenazas del estallido de una guerra. Pero al final del segundo mes, el noble Mōri y el nuevo gobierno se habían trasladado de vuelta a Yamaguchi, se logró controlar a los *shotai* y organizarlos para que constituyeran la base de un nuevo ejército y los caminos entre ambas ciudades volvieron a ser transitables para los viajeros.

Pasaba mis días en la casa de los Kuriya ayudando de nuevo en la farmacia, y jugando con Michi, descubriendo por mí misma lo que mi hermana me había contado. Era una niña de una inteligencia excepcional, y ya hablaba con fluidez. Me pareció que su capacidad asustaba a su padre y a su abuela, pues era mucho más brillante que sus hermanos. Me despedí de ella con verdadero dolor en el alma y prometí rescatarla cuando regresara de Nagasaki.

ALA ESPERA

TODO lo que había conseguido el *bakufu* el año anterior al intentar por primera vez castigar a Chōshū fue desbaratado por la instigación que Takasugi hizo a los *shotai* y por la guerra dentro del dominio. El radical Partido de la Justicia recuperó el control del gobierno, el *daimyō* y su heredero estaban lejos de arrepentirse, y los suicidios, ejecuciones y otros castigos forzados habían enemistado a todo el dominio contra el *shōgunato*.

En el cuarto mes, el *bakufu* anunció una segunda expedición contra Chōshū, convocando a los *daimyō* de todo el país para que proporcionaran tropas y armas. La primera expedición se había dirimido sin enfrentamientos por el sometimiento de Chōshū, pero ahora era impensable someterse. Hasta las ramas del dominio que en el pasado habían tenido sus diferencias con Hagi se unieron por la amenaza extranjera. Bajo el nuevo gobierno, el dominio se estaba preparando para luchar por su subsistencia.

El *bakufu* tardó mucho tiempo en reunir a su ejército: pasarían más de doce meses antes de que ambos bandos entablaran combate. Durante ese tiempo no solo se rearmó Chōshū, sino que también se llevaron a cabo negociaciones para que sucediera lo que nunca habíamos imaginado: una alianza entre los dos enemigos irreconciliables, entre el tigre y el dragón, una alianza con Satsuma contra el Tokugawa.

Makino y yo aún pensábamos ir a Nagasaki, a pesar de la incertidumbre que reinaba. Takasugi se había dirigido allí en el tercer mes. Planeaba viajar a Shanghái, provocando desconcierto entre sus colegas, que pensaban que desempeñaría un papel más importante en el nuevo gobierno. No pude evitar preguntarme si no estaría repitiendo el patrón habitual, huyendo del éxito que su comportamiento maniaco había conseguido. Inoue e Itō también pasaron a la

clandestinidad, los tres seguían bajo la amenaza constante de un atentado, esta vez de samuráis de Shimonoseki que se oponían a los planes de Hagi de abrir el puerto al comercio exterior.

—¡Son como cangrejos en un balde! —exclamó mi padre cuando se enteró de esta noticia—. ¡Cada uno preocupado por su propia supervivencia aplastando a sus compañeros en el intento!

En efecto, tan confusos y turbulentos eran aquellos tiempos que a menudo parecíamos criaturas inútiles que peleaban para no ser devoradas.

Volví a Yuda para despedirme de mis padres y, como siempre, nuestra conversación giró en torno a los acontecimientos en el dominio. Mi padre había oído que Katsura Kogorō regresaría a Chōshū para asumir un alto cargo en el gobierno. Había estado oculto desde el episodio de la Puerta Prohibida; la gente estaba asombrada y encantada de que siguiera vivo.

—Tal vez esto signifique que no debemos perder las esperanzas de que Shinsai siga vivo —dijo mi padre—. Podría ser que él también se esté ocultando en alguna parte.

—Podría volver a casa en cualquier momento —dijo mi madre irradiando alegría, tratando de levantarle el ánimo, pues mi padre llevaba muy mal la desaparición de Shinsai y estaba profundamente apenado.

Me quedé sentada sin decir nada. Me imaginé la escena fuera, donde el verano estaba transformando el paisaje. Me imaginé el camino polvoriento y Shinsai caminando por él, atravesando la verja y pasando bajo el Árbol de las Apuestas. Sentí tan intensamente su presencia fantasmal que me recorrió un escalofrío. Para cambiar de tema, comenté:

—Escuché en Yamaguchi que le pedirán a Murata Zōroku que emprenda una reforma del ejército.

—Murata. —Mi padre resopló. Murata Zōroku, luego conocido como Ōmura Masujirō, tenía un consultorio médico en una aldea no lejos de Yuda, y mi padre lo conocía bastante bien—. Le irá mejor en el ejército que como médico.

—El doctor Murata es un hombre muy listo —le recordó mi madre.

—Es listo, pero no le gustan sus pacientes. Me alegro por ellos de que ahora tenga que lidiar con soldados.

—El doctor Murata estudió en Nagasaki, ¿verdad? —pregunté.

—Sí, con el famoso Pompe. Conocerás a muchos de sus discípulos;

también a los de Siebold.

—Takasugi-san me contó que Siebold tenía una hija y que es médica.

—Así es —replicó mi padre—. Murata la conoce bien. Creo que fue a Uwajima y ha encontrado el favor del noble Date.

—Oh, esperaba que estuviera en Nagasaki para poder conocerla. —Me sentí ligeramente decepcionada.

Mi padre dijo que quizá volvía a Nagasaki de vez en cuando y que Tetsuya sabría sin duda ponerse en contacto con ella, pues la familia con la cual se había emparentado mi hermano estaba muy relacionada con la antigua escuela de Siebold en Narutaki. Luego sus pensamientos volvieron a detenerse en Shinsai.

—Katsura podría regresar —dijo—. Entonces le podremos preguntar si sabe algo.

Estaba a punto de responder que creía que estaría demasiado ocupado, cuando recordé la conversación que había tenido con Katsura bajo el puente de Nijō. En realidad, era muy probable que viniera a visitar a mi padre para ver el cuadro de Chikuden y mi padre quedaría embelesado por sus cumplidos e indirectas y acabaría regalándoselo. Este pensamiento me enfureció enormemente. Me hizo revivir la época intensa y angustiada tras la desaparición de Shinsai. Me sublevaba que Katsura siguiera vivo, que se hubiera ocultado durante tanto tiempo cuando Genzui y los otros habían sacrificado sus vidas, y que Shinsai estuviera, con toda seguridad, muerto. Decidí que rescataría la pintura del almacén y me la llevaría conmigo a Nagasaki. Se la daría a la nueva familia de Tetsuya o la arrojaría al mar antes de permitir que cayera en manos de Katsura. ¿Por qué era tan hostil? No comprendía realmente mis sentimientos. Solo se me seguían apareciendo los muertos —sus heridas abiertas, su coraje, sus lágrimas de dolor— o los pies blancos de Katsura bajo su disfraz de mendigo, y las prendas elegantes de la mujer que le traía la comida.

Así que cuando recogí mis pertenencias y las envié a Shimonoseki, *Flores fragantes de ciruelo, sombra desconocida* iba oculto dentro de una de mis cestas, envuelto en un kimono de seda que había pertenecido a mi abuela. Por supuesto que no me lo llevé sin el permiso de mis padres. Lo pedí, pensando que les diría que Tetsuya esperaba heredarlo o que deseaba un recuerdo de casa para llevarme conmigo, pero mi padre no me pidió explicación alguna.

Simplemente me lo dio, diciéndome que esperaba que me protegiera de alguna manera. A partir de mi enfermedad, mis padres sentían una preocupación desproporcionada por mí; lloraron cuando Makino vino a buscarme y tuvimos que despedirnos. Tenían los rostros demudados por el temor de no volverme a ver. Ya habían enterrado a dos hijos, pero ambos se verían privados del dolor de tener que sobrevivirnos al resto.

Makino y yo fuimos a Shimonoseki y nos alojamos una vez más en la posada de Shiraishi Kokuraya. Shiraishi no había cambiado un ápice, tal vez tenía algunas canas y arrugas más, pero seguía siendo tan hospitalario y generoso como siempre. Teníamos mucho de qué hablar —nuestra experiencia con el *shotai*, la campaña en las montañas alrededor de Ōda, nuestros planes en Nagasaki—, pero, como siempre, la hostería estaba repleta de huéspedes y nuestro anfitrión tenía que disculparse continuamente para ocuparse de la gente que entraba y salía y atender todas sus peticiones.

La segunda noche que estuvimos allí —era el quinto mes bisiesto, ocho años desde la boda de mi hermana y uno de aquellos meses en que tienes la extraña sensación de que el paso del tiempo se ha detenido—, Shiraishi entró agitado por una gran emoción que no tardó en compartir con nosotros.

—No se lo digan a nadie, pero algo muy importante está ocurriendo en este mismo instante, justo al final del pasillo. ¡Un acontecimiento que hará historia! ¡Bajo mi propio techo! —Hizo una pausa para lograr un efecto dramático y luego susurró—: Katsura-*dono* está aquí.

Mi primera reacción fue pensar que Katsura me había seguido para apropiarse del cuadro.

—Shiraishi-san, por favor, no le digas que estoy aquí —comencé a decir, pero mi esposo tenía otros planes.

—Debemos verlo —dijo—. Será una figura poderosa. Nos puede ayudar con su influencia, tal vez incluso con dinero.

—Ya le he hablado de ustedes —dijo Shiraishi, un tanto molesto por la fría respuesta a su noticia—. Quiere conocerles.

—Irá mi marido. Yo estoy cansada —dije.

Makino me miró con el ceño fruncido.

—Es un viejo amigo de tu padre. Sería descortés que no vinieras conmigo. ¿Y por qué no querías que supiera que estás aquí?

A pesar de que llevábamos ya varios meses juntos, mi esposo y yo no nos

habíamos reconciliado completamente. Trabajábamos codo con codo sin problema, pero ya no teníamos confianza el uno en el otro para contarnos nuestras cosas ni habíamos vuelto a tener relaciones. Estábamos demasiado ocupados, demasiado cansados..., aunque, si hay pasión, tales cosas carecen de importancia. La verdad es que no había deseo entre nosotros. Yo no estaba por encima del deseo físico y emocional, y supongo que mi esposo tampoco, pero no buscábamos satisfacerlo mutuamente. Si él había buscado consuelo en otra parte, yo no lo sabía. Cumplió con su promesa de no preguntar sobre mi ausencia. Aunque ahora creí vislumbrar en su expresión algo que había pasado por alto: los celos.

¿Realmente creía que había desaparecido con Katsura? Entonces recordé pequeños detalles en los que apenas había reparado: su inquietud cuando me quedaba a solas con Takasugi, su desagrado cuando Inoue e Itō bromeaban conmigo. Me invadió una oleada de compasión por mi esposo racional que sucumbía a la irracionalidad de los celos y por primera vez en meses sentí que me embargaba la ternura. Me había hecho una petición en presencia de Shiraishi y no podía negarme sin humillarlo, así que lo seguí, permaneciendo unos pasos atrás, por el corredor hasta las habitaciones reservadas para huéspedes de alto rango. Además de su posición heredada, Katsura era ahora uno de los oficiales más destacados del dominio.

La amplia habitación daba a un jardín. Era la época de las lluvias de la ciruela y los árboles y arbustos destilaban humedad. Las azaleas estaban en flor, de un rojo vivo a la luz de los faroles. Ya había varios hombres reunidos a quienes conocía de visita. Todos habían pasado por la posada de Shiraishi en un momento u otro. Katsura estaba sentado en un extremo de la habitación, cerca del *shōji* abierto, mucho más elegantemente vestido que la última vez que lo había visto, pero apenas le dirigí una mirada. Mis ojos se posaron sobre el hombre que estaba a su lado y sentí que se me paralizaba el corazón. Por un instante pensé que era Shinsai. Casi de inmediato me percaté de que no era él, pero tenía un cierto parecido. Como Shinsai, este hombre era alto, y su cabeza tenía el mismo tamaño, su corte de pelo era similar. Estaba al lado de Katsura, con las cabezas unidas y hablando en voz baja. Las lámparas proyectaban una luz parpadeante sobre ellos y sus sombras bailaban.

Katsura nos echó un vistazo al entrar en la habitación.

—No queremos molestarlo —dijo Shiraishi—, pero este es el doctor del

cual le hablé, Makino Keizō. Él y su esposa van de camino a Nagasaki.

—Espero poder servirles allí —dijo Makino.

—Por favor, espere —dijo Katsura—. Me gustaría hablar con usted. —No se dirigió a mí, pero me di cuenta de que su mirada me recorría rápidamente. Deseé no haber venido, pero ahora que me había visto no podía huir y quería escuchar por mí misma cualquier cosa que dijera sobre mí. Rogué que tuviera algo más importante en mente que nuestro último encuentro en Kyōto.

A medida que Katsura seguía hablando y el otro hombre replicaba con acento de Tosa, me di cuenta de quién era: tenía que ser el *rōnin*, Sakamoto Ryōma. Recordé a Genzui hablando sobre él en este mismo lugar. Shinsai me había dicho que algunas veces lo confundían con Ryōma, y era fácil darse cuenta del motivo. No pude oír las palabras de Sakamoto, pero se comportaba con gran aplomo y me di cuenta de que Katsura lo encontraba persuasivo.

Después de algunas palabras más, intercambiadas en tono susurrado, Katsura levantó la cabeza y con su calidez habitual incluyó a todos los que estaban presentes en la habitación en la conversación.

—Saitani-san regresará a Nagasaki —le dijo a Makino—. Tal vez te pueda ayudar a ponerte en contacto con comerciantes que importen medicamentos y drogas. —Volviéndose al llamado Saitani (Saitani Umetarō era el nombre que Sakamoto empleaba en esa época: sus antepasados eran llamados Saitani cuando seguían siendo comerciantes en Tosa), dijo—: Makino-san es uno de nuestros médicos con más potencial. Ayudó a instalar hospitales de campaña durante nuestra reciente expedición e irá a Nagasaki para estudiar en el hospital occidental establecido por Pompe.

Makino inclinó la cabeza, halagado, evidentemente, por esta cálida presentación. Era típico de la extraordinaria memoria de Katsura. Jamás olvidaba un solo nombre ni ningún dato que le daban. Y eso a pesar de la abundante cantidad de sake que consumía. Lo había transformado en un espía eficiente y le ayudaría a ser un político aún más eficaz.

Por una vez me sentí feliz de que no se fijaran en mí ni me mencionaran. Incliné la cabeza también, y luego me senté recatadamente, como le correspondía a una buena esposa, un poco por detrás de mi esposo, con los ojos hacia abajo.

—Ven a verme en Nagasaki —dijo Ryōma, poniéndose de pie para marcharse—. Generalmente me alojo en la tienda de camarones de Kosone

Eishirō.

—¡Una tienda de camarones! —se mofó uno de los samuráis después de que los pasos de Ryōma se hubieran apagado—. ¡Esos camarones de Tosa me huelen un poco mal!

—Tengo muy buena opinión de él —dijo Katsura, aunque se rio con todos los demás—. Y tiene algunas ideas muy interesantes.

No entró en detalles entonces; después de varias botellas más de sake los otros hombres sugirieron una visita a la casa de una geisha. Katsura dijo que se reuniría con ellos al cabo de un rato.

Los hombres se pusieron de pie tambaleándose y se marcharon ruidosamente. Apareció una criada, intentando no bostezar —era cerca de la medianoche— y volvió a llenar las copas de sake. Le pedí que me trajera té.

—Shiraishi, Sakamoto quiere que conozca a Saigō Takamori —dijo Katsura—. Cree que no podemos perder más tiempo. Satsuma y Chōshū deben ser aliadas.

—Es un hombre muy sensato —replicó Shiraishi—. Sakamoto es un hombre práctico y entiende de asuntos comerciales. Cuanto más fluido sea el comercio entre los dominios, mejor, en mi opinión. Satsuma y Chōshū son poderosas, pero desperdician la mitad de ese poder discutiendo por nimiedades.

—¿Acaso se puede confiar en alguien que proceda de Satsuma? —preguntó Katsura—. Después de todo, fue Saigō el responsable de los terribles castigos el año pasado.

—Quizá debemos agradecer a Saigō que los castigos no hayan sido aún más penosos —sugirió Shiraishi—. ¿Acaso no se negó a participar en la nueva campaña contra Chōshū?

—Los samuráis del dominio jamás aceptarían una alianza de esa naturaleza —señaló Makino—. Detestan a Satsuma tanto como a Aizu: *satsuzoku aikan* (bandidos de Satsuma, villanos de Aizu), es lo que se oye por todos lados.

Katsura frunció el ceño.

—Tal vez tengas razón. Hará falta un profundo trabajo de convencimiento. —Permaneció en silencio durante unos instantes, sumido en sus propias cavilaciones—. Sakamoto no es el único que busca una alianza —dijo por fin—. Hay otro hombre en Tosa, Nakaoka Shintarō. Se ha marchado para decirle

a Saigō que haga un alto en Shimonoseki de camino a Ōsaka. Si está de acuerdo, nos encontraremos este mes..., aquí mismo, si es posible concertarlo.

—Por supuesto —dijo Shiraishi—. Saigō ya estuvo aquí. Puedo hacer que parezca completamente fortuito.

—Los dos hombres de Tosa corren un cierto peligro en este momento —dijo Katsura en voz baja—. La facción conservadora ha recuperado el control en ese dominio como lo hizo aquí el año pasado. Takechi Hanpeita ha muerto; fue obligado a suicidarse en prisión. Sakamoto sabe que no puede esperar ningún tipo de apoyo de Tosa. Por el momento, está a salvo en Nagasaki, pero él y Nakaoka necesitan ayuda tanto de Chōshū como de Satsuma.

—Sakamoto será un buen intermediario en cuestión de armas —dijo Shiraishi.

—He visto a Nakaoka en todos lados —comentó Katsura mientras se servía más sake—. Estuvo en Mitajiri durante un tiempo y siempre aparece en Kyōto. ¿Te lo cruzaste alguna vez mientras estabas allí?

El comentario no parecía dirigido a nadie en particular.

—Nunca estuve en Kyōto —respondió Makino al cabo de un instante.

—Oh —dijo Katsura, sorprendido—. Ví a tu esposa allí. Pensé que quizá habías acompañado al ejército de Chōshū.

—Me quedé en Shimonoseki —dijo Makino, deletreando cada sílaba con suma precisión.

Katsura me miró.

—Pero tú sí estuviste en Kyōto. Nos encontramos bajo el puente de Nijō y hablamos sobre el cuadro. A propósito, ¿encontraste a tu tío? Recuerdo que lo estabas buscando.

—Creemos que ha muerto —dije, modulando con la misma precisión que mi esposo. Era consciente de que ambos estábamos conmocionados. Parecíamos dos alambiques sobre el fuego, hirviendo por dentro hasta obtener un líquido dañino. Casi pude ver el vapor a punto de estallar.

—Mis condolencias —dijo Katsura—. Iré a visitar a tu padre cuando regrese a Yamaguchi.

—Sería un honor para él —dije, creyendo ver un brillo codicioso en los ojos de Katsura. Jamás se imaginaría que el cuadro que deseaba ya no estaba en Yuda, sino empaquetado en una habitación cercana.

Tuve que admirar el dominio de sí mismo de mi esposo, que siguió hablando durante largos minutos sobre la situación en Nagasaki, las oportunidades para el aprendizaje y el comercio y la necesidad de que Chōshū se rearmara. Después, Katsura se impacientó, sin duda recordando la casa de las geishas, y Shiraishi nos acompañó a la salida.

—Katsura bebe demasiado —dije cuando volvimos a nuestra habitación. Levanté un abanico de la cómoda y comencé a abanicarme la cara, que de pronto estaba al rojo vivo.

—¿Así que estuviste en Kyōto? —Makino pronunció cada palabra con la misma claridad que antes—. ¿Con Shinsai?

—Nos encontramos allí por casualidad —dije—. Eso es todo. —Vi la lucha por resistirse a aceptar algo que ya sabía.

—No sigas —dijo.

Advertí en su rostro todo lo que pasaba por su cabeza: el escándalo, el dolor infligido a mis padres, la pérdida para él, la humillación.

—Debería matarte —afirmó.

—Si fueras un samurái, lo harías. Pero no lo eres..., ni lo soy yo. De todas formas, no pasó nada, y Shinsai probablemente esté muerto. —Pero a medida que pronunciaba aquellas palabras ni yo misma me las creía.

Me atrajo hacia él de un tirón, clavándome la mirada. Pensé por un breve instante en todas las maneras en que me podía matar: los escalpelos que había a mano, los venenos que sabía preparar tan hábilmente, los objetos más sencillos: una faja, un almohadón, un mazo, podría estrangularme, asfixiarme, golpear mi cuerpo indefenso.

—¿No pasó nada? —volvió a preguntar. Me apretó con más fuerza aún.

—Nada —dije, y el corazón me latía a toda velocidad por la mentira y también por el miedo.

Tenía tantos deseos de creer en mí... Volví a sentir la misma oleada de compasión hacia él, hacia todos los hombres, en realidad, con sus necesidades, sus celos y sus debilidades. Qué patéticas criaturas eran los seres humanos. ¿Cómo podíamos pretender cambiar algo cuando nuestros ideales para un mundo mejor eran siempre traicionados por nuestras propias mentiras e ilusiones?

Como el día en que murió Nakajima, cuando vi al Contador caminando hacia mí bajo la lluvia, el deseo se encendió entre nosotros, sacudiéndonos

con su increíble capacidad para aparecer en el momento más improbable pero más perfecto. Mi esposo quería matarme, y pensé que verdaderamente lo haría, pero en cambio caímos al suelo, arrancándonos la ropa, tirando y arañándonos como animales hasta que me penetró con fuerza y juntos alcanzamos el clímax al mismo tiempo, sollozando con una mezcla de necesidad, liberación, vergüenza y pena.

—Como Shinsai está muerto, no tiene sentido volver a hablar del tema — dijo Makino al finalizar.

No respondí, pero con mi silencio sellamos una nueva transacción en nuestro matrimonio.

Pospusimos nuestra partida, en parte porque Makino tenía muchos deseos de presenciar la reunión y en parte porque continuaban las lluvias de la ciruela. Sin embargo, al final, Katsura no se reunió con Saigō en ese momento. El gran Saigō cambió de parecer y no hizo escala en Shimonoseki. Katsura estaba enfadado, herido en su orgullo, pero, a diferencia de muchos samuráis de Chōshū, en su caso el rencor siempre quedaba supeditado a la razón y el pragmatismo. Tarde o temprano, se reuniría con Saigō y se ocuparía de Satsuma. Mientras tanto, regresó a Yamaguchi para supervisar la reforma del ejército con Murata.

Las lluvias cesaron finalmente y pudimos embarcar en una nave que nos llevara a Kyūshū como primera etapa de nuestro viaje a Nagasaki.

CUARTA PARTE

DEL AÑO 1 AL 3 DE LA ERA KEIŌ

1865—1867

NAGASAKI

A pesar de que era apenas más ancho que un río, jamás había cruzado el estrecho para ir a Kokura. Miré por encima de la borda del barco el agua profundamente azul, coronada de blancas crestas, y pensé en la batalla de Dannoura en la que el clan Heike encontró la derrota final. El niño emperador se había hundido bajo aquellas mismas olas, y las damas de honor y princesas que sobrevivieron tuvieron que vender sus cuerpos para no morir. Las geishas de Shimonoseki aseguraban descender de ellas. La idea me hizo sonreír.

Desde Kokura caminaríamos el resto del trayecto por la carretera de Nagasaki, contratando caballos de carga para llevar nuestro equipaje y, de vez en cuando, hombres para trasladarnos a nosotros. La carretera de Nagasaki había sido utilizada durante cientos de años; se decía que Ieyasu mismo encargó su construcción cuando Nagasaki era el único puerto abierto al comercio con Occidente. Este camino había sido recorrido por los *daimyō* de Saga, Fukuoka y Kurame, con sus intrincadas procesiones de dos mil hombres durante los trayectos de ayuda alterna a Edo, y por los *kapitans* holandeses que siguieron la misma ruta y se alojaron en los mismos *honjin* cuando realizaban sus visitas anuales al *shōgun*. El viaje duraba siete días y había varias posadas en el camino, que pasaban grandes apuros. El servicio alterno había terminado tres años atrás y hacía muchos años que un *kapitan* holandés no viajaba a Edo, seguramente desde la época de Siebold.

El propio Siebold habría recorrido esta misma ruta y visto los mismos paisajes que yo: los enormes árboles de alcanfor con sus oscuras sombras; los valles fértiles; los terraplenes contruidos sobre cualquier espacio libre, bordeados de arbustos de té; los bosques de bambú que daban su sombra sobre las empinadas cuestas en cada desfiladero; la gran cantidad de estatuas

de Ebisu; los zorros blancos de Inari; el Jizō sin cabeza en los pequeños santuarios de montaña. Siebold habría bebido del frío manantial que daba su nombre al desfiladero de Hiyamizu. Y puede incluso que se hubiera bañado en las aguas termales de Ureshino, que supuestamente curaban la sífilis, la sarna y el reumatismo.

Nos marchamos de Ureshino a primera hora de la mañana del quinto día de nuestro viaje esperando alcanzar Ōmuro aquella noche, pero un chaparrón repentino nos obligó a refugiarnos en Yunoda, y luego tuvimos que esperar en el desfiladero de Hirano a que bajaran las aguas. El río corría a toda velocidad a gran altura entre los acantilados de piedra, pero los lugareños nos aseguraron que volvería a descender con la misma rapidez con la que había crecido y que seguramente sería posible cruzar antes del anochecer. El muchacho que se ocupaba de los caballos les dio comida y agua, y mi esposo y yo nos sentamos en el porche de una de las casas de té —creo que se llamaba Pino del Cruce—, donde bebimos té de Ureshino y comimos anguila a la parrilla.

Estaba encendiendo mi pipa y pensando en lo agradable que era el sabor del tabaco en el fresco aire de la montaña cuando alguien tosió nerviosamente detrás de mí y se oyó la voz de un hombre:

—¡No me digas que eres O-Tsuru-san! —Me giré y encontré a un joven delgado y muy mal vestido, con la cabeza afeitada. Llevaba una chaqueta de médico y sujetaba firmemente la correa del maletín itinerante con sus medicamentos. Tardé un instante en reconocerlo, y antes de que pudiera decir algo, prosiguió con cierta frialdad—: Por supuesto, no hay ninguna razón por la cual tengas que recordar a una persona tan insignificante y, sin duda, nuestro último encuentro fue tan desagradable para ti que me has desterrado de tu memoria...

—¡Hayashi-san! —exclamé.

Sonrió con alegría exagerada, y sus ojos casi desaparecen dentro de los pliegues de sus mejillas. Apenas había pensado en Hayashi Daisuke desde la última vez que desapareció de la casa de mis padres tras la muerte de Nakajima.

Se presentó ante mi esposo, que enarcó una ceja, pero le hizo un gesto para que se sentara con nosotros. La criada llegó con té recién preparado; Hayashi sacó una pequeña guía ilustrada y, tras consultarla, pidió *tamago sōmen*.

—Es una especialidad de la zona —dijo, mostrándole la página a Makino—. Me gustan los dulces de Kyūshū..., están hechos con azúcar y huevo. ¿Sabíais que es por influencia portuguesa?

No lo sabíamos, por lo que Hayashi aprovechó el intervalo de silencio para contarnos la historia de los extranjeros que habían pasado por Nagasaki: portugueses, ingleses, holandeses y chinos. Los portugueses y los ingleses se habían marchado hacía mucho tiempo, aunque los ingleses habían reaparecido ahora que se podía ganar mucho dinero vendiendo armas. Los portugueses habían dejado todo tipo de cosas prácticas: armas de fuego, pan, *tempura* y bizcocho.

—Además de esto —dijo Hayashi, pasándose la lengua por los labios cuando la criada regresó con los pegajosos hilos amarillos, unos dulces de huevo que efectivamente parecían espaguetis.

Todos probamos un poco. Makino no quiso, ya que no sentía ninguna inclinación por lo dulce, pero a mí me pareció delicioso y pedí otra ración.

—Espero que tus padres se encuentren bien —dijo Hayashi mientras yo me zampaba el dulce.

Repliqué que ellos y todos los miembros de la casa gozaban de buena salud.

—Pero ¿dónde has estado todo este tiempo? —le pregunté—. Deben de haber pasado siete años...

—Me fui primero a Ōsaka y los últimos tres años he estado en Nagasaki. Estudié en una de las escuelas privadas de allí y luego tuve la suerte de trabajar con el maestro holandés Pompe en el hospital que fundó. Eso fue justo antes de que se marchara.

Había terminado de comer y extrajo una bolsa pequeña de medicinas de su túnica y sacó una enorme píldora marrón de uno de los compartimentos.

—Como recordarás, tengo el estómago delicado —explicó—, así que siempre viajo con una provisión de pastillas.

—¿Qué contiene? —preguntó Makino.

—Oh, ya sabes, principalmente *daiō*, algo de regaliz, menta. Se le llama *shōgun*: es muy potente.

—Actualmente no resulta un nombre tan apropiado —observó Makino.

Hayashi se alarmó.

—Ten cuidado, Nagasaki está bajo el mando del *bakufu*, y hay espías por todas partes.

—Oh, solo era una broma —dije. Mientras comía, el cielo volvió a oscurecerse. Retumbaron los truenos y comenzó a llover copiosamente. Era evidente que no cruzaríamos el río esa noche. Makino fue a preguntar por el alojamiento; había varios viajeros más en el mismo caso, pero el dueño del Pino del Cruce dijo que encontraría sitio para nosotros y que nos podía ofrecer sopa, arroz y pescado a la parrilla.

Las raciones eran pequeñas, pero había suficiente sake para todos y terminó siendo una velada muy alegre. Los dueños de las casas de té tenían que ofrecer algo diferente cada uno para seguir funcionando —ya habíamos experimentado cien formas distintas de atraer a un cliente—, y la especialidad del propietario del Pino del Cruce era su habilidad como narrador de relatos. Describió las grandes procesiones del *daimyō* y de los *kapitans* como si acabaran de pasar y relató cuentos de todas las criaturas exóticas que habían cruzado el río en el camino de Nagasaki a Edo: elefantes y jirafas, tigres, perezosos, orangutanes, periquitos y pavos reales.

—Y camellos —dijo, sonriéndonos—. Tan afectuosos como esta joven pareja mimosa. Dicen que los patos mandarín están muy unidos, pero no hay duda de que los camellos los superan ampliamente.

No tuvimos oportunidad de expresarnos nuestro afecto, ya que dormimos en una habitación con Hayashi y otras dos personas. No nos molestamos en desempaquetar las sábanas, sino que dormimos bajo nuestras túnicas, usando almohadas que nos proporcionaron en la casa de té. Era una noche cálida y húmeda después de las lluvias, y la vieja red mosquitera mantenía a raya a algunas polillas grandes, pero no hacía nada por impedir las nubes de mosquitos que zumbaron a nuestro alrededor y nos picaron durante toda la noche. Me alegré de oír el canto de los gallos.

Salimos con el primer albor. El veleidoso río había menguado hasta convertirse en un simple riachuelo y cruzamos con las sandalias secas. En la frontera del dominio entre Saga y Ōmura había un puesto de guardia a cargo de un solitario oficial y un puñado de soldados rasos. Echó un vistazo a nuestros papeles, pero no revisó nuestro equipaje e hizo un gesto para que pasáramos sin tardanza.

—Están más preocupados por las armas que salen de Nagasaki —señaló

Hayashi mientras descendíamos por el desfiladero. Nos iba haciendo comentarios sobre los pueblos por los que pasábamos, las casas de té, los santuarios, los paisajes, algún famoso pino antiguo, un manantial curativo milagroso; consultaba sus guías de vez en cuando, pero casi siempre hablaba de memoria. Las palabras le salían en largas frases enrevesadas, cada una de ellas tan irritante como los mosquitos de la noche anterior.

—No aguanto más —dijo Makino al pie de la subida al desfiladero de Warabi, e hizo un gesto a los portadores, me empujó dentro de uno de los palanquines y él mismo se subió a otro. Me quité el sombrero y el velo, limpiando el sudor del rostro con mi pañuelo, mientras los hombres iniciaban un rápido trote. A pesar del calor y del traqueteo desagradable, disfruté del silencio, roto tan solo por los rítmicos gritos de los portadores.

Pero no nos podíamos permitir el lujo de coger palanquines durante todo el camino, y Hayashi se aseguró de alcanzarnos.

—Apuesto a que estás contenta de no haberte casado con él —me susurró Makino esa noche mientras yacíamos el uno al lado del otro en otra habitación con el aire viciado y atestado de mosquitos.

—Ahora ya sabes por qué me casé contigo —bromeé.

—Supongo que debería estarle agradecido. Gracias a él, yo fui tu mejor propuesta. Aunque no sé si aún lo sigues pensando.

Una oleada de vergüenza me invadió.

—Claro que sí —dije en voz baja. Por primera vez me pregunté si Makino sentía lo mismo. De pronto me percaté qué significaría perderlo, no a causa de la guerra o de una enfermedad, sino si ejercía sus derechos... dejándome, divorciándose. No quería que eso sucediera. Quería que envejeciéramos juntos, como mis padres.

«Intentaré ser mejor esposa». Fue la resolución que tomé tendida sobre la cama mientras escuchaba a los mosquitos zumbando y a los hombres roncando.

Durante la última mañana de nuestro viaje, Hayashi se retrasó. El *shōgun* había hecho finalmente un efecto tan brutal que no podía abandonar el excusado.

—Deberían llamar a esa pastilla *tairō* —me dijo Makino al oído—. Es un gran purgante.

—Tú sí que estás de buen humor —comenté, jadeando mientras subíamos, convencida de que este último desfiladero era el más empinado.

—Me parece increíble llegar a Nagasaki. Supongo que siempre soñé con ello.

Yo me sentía igual. Nagasaki resplandecía en mi imaginación como un paraíso de Occidente, un lugar de sabiduría y aprendizaje. En el camino habíamos adelantado a muchos peregrinos que se dirigían a Ise o que estaban realizando alguno de los muchos viajes sagrados, pero nosotros también éramos como peregrinos, atraídos a los santuarios de la medicina y de la ciencia.

Por fin nos detuvimos en la cima del desfiladero de Himi y contemplamos la ciudad, que se extendía a nuestros pies. El sol vespertino brillaba sobre los tejados y los mástiles de los barcos, tan numerosos como un bosque de pinos en el puerto. Muchas banderas de diferentes colores ondeaban al viento.

—Eso debe de ser Dejima —dijo Makino, señalando una isla con forma de abanico. Los pulcros edificios de dos pisos con ventanas de cristal y marcos y postigos pintados de verde parecían increíblemente extraños y exóticos.

También había gran cantidad de templos chinos de color rojo intenso que me recordaban a Shimonoseki. Al descender por la colina hacia el pueblo, sentí el mismo olor penetrante a mar, y el resto de los olores de una ciudad portuaria: el pescado, crudo y cocido, los desechos, y por todos lados la fragancia de las flores de verano. Parecía que todos los jardines cultivaban hortensias, jazmín de estrella y menta.

Mi hermano nos había indicado que lo esperaríamos en la posta de caballos cerca del *torii* del santuario de Suwa, al final del camino que venía de Himi, cerca de la confluencia de los dos ríos. Se reuniría con nosotros allí y nos llevaría a la casa de sus suegros. Por supuesto, no sabía la hora exacta de nuestra llegada y no había señales de él. El santuario en sí se erigía en medio de una arboleda sobre la ladera. Hacía calor y había humedad; los enormes cedros lanzaban hacia abajo una lluvia de cantos de grillo. Fuera del *torii* se hallaba la típica legión de mercachifles, acróbatas, vendedores de medicinas, tenderos y guías en busca de clientes. Sus gritos y alaridos retumbaban en el aire haciendo que la cabeza me diera vueltas.

Los caballos patearon el suelo y sacudieron la cabeza, inquietos por liberarse de la carga que llevaban encima. Habíamos logrado ir por delante de Hayashi desde por la mañana, pero en aquel momento se abrió camino a

empujones entre los porteadores que se congregaban expectantes a nuestro alrededor.

—Conozco bien a la familia de tu hermano —dijo, apartando las moscas con una mano y aferrando su maletín con la otra, mientras se las arreglaba para darle la espalda a alguien que parecía a punto de pedirle dinero—. Déjame ir a su casa y decirle que has llegado. Espera aquí. O-Tsuru-san, ponte a la sombra.

Makino compró dos tazas de té a un vendedor ambulante.

—Jamás nos quitaremos de encima a ese sujeto —masculló, echando una rápida mirada a nuestro alrededor, examinándolo todo—. Oye, mira eso. ¡Qué gran idea!

Un vendedor ambulante de medicinas llevaba un enorme maletín plegable con un dispositivo que hervía agua para poder despachar muestras de los diferentes polvos que vendía disueltos en agua caliente. Tenía el nombre escrito en caracteres holandeses que no pude leer.

Makino se marchó para probar alguno y estaba enfrascado en una conversación con el vendedor cuando apareció mi hermano.

Tetsuya había perdido algo de pelo y estaba más rollizo; se parecía más que nunca a nuestro padre.

—Nos hemos encontrado con Hayashi-san en el camino —le expliqué después de saludarnos efusivamente—. Makino-san, ha llegado mi hermano.

Makino consiguió alejarse del vendedor, cuyas dotes persuasivas iban en aumento a cada segundo que pasaba. Se inclinó ante Tetsuya.

—Nos conocimos una vez, aquel día desafortunado —dijo—. Eres muy amable al socorrernos.

—No tenéis que agradecerme. No me viste en mi mejor momento; jamás había tenido tanto miedo —admitió Tetsuya.

Los caballos fueron descargados y los porteadores, contratados para llevar el equipaje. Hayashi parecía tener intención de seguirnos, pero Tetsuya se lo impidió.

—Gracias, Hayashi-san. Espero que nos veamos pronto; por el momento, aquí nos despedimos. —Cuando se alejó, le dijo a Makino—: Me temo que hay que ser muy expeditivos con él. Es un buen hombre, pero cuando empieza a hablar, puede entretenerte durante horas.

Sonreí para mis adentros ante aquella breve descripción de Hayashi, pero ni mi esposo ni yo respondimos. Hayashi resultaba molesto, pero con nosotros había sido extremadamente amable.

Nuestra pequeña comitiva echó a andar a través de las calles estrechas. En cada esquina alcanzábamos a atisbar el azul reluciente del mar rodeado por el profundo verdor del estío en las montañas. El puerto era enorme, profundo y estaba bien protegido. Eso explicaba su protagonismo como centro comercial durante siglos.

—¿Cómo se llamaba aquel remedio? —pregunté a Makino, mientras Tetsuya caminaba por delante con los porteadores.

—*Uruyusu*.

—¿Tiene algún significado?

—No lo sé. Pregúntale a tu hermano. Habla holandés, ¿no es cierto?

—¿Cuáles eran sus componentes?

—Un poco de todo. Principalmente sospecho que *daiō*, un poco de raíz china, tal vez algo de opio. Una especie de remedio universal.

Ambos soltamos una carcajada. Qué lejos parecían aquellos días.

—No quiero volver a ser un curandero como entonces —dijo Makino—. Por lo menos, puedo estudiar cirugía de verdad y ser útil durante una batalla.

—Te fue bastante bien en Ōda —dije.

—En realidad, no. Hay tanto que aprender...

Finalmente llegamos a la escuela donde Tetsuya había estudiado durante muchos años y donde vivía ahora como parte de la familia, pues se había casado con la hija mayor de su maestro. Se llamaba Kusunokijuku, por el enorme árbol de alcanfor que crecía a un lado del jardín. Se trataba de un sólido edificio con muchas habitaciones pequeñas en uno de los laterales para los estudiantes, un dispensario moderno con los últimos equipos, donde emitían vapor los alambiques y dos jóvenes picaban hojas y hacían píldoras, habitaciones separadas para consultas y operaciones, y una gran sala de conferencias y de estudio con una gran cantidad de libros de consulta, algunos en japonés y otros en holandés, colocados sobre los estantes y amontonados en el suelo. Colgados en las paredes había cuadros de dioses de la medicina — Hakutaku, con su amable rostro sonriente, sus seis cuernos y nueve ojos, y Shinnō, más severo— y un dibujo de la anatomía humana. También se veían diferentes instrumentos. Tetsuya bajó de un estante un microscopio y nos lo

mostró con reverencia.

—Siebold le dio esto a mi maestro —dijo—. Les ofreció muchos regalos a los médicos de Nagasaki. Prácticamente lo idolatran.

—¿Conociste a su hija? —pregunté.

—Sí, la he visto varias veces, cuando vivía en Nagasaki. De hecho, asistimos juntos a la primera disección de Pompe.

Intenté reprimir mi intensa envidia al recorrer el resto de la casa, la gran cocina, las salas para la familia y el amplio jardín con un pozo y varios pequeños y curiosos altares. Había el mismo olor que en casa de mis padres, a remedios que borboteaban, alcanfor y menta, pero por debajo de todo ello había un olor que resultaba menos agradable.

—¿Qué es ese olor? —le pregunté a Tetsuya, esperando no ofenderlo.

—¿Cuál? Oh, debe de ser la fosa de amoníaco. Casi no me doy cuenta. — Lejos de estar ofendido, se sentía muy orgulloso de ella—. Producimos nuestro propio amoníaco. Te la mostraré después. La fosa está detrás de esa pared. Los vecinos se quejan, pero es parte de la ciencia médica. ¡Deberían estar agradecidos!

—¿Cuál es tu método? —preguntó Makino.

—Animales muertos, gatos, perros, cabezas de buey, ese tipo de cosas. Para eso son los altares, para agradecer la vida de los animales. Enterramos sus cadáveres hasta que están descompuestos y luego les sacamos los fluidos. ¿Has estudiado química?

—Muy poco —dijo Makino.

—Los médicos holandeses la enseñan como la base de la medicina.

* * *

Makino estuvo callado el resto del día, incluso cuando conocimos a la nueva familia de Tetsuya. Yoshio Gongorō, viudo, y la esposa de Tetsuya, O-Kimi, habían mantenido la casa durante muchos años. Ella era unos años mayor que mi hermano y tenía un modo directo y brusco, pero parecía quererlo de verdad y ya tenían un hijo, un muchacho rebosante de salud que tenía alrededor de nueve meses. El doctor Yoshio era pariente de la famosa familia de Nagasaki, médicos y estudiantes del holandés durante años.

Nadie advirtió el silencio de Makino más que yo. Al doctor Yoshio le encantaba hablar; era un poco sordo y tenía la costumbre de sentar cátedra: con sus estudiantes, con su yerno y ahora con nosotros. No me importó; estaba cansada tras el largo viaje y, además, no me cansaba de escuchar historias sobre Siebold, especialmente de boca de alguien que se había sentado en la misma sala que él, lo había oído hablar, lo había observado cuando trataba a sus pacientes y le había ayudado en sus investigaciones.

El bebé jugaba con un amuleto de piedra, llevándoselo a la boca. Parecía de los que se usaban para paliar la sordera. El doctor Yoshio me vio observándolo y se rio.

—Uno de mis vecinos me lo trajo de Owari.

—Mi padre lo reprendió —dijo O-Kimi, rescatando el amuleto con destreza cuando el bebé lo soltó—. No debemos creer en el poder de este tipo de fetiches.

—No tienes más que observarlo —dijo su padre, agarrando el amuleto—. Es una piedra. ¿Cómo podría afectar a mis oídos, que son carne, sangre, cartílago, membrana..., parte de un sistema complejo? ¡Salvo que me pegues en la cabeza con ella o me la metas en la oreja!

—Si la gente cree en los amuletos, puede que obtengan resultados —me atreví a decir.

—Tal vez en aquellos casos en que la mente esté afectada —concedió a regañadientes—. Pero, en general, todos estaríamos mejor si se erradicaran estas viejas supersticiones. Colocar una foto bajo la almohada o en tu billetera no te protegerá de la viruela. Pero sí las vacunas. Las personas deben aprender a confiar en la medicina moderna. Me imagino que suelen vacunar en su dominio.

—Sí, ya hace muchos años —repliqué.

El bebé comenzó a llorar y su abuelo le puso la piedra entre las manos.

—Sirve para calmar a los pequeños, pero no para mucho más. —Se volvió a Makino y se dirigió por primera vez a él—: ¿Qué es lo que más te interesa?

—La cirugía, en particular en el campo de batalla —replicó Makino.

—¿Qué? ¿En el campo de batalla?

—Makino-san sirvió en el ejército con el *shotai* durante los últimos enfrentamientos en Chōshū —explicó en voz alta Tetsuya—. Ha venido para estudiar heridas causadas en combate y cómo tratarlas.

—Entonces el hospital holandés es el mejor lugar para ti. Pompe y Bauduin son médicos de campaña. Fueron entrenados en la Escuela Médico-Militar de Utrecht. Europa ha estado librando guerras inimaginables para nosotros, con armas feroces. Supongo que terminarán llegando aquí, y podremos aniquilarnos mutuamente de formas completamente originales.

Pasó a hablar sobre los holandeses de Nagasaki. Como su familia había estado vinculada con ellos durante tantos años, el doctor Yoshio conocía todos los aspectos de su historia. Nos recordó que la fábrica de Dejima siempre había tenido un médico y muchos de esos individuos, Willem ten Rhijne, Engelbert Kaempfer, Carl Pieter Thunberg, habían tenido una importante influencia en nuestros médicos y eruditos. Philipp Franz von Siebold, que llegó a Japón en el año 6 de Bunsei (1823), era el más famoso de ellos. La gente acudía de todo Japón para estudiar con él y ver cómo llevaba a cabo sus tratamientos.

—Era un hombre maravilloso —dijo el doctor Yoshio—. Tenía algo, su espíritu y su calidez, que atraía a las personas. Nada le resultaba demasiado complicado. Era incansable.

Nos habló de la escuela que Siebold construyó en Narutaki, señalando que Tetsuya debía llevarnos allí, y luego comentamos el final desastroso de la estancia de Siebold en Japón. Acompañó al *kapitan* holandés durante su visita a Edo, donde conoció a muchos médicos y eruditos. En Nagasaki hizo que sus discípulos le escribieran informes sobre todos los aspectos de la sociedad japonesa, se hizo traer pinturas y modelos y muchas traducciones de libros. Era un coleccionista voraz de antigüedades, obras de arte, libros... y mapas. En Edo consiguió mapas de Japón de un oficial del *bakufu*, Takahashi Kageyasu. A su regreso a Nagasaki, Siebold envió presentes a Takahashi y al resto, junto con una carta que hacía referencia a los mapas, y estos cayeron en manos del *bakufu*. Por una serie de desafortunadas casualidades, el barco de Siebold se retrasó lo suficiente como para que revisaran su equipaje. Se descubrieron los mapas junto a muchos otros objetos prohibidos.

—Tuvo que devolver sus preciosos mapas —dijo el anciano—. Pero, conociéndolo, ¡estoy seguro de que ya los había copiado!

—Cuéntales lo que dijo Siebold —le apuntó O-Kimi.

—Le dijeron que era un delito que los extranjeros poseyeran mapas del Japón, así que replicó: «¡Entonces me haré japonés y no habrá delito!». —El

doctor Yoshio se rio hasta terminar resollando—. Imagínense, ¡creyó que cualquiera podía hacerse japonés así como así!

—¿Qué pasó con Takahashi? —preguntó.

—Murió en prisión. Otros fueron ejecutados, creo. A Siebold le dijeron que no volviera nunca más. Dejó a su esposa y a su hijo aquí. No los volvió a ver durante treinta años. Estábamos todos aterrados. Yo era muy joven en ese momento, apenas había cumplido veinte años. Se tomaron medidas enérgicas contra los idiomas extranjeros. Los discípulos de Siebold se dispersaron, algunos tuvieron que pasar a la clandestinidad. Todo se tranquilizó hasta que llegó Mohnike. Fue otro gran hombre. Nos enseñó a vacunar contra la viruela, y trajo la vacuna de Batavia. Y el estetoscopio... Tal vez no lo hayas visto nunca, pero aquí lo usamos. Desde entonces todo ha sido mucho más fácil. Pompe llegó y construyó el hospital (el doctor Makino puede ir allí mañana y concertar sus estudios), y ahora tenemos a Bauduin. ¡Qué bendición terminó siendo Dejima! Los holandeses lo llamaban su prisión, pero para nosotros ha sido la ventana al mundo.

—¿Y volvió Siebold a ver a su esposa y a su hija alguna vez?

—Regresó a Nagasaki hace unos años —dijo Tetsuya—. Cuando levantaron la prohibición. O-Ine trabajaba como médica entonces. Tenía su propia clínica. Cuando su padre se marchó la primera vez, varios de sus discípulos se hicieron cargo de ella y la educaron.

—Digamos que se hicieron cargo de diversas maneras —dijo O-Kimi.

—¿A qué te refieres? —pregunté.

—Tuvo un hijo. Estaba viviendo con la familia de Ishii Sōken, en parte como aprendiz, en parte como criada. La gente dice que él la forzó, pero quién sabe...

—Qué terrible —dije, realmente conmocionada—. Ella era su discípula, la hija de su maestro.

—Tal vez debería haberse quedado en casa con su madre —dijo Tetsuya.

—¡Pero quería ser médica! —Me percaté de que mi tono de voz salía demasiado chillón.

—Mi hermana ayuda bastante a mi padre —le dijo Tetsuya al doctor Yoshio—. Le gustaría ser médica de verdad.

Noté un tono de desaprobación en su voz que me irritó, pero no dije nada.

—Tal vez O-Tsuru-san pueda ayudarnos en el dispensario —dijo O-Kimi—. Siempre hay tanto que hacer, y los estudiantes son unos inútiles... Prefieren atender a los pacientes antes que pesar ingredientes.

Quise replicar: «¡Yo también!», pero sabía que tendría que mostrarme de acuerdo.

—O-Ine y su padre no se llevaron precisamente bien cuando volvieron a reunirse —dijo O-Kimi. El bebé se había quedado dormido sobre su rodilla.

—En realidad, fue un problema de lenguaje —dijo Tetsuya—. Ella no hablaba muy bien holandés y él se había olvidado de todo el japonés que había aprendido. Pero al final pudieron entenderse.

—¿Sigue aquí? —pregunté.

—Se fue a Edo y luego regresó a Alemania, creo. El hijo que tuvo con su esposa alemana aprendió japonés y es intérprete en Edo.

Quería preguntar mucho más, pero el doctor Yoshio anunció que se iba a dormir, y por ello la conversación se dio por concluida.

—Yo ni siquiera hablo holandés —me confió Makino más tarde. Nos asignaron una de las pequeñas aulas para los alumnos; hacía un calor sofocante y el olor de la fosa de amoníaco parecía aún peor de noche, cuando todo se hallaba tranquilo. Al menos la mosquitera era relativamente nueva y no tenía rasgaduras, y las sábanas estaban limpias. Hablamos cuchicheando, aunque estábamos solos, conscientes de que había alumnos a ambos lados.

—Puedes aprender. Mira qué rápido aprendiste con mi padre.

—Era más joven entonces y estaba mucho más motivado.

—No me digas que has perdido tu ambición.

—Tu hermano ha estado aquí durante años aprendiendo holandés e instruyéndose con el doctor Yoshio. Jamás me podría poner a su nivel. Además, dicen que el holandés es realmente difícil.

—Tetsuya te ayudará. Tiene libros de texto, incluso diccionarios. Puede actuar como traductor.

Intenté animar a mi esposo, y finalmente se quedó dormido. Me quedé despierta durante mucho tiempo, repasando en mi mente los sucesos del día y la conversación que habíamos tenido. ¡Qué fuerte había tenido que ser O-Ine para continuar con sus estudios después de ser abandonada por su padre y violada por su maestro! Me pregunté si el coraje y la fuerza provenían de la

sangre extranjera de su padre. Él tenía algo que me fascinaba, pero a la vez me provocaba un gran rechazo. Los hombres tomaban esposas en cualquier país y tenían hijos con ellas con la misma facilidad con que se apropiaban de objetos sobre los cuales no tenían derecho, pero parecía que abandonaban a aquellos con mucha mayor ligereza.

Mi esposo iba a estudiar en el hospital occidental mientras yo compensaba la deuda con la familia de mi hermano fabricando píldoras y pesando polvos. O-Ine estaba de algún modo fuera de la sociedad, por su educación y por herencia, pero yo estaba unida por una maraña de obligaciones a un esposo, un hermano y un padre. Me había liberado una vez, pero no me creía lo suficientemente fuerte como para volver a hacerlo.

—Ten paciencia —dijo Makino a la mañana siguiente, cuando le confíé algunos de mis temores—. Haré lo posible por obtener permiso para que puedas asistir a las clases cuando yo esté instalado.

—No debes hacer nada que ponga en riesgo tus perspectivas —dije sumisamente.

Me dirigió una mirada penetrante, sospechando sarcasmo. Me entretuve ayudándole a vestir sus mejores galas —había extendido sus prendas bajo el futón la noche anterior para quitarles las arrugas— y traté de no crispar aún más sus nervios, ya exaltados. No pudo comer y, cuando se marchó, estaba tan pálido que temí que se desmayara en el camino.

El trabajo en la consulta de Yoshio comenzaba muy temprano por la mañana y continuaba todo el día. Aunque a gran escala, era similar a la rutina en casa de mi padre, y cuando me acostumbré a ella, aprendí dónde estaban los ingredientes y los utensilios y cómo les gustaba hacerlo al doctor Yoshio y a su hija, lo encontré bastante fácil. Desde el dispensario podía oír a los pacientes describiendo sus síntomas, las preguntas del doctor Yoshio, su breve lección a los alumnos y luego el diagnóstico y la receta. Mientras pesaba los ingredientes y aprendía a usar el moderno mortero y el dispositivo para hacer las píldoras, me entretenía impartiendo mi propio diagnóstico y recetaba en voz baja. En una ocasión en que el del doctor Yoshio difería de mi criterio y yo estaba sacudiendo la cabeza, levanté la mirada y me encontré con el gesto de desaprobación de O-Kimi. Sentí que me sonrojaba vivamente. Poco después me corrigió con respecto a una medida: había usado una cuchara con la medida equivocada.

—Por favor, ten mucho cuidado. Las cantidades deben ser exactas —fue todo lo que dijo, pero entendí el mensaje con claridad: «No creas saberlo todo sobre medicina. No eres ni serás jamás un médico de verdad».

Makino y Tetsuya regresaron del hospital al final de la tarde. Mi esposo había recuperado su color y su apetito. Se quitó la vestimenta formal y caminamos juntos a los baños públicos mientras me relataba cómo le había ido el día. Un intérprete traducía las clases y había sido capaz de entenderlo todo. Tetsuya hablaba con fluidez con el médico holandés y estar relacionado con él lo hacía todo más fácil. Tetsuya había traducido muchos libros para la biblioteca del hospital y todo el mundo lo tenía en gran estima.

—Es una oportunidad maravillosa para mí —dijo sinceramente—. No debo desaprovecharla.

—Claro que no —dije, resignándome a años de pulverizar y mezclar polvillos. Tal vez algún día me dejaran elaborar amoníaco. Podía descuartizar animales muertos. Sería interesante.

—Lamento decir que no hay mujeres entre los estudiantes —dijo Makino—. Me acordé de preguntar. Hay algunas enfermeras de sexo femenino, pero no parecen pertenecer a una clase muy respetable de mujeres.

—Tal vez necesiten a una Florence Nightingale —dije, preguntándome si Florence Nightingale estaría casada. Seguramente no. Por un instante, me imaginé reformando el cuerpo de enfermería, pero en realidad no quería ocuparme de los pacientes de ese modo. Quería tener acceso a sus cuerpos para satisfacer mi curiosidad sobre su funcionamiento. Quería ver cómo eran por dentro y por fuera, abrir su cuerpo.

—¿Sabes lo primero que nos han dicho hoy? —preguntó Makino, deteniéndose a la entrada de los baños públicos. Era una hora muy frecuentada y la calle estaba llena de clientes. Vi a masajistas ciegos buscando clientes a voces, madres con niños, trabajadores y porteadores desnudos salvo por un taparrabos. El olor característico de la comida de Nagasaki con sus especias y hierbas chinas flotaba en el aire—. Por lo visto, Pompe lo repetía todo el tiempo: «El paciente siempre es lo primero». El médico holandés decía que si no crees en ello con todo tu corazón, debes buscar otra profesión.

—Estoy segura de que es lo que mi padre siempre ha creído —dije, y recordé mi sueño de Ogata Kōan. Me sentí ligeramente incómoda sabiendo que aún no sentía verdadera compasión por los otros.

—Me hizo poner en duda mis motivos —confesó Makino—. También pensé en tu padre. Todavía me falta mucho para ser como él. Pero cuando recuerdo a los pobres muchachos en el *shotai*, me doy cuenta de que sí deseaba ponerlos en primer lugar, y aunque reconozco mis fallos en esta área, creo que estoy en la profesión correcta.

Lo dijo tan seriamente, allí de pie, con su *geta* deslucido, aferrando su toalla, con las piernas huesudas que asomaban por debajo del ligero *yukata* de algodón, que no sabía si sentirme irritada o conmovida.

—Ahora no querrás cambiar de opinión —dije.

—Solo espero estar a la altura del esfuerzo exigido.

EN CASA DEL SEÑOR GLOVER

MAKINO se entregó de lleno al esfuerzo en cuestión, trabajando en el hospital todo el día y estudiando hasta altas horas de la noche. Yo leía los mismos libros que él y le ayudaba a memorizar el vocabulario nuevo en holandés y en japonés. El plan de estudios del hospital incluía física, química, fisiología, patología, medicina interna, ojos, cirugía, obstetricia, medicina forense... e incluso la administración de una clínica. Makino estaba practicando con torniquetes, tenazas para huesos, termómetros y el estetoscopio. Estudiaba anatomía a partir de réplicas del cuerpo humano llamadas *kunstlijk*. Estábamos aprendiendo cosas para las cuales no teníamos palabras; hasta hacía poco esas palabras ni siquiera existían en nuestra lengua materna. Cada una tenía que ser acuñada de cero. Incluso los métodos de enseñanza eran nuevos. La mayoría de nuestros maestros siempre había memorizado las lecciones, y los estudiantes tenían que memorizar grandes fragmentos de texto, pero los médicos holandeses esperaban un criterio más independiente y más análisis. Una vez que aprendió los números occidentales, Makino no tuvo ninguna dificultad con las matemáticas, pues siempre había hecho cálculos de cabeza sin depender del ábaco, pero a mí me resultaron difíciles los números, especialmente los más grandes, pues nosotros contábamos con un sistema diferente a partir de diez mil.

El idioma holandés parecía impenetrable. Tetsuya lo hablaba bien, pero ahora estaba aprendiendo inglés en la escuela de idiomas que el *bakufu* había instalado no lejos de Shimonoseki.

—El inglés es el idioma del futuro —nos dijo—. Se habla en toda Gran Bretaña y en Norteamérica, y todo el mundo lo está aprendiendo en Europa.

Tal vez nos iba tan mal con el holandés porque ambos sentíamos que en

lugar de eso teníamos que estar estudiando inglés. A Makino le hubiera gustado ir también a la escuela de inglés, pero sencillamente no le llegaba el tiempo durante el día —«las horas del día», debería decir—, pues, aparte de todo, Makino y el resto de los discípulos tenían que seguir la hora occidental, con su estricta división del día en horas de la misma duración. Las clases comenzaban *a las ocho de la mañana* y duraban *cuatro horas*. Nuestra antigua manera de marcar el paso del tiempo a lo largo del día y de la noche me comenzó a parecer vaga y poco fiable. Tetsuya le prestó a mi esposo un pequeño reloj como el que le había regalado a mi padre.

Ya había muchos ingleses y americanos en Nagasaki. Sus banderas ondeaban de los barcos en el puerto, los marineros bebían en los bares e incluso empezaron a frecuentar los barrios del placer en Muruyama. Verbek, un americano, enseñaba en la escuela de idiomas, y todo el mundo conocía al comerciante inglés más famoso: Thomas Glover.

De hecho, el señor Glover fue el primer extranjero con el que hablé, y aquello sucedió por mediación de Inoue Monta. Katsura y Shiraishi nos habían hablado en Shimonoseki de la necesidad que tenía el dominio de rearmarse, y en el séptimo mes de aquel año, el primer año de Keiō (1865), Katsura envió a Inoue con Itō a Nagasaki para comprar armas a Glover. Vinieron con nombres falsos, haciéndose pasar por samuráis de Satsuma. Las armas fueron compradas a Glover en nombre de Satsuma, con la ayuda de Sakamoto Ryōma. A pesar de la reunión fallida entre Katsura y Saigō, los dos dominios estaban cada vez más unidos.

Monta acudió de visita a casa del doctor Yoshio. Era uno de los días de descanso cerca del final del séptimo mes. La mayoría de los estudiantes se había ido con el doctor Yoshio a visitar un santuario. Makino se había quedado para estudiar y yo estaba, como siempre, haciendo píldoras, lo suficientemente cerca de la puerta como para reconocer la voz de Monta cuando preguntó por nosotros. Me apresuré a saludarlo, pero hizo un gesto para que guardara silencio, y esperó a que la criada se hubo retirado.

—No puedo hablar aquí, pero venid a reuniros con Itō y conmigo. —Mencionó el nombre de una casa de té en Nishibama y dijo—: Pregunta por Yamada Shinsuke. Te veo allí. —Y volvió a desaparecer.

Seguía haciendo mucho calor, aunque, a medida que se acercaba el octavo mes, había un atisbo de otoño en el aire. Tenía muchos deseos de salir, pues

casi no habíamos tenido tiempo de conocer la ciudad. Makino accedió sin demasiado entusiasmo.

—En realidad, no nos podemos negar —admitió—. Me pregunto qué querrán de nosotros.

—¿A qué te refieres?

—Pues me imagino que no han venido únicamente de visita para hablar de los viejos tiempos.

Monta ya estaba en la casa de té cuando nos condujeron a una sala privada. He olvidado el nombre del lugar, pero estaba construido sobre el agua y era agradablemente fresco. Nos saludó y luego comentó que ambos parecíamos muy cansados.

—Ha hecho calor —repliqué—. Y hemos estado muy ocupados.

En cuanto a Monta, tenía buen aspecto, a pesar de las cicatrices, que seguían un poco inflamadas. Había pasado menos de un año desde el ataque. Parecía haber recuperado su antiguo dinamismo y vigor. No había señales de Itō o Yoshimura Sōzō, como nos dijo Monta que debíamos llamarlo. Monta pidió sake y algo de comer a la criada, en medio de un intenso coqueteo por ambas partes.

El sake llegó al mismo tiempo que Itō y otro hombre a quien reconocí en el acto, aunque se había calado bien el sombrero para ocultar el rostro. Esta vez estaba más preparada para el parecido y supe que era Sakamoto.

—Nos conocimos fugazmente en Shimonoseki hace algunas semanas —dijo, quitándose el sombrero, pero ni Makino ni yo nos dirigimos a él por su nombre, ya que no sabíamos si seguía haciéndose llamar Saitani.

Itō nos saludó con gran afecto y comenzó a recordar los viejos tiempos de inmediato: las batallas en Ōda y en Edō y nuestro viaje a Hagi. Ambos tenían que explicar toda la campaña a Sakamoto, que la desconocía, empleando las botellas y cuencos de sake para mostrar cómo funcionaba el *shotai*. Los ojos del hombre de Tosa brillaban de envidia, pues jamás había estado en un combate.

Inoue relató sus aventuras de cuando se había ocultado en Beppu, sus encuentros con un jefe jugador y cómo pensaba que un viejo samurái planeaba casarlo con su hija.

—Estábamos en el *onsen* y me preguntó cómo me había hecho las cicatrices. ¡«Un esposo celoso», le dije!

Bajando la voz, hablaron sobre *geiko*, amante de Takasugi, O-Uno, y la mujer que se convertiría en esposa de Itō, O-Ume. Después de unas copas de sake, mi esposo se relajó y contó sus propias historias sobre armas empleadas y las heridas que causaban, las amputaciones que había practicado en el campo de batalla, los hombres salvados y aquellos a los que no había logrado salvar, y la necesidad que teníamos de conseguir no solo armas, sino también suministros médicos.

Yo hablé muy poco y los hombres me ignoraron. Me había sumido en una especie de ensueño, recordando aquella vez que me había sentado en la casa de té con Genzui, Katsura, Takasugi y Shinsai, y cuánto más interesante había sido ser hombre entre hombres. Finalmente, Monta interrumpió mi ensoñación.

—Está todo arreglado —dijo—. Vayamos ahora a la casa del señor Glover.

—¿Qué está arreglado? —pregunté.

—Tu esposo le explicará al señor Glover lo que necesitáis. Tú también puedes venir; le gusta conocer a mujeres japonesas. Y recogeremos el cuadro por el camino.

—¿El cuadro?

—El Chikuden. ¿Cómo se titula? Algo sobre la flor del ciruelo. Katsura fue a tu casa a verlo y tu padre le dijo que te lo habías traído aquí. Katsura pensó que se lo podrías regalar al señor Glover como muestra de agradecimiento.

Eché un vistazo a mi rostro asombrado y se rio.

—Se trata de la red de espionaje de Chōshū. No creerías que nos ibas a poder engañar, ¿verdad?

—¡No estaba tratando de engañar a nadie! Pero ese cuadro pertenece a mi padre.

—Eso ya está arreglado. Se lo iba a dar a Katsura de todas formas.

No había nada que decir o hacer, salvo explicarle a Makino dónde estaba el cuadro y esperar a que lo trajera a la casa de té antes de dirigirnos al Minamiyamate.

—¿Qué te había dicho? —me susurró—. Espero que eso sea todo lo que quieren.

Ya me parecía demasiado.

El señor Glover había construido su casa en el lado suroeste de la bahía, mirando al puerto. Se llamaba Ipponmatsu. El sol se había puesto cuando llegamos, y el cielo tenía un color luminoso y perlado. El jardín era espacioso bajo el viejo pino que le daba el nombre a la casa, y hermoso, con una mezcla de flores locales y exóticas que impregnaban el aire vespertino con un fuerte aroma. Pero la amplia vista de todo el puerto me produjo una sensación de vértigo y sentí como si todo el mundo me estuviera mirando.

Monta me contó que este tipo de casa se llamaba *bungalow* y que los ingleses las construían en cualquier parte cuando se iban a vivir a Oriente, tanto en Hong Kong como en Shanghái; y ahora había una aquí. Me pareció un estilo completamente occidental, pero, para ser exactos, al igual que el jardín, era una mezcla: la estructura del tejado era de tradición japonesa y la casa tenía muchas características japonesas. Y el señor Glover tenía una esposa japonesa.

El señor Glover era alto y fornido, con un bigote tupido. Al principio, sentía tanta timidez que apenas me atrevía a mirarlo, pero su tamaño parecía corresponderse con el de su casa y pensé que los ojos penetrantes bajo las gruesas cejas no quedarían deslumbrados por la vista.

Su esposa trajo té, sake y whisky. Nunca había probado el whisky y me apetecía hacerlo, pero lo encontré demasiado fuerte y ardiente. Tras una copa, Makino y yo optamos por el sake. Inoue e Itō apuraron un vaso de whisky tras otro.

—Nos acostumbramos a beberlo en Inglaterra —dijo Itō.

Los dos hablaban inglés con el señor Glover, aunque él entendía bastante japonés. Durante un rato, la conversación se llevó a cabo en dos idiomas para que Makino, Sakamoto y yo pudiéramos entenderla. Hablaban de conocidos que tenían en común, de los empleados de Jardine Matheson que habían ayudado a los cinco jóvenes a ir a Londres, de lo que hacían los otros allí y cuándo planeaban regresar. Glover nos contó sobre los estudiantes de Satsuma que había ayudado a marcharse a Inglaterra en uno de sus barcos, tan solo unas semanas antes.

—Satsuma siempre sigue a Chōshū —dijo Monta.

—¡Sí, nosotros fuimos los primeros en ir allí! —comentó Itō.

—Satsuma ha enviado a muchos más alumnos, unos diecinueve, y parecían muy bien organizados —observó Glover en japonés, sabiendo cómo irritaría

este leve elogio a los hombres de Chōshū.

—Típico de Satsuma: nos copian y se pasan de la raya —masculló Monta.

—Pero ahora seremos amigos —le recordó Itō—. ¿No es cierto, Sakamoto-san?

—No queda otra opción —dijo Sakamoto en voz baja.

—Deberían escuchar a Sakamoto-san —dijo Glover—. Los dos saben que lo que dice es lógico. —Señaló que Chōshū y Satsuma tenían muchas cosas en común, habían sufrido el poder devastador de las armas occidentales en Shimonoseki y en Kagoshima, y tenían motivos similares para estar resentidos contra el poder debilitado, aunque todavía represivo, del *bakufu*.

—El enemigo de mi enemigo es mi amigo —dijo, llenando los vasos una vez más—. ¡Brindemos por ello!

Todos levantamos los vasos brindando al estilo occidental y repetimos:

—¡Por el enemigo de mi enemigo!

—¿Qué noticias hay de Takasugi? —preguntó el señor Glover, después de haber apurado su vaso.

—Ha ido a Shikoku con O-Uno —replicó Monta—. Ha habido cierta oposición para abrir Shimonoseki, y parecía correr cierto peligro.

—Cuiden de él. Es una de sus principales bazas.

Itō nos contó cómo él y Takasugi habían ido a ver al señor Glover a principios de año. Takasugi quería ir a Inglaterra, pero Glover lo convenció de que su presencia era fundamental en Chōshū.

Monta aprovechó la oportunidad para abordar el verdadero motivo de la visita.

—Necesitamos a Takasugi, no cabe duda de ello, pero por encima de todo necesitamos armas.

—Estoy seguro de que eso se puede arreglar —dijo Glover—. El *bakufu* ha prohibido la venta de armas a Chōshū, pero haremos el negocio a través de Sakamoto, y le haremos la factura de la venta a Satsuma. Todo el mundo está de acuerdo con ello. Saigō Takamori ha dado su permiso y las armas serán entregadas a Shiraishi en Shimonoseki. Él ya realiza transacciones comerciales con Satsuma. —Sonrió con verdadero deleite—. Todo se hará con gran cuidado. Todo el mundo gana. Justo el tipo de negocios que me gusta hacer. —Tendió la mano y los tres hombres la estrecharon uno tras otro. Era el

primer apretón de manos que veía en mi vida.

Makino había traído el cuadro de casa de Yoshio. Estaba extendido sobre la alfombra, aún envuelto en el kimono de seda, cubierto exteriormente con una tela de cáñamo y atado con cuerdas rojas.

—Katsura-*dono* ha enviado un regalo en señal de la profunda gratitud de nuestro dominio al señor Glover —dijo Monta en ese instante—. La señora Makino lo trajo de casa de su padre. O-Tsuru-san, ¿lo desenrollarías para el señor Glover?

—¿O-Tsuru? Así se llama mi esposa —dijo el señor Glover, sonriendo ampliamente.

Sonreí, pero permanecí en silencio mientras comenzaba a desatar las cuerdas. Al anudarlos nunca había podido imaginar que los desataría en un entorno semejante. Ni siquiera imaginaba entonces que existiera un lugar así. Pero cuando desenrollé el cuadro y lo aprecié a la luz de la lámpara, los tonos plateados combinaban con el color de las paredes, y no lamenté que fuera a ser colgado allí.

—Se llama *Flores fragantes de ciruelo, sombra desconocida* —dije, y le conté lo que sabía del artista Tanomura Chikuden y de su vida.

El señor Glover guardó silencio unos instantes, como si le hubiera causado una profunda emoción —era lo suficientemente entendido como para apreciar un regalo así—, antes de comenzar a expresar su gratitud.

Monta estaba tan agradecido como si le hubieran regalado el cuadro a él.

—La señora Makino es hija, hermana y esposa de médicos. Sabe mucho sobre medicina y cirugía. Ella y su esposo también necesitan algunas cosas.

—Háganme saber lo que necesitan y se lo pediré a Londres o a Hong Kong —replicó Glover sin la menor vacilación.

—Le enviarán una lista —dijo Monta, sonriendo con satisfacción.

El señor Glover comenzó entonces a preguntarle a mi esposo sobre sus estudios en el hospital y sus experiencias en combate. Ōda y Edō se volvieron a pelear, esta vez con vasos de whisky.

Monta recurrió a mí cierto un momento para verificar la cantidad de víctimas, y el señor Glover me miró sorprendido.

—La señora Makino estuvo presente durante la batalla.

—Ella ayudó a asistir a los heridos —explicó Itō.

—¿Como médica o como enfermera? —preguntó el señor Glover.

—Un poco de todo —admití—. No como médica totalmente, pero más que una enfermera.

Pareció que no me entendía.

—¿Acaso tienen mujeres médicas en este país?

—No exactamente —intenté explicar—, pero algunas veces las hijas de los médicos colaboran. Aprendemos mucho, tratamos pacientes, sabemos cómo hacer remedios.

—Mi esposa es una experta doctora y farmacéutica —dijo Makino—. En casa trabaja codo con codo junto a su padre, pero aquí en Nagasaki es diferente. A pesar del ejemplo de Kusumoto Ine, la hija de Siebold, no hay mujeres médicas, y mi esposa no puede ser aceptada en el hospital de estudiante, como yo.

—Ciertamente, no sería aceptada como estudiante de medicina ni de ninguna otra cosa en mi país —señaló el señor Glover—. Pero si fuera enfermera, sería diferente.

—Como Florence Nigthingale.

Se rio.

—¡Así que la fama de la gran dama ha llegado hasta el Japón! Debería aprender de ella, señora Makino. Ha habido muchos más hombres que murieron a causa de enfermedades que por ser alcanzados por proyectiles en la guerra de Crimea, y en la guerra reciente entre el norte y el sur en Estados Unidos la enfermedad fue la peor enemiga, especialmente la disentería y el tifus. Si quiere salvar las vidas de sus compatriotas, emule a la señorita Nigthingale y establezca un sistema de enfermería con la limpieza y la higiene como prioridad principal. Limpie las calles, recoja la basura y excave letrinas adecuadas. —Glover había retomado el inglés para su discurso y estaba completamente absorto. Itō e Inoue apenas podían seguirle el ritmo.

—¿Acaso no se toparon con enfermedades en la reciente guerra civil? —preguntó Glover a Makino, volviendo a hablar en japonés.

—Comparada con la guerra de Norteamérica, apenas se la puede considerar como tal —replicó Makino—. Fue a pequeña escala. Era invierno y casi no tuvimos enfermedades, excepto algunas toses y resfriados.

—¿Y gangrena?

—No hubo ningún caso durante la guerra civil. Pero después del bombardeo de Shimonoseki, hubo algunas muertes que probablemente se debieron a la gangrena.

—Pues la guerra está cambiando —dijo Glover, volviendo a llenar los vasos de whisky—. Los ferrocarriles pueden trasladar a muchos más hombres y material bélico a los campos de batalla; el telégrafo transmite información al instante; y las armas se están volviendo cada vez más eficientes. Rifles nuevos, Enfields, armas de retrocarga y una nueva arma de fuego llamada Gatling..., que se adaptarían a sus combates a pequeña escala. Y revólveres, como este Colt.

Extrajo una pequeña pistola con una brillante empuñadura de madera y un cilindro rotatorio.

—Es una pistola de seis disparos —explicó—. Muy útil cuando se está arrinconado. Mucho mejor que la espada. ¡No hay que acercarse tanto!

—Nos gustan nuestras espadas —dijo Monta sonriendo—. Nos gusta ver al enemigo cuando lo matamos.

Glover echó un vistazo a sus cicatrices y se estremeció.

—Son armas brutales —dijo—. No me sorprende que provoquen pavor en la comunidad internacional.

Sakamoto, que había permanecido en silencio durante mucho tiempo, dijo:

—Cambiamos las nuestras por armas de fuego y seremos tan civilizados como ustedes. —Levantó el Colt y lo observó con detenimiento—. Me gusta —dijo en voz baja—. Es capaz de subyugar a cualquier espadachín.

Poco después, Makino dijo que debíamos marcharnos. Se hacía tarde y ambos teníamos que levantarnos antes del amanecer. Dejamos a los otros para que concluyeran las negociaciones. El señor Glover vino con nosotros hasta la entrada y dispuso que uno de los criados nos acompañara a casa. Luego tendió la mano al modo occidental para despedirse.

—Nunca podré agradecerles lo suficiente el cuadro. Espero que lo vengán a ver cuando esté colgado.

Deseaba ser una mujer moderna, así que me obligué a estrecharle la mano. Me llamó la atención el calor que emanaba.

—Gracias —dije. No me importó dejar la pintura allí. Era un marco muy hermoso y el señor Glover me cayó bien; era tan abierto y entusiasta... Y a cambio obtendríamos el material que necesitábamos.

—Buena suerte con sus estudios, doctor Makino. Ha elegido usted una profesión noble.

Makino se frotó la mano contra la túnica mientras caminábamos tras el criado, siguiendo la luz de su antorcha.

—¿Qué te ha parecido? —pregunté.

—Que debe de estar ganando mucho dinero —replicó Makino.

—Es un hombre encantador.

—No pude evitar pensar que es irónico saber que estaremos curando las heridas provocadas por sus armas con medicinas proporcionadas por él.

—Pero tendremos las mejores armas y, de cualquier manera, no estaremos ocupándonos del enemigo.

—Glover debe de estar abasteciéndolos también a ellos. Y si no, otro lo hará. Si no son los ingleses, serán los franceses o los rusos. De todos modos, los médicos holandeses enseñan que debemos curar a los prisioneros enemigos con tanto esmero como a los propios heridos.

—Eso no tiene ningún sentido —repliqué—. ¿No sería más fácil matarlos?

—Son seres humanos como nosotros. Y si peleamos contra el ejército del *bakufu*, son compatriotas de nuestro mismo país.

En aquellos días, cuando la gente usaba la palabra *país*, generalmente se referían a su dominio o provincia; por ello, por un instante no comprendí lo que quería decir mi esposo.

—Tenemos que comenzar a pensarnos como un solo país..., el Japón —explicó Makino—. Una nación bajo el emperador. No queremos luchar en una guerra civil terrible como la americana; cientos de miles de hombres muertos, heridos o inválidos. Hablan mucho de ello en el hospital. No debemos permitir que nuestro país tenga que padecer semejante horror.

Acostada en la cama, pensé en sus palabras. Mi cabeza daba vueltas y sentía una terrible acidez en el estómago a causa del whisky. Delante de mis ojos desfilaron extrañas figuras que se burlaban de mí como un coro de duendes: el señor Glover, tan encantador, tan dispuesto a vender armas o medicinas, sin importarle nada; yo, que tenía que recibir clases de mi esposo, el Contador, para aprender a ser compasiva; y la guerra entre mi dominio y el gobierno. Esta pendía sobre nosotros como una sombra incierta. No se podía evitar, pero nadie sabía cuándo se iniciaría.

FOTOGRAFÍA

INOUE e Itō regresaron a Chōshū, pero no supimos nada de ellos ni de nadie más el resto del año. Mis padres enviaban cartas, pero solo hablaban de la vida familiar y del trabajo de mi padre. No se atrevían a escribir sobre política. En cualquier caso, no había mucho de qué escribir, salvo que los preparativos del *bakufu* para la guerra se prolongaban indefinidamente. Las cartas hacían que quisiera volver a casa. Estaba agotada de la extenuante rutina de trabajo y estudio, de estar en el nivel inferior de la jerarquía social en la casa del doctor Yoshio y a las órdenes de todo el mundo. Al menos en casa podía ayudar a mi padre y tratar a mis propios pacientes. Echaba de menos a Michi. Aunque aún no era mi hija, la añoraba. No quería que fuera demasiado mayor cuando viniera a vivir con nosotros, pues le resultaría más difícil separarse de su madre y no se sentiría a gusto. Pero parecía que el deber hacia mi esposo y las tareas que estaba desempeñando para saldar su deuda me tenían atrapada en Nagasaki.

Todo el mundo estaba irritado. El número de extranjeros en el puerto aumentaba cada semana. Todas las noches había peleas y disputas. La población de Nagasaki oscilaba entre el deseo de ganar dinero con la diversión y el comercio y su temor a enfrentarse a los extranjeros sin ningún tipo de protección del *bakufu*. La gente se lamentaba de que la ley y el orden se estaban quebrantando y se quejaban de que había espías e informantes por todos lados.

Llovió incesantemente a lo largo del otoño y del invierno. No hacía tanto frío en Nagasaki como en Hagi o en Kyōto, pero soplaba un viento frío del mar, y las endeble casas, construidas para mantener a raya el calor del verano, se volvieron heladas. O-Kimi escatimaba el carbón como todo lo

demás, y el tibio calor de los braseros hacía muy poco por calentar el interior del edificio. Tenía sabañones en todo el pie y en los dedos, las manos estaban siempre agrietadas y la humedad del aire me hacía toser de noche, impidiéndome dormir.

Los preparativos para fin de año eran aún más agotadores. Todo tenía que ser barrido y fregado y era necesario hacer la contabilidad y el inventario antes del Año Nuevo. El primer día pudimos descansar un poco, y los alumnos y el resto de la familia nos trajeron sake especiado y tortas de arroz, pero el polvo de la limpieza había empeorado mi tos y tuve un día insoportable.

Era el segundo año de la era Keiō (1866). Cuando Makino y yo hablábamos sobre los meses venideros, era evidente que había decidido regresar a Chōshū apenas comenzara la guerra. Lo que no quedaba muy claro era cuándo sucedería esto. Mientras tanto, redobló sus esfuerzos para aprovechar al máximo el tiempo que le quedaba en Nagasaki.

Hacia el final del segundo mes, tuve un visitante que me trajo noticias de verdad. Era el artista, Eikaku, a quien había visto por última vez en Mitajiri antes de huir con Shinsai. Apareció en casa de los Yoshio en lo que parecía el primer día de la primavera. Soplaban una brisa suave del este y las flores del ciruelo comenzaban a abrirse, con sus pétalos aún frescos por la humedad del invierno.

Estaba encantada y escandalizada de verlo: encantada por el cariño que siempre había sentido por él, escandalizada y alarmada por todo lo que sabía sobre mí. Era completamente impredecible, no se sabía qué podía llegar a revelar. No quería recordar aquel episodio de mi vida. No quería recordar a Shinsai. Pero ver a Eikaku, enfundado en sus coloridas y extravagantes prendas manchadas de pintura, removi6 el dolor, que siempre estaba latente.

—¡Doctora! —me saludó, haciendo que mi cuñada apretara los labios—. ¿Qué te ha pasado? Tienes un aspecto terrible. ¿Has estado enferma?

Se quitó las sandalias y entró descalzo en la casa.

—No se cuida —le dijo a O-Kimi—. Supongo que ha estado trabajando demasiado. Se dedica demasiado a sus pacientes. Debe cuidarla; es un tesoro irremplazable. —Pasó bruscamente junto a O-Kimi, mientras decía—: Tráenos té, si eres tan amable. —Y se instaló sobre la estera con un fuerte suspiro que a mí me pareció un cohete furtivo—. Eso está mejor. ¡Qué viaje tan terrible! Cuanto antes tengamos el ferrocarril como un país civilizado, mejor; esa es mi

opinión. Pero ¿cómo ascenderán unas laderas tan empinadas? Supongo que los túneles son la solución para penetrar en el corazón de la montaña.

Lo interrumpí antes de que pudiera seguir explayándose sobre los problemas del ferrocarril.

—¿Por qué has venido? —Me senté a su lado. Había estado trabajando desde el amanecer y descansar por un momento y tomar una taza de té, pues O-Kimi había partido sumisamente a la cocina para traer agua caliente, me resultó muy agradable.

—¡La fotografía! —anunció Eikaku—. Es el arte del futuro y tengo que aprenderlo.

Conocía la palabra y había visto fotografías en casa del señor Glover. También había visto fotógrafos en Nagasaki, apuntando con sus aparatos de madera con forma de caja hacia las naves en el puerto, en un festival en algún templo o en una escena callejera, inmóviles durante un rato largo, con la cabeza y los hombros cubiertos por una tela negra. Algunas veces los muchachos les arrojaban piedras y las mujeres cruzaban al otro lado del camino para evitarlos. La gente creía que la fotografía robaba algo del alma y causaba enfermedades.

Pompe había impartido clases de fotografía durante su estancia en Nagasaki y sabía que se basaba en la química, como la medicina. Makino me había dicho que muchos médicos estaban interesados en la fotografía como forma de documentar los cuerpos y los síntomas de los pacientes.

Todo esto se me pasó por la cabeza mientras esperábamos a que regresara O-Kimi. Eikaku sacó una caja de tabaco y encendió una pipa con una astilla del brasero. Me moría de ganas de fumar y me pregunté si mi cuñada nos traería o no el té, por lo que fui a ver dónde estaba, recogiendo mi propia pipa por el camino.

Al verme, se abalanzó sobre mí.

—¿Llamo a tu hermano o a la policía?

—¿Para qué?

—El loco. Está loco, ¿no?

—Solo ligeramente. Y no siempre. Es cíclico. En este momento parece bastante cuerdo. Fue paciente mío en Shimonoseki.

Su expresión sugería que poco se podía esperar de Shimonoseki y de mí.

—Le invitaré a un té y luego me lo llevaré —dije.

—Pero ¿y tu trabajo? ¿Quién lo hará si te vas con el loco?

Mi hermano apareció al final del pasadizo donde estaba el lavamanos.

—¿Qué sucede? —Se acercó a nosotros, secándose las manos.

—Ha venido un lunático a visitar a O-Tsuru. Ya me gustó muy poco que viniera ese hombre sospechoso a casa, pero esto... ¡Francamente, qué maleducado!

—*Oniisan*, es bastante inofensivo. Es artista... y, además, muy famoso. Dice que quiere estudiar fotografía. ¿Adónde le digo que vaya?

Tetsuya, tras parpadear perplejo ante la diatriba de su esposa, pareció aliviado por poder responder a mi pregunta con datos concretos.

—Supongo que a ver a Ueno-san. No queda lejos, sobre el río Nakajima.

—Iré con él, si no os molesta.

—Supongo que podemos prescindir de ti durante un rato. Pero ¿estarás a salvo?

—Por supuesto que sí —repliqué tan bruscamente que comencé a toser. Mientras jadeaba para tomar aire, pensé que había muchas menos posibilidades de que Eikaku me hiciera daño que lo que suponía el penoso trabajo diario en el hogar de los Yoshio, que me estaba arruinando los pulmones, y al que mi hermano jamás se refería.

Llevé el agua caliente y el té yo misma, y con la pipa metida bajo el brazo regresé al salón que daba a la calle, en donde Eikaku se estaba frotando los pies.

—¿Sería mucho pedir que alguien me dé un masaje, doctora? Me duele todo.

—Tal vez podamos encontrarte a alguien —dije, recordando que el doctor Yoshio tenía varios masajistas ciegos a quienes les enviaba pacientes—. Ahora bebe un poco de té mientras fumo un poco y luego iremos a ver al señor Ueno.

—¡Ueno Hikoma! —exclamó Eikaku—. ¡Ese es el hombre!

—¿Has oído hablar de él?

—Oh, sí, es famoso. Incluso he leído algunos de sus escritos. —Hizo una pose y declamó—: «La técnica de la fotografía». ¿Recuerdas al fotógrafo de Maeda? Oh, no, eso fue durante el segundo ataque; no estabas allí. De

cualquier modo, es colega de Hikoma. Se llama Beato. Quise hablar con él, pero estábamos en plena guerra y no era el mejor momento.

—Pero ¿qué pasó con tus cuadros? —pregunté—. ¿Qué pasó con tus representaciones del infierno?

—Oh, la fotografía dará cuenta de un infierno mucho más vasto que cualquiera que pueda salir de mi imaginación —replicó, volviendo a llenar su pipa.

—Bueno, cuéntame las novedades —dije, y di una calada—. ¿Has venido directamente desde Shimonoseki?

—Primero fui a Dazaifu a presentar mis respetos a nuestros queridos amigos, el príncipe Sanjō y los demás. —Eikaku seguía admirando con entusiasmo a los nobles que habían sido forzados a abandonar Chōshū como parte del acuerdo después de la primera campaña del *bakufu*.

—Espero que estén todos bien.

—Tu paciente ha muerto, ¿lo sabías? Los otros cinco están juntos, una fuente de inspiración para todos nosotros. Para ser exiliados y prisioneros, siguen bastante bien. Están impacientes..., pero no tendrán que esperar mucho tiempo.

—No hables tan fuerte —dije, pues estaba segura de que mi cuñada estaría intentando escuchar nuestra conversación.

—Esto te lo diré en un susurro —replicó Eikaku—. Esto es solo para tus oídos. —Se inclinó hacia mí y dijo en voz muy baja—: Katsura ha firmado un acuerdo con Saigō Takamori en Kyōto. Satsuma no se aliará al *bakufu* ni atacará a Chōshū. Han formado una alianza contra el Tokugawa.

Volví a encender mi pipa. Así que había sucedido finalmente. Fuesen cuales fuesen sus debilidades personales, y a pesar de mi antipatía personal hacia él, no pude dejar de admirar a Katsura por este logro.

—Supongo que Sakamoto tuvo algo que ver en ello —dije en un susurro, como había hecho Eikaku.

—Creo que sí. Hubieran seguido hablando hasta estancarse, pero él les dio el empujón para que firmaran. Al día siguiente, el pobre hombre fue atacado en el Teradaya, en Fushimi.

—¡No estará muerto! —El susto me hizo hablar demasiado fuerte.

—Chist. —Eikaku levantó la mano—. No, resultó herido, pero no de

muerte. Por suerte, tenía una pistola. Takasugi Shinsaku se la había enviado. También le había enviado un abanico y un poema, pero fue la pistola lo que le salvó la vida. Y su amante, O-Ryō: subió las escaleras corriendo y lo previno. Qué dramático, ¿no? Miyoshi Shinzō estaba con él. Lo conoces, es amigo de Shiraishi. Por él me enteré de todo, por Shiraishi.

—¿Dónde está Sakamoto-san ahora?

—Saigō Takamori se lo llevó a toda prisa a Satsuma para que se recuperara. Se casó con O-Ryō y se la llevó con él.

—Igual que en una obra de teatro —comenté.

Eikaku dio varias caladas a su pipa y me miró con sagacidad.

—Supongo que tú no querrás hablar de tu propio drama —aventuró.

—Solo si sabes algo del otro actor —respondí tras pensármelo un momento.

—No he vuelto a verlo ni he oído a nadie que lo hiciera.

—Entonces no hablemos de ello —repliqué, aunque ver a Eikaku me había traído de vuelta todos los recuerdos de Shinsai.

—Vamos —dijo Eikaku—, vayamos a ver al señor Ueno. Espero que no sea demasiado lejos; tengo los pies terriblemente llagados.

Al salir de casa, creí ver a Hayashi Daisuke en la esquina. A pesar del aire cálido de primavera, se había calado el sombrero hasta las cejas y, para mi sorpresa, aunque estaba segura de que me había visto, se escabulló por un callejón para evitar cruzarse conmigo. Me sentí aliviada, pues no quería malgastar tiempo en una de sus interminables conversaciones, y no volví a pensar en ello. Estaba más preocupada por hablarle a Eikaku de una idea que había tenido mientras trabajaba con el mortero en la farmacia escuchando los diagnósticos del doctor Yoshio. Muchas de las enfermedades eran bastantes triviales y podían ser curadas con preparados medicinales de un tipo u otro..., pero ninguno de los pacientes sabía cuál elegir entre los muchos que había disponibles.

—Podríamos dibujar gráficos —le dije a Eikaku— indicando qué síntomas se corresponden con qué diagnóstico y el remedio correspondiente. Pero tendrían que estar ilustrados de tal modo que incluso las personas sin educación pudieran entenderlos. Las personas no comprenden lo que pasa dentro de su propio cuerpo. Se ven como parte del mundo de los *kami*, influidos por la magia negra o por la posesión espiritual. Mis gráficos los

liberarían de la superstición.

—La superstición no es algo tan malo —replicó Eikaku—. Y la magia y la posesión son perfectamente reales.

—Pero si las personas comprenden lo que sucede dentro de su cuerpo y los procesos que se dan, sabrán cómo tratar sus propias enfermedades.

—Parece muy racional y lógico, y por eso no me interesa ni lo más mínimo —dijo Eikaku, rechazando mi idea con un gesto de la mano.

—Podrías dibujar forúnculos y supuraciones —insistí—. Sarpullidos, lesiones, deformidades y todos los órganos internos en sus diferentes estadios.

—Tal vez podría sacar fotografías.

—Pero necesito color. El interior del cuerpo humano tiene un intenso colorido. Piensa en todos esos matices de rojo y de rosado. ¡Tú adoras esos colores!

—Es cierto que la fotografía solo se ve en blanco y negro —admitió Eikaku—. Pero el color no tardará en llegar..., ¿cómo podría ser de otra forma? Incluso ya muchas personas pintan las fotografías a mano después.

Recordé su tenacidad. Cuando se le metía una idea en la cabeza, no había manera de hacérsela cambiar.

—Bueno, quizá algún día —dije—. De todas formas, mientras esté aquí, no tengo tiempo para nada.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Eikaku—. No parece que te diviertas mucho.

—Estoy trabajando en casa del doctor Yoshio (es el suegro de Tetsuya) mientras mi esposo trabaja en el hospital occidental.

—¿Tienes algún paciente que tenga una locura interesante como yo?

—No tengo ningún paciente. Me limito a ayudar en la farmacia.

Eikaku no dijo nada durante un rato, mientras cruzábamos el puente de piedra frente a la gran escalinata de losas que conducía al santuario de Suwa.

—Con razón pareces tan cansada —dijo finalmente—. ¿Por qué lo haces?

No pude evitar enfadarme.

—Soy mujer. Es lo que hacen las mujeres. No tenemos vida propia. Nos limitamos a cuidar de los hombres. Como tu hermana, que está completamente dedicada a ti para que puedas pintar.

—Mi hermana ha muerto. —Se detuvo en seco y fijó la mirada en el río, en

dirección al puerto—. Murió hace algunas semanas. Es uno de los motivos por los que me fui. Me estaba deprimiendo. La casa está vacía.

—Lo siento —dije—. Era muy agradable.

—Sí, todo el mundo dice que era una buena mujer, demasiado buena para mí. —Asintió una o dos veces, con los labios apretados. Suspiró profundamente; luego retomó su enérgico paso.

—¿Por qué no te escapas? —preguntó—. Ya lo hiciste una vez.

—Aquello no salió bien —repliqué—. Mi esposo quería que volviera, y... es mi esposo. Su trabajo terminará siendo importante y útil. Él sirve al dominio y yo le sirvo a él.

—Todo es un desastre —dijo Eikaku, aunque con cierto tono alegre—. Da igual cómo lo mires, la vida humana es un desastre.

—Todos anhelamos un mundo nuevo. ¿Llegaremos a verlo? ¿Cambiarán las cosas?

Eikaku bufó con desdén. Ya habíamos llegado al río Nakajima y doblamos a la izquierda para seguirlo corriente arriba. El estudio de Ueno estaba sobre la ladera, alejado de la orilla del río que se había fortificado con muros de piedra. El río, crecido por las lluvias de invierno, corría raudo sobre las piedras, parloteando consigo mismo como si fuera un ser vivo. Ramas rotas, juncos arrancados y otros desechos estaban dispersos por la orilla, y algunas veces alcanzaban la parte superior del muro. El río olía a barro, a estiércol, y debajo de eso alcancé a percibir un hedor conocido, como el que impregnaba el hogar de los Yoshio: el señor Ueno estaba fabricando su propio amoniaco.

Nos recibió en la puerta del jardín un criado ataviado con una chaqueta corta y pantalones que nos pidió que esperáramos dentro, puesto que el maestro estaba sacando fotografías.

—¿Podremos observarlo? —preguntó Eikaku ansiosamente, y avanzamos en silencio hasta detenernos al lado de un pequeño arbusto de deutzia que nos ocultaba parcialmente. Delante de la casa, en el lado sur, una extraña habitación había sido construida sin techo y con una sola pared, pintada de blanco y con un panel de madera que recorría el perímetro a la altura de la cintura. El suelo estaba cubierto por un material que parecía una alfombra. Una mujer aguardaba pacientemente, apoyada en un pequeño cofre. Tenía el rostro empolvado y estaba de pie, inmóvil. Del otro lado había un fotógrafo con la cámara colocada sobre una tarima enfocando a la mujer. Nos quedamos

quietos. Yo contuve el aliento como si el más ligero movimiento fuera a arruinar el resultado.

Después de lo que pareció un tiempo muy largo, el fotógrafo salió de su tienda negra.

—Ya está —dijo—. Ya puedes moverte.

El criado corrió hacia delante y ayudó a la mujer a liberarse del collarín que le había estado manteniendo fijo el cuello. Dobló el cuello y los hombros con cuidado.

—Oh, estoy tensa —dijo. Luego nos vio y llamó a voces—: ¡Señor Ueno! ¡Tiene usted clientes!

El fotógrafo se volvió hacia nosotros. Era un hombre delgado con un rostro inteligente y animado.

—¿Han venido a sacarse una fotografía? Hace un día estupendo para ello... mientras el sol siga brillando. Tengo que trabajar fuera; el sol es la única luz lo suficientemente fuerte. Pero tendrán que esperar a que termine con esta fotografía.

—¿Podemos mirar? —preguntó Eikaku, pero el señor Ueno ya le había dado la espalda, y se apresuraba a entrar en la casa.

—Puede ser peligroso —dijo el criado—. El señor Ueno no permite que nadie lo observe... Algunos fotógrafos se han quemado o volado por los aires.

—Qué maravilla —murmuró Eikaku.

La mujer, que debía de ser la esposa de Ueno, preguntó si queríamos esperar dentro y la seguimos al interior de la casa. En el vestíbulo se guardaban varios objetos relacionados con la fotografía: soportes para el cuello y los brazos y sillas de estilo occidental. Nos hizo pasar a la sala de espera y nos sentamos sobre el tatami.

—¿Podríamos ver algunos trabajos del maestro? —preguntó Eikaku.

Dijo que traería algunas copias y salió del salón durante unos instantes.

—El método nuevo es tan bueno... —dijo al volver—. Se puede hacer varias copias. Pero hay que revelarlas mientras el colodión está húmedo, así que siempre hay que hacerlo a toda prisa. Con el método antiguo, el daguerrotipo, solo se podía hacer una copia.

—Como un cuadro —señaló Eikaku—. Pero eso es tan anticuado... En cambio, la fotografía es tan moderna...

—¿El señor es artista? —preguntó, observando su vestimenta manchada de pintura.

—Lo fui. Pero después de la fotografía, ¿volveré a pintar alguna vez?

Su mirada se tornó indecisa mientras empezaba a desenvolver las fotografías.

—Mi esposo no tiene alumnos —dijo—. Ya tenemos demasiados aprendices en la familia. Pero siempre está buscando clientes. Lo que sucede es que aún no hay mucho trabajo y los materiales son caros.

—Oh. —Eikaku se quedó un instante cabizbajo—. Pero ¡he venido desde Shimonoseki!

—¿En serio? —La señora Ueno intentó desviar la atención de Eikaku hacia las fotografías—. Me parece que este caballero es de Shimonoseki.

Tres hombres estaban sentados en el suelo con expresiones serias, mirando hacia abajo. Ahora que conocía el procedimiento era evidente que estaban intentando permanecer quietos. Eikaku los miró e hizo un mohín.

—¡Cielo santo! ¡Es Itō! —exclamó—. Doctora, tú lo conoces. Itō Kyūzō, del *honjin*.

Lo reconocí..., lo había visto a menudo en la posada de Shiraishi. Y conocía también al hombre que había en el centro del grupo. Era sin lugar a dudas Sakamoto Ryōma.

Eikaku, por supuesto, no lo conocía de vista y yo no quería mencionar su nombre. No podía quitar los ojos de la fotografía. Me sorprendió el parecido físico. Era casi como ver un fantasma.

La señora Ueno nos mostró las otras fotografías: una mujer con un traje de geisha, un marinero occidental, paisajes y escenas callejeras. Le dije a Eikaku que había caminado por esa calle, me había detenido en ese puente y había visitado aquel santuario. Me provocó una extraña excitación, como si estas imágenes sin color pudieran hacer más real mi existencia.

Luego vimos otro retrato de los tres hombres. Mis ojos se posaron en Takasugi, en el centro, con las manos —una de ellas con un abanico— apoyadas sobre los muslos, el anguloso rostro «más parecido al de un caballo que al de un jinete», los ojos entrecerrados. A su lado estaba Itō Shunsuke, con el aspecto ufano de siempre, y arrodillado al otro lado de Takasugi, un muchacho cuyo nombre desconocía.

—Me parece que estos hombres también son de Chōshū —dijo la señora

Ueno—, aunque no sabría decirles sus nombres. Bueno, de cualquier manera, casi todos usan nombres ficticios cuando están en Nagasaki.

Se marchó para buscar el té. Rápidamente volví a mirar la primera fotografía.

—Este es Sakamoto-san —le susurré a Eikaku.

—¿En serio? Qué joven tan guapo.

Los dos miramos la foto. No pude dejar de recordar la refriega en el Teradaya y las heridas que Sakamoto habría recibido, cómo habrían sido tratados, dónde estaría ahora y si se estaría recuperando.

—¡Vaya! —suspiró Eikaku—. Es un milagro.

—Y estos. También conozco a estos hombres. Este es Takasugi Shinsaku. Tiene una enfermedad no muy diferente de la tuya.

Eikaku miró detenidamente la fotografía.

—Me inclino ante ti, compañero de penurias —dijo—. ¿Y quién es este joven tan apuesto?

—Ese es Itō Shunsuke.

—Hummm. Tiene cara de mujeriego. Ambos la tienen.

—A los dos les gustan las mujeres.

La señora Ueno regresó con una bandeja con el té y le pregunté cuándo habían sacado la fotografía.

—Creo que hace un año. Se nota que el recubrimiento del suelo es bastante nuevo.

Había pasado un año. Takasugi e Itō tenían un año más, el muchacho se habría hecho hombre, pero en las fotografías seguían siendo los mismos. Volví a mirar las fotos, escrutando cada rostro. Se me ocurrió de pronto que Shinsai podía estar entre ellos. Ya no estaba segura de recordar su aspecto. Era angustiioso. Me di cuenta de que ver fotografías podía ser tanto un placer como una fuente de tristeza insoportable. Eran ciertamente como fantasmas.

Mientras estábamos bebiendo el té, la habitación se oscureció y de pronto oímos el sonido de la lluvia en el tejado. Se oyeron pasos rápidos y un estrépito a medida que los muebles del exterior se trasladaban rápidamente adentro.

El señor Ueno apareció en la puerta.

—Lo siento. No podemos trabajar con este tiempo. ¿Puede volver otro

día? Sería un placer sacarles una fotografía a usted y a su esposa.

—Oh, no es mi esposa —dijo Eikaku—. Y no queremos que nos saque una fotografía..., es decir, no tengo objeciones, pero desgraciadamente no tengo dinero. He venido desde Shimonoseki a pie para pedirle que me enseñe el arte de la fotografía.

—Me temo que eso es imposible. No tengo estudiantes a mi cargo y además usted es demasiado viejo.

—¿Demasiado viejo? —repitió Eikaku sorprendido.

—Sí, la fotografía es una profesión de jóvenes. Solo las mentes jóvenes pueden asimilar todo el conocimiento químico que se necesita y solo manos jóvenes tienen la destreza y la rapidez que hace falta. Mi esposa me ha dicho que usted es artista. Siga con su profesión, estimado señor, ese es el consejo que le doy. Ahora debo irme, tengo mucho trabajo que hacer. Pero, por favor, tómese un té antes de marcharse.

El señor Ueno era encantador, pero resultaba evidente que era difícil que cambiara de parecer. Eikaku bebió su té en silencio. Creí que había aceptado la situación, pero estaba planeando la próxima jugada. Cuando la lluvia cesó y nos fuimos, tras disculparnos con la señora Ueno, bajé los escalones hasta la ribera. Cuando me giré, no había rastro de Eikaku. Volví a subir corriendo las escaleras y me lo encontré en cuclillas justo al otro lado de la verja.

—¿Qué estás haciendo? Vamos, tenemos que marcharnos.

—Me quedaré aquí hasta que me acepte como discípulo —dijo con toda tranquilidad.

—No seas tonto. No te encuentras en un drama medieval. No es un maestro espiritual en un remoto refugio de montaña.

—Es un maestro; un genio.

—Tal vez. Pero es un hombre de negocios. Te ha explicado su postura. No puedes obligarlo a cambiar de parecer.

—Mi perseverancia y fortaleza conseguirán que me acepte —declaró Eikaku.

—¡Conseguirás que te den una paliza! —No tenía ni idea de qué hacer. Eikaku hizo oídos sordos a mis argumentos y era demasiado fuerte para obligarlo a marcharse, pero si lo dejaba allí, seguramente lo golpearían o incluso lo arrestarían.

Dio igual lo que le dijera, no cambió de opinión. Me pregunté si debía ir corriendo al hospital y pedirle a mi esposo que me ayudara. Pero la casa del doctor Yoshio estaba más cerca y, aunque temí su reacción, fui a buscar a Tetsuya.

Sin embargo, cuando llegué fue a mí a quien arrestaron. Me pasé el resto del día en la oficina del magistrado de Nagasaki, donde fui interrogada ampliamente por dos funcionarios que querían saber por qué estaba en Nagasaki, por qué había ido a casa del señor Glover, quiénes eran los hombres que me habían acompañado y, finalmente, quién era el artista que ahora estaba acampando en la entrada de la casa de Ueno Hikoma y se negaba a moverse de allí. Respondí con relativa sinceridad: hablé sobre los estudios de mi esposo, dije que necesitábamos los suministros médicos y habíamos ido a casa del señor Glover para discutir su importación y que le llevamos un regalo, un cuadro de mi padre. Los hombres, por lo que sabía, eran de Satsuma, y se habían ofrecido a presentarnos. En cuanto a Eikaku, desgraciadamente no estaba en sus cabales, pero tratado con dulzura y bien cuidado recuperaría la cordura.

Al principio, supuse que Eikaku había sido la causa de mis problemas, pero él no sabía nada de la noche en que fui a Ipponmatsu con Inoue, Itō y Sakamoto. Alguien más había estado observándome y había informado de cada uno de mis movimientos.

—Creo que Hayashi Daisuke es un informador —les dije a Makino y a Tetsuya cuando me pusieron en libertad bajo su responsabilidad aquella noche—. Durante todo este tiempo ha estado espiándonos.

—Has llamado la atención sobre tu persona —dijo mi hermano—. Mi esposa tenía razón: tendríamos que haber evitado que vieras a esos hombres indeseables.

—No los llamarás indeseables cuando se encuentren ejerciendo cargos en el próximo gobierno —señalé, irritada por su actitud condescendiente.

Miró a su alrededor nervioso, aunque ya nos habíamos alejado bastante del edificio de la magistratura.

—Eso es exactamente lo que no deberías decir. Has tenido suerte, pero me has hecho pasar una gran vergüenza. Mi esposa está muy enfadada y el doctor Yoshio está horrorizado. Dependemos de la buena voluntad de los funcionarios. No podemos correr el riesgo de irritarlos.

—Lo siento mucho —dije sumisa, y lo sentía de verdad, aunque no creyera que fuera culpa mía. Además, estaba consternada por haber decepcionado a Makino, asustada de que fuera expulsado por mi culpa, enfadada por la traición de Hayashi y, más que nada, preocupada por Eikaku.

Nos enteramos al día siguiente de que había sido apartado de la casa de Ueno y llevado a un asilo dirigido por unos conocidos del doctor Yoshio que estaban especializados en el cuidado de los débiles mentales. Le supliqué que me permitiera visitarlo, pero una de las condiciones para ponerme en libertad había sido enviarme a casa de mis padres, y hasta entonces debía permanecer sin salir de casa. Me sentí humillada, y más todavía cuando me enteré de que Makino me tendría que acompañar.

Tetsuya se burló de mí diciendo que me tendría que construir una celda interior, como a los samuráis que se hallaban bajo arresto domiciliario.

—Aunque me hubiera gustado que fueras a conocer el sanatorio del doctor Inuda —dijo—. Su tratamiento es muy eficaz. Los maníacos toman purgantes y permanecen en una habitación para excretar. Al cabo de un par de días, cuando se han vaciado del todo, se calman; entonces tienen acceso a un lugar más agradable.

¡Pobre Eikaku! Yo jamás había intentado aplicar un tratamiento como ese. Comprendí que podía ser eficaz, pero me parecía extremo.

—¿Y luego qué le sucederá? —pregunté.

—Me imagino que lo enviarán atado de vuelta a Shimonoseki.

Eso significaba que iría en una jaula de bambú para prisioneros. Era horroroso.

—Al menos a mí no me enviarán de vuelta en una jaula —le dije aquella noche a mi esposo—. Lamento que tengas que marcharte conmigo.

Estaba agotada y al borde de las lágrimas.

—No te preocupes —replicó—. Sabes que estaba preparado para marcharme en cualquier momento. Así podré regresar a Chōshū antes de que comience la guerra.

LA GUERRA DE LAS CUATRO FRONTERAS

HICIMOS el trayecto de regreso a Shimonoseki por tierra, pero cuando llegamos, en la mitad del cuarto mes, Takasugi había zarpado de Nagasaki en un barco de vapor que el señor Glover le había vendido con tripulación y todo. Accedió a pagar más de cuarenta mil *ryō* por él, sin el permiso del dominio, y lo llamó *Heiin-maru* por el año en que estábamos.

—Podrías haber viajado conmigo —nos dijo cuando nos encontramos en la posada de Shiraishi, pero ni siquiera sabíamos que estaba en Nagasaki. Estaba fuera de sí por la emoción de su hazaña y por la perspectiva de la guerra inminente. Su ardor no quedó empañado en lo más mínimo cuando se enteró de las malas noticias por Shiraishi: un ataque prematuro de algunos soldados impacientes del Segundo Kiheitai dirigido contra el puesto del *bakufu* en Kurashiki había sido castigado con la ejecución de casi cincuenta de los participantes; los burócratas del dominio no querían pagarle a Glover el barco de vapor; se decía que el número de soldados del ejército del *bakufu* era cuatro veces superior a las fuerzas de Chōshū.

Era extraño volver a ver a Takasugi en persona después de haber contemplado su fotografía a tantos kilómetros de distancia. No tenía buen aspecto: además de su estado maníaco, estaba convencida de que había algo más. Se quejaba del calor y verdaderamente parecía febril, pero no tenía sentido sugerir que descansara o siguiera algún tratamiento. Para lo único que estaba preparado en ese momento de su vida era para combatir.

—Espero que os quedéis conmigo, a bordo del barco o con el ejército —le dijo a Makino.

Makino se inclinó.

—Debo llevar a mi esposa a casa de sus padres y luego podré volver.

—¿No ayudarás a tu marido? —me preguntó Takasugi.

¡Qué ganas tenía de decir que sí! Zarparía a la guerra con Takasugi y Makino y el resto de aquellos hombres valerosos y esforzados. Miré a mi esposo. Si hubiera mostrado el menor indicio de querer que le acompañase, hubiera ido. Pero me di cuenta por su expresión de que no lo deseaba.

—Me han ordenado que regrese a casa. Supongo que tengo que obedecer. De todos modos, mi padre no se encuentra bien y él y mi madre me necesitan.

—Está bien, pero asegúrate de no deprimirte allí. Ya sabes que la guerra es la mejor cura para la depresión.

—Si ganáis —dijo Shiraishi.

—No podemos perder —replicó Takasugi.

Los suministros médicos prometidos por el señor Glover ya habían sido entregados al Kokuraya, y antes de marcharnos para Yuda, ayudé a mi esposo a revisarlos y clasificarlos. Chōshū estaba rodeado por el ejército del *bakufu* y combatiría en cuatro frentes, en lo que se vendría a llamar en el dominio la guerra de las Cuatro Fronteras.

* * *

Parecía que lo que mi padre había estado planeando todo este tiempo por fin iba a cumplirse. Trabajaría junto a él, y mi esposo se sumaría a nosotros al volver de la guerra. Yo había acariciado la esperanza de trabajar junto a los hombres de igual a igual. Me había visto involucrada en los tiempos turbulentos en que vivíamos, pero ahora había vuelto al punto de partida. Repasé mis errores y todo lo que había aprendido, y me pregunté si había adquirido un poco de sabiduría y de compasión.

Eran tiempos difíciles. Escaseaba la comida y los disturbios se intensificaron cuando se disparó el precio del arroz. Había mucho resentimiento contra el gobierno por las ejecuciones de los soldados del *shotai*, pero la angustia ante la perspectiva de la derrota era peor y nadie se atrevía a disentir. Las negociaciones para evitar la guerra se alargaron durante todo el año, pero las exigencias del *bakufu* eran demasiado abusivas, y

Chōshū no tuvo nunca verdaderamente intenciones de someterse; tan solo quería postergar el comienzo de la guerra y que el otro bando actuara como agresor.

En casa teníamos otros motivos de preocupación. Las dificultades respiratorias de mi padre habían aumentando. A menudo parecía más enfermo que sus pacientes. Él y yo sabíamos que tenía una insuficiencia cardíaca que no tenía cura, pero no lo comentábamos. Simplemente agradecía poder estar con él los que tal vez serían los últimos meses de su vida.

El *bakufu* proclamó un nuevo ultimátum; los días pasaron sin que Chōshū se sometiera. En el sexto mes finalmente lanzaron el ataque.

No nos llegaban muchas noticias en esa época, aunque yo intentaba deducir de cualquier indicio todas las conclusiones posibles. Todas las noches sacaba el antiguo abanico blanco y me llevaba las plumas a los labios intentando imaginar a mi esposo, a los heridos y cómo los estaría curando. Pero, a pesar de que la guerra estaba teniendo lugar en los alrededores de todo el dominio, se abrió un nuevo capítulo de mi vida, uno que no tenía nada que ver con batallas ni con los moribundos: mi hermana vino de Hagi y trajo a Michi.

La niña tenía cuatro años e inmediatamente nos dejó hechizados. Mi padre y yo nos maravillamos con el dominio que tenía del lenguaje y su capacidad de concentración.

—Es una mezcla de ti y de tu hermana mayor —dijo mi madre—. Tiene tu curiosidad y el carácter dulce de *Oneechan*.

—¿Piensas que yo no soy dulce? —pregunté—. ¿Así me agradecéis que haya vuelto a casa a cuidaros?

—¿Ves? —replicó mi madre—. Tu hermana jamás habría respondido así. —Pero sonrió al decirlo y supe que no la había ofendido. De hecho, mis bromas parecían levantarle el ánimo e intentaba todos los días estar de buen humor. Les contaba nuestras aventuras en Nagasaki, hablándoles de la casa de los Yoshio, la fosa de amoníaco y los altares de los animales, la fotografía y Ueno Hikoma, el señor Glover... Tuve que confesar que me obligaron a entregarle el cuadro de Chikuden como parte del intercambio por suministros médicos y miles de rifles.

La transacción dejó pensativo a mi padre durante un tiempo.

—En fin, si Katsura-san lo deseaba, no se lo podíamos negar.

—Son los sacrificios que hacemos por el nuevo mundo —dije, restándole

importancia.

Mi padre miraba a Michi, que jugaba en el suelo con unos animalitos de papel que mi madre le había buscado. Les hablaba suavemente, pero con seriedad, siguiendo las reglas del complicado juego que la niña había imaginado.

—¿Cómo será el mundo que le toque vivir? —murmuró él.

—Uno en donde irá a la universidad y será una doctora de verdad —dije—. Uno en donde las mujeres tendrán educación y libertad, igual que los hombres.

No era la única que pensaba así en aquellos emocionantes días. Todo el mundo tenía ideas nuevas con respecto al futuro, a cómo se renovarían el mundo. El viejo orden se estaba resquebrajando. Se había levantado la tapa de un caldero hirviente y todo lo que había dentro estaba saliendo a borbotones, chisporroteando y burbujeando. Nuestros sueños ya no podían ser reprimidos, y, para mí, Michi representaba el futuro.

Era una niña extrovertida que mostraba una gran serenidad. Mitsue dijo que no tendría problemas en adaptarse a su nueva vida. Le había estado hablando de ello durante muchas semanas, de que viviría con sus abuelos y que sus tíos serían sus nuevos padres. Le expliqué que su nuevo padre estaba de viaje, cuidando de los soldados en la guerra, pero que regresaría pronto a casa.

—¿Seré la única niña aquí? —preguntó.

—Sí, serás mi única niñita. Espero que no eches de menos a tus hermanos y a tu hermana. Te llevaremos a visitarlos, Hagi no está demasiado lejos. Y te enseñaré a escribir para que puedas enviarle cartas a tu madre.

—Pero ¿serás tú mi madre? —preguntó.

—Sí, tendrás dos madres, porque eres adorable.

Michi pareció aceptar sin problema la decisión que se había tomado, pero la noche antes de que Mitsue tuviera que regresar a casa, me entró un terrible temor. No tenía ni idea de cómo desempeñar el papel de madre. Parecía inadecuado separar a un niño de su propia familia, especialmente cuando era tan evidente que su madre la quería mucho. Incluso llegué a pensar que Mitsue era mejor persona que yo. Intenté expresar todo esto en palabras, pero mi hermana se negó a escucharme.

—Por favor, Tsu-chan, ya hemos tomado la decisión. Es lo correcto. Estoy

convencida de ello.

—Te echará tanto de menos... ¿Qué haré si está inquieta?

Mitsue guardó silencio un instante y luego dijo:

—Tendrá una vida mejor aquí. No debemos dejar que nuestros sentimientos se interpongan en esta decisión. Tú le darás la educación que jamás tendría en casa. Aprenderá a ser fuerte, a no dejarse doblegar, como tú. Y con el tiempo os amará a ti y a Makino-san tanto como a sus propios padres. Ni una palabra más. Te lo suplico.

Esa noche oí a Mitsue llorando, pero debió de derramar todas las lágrimas en ese momento, pues se marchó a la mañana siguiente con los ojos secos y una sonrisa alegre. El labio de Michi temblaba y los ojos se le llenaron de lágrimas, pero la distrajimos con una visita al gato y sus tres gatitos, mi madre sacó el tablero de serpientes y escaleras y otros viejos juguetes, y cuando se cansó de jugar, me vino a ayudar a cortar hierbas en el jardín.

Se pegó a mí de inmediato, y su confianza incuestionable me abrió el corazón. Comencé a quererla profundamente. Por primera vez comprendí lo que significaba amar a otro ser humano más que a uno mismo.

* * *

Todos los hombres que conocíamos se habían marchado a uno u otro frente, a Hiroshima, alrededor de la isla de Ōshima, al norte en Iwami o, del otro lado del estrecho, a Kokura. Hacía muy mal tiempo: el primer tifón del año arrasó el país de costa a costa trayendo fuertes lluvias. El viento asustaba a Michi y la niña no podía dormir, así que saqué el abanico y comencé a contarle historias. Al igual que hacía mi madre conmigo, le conté que el abanico era mágico y que se podía ver lo que estaba sucediendo en lugares lejanos.

—Allí está tu padre —dije—. Está sobre un barco con Takasugi-*dono*.

—¿Quién es Takasugi-*dono*?

—Un gran héroe, ¿lo ves? El barco es el *Heiin-maru*. Es solo una pequeña embarcación, pero ¡fíjate cómo vuela sobre las olas!

El pequeño *Heiin-maru* navegó de noche de Shimonoseki hacia la isla de Ōshima, invadida por fuerzas del *bakufu* con un enorme buque insignia, el

Fujiyama-maru. Atravesó la oscuridad hacia las naves de guerra iluminadas por las lámparas, disparó una andanada barriéndolo todo con sus cañones Armstrong y volvió a desaparecer regresando a Shimonoseki antes de que pudieran contraatacar y ni tan siquiera poner en marcha los motores.

No le hablé a Michi de las casas que ardían en Ōshima, de las mujeres y los niños muertos, de los *jizamurai* arrancándose las túnicas y haciéndose pasar por granjeros. Lo supimos después por boca de O-Kiyo.

—Les suplicaban a los granjeros que no los llamaran *danna-sama* —dijo indignada—. En el mejor de los casos son un hatajo de fanfarrones. Siempre pavoneándose, pero después, cuando aparece el enemigo, fingen no ser samuráis. ¡Una vergüenza!

Mi padre se rio. Ya no estaba en condiciones de ir al Hanamatsutei, pero le alegraba ver a O-Kiyo y escuchar las noticias.

—Al menos la isla ha vuelto a manos de Chōshū —dijo satisfecho.

O-Kiyo trajo una fotografía de un *kawaraban* que estaba circulando en Yamaguchi. La pelea parecía una batalla del periodo de los Estados Guerreros, cuando Mōri Motonari unió fuerzas con la flota pirata de Murakami. Todos la miramos fascinados y pensé en Eikaku, preguntándome dónde estaría, si seguiría confinado en el asilo de Nagasaki.

—Háblame sobre mi padre y la guerra —suplicaba Michi todas las noches, y con las noticias que traía O-Kiyo y el abanico mágico entretejía mis relatos.

Después estalló la guerra de Ōshima en el frente de Sekishū, donde Murata Zōroku, el exmédico de aldea, avanzó hasta Masuda, adueñándose de gran parte de Iwami. Luego vi el frente de Geishū, donde el contingente de Ii de Hikone fue dispersado y sus uniformes rojos arrancados y abandonados. Vi la flota de Chōshū navegando hacia Kokura, con el *Kigai-maru* entre sus naves.

—Mira, allí está Sakamoto Ryōma —le dije a Michi—, al mando del *Otchū-maru*. —Vi a cinco hombres en una pequeña embarcación atacar al poderoso *Fujiyama-maru*, valiéndose de la marea para ir y volver. Vi la estrategia de Takasugi repetida una y otra vez: el ataque relámpago, a menudo en dos frentes simultáneos, y luego la retirada, pero siempre logrando que cada nuevo ataque penetrara más y más en territorio enemigo. Vi a los soldados de Chōshū cruzando desfiladeros de montaña a medianoche —los años de entrenamiento finalmente daban sus frutos— para atacar al enemigo

desprevenido al amanecer.

Vi a los soldados del *bakufu* llevando el lastre de sus armaduras antiguas y peleando con fusiles inadecuados. Vi a sus comandantes engalanados con sus característicos *jinbaori*, lo que permitía a los tiradores de Chōshū identificarlos fácilmente. Los vi prender fuego a sus propios castillos en Hamada y en Kokura y salir huyendo.

—Aquí hay un miembro del consejo de Kokura que insiste en ver al comandante Ogasawara Nagamichi. Se abre paso a la fuerza para llegar a la sala, pero la halla vacía. El noble Ogasawara ha huido a Nagasaki. Se enteró de que el *shōgun*, Iemochi, el comandante general del ejército, ha muerto.

—Iemochi ha muerto —repite Michi.

NOMURA BŌTŌNI

Año 2 de la era Keiō (1866),

otoño, sesenta años

Los isleños traen comida todos los días ignorando las amenazas de los guardias, que son del continente y por tanto no saben nada. De vez en cuando, alguna de las abuelas se detiene en seco y los reprende preguntándoles si no tienen corazón y qué daño les puede hacer una anciana que es monja y poeta. Las abuelas tienen una resistencia descomunal para rezongar y regañar —toda su vida han estado gritando en vano contra el viento que nunca deja de soplar en Himejima—, y no les afecta nada detenerse y castigar los oídos de los soldados con un torrente de insultos.

Los guardias, jóvenes de Fukuoka, sienten vergüenza de las acusaciones de las abuelas, porque en su fuero interno están de acuerdo con ellas. La anciana parece inofensiva y todos ellos preferirían no estar allí vigilando su confinamiento. Ni siquiera saben qué delito ha cometido. Les han ordenado que la trajeran a Himejima, le construyeran una celda y la mantuvieran aquí, y eso es lo que harán. Pero ninguno quiere ser responsable de su muerte. El invierno ya les parece crudo a ellos, y la mujer es tres veces mayor. Así que tratan de mirar para otro lado cuando aparecen los aldeanos dos o tres veces al día trayendo cuencos de sopa caliente o té, gachas de mijo o pescado a la parrilla que pasan entre los barrotes a la poeta.

Bōtōni solo entiende una palabra de cada tres: el dialecto es oscuro y la

anciana está desdentada, pero agradece que la defiendan y aún más la comida que le traen y las prendas de abrigo. No habría sobrevivido al invierno sin su ayuda. La casucha donde está recluida es diminuta y está completamente a merced de los gélidos vientos huracanados.

También intercambian algunas palabras valiosas. Bōtōni les asegura que está bien; es un milagro que siga gozando de una relativamente buena salud, aunque la falta de ejercicio y la humedad le han provocado una dolorosa hinchazón en las rodillas y en las manos: apenas se puede levantar y no podría coger una aguja entre los dedos en este momento si se lo permitieran. Los aldeanos le cuentan las recientes novedades: una ballena varada en una playa cercana, un bebé recién nacido, un pescador perdido entre las rocas.

Además de corrientes de aire, las grietas de las paredes permiten la entrada de la luz de la luna y de la fragancia de la flor de ciruelo. A menudo se le ocurren ideas para sus poemas, pero rara vez le permiten usar pincel y tinta. Escasea el papel en la isla y no quiere utilizar su precioso fajo de cartas. A veces coge un pedazo de carbón o escribe con una ramita sobre el suelo de tierra, y una vez se arañó el dedo y empleó su propia sangre, pero, por regla general, escribe los poemas en su cabeza. No cesan de venir; crujen dentro de su mente como los ratones sobre el tejado de paja. Cuando el frío la mantiene despierta durante toda la noche, intenta oír a los ratones y los poemas, y ambos le ayudan a sentirse menos sola.

No se compadece de sí misma ni se queja de su exilio. De hecho, está orgullosa de estar aquí, aunque le sorprende que alguien piense que es una peligrosa delincuente. Lo único que lamenta es no haber podido hacer más por la causa del emperador, a quien venera. Después de todo, lo único que hizo fue mantener correspondencia con algunos jóvenes —Saigō, Shinsaku y el pobre Hirano, que fue ejecutado en Kyōto tras el levantamiento sofocado de Ikuno— y ofrecerles refugio cuando no tenían adónde ir. Es cierto que ha escuchado sus revolucionarias propuestas políticas, a las cuales se adhiere por completo, pero también ha escrito poemas y rezado con ellos, entretenimientos verdaderamente inofensivos.

Sin embargo, Fukuoka, al igual que muchos dominios, ha tenido sus propios conflictos internos a pequeña escala. Su gobierno conservador ha visto el cambio de gobierno en Chōshū provocado por el *shotai*, una milicia altamente irregular compuesta por soldados de diferentes clases sociales, y ha

decidido eliminar a todo disidente, demostrando así su apoyo al *bakufu* en la segunda campaña contra Chōshū. Los dominios del norte de Kyūshū han estado observando nerviosos a su poderoso vecino del otro lado del estrecho. La guerra ha estado a punto de estallar durante los últimos doce meses. Nadie quiere terminar perdiendo, pero pocos tienen dudas respecto al resultado. El ejército del *bakufu* cuenta con ciento cincuenta mil soldados. Chōshū, con apenas diez mil hombres, está prácticamente rodeado y tendrá que defenderse en cuatro frentes. Todo el mundo está esperando que Chōshū aprenda una lección bien merecida y que todo regrese a la normalidad.

Los guardias odian Chōshū y les gustaría tomar parte de su humillación. A los aldeanos les da lo mismo. Sienten más o menos la misma aversión por Fukuoka que por Chōshū, y apenas saben de la existencia del emperador. Lo único que saben es que una anciana no debería estar en la cárcel, y continúan velando por Bōtōni lo mejor que pueden.

Por ello, todo el mundo se siente aliviado cuando llega un barco a finales del verano que enarbola la divisa de Fukuoka y lleva a un pequeño grupo de hombres con órdenes de que Bōtōni les sea entregada. Tal vez los guardias no se fijan demasiado en la bandera ni examinan los documentos con todo el rigor que deberían, pero aunque se hubieran enfrentado a esos hombres, no tenían ninguna posibilidad de vencerlos, ya que están equipados con armas modernas. Enseguida comienzan a pavonearse con arrogancia, como si acabaran de obtener una gran victoria.

Al principio, esta actitud victoriosa hace temblar a Bōtōni, pues no tiene por qué sospechar que no vienen de Fukuoka, lo cual solo puede significar que Chōshū ha sido derrotado y que ella será llevada de vuelta al continente para ser ajusticiada. Cuando la puerta se abre y la sacan al exterior, el brillo del sol la ciega y apenas puede caminar. La celda se le aparece de pronto como un refugio y los aldeanos, que la rodean gimiendo, seres muy apreciados. Incluso los guardias le provocan un estremecimiento...: no quiere despedirse de ellos.

Solo cuando están en el barco y han soltado amarras y levantado el ancla, el líder se vuelve hacia la anciana con una amplia sonrisa y se dirige a ella con el término propio de Chōshū —*boku*, tu siervo—, que usa también Shinsaku. Ella se da cuenta de que ha sido rescatada. Las victorias alcanzadas en la guerra de las Cuatro Fronteras no han impedido a Shinsaku acordarse de ella. Cae de rodillas, sollozando emocionada, dándoles las gracias a los

soldados, a Shinsaku y a los dioses. Los hombres le cuentan las novedades mientras izan el estandarte de Chōshū, le dicen que Chōshū ha salido victorioso en todos los frentes, que el ejército del *bakufu* ha sido derrotado, y ha resultado que la guerra ha terminado porque el *shōgun*, Iemochi, ha muerto.

Los soldados la cuidan como si fuera su propia abuela adorada. Le preparan un camarote y le ruegan que descanse, pero ella no quiere alejarse de la cubierta. Impulsado a toda velocidad por el viento del suroeste, con las velas extendidas, el barco avanza en línea recta hacia Shimonoseki. Bōtōni mira hacia el noreste, donde está naciendo un nuevo Japón.

MI PADRE

CON la muerte de Iemochi en Ōsaka, la guerra tocó a su fin. En el noveno mes, Katsu Kaishū negoció la paz. Makino volvió a casa un día cálido el décimo mes, bien entrado el otoño. Los caquis brillaban con su color naranja sobre los árboles sin hojas. Era el único fruto que podíamos obtener: los albaricoques y los melocotones se habían perdido con los tifones, ya que el viento había arrancado la fruta de las ramas. Michi estaba cortando las últimas hierbas frescas en el jardín. Hachirō le había fabricado una pequeña cesta de bambú y diminutas muñecas con farolillos chinos. Apoyó cada hoja en su sitio con cuidado, alrededor de las muñecas, mientras hablaba todo el tiempo en voz baja. Llevaba un kimono azul forrado, atado con una faja roja. Sus pequeños pies estaban enfundados en *tabi* y *geta*. Makino la siguió con los ojos mientras hablábamos. Había caído bajo su hechizo tan completamente como el resto de nosotros.

—¿Y ahora qué? —pregunté. El país parecía haber alcanzado una nueva tregua. Chōshū había vencido al ejército del Tokugawa de manera decisiva en los cuatro frentes. Tenían mejores armas y la moral mucho más alta. Las estrategias de Murata y Takasugi de atacar y replegarse habían sido brutalmente eficaces, pero el *bakufu* contribuyó a su propia derrota por su resistencia a cooperar, la ausencia de un verdadero espíritu guerrero y sus frecuentes decisiones de abandonar el campo de batalla y de huir de vuelta a casa. La muerte de Iemochi fue la excusa para poner fin a las hostilidades hasta que Keiki asumiera el cargo como nuevo *shōgun*. Mientras tanto, todo estaba en suspenso.

—Parece que Satsuma está decidido a pelear contra Keiki —replicó Makino—. Evitó unirse a la campaña contra Chōshū; tenían órdenes de atacar

Hagi, pero se mantuvieron fieles a la alianza entre Saigō y Katsura y se negaron a enviar tropas. Ahora Chōshū ha ganado un prestigio enorme y Satsuma también quiere demostrar su valía. Vi a Inoue en Shimonoseki y dice que Keiki está buscando reforzar las tropas y adquirir armas con ayuda de los franceses para restaurar a los Tokugawa.

—Supongo que habrá que detenerlo, y entonces habrá más combates.

—Casi seguro. Aunque Keiki se rinda, Aizu y otros aliados de los Tokugawa jamás lo harán.

—¿E irás a ayudarles?

—No puedo abandonar ahora a los muchachos. Nos falta tanto personal médico en el campo de batalla... En el frente de Aki no podían dar abasto con las víctimas y, cuando nos retiramos de Kokura, tuvimos que enterrar allí a los muertos. —Guardó silencio, volviendo a revivirlo todo—. Todos esos rifles causan heridas terribles. Si los tuviera únicamente uno de los bandos, alcanzaría la victoria rápidamente y apenas habría bajas. Pero cuando ambos bandos están armados de la misma forma, entonces ninguno tiene ventaja: la batalla se alarga con muchos más muertos y heridos.

* * *

Al finalizar el año, Keiki se convirtió en el decimoquinto y último *shōgun* Tokugawa, y el día 25 del duodécimo mes murió el emperador Kōmei, aparentemente de viruela, aunque corrían rumores de que había sido envenenado. No podía haber hostilidades durante el periodo de duelo, pero no por ello cesó el malestar en el país. El Año Nuevo fue testigo de otra subida increíble en el precio del arroz —el mal tiempo y la guerra habían arruinado la cosecha— y hubo motines y destrucción de propiedades y bienes.

Nos enteramos de estos acontecimientos, pero era como si ocurrieran en un país lejano. Dos días después del Año Nuevo mi padre dijo:

—No me encuentro muy bien. —Tenía el rostro pálido y estaba sudando, aunque hacía mucho frío. Mi madre extendió el futón para que se pudiera acostar. Le dio las gracias, y esas fueron sus últimas palabras. Antes de que pudiera arrodillarme a su lado para tomarle el pulso, ya había muerto.

Tenía alrededor de cincuenta años. Su vida había sido admirable. Ayudó a mucha gente, alivió su sufrimiento, salvó sus vidas. Dejó hijos, nietos y un

buen número de amigos. Pero nada de ello me consolaba. No podía creer que se hubiera marchado de verdad. Lo veía en todos lados, en el jardín, arrodillado en su sala de consulta, bajo el Árbol de las Apuestas al lado del portón. Me desperté una noche oyendo su voz. Pensaba en él todo el tiempo, con profunda nostalgia y remordimiento. A él se lo debía todo. No solo me había dado la vida, me había enseñado casi todo lo que sabía. Me permitió entregarme a mi pasión por el aprendizaje, me dejó trabajar a su lado, me permitió elegir a mi propio esposo. Sentí que había abusado de su paciencia y de su afecto. Cómo me alegraba de que jamás se hubiera enterado de mi verdadera relación con Shinsai. Si no hubiera sido por Michi, creo que hubiera vuelto a caer en el mismo estado del primer año de Genji, tres años antes, cuando casi me quedo ciega de tanto llorar.

Fue la primera experiencia que tuvo Michi con la muerte; llegó a amar a su abuelo y lloró con mi madre y conmigo. Pero, pensando en la niña, ambas intentamos disimular nuestro dolor, enseñarle que la muerte no es más que la otra cara de la vida.

Los amigos de mi padre y sus colegas vinieron a su entierro y celebraron que hubiera compartido su vida con nosotros con abundantes copas de sake, y con lágrimas y risas. Pero la presencia de tantas personas nos hizo recordar aún más dolorosamente a todos aquellos que ya no estaban: mi padre, el noble Sufu y, por supuesto, mi tío.

Mi madre también debió de pensar lo mismo que yo, ya que, al poco tiempo, justo antes de la ceremonia por el día cuadragésimo noveno después de la muerte de mi padre, me dijo:

—¿Crees que deberíamos celebrar los funerales de Shinsai?

Nadie había hablado de él desde hacía mucho tiempo. Hasta mi padre había dejado de mencionar su nombre en los meses previos a su muerte.

—No lo sé —dije confundida—. No, no lo creo. Tal vez no esté muerto. No sé. —No soportaba la idea de un funeral. Me entregué al llanto buscando algún tipo de consuelo, y mi madre también, por lo que no volvimos a hablar de ello.

A medida que pasaban las semanas, hubo que tomar muchas decisiones. Se esperaba que Makino y yo releváramos a mi padre en su práctica médica, pero él debía regresar al ejército si volvían a estallar nuevas hostilidades, y yo no estaba segura de poder dirigir el consultorio sola. Mi padre no había aceptado

nuevos discípulos desde que su salud empezó a deteriorarse, y había demasiados pacientes para que yo pudiera atenderlos sin ayuda. Me pregunté cuántos pacientes seguirían viniendo si no había, al menos en apariencia, un médico varón al frente. No era un buen momento para marcharnos, pero mi madre expresó sus deseos de emprender otro peregrinaje: deseaba ir a Ise antes de morir y deseaba que yo la acompañara.

TAKASUGI SHINSAKU

Año 3 de la era Keiō (1867),

veintiocho años

Shinsaku se está muriendo. Está tardando mucho tiempo y está completamente agotado por la lenta e inexorable marcha de la enfermedad que lo está matando. Ha sobrevivido al invierno y esperaba que la primavera lo aliviara, pero ahora acepta que no se recuperará. Durante algunas semanas ha sido incapaz de leer y de escribir. Apenas puede hablar con los amigos que lo vienen a ver, ni siquiera quiere verlos. No es que esté deprimido..., aunque lo ha estado, y profundamente; solo quiere que todo acabe de una vez.

Ha sido trasladado de nuevo desde la casita a la que puso el nombre de Tōgyōan hasta un lugar que pertenece a uno de los comerciantes de Shimonoseki, fiel partidario del *shotai*. A finales del verano anterior, cuando Chōshū derrotó al *bakufu* y el *shōgun* Iemochi murió, Shinsaku tuvo que retirarse de la campaña naval porque la enfermedad comenzó a empeorar de repente. Venía sospechando desde hacía algún tiempo que no se encontraba bien —la tos, el abatimiento, el sudor nocturno—, pero el repentino chorro de sangre que inundó su garganta y salió a borbotones por los labios impidió que siguiera ocultándolo, a sí mismo y a los demás. Cuando regresó de Shimonoseki, los médicos confirmaron que tenía tisis.

Al principio hablaban de una cura y lo convencieron para seguir sus dietas. Las semanas pasaron de forma bastante agradable; la casa estaba

situada muy cerca del jardín donde estaban enterrados los *shotai* que habían muerto en combate y donde se encontraba la última morada de Yoshida Shōin. A Shinsaku le gustaba visitarlo junto con O-Uno, ofrecer su agradecimiento a los muertos por su sacrificio y beber sake ante sus tumbas. A ella le hizo prometer que también haría lo mismo delante de su tumba, y que traería geishas y músicos, y cantarían y bailarían. Su intención era levantarle el ánimo, pero lo único que había conseguido era que llorara aún más desconsoladamente.

Muchos de sus amigos acudieron a visitarlo; Monta, Shunsuke, los tres intrépidos jóvenes reunidos una vez más. Las fiestas volvieron a ser las mismas de antes, excepto por un aspecto del que nadie hablaba: su muerte inminente. Bebió más que nunca; el alcohol le despejaba el pecho y aliviaba la tos, aunque también le provocaba dolor de cabeza y le aflojaba el vientre. Ahora apenas bebe.

Siempre tiene a dos mujeres a su lado. Sabe que una de ellas es su esposa y la otra su amante, pero a veces no las distingue. Parecen haber alcanzado un acuerdo tácito para no encontrarse cara a cara ni hablar entre sí, pero por lo demás cooperan. Una cambia las sábanas, la otra lava y orea los futones al sol. Una se va para descansar; la otra llega silenciosamente y ocupa su lugar.

Además hay otra mujer, la poeta. Hasta hace unas semanas, seguían escribiendo poemas juntos, pero ahora está demasiado cansado. Su presencia tranquiliza la casa: actúa de mediadora entre Masa y O-Uno, transmite mensajes entre las dos; en otros momentos, reza y ayuna para que se recupere y para que logren vencer al *bakufu*.

No cree que él pueda vivir para verlo. Duda de que siga vivo para el próximo festival de los niños; en la casa se pondrán toldos con banderas que ondearán para honrar al hijo de Shinsaku, pero este no las verá.

Las dos mujeres tienen derechos sobre él a los que no renunciarán. Masa es la madre de su hijo, vive con los padres de Shinsaku y estos la tienen en gran estima. Pero O-Uno ha compartido su vida de otra manera; ha visto no solo al poeta, sino también al creador del *shotai*, al estratega audaz que derrocó al gobierno conservador y hundió las naves del *bakufu*. Lo acompañó al exilio, lo ama. Es ella quien trae ramas de flores a su habitación de enfermo, la primera flor de ciruelo, su favorita, y esta semana ha colocado flores tempranas de cerezo. Espera que tenga tiempo para ver los iris.

Pero no son las mujeres las que lo desvelan cuando navega entre el sueño y la vigilia. Apenas les dirige una rápida mirada, principalmente cuando entran a lavar lo o a darle de comer. No se puede recostar, no sea que la sangre lo ahogue: se sienta apoyado en colchas y cojines. Esta semana el ruiseñor comenzó a cantar, y su cántico imperioso lo llena de melancolía; ya no volverá a ver otra primavera. ¿No han pasado más que tres años y medio desde que el noble Mōri le ordenó que estableciera el *shotai*, solo dos desde que cabalgó en mitad de la nieve hasta Kōzanji y convocó al príncipe Sanjō para que fuera testigo del espíritu guerrero de los hijos de Chōshū? Recuerda las copas de sake que el príncipe sacó inmediatamente, como si estuvieran todos participando en un drama medieval: el brindis de despedida para los guerreros leales que se marchaban a la batalla.

Sin embargo, las campañas que dirigió no han sido precisamente medievales. Han tenido su propio sello, el que se vio obligado a inventar, siempre combatiendo en condiciones sumamente desfavorables; en ocasiones, el número de enemigos ha sido veinte veces superior al de sus soldados, por lo que tuvo que perfeccionar el ataque sorpresa y la retirada igualmente rápida.

Ahora, medio soñando, se ve sobre la cubierta del *Heiin-maru*, hace menos de un año. Le gustaba ese barco, ¡qué rápido y manejable era! Qué momento sublime darse cuenta de que funcionaba la estrategia que se había imaginado, con ella la flota del *bakufu* había caído presa de la confusión y del pánico por el ataque nocturno. Supo instintivamente que la cantidad de tiempo que el *bakufu* había tardado en hacer sus preparativos lo había transformado en una fuerza lenta y rígida. No podía mover un enorme ejército terrestre con rapidez, ni siquiera controlar la mitad de él. No sabía nada de batallas navales. Estas intuiciones fueron la fuente de su inspiración: fue como concebir un poema, sacar algo de la nada, algo que jamás había existido, y transformarlo en palabras y acciones que jamás serían olvidadas.

La debilidad extrema le impidió ponerse la armadura en la última misión, pero por una cuestión de honor permaneció tendido con su ropa de cama sobre la cubierta, porque apenas se podía levantar, bebiendo para aplacar la tos y la fiebre, jactándose de que el enemigo era un ladrón furtivo que no merecía piedad. Los hombres lo vitorearon y se animaron con su languidez. Solo tras la victoria advirtieron que estaba a punto de desfallecer, y luego vino el chorro

de sangre que no pudo disimular.

Ahora está a punto de develarse el final de la partida y se la perderá. Jamás sabrá cómo termina todo, a menos que su espíritu lo pueda ver desde el otro mundo. Le han hablado del acuerdo entre Satsuma y Chōshū; eso significa que la caída del *bakufu* es inevitable. ¿Y luego? No tiene ni idea de lo que sucederá después. Alguien lo acusó alguna vez de pensar demasiado en el después. ¿Quién fue? Ah, sí, Kijima, aquella noche en Ōsaka.

Piensa por un momento en Kijima, derribado por un disparo en Kyōto, en la Puerta Prohibida. Y en Genzui, que murió ese mismo día. ¡Qué breve será el tiempo entre la muerte de Genzui y la suya! Por un instante siente envidia de todos aquellos que sobrevivirán: Katsura, Inoue e Itō, Saigō Takamori de Satsuma, Ōkubo Toshimichi.

Sonríe al recordarlos. Son un grupo insólito —Kogorō, el fugitivo; la pareja incorregible, Monta y Shunsuke; el frívolo Saigō, con su amor por la comida y las mujeres fornidas—. ¿Conseguirán realmente derrocar al Tokugawa, restaurar al emperador y construir un nuevo Japón?

Sonríe al cerrar los ojos.

El fin es menos tranquilo, ya que su cuerpo lucha hasta el final. Muchas veces los que están a su lado creen que ha dado su último suspiro, y luego sus pulmones hacen un desesperado esfuerzo por volver a respirar, profundos jadeos irregulares que lo obligan a abrir los ojos. No los ve, sino que contempla otro mundo. Finalmente, un ataque de tos lo sacude, una expectoración de sangre y, en medio de la hemorragia, su corazón se detiene.

«EE J A N A I K A»

EN el cuarto mes llegaron noticias de la muerte de Takasugi Shinsaku. Había fallecido rodeado por sus amigos y las mujeres que lo amaron: su esposa Masa, O-Uno y la poeta Nomura Bōtōni, y había sido enterrado en Shimizuyama, el lugar de descanso de los primeros señores del clan Mōri y de muchos miembros del Kiheitai. Makino fue al funeral y, cuando regresó, me contó que el cementerio estaba repleto de iris púrpuras y blancas. Después de la flor del ciruelo, era la favorita de Takasugi. Sus últimas palabras habían sido para exhortar a sus compañeros: «Actuar mientras podáis, antes de que caiga la oscuridad, actuad...».

Su apodo había sido Trueno, Relámpago, Viento, Lluvia. Su audacia arrancó a Chōshū de la desesperación y de la derrota, por lo que su muerte antes de la victoria final fue cruel. Habían pasado diez años desde que lo vi por vez primera en la boda de mi hermana, cuando lo oí cantar. Lloré amargamente su desaparición.

Comenzaron las lluvias, y un velo de niebla envolvió las colinas. Los árboles y los aleros goteaban constantemente y todo se cubrió de moho. Makino estaba inquieto, irritable con los pacientes y conmigo. La muerte de Takasugi intensificó su impaciencia. La guerra comenzaría sin él: sus colegas avanzarían al frente, recibirían las promociones que él se merecía, le aventajarían en habilidades y en técnica. Echaba de menos su vida como médico de campaña y a sus compañeros de batalla en el Kiheitai. Yo quería que fuera, pero había prometido a mi madre acompañarla a Ise cuando pasaran las lluvias, y uno de los dos debía quedarse para atender la consulta.

Al sexto mes seguía lloviendo. Entonces alguien llamó a la puerta. Pensé que sería un paciente y salí a toda prisa. Dos figuras ocultas por capas de paja

para la lluvia y sombreros de ala ancha estaban bajo el Árbol de las Apuestas. Reconocí al más bajo enseguida: era Eikaku. Había perdido mucho peso y tenía un aspecto abatido; como su compañero, estaba completamente empapado. No hacía frío a pesar de la lluvia, pero temblaba.

—¡Eikaku-san —grité—, pasa!

—Doctora —replicó—, lamento molestarte, pero no tengo otro lugar adonde ir.

Rápidamente los invité a entrar en casa, al tiempo que llamaba a Hachirō y a O-Kane para que llevaran a Eikaku a los baños y le consiguieran ropa seca. El otro hombre se quitó la capa de paja y la colgó con la de Eikaku bajo el alero. Le entregué una toalla para que se secara el rostro y las manos.

—Me envía su hermano —dijo a modo de disculpa—. Imai-san fue dado de alta del asilo de Inuda, y el doctor Itasaki quería privarlo de la humillación de ser trasladado en una jaula. El doctor Inuda pensó que sería contraproducente para él. He sido estudiante del doctor Yoshio durante varios años y me ofrecí para acompañar a Imai. Él quería venir aquí. Su hermano pensó que podría ocuparse de él durante un tiempo.

—Entiendo —dije. Por supuesto, no podía rechazar a Eikaku..., pero ¿qué pensarían mi esposo y mi madre? El rostro del joven me resultaba conocido, pero el doctor Yoshio tenía muchos discípulos y no estaba segura de recordarlo.

—Mi nombre es Kitaoka Jundō —añadió—. Soy originario de Isa.

Isa, el famoso pueblo médico que Shinsai y yo habíamos adoptado como propio.

—Tengo entendido que es usted una experta farmacéutica —dijo—. La vi en Nagasaki. Pensé que... Tetsuya-san sugirió, es decir, no sé qué le parecería tener con usted un estudiante durante una temporada. La cuestión es que hace tiempo que quiero regresar a Chōshū.

—Tendría que discutirlo con mi esposo —dije—. Alojarse a dos personas más en la casa supondría una carga excesiva para la economía doméstica.

—Por supuesto —dijo Kitaoka—, pero es con usted con quien quiero aprender.

Era algunos años menor que yo, delgado y poco atractivo, pero al decirlo sonrió tímidamente y al fin lo reconocí. A lo largo de mi vida he conocido a ciertas personas con las cuales he sentido que había una especie de vínculo.

La gente dice que viene de una vida pasada, y tal vez sea así. Hubo una conexión inmediata entre Kitaoka y yo, no de naturaleza sexual, sino más parecida al afecto entre un maestro y su alumno, una tía y su sobrino. Pensé en Nomura Bōtōni y en Takasugi, en su intensa amistad espiritual. A esas alturas, todo el mundo conocía la historia de que Takasugi había enviado un barco para rescatar a la anciana poeta cuando estaba en el exilio en una isla remota, y todos conocíamos el poema que le escribió cuando estaba en su lecho de muerte:

Vivir una vida poco interesante
de modo interesante
depende de la mente de cada uno,
¡qué interesante!

Kitaoka no llegó a hacer nada tan dramático, pero su llegada me rescató de todos modos. Su ayuda en el dispensario y con los pacientes suponía que me podía ir a Ise y que Makino tenía libertad para marcharse cuando quisiera.

Makino llegó rápidamente a la misma conclusión y aceptó a Kitaoka de buen grado. Se mostró menos entusiasmado con Eikaku. Pero, para mi sorpresa, mi madre rápidamente se encariñó con el artista. Estaba acostumbrada a cuidar de mi padre, y Eikaku llenaba el vacío de cuidar de un hombre. Compartían el amor por la ficción popular y el drama y le gustaba escucharla leer en voz alta. Incluso llegó a sacar su ejemplar de *Un país Genji*, y volvimos a oír de nuevo las aventuras del apuesto Mitsuiji, al tiempo que yo reflexionaba sobre el hecho de que los jóvenes que yo conocía — Monta, Itō, Katsura, Genzui, Takasugi— tenían todas vidas reales que no le iban a la zaga en cuanto a dramatismo. Genzui y Takasugi ya no estaban con nosotros, pero ¿quién sabía lo que aún aguardaba a Monta y al resto?

Eikaku accedió a las exigencias de mi madre en cuanto a cortarse el pelo, afeitarse, llevar ropa limpia y sentarse a comer a intervalos regulares, y comenzó a tener un aspecto más civilizado. Ya no parecía sobreexcitado ni deprimido. El tratamiento del doctor Inuda parecía haber ejercido un poderoso efecto sobre él. No mencionó la fotografía y no manifestó ningún deseo de pintar. Me pregunté si no era un precio demasiado alto por recuperar la cordura.

Tan pronto como se enteró del viaje que teníamos planeado, Eikaku quiso acompañarnos. Tenía muchas razones: dar gracias por su recuperación, ver las pinturas y las tallas en los grandes templos de Nara y Kyōto y realizar una peregrinación a Ise.

—Antes de morir —me dijo con su nuevo tono tranquilo de voz.

—No vas a morir —lo reprendí—. ¡Aún no eres viejo!

—Tengo cuarenta y cinco años —replicó Eikaku.

Nos pareció una buena idea llevarlo: no confiaba en que mi esposo fuera lo suficientemente paciente con él en mi ausencia; un hombre, aunque no estuviera del todo cuerdo, sería un buen compañero, y Eikaku, por lo que sabía de anteriores ocasiones, era un compañero de viaje interesante y estimulante. Y tal vez entrar en contacto con grandes obras de arte y visitar los templos sagrados lo inspiraran para pintar otra vez.

Makino accedió a regañadientes. Todavía nos teníamos que acostumbrar a la idea de que él era el jefe de la familia y en teoría debía ser consultado con respecto a todas las decisiones. Ahora que tenía la ayuda de Kitaoka, no me preocupaba por él. Me inquietaba más dejar a Michi. Pensé en llevarla con nosotros, pero parecía insensato someterla a los peligros de un viaje. Nos despidió con suficiente tranquilidad, consolada por la promesa de que traeríamos regalos de Kyōto, pero después de abrazarla se detuvo a cierta distancia y comenzó a darse palmaditas en los brazos como solía hacer mi padre. En ese momento estuve a punto de ceder a las lágrimas. El dolor que me causaba partir me convenció de que no debía tardar demasiado en volver a casa.

* * *

Era el séptimo mes y hacía un calor sofocante, pero parecía que la mitad del país se había puesto de acuerdo en viajar a Ise y a Kyōto al mismo tiempo. Los caminos estaban atestados de gente; los barcos y las posadas, abarrotados. Parecían un escenario sobre el cual cada persona por separado representaba su pequeño drama: las mujeres como mi madre, liberadas por su viudez; grupos de aldeanos impulsados por su santuario local particular; niños y adolescentes fugitivos, músicos itinerantes, acróbatas, malabaristas, vendedores de todo tipo, prostitutas, mendigos, *rōnin* en busca de ejércitos a

los que alistarse. Había caballos cargados de arroz, seda o abono de pescado, había leprosos y otros enfermos que esperaban un milagro; el aire húmedo de los pueblos apestaban, a desechos, pero los bosques estaban llenos de gencianas y campánulas.

Fuimos andando a Mitajiri y tomamos el barco a Ōsaka. De allí había que caminar a Nara, donde descansamos unos días y visitamos los templos, la pagoda de Kōfukuji, Tōdaiji y el Gran Buda. En cada lugar famoso, mi madre era capaz de citar un verso o recordar a un héroe noble. Cada árbol, cada santuario, incluso el polvo del camino bajo nuestros pies estaban imbuidos de significados para ella, y lo absorbió todo como si fuera el sake más fino. Cada día recuperaba más su antigua fortaleza de ánimo y noté que se comenzaba a curar de sus males.

Finalmente emprendimos la peregrinación por el camino a través de las montañas hasta el santuario sagrado consagrado a Amaterasu o mikami, la diosa del sol, y Toyouke no o mikami, el dios de la tierra. A lo largo de los siglos, millones de personas habían recorrido la ruta a Ise y muchos cientos lo estaban haciendo en aquel momento, a nuestro lado, a nuestro alrededor. Sus rostros brillaban de sudor por el calor y por el sake sagrado que bebían todos, y sus ojos chispeaban enfervorizados, no solo por los dioses, sino por la esperanza de un mundo nuevo.

En las posadas y en el camino se expandían los rumores, que se aplacaban, se intensificaban y se transformaban para continuar su viaje, como las mariposas y las enormes libélulas que revoloteaban entre los oscuros troncos de los cedros del bosque o como las golondrinas que se lanzaban como flechas entre nosotros en el aire vespertino fuera de nuestros alojamientos nocturnos. Nos enteramos de que Satsuma se había decidido a pelear contra el *bakufu*; que Saigō Takamori y Ōkubo Toshimichi estaban enviando tropas a Ōsaka; que el dominio de Tosa trataba de interceder para llegar a un acuerdo pacífico; que el último *shōgun*, Keiki, se estaba preparando para luchar, no, al contrario, estaba a punto de ceder el poder de nuevo al emperador, el recién coronado y joven emperador, hijo de Kōmei. El régimen Tokugawa estaba acabado.

Era como si toda una sociedad hubiera sido hecha trizas y arrojada al aire: las partículas revoloteaban y relucían al sol, pero nadie podía adivinar cómo terminarían cayendo. La excitación y la emoción se apoderaron de mí. Apenas dormía y cualquier pequeño estímulo me provocaba el llanto o la risa. Parecía

que todos todos nos encontrábamos en ese estado. Hasta Eikaku comenzó a dejar de lado su aparente tranquilidad. Se volvió más dogmático y le gustaba dicuir; él y mi madre intentaban superarse mutuamente en su conocimiento del significado histórico y artístico de todo lo que veíamos. Comenzamos nuestro viaje con un ánimo callado y sombrío, pero ahora los tres rebosábamos optimismo y energía.

En nuestra posada en Ise, la criada nos contó que las cosas se habían calmado un poco, pero la semana anterior habían caído amuletos de los cielos y la multitud había sido presa de un impulso divino. Todo el mundo comenzó a bailar y a cantar canciones enloquecidas que terminaban con el refrán *ee ja naika*: «¿Acaso no es hermosa la vida?».

—Inventaban rimas sobre cualquier cosa: *Chōshū*, *Keiki-sama*, el precio del arroz, *Ebisu-sama*, el mejor sake o té...: *eejanaika*, *eejanaika*. —Nos dio un ejemplo bailando y riéndose—. La gente se vestía de manera extravagante y salía a la calle disfrazada de animales, pájaros o insectos. Los hombres y las mujeres se intercambiaban la ropa y los hombres se tintaban los dientes.

Los ojos de Eikaku brillaban.

—Me hubiera gustado verlo. ¡Ojalá hubiéramos estado aquí!

—Quién sabe, tal vez vuelva a suceder —dijo la muchacha—. Aunque mi amo dice que se arruinará el negocio si vuelve a ocurrir: las multitudes reclaman comida y sake gratis. Destruyen cualquier sitio en donde se les niega lo que piden. Pero me parece divertido. La última vez me uní a los bailes y a los cánticos hasta caer extenuada.

—¿De dónde vienen los amuletos? —preguntó mi madre.

—¡Nadie lo sabe! ¡De pronto comienzan a caer del cielo!

Tuve una visión de un ágil sacerdote subiéndose a un árbol y arrojando los amuletos hacia abajo..., pero ¿acaso no se daría cuenta la gente de un engaño así?

—Qué misterio —dijo Eikaku, suspirando profundamente.

Había un cierto misterio en Ise, en los antiguos santuarios, sobriamente contruidos con madera de ciprés sin pintar, desprovistos de decoración, situados en lo más profundo de bosques que eran todavía más antiguos. Pero también era un lugar donde prosperaba el comercio. Las tiendas y casas de té estaban llenas de *souvenirs*, especialidades como refrescantes bucales, amuletos para aliviar cualquier dolencia, desde la indigestión hasta la

impotencia. Eikaku estaba encantado con el contraste entre lo espiritual y lo comercial. Mi madre y yo sollozamos como manantiales de montaña, pero nos reíamos con tanta frecuencia como llorábamos.

De camino a Kyōto, mi madre seguía excitada y contenta. Mis propias emociones habían cambiado. Hacía tres años que me había despedido de Shinsai en Yamazaki, tres años sin saber nada de él. Todo el mundo asumía que estaba muerto, carbonizado hasta el punto de resultar irreconocible en los incendios de *dondon*. Pero cuando trataba de rezar por su espíritu en Ise, no tenía la sensación de que hubiera muerto.

Me resultaba inquietante, y no podía compartirlo con nadie. Me habría gustado que Kyōto no hubiera estado incluido en el viaje. No quería recordar aquel año de locura y pasión. De noche mi rostro y mi cuerpo ardían con una mezcla de vergüenza y, lo reconozco, lujuria y deseo.

Nos alojamos en una pequeña posada en el lado opuesto al río Kamo y a la tienda de la señora Minami, no lejos de donde se erigía la antigua residencia de Chōshū. Se había levantado un muro alrededor del solar, pero la mansión no había sido reconstruida, aunque la mayor parte de la ciudad sí, y en todos lados se estaban edificando casas nuevas. También estaban apareciendo nuevos comercios. Muy cerca de nuestra posada había un estudio de fotografía. Creo que era el primero de Kyōto. No quería reavivar la manía de Eikaku por la fotografía, pero me sentí poseída por el deseo de tener una foto de mi madre. No teníamos retratos de mi padre vivo (el que tenemos fue pintado por Eikaku unos años después de su muerte, siguiendo las instrucciones de mi madre: lleva la ropa adecuada, pero en realidad no se le parece). Me atraía pensar que una fotografía era más que un testimonio: preservaba algo de la esencia de la persona.

No tuve que insistir demasiado para convencer a mi madre. Para ella era todo parte del nuevo mundo que Kyōto representaba. Tan solo lamentaba que sus prendas fueran tan anticuadas y que no hubiera tiempo para confeccionar otras nuevas, aunque tuviéramos el dinero. Tuvo que conformarse con una peineta nueva de Yoshino, realizada con madera lacada de cerezo.

Eikaku quería visitar el santuario consagrado a Tenmanjin en Kitano, y fue fácil animarlo a que lo hiciera solo mientras nosotras, le dije, hacíamos algunas compras. Cuando se hubo marchado, mi madre y yo aprovechamos para escabullirnos camino del estudio. Al igual que el señor Ueno, el fotógrafo

trabajaba en el exterior, valiéndose de la luz natural. Nos había dado cita para el mediodía; hacía un calor sofocante en el patio y la luz nos cegaba. Nos sacamos dos fotografías, una de mi madre sola y la otra de las dos juntas. Cuando volvimos a entrar en la tienda, la cabeza me daba vueltas. El fotógrafo había desaparecido en el cuarto oscuro del fondo, y su esposa nos pidió que miráramos algunas fotos y eligiéramos el tamaño que deseábamos.

Las colocó sobre una mesita, y mi madre y yo nos arrodillamos para revisarlas. La primera era de un anciano con barba blanca. La segunda, de Shinsai.

Ni mi madre ni yo pudimos articular palabra. Shinsai me perforaba con aquella mirada tan socarrona que tenía; sonreía curvando ligeramente la boca con aquella sonrisa que yo conocía tan bien. Quise apretar mis labios contra los suyos y besarlos como tantas otras veces.

—¿Cuándo han sacado esta foto? —pregunté, y me dio la sensación de que era la voz de otra persona la que sonaba.

—Estas son todas del año pasado. No sé exactamente de cuándo. Le preguntaré a mi esposo. ¿Conocen a estos caballeros?

—Se parece al hermano de mi difunto esposo —dijo mi madre con la voz temblorosa—. Pero creíamos que estaba muerto.

—Le pediré a mi esposo que venga —dijo la mujer, y salió de la habitación.

Cogí la copia. No lo pude evitar: la miré fijamente y luego, apretándola contra el pecho, me levanté.

—¡Tsuru! —exclamó mi madre mirándome. Por un instante pareció divertida, pero luego lo entendió todo—. ¡Santo cielo —dijo—, no puede ser! Dime que no es cierto.

Se puso de pie de modo vacilante. Estaba completamente pálida. No sé cómo se las arregló para soltar una excusa inventada al fotógrafo cuando volvió a la sala, dejar algo de dinero y prometer que regresaría a buscar nuestras fotos. Agarrándome del brazo con fuerza como si fuera a escapar en cualquier momento, me sacó a empujones a la calle. Sentí su conmoción y su furia, y junto con el calor, el ruido y la multitud, noté que me iba a desvanecer. Pensé que estaba a punto de vomitar. Las náuseas me estremecieron y todo comenzó a dar vueltas a mi alrededor; la oscuridad me envolvió y terminó por tragarme.

* * *

Cuando recuperé el conocimiento, estaba echada en el suelo de nuestra habitación, en la posada. Mi madre estaba arrodillada a mi lado, aplicándome agua fría sobre las sienes con una esponja; Eikaku estaba sacudiendo un abanico desesperadamente. La habitación estaba oscura y fresca, y ya no me sentía mareada. No estaba segura de lo que sentía: en parte, un gozo inimaginable —«Está vivo, está en Kyōto»—, en parte, una vergüenza intensa —«Mi madre lo sabe, ¡qué vergüenza!»—. ¿Cómo podía seguir viviendo con ella? ¿Cómo podía regresar a casa?

Mi angustia debió de reflejarse en mi rostro. Las propias facciones de mi madre estaban desfiguradas.

—Mi pobre niña, mi pobre niña —sollozaba. Incluso en ese momento buscaba la manera de no culparme.

Más tarde, cuando Eikaku salió a comprar algo para comer, me dijo:

—Siempre temí que esto sucediera. Me daba cuenta de que sentía demasiado cariño por ti. Me quedé tan aliviada cuando se marchó... Pensé que estarías a salvo una vez casada. Oh, tenía que haberte dejado tranquila. Jamás se lo perdonaré. ¿Por qué no está muerto, como creíamos todos?

—Estoy tan contenta de que esté vivo... —dije—. ¿Dónde está la fotografía? Quiero volver a verlo.

Mi madre dijo que se me debía de haber caído en la calle, pero yo estaba segura de que la había destruido.

—Nos iremos mañana —dijo—. Tenemos que regresar a casa. No debemos toparnos con él aquí, Tsuru, prométeme que no tratarás de verlo otra vez.

—Por supuesto que no —dije—. Ya acabó todo. Tengo mi esposo, mi hija, nuestro trabajo...

Hubiera renunciado a todos ellos en ese mismo momento si hubiese podido acostarme con él una vez más.

No pude comer nada. Mi madre y Eikaku me cuidaron con delicadeza y ternura, como si hubiera sufrido una pérdida irrepetible, pero fingí dormir hasta que finalmente el cansancio los venció y me di cuenta por su respiración

de que se habían quedado dormidos. A medida que avanzaba la noche, supe lo que debía hacer: o encontrar a Shinsai y matarlo o quitarme yo la vida. No había otra manera de ser libre. Había creído que me había recuperado de mi locura, pero ver su rostro me hizo darme cuenta de que seguía todavía presa de ella. Me levanté en silencio y cogí la ropa que tenía más a mano: la de Eikaku, junto con su sombrero de viaje. Encontré mi bolsa de medicinas, y en ella mi escalpelo envuelto en un paño. Cuando sentí su pesada solidez entre los dedos, pensé que seríamos los dos los que moriríamos. Sería como un suicidio doble, un final acorde a nuestra pasión demencial.

Los primeros gallos cantaban y el cielo clareaba. Primero fui a casa de la señora Minami, caminando a paso firme con mis prendas masculinas, recordando con sensación placentera la libertad que me daban. El sombrero de Eikaku me cubría el cabello y me lo ajusté tapándome las cejas depiladas. Aunque no me había entintado los dientes desde que había dejado mi casa para emprender el viaje, seguían teñidos, pero decidí no sonreír y cubrirme la boca al hablar.

La antigua tienda seguía estando en el mismo lugar, aparentemente sin cambios. Llamé a la puerta, luego la golpeé, y al cabo de un rato oí la voz de la señora Minami preguntando:

—¿Quién es?

—Soy Imai, el doctor. ¿Se acuerda de mí...? Viví aquí hace tres años.

Abrió la puerta y recorrió los postigos.

—¿Qué deseas tan temprano? ¿Estás en apuros otra vez?

—Itasaki..., mi compañero..., ¿está aquí?

—No, no lo he visto desde os fuisteis juntos.

Estaba segura de que estaba mintiendo. Me abrí paso apartándola a un lado para entrar en el vestíbulo.

—Sé que está vivo —dije—. Sé que está en Kyōto. Por favor, ayúdeme a encontrarlo.

La señora Minami sacudió la cabeza. Pensé que me iba sacar a empujones y a cerrarme la puerta en las narices. De hecho, me empujó hacia fuera, pero mientras lo hacía me susurró al oído:

—Prueba en una de las casas de té en Kawaramachi, cerca de la mansión de Tosa. Tal vez esté allí.

—Entonces, ¿lo ha visto?

—Regresó a buscar algunas cosas después de los incendios. tu maletín, su ropa. Pero no sé nada más de él. Por favor, no te metas en líos. Hoy en día, Kyōto es un lugar peligroso.

Volví paseando por las familiares calles hasta llegar al río Kamo. Ya clareaba, y el cielo por el este era de un amarillo profundamente intenso. Ya había mucha gente en las calles, pues aunque era el octavo mes, seguía haciendo mucho calor y en la capital los trabajadores empezaban el día al amanecer. Una ligera neblina estaba suspendida sobre el río y las aves acuáticas emitían sus cantos, cuyo sonido se mezclaba con los gritos de los porteadores que comenzaban a cargar los botes del canal y las primeras voces de los vendedores ambulantes que ofrecían tofu fresco, huevos, espinacas y otras verduras o pescado del río.

La boca se me hizo agua al oler la comida, aunque pensé que vomitaría todo si comía algo. Crucé el puente de Shijō y luego el canal, y tomé un pequeño sendero hacia la mansión de Tosa. Las calles se estaban llenando de gente, pero las casas de té por las que pasé, la Takeya, el Kikuya y otras, aún no estaban abiertas. Cuando llegué al puente Sanjō, doblé a la izquierda y vi los árboles que rodeaban el Honnōji. Pensé en ir, sentarme allí un rato y tal vez beber un poco de agua, pues tenía la garganta seca y los ojos me ardían.

Me lavé las manos y la cara en el pozo del otro lado de la verja y me enjuagué la boca. Luego me senté un momento bajo el dosel de sombra de los altos árboles, escuchando el canto de los pájaros y los cánticos de los monjes junto al sonido de los gongs. Qué sereno parecía todo a pesar de que al otro lado de las verjas el país entero estaba a punto de entrar en guerra.

Lentamente, en medio de aquella paz, recobré la sensatez. ¿Qué hacía? Por supuesto que no iba a matar a Shinsai ni me iba a matar yo misma. No mataría a nadie. Yo era una persona que trataba de salvar vidas, no de destruirlas. Pensé en Ogata Kōan, que me había hablado en sueños; recordé a mi dulce padre, que detestaba la muerte, y vi a Michi, mi hija, como la última vez que la había visto. Regresaría al alojamiento, me pondría mi propia ropa y volvería con mi hija.

Oí un crujido de hojas sobre mi cabeza, y un objeto cayó revoloteando y aterrizó sobre el musgo a mi lado. Lo levanté; era un pedazo rectangular de papel con enormes caracteres escritos, palabras que simbolizaban la buena

fortuna y abundantes bendiciones.

Miré hacia arriba, esperando ver al ágil sacerdote de mi visión anterior, pero no había nadie encima de mí, tan solo la maraña de ramas y dos cuervos posados sobre una rama muy arriba. Pero los amuletos de papel continuaban cayendo uno tras a otro a mi alrededor. También otros se habían dado cuenta a esas alturas y corrieron a recogerlos. Al cabo de unos minutos, se había congregado una multitud, que exclamaba y gritaba. Me puse de pie, aferrando aún la bendición de papel. Me encontré rodeada de gente. Alguien comenzó a cantar.

—¿Acaso no es hermosa la vida? ¿Acaso no es hermosa la vida? —Y todo el mundo entonó el refrán.

¿Eejanaika?, *¿Eejanaika?* La multitud avanzó como una marea incontenible desde los jardines del templo hasta invadir las calles de la ciudad, llevándome con ella. Ya no tenía que preocuparme por mi disfraz, pues vi a muchas mujeres como yo, con ropas masculinas, y hombres vestidos de mujer, con los rostros blancos, los labios rojos, los dientes tintados. ¿Cómo había sucedido tan rápido? ¿De dónde habían salido? Era como si todo el mundo hubiera estado aguardando esta oportunidad para romper con las cadenas de años, para dejar de recibir órdenes, de obedecer a sus jefes, de obedecer a sus maestros, siempre haciendo lo correcto.

—¡Al diablo con todo! —cantó y gritó la multitud mientras bailaba a través de Kawaramachi, cogiendo comida y bebida, apropiándose de frutas, tortas y galletas de arroz, buñuelos de pasta de habas, sushi, pescado crudo, ostras, camarones, tazas de té, cuencos de sake, llenándose la boca, bebiendo a grandes sorbos y cantando, cantando, cantando su rebeldía contra el antiguo régimen que se desmoronaba a nuestro alrededor.

Alguien me puso un cuenco de sake en la mano.

—Bebe, *Oniisan*, *Oneesan*, lo que seas. ¡A quién le importa! ¿Acaso no es hermosa la vida?

Me encontraba muy cerca de nuestra posada, pero estaba atrapada entre la multitud. Lo único que podía hacer era quedarme de pie y ser arrastrada por ella, cantando junto con mis compañeros.

—¿Acaso no es hermosa la vida?

Pero al pasar por la entrada de la posada, vi a Eikaku salir corriendo vestido con mi kimono y el cabello recogido sobre la cabeza y prendido con la

peineta nueva de mi madre.

—¡Eikaku-san! —grité; mi voz se perdió en medio del alboroto. Sin embargo, él me vio y se arrojó entre el gentío como si fuera un río para ser llevado como yo.

Fuimos arrastrados a la avenida Sanjō, hacia el puente. Allí se unieron a la multitud pícaros, mendigos, acróbatas y músicos que frecuentaban la orilla del río, pero nadie quería alejarse de la zona comercial, fuente de comida y bebida gratuita; por eso, como si fuera uno, el gentío dobló en la orilla del canal hacia el sur. Había muchas dársenas de descarga y almacenes, y en cada puente parte de la multitud se alejaba solo para volver a aparecer en el siguiente puente cargada con más vasijas de sake.

Justo enfrente de la mansión de Tosa, con sus largos muros rematados en una techumbre de tejas, había un callejón que conducía a la casa de té que Shinsai y yo solíamos frecuentar, el Hisago-tei. Había logrado salir de entre la multitud y podía ver a Eikaku a mi misma altura, por encima de las cabezas que pululaban al lado del canal. Sacudía una bandera que alguien le había puesto entre las manos y gritaba. Lo saludé y luego advertí que me estaba llamando y gesticulando, señalando con la mano libre en dirección al Hisago-tei.

Volví la cabeza y vi a Shinsai a la entrada del callejón. Nuestros ojos se encontraron por encima de las cabezas del gentío. Comencé a abrirme paso a empujones para llegar hasta allí, pero mientras lo hacía, vi a dos hombres que aparecían detrás de él. Llevaban trajes de samurái y espadas. Tenían un aire implacable y decidido que contrastaba completamente con la naturaleza alborotada de la multitud. Creí reconocer a uno de ellos; podría haber sido el hombre a quien entregué el prospecto el primer día que llegué a Kyōto, el hombre que había entrado en la tienda de la señora Minami mientras yo contaba las mismas tazas de té una y otra vez, pero no podía estar segura. Todas esas figuras se fusionaron en un ángel de la muerte. Intenté prevenirle con un grito. Shinsai, que se había distraído cuando me vio, se volvió, desenvainando la espada demasiado tarde. Los hombres ya tenían las suyas entre las manos, e infligían los golpes mortales.

Los gritos simultáneos de conmoción salieron de muchas gargantas, pues la sangre salió lanzada como un chorro por encima de la multitud y se abrió un espacio delante de mí cuando la gente salió huyendo. Vi como con visión

microscópica a los asesinos enfundar las espadas y huir corriendo por el callejón. Vi a Shinsai de rodillas, llevándose las manos inútilmente a la garganta, como en mi visión. Me arrodillé a su lado y lo sujeté mientras caía, intentando detener el flujo que latía, pero le habían cercenado la arteria del cuello.

Sus palabras fueron «Imaike-kun», por eso sé que me reconoció, pero fue lo único que dijo antes de morir.

El gentío volvió a rodearnos por todos lados, bailando y cantando, *eejanaika*, ¿acaso no es hermosa la vida?

SAKAMOTO RYŌMA

Año 3 de la era Keiō (1867),

undécimo mes, treinta y dos años

Ha estado lloviendo todo el día. Ryōma no se siente bien; cree que tiene fiebre, le duele la garganta y todo el cuerpo. Se ha resfriado o tal vez ha pillado una gripe. Últimamente las noches comienzan a anunciar el frío glacial del invierno de Kyōto. Anoche no logró entrar en calor a pesar de que le pidió una manta más a la dueña. No ha dejado de temblar durante todo el día. Los dueños del Ōmiya le sugirieron trasladarse al cuarto que da a la calle en el piso de arriba. Tiene los techos bajos, hay más silencio y hace más calor. Al principio era reacio a hacerlo; desde que él y Miyoshi quedaron atrapados en el Teradaya y tuvieron que escapar a través del *shōji*, prefiere las habitaciones que tienen más de una salida, pero ha decidido asumir el riesgo. En este momento la capital no parece muy peligrosa. La multitud ha estado recorriendo las calles entre cánticos y bailes, cogiendo comida y bebida de las tiendas y casas de té. Ha estado entre ellos; la atmósfera caótica y bulliciosa, pero pacífica y, por encima de todo, optimista. Todo el mundo cree que habrá un cambio; están tan embriagados de sake como de ilusión. Ha compartido ambas cosas, excediéndose tal vez, intoxicándose aún más por saber en su fuero interno que él ha sido un instrumento clave en esa transformación.

El *shōgunato* Tokugawa ha sucumbido. Keiki ha cedido las riendas del poder del *shōgun* de nuevo al emperador. Cuando se enteró de la noticia hace

unos días, Ryōma rompió a llorar. Siente un renovado respeto por Keiki. Muchos creían que lucharía hasta el final. Ha hecho un esfuerzo admirable por reformar y fortalecer el gobierno durante el año que ha sido *shōgun*; estrechó los lazos con los franceses, consiguiendo que le facilitaran recursos y apoyo, y está comprando armas a los americanos. Ello ha irritado enormemente a los ingleses, ya que ellos están respaldando a Chōshū y Satsuma. Pero Ryōma jamás creyó que Keiki deseara el *shōgunato* lo suficiente como para pelear por él, aunque cuenta con el apoyo de muchos dominios, todo el norte y el este, el bastión de lealtad al Tokugawa, en particular Tosa. Ahora Ryōma está seguro de que prevalecerá el enfoque moderado de su propio dominio de Tosa. Keiki renunciará a ser *shōgun*, pero conservará todas las tierras y tendrá un puesto en el nuevo gobierno. Su presencia contrarrestará las ambiciones de las facciones de Satsuma y de Chōshū; hay veces que Ryōma lamenta el papel que desempeñó acercando a los dos grandes dominios; teme que se transformen en una fuerza que nadie pueda controlar. Sigue siendo amigo de Saigō Takamori, que se ha portado tan bien con él tras el incidente en el Teradaya, pero, para ser sinceros, no siente verdadero afecto por nadie en Chōshū desde que murió el pobre Shinsaku. Se peleó con Inoue y con Itō, que le acusaban de llevar a su amigo Kondō Chōjirō al suicidio por haber planeado un viaje a Inglaterra por parte de los socios de Ryōma en el Kaientai, como si eso fuera culpa suya, y aunque Katsura Kogorō despierta en él gran simpatía, como en todo el mundo, en realidad no confía en él.

Echa un poco de té de la tetera que humea en el brasero. Le gustaría dormir, pero tiene la mente embotada por sus propios pensamientos: sus planes para reformar el gobierno, todo lo que ha aprendido acerca de derecho internacional y comercio durante su estancia en Nagasaki, las formas de gobierno que se practican en los países occidentales, las extrañas palabras nuevas: *república, democracia, parlamento*. Japón debe hacer algo parecido, pero el cambio de gobierno tiene que llevarse a cabo sin derramar sangre, sin que haya una guerra civil.

La única experiencia que ha tenido de una guerra fue cuando se embarcó en el *Otchū-maru* para apoyar a Takasugi Shinsaku durante la batalla frente a la costa de Kokura el año anterior. No se la habría perdido por nada del mundo. Era una experiencia fundamental, una que cree que todo el mundo debería tener... ¡Pero una vez es suficiente! Le complace haber peleado. Le encantó

hablar de ello después y describir el enfrentamiento en cartas con ilustraciones y mapas, pero la batalla en sí fue confusa y engorrosa. No quiere perder otra nave, tras haber pasado por una larga batalla legal para obtener compensación después de que su *Iroha* se hundiese al chocar con otra nave de Kii, y detesta la posibilidad de que mueran hombres bajo su mando.

—Jamás podría ser general —le dice a Nakaoka Shintarō, que acaba de subir. Shintarō es un hombre de Tosa, uno de sus más antiguos amigos, y Ryōma tiene absoluta confianza en él—. No me gusta que mueran los soldados.

Shintarō suelta una carcajada.

—He leído que los soldados prefieren morir bajo el mando de generales que son capaces de arriesgar su vida; creen que tienen más posibilidades de sobrevivir.

—Debo de ser más comerciante de lo que creía.

—¿Acaso lo llevas en la sangre? —lo provoca Shintarō, pues los antepasados de Ryōma fueron mercaderes y a menudo lleva su nombre, Saitani.

—Me gusta cómo comercian los británicos; es como una guerra, pero con un marco de reglas.

—Rompen las reglas todo el tiempo, o solo se las aplican a sí mismos y a los que son como ellos.

—Puede ser, pero aun así, es un sistema que rige la conducta de todo el mundo. Nosotros no tenemos nada parecido: las leyes y los castigos dependen del capricho de los poderosos.

Estornuda varias veces seguidas; el frío entra de lleno ahora.

—La dueña hará que suban comida caliente —dice Shintarō—. Te sentará bien.

Varios hombres de Tosa, capturados por el Shinsengumi, siguen en la prisión de Kyōto, y Shintarō tiene en mente negociar su liberación. Después de discutirlo, hablan con desgana sobre *eejanaika*, las esperanzas del pueblo y sus peticiones de un mundo nuevo (Shintarō es hijo de un jefe de aldea); se preguntan qué hará Keiki ahora, y recuerdan años anteriores: las experiencias de Shintarō con el grupo del Shōkenkaku en Mitajiri y luego como capitán con el *shotai*. Ha estado en muchos más combates que Ryōma; fue herido en la Puerta Prohibida, pero consiguió evitar que le capturaran, y peleó al lado de Chōshū en la guerra de las Cuatro Fronteras. Es posible que sea uno de esos

comandantes a quien no le preocupe arriesgar la vida de sus hombres.

Ryōma se siente solo y un poco deprimido. Cierra los ojos e intenta dormitar un rato. La lluvia tamborilea sobre las tejas y desciende a chorros por los sumideros. Qué lejos parece ahora su tierra. Quisiera que su esposa, O-Ryō, estuviera con él; tiene tentaciones de mandar llamar a algunas muchachas, pero decide que no se siente lo suficientemente bien. «Y a O-Ryō no le complacería», piensa con afecto. Estaba tan alterada cuando fue de visita a las casas de las geishas en Shimonoseki... Es una muchacha valiente, aunque un tanto mandona. No cree que haya nada que no pueda hacer. ¿Cuál era ese lugar en Kagoshima donde había algo que las mujeres no debían tocar? Y O-Ryō no tuvo ningún problema en acercarse, como si retara a los dioses a que la castigaran. Intenta recordar el nombre cuando oyen pasos en las escaleras.

—Debe de ser la cena —dice Shintarō.

Ambos están desarmados, con las espadas sobre el perchero, al lado de la puerta. En el Teradaya, Ryōma y Miyoshi estaban preparados, pero aquí no está O-Ryō para subir las escaleras corriendo y prevenirles. Entonces se salvaron gracias a la pistola, el regalo de Shinsaku, que asustó lo suficiente al espadachín como para que ellos se mantuvieran fuera de su alcance. Pero no hay pistolas aquí. Ryōma echa de menos ambas cosas, a su esposa y su arma, se lamenta desesperadamente. No quiere morir ahora en una noche lluviosa y con un resfriado. ¿Cómo es posible marcharse de este mundo antes de poder renovarlo? ¿Cómo podrá ser renovado sin él?

La desazón no dura mucho, apenas el tiempo que tardan los asesinos en cruzar la habitación, una fracción de segundo. Se percata de que llevan espadas cortas, cuyo manejo no se ve estorbado por los techos bajos. Alguien lo ha traicionado, pero aunque adivine quién, jamás podrá contárselo a nadie. Luego lo recuerda. Fue el Halberd Sagrado en el monte Kirishima. O-Ryō sabía que las mujeres no debían tocarlo, pero ella lo hizo de todos modos, y ahora los dioses los están castigando a ambos. Las espadas lo arrojan velozmente a la oscuridad de la cual nadie regresa para compartir sus secretos. Shintarō tardará unos días más, pero es incapaz de identificar a los asesinos antes de seguir a su amigo al otro mundo.

EL ACEBO

ENTERRAMOS a mi tío en Tennōzan, el lugar donde me despedí de él antes de que partiera hacia la Puerta Prohibida con Kusaka Genzui. Nunca conseguimos saber los nombres de sus asesinos, ni los motivos, o lo que Shinsai había estado haciendo durante los años en que estuvo de incógnito. Poco después, Sakamoto Ryōma y Nakaoka Shintarō fueron asesinados en el Ōmiya, justo al otro lado de la mansión de Tosa en Kawaramachi. Cuando me enteré de esta noticia, pensé que quizá hubiesen confundido a Shinsai con Ryōma, o tal vez fue el objetivo de los mismos hombres, fuesen quienes fuesen. Algunos le echaban la culpa a los Mimawarigumi, otros al Shinsengumi, o a agentes de Satsuma o incluso de Chōshū. Se me ocurrió que Shinsai habría vuelto a su trabajo de espía en Kyōto, y cuando Katsura y los demás aseguraron no saber nada de él, seguramente era porque les resultaba más útil si todo el mundo creía que estaba muerto. Pero cuando dejó de serles útil, ¿lo habrían matado?

No podía preguntar a Katsura, ni a Monta ni a Itō, pues no volví a coincidir con ellos hasta que finalizaron los combates de lo que se daría en llamar la guerra Boshin, e incluso entonces solo los vi de lejos, pues se habían transformado en los nuevos gobernantes de la nación; tenían asuntos más importantes de los que ocuparse.

Makino se marchó a la guerra, siguió a los *shotai* mientras se abrían paso hacia el norte combatiendo, y cuidaba de los enfermos en Toba-Fushimi, en Ueno, en Aizu-Wakamatsu, hasta llegar a Ezo. Me escribía cada vez que podía. Trabajó con el médico inglés William Willis y me enviaba cartas describiendo todo lo que había aprendido sobre amputaciones en el campo de batalla, el uso de cloroformo y cómo curar huesos rotos, ilustrando los procedimientos con

bocetos que intenté seguir en mi dispensario, aunque pasaría mucho tiempo antes de que llegara la anestesia de Occidente.

El Año Nuevo llegó con el primer año de la era Meiji; una nueva era y un nuevo mundo, maravillosos en muchos sentidos, aunque no el nuevo mundo con el que había soñado.

Me quedé en Yuda con mi madre y mi hija, con Eikaku y Kitaoka, Hachirō y O-Kane. La verdad es que éramos una familia bastante excéntrica, pero me sentía más feliz de lo que lo había sido en muchos años. La muerte de Shinsai me había quitado un enorme peso de encima, donde se mezclaban la culpa, la añoranza y la esperanza, y había curado una herida purulenta. Ya no lo buscaba cada atardecer bajo el Árbol de las Apuestas. Sabía dónde estaba, durmiendo en paz en el Tennōzan.

* * *

Una de las consecuencias de nuestra peregrinación fue que Eikaku volvió a pintar y finalmente accedió a ilustrar mis gráficos médicos. Eso lo llevó a interesarse en esbozar modelos vivos y adquirimos muchos más animales y pájaros, peces en peceras, sapos, lagartijas, langostas, escarabajos y otros insectos. Llegamos incluso, durante un cierto tiempo, a tener un pulpo. Michi adoraba todas estas criaturas, pero también estaba fascinada por el modo en que funcionaban, y todo aquel que moría era cuidadosamente diseccionado. Eikaku anotaba sus órganos, sus venas, músculos y esqueletos, fabricábamos amoniaco a partir de los cadáveres y luego creábamos altares para ellos donde ofrecíamos oraciones y dábamos gracias.

Tenía muchos pacientes aquejados por las enfermedades de siempre y los percances de la vida pueblerina, los niños con crup o lombrices, casos de malaria o de sarampión, accidentes campestres. Los suministros médicos eran escasos y nuestra huerta de hierbas se volvió aún más importante. Kitaoka se encargaba de casi todo el trabajo en el dispensario. Aunque era un buen médico, la mayoría de la gente quería verme a mí. Por algún motivo me había hecho un nombre y me había ganado su confianza.

Transcurrió alrededor de un año. Supimos que los combates habían terminado finalmente y que el *shotai* estaba regresando a casa. Teníamos un nuevo gobierno nacional que incluía a Katsura, ahora llamado Kido Takayoshi,

a Itō, con el nuevo nombre de Hirobumi, y a Monta, ahora llamado Kaoru, junto con el príncipe Sanjō y los comandantes de Satsuma Saigō Takamori y Ōkubo Toshimichi. De pronto el país era un enjambre de extranjeros que venían a construir un Japón nuevo y moderno.

En Chōshū se hicieron preparativos para darles la bienvenida a los *shotai* victoriosos, pero para la mayoría no habría celebración. El hijo de nuestro antiguo señor, Sadahiro, que también había cambiado su nombre a Motonori, eligió a menos de la mitad de los cinco mil hombres que regresaron de la guerra. Los demás fueron licenciados y se les ordenó que volvieran a sus casas.

Después de años de lucha y sacrificio, los soldados mal alimentados y mal pagados no entendieron esta decisión. Intentaron acudir a la residencia del gobernador en Yamaguchi para abogar por su causa. Muchos granjeros decepcionados aprovecharon la oportunidad para presentar sus propias quejas. Chōshū había derrocado al *bakufu* con coraje y perseverancia, pero ellos no habían recibido nada a cambio. Sus líderes habían adoptado nombres nuevos, habían adquirido cargos extravagantes y habían desaparecido marchándose a Edo, que ahora llamaban Tokio.

La protesta fue presentada como si se hubiera desatado un motín y reprimida brutalmente. Ciento treinta hombres fueron ejecutados en un lugar llamado El Acebo, y mi esposo, Makino Keizō, también murió allí. Estaba intentando acudir en ayuda de Sasaki Shōichirō, uno de los líderes que había estado desde el comienzo con el Kiheitai, que había luchado en Kokura con Takasugi y que había estado negociando con los funcionarios del dominio para llegar a un acuerdo pacífico.

—Sasaki no podía creer que su propio gobierno lo ejecutaría —dijo Eikaku apesumbrado. Se sentía profundamente afectado por el modo sangriento en que había concluido el Kiheitai y lo estaba pintando—. Luchó para que no lo obligaran a arrodillarse, no por temor o cobardía, sino porque creía que debía de haber un malentendido. Lo golpearon hasta que cayó de rodillas, con una barra de hierro. Tu esposo quiso ayudarlo y le partieron el cráneo.

No tuve que levantar el abanico mágico. Sabía lo que vería: la mirada horrorizada de Makino al advertir que había hecho un mal cálculo, que estaba muriendo por un error, que el mundo no era gobernado por la razón, sino por

actos de locura irreflexivos.

Fue demasiado para mí: el desperdicio de tanto talento y conocimiento, las esperanzas y ambiciones. Había logrado sobrevivir a la guerra ileso y sin duda había salvado muchas vidas para terminar asesinado por su propia gente tan cerca de su hogar.

Nunca le amé como había amado a Shinsai, pero lloré su muerte cien veces más.

El cuadro de Eikaku lo muestra corriendo hacia delante, con los brazos extendidos hacia Sasaki, que tiene las manos sobre la cabeza mientras desciende la barra de hierro. Detrás hay un montón de cadáveres, un río de sangre que corre entre ellos, mientras sus cabezas son alineadas cuidadosamente a un lado. Del otro lado está el tronco del acebo, cuyas ramas proyectan una oscura sombra sobre la cual está a punto de caer Makino.

Es una gran obra de arte y creo que Kido Takayoshi la sabría apreciar. Pienso regalársela si alguna vez lo vuelvo a ver.

SHIRAISHI SEIICHIRŌ

Año 10 de la era Meiji (1877),

primavera, sesenta y cinco años

En el quinto mes de 1877, Kido Takayoshi muere tras una larga enfermedad. Cuando Shiraishi Seiichirō oye la noticia de la muerte de Katsura (jamás ha podido acostumbrarse a su nuevo nombre), lo invade la melancolía. No puede dormir esa noche; hace mucho calor y la mente sigue volviendo al pasado. Han sido unos meses terribles con las rebeliones en Hagi durante el décimo mes del año anterior, la ejecución de Maebara Issei, uno de los estudiantes que tuvieron como maestro a Shōin, y el suicidio del tío de Shōin, y ahora la guerra en Satsuma en la que estaba implicado Saigō Takamori. Teme que su viejo amigo Saigō se sume a la larga lista de difuntos por cuyos espíritus reza a diario en el templo.

¿Qué ha sucedido para que los antiguos aliados estén combatiendo ahora en bandos contrarios? ¿Acaso no lo había previsto en los antiguos días en el Kokuraya cuando él y Rensaku planeaban reunir a Satsuma y Chōshū? ¡Pobre Rensaku! Se suicidó después de la derrota de Ikuno. Hace ya casi catorce años, pero en lugar de haberse acostumbrado a su ausencia, Shiraishi lo echa de menos cada vez más a medida que pasan los días. Siempre tenía buenas ideas. Tal vez si Rensaku no hubiera muerto, podrían haber llevado juntos el negocio. En cuanto a él, lo ha perdido todo. No está seguro de cómo sucedió. La competencia de los comerciantes extranjeros, el crecimiento de Yokohama

y Kobe, los nuevos barcos de vapor que no necesitan esperar los cambios de las mareas y de los vientos en Shimonoseki. «Y quizá no estuve atento — piensa para sus adentros—. Todo estaba pasando por un proceso de cambio mientras que yo prestaba atención a otra cosa. Al principio fui capaz de controlar muchas cosas al mismo tiempo, como un malabarista de platos en el circo, corriendo de un lado al otro (arroz para Satsuma, cera para Chōshū, armas para Katsura, dinero para Takasugi), y luego, de pronto, ya no pude hacerlo, y uno por uno los platos comenzaron a tambalearse y a caer. Ahora soy viejo y no me queda nada».

Ha entregado mucho dinero para apoyar al *shotai* sin ningún sentido comercial ni esperanza de devolución. Disfruta de su trabajo en el templo y agradece la modesta vida que le proporciona, pero resulta mortificante haber terminado aquí cuando recuerda sus actividades en aquellos días emocionantes en que todos esperaban un nuevo mundo. Algunas veces lee sus viejos diarios para recordar a toda la gente famosa que pasó por el Kokuraya, pero le deprime pensar que muchos están muertos.

Aunque intenta considerar todo lo que pasa con cierta distancia, aún le causa dolor. Una vez pensó que el progreso sería el resultado de la armonía, una visión compartida que todo el mundo unido se esforzaba por conseguir. Y lo habían logrado durante algunos meses, algunos años, cuando todos se habían lanzado desinteresadamente a la lucha y habían conseguido lo que sería una restitución maravillosa: el emperador, que volvía a asumir su posición, ordenada por los dioses, como cabeza de la nación y mediador entre el cielo y las personas.

Sin embargo, ahora sabe que el progreso es un asunto mucho más violento y salvaje. Los habitantes temen que los cimientos del ferrocarril y del telégrafo queden mezclados con su sangre. Shiraishi es demasiado sofisticado para creer que esto pueda suceder, pero se imagina el progreso, la modernización y la occidentalización que conlleva como una enorme máquina a la que se arroja a los seres humanos, o bajo la cual caen para ser triturados. El progreso es un crisol que reduce su viejo mundo y lo destila para transformarlo en un nuevo compuesto químico.

Qué trágico, piensa, que haya habido incidentes como el de El Acebo y la rebelión de Hagi en Chōshū. El desmantelamiento del *shotai* y de la clase samurái resulta lamentable. Les dijeron que eran los vencedores, pero

terminaron peor que antes, y algunos literalmente muriéndose de hambre. Perdieron sus estipendios hereditarios, les entregaron una limosna y se les dijo que se dedicaran a los negocios. Pero pocos tenían alguna capacidad o sentido comercial y era difícil buscar empleo. Por ejemplo, el negocio de los naranjos de verano en Hagi: ya había tantos allí que el mercado de la naranja estaba saturado y como mucho se lograba regalarlas. Su propio negocio fracasó a pesar de los años de experiencia que tenía encima... ¿Qué esperanza tenían estos pobres principiantes sin ganas?

Y entonces surgieron los patéticos y valerosos intentos por reclamar justicia. Cuando las reclamaciones se topaban con la indiferencia o el desprecio, los perjudicados recurrían a las armas, solo para ser brutalmente reprimidos. Maebara había sido uno de los estudiantes de Shōin, luchó en las guerras de las Cuatro Fronteras y Boshin, fue amigo y colega de Katsura y de otros durante años y, aun así, ordenaron su ejecución. Shiraishi sabe que serán igual de despiadados con Saigō.

Pronto amanecerá. Los pájaros ya han comenzado su escandaloso coro, como todos los amaneceres de comienzos del verano. Es la hora en que suele levantarse, vuelve a alimentar las hogueras de la cocina, pone el agua a hervir, se lava la cara y las manos, reza sus primeras oraciones y empieza a barrer los suelos de madera de los porches y las salas. Pero después de la noche de insomnio le cuesta comenzar el día. Quiere volver a dormir y en sus sueños regresar al pasado, cuando los jóvenes seguían todos vivos. De pronto, las lágrimas fáciles de un anciano le anegan los ojos y se encuentra sollozando.

HITOTSUBASHI KEIKI

1900, día de Año Nuevo,

sesenta y tres años

Tokugawa Yoshinobu, a quien todos llaman Keiki, el decimoquinto y último *shōgun* de Japón, es visto a menudo andando en bicicleta por el pueblo de Shizuoka. Actúa como cualquier líder que ha abdicado de sus responsabilidades. Lleva una vida ejemplar con sus diferentes mujeres y niños, perros y caballos, se ocupa de sus muchas aficiones: la caza, el tiro con arco, la fotografía y la preparación de café, al cual es adicto.

Cuando tenía veintitrés años, en 1860, el *tairō*, Ii Naosuke, fue asesinado en un ataque sangriento por hombres del dominio de Mito, quienes luego cometieron *seppuku*, según la honorable práctica feudal. Ahora tiene más de sesenta años y ha comenzado un nuevo siglo. Su país ha cambiado tanto que es irreconocible. Algunas veces le gusta imaginar lo que su padre, Nariaki, le diría si volviera ahora. En todos los planes y conspiraciones de aquellas épocas lejanas, ninguno imaginó ni remotamente lo que el futuro les depararía. Japón se ha transformado en una potencia mundial; se ha puesto al nivel de las naciones occidentales, e incluso podría aventajarlas. Keiki siente que se puede felicitar, no solo por sobrevivir, sino por ser lo que siempre pensó que era capaz de ser: un hombre rigurosamente moderno.

LOS SUPERVIVIENTES

ITŌ Hirobumi (Shunsuke)

Después de 1868, Itō se convirtió en uno de los líderes del nuevo gobierno. Participó en la misión de Iwakura a Estados Unidos y Europa en 1871 y volvió a visitar Europa en 1882 para estudiar las constituciones de Occidente. A su regreso, ayudó a crear la Constitución Meiji y llegó a ser primer ministro de Japón en 1885. Desde 1905 hasta 1909 fue presidente general del protectorado de Corea. Aunque simpatizaba con los coreanos, no estaba a favor de la anexión, pero ello no impidió que fuera asesinado por un estudiante coreano en Harbin en octubre de 1909.

Inoue Kaoru (Monta)

Inoue trabajó primero como ministro de Asuntos Exteriores del nuevo gobierno, y más tarde fue viceministro de Finanzas en 1871. Intentó estabilizar la inquietante situación financiera mediante una reforma del impuesto sobre la tierra y el fin del sistema de estipendios. Volvió a ser ministro de Asuntos Exteriores en 1879 y trabajó permanentemente para revisar los tratados desiguales que Japón había firmado con las potencias occidentales. Fue criticado por sus ideas demasiado proeuropeas y por sus vínculos con los negocios y la industria, en particular con la compañía Mitsui. Murió en 1915.

Yamagata Aritomo (Kyōsuke)

Después de combatir en la guerra Boshin, Yamagata estudió los sistemas militares occidentales en Europa y participó en la reforma militar en Japón. Fue el motor que impulsó el lanzamiento del servicio militar obligatorio y auspició el espíritu samurái dentro de las fuerzas armadas. Fue nombrado ministro del Interior y primer ministro, y en ambos cargos se enfrentó con el movimiento de derechos populares. Hasta su muerte, en 1922, continuó con un enfoque conservador en su política.

Sanjō Sanetomi

El príncipe Sanjō regresó a Kyōto en 1867 y ocupó cargos de alto rango en el gobierno Meiji, como el de señor guardián del sello privado en 1885. Murió en 1891.

Saigō Takamori

Saigō fue uno de los líderes de las fuerzas imperiales en la guerra Boshin y junto con Katsu Kaishū negoció la rendición del castillo de Edo sin derramamiento de sangre. Permaneció en Japón para dirigir el país mientras otros líderes se habían marchado en la misión Iwakura, pero fue un firme promotor de la idea de invadir Corea, y cuando lo excluyeron, renunció al gobierno y regresó a Satsuma. Se suicidó en 1877, después de la rebelión de Satsuma.

Ōkubo Toshimichi

Samurái de Satsuma, Ōkubo es considerado, junto con Saigō y Kido Takayoshi, uno de los tres gigantes de la Restauración Meiji. Acompañó a la misión Iwakura y a su regreso se opuso a la invasión de Corea. Tuvo que reprimir las rebeliones de 1874 y 1877, lo cual provocó el enfrentamiento con su antiguo camarada Saigō. Fue asesinado por samuráis descontentos en mayo de 1878.

Thomas Glover

Después de la Restauración Meiji, Glover continuó viviendo en Japón y adquirió un papel mucho más activo en muchas inciativas industriales y comerciales, por las cuales recibió la Orden del Sol Naciente (de segunda clase). Murió en 1911 en Tokio.

Nomura Bōtōni

Bōtōni vivió en Hofu después de la muerte de Takasugi, donde pasó los días ayunando y rezando por la victoria contra el *bakufu*. Murió en 1867, poco después de que el emperador regresara al poder.

Ōmura Masujirō

Después de sus éxitos en la guerra de las Cuatro Fronteras, Ōmura llegó a ser uno de los líderes de las fuerzas imperiales en la guerra Boshin. Trabajó con Yamagata para reformar el ejército y establecer el servicio militar obligatorio, pero fue asesinado por samuráis conservadores en 1869.

AGRADECIMIENTOS

QUISIERA dar las gracias a las siguientes personas y entidades:

A Asialink, por la beca de investigación que me llevó por primera vez a la prefectura de Yamaguchi y me hizo conocer la historia de Chōshū.

A Arts, SA, por una beca en medio de la carrera que me permitió regresar a Japón muchas veces.

A Shūhō-chō, por alojarme en la Casa de Intercambio Cultural tres meses cuando realizaba la investigación para la novela.

A los amigos de la Casa de Intercambio Cultural por enseñarme la historia local y el paisaje.

A Santō Yūko y Mark Brachmann, de la Oficina de Consejo Shūhō, por todas las visitas a museos y galerías y por ayudarme a sacar libros de las bibliotecas en Yamaguchi.

A Maxine McArthur, Mogi Akiko, Mogi Maseru, Yamaguchi Hiroi, Hosokawa Fumimasa, a Matsubara Manami y Kori Yoshinori, por su amistad, hospitalidad y ánimo.

A Jim Kable y al Yoshida Shōin International Pedagogical Fellowship.

A Randy Schadel, al doctor Ayame Chiba, a la doctora Ellen Nakamura y al doctor Robin Haines, por leer el manuscrito y por sus comentarios.

A los miembros del foro de los Archivos del Samurái, por sus interesantes discusiones sobre la historia de Bakumatsu.

A Lonny Chick, por su inconmensurable intercambio de ideas y su inestimable ayuda al tratar de encontrar libros, artículos y datos oscuros

vitales y localizar sus traducciones.

Al personal de la Biblioteca Alejandrina en Goowa y de la Biblioteca Nacional de Australia.

A mis agentes Jenny Darling, Donica Bettanin y Sarah Lutyens.

* * *

De los libros que he leído, debo mencionar por encima de todos *Chōshū the Meiji Restoration*, de Albert Craig, y *The Revolutionary Origins of Modern Japan*, de Thomas Huber. Me siento profundamente en deuda con estos autores al igual que con Ichisaka Tarō, cuyo libro *Takasugi Shinsaku o Aruku* me guio por los lugares históricos de Chōshū. Una bibliografía más exhaustiva aparece en mi web: www.lianhearn.com

Biografía

LIAN Hearn nació en Inglaterra, aunque tras la muerte de su padre fue a vivir junto a su madre y su padrastro en Nigeria. Después de estudiar en Oxford y trabajar como guionista y crítica de cine, emigró a Australia, donde se sintió atraída por la cultura japonesa y comenzó su carrera literaria.

En Australia es una de las autoras más queridas y en su prolífica obra destaca *Leyendas de los Otori*, saga que ha vendido más de 4 millones de ejemplares en el mundo y de la que ya se han adquirido los derechos para llevarla al cine.

www.lianhearn.com



Título original: *Blossoms and Shadows*

© Lian Hearn Associates Pty Ltd 2010
© De la traducción: Jeannine Emery

© De esta edición:

2011, Santillana Ediciones Generales, S. L.

Torrelaguna, 60. 28043 Madrid

Teléfono 91 744 90 60

Telefax 91 744 92 24

www.sumadeletras.com

ISBN ebook: 978 - 84 - 8365 - 274 - 9

Diseño de cubierta: Eduardo Ruiz

Imagen de cubierta: Getty Images